DOMINIQUE LAPIERRE

Autor de «La Ciudad de la Alegría»

mil soles

Lectulandia

Si se ha tenido la suerte de vivir todo lo que ha vivido Dominique Lapierre le quedan siempre a uno, aunque haya publicado más de diez libros y ejercido doce años el periodismo, muchas cosas por contar acerca de las que no se ha escrito nunca y que sería una pena silenciar. Al relatar las fabulosas historias que se ocultan tras sus libros y las aventuras tiernas, cómicas o rocambolescas de su vida de trotamundos-periodista-novelista Dominique Lapierre nos sumerge en un torbellino de emociones violentas, de temores y alegrías, de desastres y de triunfos, de impulsos de audacia y de generosidad, de actos de valentía y de rasgos de genio.

Al hilo de estas páginas, Dominique Lapierre nos lleva sucesivamente a un penal de Los Ángeles, para escuchar las últimas palabras de Caryl Chessman camino de la muerte tras doce años de lucha para escapar de la cámara de gas; a la tórrida Calcuta donde Mahatma Gandhi consigue neutralizar la locura homicida de millones de hombres sólo con fuerza de voluntad; a una prisión de Israel, para intentar comprender a un terrorista que llegó desde su Japón natal para exterminar con granadas a un grupo de peregrinos de Puerto Rico; al salón de un general prusiano retirado, Dietrich Von Choltitz, que, pese a su fe en la grandeza del tercer Reich se negó trece veces a ejecutar la orden de destruir París; en pos de las huellas de un francés aventurero e idealista que, en la selva africana, prefirió arriesgar su vida a dejar que los elefantes fueran inmolados por la codicia y el cálculo político… y todavía a muchos otros agitados periplos más.

Mil soles: casi quinientas páginas de aventuras apasionantes en el centro mismo de los grandes problemas de nuestro tercer milenio: el terrorismo, la proliferación nuclear, la salvación de los últimos ejemplares de la fauna salvaje, el cáncer, el reparto de las riquezas entre países ricos y países pobres, la justicia ante el resurgimiento de la pena de muerte, el destino de Oriente Medio, el del antiguo mundo colonial y en particular el de la India, el bandidaje internacional… Problemas esenciales vividos y narrados por uno de los grandes historiadores periodistas de nuestro tiempo.

Lectulandia

Dominique Lapierre

Mil soles

Siempre hay mil soles en el reverso de las nubes

Proverbio indio

ePUB v1.0
Natg 15.08.13

más libros en lectulandia.com

Título original: *Mille soleils*
Dominique Lapierre, octubre 1997.
Traducción: Pilar Giralt Godina

Natg (v1.0)
Agradecimientos: Grupo EarthQuake
ePub base v2.1

A Larry,
cómplice de tantas aventuras
inolvidables,
y a Alexandra, su ahijada y mi hija,
que ha tomado a su vez la pluma
para seguir contando las epopeyas
que hacen soñar a los hombres.

CARTA A LOS LECTORES

Mis pesquisas de historiador y mis reportajes de periodista me han dado la oportunidad de ser testigo de acontecimientos espectaculares, y sobre todo de codearme con personajes extraordinarios. Casi todos estos encuentros me han hecho descubrir la fuerza y la grandeza del ser humano.

Sin duda, os preguntareis que relación hay entre las excentricidades de un torero andaluz que corre un riesgo de muerte y la verdadera y espantosa muerte de un amigo entre las balas rusas en Budapest; entre un mecánico negro de Nueva Orleans que resucita el automóvil de un adolescente loco por los vehículos antiguos, y un niño leproso de Calcuta que consigue vencer la miseria; entre un gángster que lucha contra su ejecución en el corredor de la muerte de una cárcel norteamericana, y el liberador del imperio colonial más grande de todos los tiempos; entre un idealista que ofrece su vida para salvar los elefantes de África, y un general nazi que se niega a ejecutar la orden dada por Hitler de desencadenar el Apocalipsis…

A priori no hay ninguna relación, salvo la voluntad, enterrada en el corazón del hombre, de batirse por ver triunfar aquello en lo que cree.

La mayoría de quienes hablo en este libro han iluminado y dado forma a mi vida. Su pasión por las causas nobles y su ardor para superar la adversidad despertaron mi curiosidad, nutrieron mis sueños, suscitaron mis rebeldías, enriquecieron mi existencia. Esta riqueza es la que voy a compartir con vosotros en estas páginas.

Un día, esperando un autobús bajo el monzón torrencial en el sur de la India, leí este proverbio: «Siempre hay mil soles en el reverso de las nubes…»

Que la lectura de estos *Mil soles* pueda convenceros del alcance mundial de este mensaje.

D.L.

1

Una cámara verde al borde del Pacífico

La carretera trazaba una cinta negra entre la inmensidad de color zafiro del océano Pacífico y una majestuosa hilera de palmeras gigantes. El decorado invitaba a la ensoñación y al *far niente*. Olores tropicales perfumaban el aire tibio. Todo era armonía y dulzura. Entonces vislumbré la impresionante fortaleza situada en el promontorio, al borde de las olas. ¿Cómo podían haber construido un edificio tan monstruoso en el corazón de un lugar tan paradisíaco? Detrás de las murallas y las ventanas protegidas con barrotes de la penitenciaría de San Quintín, cinco mil criminales purgaban sus penas, algunos de ellos condenados a pasar aquí el resto de su vida. Para unos treinta, la quinta planta de un bloque de alta seguridad albergaba la última etapa antes de la cámara de gas.

En esta primavera de 1960 uno de los condenados a muerte pendientes de ejecución era un gángster llamado Caryl Chessman. Su espera duraba ya doce años. Había logrado aplazar ocho veces su cita con el verdugo; las dos últimas, pocas horas antes del instante fatídico. Su empeño por demostrar que era inocente del crimen por el que había sido condenado a muerte había hecho de él el preso más célebre del mundo. De Nueva York a Río, de Los Angeles a París, su destino inflamaba las pasiones populares. Si Norteamérica estaba dividida, el resto del planeta se mostraba unánime en decir que este hombre ya había pagado con creces los crímenes que se le imputaban. ¿Existía un castigo más inhumano que doce años a la puerta de la cámara de gas? Las dos terceras partes de las cartas y telegramas que llegaban cada día de todos los rincones del globo al despacho del gobernador de California imploraban un gesto de clemencia. Sólo Brasil había hecho llegar más de dos millones y medio de firmas. La familia real de Bélgica, el Vaticano, artistas, intelectuales, científicos, industriales, religiosos y miles de simples ciudadanos telefoneaban pidiendo su indulto. En un titular de primera plana, el influyente diario de Buenos Aires *Crítica* declaraba que «el caso de Chessman es el más terrible al que se ha enfrentado el mundo desde hace mucho tiempo». El *News Chronicle* de Londres afirmaba en un editorial que «la agonía de Caryl Chessman era una causa de humillación para la gran nación americana». Su colega, el *Daily Herald*, aseguraba que «el día en que ejecuten a Chessman, ser americano será más bien algo desagradable». En los Países Bajos, un disco batía todos los récords de venta con su canción titulada: *Epitafio para Caryl*.

La fiebre no era menor en Estados Unidos. *Time Magazine* había dedicado una de sus portadas y varios grandes reportajes a lo que el país llamaba «el asunto Chessman». De un extremo a otro del país, millares de tocadiscos automáticos

difundían una nueva melodía: la *Balada de Caryl Chessman*. El estribillo empezaba con un suplicante «¡Dejadle vivir!», repetido tres veces. Los despachos anunciaban que en Sacramento, capital del estado de California, centenares de manifestantes habían invadido los escalones del Capitolio. Sus banderolas denunciaban «la muerte ritual de las cámaras de gas». Militantes hacían huelga de hambre bajo las mismas ventanas del gobernador. Una caravana de vehículos le llevó la petición de trescientos ochenta y cuatro profesores de universidad que reclamaban el cierre inmediato de las cámaras de gas. Un campeón de rodeo iba de pueblo en pueblo recogiendo firmas. En San Francisco, impresionantes cortejos empezaron a llenar las arterias del centro de la ciudad para exigir respeto a los derechos civiles.

¿Quién era este condenado a muerte que movilizaba de tal modo la opinión mundial? ¿Qué crimen había cometido para merecer la pena capital? El caso se remontaba al invierno de 1948. Un hombre que circulaba en automóvil atacaba a las parejas que se paraban por la noche en las carreteras desiertas cercanas a Los Ángeles. Se acercaba a su coche deslumbrando a los ocupantes con ayuda de un faro giroscópico portátil de color rojo. Creyendo que se trataba de un control policíaco, las víctimas no oponían ninguna resistencia. Entonces aparecía un amenazador calibre 45.

—¡Cartera, bolso, joyas, deprisa! —ordenaba una voz.

El bandido no se contentaba siempre con robar. Había obligado a dos muchachas a subir a su coche. Regina Johnson, de veintidós años, y Mary-Alice Meza, una alumna de instituto de diecisiete, habían sido forzadas a desnudarse y a practicar lo que la justicia llama «an unnatural sex act», es decir, una felación. La policía se emboscó durante noches enteras en los lugares donde solía actuar el malhechor. Un inspector se disfrazó incluso de mujer para intentar tenderle una trampa. Todas las emisoras de radio difundieron su descripción: se buscaba a un hombre que circulaba en un Ford último modelo y se servía de un faro giroscópico de color rojo. Era de tipo mediterráneo, de piel morena y tenía de veinticinco a treinta años, medía alrededor de un metro ochenta, y pesaba unos setenta y cinco kilos. Tenía cabellos castaños cortados al cepillo, ojos oscuros, nariz estrecha y aguileña, dientes torcidos y mentón puntiagudo. Señal particular: una cicatriz sobre el arco ciliar. Se recomendaba extrema prudencia, ya que el delincuente iba armado y era peligroso. La policía estaba convencida de no habérselas con un principiante. Presentaron a las víctimas los retratos de los criminales conocidos en la región. Sin resultado.

Al día siguiente de la agresión cometida contra la joven Mary-Alice Meza, dos gángsters penetraron, pistola en mano, en una tienda de ropa de Rotondo Beach, en las afueras del sur de Los Ángeles. Después de dar una paliza al propietario y vaciar la caja, habían huido cargados de vestidos, en un Ford último modelo. Unas horas más tarde, dos agentes de policía que patrullaban por la avenida Vermont en dirección

al bulevar de Hollywood se fijaron en un Ford que correspondía a la descripción del de los ladrones. Se lanzaron en su persecución con la sirena a todo volumen. La carrera se terminó con una serie de colisiones digna de un choque en cadena hollywoodiense. Tras un vivo tiroteo, dos de los tres pasajeros del Ford fueron capturados.

La importancia de la captura no pasó inadvertida a los policías. El chófer del coche era Caryl Chessman, uno de los gángsters más buscados de California. Una de sus especialidades era la de desvalijar a la clientela de los burdeles elegantes de los Ángeles. En la guantera de su coche los agentes encontraron un revólver de calibre 45 y un faro giroscópico rojo. Concluyeron que por fin habían atrapado «al bandido de la luz roja». Estaban seguros.

Inculpado a la vez de secuestro, agresión sexual y robo a mano armada —tres crímenes que el Código penal de California castigaba a la sazón con la pena capital si se cometían simultáneamente— fue condenado a muerte al término de un proceso cargado de numerosas irregularidades jurídicas. Todos sus recursos posteriores fueron obstinadamente rechazados.

Aquella mañana de abril de 1960, Caryl Chessman tenía treinta y nueve años. Le quedaban catorce días de vida.

* * *

Este prisionero fuera de lo común había relatado su combate contra el verdugo y descrito el suplicio de su espera en el umbral de la cámara de gas en un libro titulado *Celda 2455 - Pasillo de la muerte*. Como a la mayoría de sus lectores, me conmovió el relato. Joven periodista, había seguido apasionadamente, con una mezcla de horror y de fascinación, las repercusiones del caso. Algunos de mis primeros artículos se inspiraban en él. A medida que se aproximaba la ejecución del condenado, mis reportajes despertaban mayor número de reacciones. Ante la avalancha de correo que llegaba, mi periódico lanzó una petición a favor del indulto de Caryl Chessman. Recibimos unas cien mil respuestas.

—Lleva todas estas firmas al gobernador de California —me ordenó una mañana el redactor jefe—. Y te las apañas para que Chessman te reciba en el pasillo de la muerte.

La duda no asaltaba nunca a mi redactor jefe. Su idea me entusiasmó. Yo sabía que en Norteamérica los condenados a muerte tienen derecho a hablar con periodistas e incluso a aparecer en televisión, pero también sabía que, desde hacía algún tiempo, el prisionero rechazaba todas las peticiones de entrevistas por parte de representantes de la prensa norteamericana, a causa de los artículos hostiles con que ésta le agobiaba. Tal vez era mi oportunidad. Averigüé el número de la penitenciaría de San Quintín y hablé con el director en persona. Me rogó que le dejara tiempo para

consultar al interno y que le llamara más tarde.

—El señor Chessman le recibirá de buen grado el miércoles próximo, a las quince treinta —me anunció—. La entrevista se desarrollará en la sala de visitas del pasillo de la muerte.

* * *

En la entrada principal de la penitenciaría de San Quintín, dos guardias de uniforme verde oliva habían sido informados de mi llegada. Tenían unas mejillas tan sonrosadas y un aire de tan buenos chicos que habrían podido tomarse por dos anfitriones del Club Med. Incluso sus carabinas parecían inofensivas.

—¿Buen viaje? —inquirió el que llevaba más galones al descolgar un teléfono—. Chess le espera.

Me invitó a pasar bajo un pórtico detector de objetos metálicos y me condujo a un primer patio bellamente adornado con un doble seto de rosales amarillos y rojos. Dejamos a la izquierda los altos muros encalados del viejo fuerte español en tomo al cual habían construido la penitenciaría y franqueamos una verja doble para penetrar en una vasta explanada rectangular, un verdadero valle de hormigón rodeado de varios bloques de pisos erizados de torres de vigilancia.

La explanada estaba vacía a aquella hora, pero percibí un rumor de voces y tuve la inquietante impresión de que centenares de miradas me observaban desde las ventanas de las celdas. El guarda me hizo pasar por delante de una serie de placas de cemento. En cada una se hallaba empotrado un ojo electrónico capaz de detectar el menor fragmento de metal, aunque sólo fuera un alfiler. Tuve que dejar en una cajita llaves, monedas y encendedor. Llegamos por fin ante una gran puerta blindada provista de una mirilla. Después de unos minutos se abrieron sus dos pesados batientes, dejando aparecer una profunda caverna oscura protegida por rejas y otras puertas blindadas.

Avancé hasta la primera reja. Unos guardas vinieron a descorrer los cerrojos para conducirme hacia la boca abierta de una jaula de acero: el ascensor de la rotonda del bloque norte. La subida al quinto piso fue tan lenta que tuve mucho tiempo para habituarme al horror glacial del lugar. El ascensor nos depositó en la entrada de una galería cuyo extremo estaba cerrado por una reja doble, que daba acceso al estrecho corredor bordeado de celdas que los condenados a muerte norteamericanos llaman «Death Row», el pasillo de la muerte. A la entrada de la galería, un vigilante armado con una carabina hacía guardia desde una jaula provista de barrotes dobles. Nada de lo que ocurriera en el pasillo podía pasar desapercibido. Al lado de su jaula había una pequeña habitación muy bien iluminada por varios tubos de neón, con una mesa y cuatro sillas. Una pesada reja le servía de puerta. Paredes y techo estaban pintados de verde. Era la sala de visitas de los condenados a muerte.

4.341 días en un matadero de pesadilla

«Quienes entráis aquí, abandonad toda esperanza», había escrito Dante como leyenda de su *Infierno*. El pasillo de la muerte de la penitenciaría de San Quintín era un infierno mucho más terrible que el imaginado por el escritor italiano.

Chessman lo había descrito como una necrópolis sombría y hostil disociada de la vida real, un agujero lúgubre donde uno se aferraba a la existencia antes de ser matado, un pudridero poblado de criaturas atormentadas, heridas, perdidas. A la espantosa influencia de una sentencia de muerte sobre el alma humana se sumaba la horrible y despiadada naturaleza de estos lugares donde se vivía como suspendido entre dos mundos. El hombre al cual iba a conocer había pasado 4.341 días en aquel matadero de pesadilla donde el espectro de la muerte merodeaba de modo permanente.

Todo parecía, no obstante, tranquilo y ordenado. Los guardas eran corteses. Las rejas se abrían y cerraban sin ruidos excesivos, la sala de visitas olía a pintura fresca. Pero la impresión era engañosa: una tensión inesperada podía producirse en cualquier momento, incluso en ausencia de toda provocación los ocupantes de este microcosmos podían explotar con una violencia inaudita, súbita, mortífera. Aquí, la perspectiva de la muerte planificada precipitaba a los más frágiles a la locura. Chessman había visto desintegrarse a muchos de sus codetenidos en este martirio de la espera. Había oído sus plegarias, sus alaridos, sus maldiciones. Los había visto rodar desnudos por el suelo sobre sus excrementos, lanzarse a la garganta uno de otro, destrozar su lavabo, la taza del WC, romper todo lo que había en su celda. Había escuchado patéticas peticiones de indulto y visto alejarse los cadáveres de los detenidos que se habían cortado las venas y muerto desangrados como cerdos. Visiones mágicas de sabores crueles acompañaban a veces estas imágenes de horror. La última Navidad, cuando Chessman se acercaba a su séptima cita con el verdugo, el director de la prisión había hecho montar en la entrada del pasillo un magnífico árbol navideño resplandeciente de guirnaldas, bolas, velas y estrellas luminosas. A su regreso del paseo, los condenados a muerte habían ido a tocar tímidamente las ramas y respirar el olor salvaje e irreal del bosque.

Aquella primavera, veinticuatro prisioneros del pasillo de la muerte esperaban con Caryl Chessman que fueran en su busca para conducirlos a la «cámara verde» de la planta baja que servía para las ejecuciones. Durante sus doce años de cárcel, Chessman había visto a más de doscientos camaradas emprender este último viaje. Algunos habían sido sus amigos. A cinco celdas de la suya se había consumido

durante tres años Henry, *el Calvo,* un antiguo ajustador condenado por la violación y el asesinato de una niña. Chessman había puesto todos sus conocimientos jurídicos al servicio de esta «pobre alma de pájaro en un cuerpo de coloso». El gobernador de California se había dejado convencer, finalmente, por los argumentos que aducían su irresponsabilidad. Cuando telefoneó para anunciar el indulto y pedir su traslado a un asilo psiquiátrico, el joven violador acababa de ser atado al sillón de la cámara de gas. El verdugo tuvo el tiempo justo de desatarlo antes de que fuera demasiado tarde. Chessman tuvo otro amigo de quien sólo conocía el apodo. El «asesino fantasma» era un ser pequeño y enclenque, de voz aflautada, que erraba por las calles de Los Ángeles con un 6.35 Smith & Wesson en el bolsillo. Disparaba al azar contra los viandantes, sin verdadera intención de matarlos, sólo para dar miedo. Un día acertó a una mujer en pleno corazón. La policía necesitó dos años para encontrar a su asesino, enviarlo al pasillo de la muerte y hacerlo ejecutar. Chessman se encariño también con un gigante que pesaba más de ciento diez kilos y que había ocupado durante años una celda próxima a la suya. Originario de Arkansas, «Big Red» había venido a trabajar a los ricos vergeles del valle californiano de San Joaquín. Era un personaje sencillo y alegre. Una noche fue arrestado después de una borrachera, llevado a la comisaría y encerrado con dos borrachos. En un acceso de violencia, molió a golpes a uno de ellos. El hombre murió. Big Red se encontró en el pasillo de San Quintín. Fanático partidario del presidente Eisenhower, hizo campaña para su reelección entre sus codetenidos y los guardianes. Para sentir más cerca de él a su ídolo cuando muriera, quiso llevar su retrato a la cámara de gas. No obtuvo este favor, pero murió tranquilo por el futuro de América. Su candidato acababa de ser reelegido triunfalmente para un nuevo mandato de cuatro años.

Había dos sillones en la cámara de gas de San Quintín, y no era insólito que dos condenados fuesen ejecutados al mismo tiempo. Cuatro años antes, en su sexta cita con el verdugo, Chessman habría tenido que morir al lado de Frank, un pequeño truhán que había degollado a un detenido en otra prisión. Poco antes de su traslado a la cámara de gas, el director de la prisión le había anunciado que acababan de concederle otra prórroga. Así pues, Frank se fue solo después de gritar: «¡Buena suerte, Chess!» Parecía resignado. Al cabo de tres años en el pasillo, consciente de que no tenía más posibilidad de salir «que una bola de nieve del infierno», como solía decir, estaba contento de poner fin a todo. Chessman lo había constatado a menudo: el siniestro ambiente del pasillo, el laberinto desconcertante del procedimiento, la sensación de haber caído en la trampa como una rata inspiraban a numerosos condenados a muerte a decir al final: «¡Y qué, a la mierda!» Nadie se había interesado nunca por la suerte de Frank, nadie había escrito al gobernador para pedir su indulto. Como la inmensa mayoría de los condenados, se había dejado gasear sin hacer más ruido que un perro exterminado en la perrera. Mucho más difícil había sido

la marcha de un joven negro, casi siempre alegre y sonriente. Leandress Rilly había matado a un tendero en el curso de un robo con violencia frustrado. Sólo tenía veinte años y la muerte le aterraba. Se debatió hasta el fin. Incluso logró arrancarse las correas y levantarse del sillón antes del envío del gas. Los guardianes tuvieron que volver a la cabina para sujetarle de nuevo. Incluso entonces logró liberar un brazo cuando los gases mortales llegaron a sus pulmones. Chessman no podía olvidar sus alaridos.

Era una verdad del pasillo: cada condenado a muerte reaccionaba de modo diferente en el instante final. Algunos, valientemente, con la cabeza alta, saludando al pasar a los camaradas con dos dedos formando la V de la victoria; otros, lanzando injurias e imprecaciones, y otros, murmurando plegarias. Harry, un plácido trabajador agrícola que en un momento de locura había matado de un disparo de revólver a una muchacha de la que estaba platónicamente enamorado, había abandonado el pasillo con su Biblia abierta entre las manos, entonando cánticos a voz en grito. Jack, un jovenzuelo de cara imberbe, seguía preguntándose por qué nadie acudía en su ayuda. Stanley, el asesino de una anciana, se indignaba todavía por la «broma pesada» de que le hacían objeto. Doil, un negro de veintisiete años que vigilaba mientras sus amigos robaban una tienda después de matar a su propietario, repetía sin parar: «¡Se equivocan! No soy yo quien disparó». Tom, un camionero que había estrangulado al amante de su mujer, se marchó sin aparentar el menor problema, fumando uno de esos gruesos cigarros baratos cuyas espirales habían infestado el pasillo durante casi cuatro años. Eddy, un preso roído por el cáncer, pareció aceptar su entrada en la cámara de gas como una liberación.

Durante los doce años al borde de la tumba, Chessman había visto partir a hombres altos, bajos, delgados, gruesos, jóvenes y viejos, valientes y cobardes. Unos eran criminales de ocasión, otros verdaderos profesionales, y otros no eran más que unos tipos infelices a quienes las perversiones sexuales o los trastornos psicológicos habían conducido hasta el asesinato. Habían matado con armas de fuego, porras, cuchillos, hachas o con los puños. Las tres cuartas partes habían sido defendidos por abogados de oficio. La mayoría habían sido ejecutados en la primera fecha fijada para ello. Algunos se habían beneficiado de una o varias prórrogas, pero la muerte había acabado siempre atrapándolos.

* * *

Caryl Chessman era el campeón de las ejecuciones aplazadas. Convertido en un eminente especialista del derecho criminal californiano, había conseguido arrancar prórroga tras prórroga. Ocho en doce años. Sus éxitos le valían la animosidad de gran parte de sus compatriotas, escandalizados de que un condenado pudiera jugar indefinidamente al escondite con la justicia para sustraerse al castigo. Ciertos

periódicos hablaban de «perversión del derecho» y exigían con urgencia nuevas leyes «para que Chessman pague por fin su deuda con la sociedad». Había afrontado cuatro veces el ritual que acompaña la preparación de las ejecuciones capitales: comunicar sus disposiciones testamentarias, recibir a los enviados de un banco de ojos venidos a pedirle la donación de sus córneas, disponer con el representante de las pompas fúnebres las formalidades de su incineración y el destino de sus cenizas… Caryl Chessman sabía de memoria las modalidades. Al director de la prisión, que un día le preguntó si pensaba escaparse del verdugo, respondió: «Mi viaje en compañía del odio ha terminado. He salvado la vida por los pelos con excesiva frecuencia para reaccionar de manera emocional. La muerte ha perdido todo significado para mí. Estoy tan dispuesto a morir como a seguir viviendo, eso es todo». Citando *El jardín de Proserpina* del escritor Swinburne, concluyó: «Estoy cansado de las lágrimas y las risas y de los hombres que ríen y lloran». Durante otra velada en espera de un hipotético informe de su ejecución, había oído a un locutor de radio describir su muerte. «En momentos semejantes, sólo se puede elegir entre el horror y la locura», anotó en su diario.

Su obstinación en probar que no era el famoso «bandido de la luz roja» había hecho por lo menos la felicidad de algunos hombres. Antes de cada cita con el verdugo, los corredores de Los Ángeles recibían las apuestas. Si se apostaba por su muerte a seis contra uno una semana antes de la fecha fatídica, las diferencias aumentaban a medida que se acercaba el plazo. La vez anterior, la cota había subido a veinticuatro contra uno. El 18 de febrero de 1960, ningún apostador había querido arriesgar un solo dólar por la supervivencia del célebre prisionero. Sus guardianes habían venido a buscarle por la tarde para conducirle a la planta baja, a la jaula de *la última noche*, a siete pasos de la cámara de gas donde debía ser ejecutado a la mañana siguiente.

Fue entonces cuando un boletín de radio anunció lo que ya nadie se atrevía a imaginar. Era un poco más de medianoche. A cuatrocientos kilómetros del centro de Sacramento, capital del estado, el gobernador Edmund Brown se había retirado a su despacho para intentar resolver de manera espectacular la confrontación sin fin de Caryl Chessman con la justicia.

«Fue un largo y torturador debate con la conciencia —confiaría después—, pero por lo menos todas las coordenadas del problema conducían a una única y misma certidumbre: la pena de muerte era un mal asunto».

Brown había convocado a la Asamblea legislativa de California en sesión extraordinaria para proponerle examinar el proyecto de una ley que aboliera la pena de muerte. Después había hecho aplazar sesenta días la ejecución de Caryl Chessman para permitir que el condenado se beneficiara de un eventual voto favorable.

«Deseo que el pueblo de California pueda expresarse por sí mismo sobre la pena

capital a través de la voz de sus representantes», explicó al día siguiente.

Las reacciones fueron inmediatas y de una violencia que sorprendió en ese estado acostumbrado a excesos políticos de todos los órdenes. California se inflamó. La prensa se desencadenó una vez más. Diputados de todas las tendencias exigieron la dimisión del gobernador e incluso su encausamiento. Cierto número de sus colaboradores más próximos y seguidores políticos —aunque hostiles en su mayoría a la pena capital— juzgaron que no era el momento oportuno. En efecto, las cuatro quintas partes de los escaños de la Asamblea de California debían ser renovados dentro de poco. La iniciativa intempestiva del gobernador amenazaba con comprometer la armonía en el seno del partido demócrata y empañar el aura política de una de sus figuras más emblemáticas. ¿Acaso Brown no representaba la mejor posibilidad de su partido en la próxima carrera a la Casa Blanca?

El gobernador defendió valientemente su proyecto en la tribuna de la Asamblea. Sabía que los líderes de su partido estaban divididos sobre la cuestión de la pena capital. Sabía, sobre todo, que su principal objetivo era sofocar toda controversia y protegerlo de las consecuencias nefastas a las que se había expuesto. Cuando se dio cuenta de que no tenía ninguna posibilidad de hacer votar la abolición, propuso una alternativa a los diputados. «Suspendan la aplicación de la pena de muerte durante un período de tres años y medio. Y luego decidan».

Su proyecto fue sometido al examen de una comisión parlamentaria. Durante dieciséis horas de agitado maratón, la comisión escuchó a partidarios y adversarios del castigo supremo. Entre sus defensores más encarnizados figuraban magistrados, policías e incluso hombres de Iglesia. Un fiscal se esforzó en demostrar las ventajas de la eliminación pura y simple de los criminales, preferible a la cadena perpetua. «Una de estas hojas lleva todavía las huellas de la sangre de un guardián apuñalado en pleno corazón», declaró exhibiendo una colección de cuchillos y armas diversas halladas en las celdas de los detenidos. Un suboficial de la policía alertó a los parlamentarios contra los peligros «de creer que el único objeto del código penal es garantizar la rehabilitación de los criminales». Un pastor barrió sus últimos escrúpulos afirmando que si «los gobiernos existían, era para permitir a Dios el ejercicio de sus justos castigos». Ante tal apasionamiento, los argumentos de los adversarios de la pena de muerte, aunque acompañados de estadísticas que demostraban su inutilidad como arma disuasoria, no tenían ninguna posibilidad de obtener la más pequeña mayoría. La moratoria propuesta por el gobernador fue rechazada por ocho votos contra siete. Nadie se sorprendió. Y todo el mundo coincidió en decir que si el caso del célebre prisionero de San Quintín no hubiera estado solapado en la cuestión planteada, el resultado habría sido sin duda diferente.

El gobernador no tardó en darse cuenta de que esta opinión era compartida por una fracción importante de los Estados Unidos. Un torrente de telegramas, cartas y

mensajes asaltó su escritorio. Cuando se acercaba una ejecución, su correo solía contener una mayoría de exhortaciones a la clemencia. Esta vez sucedió lo contrario.

El hecho de que pesaran sobre Chessman acusaciones de naturaleza sexual exacerbaba la rabia de muchos comunicantes. También el hecho de que por primera vez en los anales judiciales hubiesen transcurrido tantos años sin que se ejecutara la sentencia era, para algunos, «la prueba de que no se había podido ejercer una justicia sana y rápida». Nadie emitía la hipótesis de que esta larga prórroga hubiese podido tener por motivo algún error de la justicia, ya que ésta era universalmente considerada infalible. Todos repetían, por el contrario, lo que la prensa no cesaba de afirmar, a saber, que el condenado Caryl Chessman era «un genio maléfico» que añadía a sus crímenes el de rechazar el justo castigo. Raros eran los que reconocían en este largo aplazamiento la prueba del respeto que los Estados Unidos sienten por la defensa de los derechos del individuo. Muchos consideraban que Chessman había manipulado el sistema judicial, abusado de sus puntos débiles. En suma, se había mostrado un mal perdedor. *Los Angeles Times* resumía esta opinión escribiendo que «ese criminal particularmente perverso y hábil ha cuestionado nuestro sistema judicial y desacreditado nuestras leyes». Por consiguiente, ya no era cuestión de matar a Chessman para hacerle expiar sus crímenes, sino más bien de rehabilitar un sistema judicial ridiculizado por sus combinaciones y estratagemas. Era preciso matarle para que la opinión recuperase la confianza en los tribunales y sus leyes.

Surgieron los argumentos más abyectos. «Chessman es judío y los judíos siempre se salen con la suya», afirmaba una carta, mientras otra fustigaba a «los defensores de los derechos civiles y otros comunistas que manchan los verdaderos valores de América tomando la defensa de Chessman». Otra resumía una opinión bastante extendida declarando que «Chessman debe morir porque tiene cara de pocos amigos». Incluso la religión se mezcló. «Soy católica —escribió una mujer—, pero no volveré jamás a la iglesia si le conmutan la pena». Recordando que el apóstol san Pablo había sido muerto a pesar de ser inocente, un pastor bautista se preguntaba si era preciso «abolir nuestras leyes con el pretexto de que se había decapitado a un hombre inocente». Una petición firmada por doce diplomados de la Universidad de California exigía simplemente que se matara a Chessman «para que deje de vivir a cargo de los contribuyentes».

Numerosas cartas hacían referencia a los mitos habituales de los partidarios de la pena capital. «Es sorprendente constatar el continuo incremento del crimen —escribía una madre de familia— cuando cualquier adolescente puede señalar a Chessman con el dedo y decir: “este individuo ha escapado a un castigo justo”.» Sin duda, lo más triste que revelaba la lectura de ese correo era que la gente le discutiese a un hombre el ejercicio del derecho más fundamental, el de defender su propia vida.

* * *

El gobernador Brown se declaró «afectado en extremo» por el fracaso de su tentativa de hacer abolir la pena de muerte en el estado de California. Sacando las consecuencias de esta derrota, anunció que ahora «ya no tenía ningún poder para intervenir en el caso Chessman». Ordenó la reanudación de las ejecuciones capitales. En San Quintín, se asignó la primera cita a un camionero de veintinueve años, Charlie Brubaker, autor de un doble asesinato. Ocho días después le tocaría el turno a Laurence Wade, un saxofonista negro de treinta y dos años que había matado a un vendedor de bebidas en el curso de un robo con fractura. La fecha del 2 de mayo sería asignada a Chessman.

Varios días antes de la ejecución de Brubaker, un suceso insólito conmocionó el pasillo. A la vuelta de un paseo, Chessman encontró sobre la mesa de su celda un tarro lleno de agua. Detrás del cristal dos ojos globulares le miraban fijamente. Era un pez, un bonito y pequeño arenque plateado como los que se pescan en la bahía de San Francisco.

—¡Eh, muchachos! ¡Hay un pez en mi celda!

Un concierto de sarcasmos y silbidos acogió la noticia. ¿Se había vuelto loco Chessman?

—¡Mentiroso! —exclamó una voz.

Chessman trasvasó el arenque del tarro a un viejo bote de mantequilla de cacahuete y blandió el recipiente entre los dedos a través de los barrotes.

—¡Mirad, pandilla de caguetas! ¡Vamos, mirad!

Chessman colocó el recipiente sobre el cemento del pasillo, lo empujó con suavidad hacia la celda de su vecino y le pidió que lo hiciera pasar de celda en celda. Después gritó:

—¡Charlie, es para ti! —Esperaba que la presencia del animal endulzara la agonía de los últimos días del camionero. En cinco años, Brubaker sólo había recibido una visita, la de su madre, una pobre mujer a quien el crimen y castigo de su hijo habían enloquecido a medias.

Impulsados con infinitas precauciones, el pequeño tarro y su inquilino se deslizaron de celda en celda. La voz gruesa de su destinatario estalló entonces como un trueno.

—Chess, ¿cómo se llama tu jodido arenque?

Cogido por sorpresa, Chessman vaciló. Recuerdos de lecturas se atropellaron en su cabeza.

—¡*Prometeo*! ¡Se llama *Prometeo*! —respondió triunfalmente, encantado de haber encontrado para su compañero el nombre del héroe mitológico que había logrado romper sus cadenas para reconquistar la libertad.

¿Para qué? Ya no estaré aquí

Oigo el ruido de una cerradura. Ahora está aquí, delante de mí, con su uniforme azul, más alto y más macizo de lo que había imaginado, de rostro más pálido y más bien feo, con la nariz rota, las arrugas profundas, el labio inferior un poco colgante. Su mano pesada estrecha la mía y me indica que tome asiento. Después, con una voz ligera, que contrasta extrañamente con su aspecto, me da la bienvenida.

Su mirada recorre la sala de visitas. Es una mirada negra, impresionante, profunda.

—¡Qué bello debe de estar París en esta estación!

La observación me sorprende. ¿Qué realidad puede tener el paso de las estaciones en el fondo de esta fosa? Asiento, algo incómodo. En presencia de este preso en plena madurez, tan dueño de sí mismo, me siento como un niño cogido por sorpresa. ¿Qué preguntas puedo formular a este hombre a quien espera dentro de pocos días una muerte ritual y programada?

La conversación se inicia torpemente. La iluminación brutal del neón me sugiere una primera idea que resuena tontamente en mis oídos.

—¿Ve usted la luz del día desde su celda?

—Sí, por un minúsculo cuadrado de cielo. De vez en cuando vislumbro incluso una gaviota que pasa gritando.

—Mientras hay vida hay esperanza… ¿verdad?

Una sonrisa desengañada frunce la comisura de su boca.

—No, realmente no… —Me ofrece un cigarrillo y a continuación añade, con la indiferencia de un médico que enuncia un diagnóstico—: Verá, después de doce años, encerrado en una jaula dos veces más pequeña que esta sala, acaba uno por no hacerse ilusiones.

—¿No se ha adaptado a esta situación después de tantos años?

Me arrepiento inmediatamente de esta pregunta estúpida. Por otra parte, conozco la respuesta. Chessman ha escrito que había aprendido a vivir en medio de los gemidos, alaridos, plegarias vociferadas, blasfemias, maldiciones del pasillo de la muerte. Si ha podido resistir, es porque su existencia en ese lugar morboso no ha sido en muchos aspectos conforme a lo establecido. Dedicándose a la escritura ha conseguido canalizar sus impulsos, domar sus angustias. Sus libros han dado una meta a su vida, un sentido. Nunca ha dejado de estar pendiente de los sucesos del mundo, y estos años de cohabitación con la muerte le han permitido calmar su odio y apaciguar su rebeldía.

—De hecho, cada mañana, cuando me despierto, encuentro de nuevo mi celda como la primera mañana —insiste en precisar.

Su semblante es sereno. Cuando le pregunto qué ambiente reina estos días en el pasillo da varias caladas a su cigarrillo.

—¡Más bien bueno! Hay que decir que ciertos guardianes están aquí desde hace años. Conozco su vida, sus problemas. Hemos trabado fatalmente vínculos de simpatía. Como es natural, cierran con llave las rejas de las celdas. Pero lo hacen discretamente, sin agresividad. Lo hacen porque es su trabajo.

—¿Y sus codetenidos?

El rostro de Chessman se toma grave.

—Hace pocos días, aún éramos seis en espera de nuestra ejecución inminente. Laurence Wade, mi vecino saxofonista, fue ejecutado el viernes. El 2 de mayo me tocará a mí. —Precisa la fecha con toda la naturalidad del mundo—. Después, el 13, el 20, el 28… Somos cinco los que partiremos en los próximos días… Sí, eso es, cinco.

Pasan varios segundos de un silencio un poco pesado. Aventuro una digresión.

—Me han dicho que después de la muerte de su vecino saxofonista heredó usted un compañero de celda. ¿Es exacto?

—¿Se refiere a *Prometeo*? ¿Al arenque *Prometeo*?

Hago un signo afirmativo. Chessman ríe abiertamente.

—Es un granuja redomado. No puedo salir cinco minutos de paseo sin que manifieste su mal humor derramando el agua de su pecera por toda la celda. Cada vez le encuentro agotado, con la boca abierta, a punto de expirar. A pesar de la proximidad del océano, encontrar agua de mar en esta prisión no es una cosa fácil. Desde hace dos días, antes de salir de paseo, enciendo el televisor para él. Esto le tranquiliza un poco. Me instalaron un aparato anteayer. Es un privilegio reservado a los condenados pendientes de ejecución… Miro de vez en cuando los programas informativos, pero cuando se está tan cerca de la muerte las realidades cotidianas pierden algo de sentido… Si se trata de los atascos de las salidas de fin de semana, nada cambia para ti. Oyes anunciar los programas de la semana próxima y piensas: «¿Para qué? Ya no estaré aquí».

—Supongo que todos los ocupantes del pasillo están condenados por asesinato —dije—.

—Exacto. Todos menos yo.

—¿Cuántos de ellos tienen una posibilidad de ser indultados?

—Eso no se sabe nunca… nunca hasta el último minuto.

—¿Son amables con usted, el antiguo?

—No todos. Algunos envidian mi notoriedad. Hay que decir que la mayoría se halla en un estado de terrible abandono moral. Nadie de su familia viene a verlos.

Uno de ellos, un joven negro que está aquí desde hace trece meses, aún no ha recibido nunca la visita de un abogado.

—Si pudiera elegir entre la muerte y la cadena perpetua, pero cadena perpetua sin ninguna esperanza de libertad, prisión hasta el final, ¿qué escogería?

La respuesta es un estallido:

—¡Vivir! ¡Tengo trabajo para muchos años! Años tras los cuales podría convertirme en un verdadero escritor. Tengo por lo menos cuatro novelas en la cabeza, y una obra de teatro. —Al ver mi asombro, precisa:— Una obra de teatro sobre la vida de un compatriota suyo… Adivine, le daré una pista: este hombre nació el día en que Juana de Arco pereció en la hoguera…

La cultura de este gángster norteamericano me deja estupefacto. Intento concentrarme. Pero el lugar y el contexto de este examen insólito son demasiado opresivos para permitirme reflexionar. A Chessman le divierte mi ignorancia.

—¡François Villon! —exclama, triunfalmente—. Fue condenado a muerte, como yo. Sin ánimo de parecer pretencioso, siento una gran afinidad moral con él.

—¿Ya ha empezado a escribirla, o es sólo un proyecto?

—Aún no hay una sola palabra sobre el papel, pero tengo en la mente tres buenos actos.

Se saca un lápiz del bolsillo y lo enseña, como diciendo: «Sólo me falta empezar». Señalando discretamente con el dedo al guardián sobre cuyas rodillas se ve la carabina al otro lado de la puerta de barrotes, continúa en voz baja:

—Lo más terrible es que me han prohibido formalmente escribir. Desde la publicación de mi primer libro, el reglamento se ha endurecido de forma draconiana. Soy objeto de una vigilancia constante. Si me encuentran encima o en mi celda un escrito que no tenga relación con mi defensa, me encierran inmediatamente en el agujero. —Suspira—. No poder escribir libremente es casi peor para mí que la espera de la muerte.

Busco una digresión que no sea estúpida o ridícula.

—Por lo menos tiene la posibilidad de recibir visitas, mientras que en Francia, aparte de su abogado y los miembros de su familia más próxima, nadie puede ver a un condenado a muerte. Está confinado en un aislamiento total. Usted tiene incluso el derecho de recibir a periodistas.

Se levanta, da la vuelta a la silla y vuelve a sentarse. He tocado un punto doloroso. Su rostro se ha ensombrecido.

—Tengo varios amigos buenos y fieles en la prensa —concede—. Algunos de ellos han llegado a poner en peligro su carrera por salir en mi defensa. Pero la gran mayoría de sus colegas me demuestran una antipatía tan manifiesta que se ha hecho imposible toda comunicación. Algunos me persiguen desde hace años como perros rabiosos. Y resulta que las condiciones morales de mi vida aquí no me permiten sufrir

el odio con el corazón ligero. Por eso hace algún tiempo que me niego casi sistemáticamente a responder a las preguntas de los periodistas.

Escucha el roce de mi pluma sobre mi cuaderno de notas y me dirige una sonrisa amistosa:

—Usted es diferente. No se ha mezclado con las intrigas ni los compromisos políticos locales. Aporta un soplo de aire fresco a mi vida de recluso. Y su presencia es la prueba de que miles de personas, en el otro confín del mundo, se preocupan por la suerte de un desconocido perdido en el fondo de esta prisión.

* * *

—Y ahora, Caryl, ocho días antes de su ejecución, ¿qué siente?

Es mi segunda visita. Habrá seis.

—¿Que qué siento? —repite, encogiéndose de hombros con aire desengañado—. Ni una esperanza febril, ni una desesperación absoluta. Me siento capaz de entrar con la cabeza alta en la cámara de gas y afrontar la muerte con calma. Trato de no vivir en una angustia constante, con la obsesión de mi muerte inminente. No es fácil…

Emite una pequeña risa burlona, como para quitar toda grandilocuencia a lo que acaba de decir.

—Caryl, ¿qué desea hoy más que nada en el mundo?

—La paz de espíritu durante los pocos días que me quedan de vida. —Tras un silencio, añade—: Realmente, ¿qué otra cosa puedo verdaderamente desear?

—¿Hay una mujer en su vida? —pregunto.

Sabía que Chessman había tenido una gran pasión unos años antes. Se llamaba Judy. «Con sus aires de niña, su risa chispeante, su belleza cálida y provocativa, Judy tenía todo lo que un hombre puede esperar de una mujer», había escrito en uno de sus libros. Judy servía en un *drugstore*. El joven ladrón de coches que acababa de pasar dos años en un reformatorio de extrema dureza había descubierto con ella lo que no solía existir fuera de las novelas y las películas: la felicidad. Había hecho grandiosos proyectos: cambiar de vida, encontrar un trabajo, casarse con Judy, tener un hijo con ella. Así devolvería a Hallie, su madre tan amada, la confianza que había perdido en el hijo descarriado. El primer gesto de la pareja sería instalarse en Los Angeles al lado de la pobre mujer, que vivía en medio de atroces sufrimientos, paralítica después de un accidente de automóvil.

Un artículo leído en un periódico había volatilizado todos estos nobles proyectos. Al enterarse de que los avances en materia de cirugía neurológica permitían a ciertos paralíticos recuperar el uso de las piernas, Caryl había hecho acudir al cirujano autor del artículo a la cabecera de su madre. El médico admitió que existía una posibilidad de mejoría, pero que serían necesarias numerosas y delicadas intervenciones que costarían mucho dinero. Habló de varios miles de dólares.

Olvidando sus buenos propósitos, Caryl Chessman emprendió la búsqueda del dinero indispensable. Robó un coche y, armado con un revólver, empezó a desvalijar a los asiduos de los garitos y burdeles de los barrios elegantes de Los Ángeles. Acumuló rápidamente la cantidad con que pagar los honorarios del cirujano y los gastos del hospital de su madre tan querida. Pero tres intervenciones no pudieron devolver la vida a sus piernas. Su madre quedaría lisiada para siempre.

Caryl ahogó su desesperación en actos de violencia cada vez más temerarios. Cometió hasta ocho atracos en una sola noche. Arrestado y juzgado enseguida, fue condenado a dieciséis años de cárcel. Aún no había cumplido veinte años. Su madre murió de pena. En cuanto a Judy, a la que vio varias veces detrás de un cristal de la sala de visitas de la prisión, acabó convenciéndola de que renunciase a él.

Después de haber recuperado la libertad, y antes de volver a caer en manos de la justicia, ¿había vuelo a encontrar el amor? Al principio mi pregunta le hace sonreír, pero al instante su rostro adopta una expresión dolorosa.

—El amor de una mujer es un lujo que uno no puede ofrecerse cuando está en una lista de condenados a muerte. Imagine lo que sería para una mujer enamorada la angustia, la tensión, el horror de la espera…

Turbado por tanta lucidez, deseo saber si encuentra en otra parte algún consuelo para soportar su prueba. Había escrito que una Biblia encontrada a un lado de su celda le había ayudado a soportar su primer encarcelamiento. Aprendió de memoria numerosos versículos del Eclesiastés y repitió incansablemente, dando vueltas por la jaula, como un animal salvaje, que *hay una estación para cada cosa y un tiempo para cada cosa bajo el sol, un tiempo para morir… un tiempo para matar… un tiempo para huir… un tiempo para odiar. Un tiempo para amar…* ¿Qué pensaba hoy?

—Caryl, ¿cómo se representa el más allá?

—Como el vacío total —responde sin la menor sombra de duda—. No soy creyente. No soy antirreligioso. No pretendo afirmar nada. Sencillamente, no tengo la respuesta. —Hace una pausa—. Creo que estamos un tiempo en la tierra y que nos vamos… Eso es todo.

* * *

A veces, cuando Caryl Chessman me parece tenso o angustiado, busco una pregunta absurda.

—Si tuviera de repente la posibilidad de evadirse, ¿qué haría? —le pregunté en una ocasión.

La respuesta estalló como un disparo:

—¡Me iría al Brasil, donde me esperan unos amigos…! Me gustaría poder visitar Europa… ¿Cree que sería indeseable en Francia?

Le tranquilizo. Su largo suplicio y su deseo de vivir inspiran la suficiente simpatía

en Francia para asegurarle una acogida amistosa. La alegría que estas palabras encienden en su rostro me anima a arrastrarle lejos de su siniestra situación. Me atrevo a hablar de la vida, del porvenir, a este hombre que se halla en el umbral de la muerte. Es casi surrealista. Describo a Chessman la belleza de las parisienses sentadas en la terraza de los cafés bajo el sol de la primavera, intento pintarle ese vapor rosa que sube de las aguas del Sena al caer la tarde, hacerle oler el perfume de los castaños en flor en los jardines de los Campos Elíseos, le cuento la magia de París, que se adormece a la hora en que estamos hablando. Le hago imaginar también la belleza del puerto de Saint-Tropez que acabo de dejar, la luz sublime de Provenza sobre las viñas y los pinos piñoneros.

El chirrido de la llave en la cerradura pone fin a nuestra escapada onírica. Pero antes de que se lo lleve el guardia, Chessman me coge las manos para decirme con calor:

—¡Vuelva mañana sin falta, Dominique!

* * *

Es nuestra cuarta cita. Una cuestión me obsesiona desde el principio de nuestras entrevistas: ¿cómo este hombre, tan chispeante de inteligencia, tan desbordante de seducción, puede haber necesitado hacerse pasar por un policía y empuñar un revólver para obtener los favores de una mujer?

Insiste en contarme cómo la policía de Los Ángeles hizo creer que él era el bandido de la luz roja.

—Me llevaron ya caída la noche al patio de la joven Marie-Alice Meza, una de las víctimas de aquel hombre. Vivía en el cuarto piso. La llamaron para que saliera a la ventana. Apenas se veía nada. Me habían arrestado y encerrado durante dos días y no había podido afeitarme ni lavarme. Me habían molido a golpes, casi matado, y me habían roto la nariz. Desde la calle, un oficial de policía me señaló entre dos colegas suyos y le gritó a la chica: «Su agresor es uno de estos tres hombres. ¿Le reconoce?» Fue así como me convertí en *el bandido de la luz roja.*… Y, sin embargo, la muchacha había dado a la policía una descripción totalmente diferente de la mía.

Le pregunto con sorpresa:

—Entonces, ¿por qué firmó las confesiones?

Me señala su nariz con un dedo.

—Para acabar con los culatazos en la cabeza y los puntapiés en la barriga, uno termina por confesar cualquier cosa…

Un «desconocido» llamado Terranova

Veintisiete días antes del 2 de mayo fatídico, una revista mensual de Nueva York especializada en casos criminales encargó a uno de sus reporteros que fuera a San Quintín a recoger las últimas palabras de Caryl Chessman.

El enviado de *Argosy*, William Woodfield, salió de la penitenciaría persuadido de que se iba a ejecutar a un inocente.

Llamó a su redactor jefe y le convenció de que era necesario rehacer la encuesta; quería descubrir pruebas inéditas que demostraran que Chessman no era el bandido de la luz roja. William Woodfield obtuvo carta blanca y el apoyo de su colega Milt Machlin, un veterano del periodismo de investigación. Los dos hombres se lanzaron de cabeza a la tarea. Empezaron por encontrar la foto tomada por el servicio de identidad judicial tres días después del arresto de Chessman. El retrato de cara mostraba una gran equimosis en la parte derecha de su frente. Este documento contradecía formalmente el informe médico presentado en el proceso que atestiguaba que el prisionero no ofrecía ningún rastro de golpes después de su interrogatorio. La foto no fue mostrada nunca al jurado. En cambio, el procurador se basó en el informe médico para probar que las primeras confesiones de Chessman no le habían sido arrancadas mediante la violencia.

Woodfield y Machlin también lograron hacerse con las declaraciones hechas a la policía por las víctimas del bandido de la luz roja cuando denunciaron la agresión. Estas declaraciones no concordaban con las que los mismos testigos habían hecho después, durante el proceso. Un tal Thomas Bartle había indicado que el individuo tenía «varios dientes de delante torcidos». Este detalle no le había podido pasar desapercibido: era dentista. Esta característica habría debido, por sí sola, exculpar enseguida a Chessman, que poseía una dentadura impecable. Pero esta información no había figurado nunca en las actas sometidas al tribunal.

Los periodistas de *Argosy* sacaron a la luz otros hechos inquietantes en extremo. Al estudiar las declaraciones de las víctimas mantenidas en secreto por la policía, se dieron cuenta de que la descripción del coche del bandido de la luz roja no correspondía al Ford en el que Chessman había sido arrestado. Hablaban de un cupé de dos puertas de color claro, mientras que el Ford de Chessman era un cuatro puertas de color negro.

Uno de los testimonios que había pesado más en la decisión del jurado en favor de la pena de muerte había sido el de la muchacha supuestamente enajenada como consecuencia de las violencias sexuales sufridas. De todas las víctimas del bandido de la luz roja, Mary-Alice Meza era la que había permanecido más tiempo en su coche. Tuvo tiempo de sobra para observar su disposición interior. Había descrito con todo detalle el salpicadero, «con su cuentakilómetros circular todavía encendido». Un policía había presentado a la muchacha la fotografía de un salpicadero parecido al

descrito por ella. «Sí, era como éste», confirmó. Woodfield y Machlin redujeron a la nada el interés de este testimonio, considerado capital. Los dos periodistas encontraron la factura de un mecánico que probaba que el coche descrito por Mary-Alice Meza no podía ser el de Chessman. El velocímetro de este último había sido retirado para su reparación la víspera de la agresión sufrida por la muchacha. Los dos periodistas habían obtenido la prueba en el bloc de facturas de un mecánico local.

En un expediente clasificado «confidencial» del sheriff del Condado de Los Ángeles, Woodfield y Machlin descubrieron que varias víctimas habían declarado ser agredidas por *dos* hombres. ¿Quién era el otro individuo cuya existencia había ocultado la policía desde la captura de Chessman?

Estas revelaciones cuestionaban gravemente a la policía de Los Ángeles, considerada a la sazón como el cuerpo policial más corrompido de los Estados Unidos. En cuanto a brutalidades cometidas por sus agentes, eran tan frecuentes que habían provocado uno de los mayores escándalos de la historia de la ciudad. Numerosos policías habían ido a parar a la cárcel.

* * *

Trabajando noche y día a fuerza de cafés, los dos periodistas verificaron todas las pistas susceptibles de probar que Chessman no era el bandido de la luz roja. Constataron que durante el proceso, el fiscal no había podido confundirle ni aportar la prueba formal de su culpabilidad. Ninguna huella digital de las víctimas del bandido de la luz roja se había hallado en el Ford conducido por el acusado. Pese al hecho de que las dos víctimas de las violencias sexuales habían declarado que ambas tenían la regla en el momento de la agresión, ninguna traza de sangre apareció en los asientos. Por contra, seis días después del arresto de Chessman, dos inspectores hallaron misteriosamente en el coche un par de cabellos que un experto de la acusación atribuyó a una de las víctimas.

Pero ¿bastaba probar la inocencia de Chessman para impedir su ejecución? Los dos periodistas lo dudaban. Necesitaban sobre todo descubrir quién era el verdadero culpable. La suerte les sonrió. Lograron encontrar la transcripción del primer interrogatorio de Chessman realizado unas horas después de su captura. Este documento había desaparecido de los archivos de la policía. «El tipo que buscan es Terranova —había declarado Chessman a los policías—. La luz roja y las agresiones son de él». Había dado una descripción detallada del individuo en cuestión. Curiosamente, los policías no habían encontrado en sus ficheros ningún rastro de aquel personaje. A los ojos de la policía y de los jueces el tal Terranova era, pues, un mito, un fantasma, una pura invención de Caryl Chessman.

Y no obstante, como pronto descubrirían Woodfield y Machlin, Terranova existía. Se llamaba Charles Severine Terranova. Sus dientes torcidos y la cicatriz sobre el ojo

izquierdo correspondían a la descripción dada por las víctimas del bandido de la luz roja. Este gángster, tan curiosamente desconocido por la policía, tenía de hecho un registro judicial que contenía trece condenas por delitos cometidos en la región de Los Ángeles. Terranova había sido puesto en libertad en 1955 después de siete años de cárcel, desapareciendo después. Pero Woodfield y Machlin habían encontrado su retrato, una bonita foto de identidad judicial en la que se distinguía claramente la cicatriz sobre el ojo izquierdo señalada por diversas víctimas del bandido de la luz roja.

La enormidad de sus descubrimientos aterró literalmente a los dos periodistas. Si querían conservar la exclusividad para su revista, privaban a Chessman de una posibilidad de escapar de la cámara de gas, porque el próximo número de *Argosy* no saldría hasta junio. Woodfield y Machlin renunciaron a su primicia y corrieron a visitar a los abogados de Chessman. Todos estuvieron de acuerdo: había que comunicar con urgencia estas revelaciones al gobernador Brown. Los dos periodistas decidieron tomar el primer avión para Sacramento.

Su viaje no empezó bien. Cuando se presentó ante el mostrador de facturación, Machlin vio a un hombre muy corpulento que se dirigía a la azafata y le pedía la lista de pasajeros. La azafata respondió que no tenía derecho a tal documento. El hombre no insistió y desapareció entre el gentío. Machlin ya había olvidado el incidente cuando un mensaje difundido por altavoz invitó a todos los pasajeros del vuelo 794 a presentarse en el mostrador de la compañía. Allí fueron informados de que su vuelo se retrasaría. «Nos han avisado de que hay una bomba a bordo del aparato», anunció un empleado. El avión fue registrado minuciosamente por agentes del FBI. No pudo descubrirse ningún artefacto sospechoso. Los dos periodistas sacaron la lección de esta alerta. Por prudencia, decidieron separarse. Machlin tomaría el avión y Woodfield haría el viaje en coche.

* * *

Los pasillos del Capitolio de Sacramento no habían conocido nunca semejante efervescencia. A siete días del plazo fatal, toda la prensa de Estados Unidos y del mundo parecía haberse dado cita ante la oficina del gobernador Brown. Un personaje esbelto y distinguido intentaba calmar la impaciencia de los periodistas. Abogado licenciado en Harvard, Cecil Poole, treinta y un años, un metro noventa y un fino bigote a lo Clark Gable, era el responsable de los indultos criminales del gabinete del gobernador. Todas las demandas de prórroga o conmutaciones de pena procedentes de condenados a muerte pasaban primero por él. Su autoridad era absoluta y el gobernador seguía siempre sus recomendaciones. Este hombre clave era negro.

Después de mi primera entrevista con Chessman, yo también había ido a Sacramento para hacer entrega al gobernador de las cien mil peticiones a favor del

condenado que había traído desde París. Poole me recibió. El consejero del gobernador no pudo reprimir un gesto humorístico a la vista de los paquetes de peticiones que coloqué sobre su mesa.

—Mucho ruido para nada —dijo, haciendo rechinar los dientes.

—La vida de un hombre siempre es «algo» —me atreví a decir—, sobre todo cuando este hombre no es un asesino.

—Usted es francés, señor Lapierre, y no está familiarizado con las leyes de nuestro país. El señor Chessman ha sido juzgado y condenado según nuestras leyes. Y convendrá usted en que nuestra justicia ha dado pruebas de una mansedumbre excepcional. El señor Chessman se ha beneficiado de doce años de respiro para hacer valer sus derechos. No creo que la justicia de su país tenga por costumbre mostrar una paciencia semejante con los criminales que ha juzgado merecedores de la guillotina.

Le hice notar que los crímenes que reprochaban a Chessman no se castigaban en Francia con la pena capital. Le recordé que los raptos del bandido de la luz roja se limitaban a hacer bajar del coche a sus víctimas para hacerlas subir a otro.

Poole emitió una risita de sarcasmo. Me pareció ver un brillo hostil en su mirada. Me pregunté si aquel educado negro buscaba ajustar cuentas con los blancos. Tantos negros llenaban los pasillos de la muerte de las prisiones norteamericanas sin haber tenido nunca la oportunidad de que alguien se interesara por su suerte… Tantos pobres infelices habían entrado sin ruido en la cámara de gas, se habían sentado en la silla eléctrica o habían sido ahorcados en medio de la total indiferencia de la prensa y de la opinión… ¿Qué falta hacía salvar hoy a un criminal porque el color de su piel y su inteligencia le habían granjeado la compasión del mundo?

—Transmitiré al gobernador todas estas firmas y le pediré que le reciba —dijo Cecil Poole.

Se levantó: la entrevista había terminado.

* * *

Los dos periodistas de *Argosy* entraron en el despacho del responsable de los indultos con dos maletas llenas de los documentos que habían reunido en el curso de su investigación. Sus facciones cansadas, sus trajes arrugados delataban su agotamiento. Pero mantenían su confianza. Dentro de algunas horas, ante las informaciones sensacionales que le llevaban, el gobernador podría cambiar su decisión y pedir al Tribunal Supremo del Estado el indulto de Chessman y la revisión de su proceso.

Woodfield y Machlin se equivocaban. Cecil Poole se negó en redondo a considerar que pudieran surgir elementos nuevos tantos años después. Hojeó los documentos con reticencia, deteniéndose de vez en cuando para consultar un expediente en uno de los archivadores ordenados detrás de él. Cuando llegó a la foto

de Chessman con la equimosis en la frente, en contradicción con el informe médico que señalaba lo contrario, la ausencia de toda huella de violencia física, reconoció con elegancia: «Esto sí que es nuevo». El descubrimiento del personaje llamado Terranova y las revelaciones sobre su pasado criminal también parecieron interesarle.

«Nos aportan dos elementos inéditos —concluyó—. Examinaré el conjunto de sus informaciones durante el fin de semana y el lunes les diré mi opinión».

Los dos periodistas se apresuraron a ir a compartir su esperanza con Chessman.

* * *

Yo estuve con el condenado aquella misma tarde. Sus mejillas, de ordinario tan pálidas, estaban muy sonrosadas. No podía disimular su excitación y su alivio.

—Las revelaciones de los periodistas de *Argosy* explotarán como una bomba, Dominique. Gracias a ellas, mis abogados podrán por fin aportar la prueba absoluta de mi inocencia. Porque los hechos descubiertos prueban que he sido víctima de una maquinación organizada por la policía de Los Ángeles, que se ha excedido por causa de mis atracos a los burdeles elegantes que protegía. Mis abogados podrán al fin aportar la prueba irrefutable que me eximirá de los crímenes del bandido de la luz roja. ¡Esta vez ya no se trata de otro aplazamiento sino de un nuevo proceso! ¡Un proceso que hará de mí un hombre libre!

Me incliné hacia él para hablarle en voz baja a causa del guardián, que detrás de la puerta de barrotes hacía girar el silbato en torno a su índice.

—¿Ha confirmado a los periodistas de *Argosy* que ese Terranova es el verdadero «bandido de la luz roja»? —inquirí.

Mi pregunta le hizo dar un respingo:

—¡Claro que no!

—¿Por qué se obstina en silenciar la identidad de este hombre cuando se sabe que lo reveló a su abogada Rosalie Archer hace varias semanas, rogándole que lo hiciera público cincuenta años después de su ejecución? ¿Por qué no habla enseguida? Esto no cambiaría nada para él, pues sus delitos están cubiertos por la prescripción, mientras que la vida de usted depende hoy de esta revelación.

Me sentí molesto. Osaba dar consejos a un hombre que había conseguido, en doce años, la hazaña de aplazar ocho citas con la muerte. Un hombre que se había mostrado más hábil y determinado que la jauría de jueces, fiscales y periodistas empeñados en verle entrar en la cámara verde.

Chessman sonrió y me ofreció un cigarrillo. Quería contestarme, pero el tiempo de nuestra conversación había terminado. El guardián ya había descorrido el cerrojo de la puerta de barrotes para llevarle a su celda.

—¡Hasta mañana! —me dijo con una sonrisa.

«Prefiero la cámara de gas»

—No quiero deber mi vida ni mi libertad a una denuncia —me declara sin preámbulo al día siguiente. Mi exhortación de la víspera le ha conmovido visiblemente—. Mientras el Tribunal Supremo no me haya reconocido inocente de los crímenes por los que me condenó a muerte hace doce años, seré oficialmente «el bandido de la luz roja». ¡Cuando se haya proclamado mi inocencia, será asunto de la policía descubrir al verdadero culpable, no el mío!

—Habla como si tuviera años por delante, Caryl. Sin embargo, ¡el 2 de mayo es dentro de seis días!

—Tiene razón, pero debe comprenderme. He conseguido salir de la jungla y no quiero volver. He sufrido mil muertes desde que me acusaron de los innobles crímenes del bandido de la luz roja. Pero entonces no tenía ninguna razón para vivir. Era un enfermo prisionero de mi instinto violento. Hoy sé que era un psicópata y un imbécil. A riesgo de parecerle sentencioso, creo que puedo decir que he acabado por «descubrirme». Ahora tengo mis escritos. Ahora, espero, he merecido el derecho de llamarle a usted y a muchas otras personas fantásticas, «amigos» míos.

Hace una pausa. Su expresión se ha vuelto melancólica.

—Que el bandido de la luz roja se llame Terranova o Ben Miles no cambia nada. Tal vez esté vivo, tal vez muerto. Supongamos que está muerto, que alguien se ha visto obligado a matarle para defenderse. Colgarle esta etiqueta, sin más, no probaría nada. Pero supongamos que está vivo, que ustedes logran acorralarle en un rincón y decirle: «Chessman afirma que tú eres el bandido de la luz roja». Se reirá en sus narices y dirá: «Chessman chochea». No olvide que sus víctimas sólo le han visto una vez, por la noche, a menudo enmascarado, en condiciones aterradoras, y de esto ya hace doce años. El tipo a quien han pescado soy yo, no él. Es mi cabeza la que han asociado con sus crímenes. Las víctimas serían capaces de decir hoy con toda honradez que el agresor no era ese Miles o el tal Terranova, sino yo. Hasta el punto de que una denuncia parecerá una mixtificación de última hora por parte de un sujeto desesperado.

—Pero, aparte de su nombre, ¿no tiene usted otros indicios que puedan probar su culpabilidad?

—Evidentemente —contesta Chessman moviendo tristemente la cabeza—, pero para utilizarlos de un modo efectivo tendría que implicar a demasiada gente. Para probar que éramos compinches en toda clase de delitos, tendría que citar nombres, fechas, lugares. Y hay gente mezclada en ellos que eran buenos amigos míos. Incluso hay uno que me salvó la vida. Otro se dejó meter en chirona antes que denunciarme.

¿Debería traicionarlos hoy, arruinarles la existencia llevándolos ante un tribunal? Además, sería preciso traer a colación a individuos que desean mi muerte y que tienen relaciones. Sería una lucha sin cuartel en un estiércol infecto. Tendría que desvelar sus tapujos de ayer y de hoy. Esto no les gustaría, sobre todo porque muchos de ellos se han convertido en honorables burgueses. Así pues, si salvara el pellejo en estas condiciones, me sentiría repugnante para el resto de mis días. Sería un chivato, un soplón, un asqueroso… Demolería todo lo bueno que he intentado hacer al escribir. Prefiero la cámara de gas…

Se calla, respira profundamente y concluye, casi a media voz:

—Ahí tiene mi respuesta a su pregunta.

* * *

El director de los indultos, Cecil Poole, ha cumplido su palabra. Ha consagrado su domingo a estudiar los documentos aportados por los dos periodistas de *Argosy*. Pero el lunes por la mañana su convicción sigue intacta. Anuncia a Woodfield y Machlin que nada en ellos puede hacerle cambiar de opinión y creer súbitamente en la inocencia de Chessman. Promete, sin embargo, entregar el expediente al gobernador y pedirle que les conceda una audiencia. Una promesa que deja a Chessman, a sus abogados y a los enviados de *Argosy* sin ilusiones: Brown no actuará nunca contra el parecer de su más próximo consejero. Entonces, Chessman tiene una idea. Mientras sus abogados preparan una demanda de *habeas corpus* basada en las revelaciones de Woodfield y Machlin, éstos darán un gran golpe convocando una conferencia de prensa para hacer públicos sus descubrimientos. Es posible que provoquen un cambio de opinión a favor del condenado. Sobre todo, son susceptibles de propiciar nuevos testimonios que permitan conducir a otras pistas. El éxito sobrepasa sus esperanzas. Aquella misma tarde todos los periódicos de California dedican la primera plana a las revelaciones de los dos periodistas. Flashes especiales interrumpen los programas de radio. Todos los informes subrayan la seriedad de las noticias facilitadas. Junto a la divulgación de la existencia de Charles Severine Terranova, Woodfield y Machlin han proporcionado sus códigos de matriculación criminal, tanto en California como en el fichero federal del FBI, así como la lista detallada de todas las inculpaciones que figuran en su ficha de antecedentes penales.

Este golpe mediático proporciona a los dos periodistas otras informaciones que aportan preciosos complementos a su investigación. Se apresuran a preparar un nuevo expediente para el gobernador. Pero una llamada telefónica de la esposa de Woodfield llega brutalmente a enfriar su optimismo. La joven ha recibido una llamada anónima. «¿Está Bill?», ha preguntado una voz de hombre. Ella responde que su esposo ha ido a Sacramento a fin de reunirse con el gobernador. «Dígale que haría bien en no transmitir al gobernador las informaciones que posee. De lo contrario, podría suceder

que nunca más tenga ganas de mirarla. Una cara rociada con ácido sulfúrico no es una visión agradable». La advertencia es clara. Woodfield ordena a su mujer que abandone su domicilio en el acto y vaya a ocultarse a casa de unos amigos.

* * *

A causa de la explosión mediática de la víspera, la antesala del gobernador parece, aquella mañana, un vestíbulo de estación de tren a una hora punta. Yo espero, con varias decenas de colegas, una declaración del hombre que puede decidir la salvación de Chessman. Aparece por fin una secretaria para decir que el gobernador nos recibirá. Brown está tranquilo y sonriente detrás de una larga mesa de madera clara, con la chaqueta desabrochada y la corbata de topos rojos un poco floja. Su baja estatura y su aire bonachón contrastan extrañamente con la imponente estatura de su consejero Cecil Poole, que está inmóvil a su lado. Bien alineada contra las paredes de la habitación se encuentra una impresionante hilera de cajas de cartón llenas a rebosar de telegramas y cartas. Una mención con rotulador rojo anuncia sobre cada una: «FOR» o «AGAINST» («A FAVOR» o «EN CONTRA»). Hay diez veces más cajas de «a favor» de la muerte de Chessman.

Jamás un gobernador ha dado una conferencia de prensa tan corta. Visiblemente influenciado por su consejero, Edmund Brown se contenta con anunciar que no adoptará ninguna iniciativa nueva en favor del condenado. El examen de los documentos de los enviados de *Argosy* no ha hecho cambiar en nada su opinión. Dejará que la justicia siga su curso.

A pesar de las lágrimas de rabia que empañan sus gafas, Woodfield y Machlin no se dan por vencidos. Les quedan cinco días antes de la ejecución. Se precipitan a San Quintín con la esperanza de arrancar al condenado alguna información decisiva.

—Están en la buena pista —les confirma Chessman—, pero no seré yo quien les señale a alguien con el dedo.

—¿Quiere decir que antes prefiere morir en la cámara de gas que sobrevivir con una reputación de chivato? —pregunta Woodfield, sorprendido.

—Puede parecerle una locura, pero así es.

* * *

Este 29 de abril es nuestra sexta entrevista, tres días antes del plazo fatal. Quizá sea también la última.

—¿Sabe, Dominique, que he pasado casi toda la noche leyendo *La pena capital* de su compatriota Albert Camus? ¡Qué libro! ¡Qué escritor! Camus expresa la opinión de que la pena de muerte no puede justificarse por su valor de ejemplo, ya que casi en todas partes las ejecuciones capitales se organizan de modo casi

clandestino…

—¿Cree que habría menos delitos si las ejecuciones fueran públicas? —inquiero.

—¡Claro que no! Arthur Koestler ha dado la mejor respuesta a esta pregunta contando en uno de sus libros que en la época en que los carteristas eran ahorcados en la plaza pública en Inglaterra, otros carteristas hacían estragos entre el gentío que asistía a la ejecución… En consecuencia, las ejecuciones capitales se hicieron clandestinas casi por doquier. Se habían percatado de que desarrollaban instintos sádicos en quienes las presenciaban. También era, tácitamente, admitir su inutilidad.

—Cuando cometía sus atracos, cuando desenfundaba el revólver por una pequeñez, ¿no se le ocurrió nunca pensar que todo aquello podría conducirle un día a la cámara de gas? ¿No le infundía miedo semejante eventualidad?

Mira hacia el techo y contesta, como si hablara consigo mismo:

—Me repitieron tantísimas veces, cuando era un chiquillo, que si continuaba cometiendo tonterías acabarían por gasearme, que la idea de la cámara de gas no me ha impresionado nunca… Un joven atraído por la violencia no se detiene por miedo a las consecuencias, por terribles que sean. Al menos doscientos hombres han pasado por delante de mi celda hacia su último viaje, y puedo afirmárselo: no he conocido a uno solo que me haya confesado haber pensado, antes de actuar, en los castigos que sus actos podían acarrearle. Los hombres a quienes asusta la cámara de gas son gente «normal», gente… iba a decir como usted y yo… —La incongruencia de la comparación le hace sonreír—. La pena de muerte sólo da miedo a los hombres honrados. ¡A los otros no!

Me mira con intensidad repentina.

—¿Usted no ha tenido nunca ganas de matar a alguien? —Hago un gesto afirmativo—. Muy bien —continúa, animándose—, ¿y qué le ha impedido hacerlo? ¿Por qué otra persona no habría vacilado? El error de la sociedad es no indagar qué empuja a ciertos jóvenes al crimen, qué les induce a rebelarse contra ella, despreciando su vida.

Chessman admite que las leyes son necesarias, pero al exigir que sean aplicadas con más severidad y pedir prisiones más grandes y más severas y castigos más crueles, los ciudadanos son, según él, los promotores inconscientes del crimen.

—Es infinitamente más fácil y más humano tratar de salvar a un delincuente joven, que destruir su alma o endurecerla de tal modo que tarde o temprano se convertirá en un criminal profesional y un asesino —concluye con fuerza.

Chessman sabe de qué habla. ¡Ha pasado un tercio de su vida entre rejas! No tengo ninguna objeción que hacerle. Deseo aprovechar los minutos que nos quedan para volver a la cuestión del efecto disuasivo de la pena de muerte. Me parece que la extraordinaria publicidad que rodea el caso Chessman, con esta agonía interminable, estas ejecuciones aplazadas en el último minuto, en una palabra, todo este cortejo de

horrores, debería hacer temblar a pesar de todo a algunos aprendices de gángster tentados de seguir sus huellas. Formulo la pregunta.

—¿Qué probará mi ejecución? —replica vivamente—. Nada, excepto que el ocupante de la celda 2.455 ha muerto. ¿Y qué probará esta muerte? Tampoco nada. El crimen existirá siempre, y siempre habrá criminales. Estoy preparado para morir —añade—. Pero antes de oír el «glú glú» de las bolas de cianuro en el barreño de ácido, me habría gustado contribuir un poco a resolver el problema de la criminalidad. Aunque mi destino sólo me concierna a mí, el de los millares de jóvenes que en la sombra sienten la tentación de seguir mis pasos concierne a la sociedad entera. Habría que examinar atentamente el caso de todos estos Chessman en potencia y ver cómo se puede hacer algo para ayudarles. Entonces sabremos que el envite supera con mucho a la ejecución de un hombre, que de hecho se trata de toda una cultura de revólveres escupiendo fuego, neumáticos chirriando sobre el asfalto, manos en alto, correccionales, jaulas y barrotes, cámaras de muerte pintadas de un suave color verde. No cabe duda de que voy a morir, pero creo que mi ejecución no hará más que eludir el problema que he planteado.

—Hace un rato hemos hablado de Camus, y aunque él denuncia en su libro el crimen que es la pena de muerte, sugiere que las sociedades que la aplican recurran a un anestésico para ejecutar a sus condenados. ¿Ha pensado alguna vez de qué manera preferiría morir?

—Cuanto más barniz de civilización se intenta dar a la pena de muerte, más ínfimas son las posibilidades de suprimirla. Una ejecución capital con ayuda de un barbitúrico o algo de esta índole no impactaría a nadie. Para que la pena de muerte desaparezca, es preciso que la conciencia humana se horrorice ante el acto atroz que representa una muerte organizada.

—¿Es por este motivo que ha invitado a su ejecución a dos amigas periodistas?

—¡Ciertamente! Sé que estas «invitaciones» han sido criticadas. Se ha querido ver en ellas un exhibicionismo morboso, incluso sádico. De hecho, no he pensado en mí al invitar a esas mujeres a este horrible espectáculo. —Endurece la voz—. Querría que quedasen marcadas para siempre por el horror de lo que van a ver. Que lo comunicasen a todos los que leerán sus artículos. Creo que esto podrá ser útil…

Chessman debe de leer la duda en mi cara.

—Aquí, en Norteamérica, la muerte no tiene exactamente el mismo valor que en Europa. En Europa, la muerte ha sido en todas las épocas una realidad viva. A causa de las guerras, millones de personas se han confrontado con ella en algún momento de su existencia. Aquí es una abstracción. La mayoría de norteamericanos no se imaginan que puedan encontrarse de improviso cara a cara con ella. No se preguntan cuál sería entonces su reacción. En lugar de elegir como testigos a quienes lo solicitan animados por un espíritu de venganza, por una curiosidad morbosa o por simple

sadismo, habría que invitar a hombres y mujeres para quienes la muerte es algo importante… a los que piensan que una ejecución capital es una forma de asesinato. Habría que invitar también a los jueces, a los jurados y a los fiscales que solicitan la pena de muerte. Creo que sus bellas teorías sobre la utilidad social de la pena capital no tardarían en venirse abajo después de haber visto ejecutar a un ser humano. Por el simple hecho de haber asistido, tendrían la sensación de haber participado en este asesinato.

El guardián descorre ya el cerrojo de la puerta de la salita, pero Chessman prosigue con pasión:

—Dominique, métase bien en la cabeza que el deber de la sociedad no es tanto castigar al criminal como prevenir el crimen mismo… Para conseguirlo, es preciso examinar los mecanismos que incitan al hombre a extraviarse en el crimen. Si mi recurso ante el Tribunal Supremo es rechazado, escribiré sobre este tema una larga carta a mi amiga Mary Crawford del *San Francisco News Call Bulletin*. Será mi último mensaje. Le pido a usted como un favor que la reproduzca en su periódico.

Se levanta y nos estrechamos la mano durante largo rato.

—Se lo prometo —digo. Luego, para conjurar a la suerte, cruzando los dedos en señal de esperanza, añado—: ¡Hasta el lunes, Caryl!

Los vapores verdosos se distinguen mejor sobre un fondo blanco

La velada fúnebre ha comenzado. La aparición de dos camionetas de la Bell Telephone Company provoca la avalancha de periodistas. ¿Qué vienen a hacer aquí en domingo? No tardo en adivinarlo al ver instalar dos baterías de teléfonos a cada lado de la puerta del edificio. Encima de cada aparato hay una placa: *United Press*, *New York Times*, *Washington Post*, *Los Angeles Times*… Gracias a estas líneas especiales, mis colegas norteamericanos podrán dar a conocer la muerte de Caryl Chessman en cuanto su corazón deje de latir.

Cuando se han ido los instaladores de teléfonos, una sensación de amenaza e incertidumbre planea por el patio de la prisión. La llegada de Rosalie Asher al volante de su viejo Chevrolet agrava nuestra inquietud. He trabado amistad con esta dulce y joven mujer de cabellos cortados *à la garçonne* y bonitas gafas de diseño que le prestan cierto parecido con una modelo de *Vogue*. Rosalie es una de los dos abogados de Chessman. También es su confidente, el ser más próximo a él desde hace muchos años. Ardiendo en la convicción casi mística de que Chessman no es el bandido de la luz roja, no ha cesado de consagrar todos los instantes de su vida a levantar con él un

andamiaje de nuevas razones para aplazar su ejecución y obtener un segundo juicio. Rosalie lucha como una «pasionaria». Su dedicación, su encarnizamiento le valen la hostilidad de gran parte de la prensa y un abundante correo en el cual encuentra cada día más injurias y calumnias que palabras de aliento.

Las noticias que trae esta mañana a su protegido no son buenas. Su visita de la víspera por la noche al gobernador en compañía de George Davis, el otro defensor del condenado, transcurrió mal. Brown rechazó uno tras otro los argumentos de los dos abogados. Apartó con sarcasmo la foto de Terranova que Rosalie había hecho ampliar para él a fin de que se viera claramente la cicatriz de encima del ojo izquierdo y los dientes delanteros torcidos. «¡Una superchería!», se limitó a exclamar, exasperado. Pero Rosalie me asegura que una llamita de esperanza sigue ardiendo en el fondo de su corazón. Ella y Davis están citados a primera hora de la mañana siguiente con un juez del Tribunal Supremo de California. Luchará hasta el último segundo.

Dirige a los otros periodistas un amistoso saludo y se encamina, escoltada por dos guardias, hacia el bloque de los condenados a muerte. Nuestra espera vuelve a empezar en este decorado insólito donde una cámara de muerte está al lado de macizos de rosales en flor que se recortan contra un fondo marino tachonado de velas blancas.

Este reportaje tan desgarrador me ha permitido igualmente intimar con otros colegas americanos. Los «invitados» de Chessman a su ejecución, la rubia Mary Crawford, del *San Francisco News Call Bulletin*, y su amiga Pony Black, una pequeña pelirroja de ojos verdes que trabaja en *Los Angeles Examiner*, fueron al principio feroces adversarias de Chessman antes de convencerse de que él no era el bandido de la luz roja. Entonces proclamaron apasionadamente su inocencia explicando con valentía su cambio de actitud a una opinión hostil. Ed Montgomery, enviado del *Chronicle* de San Francisco, un buen mozo desgarbado con una prótesis auditiva en la oreja, también se había convertido en ardiente partidario del condenado. También él asistirá a la ejecución.

* * *

Echo una ojeada a mi reloj de pulsera. Son exactamente las tres de la tarde. Chessman trabaja desde el amanecer. Escribe las últimas cartas en su infatigable Underwood, compañera durante seis años de sus evasiones literarias. Una de ellas va destinada al editorialista Will Stevens, del *San Francisco Examiner*, el cuarto periodista que ha invitado a su ejecución. Han convenido un código de gestos que indicará a Stevens si la muerte por asfixia en el gas de cianuro es una prueba espantosa o una manera más bien agradable de pasar al más allá.

«Cuando lea esta carta —escribe Chessman a su amigo—, habré trocado una pesadilla de doce años por el olvido. Y usted habrá asistido al último acto, definitivo,

mortal, ritual. Espero, y creo, que podrá decir que he muerto con dignidad, sin temor animal y sin fanfarronería… Al morir, quiero afirmar mi esperanza de que quienes se han hecho oír en mi favor continuarán luchando contra las cámaras de gas. […] A mi manera, he hecho todo cuanto estaba en mi poder para que el mundo tome conciencia de la existencia de estos lugares de tortura. Tengo que morir sabiendo que dejo detrás de mí a otros hombres que viven sus últimos días en el pasillo de la muerte. Pues bien, afirmo que matando ritualmente y con premeditación, el hombre cubre de oprobio a la civilización y no resuelve nada. […].»

Pone fin a su carta con la afirmación «solemne y sin reservas» de que él no es «el infame bandido de la luz roja».

«California ha condenado a un inocente. Y se ha obstinado en negarse a admitir la eventualidad de un error, y más aún, a corregirlo. Llegado el momento, el mundo tendrá la prueba de su cruel error…»

Chessman acaba de empezar la segunda carta cuando la larga y delgada silueta de Mike van Brunt, el director adjunto de la penitenciaría, aparece entre los barrotes.

—Caryl, es la hora.

Chessman saca la hoja de la máquina y se levanta.

—No le esperaba tan pronto —dice—, pero estoy dispuesto.

Señala un montón de libros en el fondo de la celda.

—Haga llegar estos volúmenes al nuevo ocupante de la celda 2.455. Son libros de derecho. Los necesitará…

Sus ojos se detienen entonces en un bote de mantequilla de cacahuete que sirve de acuario a *Prometeo,* el arenque de la bahía que recogió a la muerte de su vecino saxofonista.

—Tenga también la amabilidad de hacer llevar este pez al prisionero Jame Hooton para que disfrute de su compañía hasta su ejecución.

Antes de salir, Chessman posa una larga mirada sobre la jaula de hormigón y acero donde ha pasado casi un tercio de su vida.

—Estoy listo —repite Chessman, poniéndose bajo el brazo el sobre que contiene su correspondencia y un bloc de papel de cartas.

Avanza por el pasillo con paso firme. A su paso, unas manos se agarran a los barrotes de las celdas y otras se tienden hacia él.

—¡Adiós, hermano! —grita un prisionero.

—¡Valor, viejito! —exclama otro.

—¡Vete al infierno! —vocifera un tercero a quien Chessman, en un día de alboroto, dejó medio muerto en el patio de recreo de la cárcel.

Pasa sin detenerse, rozando las manos de sus compañeros. Llegado al final del pasillo, da media vuelta a la derecha. Dos guardianes le hacen entrar en una salita pintada de verde donde le registran sumariamente. Después, todavía acompañado por

el director adjunto, enfila la larga galería y se para ante la puerta del ascensor maniobrado por un detenido.

Llega en unos segundos a la planta baja. Mañana sólo tendrá que dar siete pasos hasta el macabro sillón. La jaula donde le encierran para pasar su última noche es tan exigua y baja de techo que debe encorvarse para mantenerse en pie. Como único mobiliario, contiene un colchón y un agujero para sus necesidades empotrado en un ángulo.

Un guardián le lleva un pantalón, una camisa nueva y un par de zapatillas. En lugar de azul, como su uniforme de prisionero, la camisa es de una blancura inmaculada. Este color ha sido elegido deliberadamente: los vapores verdosos de la nube asfixiante se distinguen mejor sobre un fondo blanco.

El guardián indica al prisionero que se desnude y procede a inspeccionar los menores recovecos de su anatomía para cerciorarse de que no ha disimulado nada que pueda permitirle atentar contra su vida. Nada debe impedir el curso normal de la justicia.

Cuando ha terminado, el guardián le ofrece su ancha mano.

—Gracias, Chess, y sobre todo, ¡buena suerte para mañana!

—¡Buena suerte para toda tu vida! —replica Chessman, deseoso de encontrarse solo para empezar la larga carta que destinará a su amiga Mary Crawford. Pero la administración penitenciaria de California rodea a sus condenados en trance de ejecución de una solicitud tal que apenas logran encontrar unos momentos de intimidad. El director adjunto Van Brunt ha regresado.

—Caryl, ¿qué le apetece para cenar? —pregunta.

Esta pregunta forma parte del ritual de las vísperas de ejecución. Los condenados pueden saciar todos los caprichos en su última comida. El saxofonista negro Lawrence Wade, ejecutado nueve días antes, no se privó de nada. Exigió gambas «gumbo», una especialidad de su Luisiana natal. Dos funcionarios de la prisión tuvieron que ir a San Francisco a buscar esta especialidad criolla en uno de los restaurantes del puerto.

—Un bocadillo de pollo y una Coca-Cola serán más que suficientes —responde Chessman.

Como no ha podido llevarse la máquina de escribir, escribe su carta a Mary Crawford a mano, con un bolígrafo marcado con el sello de San Quintín en un bloc de papel amarillo rayado.

«Querida Mary, dicen que el niño es el padre del hombre. Mañana por la mañana, haciendo caso omiso de las últimas tentativas de mis abogados, el verdugo me ejecutará. El hombre físico morirá. ¿Qué será del niño? ¿Quién fue aquel muchacho que, moralmente hablando, engendró a Caryl Chessman?…»

Ya son casi las cinco de la tarde. El guardián enciende un aparato de radio. Es la

hora de las noticias. El prisionero se acerca a los barrotes para oír mejor.

«Caryl Chessman se encuentra desde hace ochenta y tres minutos a siete pasos de la cámara de gas», anuncia el locutor, quien precisa que a las ocho de la mañana siguiente, es decir, dos horas antes de la fijada para la ejecución, los jueces del Tribunal Supremo de California se reunirán para pronunciarse sobre el último recurso presentado por los abogados del condenado.

Añade que no existe prácticamente ninguna posibilidad de que el Tribunal Supremo modifique sus votos precedentes y concluye: «A menos que se produzca un milagro, la cita de Caryl Chessman con la muerte tendrá lugar, pues, mañana a las diez, tal como estaba previsto…»

El 18 de febrero pasado, Chessman había oído decir a esta misma voz, a la misma hora, las mismas palabras con los mismos acentos dramáticos. Continúa tranquilamente la redacción de su carta.

Pero pronto es interrumpido por la visita del capellán católico de la cárcel. Aunque se declare agnóstico, Chessman siempre ha encontrado consuelo en sus reuniones con el padre Marens, que encierra tesoros de humanidad detrás de una apariencia un poco brusca. Le gusta hablar con él de filosofía y de política.

—Que Dios te bendiga y te conceda su misericordia, Caryl —dice el visitante con voz emocionada, al despedirse.

Chessman se deja bendecir antes de abrazar al sacerdote con una emoción que no es habitual en él. Su amplia escritura vuelve a correr por la hoja amarilla.

«Parece que hayan pasado tres siglos en lugar de tres décadas desde que el muchachito de ocho años y cabellos ensortijados que era yo contaba los días que le separaban de su noveno cumpleaños —confía a Mary—. Ahora, que yo sepa, el hombre en que se ha convertido aquel niño no tiene más cumpleaños que esperar…»

Una voz en el pasillo le interrumpe otra vez.

—¡Chess, tu cena!

El prisionero coge el bocadillo y la botella de Coca-Cola de manos del guardián. Apenas ha dado un mordisco a su última cena cuando un vigilante viene a anunciarle el regreso de Rosalie Asher. La víspera de su ejecución, los condenados tienen derecho a hablar con sus abogados hasta la medianoche.

—¡Hola, Rosalie! —exclama el prisionero cuando aparece ella detrás de los barrotes—. ¡Debe de estar muerta de cansancio!

La joven confiesa tímidamente que tal es el caso.

—¡Pobre Rosalie!

El guardián descorre el cerrojo de la puerta y la visitante va a sentarse en el colchón al lado de su defendido. Para evitar que su emoción la traicione, enciende un cigarrillo y se apresura a abrir su portafolios. Aún tiene que librar otra batalla para intentar arrancar un último aplazamiento. El Tribunal Supremo de California debe

pronunciarse mañana por la mañana entre las ocho y las nueve. Si el veredicto es negativo, saltará a un taxi para correr con George Davis al gabinete del juez federal Louis Goodman, única autoridad capaz de hacer retardar o diferir la ejecución y permitir otro examen de las nuevas pruebas de inocencia presentadas en su último recurso. Una dramática carrera contra el reloj para un resultado más que incierto.

Chessman se inquieta por saber si sus asuntos están en orden para el caso en que tuviera que entrar en la cámara de gas: su testamento, su incineración, el traslado de sus cenizas junto a Hallie, su madre, al cementerio de Los Ángeles donde ésta reposa; el destino de sus efectos, la destrucción de ciertos manuscritos… Rosalie le tranquiliza. Sí, todo está en regla.

El guardián anuncia la llegada de otra visita. El segundo abogado de Chessman, George Davis, compensa su pequeña estatura y su cráneo liso como un huevo con una agitación que impone su presencia dondequiera que esté. Chessman ha contratado a esta gran figura del foro californiano a petición de Rosalie. Las revelaciones de los periodistas de *Argosy* le han convencido de tal modo de la inocencia de su cliente que quiere apelar al presidente de los Estados Unidos. Su determinación, su energía esparcen una bocanada de esperanza en esta antecámara fúnebre. Lo peor no es seguro. Los adioses entre el prisionero y sus dos abogados son breves. Los tres, sobre todo Rosalie, se esfuerzan en desdramatizar este instante particularmente cruel.

En cuanto se vuelve a encontrar solo, Chessman reanuda la redacción de su carta a Mary Crawford.

«Me preguntó usted qué podría haberse hecho para transformar al adolescente rebelde y atormentado que era yo, lleno de desconfianza en el mundo y en mí mismo, en un ciudadano útil. No hay una respuesta fácil… Pero me parece que algunos de mis pensamientos son claros. […]»

En varias hojas de escritura firme y regular, estigmatiza una vez más el error que comete la sociedad al creer que el castigo puede aportar «un correctivo o una curación» a la criminalidad de los jóvenes.

«El joven delincuente se puede comparar a un hervidor lleno de agua bajo el cual se ha encendido fuego —explica—. A medida que el agua se calienta, el vapor sube. Para impedir que este vapor haga saltar la tapadera, se hace presión sobre ella. Los castigos que infligimos sólo mantienen esta tapadera. Dejamos que la presión aumente hasta la inevitable explosión. Es cierto que los jóvenes no son hervidores, pero hay en ellos presiones (conflictos, necesidades, angustias, deseos, esperanzas, sueños) que deben encontrar un exutorio. Mientras no sepamos dar a estas presiones exutorios legítimos y positivos, no resolveremos el problema de la criminalidad juvenil.

»Muero con la esperanza de que la sociedad apelará un día a su razón y a su humanidad más que a sus verdugos y a su deseo de castigar —concluye—. Querría

creer que ningún hombre, nunca más, conocerá los doce años de infierno que yo he atravesado…»

La llegada de un nuevo visitante le interrumpe otra vez. Son casi las dos de la madrugada. Ernest Pritchard ha venido sin escolta. Fuma un cigarro. Es mofletudo, jovial y su aire paternal inspira confianza. Mañana será él quien mire su reloj y diga al verdugo que ha llegado el momento de hacer caer el veneno en el recipiente de ácido. En su calidad de director de la penitenciaría, viene a cerciorarse de que las últimas horas de su célebre prisionero transcurren lo más serenamente posible.

—Gracias, Ernest, todo va bien —le asegura Chessman. Después añade, en tono de broma—: Fuma demasiado, Ernest. ¡El cáncer de pulmón le matará!

El director sonríe:

—¡Bah! Morir de esto o de otra cosa…

—Más vale respirar una buena bocanada del olor de melocotón en flor de los huevos de cianuro, ¿verdad? ¡Es más rápido!

La risa de los dos hombres sorprende a los vigilantes apostados cerca. Recuperando la seriedad, el director pone una mano amistosa sobre el hombro del condenado. Dos veces ya ha visto aparecer Chessman ante su celda del pasillo de la muerte su redonda cara iluminada por una amplia sonrisa. Cada vez era para anunciarle el aplazamiento de la ejecución. Pero esta noche no se lee ninguna alegría en el rostro del funcionario. Busca una palabra de consuelo:

—¡Ánimo, Caryl! A lo mejor hay novedades mañana.

—Aún conservo esperanzas, pero estoy preparado para morir —asegura Chessman.

El director alza el pulgar en señal de aliento y da una calada a su cigarro. Cuando la nube se disipa, ha desaparecido.

A las tres de la madrugada, el prisionero escucha las noticias.

«Sólo faltan siete horas para que el condenado a muerte Caryl Chessman se siente en el sillón de la cámara de gas», anuncia una voz con el tono un poco forzado que adoptan ciertos locutores norteamericanos para comunicar una noticia dramática.

Chessman indica al guardián que apague el aparato.

Las tres, las cuatro, las cinco… La noche avanza hacia una nueva mañana en medio de un olor de cigarro apagado. En el fondo de la bahía rutilante de luces ya se levanta el día sobre las colinas que rodean San Francisco.

Caryl Chessman se ha dormido.

Dos huevos con jamón y tostadas

Una mañana de primavera digna del primer día de la creación del mundo. En el cielo sin nubes revolotea un incansable ballet de helicópteros. La avenida que conduce a la entrada principal de la penitenciaría rebosa de un gentío multicolor, lo cual causa una impresión de kermesse. Por encima de las cabezas asoma una horca en cuyo extremo se balancea un muñeco que representa al gobernador Brown. La multitud ha venido de todos los rincones de California con pancartas y banderolas. «Chessman debe vivir, ya ha pagado», proclaman algunos eslóganes. «¡Alto a este asesinato legal!», piden otros. «¡Indulto!», imploran las letras gigantes de una pancarta. De lo alto de un escabel, un hombre de largos cabellos rizados arenga a los asistentes:

«La pena de muerte es inhumana —vocifera—, hay que aboliría. ¡Chessman no debe morir!»

El orador es ovacionado. Le he reconocido. Se trata de Marlon Brando.

Más lejos, las palabras volubles de un individuo que lleva sombrero gris tratan de captar la atención: «¡Chessman debe morir! —grita—. ¡Merece la muerte! ¡Quiero verle morir! ¡Quiero estar presente cuando pague por sus crímenes!»

Un alboroto hostil cubre sus vociferaciones.

Numerosos manifestantes han traído transistores para seguir minuto a minuto los boletines de noticias. Un locutor interrumpe el programa de música de una emisora y anuncia: «El Tribunal Supremo de California acaba de rechazar por cuatro votos contra tres la apelación presentada por Rosalie Asher y Georges Davis, los abogados de Caryl Chessman. El condenado será, pues, ejecutado dentro de una hora, a las diez en punto».

Estas palabras resuenan un momento en el aire inmóvil. Alguien cercano a mí constata:

«¡Sólo cincuenta y ocho minutos!»

* * *

Caryl Chessman se ha despertado cerca de las ocho.

—¿Qué te apetecería para desayunar? —le ha preguntado el guardián.

—Dos huevos con jamón y tostadas, un café con leche y un zumo de naranja —ha contestado amablemente.

La bandeja ha llegado un cuarto de hora después. Chessman ha desayunado con buen apetito. Después ha encendido otro cigarrillo y pedido al guardia que conecte la radio. Varias notas musicales han precedido al boletín de información referente a la denegación del tribunal. No se ha movido ni un músculo del rostro de Chessman.

Acaba de afeitarse cuando aparece Ernest Pritchard. Esta vez, el director de la penitenciaría va acompañado del guardián jefe de la prisión y de un hombre vestido con una bata blanca que le llega casi a los tobillos. El doctor Eliott Wilson es el

médico forense del Condado de San Marin. Es él quien debe constatar el efecto mortal del gas y proclamar la muerte del condenado. Su pequeño maletín contiene los diversos instrumentos de su función: un electrodo, un estetoscopio, un cronómetro, una cincha de goma y un rollo de esparadrapo.

La pesada puerta de barrotes chirría sobre sus goznes. El prisionero da un respingo imperceptible al ver la bata blanca del doctor Wilson. Sus labios palidecen.

—Caryl —declara Ernest Pritchard, deseoso de proceder con rapidez—, lamento tener que informarle de que el Tribunal Supremo ha rechazado…

Chessman le interrumpe.

—Estoy al corriente —dice con calma.

Después de unos segundos, añade:

—Vamos, Ernest, ¡supongo que ahora va en serio!

Pritchard lo confirma inclinando la cabeza e indica al doctor Wilson que entre. Le deja el sitio y se retira.

—Hasta luego, Caryl.

* * *

Fuera, una muchedumbre cada vez más numerosa espera las informaciones difundidas por los transistores. Algunos lloran. Otros rezan de rodillas. Un locutor anuncia que los abogados del condenado acaban de pedir al gobernador que aplace la ejecución una hora a fin de permitirles introducir un último recurso. Pero esta vez nadie parece creer que Chessman pueda ser salvado. La puerta de la penitenciaría se abre y veo aparecer la alta silueta de Mike van Brunt, el director adjunto. Se adelanta hacia la multitud.

—Las personas provistas de pase que avancen hacia el puesto de guardia.

La ley de California exige que por lo menos doce ciudadanos «de buena reputación» asistan a cada ejecución capital. Las autoridades tienen habitualmente muchas dificultades para encontrar voluntarios a este macabro espectáculo. A menudo, a fin de completar el indispensable quorum, hay que designar en el último momento a guardias o policías. Para la ejecución de Chessman, la dirección de San Quintín no ha tenido esta preocupación. Ha recibido millares de cartas de personas deseosas de asistir a la ejecución. Ha sido preciso recurrir a un sorteo. Al final han sido elegidos cincuenta candidatos, hombres y mujeres de edades diversas, de todos los orígenes y condiciones sociales. Entre ellos hay comerciantes, funcionarios de la administración, algunos obreros, un profesor y un dentista. Hay también un hombre de uniforme azul marino. El agente Dick Brennam es uno de los policías que detuvieron a Chessman al término de la loca carrera de su persecución y del tiroteo de Vermont Avenue. Posteriormente se casó con Regina Johnson, una de las dos víctimas del bandido de la luz roja. Se siente orgulloso de estar aquí. La eliminación

de Chessman será para él el remate de una carrera enteramente consagrada a la lucha contra el crimen.

Una decena de periodistas, obligatoriamente de nacionalidad norteamericana, han sido también autorizados a asistir a la ejecución. Entre ellos se encuentran los cuatro invitados personales del condenado, Mary Crawford, Pony Black, Ed Montgomery y Will Stevens. Yo he pasado toda la noche en casa de Mary Crawford, la periodista del *San Francisco News Call Bulletin*, tomando café y recitando poemas para reprimir nuestra angustia.

El grupo de testigos y periodistas se ha formado en una doble columna. Pony Black y Mary Crawford, ambas llorando, me hacen un pequeño signo con la mano. Enseñan su pase rosa y pasan por el detector de metales. Quienes los siguen hacen lo mismo, bajo la mirada vigilante de varios guardias de una perfecta cortesía. Las autoridades de San Quintín han puesto en escena cada fase de la operación «Ejecución Chessman» como una ceremonia oficial. Según la costumbre en Norteamérica, los medios han sido objeto de cuidados particularmente atentos. Nos han distribuido una detallada nota de informaciones. Somos varias decenas de periodistas americanos y extranjeros, fotógrafos, cámaras y comentadores de televisión los que hemos invadido esta mañana la explanada de la prisión. Varios micros e hileras de sillas han sido colocados en la sala de descanso del personal de la prisión en previsión de la conferencia de prensa que dará el director «alrededor de quince minutos después de terminada la ejecución», como lo anuncia la nota que nos han hecho llegar.

Prosigue el control. «Inscriban en el registro sus apellidos, nombres y profesiones», repite un guardia. Una vez terminadas estas formalidades, el grupo es conducido por un suboficial a la ala principal de la penitenciaría.

—Les pido un poco de paciencia, señoras y señores —declara con la entonación de un guía de museo—. Vendrán a buscarlos dentro de un instante.

* * *

—Hágame el favor de quitarse la camisa —pide amablemente el doctor Wilson al condenado.

Chessman conoce el ritual. Desde la entrada del médico en la jaula, ha empezado a desabrocharse la camisa blanca que le dieron anoche. Presenta el torso desnudo al médico, quien se ajusta las gafas y pasa lentamente los dedos por el pecho para localizar el corazón con la mayor precisión posible. Unta la zona con un poco de espuma antes de afeitar los pelos y luego aplica un electrodo de ventosa que fija con dos trozos de esparadrapo. Cuando el prisionero haya entrado en la cámara de gas, el médico conectará un cable a este electrodo y podrá escuchar en sus auriculares los latidos del corazón del ajusticiado.

—Puede volver a vestirse, señor Chessman —dice el doctor Wilson.

Dieciséis bolas de cianuro y un cubo de ácido sulfúrico

Una ejecución capital por asfixia gaseosa no es una operación tan sencilla como yo creía. Es, por el contrario, algo sumamente técnico y complejo. Su desarrollo debe seguir más de treinta recomendaciones consignadas en un documento de unas veinte páginas puesto al día constantemente. Este libro de instrucciones es fruto de la experiencia adquirida en el curso de centenares de ejecuciones.

La primera muerte por asfixia gaseosa tuvo lugar el 8 de febrero de 1924 en una prisión de Nevada. El condenado era un norteamericano de origen chino declarado culpable de varios asesinatos. Con esta innovación, los norteamericanos habían dado otra prueba de un riguroso espíritu de progreso en la solución de un problema social. La idea había nacido de los experimentos hechos durante la primera guerra mundial con los gases asfixiantes y sus efectos en el organismo humano. Su principio era muy sencillo: se trataba de hacer respirar un vapor tóxico mortal al condenado mantenido en un espacio cerrado herméticamente. Después de ensayar diversas sustancias con animales, los ingenieros norteamericanos seleccionaron finalmente el gas de cianuro, que tiene la propiedad de paralizar la acción de las enzimas respiratorias que aseguran el traslado del oxígeno de la sangre a las células. Privadas de oxígeno, éstas mueren. Los centros del cerebro son alcanzados rápidamente. En general, la muerte cerebral sobreviene antes que el paro cardíaco. Al igual que California, varios estados habían renunciado a la silla eléctrica, la horca o el fusilamiento, para adoptar este modo de ejecución en apariencia menos bárbaro. Pero la indignación levantada ante el horror de las cámaras de gas nazis incitó a varios estados a abandonarlo. A principios de mayo de 1960, sólo ocho estados norteamericanos aplicaban la pena capital por asfixia.

Un fallo técnico es, evidentemente, la pesadilla de los verdugos. Desde las ocho de la mañana, los de San Quintín han empezado a verificar los mandos de las palancas que liberan la caída de las bolas de cianuro en el recipiente de ácido sulfúrico colocado bajo el sillón, el sistema de las válvulas, las grapas de las correas utilizadas para atar al condenado. Por precaución han pulverizado incluso con un producto estanco las junturas de goma de la puerta de la cabina. En ciertos estados, los condenados participan en este ensayo. La víspera de su ejecución deben probar el sillón de su suplicio a fin de comprobar que su estatura y peso no causen dificultades una vez llegado el momento.

Por su parte, técnicos de telecomunicación han venido a probar la línea telefónica

especial conectada con el despacho del gobernador Brown en Sacramento. Han sincronizado al segundo el reloj de pared cercano a la cámara de gas con el péndulo que preside su chimenea. Si debe anunciar un indulto o un aplazamiento, le bastará al gobernador con descolgar el teléfono para dar la orden de detener la ejecución. Pero esta orden deberá llegar imperativamente antes de que las bolas de cianuro caigan en el ácido. Una vez liberado el veneno, nada podrá evitar la asfixia del condenado. En San Quintín todos guardaban el recuerdo horrorizado del teléfono que sonó cuando el joven negro Greg Balwin empezaba ya a respirar los vapores letales. El predecesor de Brown, el gobernador Goodwin Knight, había llamado diez segundos demasiado tarde.

* * *

Las nueve treinta

Las manos del verdugo encargado de preparar la solución mortal se activan con la destreza que resulta de una larga experiencia. Es el de más edad de los tres verdugos cuya identidad será confidencial. Su trabajo consiste en primer lugar en pesar con gran precisión las bolas de cianuro de potasio suministradas por el laboratorio técnico de la penitenciaría y en introducirlas en dos saquitos de lienzo que quedarán arrimados al recipiente de ácido sulfúrico colocado debajo del sillón del ajusticiado. Llegado el momento, estos sacos serán liberados de su soporte y caerán en el ácido. Cada saco contiene ocho bolas y pesa alrededor de quinientos gramos. Es, pues, un kilo de cianuro lo que servirá esta mañana para matar a Chessman. El verdugo prepara entonces la solución de ácido que hará fluir en el recipiente después de haberle añadido un litro de agua destilada a fin de provocar una mejor reacción química. Controla por fin la estanqueidad de la cabina por medio de una inyección de aire comprimido. La operación dura menos de un minuto, pero su silbido característico de frenos de camión que se relajan alerta a Chessman. Comprende que todo está listo para su muerte.

* * *

Faltan diez minutos para las diez, la hora fatídica. Se abre la puerta y entra un suboficial de uniforme verde.

—Señoras y señores, colóquense en columna de tres, por favor.

Mary Crawford y Pony se ponen rígidas. Es el final: ya no hay esperanza. Guiado por el suboficial, el grupo empieza a andar. Cruza un patio donde unos prisioneros juegan a baloncesto en aparente ignorancia del drama que se prepara. Llega a la puerta metálica del edificio de la cámara de gas. «ABSOLUTELY NO SMOKING», «PROHIBICIÓN ABSOLUTA DE FUMAR», ordena una pancarta. En el centro de una galería

circular acaba de aparecer la pequeña cabina octogonal pintada de verde. Hay empujones. Los que están impacientes por ver morir a Chessman buscan un lugar en la primera fila, justo delante de una de las ventanillas y a ser posible en la visual del sillón donde lo atarán. Pony Black y su colega Will Stevens aterrizan por azar exactamente delante del sillón. Unos guardias toman posición en cada ángulo del octógono. De espaldas a la cabina, tienen por misión vigilar a los asistentes, impedir todo accidente y acudir en socorro de cualquier espectador que desfallezca.

* * *

Las nueve cincuenta y ocho

Con los cabellos cortos en desorden después de una noche sin dormir y los ojos enrojecidos por haber llorado, la abogado Rosalie Asher acaba de entrar en el despacho del juez Louis Goodman, el magistrado de dientes engastados en oro que preside el Tribunal de Apelación federal. La acompaña su colega George Davis. Los dos creen tener una última carta que jugar. Rosalie presenta una fotografía al juez.

—Señoría, ¡he aquí al verdadero bandido de la luz roja!

El juez examina el documento. Son casi las diez. Davis enumera entonces muy deprisa todas las razones que hacen de Charles Terranova el verdadero culpable y, al mismo tiempo, exculpan a Caryl Chessman. El juez medita unos instantes.

—Su tesis me parece aceptable —declara por fin—. Voy a estudiar atentamente estos papeles, y…

—Señoría —interrumpe vivamente Rosalie—, ¡es posible que Caryl Chessman ya esté en la cámara de gas! ¡Se trata de una cuestión de segundos!

—Voy a ordenar al director de la prisión que suspenda la ejecución durante una hora —dice el juez.

Rosalie cree que su corazón está a punto de explotar. Mira el segundero de su reloj y oye como en un sueño al juez decirle a su secretaria:

—Señorita Hickey, telefonee con urgencia al director de la penitenciaría de San Quintín.

* * *

Las diez y un minuto

Ernest Pritchard ha dejado pasar voluntariamente unos segundos de la hora fatídica. Se seca la frente y se levanta. Ha llegado el instante sin duda más dramático de su carrera. Sabe que el condenado no planteará dificultades, pero se encamina hacia su jaula agobiado por el peso de su tarea.

Chessman espera, sentado sobre el jergón. Si tiene miedo no lo demuestra.

—Caryl, estoy desolado —articula Pritchard con dificultad—. Ha llegado el

momento de separamos.

Tiene un enorme nudo en la garganta al pronunciar estas últimas palabras, que no forman parte del discurso habitual. Una expresión de simpatía se asoma en la mirada del condenado.

—Estoy dispuesto, Ernest —contesta, poniéndose en pie.

Los dos hombres están cara a cara.

—Le doy las gracias a usted y a su personal —añade Chessman—. Han sido todos muy correctos conmigo.

Procura controlar la respiración y, mirando esta vez a los ojos del director, recalca con voz tensa:

—No soy el bandido de la luz roja, Ernest. Espero que mis sufrimientos ayuden a la supresión de la pena de muerte.

Mueve la cabeza y se yergue con brusquedad:

—Vamos, Ernest.

Dos guardias han desenrollado en el pasillo una alfombra de color gris sobre la cual el prisionero debe dar sus últimos pasos. Nadie sabe por qué prescribe el reglamento esta curiosa formalidad, ni por qué el condenado debe caminar descalzo hasta el lugar de su suplicio.

La responsabilidad de instalarlo en la cámara de la muerte incumbe al capitán Juan Chicoy, un antiguo vaquero de origen mexicano de treinta y ocho años, hoy jefe de vigilancia de San Quintín. No siempre es tarea fácil porque muchos condenados se rebelan en el instante de morir. Chicoy, un gigante de un metro noventa y cinco y aspecto de jugador de rugby ha tenido que agarrar a ciertos infelices y llevarlos hasta el sillón. Conserva en el antebrazo la cicatriz de un salvaje mordisco infligido por un mexicano. Aunque sus relaciones no han sido siempre cordiales, Chessman ha tenido numerosas ocasiones de apreciar la humanidad del capitán Chicoy y sus esfuerzos para atenuar la brutalidad inútil de ciertos reglamentos en el pasillo de la muerte.

«¡Aspira hondo, Chess!»

Chicoy habría dado cualquier cosa por estar en otro sitio esta mañana. Contiene con dificultad su emoción al invitar al prisionero a seguirle. Chessman camina como un autómata. Dos guardias cierran la marcha. Ninguna atadura traba las manos ni los pies del condenado, que se doblega, impasible, al ceremonial. ¿Espera algo todavía? ¿En qué piensa? ¿En la que él ha llamado «la gran guadaña», que ha resultado ser más obstinada que sus ilusiones? El final de su camino está a pocos pasos. Pritchard le observa. Parece tan sólido, tan dueño de sí. ¿Se sentiría aliviado por acabar de una

vez con tan larga agonía? Llegado a la puerta de la cámara de gas, Chessman vuelve la cabeza y mira al director. ¿Lo hace por si ha habido un nuevo aplazamiento? ¿Es un último adiós? Le hace un guiño y reanuda la marcha.

Entonces es cuando descubre el espectáculo que ha descrito tan minuciosamente en sus libros. No puede reprimir una ligera náusea: sin duda es más aterrador de lo que había imaginado. Primero las dos sillas metálicas de respaldo recto, con sus correas, plantadas en medio de la pequeña cabina octogonal como sillones de astronautas, después las paredes pintadas de color verde pálido, y las ocho ventanillas detrás de las cuales le devoran docenas de ojos. «Morirás solo pero te verán morir. Una muerte ritual, fea y desprovista de significación», había escrito en *Celda 2455*. Reconoce detrás del cristal de la ventanilla central a su amiga Pony Black y a Will Stevens. Les hace un pequeño signo con la mano. Escruta las otras caras, buscando sin duda a Mary Crawford, pero no puede percibirla. La joven está escondida detrás del corpachón del policía que arrestó a Chessman hace más de doce años. No quiere ver nada del atroz espectáculo.

El ritual se acelera. Chicoy le indica que se siente en el sillón marcado con la letra B, el que se encuentra más cerca de las ventanillas, es decir, de los espectadores. Enseguida, con un gesto rápido y seguro, levanta la camisa del condenado y conecta el electrodo fijado sobre su pecho con el pequeño tubo negro que llega hasta los auriculares del doctor Wilson. Dos guardias vienen a colgar los sacos de cianuro bajo el sillón. El ballet de correas y francaletes que crujen y dan vueltas para sujetar al sillón los brazos, las piernas y el pecho del ajusticiado sólo dura unos segundos.

Antes de salir, Chicoy se asegura con una última ojeada de que todo está en orden y entonces pone su pesada mano de vaquero sobre el hombro del condenado.

—Procura aspirar fuerte, Chess, para que esto vaya más deprisa —recomienda.

—¿Cómo lo sabes?

Chicoy lo sabe. Ha visto morir a demasiados hombres en esta cámara de tortura para no saber que la asfixia por el gas sólo puede ser rápida y sin sufrimientos excesivos con la participación activa del condenado. Respirando el gas tóxico a pleno pulmón, el ajusticiado pierde la conciencia en diez o quince segundos. Por el contrario, si intenta contener la respiración, la agonía se prolonga. Puede seguir consciente durante varios minutos y sufrir dolores intensos. Chicoy vio a un condenado intentar retardar el efecto del gas. Fue el espectáculo más horrible que había presenciado jamás, y ya había participado en cuarenta y dos ejecuciones. La agonía del infortunado se prolongó durante dieciséis interminables minutos. ¡Una eternidad!

Chicoy dirige un último saludo amistoso al condenado y sale. La pesada puerta se cierra en el acto. Un guardia atornilla el volante que asegura al dispositivo una estanquidad tan hermética como la de la escotilla de un submarino. Otro guardia

engancha la palanca del sistema que permite mantener durante toda la ejecución una presión atmosférica constante en la cámara de gas. Es una operación importante en extremo, ya que la eficacia de la intoxicación depende del volumen y la naturaleza de la mezcla respirada.

«He aquí llegado lo espantoso, el último momento —había escrito Chessman imaginando su muerte—. Durante los preparativos, y mientras te mueves, las cosas no parecen reales. El movimiento te quita la posibilidad de comprender lo que sucede. Es como ver una película con una apasionante escena rodada a ritmo acelerado que te arrastrase a la acción de modo irresistible. Sólo te das cuenta confusamente de adonde te lleva todo aquello. Pero ahora que estás físicamente inmovilizado, ¡qué cambio sobrecogedor! La película ha recuperado la velocidad normal. Lo ves todo. Te empapas de cada imagen. La escena se desarrolla con una claridad escalofriante. Durante un instante, el tiempo parece haberse detenido. Tus pensamientos, tus percepciones se fragmentan, te atraviesan como otros tantos puñales. Comprendes que vas a morir…»

Todo está preparado. Sólo falta que Ernest Pritchard dé la orden, y el recipiente colocado bajo el sillón se llenará de ácido sulfúrico en el cual caerán las bolas de cianuro. Pritchard consulta otra vez su reloj. Indica exactamente la misma hora que el reloj de péndulo del pasillo. La ejecución lleva cuatro minutos de retraso.

* * *

Las diez y cuatro minutos

Miss Hickey, la secretaria del juez Louis Goodman, se afana por encontrar el número de teléfono de la penitenciaría de San Quintín. En su guía no figura dicho número y los servicios de información telefónica a quien esperaba interrogar no contestan. Exasperada, termina por salir corriendo de su oficina e ir al archivo del tribunal. Consigue el número y lo anota precipitadamente en su bloc de taquígrafa. A fin de ganar tiempo, lo lleva directamente al juez para que marque él mismo el número en su teléfono directo. La primera llamada resulta infructuosa y también la segunda. En el colmo del nerviosismo, Rosalie Archer arranca el aparato de manos del juez para llamar ella misma a San Quintín. Entonces se da cuenta de que falta una cifra. En su precipitación, la señorita Hickey ha anotado un número incompleto.

* * *

Las diez y cinco minutos

Ernest Pritchard inclina la cabeza. En el acto, con una precisión científica, da comienzo la ejecución. El guardia que ha preparado los sacos de cianuro desbloquea el cierre de la válvula que acciona la llegada de la solución de ácido sulfúrico y agua

destilada al recipiente. Chessman puede oír el ruido del líquido que fluye bajo su sillón. Una tensión extrema reina fuera de la cabina. El doctor Wilson se ha puesto los auriculares. El corazón del ajusticiado late con una regularidad de metrónomo a sesenta pulsaciones por minuto.

Pritchard lanza una ojeada al teléfono de pared. Si sonase ahora, la ejecución podría ser detenida *in extremis*, pues las bolas de cianuro aún no han caído en el ácido sulfúrico. Se podría descompresionar la cabina, y quitar el cerrojo de la puerta para desatar al condenado. Pero dentro de unos segundos será demasiado tarde. Con la caída de las bolas de cianuro, el proceso letal será irreversible. Pritchard ignora que a varios kilómetros de aquí, en un despacho de San Francisco, dos abogados y un juez intentan frenéticamente ponerse en comunicación con él.

Consulta por última vez su reloj y después, con mucha lentitud, como a su pesar, inclina otra vez la cabeza. Con un gesto seco, el guardia baja la palanca que desata los sacos de veneno. Chessman puede oír ahora el ruido que hacen al entrar en contacto con el ácido, y enseguida, el gorgoteo de la reacción química. Pony Black ve que la cabeza del condenado gira hacia ella, y le sonríe. Ella distingue entonces las palabras que hay en sus labios y comprende que le dice: «Di adiós a Rosalie de mi parte». Después le guiña un ojo. Pony puede leer aún en sus labios: «O.K.»

Es entonces cuando suena el timbre del teléfono. Pritchard se precipita y descuelga. Su gran cara redonda, normalmente sonrosada, palidece.

—Lo siento —suspira—. La ejecución ha empezado. Las bolas de cianuro han caído.

Rosalie, la adicta, la generosa Rosalie, ha perdido por unos segundos su último *sprint* para salvar a Caryl. Los vapores mortales ya le llegan a las rodillas. Es una pequeña niebla verdosa netamente visible. Chessman tiene un sobresalto cuando aspira el olor de almendras amargas y flor de melocotón, acre y repugnante. Inspira profundamente.

«De pronto la cabeza te da vueltas —había escrito—. Tiras de tus ataduras y la oscuridad se cierne sobre ti. Respiras y expiras de nuevo. La cabeza te duele. Un dolor violento te quema el pecho. Pero el dolor de la cabeza o del pecho no son nada. Apenas lo notas. Tu cabeza cae hacia atrás. Durante un breve instante flotas en libertad…»

Pony Black ve salir de su boca un chorro de espuma, y destellos de espanto abrasar sus ojos. Pony tiene la impresión de que busca a alguien entre los espectadores. Will Stevens, el periodista del *Examiner* con quien ha convenido un código, ve que la mirada de Chessman se detiene en él. Su boca se abre como la de un pez fuera del agua. Por sus mejillas resbalan lágrimas. «Llora», dice un testigo. Stevens ve entonces cerrarse sus ojos y luego hincharse el pecho. Sus manos se agarran a los brazos del sillón. Pronto todo su cuerpo es sacudido por convulsiones,

mientras la cabeza empieza a oscilar de un lado a otro. Es la señal convenida. «Sí, sufro y es horrible», indica el ajusticiado a su amigo con este balanceo. Vuelve a abrir los ojos. Su mirada brilla un momento antes de apagarse bajo la quemadura del gas, cuya nube verdosa envuelve ahora su rostro. Su cabeza se inmoviliza y luego cae bruscamente sobre su pecho.

«Se ha acabado», suspiran varios testigos con aparente alivio.

Se equivocan. El doctor Wilson aún oye los latidos del corazón que martillean la caja torácica al ritmo de unos cuarenta por minuto. Le sorprende el vigor y la regularidad de sus palpitaciones. Pasan varios segundos. Chessman logra levantar la cabeza. Incapaz de soportarlo más, Pritchard aparta la mirada de la ventanilla para posarla en el médico y seguir en su semblante el progreso de la agonía. El ritmo cardíaco cae pronto por debajo de las treinta pulsaciones por minuto. Pony Black se asombra de que unas mejillas tan palidecidas por doce años de prisión puedan palidecer todavía más. El doctor Wilson aprieta los auriculares contra sus orejas para percibir los latidos cada vez menos audibles. El pecho se hincha con tres inspiraciones breves y entrecortadas y después la cabeza cae otra vez hacia delante. El médico cree oír todavía algunos signos de vida, y luego nada. El corazón de Caryl Chessman se ha parado. Pony percibe un reguero de saliva escapar de sus labios y resbalar por el cuello de la camisa y por la correa que le comprime el pecho. Los rasgos de su cara se distienden en una expresión de sorprendente beatitud. Incluso los profundos surcos que cruzaban su frente parecen haberse borrado de pronto. Tiene aspecto de dormir. Pony se dice que por fin su calvario ha terminado.

El doctor Wilson detiene su cronómetro, se quita los auriculares y se vuelve hacia el director de la penitenciaría:

—El condenado está legalmente muerto. Ha muerto al cabo de nueve minutos. Pero ha perdido la conciencia en menos de cien segundos.

Es la fórmula oficial.

—Una ejecución perfecta —comenta Pritchard, amargo y ansioso de encontrar algún elemento positivo en semejante contexto.

—Perfecta —se apresura a confirmar el forense.

Mike van Brunt, el director adjunto, hace su entrada en la galería de los testigos.

—Señoras y señores, la ejecución ha terminado —anuncia en voz alta y estentórea—. Caryl Chessman ha muerto a las diez horas y catorce minutos. —Después de una pausa, añade vivamente—: Señoras y señores, no olviden firmar en el libro de oro antes de salir.

Antes de alejarse de allí, Pony Black volvió a acercarse a las ventanillas y miró por última vez la cabeza inerte de Chessman inclinada sobre el pecho.

«No era el Caryl lleno de vida y de salud que conocí —me dijo ella más tarde—. Era un muñeco desarticulado, uno de esos cadáveres de accidentados en la carretera

que había visto en mi trabajo de periodista».

* * *

Entonces soy testigo de un espectáculo asombroso. Veo surgir como una horda salvaje a los corresponsales a quienes los periódicos han hecho instalar líneas especiales en la puerta misma de la cámara de gas. Estados Unidos y el mundo van a enterarse así en directo de que todo está consumado. Ni Pony Black ni Mary Crawford forman parte, por descontado, de esta avalancha, como tampoco Will Stevens, el amigo al que Chessman ha hecho saber el horrible sufrimiento que soportaba, ni Ed Montgomery, del *Chronicle*. Este último está lívido. Apenas ha dado un paso fuera cuando le veo arrancarse la prótesis auditiva que lleva en la oreja derecha. Ya no quiere oír más los ruidos del mundo.

* * *

Pronto desaparecerá toda huella de la ejecución. Potentes aspiradores proyectan ya hacia el cielo los vapores mortales de la cámara de la muerte. Las tuberías subterráneas instaladas bajo el sillón evacuan los residuos de la mezcla tóxica. Cuando está totalmente vacío, el pequeño recipiente del ácido recibe varios chorros de agua bajo presión a fin de purificarlo de toda sustancia peligrosa.

Eficacia americana obliga, y esta serie de operaciones se desarrolla en menos de treinta minutos. El verdugo puede, ahora descorrer el cerrojo de la puerta de la cabina. Acompañado de dos ayudantes que llevan una mascarilla como él, penetra en la cámara verde. Los tres hombres desatan prontamente el cuerpo del condenado y lo transportan sobre una mesa metálica donde lo desnudan y lavan con chorros de agua. Después pulverizan sus ropas con lejía y las meten en un saco de plástico destinado a la incineración. Generosa, la administración penitenciaria de California suministra a sus ajusticiados una ropa mortuoria. Visten a Chessman con una camisa blanca y un traje de lino azul y le calzan con un par de zapatillas a juego. A continuación se llevan al difunto al cuarto vecino que sirve de depósito.

Un largo furgón Cadillac espera ya ante la puerta. El tiempo de meter el cadáver en un féretro, y el vehículo se pone en marcha. Cruza lentamente el patio hasta el imponente portal que franqueó doce años antes un joven delincuente de veintisiete años, en rebeldía contra la sociedad. Los centinelas del puesto se ponen firmes y saludan. Periodistas y fotógrafos inclinan la cabeza. A mí me cuesta contener las lágrimas. Muy pronto, el largo furgón no es más que un punto negro al final de la avenida de palmeras.

Chessman había pedido ser incinerado. Esta última formalidad le será ofrecida por el Estado que lo ha ejecutado. A su cargo sólo irá el epitafio que quería ver grabar

sobre la urna de sus cenizas. Era su último mensaje: «Si hay en alguna parte una nota de triunfo, será que el hijo de Hallie Chessman ha muerto dignamente».

* * *

Un campanilleo había sonado unos segundos antes en el puesto de guardia, en el piso del pasillo de la muerte. Había emocionado a los prisioneros. Todos acechaban febrilmente el regreso de su camarada o la llamada telefónica que confirmaría su ejecución. La voz del guardián los informó. Chessman había muerto. El guardián llamó a un colega y a un detenido para que fueran a despejar la celda 2.455 de los últimos vestigios de doce años de presencia, algunos efectos personales, papeles y libros. Les esperaba una sorpresa. *Prometeo*, el pequeño arenque, había saltado fuera del bote de mantequilla de cacahuete que le servía de pecera. Su cuerpo inerte yacía al lado de la máquina de escribir Underwood.

* * *

—¡Señor director, la prensa le espera!

Ernest Pritchard abarcó con la mirada el océano Pacífico resplandeciente de reflejos plateados. De los rosales que florecían bajo su ventana se elevaba el perfume embriagador de la primavera. A su alrededor todo era luz y belleza. Dio una última calada a su cigarro y, rechazando sus pensamientos, se dirigió con paso firme al salón repleto de periodistas. Los proyectores de la televisión iluminaban la estancia. Su llegada desencadenó una salva de flashes. Un periodista preguntó enseguida:

¿Cuáles son las últimas palabras que le ha dicho Chessman?

Pritchard parpadeó bajo la deslumbrante luz.

—¿Sus últimas palabras? —repitió con respeto—. Es un mensaje. Me ha dicho que esperaba que sus sufrimientos y su muerte contribuyan algún día a la supresión de la pena capital.

Las preguntas se dispararon entonces desde toda la sala. ¿Cómo ha ocupado Chessman sus últimas horas? ¿Cuáles han sido sus últimas visitas? ¿Ha visto a un sacerdote? ¿Ha escrito cartas? ¿A quién? ¿Qué ha pedido para su último desayuno? ¿Ha sabido que un juez quería aplazar su ejecución? ¿Ha negado ser el bandido de la luz roja? ¿Ha dado a entender quién podía ser el individuo en cuestión? ¿Ha tenido miedo al entrar en la cámara de gas? ¿Se ha dejado atar tranquilamente? ¿Ha sufrido?

La jauría torturó durante más de una hora al infortunado director. Esto formaba parte del juego. Al final alguien formuló una pregunta susceptible de concluir honorablemente el interrogatorio.

—Y usted, Ernest, ¿está a favor o en contra de la pena capital? —preguntó familiarmente un reportero de televisión.

El hombre que en los meses siguientes debía hacer ejecutar a una cuarentena de condenados, bajó la cabeza.

—Lo lamento —dijo—, tengo prohibido hacer comentarios referentes al ejercicio de mis funciones.

Después, fijó en la sala una mirada patética y gritó, vibrante:

—¡La pena de muerte es una infamia!

El retorno del bandido de la luz roja

La ejecución de Caryl Chessman suscitó pocas reacciones en los Estados Unidos. Casi con alivio los norteamericanos pasaron esta larga y penosa página de su historia judicial. No sucedió lo mismo en el extranjero, donde Chessman encarnaba para los adversarios de la pena de muerte el símbolo de su cruzada. En Lisboa, unos manifestantes bombardearon las ventanas de la embajada norteamericana con un diluvio de piedras. Miles de madrileños exhibieron corbatas negras en señal de protesta. En Montevideo, grupos de estudiantes se precipitaron a la embajada gritando: «¡Asesinos!» En Pretoria, África del Sur, desfiles erizados de banderolas que denunciaban a la justicia norteamericana atravesaron la ciudad. El *Manchester Guardian* británico expresó la opinión de casi toda la prensa mundial, calificando la ejecución de verdadero escándalo.

Fue de todos modos en California donde se produjo el fenómeno sin duda más interesante. Diecinueve días después de la ejecución del hombre a quien la policía y la justicia habían convertido en «el bandido de la luz roja», dos mujeres, las señoras Oberti y Solbert, de treinta y cinco y treinta y siete años, y una muchacha de diecisiete, Sandra, fueron secuestradas en las afueras de San Francisco por bandidos equipados con faros giratorios de luz roja análogos a los utilizados por la policía. Después de haberlas desvalijado, sus raptores las llevaron a un descampado y las sometieron a violencias sexuales.

Ningún hecho podía demostrar con más elocuencia la vanidad del principal argumento esgrimido por los partidarios de la pena capital: su valor disuasivo. Ninguno podía contradecir con más fuerza la buena conciencia de aquellos que se habían alegrado de la muerte de Chessman en nombre de la ejemplaridad.

Chessman esperaba que su interminable calvario y su muerte contribuyeran a la rápida abolición de la pena capital en California. Siete años después de que respirase el gas mortal, sus deseos fueron por fin satisfechos. En 1967 el Tribunal Supremo de los Estados Unidos impuso una moratoria de las ejecuciones en los veinte Estados que aplicaban el castigo supremo. El pasillo de la muerte de San Quintín se cerró y

las instalaciones de la cámara verde se amontonaron en el almacén de accesorios. Pero los conceptos ancestrales de una justicia fundada en la ley del talión estaban demasiado anclados en las costumbres americanas para que semejante medida no fuera cuestionada. En 1977, el Tribunal Supremo autorizó a los estados a introducir de nuevo en su legislación la pena capital. Mientras la mayor parte de las democracias europeas votaban su abolición definitiva —Francia, en 1981—, otros dieciocho estados norteamericanos aprovecharon la autorización del Tribunal Supremo para recurrir también a ella.

Jamás la pena de muerte ha gozado de tan buena salud como hoy en los Estados Unidos. Un sondeo de la cadena de televisión CNN reveló que el setenta y cinco por ciento de los norteamericanos —tres de cada cuatro— son favorables a ella, incluso a riesgo de ejecutar a inocentes. La victoria del partido republicano en el Congreso, en noviembre de 1994, no ha hecho más que reforzar la determinación de sus partidarios. Más de trescientos detenidos han sido ejecutados desde el fin de la moratoria. Texas se lleva la palma con un centenar de ejecuciones. En julio de 1997 había tres mil ciento veintidós condenados a muerte en las prisiones norteamericanas. Entre ellos se encontraban cuarenta y nueve mujeres, y cuarenta y un detenidos que eran menores de edad en el momento de sus crímenes. Sólo California contaba con cuatrocientos siete prisioneros en trance de ejecución; Texas, con trescientos noventa y ocho, Florida, con trescientos cuarenta y dos, y Pennsylvania, con ciento ochenta y seis.

Chessman había denunciado uno de los aspectos más bárbaros de la pena capital, esta lotería macabra que preside su aplicación. Cerca de cuarenta años después de su muerte, esta lotería injusta sigue siendo más real que nunca. Primero, por el modo de ejecución. Mientras California continúa fiel a sus cámaras de gas, otros estados practican la inyección letal, la silla eléctrica, la horca o el pelotón de ejecución. Ciertos estados practican incluso varios modos de ejecución a la vez y dejan al condenado el derecho de elegir su muerte. Lotería también a causa de criterios específicos. En Arkansas, curiosamente, se ejecuta con una predilección particular a los asesinos de profesores; en Connecticut, a los vendedores de drogas ilegales cuya consumición ha sido causa de muerte; en Mississippi, a los adultos que han violado a un niño menor de catorce anos; en Texas, a los asesinos de bomberos; en Idaho, a los autores de rapto «con agravante»; en Montana, a los prisioneros violentos culpables de intento de asesinato. La lotería no se detiene aquí: el color de la piel marca una diferencia. El cuarenta y ocho por ciento de los condenados a muerte son negros. La tasa de criminalidad es ciertamente más elevada entre los ciudadanos de color, a pesar de que éstos representan menos del doce por ciento del conjunto de la población. La edad del asesino también cuenta; nueve menores han sido ejecutados en el curso de los diez últimos años, cinco de ellos en Texas. Y aunque los Estados Unidos han

firmado tratados internacionales que prohíben la pena capital a los menores, el Tribunal Supremo la autorizó el 26 de junio de 1989. Veintiséis estados la aplican hoy, y en Montana es lícito ejecutar incluso a un niño de doce años. El 1 de julio de 1997 treinta y un menores estaban en instancia de ejecución.

Como en el tiempo de Caryl Chessman, muchos condenados siguen esperando su ejecución durante varios años. Ocho años de promedio en Texas, y siete en California. Los republicanos se han preocupado de este problema. En 1995 la Cámara de Representantes previo reducir a un año el período en el curso del cual los condenados podrán apelar. Esta disposición acortará sin duda la duración de la estancia en los pasillos de la muerte, pero hará las ejecuciones tan expeditivas que será imposible rectificar a tiempo los errores judiciales. De todas maneras, el Congreso se inspiró menos en consideraciones humanitarias que en preocupaciones materiales. La pena de muerte en Estados Unidos acarrea un conjunto de procedimientos que totaliza con frecuencia más de cincuenta mil páginas. Si las dieciséis bolas de cianuro que asfixiaron a Chessman sólo representaron un gasto de seis dólares, la acción judicial que condujo a su ejecución costó por lo menos, según los expertos, dos millones de dólares. Algunos estados han calculado con mucha exactitud el gasto de una pena capital. La palma se la lleva de nuevo Texas, con más de seis millones de dólares, frente a cuatro millones y medio en California y sólo setecientos mil dólares en Oregón.

En una de las cartas escritas la noche de su muerte, Chessman expresó su esperanza de que quienes se habían hecho oír en su favor continuarían su combate contra «las cámaras de gas, los verdugos y la justicia represiva». Cuarenta años más tarde, los defensores de los derechos civiles siguen subrayando con obstinación la barbarie de un castigo cuyo carácter disuasor no ha sido nunca demostrado. Pero el celo vengativo de numerosas capas de la sociedad americana, así como el clima político general y el incremento de la criminalidad, hacen de la pena de muerte un símbolo de firmeza social. Animado por el nuevo período de popularidad de que se beneficia la pena capital, el presidente Clinton ha extendido incluso su campo de aplicación a una larga lista de crímenes suplementarios.

¡Pobre Chessman!, quien, la noche antes de su ejecución, escribía a su amiga Mary Crawford que moría «con la esperanza de que esta barbarie pertenezca un día al pasado». Antes de deplorar con Voltaire que, por desgracia, «cuanto más antiguo es el abuso, tanto más sagrado se considera».

2

Un pequeño rincón de paraíso bajo un pino piñonero

A los veintinueve años, aún era un novato en este extraño oficio de periodista. Ese reportaje americano me había impresionado vivamente. Mi redactor jefe se dio cuenta de ello. En lugar de mandarme inmediatamente después de mi regreso de San Quintín a los djebels de Argelia con los paras de Bigeard, me ofreció unos días de vacaciones en Saint-Tropez. Esa generosidad me iba de maravilla; precisamente acababa de concertar una cita con el notario del pequeño puerto para concretar por fin uno de los acontecimientos con que soñaba: la compra de un trozo de viña y de una minúscula cabaña en la península.

La aventura de esa compra duraba desde hacía tres años. Había empezado con un desafío, un desafío completamente loco lanzado por una anciana dama tan enamorada de su península que no dejaba de intrigar para instalar en ella a sus amigos.

—A ti que te gusta tanto pasar las vacaciones en este paraíso, te alegrará saber lo que voy a decirte —me anunció en tono de confidencia—: Mientras paseaba a mis perros, he encontrado a un campesino que posee varias fanegas de viñas y monte bajo justo detrás de Pampelonne. Creo que no estaría en contra de…

—¿De vender?

—Lo has adivinado.

Me quedé sin voz. Al final pregunté:

—¿Sabe usted cuánto gana un reportero de *Paris Match*?

La augusta anciana barrió la objeción con un mohín irritado.

—Hay una cabaña donde podrías hacerte un dormitorio y un pequeño despacho, y dos hectáreas de terreno. Me ha hablado de cien francos el metro cuadrado, lo cual sumaría dos millones de francos antiguos. Discutiéndolo bien, podrías seguramente conseguirlo todo por… —titubeó— por tres o cuatro veces menos. Y quizá incluso pagar a plazos.

Sólo un inconsciente podía tomar en serio una hipótesis tan quimérica y lanzarse a un negocio semejante. Pero el objeto del desafío —un trozo de esta península mágica— valía a mis ojos todas las fatigas y todos los sacrificios. Fueron necesarios tres años de duras negociaciones.

Eugène Giovanni, el vendedor, era un hombre de unos sesenta años, seco y nudoso como los sarmientos de las viñas que había podado toda su vida. Como muchos habitantes de esta región, era de origen italiano. Sus padres habían huido a principios de siglo de la miseria de su Piamonte natal para refugiarse en este rincón

de Provenza. Esos italianos habían trabajado duramente en las fincas vitícolas y echado raíces. Los más afortunados habían podido comprarse un pedazo de tierra para plantar en él verduras y algunas viñas. La llegada de los soldados de Mussolini en 1940 había sido para muchos la ocasión de alegres reencuentros con familiares. Se bebió mucho, y se bailó y cató bajo los emparrados de la península durante buena parte de la guerra.

Aquel diablo de italiano tenía, por desgracia, una gran afición al anís. Yo tenía que ir a verle al amanecer para discutir las condiciones de la compra de su propiedad y arrancarle algunas concesiones. A partir de las siete de la mañana, el efecto del *pastis* nublaba su cerebro para todo el día. A veces, tenía que llamar a la puerta de la cabaña durante diez minutos para que me abriera. Los ladridos de su grifón bastardo y los balidos aterrados de las cinco cabras que albergaba bajo su techo acababan por sacarle de la cama. Entonces aparecía en el umbral vestido con una camisa vieja llena de remiendos que le llegaba hasta las rodillas. «Non è una ora di cristiano», refunfuñaba, levantando la cabeza hacia el cielo todavía negro.

Su cabaña constaba de una sola habitación con una cama, dos sillas, una mesa y una chimenea que le servía de horno. Necesité varias visitas para acostumbrarme al olor de anís y cagarrutas de cabra que se me agarraba a la garganta en cuanto entraba. Y todavía más visitas para decidirme a beber el jugo negro y ardiente con gusto de *pastis* que preparaba a guisa de café matinal. Había vaciado en su pozo varias botellas de su aperitivo favorito para asegurarse de que el agua de su aseo y de su café matinal oliera y supiera a anís. En cualquier caso, mi perseverancia se vio recompensada. Casi logré obtener las condiciones de precio y los plazos de pago que las promesas quiméricas de la anciana dama me habían hecho esperar. Sólo faltaba firmar la escritura de compra. Evalué el alcance de esa formalidad que iba a admitirme en el círculo muy cerrado de la sociedad local. Los tropezienses de pura cepa ya podrían otorgarme la prestigiosa etiqueta de *extranjero de dentro*. Distinción sutil que me diferenciaría para siempre de los *extranjeros de fuera*, aquellos invasores más atraídos por el perfume del escándalo que se asociaba a la imagen del pequeño puerto que por sus valores profundos.

* * *

La casa del notario, al final de la calle Gambetta, era un bello y noble edificio de dos pisos, con persianas caladas y ventanas de cristales pequeños. Sobre el marco de la puerta de piedra de serpentina verde, una placa revelaba que una de las glorias del pueblo, el general Jean-François Allard, oficial de Napoleón y jefe de los ejércitos del sultán de Lahore, la había hecho construir en 1835. Vacilé antes de pulsar el timbre. Estaba nervioso. El tamborileo de una batería de viejas máquinas de escribir parecía llegar de la banda sonora de una película de los años treinta. En una vasta habitación

provista de cortinas que tamizaban la luz y los rumores del exterior, una docena de empleados trabajaban como hormigas. El olor de cera fresca embalsamaba ese templo de la actividad. Al verme entrar, un hombre bajo con mangas de lustrina, la antítesis de la fauna de tiendas y cafés, dejó sus montones de expedientes para venir a saludarme. Ferdinand Mignone cumplía las funciones de primer oficial del despacho. Desde hacía una generación, la pulcra escritura redonda de su pluma Sergent Major redactaba las escrituras de las transacciones inmobiliarias de la península.

—*Peuchère*, ¡por fin ha llegado! —exclamó con el acento cantarín de la gente de Provenza—. Su vendedor se consume de impaciencia. Ya temía que nuestra península hubiera dejado de gustarle. ¡Vamos rápidamente a tranquilizarlo!

El campesino me esperaba en el despacho del notario.

—¡Salud, amigo parisién! —dijo, conservando la colilla en la comisura de los labios.

Para la ocasión, Eugène Giovanni se había puesto un traje un poco demasiado ancho y engominado el cráneo con una pasta que olía a caramelo.

—Ahora que comprador y vendedor están reunidos, podemos empezar —dijo el notario con esa autoridad a la vez solemne y zalamera propia de su profesión—: Como prescribe la ley, voy a leerles la escritura.

Giovanni asintió con un carraspeo. Sus ojos brillantes y el temblor de sus manos no dejaban lugar a dudas. Debía de haberse soplado una buena media docena de *pastis* en los cafés de la plaza de las Lices antes de acudir a nuestra cita.

«… Una parcela de viña, de landa y de monte bajo de una superficie total de dos hectáreas, un área y cuatro centiáreas, delimitada al norte por un pino piñonero y al sur por…», leía al galope el notario, como si esas precisiones debieran ser evidentes para cada una de las partes sentadas delante de él.

El notario se equivocaba. Nunca pude conseguir que Giovanni me enseñara, metro más, metro menos, los límites exactos de su propiedad. Creo que ni él mismo los conocía. Yo había buscado indicaciones en todas las escrituras que, desde hacía un siglo y más, habían sancionado las diferentes transacciones en este rincón de península. Sin éxito. A veces, un texto mencionaba una cruz sobre una roca, una piedra hincada en la tierra, un viejo roble, pero casi nunca una distancia precisa entre estas referencias. La tierra de este rincón excéntrico de la costa mediterránea no había tenido nunca un gran valor. Algunos pinos, algunos brezos de más o de menos no significaban mucha diferencia. Algunos propietarios poco delicados habían aprovechado esa vaguedad en los amojonamientos para engrandecerse durante la última guerra, hurtando a veces varias decenas de metros a un vecino prisionero en Alemania. Se decía que muchas hectáreas habían cambiado así de ocupantes.

El notario llegaba al final de su lectura. Espié las reacciones de Giovanni al enunciado de los plazos de pago que me había costado tanto arrancarle. Temía que

tres años le parecieran de repente una larga eternidad. Pero el notario tuvo la habilidad de acelerar las últimas frases. No hubo ningún incidente.

Pude entonces entregar mi primer cheque.

—Esto alcanza para varias botellas de *pastis* —dije.

—¡Tienes razón, amigo! —asintió Giovanni.

El notario nos invitó a firmar en la parte inferior de la escritura. Su mano guió la del campesino. Una intensa emoción me invadió a la vista de aquella torpe rúbrica trazada al lado de mi nombre. Fue entonces cuando resonó la voz del notario.

—Esta venta sólo será válida si la madre de monsieur Giovanni, usufructuaria de la propiedad, acepta refrendar la transacción —anunció.

—¿Por qué no está aquí dicha persona? —pregunté, sorprendido.

—Está tullida —explicó el notario—. Reside en el hospicio de ancianos contiguo al hospital. Debemos trasladarnos a su cabecera.

Nuestra llegada a la sala común del asilo suscitó una viva curiosidad. Muy pronto nos vimos rodeados por un grupo de ancianos. La señora Giovanni era una ancianita vestida de negro, con un rostro fino iluminado por grandes ojos azules de un brillo intenso. Era tan dura de oído que el notario tuvo que elevar la voz. Pero la anciana levantó su bastón para interrumpirle.

—Así que es usted quien se va a instalar en nuestra colina —dijo con un fuerte acento italiano—. Tiene mucha suerte. No hay campiña más bella… —Me indicó que me acercara—. En nuestra colina, justo delante de la cabaña, hay un pino piñonero —continuó, esta vez en voz casi baja—. Este pino es el más hermoso y el más alto de toda la península. Tiene por lo menos doscientos años, quizá más. Un día vi a mi hijo Eugène acercarse a él con una sierra en la mano. Quería talarlo porque hacía sombra en el huerto. Me precipité hacia él. Le grité que este árbol era el buen Dios que subía de la tierra en dirección al cielo. Le prohibí que lo tocara. Le dije que eso nos acarrearía una desgracia. Le arranqué la sierra de las manos…

Las lágrimas resbalaban por sus arrugadas mejillas. Nosotros la mirábamos en silencio. Yo estaba trastornado.

—Señor, le suplico que usted también respete este árbol —añadió muy lentamente—. Será sus raíces. Será su bendición.

* * *

En cuanto tuve en el bolsillo la escritura de propiedad, fui a saludar al pino piñonero. La anciana dama tenía razón: era un señor. Su tronco majestuoso de corteza de un bonito marrón rosado, estriado con tiras negras como la piel de un tigre, sostenía una corona de verdor de tal amplitud que se podía divisar desde todas las colinas de la península. Retorcidas por la edad, sus poderosas ramas se entrelazaban bajo una bóveda vegetal tan espesa que detenía la luz. En el suelo, sus raíces atormentadas

afloraban como los tentáculos de un pulpo antes de ir a hundirse muy lejos en la tierra para encontrar en ella su alimento. Era tan glotón que no crecía nada, ni una brizna de hierba, en metros a la redonda. Paquidermo vegetal, gigante de la naturaleza, monstruo frondoso, infundía admiración y respeto.

Sentado contra su tronco, respiré el perfume de sus agujas. Le hablé, larga y amorosamente. Le exhorté a seguir prosperando, a apuntalarse contra los ataques furiosos del mistral, a derramar sobre nuestras cabezas el maná de sus deliciosos piñones, a protegemos con su sombra bienhechora de los excesos del sol provenzal. Sobre todo, le pedí que siguiera siendo nuestro centinela, nuestro testigo, nuestro vigía. En resumen, que fuese realmente nuestra bendición, de acuerdo con la bonita promesa de aquella que había sido su compañera durante sesenta años. A fin de animarlo, decidí bautizar de nuevo mi pequeño rincón de campo como «El Gran Pino».

Otros pinos piñoneros más modestos formaban a cada lado de la viña soberbios hongos de verdor. Había también varios grandes robles verdes de bonitas hojas dentadas cuyas ramas albergaban familias de ardillas, alcornoques de troncos desprovistos de sus gruesas cortezas elásticas, y algunos pinos marítimos de agujas amarilleadas por la misteriosa enfermedad que diezmaba esta especie en la región. Al lado de las hileras de cepas que había cultivado con amor, Eugène, mi predecesor, había dejado fructificar islotes silvestres de encinas pequeñas y monte bajo: matorrales de citiso, ramas de boj de olor suave, laureles silvestres de largas hojas triangulares. De improviso, un tallo de tomillo exhalaba un aliento perfumado, relevado más allá por un ramillete de espliego o por un brote de romero como los que los colonizadores griegos y romanos de la península quemaban en sus incensarios. Un poco más lejos, las bayas rojas o negras de una mata de lentisco, el arbusto fetiche de don Quijote, perfumaban el aire con ese olor afrutado tan propio de Provenza.

Aquel herbario de mil tesoros estaba sembrado de restos de alfarería, fragmentos de piedras o de vidrio, trozos de sílex, algunos de los cuales se remontaban sin duda a la noche de los tiempos. Generaciones de fenicios, focenses, griegos, romanos, sarracenos se habían sucedido en esta vieja tierra campesina rebosante de historia. Mi pequeño trozo de viña sólo era el último avatar de un antiguo paisaje de cultivos de cereales, olivos y almendros que se había adornado poco a poco con estos soberbios viñedos que daban actualmente los famosos vinos de las Côtes de Provence en botellas redondeadas como caderas femeninas.

Al borde de la viña, el carrascal bullía de mariposas, algavaros, caracoles, orugas, mantis religiosas, saltamontes. Capullos de arañas pendían como mechones de algodón de las ramas bajas de los brezos. Cagarrutas de conejos, sapos, ratones de campo, zorros, culebras, atestiguaban la presencia de una multitud de pequeños depredadores bajo el erial de los matorrales, pero busqué en vano agujeros y

madrigueras, ninguno se dignó mostrarse en pleno día, salvo un gran lagarto ocelado que se regalaba con una familia de cochinillas desalojadas de debajo de una piedra. Numerosos pájaros jugaban en cambio en el trozo de cielo sobre el Gran Pino. Palomas, arrendajos, currucas revoloteaban en las sombrillas de los alcornoques.

¿Cuánto tiempo necesitaría para descubrir todos los secretos de aquel pequeño paraíso? Toda una vida, sin duda. Nada podía empujarme hacia esta aventura con más placer que el concierto aturdidor que envolvía el campo aquel día. El canto ronco y estridente de las cigarras transmitía mi felicidad por haber comprado el Gran Pino.

* * *

La marcha de un campesino y su sustitución por un joven periodista parisién no pareció causar ninguna emoción a mis vecinos. Mi llegada pasó desapercibida. Sin embargo, consideré cortés ir a presentarme a quienes me rodeaban. Sentí un flechazo inmediato por el truculento viñador que me limitaba al oeste. Antoine Navaro era un personaje lleno de la redondez y exuberancia mediterráneas. Sus mejillas tenían el exacto color púrpura de su vino y su voz cantaba más que hablaba.

—Si Dios existe, es aquí donde ha hecho su cielo —me dijo, alzando los brazos hacia sus viñas—, ¡sea bienvenido!

Llenó hasta el borde dos grandes vasos de rosado y brindamos alegremente. Antoine era un caballero. Los estantes atiborrados de libros que tapizaban las habitaciones de su vieja granja cubierta de glicina revelaban que la viña no era su único cultivo. Recibía tantas obras de varios clubes de lectura que ninguna novedad literaria escapaba a la curiosidad de sus pequeños ojos chispeantes de vivacidad. Era evidente que le encantaba la instalación en las proximidades de alguien que salía un poco de su cotidianidad campesina.

Me acosó a preguntas sobre mis últimos reportajes. ¿Había conocido a gente del FLN argelino? ¿Qué solución podían encontrar los norteamericanos para su guerra del Vietnam? ¿Prendería fuego al mundo Fidel Castro? El encuentro prometía durar, pero Antoine tenía la eternidad ante él. A fin de saborear mejor mis respuestas, me llevó a su bodega donde reinaba, en un olor penetrante de vinaza, una frescura deliciosa.

Llenó dos vasos de rosado de una de las barricas, me ofreció un sillón y se acostó en la gran hamaca oriental tendida entre dos lagares donde hacía su siesta cotidiana. Con los ojos entornados y los dedos embutidos cruzados sobre la pechera del mono de dril, hinchado por su barriga, tenía el aspecto de un buda. Sólo a tres kilómetros de las excentricidades de Saint-Tropez, yo estaba en otro planeta.

La desorientación no fue menos total en casa del extravagante personaje que vivía un poco más lejos, en una antigua granja, la cual había transformado en una reserva de animales. Gonzague de Chastelas debía de haber sido un hombre fuerte y apuesto,

su aire enfurruñado, su voz de matraca, su cara coloradota impregnada de alcohol, su torso velludo y el olor animal que desprendía no atraían realmente mucha simpatía. Sin embargo, este curioso personaje en los años cincuenta había sido un periodista parisiense de renombre. Había abandonado su magnífica casa llena de muebles antiguos y objetos raros de Marais para reconvertirse en gestor de una agencia inmobiliaria en Saint-Tropez. Mientras paseaba a sus perros, descubrió un tejado de tejas oculto entre pinos piñoneros. La casa y su viña estaban en venta. Gonzague liquidó su agencia, hizo las maletas y saltó a su cabriolé blanco para poner en marcha, a cuatro kilómetros de allí, la aventura de su vida: crear un zoo para él solo.

Su éxito fue completo. Había poblado su reino de centenares de aves de todas las especies: majestuosos emúes con aires de avestruz, ibis, grullas coronadas, flamencos rosas, pavos reales, loros y una variedad infinita de patos, ocas, palomas y otras aves. Corderos, cabras, un jabalí domesticado, dos soberbias yeguas negras, tres ponies, un caballo enano, un asno que vivía en el salón, una tribu de gatos y perros a la que paseaba en calzoncillos durante las noches de verano, completaban su zoológico.

¡El bueno de Gonzague! Me acogió en el portal de su propiedad oportunamente bautizada «El zoo», como un maharaja en las fronteras de su Estado. El viejo pastor que le servía de factótum, de criado, de pareja en el *gin rummy* y de burro de carga había hecho salir al asno de la sala para la ocasión y puesto una botella de *pastis* y dos vasos sobre una cómoda de nogal Luis XVI, que utilizaba como cajón para el forraje. Gonzague estaba ese día de un humor execrable. «¡Perros! ¡Todos unos perros!», tronó sin que yo supiera si su furia se dirigía a sus animales o a personas. Al final supe que su horticultor, a quien se negaba a pagar porque las plantas suministradas estaban muertas, había logrado hacer poner en venta su casa. Los carteles amarillos de una próxima adjudicación habían aparecido ya en las paredes de Saint-Tropez y las localidades vecinas. El precio era tan irrisorio que la mitad de la península iba a precipitarse. En un impulso de compasión le cogí la mano, pero él se desasió prorrumpiendo en un grito que hizo acudir al pastor.

—¡Marcellin, llame a los gendarmes! —ordenó—. Este hombre quiere abusar de mi desgracia.

El pastor pareció asombrarse, pero obedeció. Por suerte, comunicaban.

—¡Pague! —dije entonces—. Pague todo lo que le reclaman y la venta será automáticamente anulada.

Estas palabras le impresionaron como un rayo caído del cielo. Su rostro se calmó en una súbita expresión de serenidad que casi disimuló su desgracia.

—Gracias —dijo—, no se me había ocurrido.

* * *

Al este de mi «posesión» vivía otro personaje no menos pintoresco. A causa de la

eterna boina de borla verde que llevaba sobre la coronilla, la gente del barrio le llamaba «el Escocés». De hecho, era belga. Nathanael van Boven debía de tener más de ochenta años. Treinta años antes de Brigitte Bardot, había sido el rey de las noches de la península. L'Amiral, su célebre café-concierto, sus locales de jazz, sus discotecas eran entonces los santuarios habituales de los noctámbulos. Cuando llegó la Liberación, tuvo la idea de añadir a ese imperio nocturno la colonización metódica de la sublime playa de Pampelonne con inmensos campings. Su florón, el Kon Tiki, era un gigantesco campamento de tiendas de lona y de caravanas donde cada verano venían a amontonarse en una promiscuidad enloquecedora diez o quince mil turistas venidos de toda Europa. Persuadido de que el mito tropeziense estaba destinado a desaparecer, un día Van Boven lo vendió todo y decidió jubilarse. A pesar de que tenía medios para comprar la casa más suntuosa de la península, prefirió instalarse en una casita de exiguas comodidades. Después le entró la manía de cultivar cactos. Hacía crecer todas las variedades imaginables en latas de conserva recuperadas del vertedero municipal. Les dedicaba sus días, dirigiéndoles tiernos discursos, cambiándolos de sitio según la posición del sol, regándolos con ayuda de un cuentagotas, desplazándolos un cuarto o media vuelta como las preciosas botellas de una cosecha de champaña con denominación de origen o las rarísimas orquídeas de un jardín botánico tropical.

Me acogió exhibiendo en cada mano una caja de hojalata que contenía un pequeño cirio vegetal erizado de púas.

—Acepte estos pequeños regalos de bienvenida —declaró con un caluroso acento belga—. Son cactos candelabros. Plántelos a cada lado de su puerta. Le protegerán como centinelas. ¿Sabe que ha hecho un negocio redondo? Yo cometí el error de vender demasiado pronto. Mañana, un trozo de tierra en la península de Saint-Tropez valdrá más caro que todo un barrio en Manhattan…

* * *

Mi ronda de vecindad se terminó en casa del patriarca local, cuya vasta heredad vitícola de denominación Cotes de Provence, de bosque y monte bajo, limitaba con una gran parte de mi pequeño campo. Con su grandiosa avenida de palmeras centenarias, su doble seto de laureles escarlatas y blancos, sus matas de buganvilla que recubrían con una soberbia colgadura violeta los almocárabes de los edificios, la llegada a casa de Alphonse Cuissard no carecía de buena facha ni de nobleza. Un obrero marroquí me condujo ante el dueño del lugar que se encontraba en su hangar, ocupado en enderezar una reja de carro. Con su sólida anchura de espaldas campesina, mejillas sonrosadas y frescas y una mirada maliciosa, el padre Cuissard no aparentaba sus setenta y cinco años. Mi aparición le dejó tan indiferente como el vuelo del abejón que se golpeaba contra las ventanas. Prosiguió sus faenas dando

breves bocanadas a su Gitane de maíz pegado a la comisura derecha de su boca. Ya iba a dar media vuelta cuando se dignó advertir mi presencia.

—¿Con que es usted el parisién a quien ese golfo de Giovanni ha vendido su campo? —gruñó, dejando caer el martillo sobre el yunque.

Desde revolucionarios iraquíes a tupamaros argentinos, no me había desenvuelto del todo mal amansando a gente muy dura de pelar. Pero ante este provenzal me sentía desarmado, e incluso un poco culpable. Al tratarme de «parisién», me había rechazado de entrada, excluido, maldecido.

Yo había creído ofrecerme un pequeño rincón de paraíso, pero iba a ser precipitado en el infierno. Al día siguiente de nuestro encuentro, Georges, nuestro cartero melómano, me trajo una carta certificada. Cuissard me anunciaba que los límites de mi terreno no eran los que me había indicado el vendedor. Reivindicaba la propiedad de una de las parcelas que había comprado. Amenazaba con ponerme un pleito. Apenas comenzado, parecía que mi sueño iba a venirse abajo.

3

Dos lobeznos por los caminos de la Historia

¡El terror! Desde que el hocico cromado del 4 CV negro aparecía en el horizonte, el regimiento entero enloquecía. Antes incluso de que el vehículo hubiese franqueado el puesto de guardia, los hombres habían rectificado la posición de sus boinas y escupido sobre sus botas para que brillaran como espejos. A pesar de su baja estatura, el coronel barón Norbert de Gévaudan —llamado «Han-Han» a causa del carraspeo que precedía a todas sus interpelaciones— aterrorizaba literalmente a sus oficiales y soldados. Nada escapaba a su implacable monóculo, ya fueran tres pelos de barba en el mentón de un aludido, ya un freno de boca que faltase en el cañón de un carro, ya un caldero de sopa demasiado líquida para que su fusta pudiera sostenerse dentro en vertical.

Sí, Han-Han era el terror de todos nosotros. El regimiento que mandaba, el 501 de carros de combate, era una de las unidades más prestigiosas del ejército francés. Fuerza de disuasión de la legendaria división Leclerc, había tomado parte en los combates de África del Norte y de Normandía, liberado París y Estrasburgo, franqueado el Rin y llegado al corazón de Alemania. Su divisa «MATAR MUCHOS» se desplegaba sin vergüenza en su banderín, así como en el emblema de la gorra negra que yo llevaba. El 501 era un crisol de campesinos casi analfabetos, de privilegiados como yo (hacer el servicio en Rambouillet, a cuarenta kilómetros de París, era un sueño), de suboficiales de vuelta de Indochina con la sangre devorada por el paludismo y quemados por el chum, el alcohol local que los volvía locos. Con su partícula nobiliaria, su bastón de mando, sus calzones de piel y sus botas relucientes, ciertos oficiales parecían verdaderas caricaturas de la caballería de antaño. Pero las apariencias engañaban. Diez años antes, mi jefe de escuadrón había lanzado a su pelotón de tanques Sherman contra los cañones antitanques alemanes para llegar el primero a la plaza de Notre-Dame. Las boinas negras del R.C.C. 501 habían pagado un elevado tributo a la liberación de Francia y de su capital.

El 14 de julio de 1954, casi diez años después del histórico descenso por los Campos Elíseos del general De Gaulle y los tanques libertadores de Leclerc, tuve el honor de desfilar por la avenida triunfal con todos los blindados de mi regimiento. Mi tanque llevaba el nombre mítico de «Mariscal Leclerc». Desde lo alto de mis cuarenta y dos toneladas, vislumbré de repente a mi madre apostada en la esquina de la calle Washington. Lloraba de alegría, lanzando pétalos de rosa ante mis orugas. Esta participación del 501 en el desfile militar de la Fiesta Nacional no era únicamente una tradición. Era también un gesto político concertado. Una de las misiones permanentes

de nuestra unidad consistía en lanzarse en el acto sobre París en caso de un levantamiento comunista.

* * *

Después de doce meses de matrimonio forzado con mi mastodonte de acero, vi aparecer una mañana al secretario del coronel al pie de mi torreta. Han-Han deseaba verme inmediatamente. Durante todo este año de mi permanencia en Rambouillet no había sido convocado ni una sola vez por el coronel que mandaba mi regimiento. A mi llegada, yo le había dirigido un ejemplar dedicado del relato del viaje alrededor del mundo que acababa de realizar con mi joven esposa[1]. El coronel rechazó este homenaje y me hizo devolver el libro por un ordenanza sin la menor explicación.

—¡Han-han!

El carraspeo tan temido me inmovilizó en un «firmes» atemorizado. El coronel barón Norbert de Gévaudan se había levantado de su mesa para recibirme en la puerta de su despacho. Era la primera vez que podía observarle desde tan cerca y sin la boina que solía tapar la mitad de su cara. Sus cabellos teñidos, cuidadosamente peinados hacia atrás con brillantina, exhalaban un olor suave. Sonreía con todos sus pequeños dientes de conejo.

—¡Mis felicitaciones, querido amigo, por fin ha obtenido su traslado! El regimiento va a perderle. Acaban de avisarme del Ministerio del Ejército de que ha sido nombrado traductor del SHAPE[2].

Mi ascenso al grado de general no me habría causado más alegría. Abandonar mi traje de faena manchado de grasa para ir a pasar mis últimos seis meses de servicio en un estado mayor interaliado, ¡vaya metamorfosis!

—Gracias por esta gran noticia —dije.

Han-Han continuaba, adulador:

—A propósito, querido amigo, ¿recuerda que hace un año me envió su libro *Luna de miel alrededor del mundo* con una simpática dedicatoria?

—Perfectamente, mi coronel, y permítame que aproveche la ocasión para decirle que usted me humilló al devolvérmelo de aquella forma.

Han-Han adoptó un aire contrito.

—Su indignación es muy legítima, amigo mío. Pero voy a darle una explicación para tratar de disculparme. ¿Sabe que el regimiento recluta tradicionalmente una parte de sus efectivos entre la población campesina del Indre y del Loire?

—No veo muy clara la relación…

—Pues bien, figúrese que en cada incorporación, los padres de los reclutas me envían una avalancha de jamones y chicharrones finos para que vele por el bienestar de sus retoños. Como es natural, devuelvo en el acto esas vituallas a sus remitentes.

Así que me atengo a la regla de no aceptar jamás ningún regalo, pero me sentiría muy halagado si aceptara repetir hoy el envío de su obra.

Turulato por tanto aplomo, me limité a taconear como había visto hacerlo en las películas. Me ajusté por última vez la boina negra con el emblema «MATAR MUCHOS», saludé en ángulo recto, di la media vuelta reglamentaria y salí corriendo para ir a despedirme de mi querido «Mariscal Leclerc»[3].

Un joven norteamericano que amaba Francia

Sólo veinte kilómetros separaban el mejor cuartel de Rambouillet del animado campus de Rocquencourt, donde había elegido su domicilio la mayor coalición militar de todos los tiempos. Tuve la impresión de cambiar de universo. Me encontré de improviso en un mundo afelpado, poblado de hombres y mujeres con galones que parecían estar perpetuamente de camino hacia alguna reunión mundana. La vasta y luminosa oficina que me asignaron habría convenido a un director general de banco. Desde mi llegada, el coronel responsable del equipo de traductores, un inglés bigotudo, verdadero sosias del mariscal Montgomery, vino a darme la bienvenida y a ponerme al corriente de las costumbres del servicio. Para mi sorpresa, no eran consignas de seguridad relativas a documentos confidenciales lo que debería traducir, ni instrucciones especiales para el caso de un abuso de autoridad comunista o de un ataque soviético. Se trataba únicamente de familiarizarme con las horas de las pausas cotidianas. Por la mañana y por la tarde podía abandonar mi trabajo durante media hora para relajarme en la cafetería británica del Estado Mayor. Como todos mis «colegas», desde el general en jefe al ordenanza más humilde, me acostumbré a dirigirme allí dos veces al día, esperando que los ejércitos del Pacto de Varsovia no tendrían el mal gusto de atacar a la Europa del SHAPE a la hora ritual de mis pausas para el café.

Una mañana, mientras mojaba un donut en mi taza, conocí en esa cafetería a la persona que un día orientaría mi vida. Entre los pocos reclutas norteamericanos que se encontraban allí, había un muchacho alto con gafas, de cara delgada y abierta, que hacía desternillar de risa a sus camaradas contándoles historias irlandesas inenarrables con un acento más auténtico que el de los asiduos a los pubs de Dublín. Se llamaba Larry Collins. Hijo de un abogado de Connecticut, diplomado de la prestigiosa universidad de Yale, se preparaba para una gran carrera de director de una gran firma comercial cuando el hada mala del «draft» le obligó a vestir el uniforme de los GI. Pero otra hada, ésta buena, le envió a Europa antes de que una tercera, todavía mejor, le destinara como redactor al servicio de prensa del SHAPE. Para este

joven norteamericano que no había conocido nunca otro decorado que el de su tranquila provincia de Nueva Inglaterra, desembarcar de repente a expensas del Tío Sam a veinte kilómetros de París era un verdadero cuento de las *Mil y una noches*.

Una simpatía inmediata me acercó a él. Le invité a pasar las fiestas de Navidad en el pintoresco pueblo del Delfinado donde la familia de mi mujer poseía una vieja casa con ventanas de crucero. Juntos, seguimos por la nieve la procesión de los pastores que caminaban con sus vacas y temeros hacia el pesebre iluminado. Recuerdo con ternura aquellos momentos de cálida convivencia, extraños sin duda para un yanqui. Le hice degustar las delicias de nuestro terruño, *foie gras*, trufas, setas y hasta ranas y caracoles. Le hice descubrir el Armagnac, el Sauternes, el aguardiente de pera y los pequeños vinos del país que borraron para siempre de su paladar el gusto de la Coca-Cola. Le hice conocer nuestros museos, nuestras catedrales, nuestros castillos. Un día le llevé incluso a Rambouillet, donde el coronel barón del 501 nos recibió efusivamente. El primer resultado de nuestra amistad fue que Larry Collins se enamoró de Francia.

Una mañana apareció en la puerta de mi oficina con la cara descompuesta. Él, siempre tan alegre, tan optimista, ofrecía un aspecto completamente deshecho. Tenía los ojos enrojecidos tras los cristales de sus gafas. No cabía duda de que había llorado. Me asusté.

—Me ocurre una catástrofe —anunció lúgubremente—. Acabo de recibir la orden de mi desmovilización. Vuelvo a Norteamérica pasado mañana.

Me costó mucho reprimir una carcajada.

—¡Es terrible! —exclamé, para hacerle sentir mi solidaridad—. Pero ¿sabes? —añadí enseguida—, en el ejército francés, cuando llega la licencia, lo celebramos con champaña. ¡Anda, vamos! Descorcharemos una botella.

Invité a toda la oficina, incluido el coronel, a celebrar el acontecimiento. Brindamos haciendo entrechocar las copas, deseamos todos buena suerte a Larry y le hicimos prometer que volvería antes de Navidades.

Dos días después acompañé a Larry a la estación del Norte. Partía para embarcarse en Bremenhaven en un transporte de tropas con destino a Nueva York. En el andén, mientras nos dirigíamos al vagón, le cogí bruscamente del brazo.

—Escucha —dije—, creo que ya te he encontrado una razón «familiar» para volver pronto a Francia. Esta mañana mi mujer me ha anunciado que vamos a tener un hijo. Nos encantaría que fueras el padrino.

Un fulgor de sorpresa, seguido de una intensa emoción, cruzó su semblante.

—¿Será un niño o una niña? —preguntó.

—No lo sabemos.

—Si es niña, ¿cómo la llamaréis?

—Alexandra[4].

* * *

Varias semanas después de su regreso a Estados Unidos, Larry recibió una atractiva proposición de la firma Procter & Gamble, el gigante mundial del jabón y los detergentes. El salario, las condiciones de trabajo, las numerosas ventajas hacían irresistible esta oferta, aun en el caso de tener que emigrar a Cincinnati, la ciudad industrial de Ohio donde se encontraba el cuartel general de la sociedad. Calurosamente animado por su familia, Larry firmó la proposición de contrato y la echó por correo «urgente». Era un viernes por la tarde. Estaría en la oficina del director del personal a primera hora del lunes siguiente. Durante el fin de semana, una llamada telefónica inesperada barrió el espejismo de una prestigiosa carrera en el mundo de los polvos de lavar. La agencia United Press ofrecía a Larry un trabajo de redactor de textos para las fotos de su oficina parisién. Un salario mísero, ninguna ventaja, un trabajo de forzado. ¡Pero París!

Larry esperó febrilmente la mañana del lunes para marcar el número de Procter & Gamble. «Señorita —dijo a la secretaria del director—, rompa sin abrirla mi carta urgente. ¡He encontrado un empleo en París!»

Así fue como apenas cuatro meses después de haberle llevado a la estación del Norte, tuve la alegría de recibir en Orly al futuro padrino de mi hija. Entretanto, a mí también me habían licenciado y ahora trabajaba como reportero a prueba en *Paris Match*. Durante los cuatro años siguientes, no perdimos nunca una ocasión de vernos para profundizar la preciosa amistad nacida bajo el uniforme. Larry subió rápidamente en el escalafón. La United Press le envió pronto a dirigir su oficina de Roma y después viajó a Oriente Medio para cubrir los trágicos sucesos de la primera guerra del Líbano y el caso de Suez. *Newsweek*, el prestigioso semanario de información, no tardó en contratar a este periodista excepcional.

Nuestros destinos de reporteros nos reunían a menudo en los puntos calientes de la actualidad mundial. Entonces nuestra amistad debía desvanecerse ante la competencia encarnizada que mantenían nuestras dos redacciones. Un día, Larry me encerró con llave en mi habitación de hotel de Bagdad para impedirme enviar a *Match* las fotos de la revolución iraquí, cuya exclusividad había arrancado para *Newsweek*. Varias semanas después me vengué indicándole un falso horario para el tren que partía de Djibuti hacia Addis Abeba, lo cual me permitió ser uno de los últimos periodistas que entrevistaron al Negus de Etiopía. Nuestros vínculos se reforzaron a través de estos golpes bajos que nos permitieron entrever la fuerza que tendríamos si uniéramos nuestras dotes en lugar de enfrentarlas. Esta idea se abrió camino y nos dijimos: «¿Por qué no escribir juntos un libro que interese tanto a los lectores franceses como a los anglófonos?» Larry redactaba sus reportajes en inglés, yo en francés, pero los dos éramos perfectamente bilingües. Podríamos repartirnos la

escritura y traducimos mutuamente. Juntos podíamos contactar con trescientos millones de lectores potenciales. Bastaría con encontrar un buen tema.

La suerte no tardó en sonreímos en forma de un corto despacho procedente de Alemania publicado en el *Figaro*. De acuerdo con documentos descubiertos recientemente en los archivos de la Wehrmacht, París debería haber sido destruido por completo en agosto de 1944. Según estas fuentes, «Adolf Hitler había dado catorce veces la orden de destrucción al general que había puesto a la cabeza de la defensa de París». ¿Por qué esta orden reiterada catorce veces no había sido ejecutada? ¿Qué milagro había preservado a la capital de mi país?

Habíamos encontrado nuestro tema: París había sido salvado de la locura hitleriana por la llegada providencial de veinte mil soldados norteamericanos y veinte mil franceses que combatían codo con codo. La liberación de París era la epopeya más espléndida que un francés y un norteamericano podían soñar con relatar juntos. Tanto más cuanto que, a pesar de nuestra juventud, cada uno teníamos recuerdos inolvidables de esas horas históricas.

París será un nuevo Stalingrado

Aquel verano yo era uno de los setecientos u ochocientos mil escolares parisinos que esperaban, como sus padres, el día mágico de la liberación. Hacía cincuenta y dos meses que los alemanes ocupaban París. La destrucción de las vías de comunicación y la batalla encarnizada en una gran área de Francia nos habían privado de nuestros lugares de vacaciones habituales. Nuestros terrenos de juego eran los jardines y los parques de la ciudad; nuestras playas, los estanques de las fuentes y las orillas del Sena. Una gran parte de nuestra jornada consistía también en patrullar en bicicleta por las calles y avenidas en busca de una tienda de comestibles que tuviera algo a la venta. A fin de permitirme aprovechar la menor ocasión —una libra de nabos, una lechuga, una coliflor milagrosamente llegadas del campo—, mi madre había cosido un billete de cien francos en el reverso de mis calzoncillos. Porque durante aquel último verano de la ocupación la principal preocupación de los parisienses era encontrar con qué alimentarse. Teníamos hambre. En todo el mes de agosto, mi madre sólo había podido comprar con nuestras cartillas de racionamiento dos huevos, cien gramos de aceite y ochenta gramos de margarina. Nuestra ración cotidiana de pan negro había bajado a menos de doscientos gramos. La de la carne era tan reducida que los humoristas decían que se podía envolver entera en un billete de metro, con la condición de que éste no estuviera perforado.

La gente había transformado sus bañeras, armarios empotrados y cuartos de

invitados en gallineros. En la calle Jean-Mermoz, donde yo vivía con mi hermana pequeña y mis padres, uno se despertaba cada mañana con el canto del gallo. La caja de juguetes de mi habitación albergaba cuatro conejos. Para alimentarlos, iba al amanecer a arrancar unos puñados de césped prohibido en los arriates de los jardines de los Campos Elíseos. La pollita blanca que criaba en nuestro balcón puso su primer huevo el 30 de julio, el día en que cumplí los trece años.

Pero más todavía que sus estómagos vacíos, era el porvenir inmediato de su capital lo que angustiaba a los parisienses. Mientras que Londres, Berlín, Viena, Budapest, Tokio y tantas ciudades no eran más que un montón de minas, la capital de Francia, en ese quinto año de guerra, había salido intacta del conflicto más destructor de la Historia. ¿Pondrían fin los alemanes a este milagro haciendo de París un nuevo Stalingrado? Numerosos indicios permitían temerlo. Veía aparecer cada día varios nuevos blocaos o casamatas. Soldados de la organización Todt y obreros excavaban trincheras donde yo jugaba a las canicas. Las avenidas de alrededor de los Campos Elíseos se erizaban sin cesar de obstáculos antitanques. Hicieron su aparición pancartas de «ACHTUNG MINEN». El lastimoso espectáculo de los convoyes heteróclitos cubiertos de follaje que se retiraban día y noche del frente de Normandía no calmaba mucho nuestra aprensión. Mi padre volvió un día a casa con el rostro descompuesto. Antiguo funcionario del Ministerio de Colonias revocado por el gobierno de Vichy, ocupaba un modesto puesto en el Ayuntamiento de París. El alcalde, Pierre Taittinger, había reunido aquella tarde a sus colaboradores para contarles la entrevista mantenida con el nuevo gobernador militar alemán de la capital.

Desesperado al saber que sus fuerzas empezaban a minar los puentes sobre el Sena, el responsable de la municipalidad se había precipitado al cuartel general de dicho militar en el hotel Meurice para suplicarle que interrumpiera tales operaciones que ponían en peligro la vida de decenas de miles de parisienses. El relato de mi padre nos puso la carne de gallina.

«Imagínese, señor alcalde, que un disparo acierte a uno de mis soldados desde un inmueble de la avenida de la Ópera —había declarado el general alemán, señalando con el dedo un plano de París—. Pues bien, yo haría quemar los inmuebles de toda la avenida y fusilar a sus habitantes. —Disponía de los medios necesarios para tales represalias—. Mis fuerzas cuentan con más de veintidós mil hombres, en su mayoría de las SS, un centenar de tanques Tigre y noventa aviones de bombardeo».

En aquel punto de la entrevista se produjo un incidente inesperado. El general, que padecía asma, tuvo una repentina crisis de ahogo. Había llevado a su visitante hacia el balcón de su despacho. Mientras recobraba el aliento, el alcalde había encontrado en la admirable perspectiva que se extendía ante sus ojos los argumentos que podrían emocionar al alemán.

«Los generales tienen el poder de destruir, rara vez el de edificar —había dicho, levantando el brazo en dirección a las torres de Notre-Dame, de la Sainte-Chapelle, de la cúpula del Panteón, de las fachadas dentadas del Louvre, de la graciosa silueta de la torre Eiffel—. Imagine que un día vuelve aquí como turista, que contempla de nuevo todos estos testigos de nuestra historia y puede decir: "¡Fui yo quien habría podido destruirlos y los salvé!"»

Tras un largo silencio, el general alemán, visiblemente emocionado, se volvió hacia el alcalde de París.

«Es usted un buen abogado de su ciudad —dijo—, ha cumplido con su deber. Pero del mismo modo yo, un general alemán, debo cumplir con el mío».

Los parisienses sólo conocerían el nombre de este general al descubrir su firma bajo las enérgicas proclamaciones que hizo colgar en las paredes de su ciudad. Se llamaba Dietrich von Choltitz. En el círculo del alcalde se aseguraba que había sido nombrado para este puesto por el Führer a causa de su excepcional hoja de servicio y su total lealtad a la causa nazi.

El enviado de Hitler se apresuró a demostrar su fuerza a la población parisiense. El 14 de agosto a mediodía, hizo desfilar a las tropas de la guarnición a través de la capital. Yo no había visto nunca tantos blindados, piezas de artillería, camiones llenos de soldados. Viniendo de los jardines de las Tullerías, las columnas subían por los Campos Elíseos y torcían hacia la avenida Matignon antes de tomar los grandes bulevares y la avenida de la Ópera. Asistí durante horas al increíble desfile que se prolongaba a lo largo de kilómetros y parecía no acabarse nunca. Sin embargo, un detalle no dejó de intrigarme. Tuve la impresión de reconocer un rostro en la torreta de uno de los tanques: el de un oficial que tenía una extraña cicatriz en la mejilla y una cruz de hierro alrededor del cuello. Su blindado ostentaba el n.º 246. Cuarenta minutos después de su segundo pase, el n.º 246 surgía una tercera vez ante mis ojos por el mismo lugar. Tuve ganas de reír. Quizás el general alemán no era tan poderoso como quería hacer creer al primer magistrado de nuestra ciudad.

Rumores cada vez más alarmistas barrerían bien pronto esta hipótesis tranquilizadora: refuerzos masivos estaban a punto de llegar a París. Corrían otros rumores que anunciaban la inminencia de un levantamiento de la resistencia parisiense. Se decía asimismo que los alemanes se disponían a hacer explotar las instalaciones de agua, gas y electricidad. El gas ya no funcionaba. Mi madre cocía la tapioca o las pastas de nuestras exiguas reservas alimentarias sobre un infiernillo que yo alimentaba usando como combustible las páginas de mis cuadernos escolares transformadas en bolas de papel. Nos daban electricidad una o dos horas por día en momentos siempre imprevisibles. Entonces me precipitaba hacia los botones de nuestro aparato de radio para encontrar a través de las interferencias la voz mágica de la radio inglesa. En previsión de una interrupción total de la distribución del agua, mi

madre llenaba hasta el borde la bañera del cuarto de baño.

Una mañana fui testigo directo de la llegada de estos primeros refuerzos tan temidos. Al contrario de las columnas que se retiraban, esta unidad de flamantes autocañones llegaba del este. La plaza Saint-Philippe-du-Roule estaba desierta cuando desembocó el vehículo de vanguardia ocupado por un oficial con las charreteras negras de las Waffen SS. Era evidente que el alemán buscaba su ruta. Me interpeló.

—¡Chico! ¡Chico! —gritó—. *Wo ist die Brücke von Neuilly*?

Me aseguré de que estaba completamente solo en la plaza.

—*Die Brücke von Neuilly ist dort*! —no vacilé en responder, en el poco alemán que sabía, levantando el brazo en dirección al Faubourg Saint-Honoré. Era la dirección opuesta.

—*Danke sehr*! —gritó el oficial, indicando a la columna que le siguiera.

Salí huyendo a todo correr, lleno de pánico por lo inconsciente del acto que acababa de llevar a cabo[5].

* * *

Ráfagas de metralletas y cañonazos hicieron retemblar una mañana el cielo veraniego. Había dado comienzo la insurrección de los miembros de la resistencia en la capital. Desde el balcón de nuestro quinto piso asistí a esos duelos de metralla que se parecían a los fuegos artificiales de la fiesta del 14 de julio. El tercer día divisamos una espesa columna de humo que oscurecía el cielo. Era el Grand Palais, que estaba ardiendo. Las cristaleras del edificio albergaban aquel verano al último gran circo de Europa que aún existía después de cinco años de guerra, el circo del sueco Jan Houcke. En ese París hambriento, las jaulas de su zoo estaban llenas de leones, tigres, panteras, y sus cuadras llenas de caballos y elefantes. Este trágico fin ofrecería a los parisienses un número que el propietario del circo no habría imaginado nunca inscribir en su programa. Enloquecidos por las descargas de fusilería, los caballos se habían desatado y galopaban a través del edificio en llamas. Uno de ellos consiguió escapar por los Campos Elíseos. Pero herido por una bala perdida, dio una voltereta y rodó por el polvo.

Vi entonces una escena inolvidable: algunos habitantes salidos de los edificios que bordeaban la avenida con un cuchillo y una olla en la mano despedazaron en pocos minutos al animal todavía caliente.

«¡Parisienses, ha llegado la liberación!»

Era la tarde del jueves 24 de agosto. La corriente había vuelto repentinamente. Me abalancé sobre el aparato de radio. Como centenares de habitantes, oí una voz que gritaba: «¡Parisienses, parisienses, sigan a la escucha! ¡Los tanques de los primeros liberadores ya han llegado! Van a oír a un soldado francés, el primer soldado que ha entrado en París». Empezó una velada fantástica, la más bella de mi infancia. «¡Parisienses, es la liberación! —gritaba la radio—. ¡Difundan la noticia! ¡La alegría debe estallar por doquier!» Desde lo alto de la torreta de un tanque, un reportero, con la voz quebrada por la emoción, se puso a citar a Victor Hugo:

«¡Despertaos! —declamó—. ¡Basta de vergüenza! ¡Volved a ser la gran Francia! ¡Volved a ser el Gran París!» Me precipité al balcón de nuestro inmueble. La gente apartaba las cortinas, abría los postigos, se abrazaba, corría hacia la calle. En los balcones, los umbrales de las puertas, las ventanas, los habitantes de esta calle de Jean-Mermoz, que era desde hacía cuatro años nuestro pueblo, cantaban la *Marsellesa* a coro con la radio. En todo París se desarrollaban las mismas escenas. Tomando de nuevo el micrófono, el locutor pidió a todos los párrocos que hicieran repicar las campanas de sus iglesias. Durante toda la Ocupación, estas campanas habían permanecido mudas por orden de los alemanes. Y hoy volvían a la vida. En el espacio de pocos minutos, el cielo resonó con centenares de carillones. Intenté identificar entre el estrépito las campanas de nuestra parroquia de Saint-Philippe-du-Roule, pero ningún sonido me parecía venir de nuestra iglesia. Corrí al teléfono para llamar al párroco, pero su línea comunicaba constantemente.

«Mis amadísimos hermanos —declaró nuestro párroco al subir al púlpito el domingo siguiente— agradezco a todos aquellos que me telefonearon el jueves por la tarde para pedirme que hiciera repicar las campanas en honor de la Liberación. Por desgracia, nuestra parroquia no tiene campanario ni campanas».

Con una sonrisa maliciosa, se apresuró a proponer que la colecta de este primer domingo de liberación se dedicara a procurar campanas a la iglesia de Saint-Philippe-du-Roule.

* * *

La batalla entre los soldados de Von Choltitz y los liberadores se libra con extrema violencia durante toda la mañana del día siguiente, 25 de agosto. París pagaba caro el precio de su libertad. De los blocaos construidos en los lugares donde yo jugaba partían ráfagas de armas automáticas. Se oían cañonazos del lado de l’Étoile y también hacia la plaza de la Concordia. Yo vigilaba desesperadamente una tregua porque me había prometido ser el primero de la familia en abrazar a un soldado americano.

Hacia las tres de la tarde, incapaz de esperar más, me escapé por la escalera de

servicio y corrí hasta la avenida de los Campos Elíseos. Me deslicé bajo los castaños a lo largo del restaurante Ledoyen y el teatro Marigny. Conocía cada arbusto, cada macizo de flores, cada árbol. Aquí, delante del teatro de Guignol, el 11 de noviembre, casi cuatro años antes, había visto a un oficial alemán abatir ante mí a un estudiante que había gritado «¡Viva De Gaulle!». Tenía nueve años.

Oí de repente un rumor de orugas. Venía un tanque desde el puente de los Inválidos, con todas las escotillas cerradas, con el cañón apuntando hacia delante. Me oculté detrás de un árbol. Tal vez era un Panzer alemán. El tanque giró hacia la izquierda y fue a inmovilizarse ante la entrada principal del Grand Palais. Me sobresalté: una soberbia estrella blanca adornaba su blindaje. Era un tanque americano. De la torreta emergió un gigante rubio, con la cabeza descubierta y el mono manchado de grasa y polvo. ¡Mi primer liberador! Me lancé como una flecha hacia esta visión mágica. Quería gritar mi alegría a ese americano, darle las gracias, abrazarlo. Pero no hablaba inglés. Como otros escolares parisienses había estudiado alemán durante los años de ocupación. ¡No importaba! Seguí corriendo, con peligro de parar una bala perdida. Cuando alcancé al americano y su tanque, ¡milagro! Recordé súbitamente que conocía al menos dos palabras en la lengua de Shakespeare. Eran simbólicas de los tiempos que atravesábamos. Me estiré todo lo que pude hacia él y le grité con todas mis fuerzas: «Corned beef!» Un segundo de estupefacción marcó su cara mal afeitada, seguido en el acto por una sonora risa. Me indicó que no me moviera y le vi escalar su blindado, saltar a su torreta y desaparecer en su interior. Diez segundos después reapareció blandiendo una enorme lata de conserva. «Corned beef for you!», exclamó antes de saltar del tanque para ponerme la lata en las manos. Casi me derribó con una gran palmada en el hombro y se frotó el vientre. «Very good! —insistió—. Yum yum for you!» Entonces una ráfaga de balas procedentes de las vidrieras del Grand Palais silbó en nuestros oídos. El americano saltó a bordo de su tanque para apoderarse de la ametralladora. Le lancé varios «merci!» maravillados y salí a escape.

La reacción de mis padres fue todo lo contrario de lo que había imaginado. Por más que les contara con todo detalle el encuentro inolvidable que acababa de tener, mi padre examinó la lata llevada por mí con la más extrema suspicacia. Me empujó a toda prisa al cuarto de baño y me señaló la bañera llena de agua. «¡Tira tu lata! —me ordenó—, puede ser un artefacto explosivo». Se le podía excusar al pobre: demasiadas historias terribles corrían por París en aquellos días de locura.

Después de dos horas de baño forzado, la lata de *corned beef* no había mostrado ninguna veleidad de saltamos a la cara. Mi padre se dedicó entonces a abrirla con precauciones dignas de un artificiero que desactivara un obús del 75. El resultado superó todas mis esperanzas. Después de cuatro años de privaciones, descubrí con éxtasis una indisposición olvidada desde hacía tiempo… una indigestión.

Al día siguiente, sábado 26 de agosto, mis ojos de pequeño parisiense contemplaron el más fabuloso espectáculo que verán jamás: el desfile triunfal de la Liberación en los Campos Elíseos, con la alta y arrogante silueta de Charles de Gaulle, el hombre cuya voz habíamos oído durante cuatro años sin conocer nunca su cara. Llevado por mis padres y con la mano firmemente aferrada a la de mi hermana, me abrí camino a través de la multitud hasta la plaza de la Concordia.

En el momento en que De Gaulle y su séquito desembocaron en la plaza, resonó un disparo. Al oírse el mido, estalló un tiroteo desde todas partes. Los millares de personas que atestaban la plaza se echaron al suelo unas sobre otras. Mi madre me empujó con mi hermano bajo un vehículo blindado. Entonces una voz gritó entre la multitud: «¡Es la quinta columna!» El tirador de un tanque que se encontraba delante del hotel Crillon dirigió enseguida su cañón hacia la quinta columna del edificio e hizo fuego. Vimos derrumbarse la columna en medio de una nube de polvo.

El general De Gaulle subió a un coche descubierto. Insensible a las balas que silbaban por todas partes, saludaba incansablemente a la multitud con sus largos brazos. Mi madre lloraba de felicidad con millares de otros parisienses. Contemplando a aquel personaje que nos había devuelto la libertad y el honor, me sentí lleno de orgullo. Aquélla fue mi primera emoción de hombre.

* * *

West Hartford, Connecticut, EE. UU. Ese mismo 26 de agosto de 1944, hacia las 3 de la tarde, una veintena de alumnos de la Loomis High School esperan en el aula la llegada del profesor. Van a asistir a su primera clase de francés. Larry Collins, quince años, forma parte del grupo. Ante el deseo insistente de su padre, ferviente admirador de Francia y de su cultura, se ha resignado a sacrificar algunas horas de sus vacaciones para iniciarse en la lengua de Victor Hugo. La guerra que causa estragos desde hace cinco años en diversas partes del mundo no ha cambiado en nada la existencia mimada de esos jóvenes norteamericanos. Ellos no han conocido los despertares sobresaltados por el rugido de las sirenas, las bajadas precipitadas a los refugios cavados bajo sus terrenos de juego, los desfiles de los ocupantes, las redadas, las violencias, los miedos vividos cotidianamente por sus camaradas de los países ocupados. Sobre todo, no han conocido las privaciones. Las hamburguesas, las patatas chips, los helados y mil otros regalos cuya mera existencia yo desconocía habían seguido siendo sus menús cotidianos. La juventud norteamericana había atravesado esta guerra sin percatarse siquiera de su existencia, ni saber lo que estaba en juego. ¡Europa y Japón se hallaban tan lejanos! Y he aquí que, de repente, para una veintena de ellos la tragedia que desgarra el universo adquiere un rostro, el de un señor anciano que lleva sobre la nariz un extraño accesorio desconocido por los adolescentes del otro lado del Atlántico: unos quevedos. El hombre que los lleva llora

de felicidad, de alegría, de emoción. «*Boys*! ——exclama—, hoy es el día más feliz de mi vida… ¡París es libre!»

Entonces les explica lo que acaba de oír por radio: las fuerzas francesas y americanas han entrado en la capital francesa, los defensores alemanes se han rendido, los parisienses han invadido las calles para aclamar a sus libertadores.

El espectáculo de este anciano llorando por la liberación de París conmovió a los alumnos de la Loomis High School.

«Su recuerdo no me abandonará jamás —dirá Larry Collins—. Para mí, fue como si la guerra hubiera terminado aquel día».

* * *

Dieciséis años después, el antiguo alumno de la clase de francés de la Loomis High School y el ex colegial de la calle Jean-Mermoz se habían reunido para evocar en un libro esta página de la historia franco-americana. Dieciséis años era un retroceso ideal para abordar un acontecimiento histórico de esta magnitud. La mayor parte de los testigos seguían vivos, y era posible hacer hablar a quienes habían guardado sus secretos hasta la fecha. Además, después de semejante demora, muchos archivos y documentos inaccesibles o desconocidos amenazaban con hacerse disponibles, como estas órdenes apocalípticas de destrucción de París provenientes del cuartel general de Hitler cuya revelación por la prensa nos había dado precisamente la idea de lanzarnos a esta aventura.

Las tres habitaciones de mi apartamento parisino de la avenida Kléber se convirtieron en el cuartel general de nuestra investigación. Tapizamos las paredes del salón con planos de París sobre los cuales habíamos anotado el menor incidente, el emplazamiento de las barricadas y de los puntos de apoyo alemanes, los objetivos conquistados por la Resistencia, el itinerario de los convoyes que se retiraban de Normandía, los ejes de llegada de los refuerzos alemanes y los de las columnas aliadas. Así disponíamos de una visión instantánea de la situación. El comedor, mi dormitorio y hasta el cuarto de baño estaban llenos de montones de informes y archivadores que contenían el fruto de nuestras investigaciones.

Los antiguos ocupantes de mi piso se habrían asombrado bastante al descubrir esta marea de papeles en las habitaciones donde habían vivido. Yo residía, en efecto, en el número 26 de la avenida Kléber, es decir, justo enfrente del antiguo hotel Majestic que albergó durante la guerra el cuartel general del ejército alemán en Francia. El inmueble había sido requisado para alojar a oficiales superiores. En el fondo del sótano, un pasaje permitía aún comunicar con el edificio medianero de la calle Lauriston, donde la gestapo francesa de Bony y Lafon torturaba a sus prisioneros.

Esos antiguos ocupantes también se habrían asombrado mucho al conocer la

identidad de la dama del gran sombrero negro que habitaba en el tercer piso de ese mismo número 26 de la avenida Kléber. Cada vez que la encontraba en el patio, entrando o saliendo de su 2 CV gris que prefería al Peugeot 604 negro con chófer puesto a su disposición por el gobierno francés, me dirigía una gran sonrisa: «Entonces, Lapierre, ¿por fin ha liberado París?» Viniendo de ella, la pregunta no carecía de humor. Era la viuda del liberador de París, la mariscala Leclerc de Hauteclocque.

Apasionada por nuestra investigación, me invitó a ir a hojear los documentos dejados por su marido, así como sus álbumes de recuerdos. Un día me llamó la atención una octavilla. La mariscala me contó que esta hoja de papel había sido lanzada desde un avión inglés en 1941. Ella la había recogido en el gallinero de la propiedad familiar de los Hauteclocque en Picardía, donde se había refugiado con sus seis hijos después de que su marido se marchara a Inglaterra a reunirse con el general De Gaulle. Ignoraba que, al llegar a Londres, él había cambiado su nombre por el de «Leclerc», a fin de evitar represalias contra su familia. Mientras cenaban aquella noche, leyó a sus hijos el mensaje caído del cielo. «Gran victoria francesa —decía—. El importante puesto africano de Kufra ha capitulado ante una columna francesa mandada por el coronel Leclerc». El texto añadía que los soldados de esta unidad habían vencido la sed y atravesado setecientos kilómetros de desierto para atacar al enemigo. «No sé quién es este coronel Leclerc —comentó delante de sus hijos—, pero me resulta muy simpático: ha actuado como lo haría vuestro padre». Diez meses después, Thérèse de Hauteclocque recibió la visita de dos gendarmes y un ujier del gobierno de Vichy que le anunciaron que su marido Philippe de Hauteclocque, llamado «Leclerc», había sido desposeído de la nacionalidad francesa y todos sus bienes confiscados.

* * *

Necesitaríamos cuatro años para descubrir todos los secretos de esta formidable página de la historia que había tenido por actores a los cuatro millones de habitantes de París y los veinte mil soldados alemanes encargados de defender hasta la muerte a la última capital que aún estaba en manos de su Führer en este fatal verano de 1944. Cuatro años de trabajo encarnizado, de noche, los fines de semana, durante las vacaciones, continuando al mismo tiempo nuestra labor de periodistas en nuestras redacciones respectivas. Cuatro años para recoger y disecar los recuerdos de mil doscientos protagonistas y testigos civiles; encontrar y reencontrar a dos mil liberadores y defensores alemanes del Gross Paris; analizar y tratar cerca de una tonelada de archivos alemanes, americanos y franceses, la mayoría inéditos. Cuatro años para reconstituir con los principales jefes de los ejércitos aliados, de la insurrección parisién y de las fuerzas de Hitler, la batalla que tuvo por envite la

capital de Francia y la historia secreta del milagro que la salvó.

Un paseo por los recuerdos de un general nazi

Un día de noviembre de 1963, fuimos a llamar a la puerta de un apartamento de un pequeño inmueble de los *faubourgs* de la ciudad termal de Baden-Baden, justo al otro lado de la frontera francesa. El hombre que, diecinueve años antes, había amenazado al alcalde de París con hacer explotar la avenida de la Ópera y fusilar a todos sus habitantes si se disparaba un solo tiro contra sus soldados, vivía aquí un retiro apacible al lado de su mujer Uberta y de su gato *Pumper*. Una cómoda chaqueta de *tweed* beige sobre un pantalón de franela gris habían reemplazado a la guerrera con la Cruz de Hierro y los pantalones de general con galones rojos que habíamos visto en sus fotos. De hecho, el general Dietrich von Choltitz hacía pensar más bien en un jubilado de Correos que en un antiguo oficial superior de los ejércitos hitlerianos.

Era, sin embargo, el mismo hombre paticorto, con monóculo, nuca robusta y labios finos como hojas de cuchillo, a quien Adolf Hitler había nombrado el 7 de agosto de 1944 comandante del campo atrincherado de París, con la misión de defender la ciudad hasta el último hombre o convertirla, llegado el caso, en «un campo de ruinas».

Nuestra investigación nos había enseñado toda la importancia que daba el amo del Tercer Reich a la posesión de la capital francesa. Representaba un envite estratégico y sentimental de primer orden. Durante cuatro años, de 1914 a 1918, el cabo Adolf Hitler y seis millones de sus camaradas habían combatido en suelo francés al grito mágico de «Nach Paris!». Dos millones de entre ellos habían pagado con su vida esta ambición frustrada. Una generación más tarde, convertido en jefe de la fuerza militar más poderosa de Europa, el pequeño cabo había conseguido, al término de una conquista relámpago, su cita con la ciudad de sus sueños. Pocos parisienses habían visto su Mercedes negro detenerse, en este 24 de junio de 1940 a las siete de la mañana, ante la explanada del Trocadero. El conquistador había contemplado un largo momento la admirable perspectiva que se extendía ante sus ojos: el Sena, la torre Eiffel, los jardines del Campo de Marte, la cúpula dorada de la tumba de Napoleón en los Inválidos y, lejos, a la izquierda, las torres de Notre-Dame. Cuatro años después podía seguir en los mapas del estado mayor de su búnker el avance de las fuerzas de invasión hacia esta capital. Si perdía la batalla de Francia, sólo le quedaría una por librar: la batalla de Alemania. Para retrasar esta derrota, tenía todas las razones para querer aferrarse a París. París era el eje en torno al cual giraba

Francia. Perder París era también perder las bases de lanzamiento de las armas nuevas con las que esperaba invertir la situación. Era permitir a los ejércitos aliados la llegada a las puertas de Alemania. Así pues, había decidido hacer de París un erizo formidable capaz de retardar la avalancha enemiga. Dando un puñetazo sobre la mesa de conferencias de su búnker, había gritado a sus generales: «¡Quien tiene París, tiene a Francia!»

Para cumplir esta misión suprema, el alto mando de la Wehrmacht había elegido a un oscuro general de cuerpo de ejército destinado al frente de Normandía, cuya hoja de servicios revelaba que no había «discutido jamás una orden, fuera cual fuese su dureza». Hijo, nieto y bisnieto de militares formados en la ruda disciplina de los Cadetes de Sajonia, fue en la línea de fuego donde Dietrich von Choltitz había ganado sus galones.

Habíamos reconstituido pacientemente la trayectoria de este militar sin estados de ánimo. Al aterrizar el 10 de mayo de 1940 en el aeropuerto de Rotterdam a la cabeza del 16 regimiento de infantería aerotransportada, había sido el primer invasor que penetró en Occidente. Ante la resistencia holandesa, no había vacilado en hacer arrasar la ciudad por la Luftwaffe. Dos años después fue ante Sebastopol donde recibió sus charreteras de general. Cuando comenzó el sitio del gran puerto del mar Negro, su regimiento contaba con cuatro mil ochocientos hombres. El 27 de julio de 1942, sólo quedaban trescientos cuarenta y siete supervivientes, pero Choltitz, con el brazo atravesado por una bala, había tomado la ciudad. Para hacerse con esta victoria, había forzado a prisioneros rusos a llevar a hombros los obuses hasta los cañones y a cargar sus baterías. Más tarde, destinado a la retaguardia del grupo de ejércitos del centro, se había convertido en el especialista de la tierra calcinada. Así era el general en jefe que Hitler había enviado a los parisienses el 9 de agosto de 1944. Tenía cuarenta y nueve años.

Dieciséis días después, este general capitularía casi sin combates y sin haber ejecutado las órdenes apocalípticas de su Führer. ¿Por qué? Para intentar saberlo le arrancamos una cita en su retiro de Baden-Baden.

* * *

Una acogida cortés pero glacial nos esperaba en el saloncito atestado de muebles rústicos heredados del castillo familiar de Silesia. Frau Uberta von Choltitz, una dama regordeta de cabellos grises recogidos en un moño, había preparado café y algunos dulces. Pero el rostro cerrado, casi hostil, del general no permitía augurar el éxito de nuestra visita. Un perfume de Nuremberg seguía flotando a través de Alemania en este comienzo de los años sesenta y pocos antiguos oficiales de Hitler consentían de buena gana en prestarse al juego de las confidencias. De todos modos, Choltitz nos aseguró que tenía muy mala memoria. Guardaba un recuerdo muy vago

de los breves días que había pasado en París.

¡Por eso no quedaría! Nos habíamos aprovisionado de todo lo necesario para despertar su memoria, una maleta entera repleta de documentos: los mapas de estado mayor, las copias de las órdenes llegadas del búnker del Führer y de los diferentes CG de la guerra en el oeste, la transcripción de la mayoría de comunicaciones telefónicas que había recibido o emitido desde su puesto de mando del hotel Meurice, los informes de sus conferencias militares, los planes de batalla, los programas de destrucción de París, etc., etc.

Le habíamos traído incluso un sorprendente pedacito de papel que yo había encontrado en Munich en casa de su antigua secretaria en el estado mayor del hotel Meurice. Era la factura de un sastre parisino dirigida a su nombre por la compra de un abrigo de lana gruesa. Llevaba la fecha del 16 de agosto de 1944. ¿Por qué el comandante del Gross Paris se había comprado un abrigo de invierno en pleno verano —un verano agobiante de calor—, cuando había recibido la misión de defender París hasta el último hombre y morir allí él mismo entre sus ruinas?

Choltitz examinó la factura con aire suspicaz.

—*Nein, nein, nein*! —ladró, sacudiendo enérgicamente la cabeza—. Nunca compré este abrigo.

Hubo un silencio embarazoso. Entonces vimos levantarse a frau Uberta y abandonar discretamente la habitación. Reapareció un instante después con los brazos cargados con un viejo abrigo de paisano muy gastado. Abrí la prenda. Cosida en el bolsillo interior, había la etiqueta del sastre Knize, n.º 84 de la avenida de los Campos Elíseos, y debajo, bordados a mano, el nombre del general y la fecha del 16 de agosto de 1944.

Gruesas gotas de sudor perlaban la frente de Choltitz. Le costaba respirar. Se levantó y acercó a la ventana, que abrió para respirar un poco de aire fresco. Llenó varias veces los pulmones. Después dijo de corrido:

—Sospechaba que haría mucho frío el invierno siguiente en el campo de prisioneros donde iba a sobrevivir a la guerra.

* * *

El incidente del abrigo y la marea de documentos militares que cubrían de improviso las mesas, el aparador, la alfombra del salón actuaron como un electrochoque. El general había recuperado la memoria y la idea de calzar de nuevo para nosotros las botas de comandante pareció encantarle. Nuestro interrogatorio podía empezar. Lo habíamos preparado con la minuciosidad de dos jueces que instruyeran el proceso del siglo. Duraría dieciséis días, más de los que había pasado nuestro anfitrión en París.

Entre el torbellino de sucesos vividos por el general durante aquellas horas

fatídicas, ninguno nos parecía más determinante que su entrevista con el jefe de la Alemania nazi el 7 de agosto de 1944, dos días antes de tomar el mando de la fortaleza parisina. Nuestra investigación nos había dado la certidumbre de que este encuentro había influido de manera predominante en su comportamiento en París. Quizá incluso había sido la causa del milagro que al final le había inducido a salvar a la capital. Larry, a quien la experiencia adquirida en *Newsweek* había convertido en un maestro del arte de la entrevista, abrió el debate con la primera pregunta.

—General, cuando vio a Hitler el 7 de agosto en su CG de Rastenburg, era la segunda vez que estaba en presencia del jefe de la Alemania nazi. La primera vez fue, según mis fuentes, un año antes, en el frente ruso, en el transcurso de un almuerzo a orillas del Dniéper. Para un general de la Wehrmacht, almorzar frente al Führer era un privilegio extraordinario. ¿Qué recuerdos guarda de ese primer encuentro?

Los ojos de Choltitz chispearon. Parecía conquistado por el juego de preguntas y respuestas.

—Lo primero que me llamó la atención fue el optimismo contagioso que emanaba del cuerpo del Führer a pesar de sus tics nerviosos. Su descripción de la situación, sus promesas, sus previsiones nos electrizaron. En el postre todos los que habíamos compartido su comida estábamos convencidos de que Alemania ganaría la guerra.

—Su destino un año más tarde al frente de Normandía le permitió comparar sobre el terreno las promesas que les había hecho Hitler con la realidad —dije a mi vez.

Choltitz suspiró.

—En Normandía comprendí que Alemania había perdido la guerra.

——Cuando llegó a Rastenburg el 7 de agosto para ver de nuevo al Führer —intervino entonces Larry—, la vanguardia del Ejército Rojo estaba a menos de cien kilómetros. ¿En qué estado de ánimo se encontraba usted?

Choltitz cerró los ojos como para poner en orden sus ideas. Por fin, después de un largo silencio, dijo:

—Yo creía en la misión histórica de Alemania. Estaba dispuesto a dejarme enfervorizar otra vez por el Führer. Esta entrevista era una especie de peregrinaje para mí. Esperaba terminarla con fuerzas renovadas, tranquilizado y convencido de que aún existía una posibilidad de cambiar el rumbo de la guerra. Hitler estaba en pie detrás de una sencilla mesa de madera.

»El hombre que descubrí entonces no era el que había conocido un año antes. Era un viejo. Tenía la cara macilenta y las facciones tensas. Sus ojos saltones habían perdido toda su llama y se mantenía encorvado. Noté incluso que la mano izquierda le temblaba y que intentaba disimular el temblor con la mano derecha. Pero lo que llamó más mi atención fue su voz. Sólo era un vago gruñido. Hacía un año, esa voz me había subyugado.

»Hitler empezó por darme un curso sobre la historia del nacionalsocialismo. Evocó las circunstancias en las que había creado el partido nazi y glorificó la herramienta perfecta que había hecho de él para llevar al pueblo alemán al destino histórico que era el suyo. Después, hablando más fuerte y de modo más claro, predijo la victoria inminente gracias a las armas nuevas que iban a invertir el curso de la guerra. Luego cambió bruscamente de tema para abordar el asunto del atentado del 20 de julio en que había estado a punto de perder la vida. Levantó la mano hacia mí de forma casi amenazadora y se puso a rugir: "*Herr General*!, ¿sabe que decenas de generales se balancean en este momento del extremo de una cuerda por haber querido impedirme que continúe mi obra? Pero esta obra, que es la de conducir al pueblo alemán a la victoria, nadie podrá impedir que la lleve a cabo…"»

Choltitz estaba como inmerso en la evocación de la escena. Imitaba la voz y los gestos de Hitler.

—Le fluía baba por las comisuras de los labios. Era impresionante: se levantaba como un diablo surgiendo de la caja, gesticulaba, se dejaba caer en el sillón, y su mirada se incendiaba entonces con fulgores feroces. Vituperó de nuevo un buen rato a la camarilla de generales prusianos que habían intentado eliminarle. Luego se calmó. Tras un largo silencio, alzó por fin los ojos hacia mí. Al salir del búnker anoté en mi cuaderno las órdenes precisas que me dio entonces. Las he releído tan a menudo que puedo repetírselas de memoria casi palabra por palabra. Me dijo: «Irá a París, *Herr General*. A París, donde se pelean por los mejores lugares en el comedor de oficiales. ¡Qué insulto para nuestros soldados que libran en Normandía el mayor combate de la Historia! Así pues, usted empezará, *Herr General*, a poner orden en todo esto. Después hará de París una ciudad del frente y velará para que se convierta en el terror de los emboscados y fugitivos. A este efecto le he nombrado comandante en jefe del Gross Paris y sus poderes serán los más amplios que un general haya ostentado jamás a la cabeza de una guarnición. Le concedo todas las prerrogativas de un comandante en una fortaleza sitiada».

»Me dio a entender que en París se preparaban jornadas muy duras y que podría darme órdenes implacables. Esperaría de mí una obediencia ciega. "Aplastará toda tentativa de revuelta de la población civil —añadió—. Reprimirá sin piedad todo acto de terrorismo, todo sabotaje contra nuestras fuerzas armadas. Tenga la seguridad, *Herr General*, de que para esto recibirá de mí todo el apoyo que necesite".

»No olvidaría nunca la mirada cruel y casi inhumana que acompañó estas últimas palabras. Había venido a Rastenburg para ser galvanizado por un jefe. Había encontrado un enfermo. Mi decepción era inmensa».

Choltitz pronunció estas últimas palabras con una insistencia casi dolorosa. Miré sus sienes afeitadas a la prusiana y le imaginé con su casquete de general, enarbolando el águila de la cruz gamada, su cruz de hierro sobre el pecho, su revólver

en el cinto, amenazando al alcalde de París con un baño de sangre al menor incidente. Sobre este rudo semblante, superpuse el de mi padre, descompuesto, el día en que nos anunció que el nuevo general alemán enviado por Hitler no vacilaría en matarnos a todos al primer disparo contra sus soldados. Me costaba creer que sólo diecinueve años separaban aquellos instantes trágicos de este encuentro sincero y cálido en este salón burgués que olía tan bien a cera fresca.

Choltitz nos contó que se había parado aquí, en Baden-Baden, al salir del búnker de Hitler para abrazar a su mujer y sus hijos, Marie-Angelika y Anna-Barbara, que entonces tenían catorce y ocho años, y Timo, nacido cuatro meses antes.

—Me decía que quizá los veía por última vez —nos confesó.

Además del resultado incierto de su nuevo destino, una inquietud particular oprimía aquel día al general. En el tren que le había llevado la víspera al búnker del Führer se había encontrado con un alto dignatario nazi. El *Reichsleiter* Robert Ley acababa de hacer firmar a Hitler una nueva ley que hacía a las esposas y los hijos de los oficiales alemanes corresponsables de la conducta vacilante de estos últimos. En algunos casos podrían ser condenados a muerte y ejecutados.

* * *

Nuestra investigación nos lo había revelado: los dieciséis días y noches pasados en París por el general Von Choltitz habían sido una pesadilla. Una fortaleza sitiada habitada por cuatro millones de civiles era una responsabilidad muy diferente de la de un ejército en campaña. Ninguna academia militar, ningún mando en el frente habían preparado al oficial prusiano para esta tarea a la vez civil y militar de infinitas ramificaciones. Ciertamente, su primer deber era garantizar la seguridad de sus tropas, pero se trataba de una obligación singularmente compleja y delicada en una ciudad en estado de insurrección. ¿Debía ejecutar las amenazas hechas al alcalde de París, a riesgo de provocar un levantamiento general? ¿Firmar una tregua con los «terroristas»? ¿Aceptar el ofrecimiento de la Luftwaffe de destruir todo el norte de París a partir del aeropuerto de Le Bourget? ¿Debía, como exigía Hitler, hacer explotar los cuarenta y cinco puentes que salvaban el Sena en París y alrededor de París, los polígonos industriales, las instalaciones de electricidad, de gas y de agua, los edificios públicos? ¿Era preciso reforzar sin pausa las defensas de la capital en previsión de una resistencia desesperada como en Stalingrado? ¿Había que reclamar el envío urgente y masivo de refuerzos?

Todas estas preguntas se esfumaban ante la interrogación suprema, la que se imponía a Choltitz desde su entrevista con Hitler: ¿podían la defensa y la destrucción de la capital francesa cambiar el curso de la guerra? El general prusiano sabía que la respuesta era evidentemente negativa. Pero no por ello debía dejar de cumplir su deber y ejecutar las órdenes recibidas. A menos que… A menos que una llegada

fulminante de los aliados se anticipara a la llegada de sus propios refuerzos, impidiéndole así cumplir su misión.

La tarde del 23 de agosto, el general recibió un telegrama estampillado «MÁXIMA URGENCIA» que provenía del cuartel general del Führer. Repetía las instrucciones formales de Hitler: «París no debe caer en manos del enemigo, o el enemigo sólo debe encontrar un campo de ruinas». Curiosamente, este mensaje olvidaba suministrarle la única información que podía darle los medios de impedir la caída de París, a saber, que dos divisiones blindadas de las SS, la 26 y la 27 Panzer, reclamadas a Holanda y Dinamarca, se hallaban de camino a la capital. Además, nadie había pensado en informarle de que el mortero gigante Karl, que había utilizado para destruir Sebastopol, había llegado a la región de Soissons y estaría en París dentro de dos días como máximo.

Ignorando la llegada inminente de estos refuerzos, Choltitz sólo vio un modo de salir del aprieto: precipitar la entrada de los aliados en París. Descolgó su teléfono y rogó al cónsul de Suecia, Raoul Nordling, que le visitara con la mayor urgencia. Hacía varios días que el diplomático intentaba impedir que París se convirtiera en un campo de batalla.

—El cónsul apenas pudo contener la sorpresa cuando le propuse ir al encuentro de los aliados —nos contó Choltitz con un fulgor de malicia en la mirada.

Mientras acompañaba hasta la puerta al visitante, el general alemán le había cogido la mano. «Apresúrese, señor cónsul —le suplicó—. Dispone de veinticuatro horas, tal vez cuarenta y ocho. Después ya no puedo garantizarle qué ocurrirá aquí».

Víctima de un incidente cardíaco en el instante de la salida, Raoul Nordling pidió a su hermano Rolf que cruzara las líneas en su lugar, provisto de un salvoconducto del comandante del Gross Paris. Y al día siguiente por la tarde, al término de un fantástico avance, los primeros carros de los libertadores llegaron a la plaza del Ayuntamiento, saludados por el carillón de todas las campanas de París.

Choltitz cenaba con algunos miembros de su estado mayor en el primer piso del hotel Meurice cuando oyó de repente el estruendo de las campanas.

«Vi un relámpago de sorpresa en varios rostros —nos relató—. Irritado, pregunté si uno solo de los comensales de esta cena esperaba otro desenlace. “Parecen asombrados —dije—. Pues ¿qué esperaban? Después de los años que llevan dormitando aquí, en su pequeño mundo de ensueño, ¿qué saben realmente de la guerra? ¿Acaso ignoran lo ocurrido en Alemania, en Rusia y en Normandía? —Di rienda suelta a mi indignación—. Caballeros, les anuncio lo que la dulce vida de París parece haberles ocultado: Alemania ha perdido esta guerra y nosotros la hemos perdido con ella”.

»Estas palabras pusieron un fin brutal a la alegría ficticia de nuestra cena de despedida —prosiguió Choltitz—. Entonces me retiré a mi despacho y llamé por

teléfono al grupo de ejércitos B, del que dependía directamente la guarnición de París. Acababa de recibir la confirmación de que una vanguardia aliada había penetrado hacía un instante en el centro de París. Sabía que al amanecer, detrás de esta vanguardia, surgiría el grueso de las tropas enemigas. Reconocí al otro extremo del hilo la voz del general Speidel, el jefe de estado mayor, un antiguo profesor de filosofía.

»—Buenas noches, Speidel —le dije—, tengo una sorpresa para usted. Escuche bien, por favor. —Acerqué el auricular a la ventana abierta de par en par a la noche que llenaban los carillones—. ¿Lo oye? —pregunté con impaciencia.

»—Sí —me respondió—, son las campanas, ¿verdad?

»—En efecto, *Herr General*, son las campanas de París que tocan al vuelo para anunciar a la población la llegada de los aliados.

»Sentí un silencio turbado. Speidel no era un fanático. Él también sabía que la destrucción de París no podía cambiar el desenlace de la guerra. Le informé de que, conforme a las instrucciones, había terminado los preparativos de destrucción de los puentes, las estaciones de ferrocarril, las instalaciones de agua, gas y electricidad y los edificios ocupados por el ejército alemán.

»Le pregunté si tenía una última orden que darme. Speidel me contestó que no.

»—En tal caso, mi querido Speidel, sólo me queda decirle adiós —le dije—. Permítame confiar a su protección a mi mujer y mis hijos que se encuentran en Baden-Baden.

»—Cuente conmigo —me respondió—.

»Parecía muy emocionado».

* * *

Conforme a las órdenes del comandante del Gross Paris, los diferentes puntos de apoyo alemanes, delante y dentro de París, opusieron durante toda la mañana del día siguiente una viva resistencia al avance de las columnas aliadas.

«No era mi intención entregar la ciudad sin combatir —nos declaró Choltitz—. Habría sido contrario a mi honor de soldado. Pero quería evitar destrucciones inútiles y pérdidas entre la población. De todas maneras, la suerte estaba echada. Mi única preocupación era que mis soldados cayeran en manos de tropas regulares y no en las del populacho».

* * *

La rendición del general Von Choltitz y de todas las fuerzas bajo su mando la tarde del 25 de agosto de 1994 hizo enmudecer el ruido de la batalla en las calles de París. Pero dicha rendición no había hecho desaparecer los peligros que todavía pesaban

sobre la ciudad debido a la voluntad destructora de Hitler. Al día siguiente, 26 de agosto, cuando se terminaban los preparativos para el desfile triunfal del general De Gaulle por los Campos Elíseos, el general Jodl, jefe de estado mayor del Führer, llamó por teléfono al mariscal Model, comandante en jefe del Oeste, a su cuartel general de Margival, a un centenar de kilómetros al este de París. Deseaba transmitirle personalmente la orden de Hitler de proceder inmediatamente al bombardeo de París por todas las rampas de lanzamiento de armas V1 y V2 dispersas en el Pas de Calais, el norte de Francia y Bélgica.

Por fortuna, el intratable mariscal Model estaba ausente. Respondió su adjunto, el general Speidel, con quien Choltitz había conversado la noche anterior a su rendición. Speidel aseguró a Jodl que las instrucciones del Führer sería retransmitidas al marcial Model en cuanto regresara. Pero no hizo nada. Juzgando que semejante bombardeo sería un acto insensato ahora que París había caído, Speidel se abstuvo al final de comunicar la orden de Hitler a su superior, salvando a la capital de una terrible matanza. Siete días más tarde fue arrestado por la Gestapo.

* * *

Al cabo de cuatro años de trabajo, terminamos el libro. Faltaba encontrarle título. Aquel a quien se lo pedimos prestado nunca podía reclamamos derechos de autor.

Una tarde de invierno de 1963, mientras tomaba un whisky en compañía del general Walter Warlimomt, antiguo jefe del estado mayor adjunto de la Wehrmacht, éste me contó que había vivido todos los dramáticos días de agosto de 1944 al lado del Führer en su «Guarida del Lobo», en Prusia oriental. Había asistido a todas las conferencias estratégicas cotidianas, tanto para el frente del oeste, como para las operaciones en el este. Cada noche antes de acostarse aquel hombre meticuloso transcribía en su diario los sucesos de que había sido testigo durante el día. Había conservado este cuaderno con tapas de piel en un rincón de su biblioteca. En la fecha del 25 de agosto de 1944 pude leer: «15 horas, primera conferencia estratégica. Un oficial trae el informe de operaciones del grupo de ejércitos B hasta el mediodía. Anuncia que las fuerzas aliadas han llegado al mismo centro de París, donde atacan nuestros puntos de apoyo con su artillería e infantería. El Führer monta en una de sus cóleras, que ya son familiares en él. Se vuelve hacia el general Jodl y vocifera que desde hace días no deja de ordenar que la capital francesa sea defendida hasta el último hombre. Repite que el abandono de la defensa exterior de París amenaza con provocar la dislocación de todo el frente del Sena. Se agita en un acceso de rabia. Grita que ha dado las órdenes necesarias para que la ciudad sea destruida. ¿Han sido ejecutadas estas órdenes? Entonces golpea la mesa con un violento puñetazo y aúlla: *“Brent Paris?”* ¿Arde París?»

Esta terrible pregunta se convirtió en el título de nuestro libro.

«¡Mierda, han vuelto!»

Aparecido en Francia en junio de 1964, casi veinte años justos después de la Liberación, *¿Arde París?* se convirtió enseguida en uno de los libros piloto de la colección «Aquel día» creada por nuestro editor Robert Laffont. Como Larry y yo mismo esperábamos cuando nos lanzamos a esta aventura literaria en dos lenguas, *Is Paris burning?*, publicado en Nueva York por Simon & Schuster, saltó a la cabeza de la lista de *best-sellers* del *New York Times*. Con posterioridad, el libro fue traducido y publicado en una treintena de países, alcanzando un tiraje global de unos cinco millones de ejemplares.

En 1966, dos años después de la publicación francesa, invitamos al antiguo comandante del Gross Paris a volver a la ciudad que Hitler le había ordenado defender hasta la muerte, tras haberla transformado «en un campo de ruinas». El momento más emocionante de este regreso se produjo en el balcón del hotel Meurice, ante la vieja mesa escritorio. Evocando la escena ocurrida en este mismo balcón, cuando el alcalde de la capital, Pierre Taittinger, le había suplicado que salvase a París, señalé al general la admirable perspectiva que se extendía ante nosotros. Collins le recordó el patético llamamiento que le había dirigido el alcalde de París en agosto de 1944.

El general Dietrich von Choltitz murió unos meses después de este viaje, sin haber visto la superproducción cinematográfica de cincuenta estrellas que René Clément rodó, basándose en nuestra obra, por las calles de París. Su personaje, encamado en la pantalla por el actor alemán Gert Froebe, nos pareció más auténtico que el original. Durante todo un verano, las cámaras de Clément se pasearon por la capital para filmar en los decorados auténticos las escenas más destacadas narradas en el libro. A fin de evitar demasiadas molestias a los parisienses, las escenas se rodaron de madrugada. La plaza de la Concordia, donde el tanque Sherman de Yves Montand debía embestir un Panzer alemán, fue cerrada al tráfico durante una mañana entera. Encontrando que la boina negra del personaje que encamaba, el tanquista bretón Marcel Bizien, no le favorecía, Montand exigió un casquete: capricho de actor que suscitó más tarde las protestas indignadas de los veteranos del regimiento 501 de carros de combate, la unidad en la cual yo mismo había cumplido una parte de mi servicio militar.

Emprender el rodaje de *¿Arde París?* en las mismas calles de la capital fue uno de los retos más locos de la historia del cine. No olvidaré nunca la primera escena realizada por Clément hacia las seis de la mañana. Soldados alemanes, con casco,

cargados de granadas y metralletas, transportaban cajas de dinamita para minar la tumba de Napoleón. Satisfecho de esta primera secuencia, Clément envió a sus actores a tomar un café al Bistrot Le Vauban situado justo enfrente de la tumba de los Inválidos. La estupefacción de la patrona al ver a aquellos soldados nazis comparecer en su casa, dejar sus metralletas sobre el mostrador y reclamar «Un petit crème» con acento parisién permanecerá grabada para siempre en mi memoria.

Unos instantes después, cuando esos mismos «alemanes» volvían a su lugar de rodaje, fui testigo de una escena aún más surrealista. Al ver a todos esos «boches» en medio de la avenida, un cartero parisién, que pasaba por allí contoneándose sobre su bicicleta, lanzó un grito: «¡Mierda, han vuelto!», dijo, antes de caerse al suelo, fulminado por la sorpresa.

El estreno cinematográfico de *¿Arde París?* tuvo lugar una noche de octubre de 1966 en el curso de una gran gala en el Palais Chaillot en presencia de todos los actores y de casi todos los personajes interpretados por ellos. Desde lo alto de la torre Eiffel iluminada por los haces multicolores de los proyectores, Mireille Matthieu cantó *Paris en colère* al son de la música de la película, compuesta por Maurice Jarre. A los millares de parisienses aglomerados en los jardines del Campo de Marte, el puente del Sena y la plaza de Trocadero, la capital les ofreció unos suntuosos fuegos artificiales. Sentados en un palco al lado de la mariscala Leclerc, el general Koening, Jacques Chaban Delmas, el coronel Rol y tantos otros héroes de la epopeya, Larry y yo parecíamos dos colegiales en un reparto de premios.

4

Un andaluz miserable a la conquista de la gloria

Habrá que dejarte crecer la barba como papá Hemingway y acostumbrarte a fumar cigarros —me anunció Larry Collins, tendiéndome el telegrama que acababa de llegar de Estados Unidos—. El *Reader's Digest* nos ofrece un viaje a España para escribir un artículo sobre un español aún más célebre que el general Franco. Una investigación sobre el torero el Cordobés, ¿te tienta?

Era demasiado bonito para ser verdad. España era mi jardín de las Hespérides. Desde la edad de veinte años no había dejado de volver, hechizado por sus múltiples maravillas. Gran parte de mi familia había sido seducida por la magia de ese país. Mi única hermana, Bernadette, se había casado allí a los dieciocho años. Al jubilarse, mis padres se habían instalado en Madrid al lado de sus nietos, Xavier y Carlos. Yo hablaba bastante correctamente el castellano y seguía desde hacía tiempo la evolución política y económica de ese país donde había realizado numerosos reportajes para *Paris Match*. Incluso había sido durante algunas horas huésped involuntario de un calabozo de la Guardia Civil por haberme colado hasta las inmediaciones del pabellón de caza, en plena sierra de Córdoba, donde el rey de los belgas Balduino y la reina Fabiola ocultaban su luna de miel. Es cierto que mi cultura taurina era modesta, pero no por ello sentía arder menos en mi corazón la llama de una afición auténtica. La proposición del *Reader's Digest* era, por lo tanto, una verdadera dicha, tanto más excitante cuanto que nos ofrecía, a Larry y a mí, la ocasión de continuar nuestra fructífera colaboración literaria, aunque esta vez se limitara a escribir un artículo que trazara el retrato de un solo personaje.

Unos días después, en una noche glacial, un taxi de Córdoba nos depositó ante el portal de una propiedad rodeada de alcornoques y olivos silvestres. La verja lucía el emblema del señor del lugar, un sombrero andaluz de copa plana y el nombre del antiguo pobretón cuyo éxito simbolizaba hoy en día esta lujosa vivienda: «Hacienda Manuel Benítez, *el Cordobés*». Apiñados junto a un fuego que habían encendido a varios metros del portal, tres muchachos jóvenes escribían con ayuda de un trozo de carbón de leña unas palabras en un pedazo de tela que uno de ellos se había arrancado de la camisa. Estaban famélicos. A su alrededor se esparcían las cortezas de las bellotas que constituían su único alimento. Una vez terminada la inscripción, ataron cuidadosamente cada esquina del pedazo de tela a los barrotes negros del portal. «Manolo —decía el mensaje—, te felicitamos por tu triunfo en México. Queremos conocer como tú la gloria. Danos la ocasión de ejercitamos en tu ruedo». Eran «maletillas», aprendices de torero. Uno de ellos, Antonio Carbello, era el último de

una familia de dieciséis hijos de los cuales sólo sobrevivían cinco. Su padre era pastor. El que estaba a su lado, un mequetrefe al que un bastonazo de un guardia civil había dejado casi impedido, era el cuarto hijo de un mendigo ciego. El tercero había sido abandonado al nacer ante la puerta de un convento de Huelva. Una chispa de esperanza brilló en sus ojos cuando vieron abrirse el portal para dejamos entrar.

Nos condujeron hasta el salón, donde una veintena de admiradores formaban un círculo en torno a un muchachote alto y desgarbado de cabellos largos y greñudos, vestido con una camisa a cuadros y un par de vaqueros sobre botas andaluzas. Pateaba el suelo sin cambiar de sitio y tocaba palmas ante una soberbia muchacha morena que le acompañaba taconeando y ondulando los brazos. De su voz ronca brotaban los acentos desgarradores de un *cante jondo*, ese canto trágico del alma andaluza. No osamos acercarnos por miedo a turbar la magia de ese dúo que el dueño de la casa interrumpía a cada momento, ya fuera con una robusta palmada en el hombro de un invitado, con algunos acordes rasgueados en una guitarra, con una cerveza bebida a morro, con unas carcajadas. El Cordobés era en la vida igual que en la arena: un ser instintivo, caprichoso, tan animal como los toros bravos a los que combatía.

En cuanto nos vio, se precipitó hacia nosotros. Larry se había traído una intérprete, una inglesa joven y encantadora. Su rostro de madona italiana suscitó el interés inmediato del matador. Con una gran sonrisa juvenil, la invitó a bailar. Ruborizada de alegría y orgullo, la joven se dejó llevar. En el salón resonó entonces el furioso martilleo de los pies de los bailarines. Los asistentes tocaban palmas al mismo ritmo. Sorprendente asistencia compuesta exclusivamente de señores de traje oscuro fumando gruesos cigarros: ganaderos de toros de lidia, organizadores de corridas, propietarios de cosos. El muchacho que bailaba ante ellos era el héroe de la nueva edad de oro que hacía su fortuna. Nunca se había gastado tanto dinero en España para asistir a corridas de toros. Se anunciaban más de mil corridas sólo para el año siguiente. Tres críticos taurinos, un barrigudo capitán de la Guardia Civil y un eclesiástico joven y rubicundo con sotana negra completaban la pequeña corte. El sacerdote era también un guitarrista de talento. El padre Juan Arroyo había conocido al Cordobés gracias a la música. Un día, mientras el matador se ponía el traje de luces antes de una corrida, el sacerdote había irrumpido con la guitarra en su habitación del hotel para cantarle la balada que había compuesto en su honor. Titulada *La sonrisa del Cordobés*, la canción se había convertido en un éxito. Desde entonces, la función del padre Arroyo al lado del torero no tuvo nada de sacerdotal. El más célebre matador de España no sabía leer ni escribir. El sacerdote era su preceptor.

La velada se eternizaba. Cerveza, vino y whisky fluían a chorros. El amo de la casa demostraba una capacidad inagotable para beber, reír, tocar la guitarra, cantar y bailar. Su alegría de vivir, su exuberancia, su espontaneidad encantaban a sus

invitados. Nuestra joven intérprete inglesa nadaba en plena dicha. Sabía que vivía el sueño de millones de jóvenes españolas. De improviso, el Cordobés la dejó para ir a descolgar un fusil del armero fijado en la pared. Era su último juguete. Nos lo hizo examinar a todos, abrió la culata, acarició extasiado el acero. El arma, que llevaba la prestigiosa firma de Purdey & Purdey, acababa de llegar de Londres. Era una fantasía bastante modesta al lado de las que íbamos a descubrir más allá del comedor contiguo, una gran habitación de paredes decoradas con cabezas de toro disecadas.

Las criadas habían amontonado sobre la mesa montañas de trozos de chorizo, jamón serrano, queso manchego, porciones de tortillas, buñuelos de langostinos y calamares y todo un surtido de pasteles. Se adivinaba en la desmesura de esta abundancia de vituallas la revancha del hambriento para quien la riqueza es ante todo el estómago lleno. Según la leyenda, había invertido sus primeras ganancias de torero en la compra de un jamón entero, a fin de poder cortarse una loncha a cualquier hora del día o de la noche.

Bruscamente, todas las arañas de la habitación se apagaron mientras se descorrían las cortinas dobles que decoraban el fondo del comedor. Potentes proyectores agujerearon la oscuridad. Lo que iluminaron era también una revancha de la miseria. Una vez con el estómago lleno, el Cordobés había comprado con sus primeras ganancias un signo patente de su éxito, un Renault 4 CV. Cinco años después poseía toda una escudería de automóviles. Al otro lado del cristal descubrimos un Jaguar descapotable azul oscuro, una gran limusina Mercedes gris y un Alpine de carreras blanco. Al fondo del garaje, dos grandes caballetes sostenían el casco rutilante de un *criscraft*. Este garaje era contiguo al comedor, lo cual permitía al propietario del lugar contemplar los símbolos de su éxito en cada una de las comidas.

Pero aún no se habían acabado las sorpresas. El matador apretó un botón que descorrió las cortinas de uno de los ventanales de la estancia. Delante de la piscina iluminada apareció entonces, sujeto por el ronzal por un vaquero, un sublime semental gris tordo que piafaba de placer. Este magnífico ejemplar de la raza andaluza acababa de entrar en la cuadra del Cordobés para servir en la selección de los toros de su ganadería. Se llamaba *Amor de Dios*. El caballo no andaba, bailaba. Cada paso suscitaba el ruidoso entusiasmo de nuestro anfitrión, que tocaba las palmas al compás. La Andalucía del hombre y del animal comulgaban en un mismo hechizo salvaje.

* * *

Manuel Benítez, *el Cordobés*, nació en Palma del Río, una pequeña aldea andaluza a orillas del Guadalquivir, entre Córdoba y Sevilla. Su padre, un obrero agrícola, alquilaba sus brazos a los grandes propietarios locales. En casa de los Benítez sólo se llenaban el estómago dos veces al año, en la cosecha de las naranjas y en la de las

aceitunas. El nacimiento de este cuarto hijo a principios de mayo de 1936 no podía caer peor. Como tantos otros pueblos y ciudades de España, la socialista Palma estaba en plena insurrección contra el orden establecido. Se sucedían las huelgas y los pillajes, obligando a huir a muchos terratenientes. Para alimentarse, los palmeños cometieron el peor de los crímenes: degollaron a los toros bravos de las ganaderías más prestigiosas de la fiesta nacional, llegando a sacrificar a los sementales, los reproductores cuyos genes perpetuaban desde hacía siglos las cualidades de bravura y nobleza de la raza. En aquella primavera de 1936, un aroma insólito se esparció por los tugurios más miserables del pueblo: el olor de carne asada a la parrilla. Tres meses después, al regresar tras las huellas de los soldados del general Franco, los grandes propietarios se vengaron. La guerra civil acababa de empezar. Palma del Río fue escenario de sangrientas matanzas. Aquí, como en otras partes, dieron comienzo años de miedo, de miseria, de hambre. A principios de 1939, las privaciones se llevaron a la madre del pequeño Manuel. Su padre sucumbió poco después a causa de los malos tratos recibidos en un campo de trabajo franquista. El drama de los Benítez era el de millones de familias españolas.

Como tantos otros adolescentes, el muchacho de Palma sólo conocía un camino hacia una vida mejor, el camino español del valor y la muerte que pasa por los cuernos de los toros bravos. Durante años, había errado por las carreteras con su hatillo de maletilla a la espalda, en busca de una oportunidad, una ocasión de entrenarse con novillos y aprender en la punta de sus cuernos las duras leyes de la tauromaquia. A pie, colgado de la parte trasera de los camiones, sobre los topes de los trenes, había atravesado España, yendo de ganadería en ganadería, de ciudad en ciudad, durmiendo en los campos, las estaciones, las obras: alimentándose de frutas robadas, de hierbas, de bellotas, de desperdicios. Pero las puertas permanecían cerradas ante el harapiento adolescente. Desesperado, un día saltó a la arena de Madrid en plena corrida ante veinticinco mil espectadores con la esperanza de dar a conocer su valor. Este gesto de locura estuvo a punto de costarle la vida y se terminó en la cárcel. Transcurrieron años antes de que una pequeña corrida organizada por el párroco de su pueblo le permitiera tomarse una tímida revancha. Demasiado pobre para alquilar un traje de luces, combatió a los toros con sus andrajos de vagabundo. Pero salió de la arena, llevado a hombros del gentío, blandiendo en la mano extendida las orejas y la cola de los monstruos que había matado. Un largo camino separaba todavía al antiguo ladrón de naranjas de la verdadera gloria de las grandes plazas. Su encuentro con un ex comerciante de crustáceos convertido en manager de toreros le permitiría conquistar esta gloria. Rafael Sánchez era más conocido por el sobrenombre de *el Pipo*. Considerando que un torero se lanza como una marca de detergente, decidió explotar el valor inconsciente del joven andaluz, con la firme intención de hacer de él lo antes posible el matador mejor pagado de España.

Empezó por cambiar su nombre. De ahora en adelante, su protegido se llamaría *el Cordobés* en homenaje a la ciudad que había dado a la fiesta dioses como Belmonte y Manolete.

«El domingo tengo una cita con la muerte»

Para darle a conocer, el Pipo se dedicó primero a Andalucía. Empeñó las joyas de la familia, alquiló ruedos, organizó corrida tras corrida, recorrió las ganaderías para elegir los toros más «cómodos», les hizo limar la punta de los cuernos para reducir la precisión de sus golpes, trucó los sorteos, compró a los periodistas, escribió él mismo las reseñas, hizo pegar en las paredes carteles con la foto del joven Benítez acompañada de llamativos eslóganes que decían: «Venid a verme el domingo, tengo una cita con la muerte», inundó los diarios de publicidad y distribuyó él mismo las orejas, la cola y las patas de los toros estocados.

Un verano bastó a este mago para poner en órbita a su fenómeno. No se podía elegir un momento mejor. Por su desprecio a las tradiciones, su negativa a obedecer las reglas, su manera loca, improvisada y espontánea de enfrentarse a los toros, este hijo de un miserable obrero muerto a causa de la guerra civil hacía soplar un viento de rebelión sobre la arena de las plazas comparable al que empezaba a soplar por todo el país.

Veinte años de dictadura franquista habían inmovilizado a España en un pasado medieval. Su red de carreteras a mediados de los cincuenta estaba apenas más desarrollada que la de Yugoslavia. Casi uno de cada tres españoles no sabía leer ni escribir. El parque de automóviles sólo contaba con doscientos cincuenta mil coches; o sea, uno por cada ciento veinte habitantes, frente a un coche por cada once franceses. La industria nacional no fabricaba neveras, lavadoras, aparatos de televisión, ni ninguno de los aparatos domésticos que llenaban los escaparates de los otros países europeos. España vivía en un aislamiento riguroso y voluntario. Ningún extranjero podía entrar sin visado, ningún español podía salir sin permiso especial de la policía. Sin embargo, tres millones de españoles ——uno de cada diez ciudadanos — habían abandonado sus hogares para ir a buscar en otra parte las condiciones de una vida mejor.

La irrupción del Cordobés en la escena española a principios de los años sesenta coincidió con el advenimiento de una nueva era. España empezaba a sacudirse las cadenas de un sistema rígido y arcaico. La invasión de quince millones de turistas extranjeros había destruido el mito del aislamiento español y sembrado al mismo tiempo los gérmenes de una revolución económica y social irreversible. La España

del Cordobés había descubierto el neón, la televisión, la Coca-Cola, los dólares de la ayuda americana, la industrialización, los rascacielos en la aridez lunar de Castilla, los pequeños automóviles cuyas explosiones reemplazaban hasta el fondo de los campos el chirrido ancestral de los carros tirados por mulos. Como una fiebre eruptiva, una corona de balnearios con sus edificios y sus palacios, sus bares y sus clubes nocturnos bordeaba ahora orillas ayer desiertas. La España del flamenco, de las procesiones y las mantillas, la noble y bella España celebrada por Hemingway y Montherlant, estaba desapareciendo ante la marea alta de la modernidad. Su juventud, sedienta de vivir, volvía la espalda a los dramas del pasado y soñaba con sacudir la tiranía del oscurantismo oficial. Los jóvenes españoles llevaban vaqueros, los bikinis de la Bardot, los cabellos negros de los Beatles. Masticaban chicle, montaban en motos estrepitosas, bailaban el *jerk*, leían a Sartre y repudiaban los tabúes sexuales de sus mayores.

Para millones de españoles en busca de una vida mejor, ninguna personalidad encamaba mejor esta transformación que este joven andaluz que, por su valor y determinación, había logrado conjurar el espectro del hambre y la miseria.

* * *

Un nuevo invento extendería este mito a través de la península hasta el más humilde de sus pueblos. Antes del Cordobés, ningún torero se había beneficiado de la televisión. Yo estaba en Madrid para la primera gran corrida de la feria de San Isidro, que anunciaba como a una estrella al antiguo indigente de Palma del Río. Iba a ser retransmitida en directo por la única cadena del país. Veinte millones de españoles podrían vibrar juntos ante las proezas de su ídolo. Esta cifra colosal superaba sin duda la de todos los espectadores de todas las corridas de la historia de la fiesta brava. La vida de España se había detenido bruscamente. Madrid era una ciudad fantasma. Se habría dicho que la había vaciado el anuncio de un desembarco de marcianos. Las tiendas habían bajado las persianas metálicas, los vendedores ambulantes habían recogido sus muestrarios y las salas de cine habían cerrado sus puertas. Incluso los mendigos y los ciegos que vendían billetes de la lotería nacional habían desaparecido. Dos horas antes de las fatídicas «cinco de la tarde», los madrileños, como todos los españoles, ya estaban sentados ante la pequeña pantalla. Los bares y los cafés que poseían un aparato se hallaban invadidos por un gentío ruidoso y alegre que había pagado hasta cien pesetas por el derecho de ocupar un taburete para ver la corrida. En la calle Serrano, la calle García de Paredes, la Castellana, en los barrios residenciales, emanaba de cada piso la voz suave de Lozano Sevilla, el comentador titular taurino de la televisión española. El mismo ambiente reinaba en los barrios populares, donde la gente se apiñaba ante los cafés. Todos querían ver entrar en la plaza al antiguo vagabundo convertido en millonario. Porque era esto lo que hacía un mito del

Cordobés: cualquiera que fuese la opinión de los especialistas sobre su arte, era el torero del pueblo, este pueblo que nunca había podido comprar un billete de corrida, pero que, gracias a la televisión, podía ahora soñar, a través de esta silueta, con un mañana mejor. Centenares de familias habían adquirido su primer televisor para esta ocasión. Numerosas escuelas, fábricas, grandes almacenes, bancos, oficinas, cerraron antes que de costumbre para permitir a sus alumnos o empleados seguir la retransmisión de la corrida. Los periódicos anunciaban que el jefe del Estado haría lo mismo. Cómodamente instalado ante su aparato en uno de los saloncitos del Pardo, cerca de Madrid, el general Franco no quería dejar de asistir al triunfo del único español cuya notoriedad superaba a la suya.

* * *

Detrás de un burladero del callejón, ese pasillo que rodea el ruedo —a ras de la arena, de los toros, de los caballos, de los hombres, de los ruidos, de los olores—, el espectáculo te conmueve con una violencia que ningún espectador de los tendidos puede experimentar. Aquí, el peligro, el miedo, el valor, la emoción, la muerte son tangibles, la amenaza de la tragedia más presente. Se está en el ruedo en lugar de estar entre el público.

El primer toro salió del toril como un cohete. Tras un momento de observación, el Cordobés fue a su encuentro. Quería incitarle hacia el centro de la arena, el punto más alejado de cualquier socorro eventual. A cinco metros de la fiera, se inmovilizó, abrió los brazos y citó al animal. Fue el inicio de un espectacular ballet de figuras puntuado por llamadas al toro, emitidas con voz ronca. Haciendo voltear la capa por encima de la cabeza con un golpe de muñeca, enrollándola a su alrededor con un giro de danzarín, o bien manteniéndola detrás de las caderas, arrastró al animal a un torbellino de pases tan audaces que en el centro de cada figura el toro y el hombre parecían soldados el uno al otro. Veintiséis mil voces envolvían cada abrazo con un huracán de «¡olés!». Pero esto sólo era el preludio. Lo que esperaba el pueblo era la puesta de banderillas. En general, los matadores dejan la ejecución de esta graciosa secuencia a los dos banderilleros de su cuadrilla. Pero el Cordobés no perdía nunca la ocasión de mostrar la extensión de su arte. Agarró el par de banderillas que le tendía un peón y las enseñó al público con aire provocativo. Después hizo el gesto que tanto había contribuido a su fama de burlador de la muerte: rompió en dos los bastones sobre el canto de la barrera y sólo retuvo en sus manos dos fragmentos del tamaño de un lápiz. Con el rostro iluminado por una sonrisa radiante, avanzó entonces a pasos ágiles hacia el lugar donde le esperaba la fiera. A cinco o seis metros de los cuernos, se paró en seco. Un rumor de espanto se elevó por los tendidos. El loco de Palma del Río se había postrado de rodillas sobre la arena. ¿Había un desafío más peligroso que clavar de rodillas las medias banderillas, de espaldas a la barrera? A la menor

desviación de la trayectoria del animal, el cuerno podía entrarle por el ojo, o en la boca, romperle la cabeza, perforarle los pulmones. Esas heridas serían fatales. Ningún cirujano puede detener la hemorragia de un pulmón despedazado por el cuerno en barrena de un toro.

Cada espectador retenía la respiración como si el menor aliento pudiera desencadenar una tragedia. El Cordobés levantó los brazos, con los bastoncillos en la punta de los dedos, sacó el pecho y gritó: «¡Venga toro!» El animal titubeó y luego, bruscamente, embistió. Durante una décima de segundo creí que iba a ensartar al hombre que le retaba. Pero un peón agitó una punta de capote por encima de la barrera y esto desvió durante una fracción de segundo la atención del toro. Cuando el cuerno pasaba silbando a nivel de su cabeza, Manuel Benítez plantó las medias banderillas en el cerviguillo del animal. Todo el ruedo se había levantado. La gente gesticulaba, pateaba. Una sonrisa de felicidad iluminaba el rostro del matador. Lentamente, se puso en pie, secó el sudor de su frente con el dorso de la mano y dio las gracias con un guiño a su banderillero. Después tendió los brazos hacia el público que le ovacionaba, le lanzaba flores, sombreros, zapatos, bolsos, cantimploras llenas de vino. La gente estaba histérica. Incluso el toro parecía pasmado. Un toque de clarín anunció entonces el tercero y último tercio, el de la estocada. El año anterior, en la ceremonia de su alternativa —su confirmación oficial como matador de toros—, el Cordobés había intentado voluntariamente acallar las controversias sobre el tema de su arte ofreciendo al público exigente y entendido de Madrid una faena sobria, escueta, sin florituras inútiles. Un año después, frente a aquel toro belicoso y de una gran nobleza, quería enseñar a ese mismo público toda la gama de sus capacidades y de su valor. Era acercándose a los cuernos, más que ningún otro torero, como se había convertido en el número uno.

Con los cabellos desgreñados y la cara transfigurada por un rictus de alegría, caminó hacia el encuentro final. Inmovilizado a veinte metros de la fiera, desplegó la muleta y le citó. La fiera arrancó con un salto furioso. Cuando estaba en plena embestida el matador se volvió con gracia para terminar su media vuelta en el instante preciso del paso del animal. La figura sólo había durado un segundo y puesto la piel de gallina a todo el coso. Excitado por la audacia de este nuevo desafío, el Cordobés se desenfrenó. Como rabioso, corrió a alcanzar al toro, agitó su capote rojo delante mismo del hocico espumante y le picó con la punta de la espada para provocar la embestida. Fue el enfrentamiento de dos monstruos. Hipnotizado por la tela que rozaba la arena, el toro embestía, se alejaba, volvía, embestía de nuevo. El acercamiento se estrechaba a cada paso, encerrando al matador en un círculo más restringido. Durante largos segundos permaneció así, prisionero del torbellino mortal, sólo manteniendo el equilibrio agarrándose al lomo ensangrentado del animal. Ante ese demonio desmelenado, los vientres se retorcían con calambres, las espaldas se

helaban con sudores fríos. La plaza vibraba, gritaba, lloraba de alegría. Se sentía compartir la cólera, el amor y el instinto salvaje de un ser todavía más primitivo que la bestia a la que combatía. Hubo momentos insoportables, como cuando se arrodilló ante el animal, haciéndole pasar por la derecha, y después por la izquierda, a la altura de su pecho o de su cabeza. Cambiando de mano, presentó la muleta bajo todos los ángulos, delante, detrás, de lado, de lejos, de cerca, de tan cerca que la gente chillaba de terror. Esperaba verle en cualquier momento ensartado por los cuernos. Pero cada vez esquivaba la embestida, hasta que se plantó, sonriente, delante del toro, que se había parado para recobrar el aliento. El respiro sólo duró unos segundos. El Cordobés ya iniciaba una serie de naturales que provocaron en los tendidos una oleada de entusiasmo acompasada con «¡olés!». Terminó con un pase que obligó al animal a rozarle el pecho con los cuernos. Enseñando todos los dientes en una gran sonrisa, con el vientre enrojecido por la sangre del toro, levantó la espada y la muleta hacia el público. Un huracán estremeció la plaza. Con un mismo y único impulso, todo el mundo se puso en pie, pateando, aplaudiendo, gritando. La banda atacó un pasodoble. Tres minutos después, el toro se desplomó, fulminado por una sola estocada. Un diluvio de sombreros, zapatos, bolsos, flores, almohadillas se abatió sobre la arena. Admiradores y detractores, unidos en una misma fiebre de entusiasmo, saludaron al valor en su estado puro.

* * *

Tanta bravura tenía un precio. Ciento cuarenta y ocho centímetros de cicatrices marcaban el cuerpo de nuestro héroe. Los cirujanos de las plazas de España, de Francia y de Sudamérica le habían transfundido más de treinta y nueve litros de sangre. Cuatro veces —en Valencia, Barcelona, Granada y Madrid— le habían administrado la extremaunción. El año anterior, en su alternativa, el toro *Impulsivo* le había dejado medio muerto sobre la arena ante los veinte millones de espectadores de su primera corrida televisada en directo. En las Ramblas de Barcelona, bajo los soportales de la Plaza Mayor de Salamanca, en los cafés de Sevilla, una España inquieta escuchaba la radio. En Córdoba, las iglesias se llenaron de fieles acudidos para rogar a la Virgen. La capilla de los Carmelitas desbordaba de hombres y mujeres que rezaban el rosario ante el cuadro fetiche de los toreros cordobeses, que representa a Jesús cayendo bajo el peso de la cruz en el camino del Gólgota. En Lima, en Caracas, en México, las emisoras de radio interrumpieron sus programas para dar noticias del herido.

Un poco antes de medianoche había corrido un rumor en torno a la clínica de toreros de Madrid: «El Cordobés ha muerto». Sumida por un momento en el estupor, España explotó de alegría cuando la noticia fue desmentida. La foto del Cordobés sobre la arena, apartándose de los cuernos que lo asesinaban, apareció en la primera

plana de todos los periódicos. Incluso rotativos tan alejados del mundo de la tauromaquia como el *New York Times*, el *Times* de Londres, *Le Monde*, el *Mainichi* de Tokio informaron con detalle sobre el suceso. Una multitud impresionante montó guardia durante días alrededor de la clínica. Los visitantes llevaban medallas milagrosas, remedios de su invención, fórmulas para conjurar el mal de ojo, pasteles, frutas, pollos. La centralita telefónica fue bloqueada por las llamadas. Dos jóvenes francesas que habían tomado el avión de Madrid para estar cerca de su ídolo se ofrecieron como telefonistas voluntarias. Llegaron miles de telegramas, algunos de los cuales llevaban por todas señas: «El Cordobés, España». Los enviaban artistas de cine, camareros, responsables políticos, obreros, dignatarios eclesiásticos. Uno de ellos estaba firmado por el hombre cuya Guardia Civil había perseguido en otro tiempo al pequeño ladrón de naranjas por los vergeles de Palma del Río: Francisco Franco.

Por suerte, no todas las heridas eran tan graves. Pero su estilo condenaba al Cordobés a ser continuamente enganchado, zarandeado, proyectado al aire, pisoteado. Su voluntad de ser el mejor era tan fuerte que un día, en el momento de la estocada, se olvidó de soltar la espada. El toro dio un cabezazo y todos vieron el espectáculo extraordinario de Manuel Benítez girando en los aires como una rueda, todavía empuñando la espada que había salido del cuello del animal después de entrar hasta la guarnición. El toro se derrumbó, muerto. Pero la increíble pirueta había dislocado el hombro del matador. Condenado a la inmovilidad durante tres semanas, se retiró a su propiedad de Córdoba.

Mientras Larry reconstruía la guerra civil en Andalucía yo le visitaba cada mañana para interrogarle sobre su infancia, sobre su familia, sobre su duro camino hasta la celebridad, sobre el miedo, el valor, la muerte. Este descanso forzoso era mi única ocasión de tenerle durante una hora o dos al alcance de mi cuaderno de notas. Porque nada le era más ajeno que una cita, una fecha, un horario. Podía decidir de repente saltar a lomos de un caballo y galopar con sus vaqueros en busca de un becerro extraviado. O bien cogía la escopeta y se iba a disparar a los pájaros. O reclamaba pan y salchichón que un sirviente iba a buscar corriendo, para descubrir a su vuelta que Manuel Benítez había desaparecido. Quizá había cogido el Mercedes para ir a toda velocidad hasta Córdoba a fin de hacer añadir una planta al hotel que estaba construyendo allí. Una noche, después de toda una velada bailando flamenco en un cabaret de Córdoba, me hizo subir a su Alpine de carreras y arrancó como una tromba en dirección a Madrid. Quería ir a comer una tortilla de patatas a casa de su hermana Encarna.

Fue un viaje terrorífico. Las curvas se sucedían como en las montañas rusas de un circo. Los neumáticos chirriaban al arrancar el asfalto. Cada árbol me parecía destinado a ser el de nuestro ataúd. Manuel cantaba a voz en grito y dejaba el volante

para asestarme violentas palmadas en el muslo. «¡Tranquilo, Dominique, tranquilo!» Yo maldecía al *Reader's Digest*, a los toros, a España. Por fin, al cabo de ciento cincuenta kilómetros, agotado, se detuvo en la plaza de un pueblo todavía dormido. Nos apeamos del coche y nos tendimos de lado junto a la fuente. En pocos minutos nos sumimos en un profundo sueño. Una o dos horas más tarde, cuando los primeros rayos del sol acariciaban mis mejillas, abrí los ojos. Apenas pude creer lo que veía. Todos los habitantes, con las caras transfiguradas, nos rodeaban en silencio. Para la pobre gente de aquella aldea perdida en la sierra, el cuerpo dormido del dios de la fiesta en la plaza de su pueblo era una aparición tan milagrosa como la de la Virgen a las niñas de Fátima.

* * *

Una mañana le encontré extasiado en el balcón de su habitación ante un grupo de toros bravos que se habían aproximado a la valla. Entre ellos se encontraba sin duda el hermano o primo de aquel monstruo que casi le había arrancado el hombro. El sufrimiento surcaba su rostro, pero su pasión trascendía cualquier dolor: «Dominique, ¡mira qué bonito el número 14!» Me describió al animal, la perfecta simetría de los cuernos, la cabeza pequeña, la enorme masa de músculos que envolvía el cuello, el lomo reluciente, la curva poderosa de la grupa. En aquel instante comprendía uno de los secretos del Cordobés. «Para ser torero, hay que ser antes toro», me explicó. En esta comunión instintiva de hombre y bestia residía el secreto de su éxito. Esto complicaba seriamente nuestra investigación. ¿Cómo hablar del miedo cuando no se ha sentido jamás esa emoción?

Fieles a nuestro deseo de autenticidad, Larry y yo decidimos enfrentarnos a un toro. Un amigo ganadero nos prestó un capote y nos dejó delante de una vaquilla brava en la arena de su plaza privada. Para cercioramos de que habría un superviviente capaz de redactar el informe de aquella experiencia, decidimos jugarlo a cara o cruz. Por desgracia, la suerte me designó a mí. A pesar de que no era más grande que un perro de aguas, la ferocidad, el poderío, la agilidad de aquel pequeño monstruo desintegraron en pocos segundos todo el valor de que había hecho acopio. Apenas hube desplegado la tela escarlata, tuve la impresión de que una locomotora me pasaba rozando el vientre. El solo efecto del soplo casi me hizo perder el equilibrio. Por suerte no estaba presente ningún cronista taurino, pero si hubiese habido un cronometrador de una competición olímpica, me habría concedido la medalla de oro de los cien metros lisos por la rapidez de mi huida ante aquel pequeño animal asesino. No necesité una segunda embestida para comprender lo que el Cordobés no había podido explicarme. Ningún duelo exige un valor más auténtico que el de un hombre en pie ante un toro bravo.

* * *

Fue tal vez la temporada más loca de toda la historia de la tauromaquia. El Cordobés participó aquel año en ciento setenta y cinco corridas, récord nunca igualado por ningún matador. Tuve la fortuna de acompañarlo durante una parte de aquel torbellino infernal. Una tarde nos hallábamos en Málaga, al día siguiente en Bilbao, al otro en Algeciras, casi en el punto de salida de la antevíspera. La cuadrilla dormía en el gran Mercedes de asientos plegables que la acarreaba durante noches enteras de un extremo a otro de España, e incluso hasta Francia, con las maletas con efigies del matador en la baca, llenas de capotes, muletas, espadas y trajes de luces de todos los colores.

En cuanto al Cordobés, se desplazaba en su avión personal, un bimotor Piper Aztec adquirido por cien mil dólares, en el cual había hecho pintar su nombre con letras de oro. Para pilotar este Rolls-Royce volador, no había vacilado en sobornar a un joven coronel del ejército del aire español. Precaución totalmente teórica. Para gran terror de todos los que llevaba, era él quien, inmediatamente después del despegue, se apoderaba de la palanca de mando con tanta impulsividad como cuando conducía su Alpine o su Jaguar, o cuando se arrodillaba en la plaza de espaldas al toro. La escucha de la radio de a bordo demostraba que su celebridad se imponía tanto en el cielo como en la tierra. Bastaba que pidiera autorización para aterrizar, para que al momento los controladores aéreos echaran del cielo a todos los aparatos que se disponían a tomar tierra. A veces se trataba de reactores Jumbo que acababan de cruzar el Atlántico con centenares de pasajeros a bordo. ¡No importaba! En España, el dios Cordobés tenía prioridad. Un día, todos los coches de bomberos del aeropuerto de Madrid se precipitaron en torno a nuestro pequeño avión para ofrecerle la cencerrada de sus mangueras, como hicieron los barcos bomba del puerto de Nueva York al saludar a Lindbergh a su regreso de Europa. En otra ocasión, los empleados de las tiendas, de aduanas, de los hangares formaron una escolta triunfal para quien, en cada corrida, ponía la carne de gallina a todo el país.

«¿Cómo pueden los hombres girar alrededor de la Tierra?»

La investigación encargada por el *Reader's Digest* había alcanzado la dimensión de un libro. Habíamos viajado a Andalucía para tres semanas, y dos años después seguíamos en el mismo sitio. El destino de ese español que había roto el collar de hierro del hambre y de la miseria eligiendo un camino que sólo España podía ofrecer,

el que pasaba por delante de los cuernos de toros bravos, nos había fascinado hasta el punto de suministramos el material para un gran relato histórico. Nos dimos cuenta de que a través de este personaje, a través de la historia del pueblo donde había nacido, de los destinos de sus hermanas, del grueso cafetero de Palma, del sargento de la Guardia Civil, del cura don Carlos, del gran propietario don Félix y de otros cien comparsas podíamos componer un vasto fresco sobre la última generación, esa generación nacida entre los horrores de la guerra civil y que presenciaba el origen, treinta años más tarde, de una revolución económica y social única en la historia nacional.

Pedimos prestado a nuestro propio héroe el título de ese nuevo libro. La primera tarde en que el joven Manuel Benítez había podido vestir un traje de luces para ganar algunas pesetas, su hermana Angelita, que le había criado, se había echado llorando en sus brazos para suplicarle que no arriesgara su vida ante los cuernos de los toros bravos.

«No llores, Angelita —le respondió él con calma—. Esta tarde, o te compro una casa, *o llevarás luto por mí*».

Angelita nos hizo visitar la magnífica casa que le había comprado en el mismo centro de Palma del Río. Pero cada vez que entraba en la arena de una plaza, la pobre mujer se arrodillaba ante la estatua de la Virgen para implorar que nunca le dejara llevar luto por su hermano pequeño.

* * *

Una noche, al final de esta loca temporada de ciento setenta y cinco corridas, Manuel Benítez se despertó con un sobresalto. Acababa de tener una pesadilla: el cuerno de un inmenso toro negro atravesaba su cuerpo de parte a parte. Como la noche en que *Impulsivo* le había corneado, el Cordobés sintió de repente que su vida «se iba por el agujero abierto de esa herida». Despertó a su chófer, saltó a uno de su coches, se dirigió a Córdoba a toda velocidad y llamó a Madrid para anunciar que abandonaba los juegos de la arena.

Cuatro días después, parecida a un largo cortejo fúnebre, una hilera de limusinas negras se detuvo ante el portal de su propiedad. De cada uno de los automóviles se apeó uno de los emperadores del mundo de la corrida. Estaba el director de las arenas de Madrid, los responsables de las plazas de Sevilla, de Córdoba, de Barcelona; empresarios de corridas, en suma, todos aquellos a quienes la pesadilla del propietario de esa hacienda amenazaba con llevar a la ruina. Desde el anuncio de su retirada, centenares de espectadores se precipitaron a la Maestranza de Sevilla a fin de hacerse reembolsar su abono para la próxima feria. El propietario del mayor hotel del balneario de Castellón de la Plana declaró que, sin el Cordobés, no habría en su ciudad «ni feria ni turistas». Un reputado economista calculó que el abandono del

matador haría perder a los hoteles, a los taxistas, a los revendedores de entradas, a los propietarios de restaurantes y a una multitud de otros comercios el equivalente de unos setenta millones de pesetas. Para todos los directores de plazas, las corridas en que no participara el torero representaban una pérdida de unos cincuenta millones de pesetas.

Manuel Benítez, vestido con una camisa deportiva, recibió a sus visitantes bajo un busto de Manolete y la estatuilla de otro cordobés célebre envuelto en una toga, el filósofo Séneca. Durante más de una hora, aquellos potentados suplicaron al Cordobés que se retractase de su decisión para salvar a la fiesta de un desastre. Manuel tuvo la debilidad de dejarse convencer. Volvió al torbellino infernal de los toros y de las multitudes caprichosas. Pero algo había cambiado en él.

Larry y yo le acompañamos regularmente a la cita a la que no habría faltado por nada del mundo cada vez que volvía a su casa de Córdoba. Ninguna amante, ninguna bailarina de flamenco, ningún ganadero de toros le esperaba allí. Sólo un sacerdote, el padre Arroyo, estaba allí para recibirle. Le habíamos conocido con una guitarra en la mano en casa del Cordobés la noche de nuestra llegada a Córdoba. Un día, el Cordobés le había gritado con desespero: «¡Padre, haga de mí un hombre!», y desde entonces el modesto salón del cura servía de aula. Manuel Benítez acudía allí a aprender a «convertirse en un hombre».

Yo miraba siempre con extrema emoción la mano que había matado más de mil toros copiar en un cuaderno de colegial las palabras sencillas que le escribía el sacerdote: «Yo soy Manuel Benítez. Me gusta mucho torear». Aprender a firmar su nombre había exigido pacientes ejercicios. Para que la firma del joven millonario figurase en la parte baja de sus cheques, el banco de Córdoba había tenido que doblar el formato de sus talonarios.

A veces, a título de recompensa, el padre Arroyo añadía a la lección de escritura una lección de francés, lengua que parecía fascinar al analfabeto andaluz. Para ponerse al nivel de las preocupaciones de su alumno, el sacerdote había elegido las palabras más usuales. La primera página del cuaderno empezaba por «buenos días» y continuaba con «Mademoiselle».

La lección de lectura también tenía su originalidad. El preceptor prefería incitar a Manuel Benítez a descifrar un texto manuscrito a un texto impreso. Un imperativo práctico había dictado esa lección: la necesidad que tenía el torero de leer por sí mismo los contratos redactados en su nombre y cuyas cláusulas financieras estaban escritas a mano.

Temas menos escolares completaban la educación del célebre matador. En un grueso volumen de su biblioteca titulado *Pensamientos y máximas*, el padre Arroyo encontraba las reflexiones que dejaba a la imaginación y al raciocinio de su alumno. Un día era un consejo de Pitágoras: «No permitas que tu cuerpo se convierta en la

tumba de tu alma». Otro era una afirmación de Auguste Comte: «Vivir para los demás no sólo es un deber riguroso, es la felicidad». Otro, un pensamiento de Kant: «La amistad es la belleza de la virtud». El hombre que durante tanto tiempo sólo había conocido del mundo donde nació la indecible miseria de los suyos, los bastonazos de la Guardia Civil, los barrotes de las prisiones, la jungla de las ciudades, y que hoy, endurecido pero vencedor, vivía en un universo de rapacidad y adulación, abría los ojos de par en par e intentaba comprender esas palabras extrañas de felicidad, de virtud, de alma. Sirviéndose de imágenes sencillas, el sacerdote se las explicaba. Era emocionante ver a un hombre colmado de gloria y fortuna descubrir así el sentido de los valores de la existencia. El torero más grande de España no terminaba nunca de hacer descubrimientos. Intrigado por imágenes que había visto en la televisión, preguntó un día: «Padre, no comprendo esas historias de astronautas. ¿Cómo pueden los hombres girar alrededor de la Tierra?»

El sacerdote fue al cuarto contiguo a buscar un globo terráqueo. Mientras enseñaba a su alumno los mares surcados por Cristóbal Colón, Vasco da Gama y tantos navegantes españoles, hizo girar la bola en las manos de Manuel. A medida que sus dedos acariciaban los continentes explorados por sus antepasados cinco siglos antes, el Cordobés comprendía que estaba descubriendo un misterio. Repetía, extasiado: «Fenomenal, fenomenal, fenomenal…» Hasta entonces, el matador más célebre del mundo ignoraba que la Tierra fuese redonda.

* * *

Ningún hombre está menos solo que un dios del ruedo. La compañía de un gentío innumerable forma parte de su leyenda. Es la droga que le recuerda sin cesar su importancia y su popularidad. No había en España ninguna puerta que Manuel Benítez no pudiera franquear. Las duquesas le suplicaban el honor de sus bailes, los agentes de publicidad de las artistas de cine le imploraban que dedicase un toro a su estrella a fin de que pudiera aprovecharse de su celebridad. Desafiando las iras de la sociedad protectora de animales de Estados Unidos, un día ofreció la muerte de un toro a Jacqueline Kennedy. Le invitaban a Londres, a París, a Roma. Por doquier era acogido con alegría y respeto. Sin embargo, sólo se sentía verdaderamente a sus anchas en los espacios pedregosos de sus propiedades, por donde vagaba sin chaqueta ni corbata. Sólo allí podía escapar de los apuros de la vida mundana, como el día en que, durante el festival de cine de San Sebastián, se vio obligado a pedir a su vecina, una seductora *starlet*, que le cortara el pescado porque no sabía cómo servirse de sus cubiertos.

Martine, una bonita morena originaria de Biarritz, consiguió la hazaña que Angelita, la hermana del Cordobés, no había podido lograr a pesar de sus pesadillas. Al finalizar la temporada de 1970, el dios loco de los ruedos de España hizo explotar

una nueva bomba en el universo de la tauromaquia cuando anunció que se retiraba definitivamente. El ídolo perseguido por cohortes de admiradoras había sucumbido al encanto y la voluntad tranquila de esa francesa que había resuelto arrancarle de los cuernos de los toros. Manuel y Martine se instalaron juntos en el corazón de la sierra de Córdoba, en una propiedad plantada con varios millones de olivos, en medio de inmensos pastos poblados por centenares de toros bravos. Durante cinco años, desdeñando la institución del matrimonio, vivieron juntos y tuvieron varios hijos. Por fin, tras la negativa solemne del obispo de Córdoba a bautizar a su último retoño, se casaron. Era a finales del verano de 1975. Los periódicos anunciaron la noticia en primera plana. Miles de aficionados y modestos campesinos de los alrededores acudieron a la fiesta ofrecida por los recién casados.

No obstante, la nostalgia de los ruedos continuaba obsesionando al antiguo ídolo de España. Impresionado por los actos terroristas que enlutaron el país durante los últimos años de la dictadura del general Franco, el Cordobés anunció un día que quería ofrecer una corrida en beneficio de las viudas y los huérfanos de los policías víctimas del terrorismo. El doloroso recuerdo de la ejecución, por orden del caudillo, de cinco jóvenes vascos acusados de haber asesinado a policías, aún permanecía vivo en la memoria de todos. La proposición causó un escándalo. El matador recibió amenazas de muerte y del secuestro de sus hijos. La prensa informó de que vivía encerrado en su propiedad bajo la protección de una escuadra de guardaespaldas. Fue fotografiado con una pierna enyesada y un comunicado anunció que una caída de caballo le obligada a anular la corrida.

* * *

Manuel Benítez, *el Cordobés*, hoy de sesenta y un años de edad, no ha perdido nada de su entusiasmo, de su encanto, de su cálida sociabilidad. Tras una tímida prueba de reconversión en el canto y la comedia musical, se ha retirado definitivamente en la tierra que le vio nacer, rodeado de su mujer y de sus hijos, en medio de sus toros y sus olivos. Cada uno de nuestros reencuentros nos da ocasión de evocar, entre raudales de cerveza y vino tinto, los inolvidables recuerdos de las extravagantes temporadas de los años sesenta.

Franco murió al amanecer del 20 de noviembre de 1975. Casi un cuarto de siglo después, las cohortes famélicas de muchachos andrajosos que llevan su sueño en un hatillo colgado de una vieja espada siguen caminando por los senderos de la España nueva, hoy surcada de autopistas. Para la mayoría, su sueño se vendrá abajo sin que hayan podido franquear nunca la puerta de un ruedo. Pero de estas sombras surgirá tal vez algún día un nuevo dios más dotado, más intrépido, más audaz que todas las estrellas actuales de la fiesta brava.

5

El hombre discreto que salvó a Israel

De repente se me apareció la reina de las ciudades, plantada en su paisaje lunar como una «novia descendida del cielo para su esposo»[6]. ¡Qué impacto! El chófer de mi taxi me había hecho el suntuoso regalo de llevarme directamente a la cumbre del monte de los Olivos. Ante mí, con una abundancia de cúpulas, minaretes, campanarios, terrazas, con un dédalo de callejuelas y pasajes secretos, se extendía la vieja ciudad de Jerusalén, capital de Abraham, de David, de Salomón; ciudad de Juan, de María y de Jesús; conquista de Godofredo de Bouillon, de Saladino, de los ingleses de Allenby, de los legionarios de Abdullah, de los paracaidistas de Moshe Dayan.

Bendije mi suerte: había llegado un viernes. Una vez terminadas sus oraciones a Alá, una multitud de hombres con *keffiyeh* y de mujeres con largas túnicas palestinas bordadas salían de las mezquitas de la explanada del Haram. Las melopeas lancinantes de los muecines desde lo alto de los minaretes habían enmudecido. Pronto el sol desapareció tras la cadena de colinas de Judea que tapaban el horizonte. La endecha ronca de los *shofars* judíos que anunciaba el inicio del *sabbat* llenó entonces el cielo de la antigua ciudad. Después, cuando llegó el crepúsculo, tocó a los campanarios de las iglesias cristianas el tumo de tañer la hora bendita del Ángelus. Yo conocía Jerusalén para glorificación de Dios. ¡Pero cuántos sacrificios habían sido impuestos en nombre de Dios a esta ciudad en el curso de su larga historia!

Acababa de vislumbrar un testimonio de este destino tormentoso en la estrecha carretera que subía de Tel-Aviv hacia sus murallas. En el angosto desfiladero de las colinas yacían, en los arcenes de la carretera, los restos de decenas de camiones calcinados. Algunos estaban decorados con flores, otros con inscripciones en hebreo, otros con placas conmemorativas. Interrogué a mi chófer sobre el significado de este vía crucis de chatarra despedazada en el camino de Jerusalén. Mi pregunta pareció escandalizarle. ¿No sabía nada de la tragedia que se había desarrollado aquí en la primavera de 1948? Detuvo su taxi tras los escombros de un camión y, con una voz llena de respeto, me lo contó.

En la primavera de 1948, varias semanas antes del nacimiento del Estado de Israel, Jerusalén se hallaba sitiada por el jefe árabe palestino Abdel Kader el Husseini y sus guerrilleros. Privados de agua y alimentos, los cien mil habitantes judíos estaban a punto de sucumbir. A fin de evitar esta tragedia, David Ben Gurión, entonces jefe de la comunidad judía de Palestina, requisó todos los camiones y vehículos de transporte disponibles para llevar agua y víveres a esta población

agonizante. En la noche del 23 al 24 de marzo de 1948, un convoy de trescientos camiones, conducidos por inmigrantes acabados de llegar de Europa, se puso en marca hacia Jerusalén. Prevenidos por sus centinelas, los guerrilleros de Abdel Kader se abatieron como saltamontes sobre la interminable columna, asesinaron a los conductores y saquearon la mercancía vital que transportaban. Fue una noche de fuego, sangre y horror. Ni un gramo de alimento, ni un litro de agua llegó a manos de los cien mil judíos de Jerusalén. El cementerio de chatarra que desde entonces cubría los arcenes de la carretera perpetuaba el recuerdo de aquellos días terribles durante los cuales el futuro Estado judío estuvo a punto de desaparecer aun antes de ver la luz.

El relato de mi taxista y la visión mágica de la ciudad santa inflamaron mi imaginación. No cabía duda: era aquí donde Larry y yo debíamos colocar el decorado de una nueva colaboración literaria.

La idea entusiasmó a mi compañero hasta el punto de abandonar a los albañiles que le edificaban en Ramatuelle una pequeña casa justo detrás del Gran Pino. Saltó a bordo del primer avión y se reunió conmigo en Jerusalén. Los dos estábamos de acuerdo; este libro relataría los sucesos que, de Nueva York a Tel-Aviv y a todas las capitales árabes, tuvieron, durante el invierno y la primavera de 1947-1948, a Jerusalén como envite principal y al nacimiento del Estado de Israel y el inicio del conflicto árabe-israelí como consecuencias. Presentíamos que nuestra investigación sería larga, difícil y compleja a causa de las pasiones y los odios que envenenaban esta región del mundo. Mas ¡qué hermosa aventura constituiría aceptar este reto!

* * *

Este reto empezó en un decorado más bien insólito. Al día siguiente de la guerra de los Seis Días, la lujosa residencia de los israelíes Miles y Guita Sherover acogió en Jerusalén a todos los miembros de la élite. En torno a su mesa, reputada por el refinamiento de su cocina china, se reunían responsables políticos, jefes militares, príncipes de las finanzas y la industria, representantes de la intelectualidad artística, literaria y religiosa, importantes visitantes extranjeros. Siempre era una fiesta ir a casa de los Sherover. Allí conocí a Vivian Herzog, que había sido en 1948 jefe de estado mayor de la famosa 7.ª Brigada, encargada por Ben Gurión de abrir a toda costa la carretera de Jerusalén; a Ezer Weizmen, quien, al mando del primer caza del ejército del aire israelí, había ametrallado las columnas egipcias que se dirigían a Tel-Aviv; a Moshe Dayan, con la aureola de su reciente conquista de la ciudad Vieja de Jerusalén a la cabeza de sus paracaidistas, y que en 1948 se había adueñado de las dos grandes ciudades palestinas de Lydda y de Ramleh. El eminente arqueólogo Yigael Yadin, especialista en manuscritos del mar Muerto, era también él un asiduo en casa

de los Sherover. Veinte años antes, cuando era un joven oficial de la Haganah, el ejército judío secreto de Palestina, había recibido de Ben Gurión la orden de impedir la caída de Jerusalén. Durante una dramática confrontación, se negó a obedecer al viejo jefe que le ordenaba emplear todas sus fuerzas en la defensa de la futura capital de Israel. Pero aquella noche los egipcios estaban en las puertas de Tel-Aviv y los sirios se lanzaban desde el norte. «Nací en Jerusalén —gritó Yadin a Ben Gurión—. Mi mujer está en Jerusalén. También mi padre y mi madre. Todo lo que le une a usted a Jerusalén, me une a mí todavía más. Pero esta noche necesitamos a todas nuestras fuerzas para hacer frente a peligros aún mayores que los que amenazan a Jerusalén». Al oír estas palabras, el viejo líder se encogió de hombros, se arrellanó en su sillón, miró a Yadin directamente a los ojos y repitió su orden, clara e inapelable: «Usted impedirá la caída de Jerusalén».

Uno de los habituales de las cenas en casa de los Sherover era un hombre rechoncho, de baja estatura y ojos chispeantes de inteligencia. Aunque su nombre fuera relativamente poco conocido por el gran público, Ehud Avriel, de cincuenta y cuatro años, era uno de los padres fundadores del Estado de Israel. Había llegado de una larga estancia en África donde forjó los vínculos privilegiados entre su país y el continente negro. La primera ministra Golda Meir acababa de nombrarle embajador en Roma. Una misión oficial que ocultaba otra, la de reactivar secretamente las redes europeas de inmigración judía hacia Israel. Que el primer ministro hubiera elegido a Avriel para llevar a cabo esa tarea no era muy sorprendente: este hombre tímido y reservado era el inspirador y ejecutor de las dos epopeyas que habían permitido el nacimiento del Estado de Israel y su posterior supervivencia: la inmigración clandestina masiva de los judíos de Europa y la compra de las primeras armas que salvaron al país.

Una simpatía inmediata nos atrajo mutuamente. Me invitó a compartir la austera hospitalidad de Neoth Mordechai, su *kibbutz* de la Alta Galilea donde había iniciado, en 1938, su propia aventura de inmigrante en Palestina. Esta comunidad de plantadores de manzanos y fabricantes de sandalias oculta entre eucaliptos, al alcance de los cañones sirios, era desde hacía treinta y cinco años el puerto de amarre de este infatigable combatiente de Israel. Era uno de sus creadores junto con su mujer Hannah, una robusta vienesa madre de sus tres hijos. Burlando la vigilancia de los policías británicos, plantaron en una noche las primeras barracas, y después, con un puñado de otros inmigrantes europeos y algunos burros, desecaron las ciénagas circundantes, infestadas de serpientes y mosquitos.

Su memoria fenomenal, su gusto por el detalle, su talento de narrador eran un regalo tal, que nuestras sesiones de trabajo se prolongaron como una fiesta durante días y noches.

* * *

Ese 13 de marzo de 1938, el destino del joven Ehud Avriel, de veinte años, está a punto de dar un giro total. Es un radiante día de primavera. Viena, su ciudad natal, está de fiesta. La gente se agolpa en las ventanas, en los tejados, en los árboles, en la cúspide de los faroles. Un derroche de oriflamas, de banderas, de banderolas salpica de rojo y negro las viejas fachadas grises del centro histórico. En el corazón de todos estos ornamentos aparece un emblema nuevo, una gruesa araña negra, la cruz gamada. Ese día la capital austríaca da la bienvenida a las tropas hitlerianas, primera etapa de la conquista de Europa por los nazis.

Desde el salón de la casa familiar, en la calle Marc-Aurelius, el joven Avriel ve pasar autocañones cubiertos de flores, soldados con cascos de acero, pesados tanques con la cruz negra. Hijo de una vieja familia de negociantes perfectamente integrada en la buena sociedad vienesa, termina sus estudios de derecho. Quiere ser abogado. De hecho, en el fondo de su corazón se propone construir su futuro lejos de Viena. Desde hace tres años milita en una organización sionista que fomenta, en Austria, granjas-escuelas donde los jóvenes judíos austríacos se inician en el trabajo de la tierra en previsión de su partida hacia Palestina. Ni él ni sus padres han visitado nunca la Tierra Prometida. Su único vínculo camal con ella es el olor de un «etrog», ese limón de Jaffa que huele a jazmín y que los judíos palestinos emplean para celebrar cada otoño la fiesta de las cosechas del Succoth. En casa de los Avriel hay siempre un «etrog» traído por algún amigo viajero, vibrante evocación de un lugar lejano, desconocido y sin embargo tan presente, un lugar que los gritos de «¡Un pueblo, una nación, un Führer!» escandidos incansablemente esa mañana por las calles de Viena, hacen de repente aún más deseable.

El joven Ehud y los doscientos veinte mil judíos de la comunidad israelita austríaca no tardan en descubrir la suerte que les reservan los hombres de negro del Departamento Central de Asuntos Judíos de la Gestapo. La nueva provincia del Gran Reich debe, como Alemania, «deshacerse prontamente de la chusma judía que la infesta», tal como anuncia la prensa a sueldo de los nazis. Arrestos, palizas, saqueos de comercios, encarcelamientos, expulsiones, humillaciones diversas, el arsenal del terror hitleriano se abate sobre una comunidad a la que nada ha preparado para semejante castigo. De la noche a la mañana, los consulados extranjeros de Viena son asediados por miles de familias aterrorizadas en busca de visados. Raros son los privilegiados que encuentran una tierra de asilo. En cuanto a tomar directamente el camino de Palestina, es imposible. Las autoridades británicas mandatarias de ese pequeño país observan una estricta aplicación de las cuotas de inmigración en vigor. Éstas son determinadas dos veces por año. Bajo la presión de sus aliados árabes, Londres ha reducido la cantidad a una cifra casi simbólica. En 1935, el año en que las

leyes raciales de Nuremberg han sido promulgadas, los ingleses sólo han concedido 61.854 certificados de inmigración. Desde entonces, la cifra no ha dejado de disminuir. En 1938, menos de cuarenta mil judíos serán autorizados a entrar oficialmente en Palestina. El día en que Hitler se adueña de Austria, la caja fuerte de la Agencia Judía sólo posee dieciséis autorizaciones de entrada en Palestina para toda la población judía austríaca. Esta situación insostenible trastornará muchas vidas y entre las primeras la del joven Avriel. Como los ingleses se niegan a dejar entrar en Palestina a los judíos perseguidos por los nazis, es urgente organizar su inmigración clandestina. Los jefes de la Haganah pasan a la acción. Tienden las bases de una red que se encargará de enviar en secreto al mayor número posible de personas. La bautizan prosaicamente «Institución para una inmigración paralela», en hebreo «Mossad». Posteriormente, la actividad del Mossad se extenderá a toda clase de acciones asociadas a la protección del pueblo judío. Encarnará la capacidad de los judíos para inventar los medios de su supervivencia.

La modesta habitación de la calle Marc-Aurelius desde la cual Avriel y sus camaradas sionistas han coordinado el reclutamiento de las granjas-escuelas se convierte en una zumbante colmena. Los jefes de la Haganah han elegido Viena como capital de las operaciones de inmigración clandestina. Ehud es ahora el miembro más joven de la red. Una sola preocupación anima al equipo: actuar con rapidez. Pero de improviso, un discurso hace nacer una loca esperanza. El 22 de marzo de 1938, nueve días después de la ocupación de Viena por los nazis, el presidente de Estados Unidos, Franklin Roosevelt, propone una conferencia internacional a treinta y tres Estados, entre ellos Francia, Gran Bretaña e Italia, a fin de definir una acción común en favor de los refugiados políticos expulsados de Alemania y Austria. Hitler replica «que espera que los países que se apiadan de la suerte de esos criminales sepan convertir su compasión en ayuda práctica». Por su parte, se declara dispuesto «a enviarles a esa gentuza a bordo, si es necesario, de paquebotes de primera clase».

La conferencia que se abre el 6 de julio de 1938 bajo los artesonados del salón de baile del hotel Royal de Evian-les-Bains, la tranquila estación termal francesa a orillas del lago de Ginebra, hace comprender inmediatamente al joven Avriel que la salvación de los judíos deberá depender sólo de ellos mismos. Ninguna autoridad judía ha sido invitada a Évian para que presente el punto de vista de los perseguidos. La principal solución capaz de resolver la suerte de los refugiados, a saber, su inmigración ilimitada a Palestina, ha sido acordada por anticipado. Estados Unidos e Inglaterra han decidido excluirla de los debates. El golpe es tanto más terrible cuanto que ningún país expresa la intención de abrir sus fronteras a las víctimas de la locura hitleriana. El representante de Australia hace saber que su país «no desea introducir un problema racial en su territorio cuando esta maldición le ha sido ahorrada hasta

ahora». Nueva Zelanda, por su parte, no ve la manera de levantar las restricciones en vigor. En cuanto a la Gran Bretaña, se contenta con informar a la conferencia de que el Imperio colonial británico no dispone de ningún territorio capaz de acoger importantes colonias de refugiados judíos. Incluso el nombre de Palestina es omitido cuidadosamente en el discurso de su delegado. Algunos países declaran que aceptarían recibir como máximo a algunos agricultores. Otros niegan la entrada en su territorio a ciertas profesiones, como Perú, que se opone categóricamente a la inmigración de médicos y abogados por miedo a crear un proletariado intelectual susceptible de inquietar a la clase dirigente. Otros países sudamericanos no sólo excluyen a los intelectuales, sino también a los comerciantes.

Argentina y Francia hacen valer los gestos de solidaridad realizados en el pasado para abstenerse de hacer otros. Solamente Holanda y Dinamarca se comprometen a abrir más sus fronteras. Hay, no obstante, en este concierto de egoísmos un pequeño milagro. La República de Santo Domingo anuncia que acogerá a cien mil refugiados. Es de esperar que este gesto suscitará otras generosidades. Pero no es así. Estados Unidos se conforma con anunciar que satisfará por primera vez la totalidad de la cuota legal anual de inmigrantes procedentes de Alemania y Austria, o sea, 27.370 personas. Con estas cifras ridículas, Estados Unidos demuestra su voluntad de hacer caso omiso de la gravedad, la urgencia y la amplitud del problema. Detrás de los quinientos mil judíos de Alemania y Austria se perfila en efecto la suerte de siete u ocho millones de judíos polacos, rumanos, húngaros, checos, búlgaros, rusos, a quienes el imperialismo hitleriano no tardará en amenazar.

El gobierno alemán comentó a su manera el encuentro de Évian. El ministro de propaganda Goebbels declaró que Évian había revelado «el peligro que representaba el judaismo mundial, justificando así la política de Alemania hacia los judíos». Una joven desconocida con la cabeza cubierta por un pañuelo de campesina supo sacar la conclusión más acertada de este debate estéril. Venida especialmente de Jerusalén para defender la causa de los judíos en nombre de la agencia judía, no había tenido derecho a expresarse. A un periodista que le preguntó qué deseo le inspiraba esta conferencia, respondió: «El deseo de que, antes de mi muerte, mi pueblo no tenga ya nunca necesidad de más muestras de simpatía». Se llamaba Golda Meir.

Un joven judío frente a Eichmann

Ehud Avriel y el equipo del Mossad regresaron de Évian convencidos de que la única posibilidad de los judíos residía en una salida clandestina y masiva hacia Palestina. Para ello, era preciso encontrar buques. Enviaron agentes a los puertos

rumanos y búlgaros del mar Negro, a la costa turca, a Grecia. Había que actuar con discreción para no poner sobre aviso a los espías británicos. Y con discernimiento para desenmascarar a los innumerables estafadores atraídos por este género de operación. Las embarcaciones pequeñas tenían mayores posibilidades de burlar la vigilancia británica que las grandes unidades. Por otra parte, las idas y venidas frecuentes eran más susceptibles de llamar la atención. Recordando que Cristóbal Colón había descubierto América a bordo de una carabela de cuarenta y nueve toneladas, Avriel optó por un primer transporte clandestino de dimensiones modestas. El 12 de junio de 1938, sesenta y seis jóvenes austríacos desembarcaron sin problemas en la caleta de David, al sur de Haifa. Embriagados por este éxito, Avriel y sus compañeros encontraron en el puerto griego de El Pireo una vieja barcaza de origen ruso, el *Attrato*, capaz de transportar a seiscientos pasajeros. La operación sería difícil, porque había que hacer transitar a los inmigrantes de manera clandestina a través de varios países de los Balcanes hasta el puerto de embarque. Cada candidato al viaje necesitaba un visado para cruzar Hungría, Yugoslavia, Rumanía y Grecia. Este documento sólo se concedía previa presentación de un pasaporte debidamente provisto del visado de entrada en el país de destino. Como Palestina estaba excluida, hubo que buscar un país complaciente. Esto requirió meses. Al final, los pasajeros del *Attrato* no partirían oficialmente rumbo al país de los profetas y de los jueces, sino rumbo a México.

Gracias a este barco y a algunos más, miles de judíos escaparon del terror nazi. No obstante, su número seguía siendo insignificante y los alemanes se mostraban cada vez más impacientes por ver abandonar a todos los judíos los territorios del Reich. Esta impaciencia le valió al joven Avriel ser convocado un día al Departamento Central de Asuntos Judíos. Treinta años después aún conservaría el recuerdo horrorizado de esta visita al infierno.

—El palacio del barón Louis de Rothschild donde los nazis de Viena tenían sus oficinas estaba apenas iluminado —me contó dando nerviosas caladas a un cigarrillo —. Los conquistadores habían robado la mayoría de los tesoros que lo amueblaban. Aquí y allá, una pintura o una tapicería olvidadas durante el pillaje prestaban al lugar un aire ambiguo de museo abandonado. Habían clavado paneles y pancartas en los revestimientos antiguos que tapizaban las paredes. Un guardia de las SS me condujo por pasillos interminables hasta la oficina del responsable que me había convocado. Éste llevaba un uniforme negro y botas brillantes como espejos. Esperaba derecho al fondo de la sala, con un pie sobre un sillón y un látigo en la mano. Era Adolf Eichmann.

»—¡Acérquese! —ladró mientras yo avanzaba hacia él—. ¡Acérquese más! —Después profirió un rugido—: ¡Ahora, tres pasos hacia atrás!

»La correa de su látigo hendió el aire y restalló como un disparo. Comprendí que

había trazado una frontera entre nosotros. Se instaló detrás de su mesa y vi una mueca deformar su rostro de rasgos más bien finos. Ladró de nuevo:

»—¡Los progresos son demasiado lentos! ¡No trabajan con la suficiente rapidez!

»Siguió entonces un huracán de recriminaciones. ¿Por qué habíamos hecho pasar tan poca gente por el Danubio en dirección al mar Negro? ¿Y tan poca gente por Yugoslavia hacia el Adriático y Palestina? ¿Por qué no habíamos obligado a ingleses y americanos a acoger a más judíos? ¿No sabíamos que el gobierno alemán ya tenía bastantes judíos? ¿Que ya era hora de que el Reich se purificara de tanta chusma?

»—Hacemos lo que podemos —protesté tímidamente antes de explicar que era cada vez más difícil encontrar barcos debido a la creciente tensión internacional y por que era preciso, además, hacerlos navegar en el mayor secreto para evitar que los ingleses los apresaran.

»—¡Pretextos! —chilló Eichmann haciendo restallar su látigo.

»Si íbamos tan lentamente era porque sólo queríamos llevar gente joven. Y los jóvenes no tenían dinero, lo cual explicaba por qué carecíamos de recursos. Era preciso llevar también a los ricos, aunque estuvieran enfermos o fueran viejos. Se negaba a perder el tiempo mientras nosotros satisfacíamos nuestros caprichos.

«Intenté hacer comprender a aquel bruto que el único criterio que dictaba la elección de los inmigrantes eran las dificultades del viaje. Una vez llegados cerca de la costa, tenían que saltar y nadar lo bastante aprisa para escapar de las patrullas británicas.

»—¡Tonterías! —interrumpió Eichmann, visiblemente exasperado de que un *subhombre* como yo pudiera hacerle frente—. Hagan saltar también al mar a los viejos y los enfermos. Es una orden.

»El jefe nazi volvió a blandir su látigo bajo la araña de cristal del barón Louis de Rothschild. Nuestra entrevista había terminado.

* * *

El joven militante judío permanecería marcado para siempre por este encuentro con uno de los futuros organizadores de la solución final. No obstante, durante los meses que precedieron a la segunda guerra mundial y el principio del holocausto, Eichmann resultó paradójicamente un socio bastante complaciente con el Mossad. Sus intervenciones en los consulados balcánicos facilitaron la obtención de visados de tránsito. Millares de judíos alemanes y austríacos pudieron alcanzar así los puertos de embarque. Es cierto que no todos llegarían a su destino. Los ingleses no dejaban de endurecer su actitud. En un libro blanco publicado el 17 de mayo de 1939, Londres anunció el fin de toda inmigración oficial judía a Palestina y la prohibición a los judíos ya instalados allí de comprar nuevas tierras árabes. David Ben Gurión, el líder de la comunidad judía de Palestina, replicó que «la inmigración judía sólo podía

detenerse con bayonetas». Era una declaración de guerra. Todos los *kibbutzim*, todas las colonias judías dispersas a lo largo de la costa palestina recibieron la orden de prepararse para acoger de noche y con las armas en la mano a las embarcaciones que transportasen inmigrantes clandestinos. El 2 de septiembre de 1939, una miserable barca, la *Tiger Hill*, llegó ante Tel-Aviv con mil cuatrocientos judíos de Rumanía. Los guardacostas ingleses abrieron fuego. Las tres mujeres y el hombre que cayeron aquel día fulminados sobre el puente fueron los primeros muertos de la guerra que acababa de estallar unas horas antes entre los aliados y la Alemania nazi. Algunas semanas después los británicos interceptaron ante Estambul otro transporte que condujeron sin escolta hasta Haifa. El anuncio de que todos los pasajeros serían deportados a Paraguay desencadenó un movimiento general de rebelión en toda la Palestina judía. Se organizaron huelgas. La Haganah replicó haciendo explotar varias instalaciones militares británicas. Impresionados por esta llamarada de violencia, los ingleses renunciaron a su proyecto de deportación e internaron a los inmigrantes en los campos de las afueras de Haifa. Seguidamente, otros barcos intentaron forzar el bloqueo después de semanas de pesadilla errando en alta mar. Mil personas estuvieron a punto de morir de sed a bordo de una barcaza prevista para sesenta pasajeros. Las condujeron por la fuerza a Haifa para trasladarlas a un carguero francés que partía hacia la isla Mauricio. Comandos de la Haganah hicieron explotar el barco antes de que se hiciera a la mar. Balance: más de trescientos muertos. Muchas otras tragedias enlutarían los esfuerzos de Avriel y sus compañeros para sustraer algunos miles de judíos a la exterminación que se preparaba. Muchos barcos se hallaban en un estado tan lastimoso que no pudieron resistir las tormentas del mar Negro y el mar de Mármara. El *Salvador* desapareció con ciento siete mujeres y sesenta y seis niños, el *Struma*, con setecientos sesenta y nueve refugiados rumanos. Por suerte, numerosos éxitos compensaron estos fracasos. Cada vez que una embarcación lograba desembarcar a sus pasajeros en la Tierra Prometida, el mensaje en clave «Las tiendas han llegado bien» atravesaba la Europa en guerra hasta llegar a los oídos impacientes del equipo de Viena. Sin embargo, a medida que las hostilidades se extendían a nuevos países, la organización de estas salidas se tomaba cada vez más difícil. Bajo la presión de los británicos que amenazaban con suspender sus compras de petróleo, los rumanos cerraron sus fronteras a los judíos que subían a bordo de los barcos del Mossad en los puertos del mar Negro. En Yugoslavia, un convoy de mil cien refugiados fue bloqueado por los hielos que cubrían el Danubio. Transferidos a un campo del pequeño puerto fluvial de Sabac, cerca de Belgrado, para pasar el invierno a la espera del deshielo y de su embarco, el 7 de abril de 1941 vieron llegar a Yugoslavia a los invasores nazis, que dispusieron ametralladoras en las cuatro esquinas del campo. No hubo ningún superviviente.

Avriel y sus compañeros debieron abandonar su cuartel general de Viena y

replegarse a Estambul. Los transportes ilegales volvieron a proliferar. Los nombres de *Maritza*, de *Morina*, de *Bulbul*, de *Mekfure* y de tantos otros barcos ilustrarían la epopeya de la inmigración judía en Palestina.

«Pasábamos gran parte del tiempo inmersos en la lectura de los salmos, alabando al Señor que tenía entre sus manos el destino de sus hijos», me contaría Avriel en recuerdo de las esperas ansiosas que seguían a la salida de los barcos.

Pronto compraron una flotilla de embarcaciones de pesca.

Estas chalupas, que llegaban a contener un centenar de pasajeros, eran tan pequeñas que no aparecían en las pantallas de radar de los patrulleros ingleses. Alcanzaban la costa palestina de noche, en puntos fijados con antelación. Equipos de *kibbutznikim* esperaban a los pasajeros con el agua hasta la cintura para ayudarles a llegar a los *kibbutzim* y las colonias de la región. Cuando llegaban las patrullas inglesas, ya no era posible distinguir de los otros a los recién llegados.

Un príncipe ruso muy especial

El fin de la guerra provocó un cambio radical en la naturaleza de la acción. En Viena y después en Estambul, Avriel y sus compañeros habían luchado para arrancar a los judíos de las cámaras de gas. Su misión era estrictamente humanitaria. Una vez firmada la paz, esta misión se volvió política. Era preciso facilitar la llegada masiva de judíos a Palestina no sólo porque no tenían otra tierra que los acogiera, sino sobre todo para aumentar a toda costa la población judía del país y demostrar a los ingleses que el derecho de los judíos a volver a su tierra no era negociable.

«Ahora tenemos que hacer frente a un único adversario: el gobierno de Su Majestad», anunció Ben Gurión. Visionario, el líder judío ya imaginaba el nacimiento de un estado hebreo soberano e independiente. Pero a fin de que este estado fuera viable, era necesario que los judíos de Europa vinieran en masa a reunirse con sus hermanos de Palestina.

En diciembre de 1945, Ben Gurión reunió a Avriel y sus compañeros en una pequeña habitación del hotel Claridge de París. Avriel recordaba las palabras del anciano dirigente como un versículo de la Biblia.

«Os he reunido con urgencia porque habrá que actuar con gran rapidez y en un frente muy amplio —explicó—. Debemos hacer venir a Palestina a decenas de miles de supervivientes del holocausto. Debemos crear nuevos *kibbutzim* en el desierto y en las fronteras, y necesitamos gente para construirlos. Los supervivientes de las cámaras de gas serán los artesanos de esta tarea».

El hombre bajo se había interrumpido para reflexionar. Esto siempre indicaba que

lo que le quedaba por decir era grave. Su mirada era especialmente sombría.

«Debemos dar a los inmigrantes una formación militar antes de su llegada a Palestina —declaró, poniendo énfasis en sus palabras—. Esta formación será más fácil de realizar aquí en Europa que allí, donde el gobierno inglés permanece hostil. Después tendremos que aportar las armas que necesitaremos para defendernos cuando se produzca la inevitable confrontación. La hora de las grandes batallas y las grandes decisiones ha sonado. ¿Estáis dispuestos a asumir vuestras responsabilidades?»

Como de costumbre con Ben Gurión, la pregunta era pura fórmula. No esperaba una respuesta.

* * *

Francia se convirtió en el centro operacional de las nuevas operaciones ordenadas por el líder judío. Esta elección era lógica: la causa sionista contaba con numerosos partidarios en los medios influyentes franceses, comprendido el gobierno. En cuanto a la opinión, indignada por la barbarie hitleriana, no escatimaba sus simpatías a los supervivientes del genocidio. Avriel se instaló, pues, en París con varios de sus compañeros. Alquilaron un pequeño apartamento en el número 53 de la calle Ponthieu, a pocos pasos de los Campos Elíseos, que se convirtió en el cuartel general del Mossad en Europa. La benevolencia de las autoridades francesas era un triunfo tan grande que los judíos no querían a ningún precio arriesgarse a molestar a sus anfitriones, sobre todo en sus relaciones con sus aliados británicos. Todas las operaciones de tránsito a través de Francia, o de reagrupamiento en los campos cercanos a los puertos de embarque, debían tener la apariencia de una inmigración legítima con destino a países terceros que no incluyeran Palestina. Para ello era preciso obtener visados de inmigración auténticos para los países en cuestión. Un nuevo reto que sometería a duras pruebas la imaginación de Avriel.

A la hora del aperitivo, el bar parisién del hotel Claridge se transformaba en una colmena frecuentada por una fauna variada en extremo. Avriel no olvidaba hacer en él una escala diaria con la esperanza de encontrar a alguien interesante o a una antigua relación de trabajo. Un día su constancia fue recompensada por una violenta palmada en la espalda.

—¿Su nombre de pila no es por casualidad Ehud? —le preguntó un grandullón con fuerte acento austríaco.

Avriel reconoció a uno de los judíos de Viena a quien en agosto de 1938 había arrancado de las garras de Eichmann proporcionándole un certificado de inmigración para Palestina. El hombre abrazó a su bienhechor.

—¿Qué puedo hacer por usted? —interrogó con efusión.

—Necesito tres mil visados de inmigración —respondió Avriel.

—¿Para qué país?

—No importa cuál.

El hombre no demostró ningún asombro.

—Puede contar conmigo.

Al día siguiente presentó a Avriel a un príncipe ruso, enviado especial en Europa del soberano de un país africano. En los tiempos bíblicos, este país había tenido estrechas relaciones con el pueblo judío. Obtener tres mil visados del Negus Hailé Selassie parecía, pues, un objetivo realizable. Etiopía necesitaba artesanos, obreros cualificados, comerciantes para reconstruir su economía devastada por la guerra. Los voluntarios procedentes de los campos de personas desplazadas serían sin duda generosamente acogidos. El príncipe ruso prometió sugerir la idea a su emperador. No dudaba de su asentimiento. El proyecto parecía bastante seductor, pero había una dificultad. A pesar de toda su simpatía por Etiopía, no era la reconstrucción del país de la reina de Saba a lo que Avriel destinaba a sus inmigrantes… Entre almuerzos en Maxim's y cenas con baile en Monseigneur, el príncipe ruso mantuvo en vilo a su interlocutor durante varias semanas. ¿Se habría anticipado en demasía? ¿El precio de un dólar por visado propuesto por Avriel habría sido juzgado insuficiente? En el cuartel general del Mossad ya empezaban a desesperar.

Entonces una caja de cartón esmeradamente envuelta llegó al número 53 de la calle de Ponthie. Contenía cien hojas de papel de cartas en blanco con el membrete de la legación de Etiopía en París, así como una colección de sellos oficiales. Cada hoja podía contener una treintena de nombres. Era el «ábrete-sésamo» milagroso tan esperado. Tres mil refugiados podrían cruzar Francia con toda legalidad sin que la Gran Bretaña pudiera incriminar a su aliada cualquier infracción por su parte. Etiopía no era Palestina.

Algunas preciosas hojas no utilizadas se quedaron en un cajón del escritorio de Ehud Avriel. Dos años después prestarían un servicio crucial a su país.

* * *

Electrizados por la llamada mesiánica de su anciano dirigente, los enviados del Mossad redoblaron sus esfuerzos. Desde Rumanía al Languedoc, en más de tres mil kilómetros de costas, ni un puerto, ni un astillero, ni una barcaza escaparon a sus pesquisas. Encontrar barcos se convirtió en una obsesión. La penuria de embarcaciones no impidió algunas salidas estrepitosas. El 4 de abril de 1946, mil catorce refugiados procedentes de diversos campos de personas desplazadas se embarcaron en un viejo velero comprado por el Mossad, el *Fede*, fondeado en el puerto italiano de La Spezia.

El pretendido objeto del viaje, un crucero por Cerdeña, no consiguió adormecer la vigilancia del Servicio de Inteligencia que velaba en todos los puertos del

Mediterráneo. Patrulleros de la Royal Navy bloquearon el canal de salida mientras oficiales británicos subían a bordo e intimaban a los pasajeros a evacuar el barco. A guisa de respuesta, el representante del Mossad mandó izar la bandera sionista bajo las aclamaciones de los cargadores del muelle italianos que simpatizaban con los clandestinos del *Fede*. Una oferta de internarlos provisionalmente en un campo a la espera de que Londres decidiera concederles certificados de inmigración legales fue igualmente rechazada. El Mossad se apresuró a aprovechar el incidente para amotinar la opinión mundial organizando allí mismo conferencias de prensa y manifestaciones de apoyo. El portal de entrada al puerto fue rebautizado Puerta de Sión. La radio de a bordo mandó telegramas con destino a Stalin, Traman y Attlee. El día de Pascua las familias judías de La Spezia sirvieron una comida en el puente del barco decorado con banderas judías e italianas. Un policía italiano que había sido arrestado y después liberado por los ingleses fue llevado en triunfo por la pasarela.

Al cabo de un mes, los pasajeros, todavía inmovilizados en su barco, iniciaron una huelga de hambre y anunciaron que cada día se suicidarían diez de ellos. Aparecieron pancartas en cada pilar del portal de entrada al puerto. Una indicaba las horas de duración de la huelga de hambre, la otra el número de pasajeros que habían perdido el conocimiento a causa de la inanición. A medida que aumentaban las dos cifras, la multitud apiñada alrededor de las verjas se fue mostrando cada vez más amenazadora hacia los soldados británicos que aislaban el puerto. En Génova, los descargadores de muelle dejaron de trabajar por solidaridad. En Jerusalén, los jefes de la agencia judía también comenzaron una huelga de hambre y declararon que la mantendrían hasta la liberación del barco y la llegada de todos sus pasajeros a Palestina.

Ante la determinación judía, los ingleses acabaron por capitular. Hicieron saber que todos los ocupantes del barco rebelde recibirían un certificado para emigrar legalmente a Palestina. La confrontación había durado treinta y tres días. Para que los supervivientes de esta dura prueba viajaran en mejores condiciones, el Mossad fletó un segundo navío que tomó a bordo a la mitad de los supervivientes del *Fede*. Los dos barcos fueron acogidos triunfalmente en Haifa. Volverían a realizar la misma travesía cuatro meses después, pero esta vez de modo clandestino, con mil ochocientos cuarenta y seis inmigrantes ilegales.

El gobierno británico decidió hacer pagar a los judíos la humillación sufrida en La Spezia. El sábado 29 de junio de 1946, día del *sabbat*, unidades de paracaidistas sostenidas por escuadrones de policías se lanzaron al asalto de la sede de la agencia judía de Jerusalén y de cuarenta y nueve pueblos y *kibbutzim* de las principales zonas de colonización. La operación preveía liquidar militarmente la aventura sionista arrestando a sus principales dirigentes y requisando todas las armas y municiones legales o ilegales. Prevenidos a tiempo, los jefes de la Haganah desaparecieron en la

clandestinidad y la mayor parte de arsenales cambiaron de escondite. La respuesta vino del Irgún, una de las organizaciones terroristas judías, que hizo explotar un mes después el hotel Rey David de Jerusalén que albergaba el gran cuartel general británico. El atentado causó noventa y un muertos.

Diez mil fusiles para salvar Israel

El engranaje de la violencia fue pronto irreversible. La odisea de la inmigración judía hacia Palestina alcanzó los límites del horror con el regreso forzado a sus campos de origen de los cuatro mil quinientos cincuenta y cuatro pasajeros del *Éxodo*, salidos de Sète el 10 de julio de 1947.

«Pero esta vez el tiempo trabajaba a nuestro favor —recordaría Avriel—. El día inevitable en que Inglaterra debería renunciar a su mandato era inminente».

Este día llegó el sábado 29 de noviembre, sólo cinco meses después de la tragedia del *Éxodo*.

Reunidos en una antigua pista de patinaje de las afueras de Nueva York, los representantes de las Naciones Unidas votaron ese día por treinta y tres votos contra trece y diez abstenciones, la participación de Palestina en un estado judío y un estado árabe. Este nacimiento doble se haría efectivo el 15 de mayo de 1948, o sea, siete meses después. El jefe visionario de la comunidad judía de Palestina sacaría inmediatamente las consecuencia de esta decisión histórica. Unas horas antes, un viejo Ford de color gris se había parado ante esta misma casita del *kibbutz* de la Alta Galilea donde yo estaba recogiendo el relato de Ehud Avriel. Tras largos meses de ausencia en el extranjero, el militante del Mossad acababa de reunirse aquí con su mujer Hannah y su pequeña hija de un año.

—Ve a lavarte y cambiarte de ropa —anunció el chófer del Ford—. Te llevo a Jerusalén. El patrón quiere verte.

Tres horas después, Avriel entraba en una vasta habitación tapizada de libros en el segundo piso del edificio de la agencia judía en Jerusalén. Sentado detrás de su mesa cubierta de legajos y documentos, David Ben Gurión le esperaba. Con todavía mayor gravedad que en su último encuentro, el líder judío le explicó que la supervivencia del futuro Estado de Israel dependería del éxito de la misión que iba a encomendarle.

—Escúchame bien —declaró—. La guerra va a estallar dentro de apenas seis meses. Los árabes se preparan. Cinco ejércitos regulares nos invadirán en cuanto salga el último soldado británico el 15 de mayo próximo. Pero aun antes de esta invasión, una revuelta árabe asolará este país.

Ben Gurión confió a su visitante que volvía a enviarle a Europa donde su

experiencia serviría al objetivo ahora más vital para el futuro estado: la compra de armas.

—Debemos cambiar radicalmente de táctica —explicó—. Ya no tenemos tiempo de esperar la llegada a Haifa de cuatro miserables fusiles camuflados en los neumáticos de un tractor. Tienes un millón de dólares a tu disposición en la Unión de Bancos Suizos de Ginebra para comprar un armamento masivo.

Sacando del bolsillo una hoja de papel cuidadosamente doblada en la que había seis líneas escritas a máquina, añadió:

—Ésta es la lista de nuestras necesidades inmediatas.

Avriel leyó: «Diez mil fusiles, un millón de cartuchos, mil metralletas, mil quinientas ametralladoras». Cuando levantó la vista, Ben Gurión le alargó una segunda hoja de papel. Era una carta.

—En París hay un hombre de negocios judío llamado Klinger que afirma poder procuramos este material —continuó—. Es preciso que vayas a verle inmediatamente.

El líder judío se levantó y dio la vuelta a la mesa. Puso la mano sobre el hombro del joven militante:

—Ehud, tienes que enviarnos estos diez mil fusiles.

* * *

Dos días después, Ehud Avriel despegó del aeródromo de Lydda a bordo del vuelo 442 de Swissair con destino a Ginebra y París. Llevaba por todo equipaje un cepillo de dientes, una Biblia encuadernada en piel negra y el ejemplar de *Fausto* que su mujer Hannah le había regalado cuando se casaron. En el bolsillo de la chaqueta tenía un pasaporte palestino a nombre de Georges Alexander Uberhale que le atribuía la profesión de director comercial de la empresa de obras públicas Solel Boneh.

Una sorprendente coincidencia quiso que no fuera el único en este avión investido de una misión tan particular. A pocas hileras detrás de él estaba sentado un joven capitán sirio de paisano. Abdul Aziz Kerine pertenecía al Ministerio de Defensa de Damasco. Se dirigía a Praga para confirmar un encargo de diez mil fusiles, mil metralletas y doscientas ametralladoras a una de las principales fábricas de armamento europeas, la Zbrojovka Brno de Checoslovaquia. Comparada con las de la segunda guerra mundial, esta orden de compra podía parecer muy modesta. Representaba, sin embargo, el doble de armas que las poseídas por todas las armerías juntas de Haganah.

* * *

El primer día de Ehud Avriel en París comenzó con una serie de fracasos. Tuvo no

obstante la impresión, aquella primera noche, de que todos los comerciantes de armas europeos habían desfilado por su habitación del hotel California, en la calle de Berri. Todas las proposiciones, y en primer lugar la enviada a Ben Gurión por el comerciante Klinger, resultaron inaceptables. La última esperanza de Avriel residía en el elegante visitante sentado delante de él con un cigarro en la boca. En un tono que delataba cierta vergüenza, Robert Adam, judío rumano que dirigía en París un pequeño negocio de importación-exportación, contó al enviado de Ben Gurión que en 1943 había conseguido entrar en Palestina a bordo de un pequeño velero, pero que no se había quedado. La Tierra Prometida le pareció demasiado exigua y las condiciones de vida reinantes allí demasiado espartanas.

—Me gusta demasiado la buena vida —confesó—. Me gustan los caballos, amo a las mujeres. Así pues, al finalizar la guerra vine a instalarme en París. Si no hubiera sido tan exigente, aún estaría en Palestina. Y Ben Gurión me habría enviado a mí a buscar armas en su lugar.

Ante la sorpresa de su anfitrión, reveló que había sido en otro tiempo agente en Rumanía de una de las mayores fábricas de armas de Europa y que continuaba en estrecho contacto con sus dirigentes.

—Nos venderán todo lo que necesitamos —afirmó, sacando unos catálogos de su cartera.

Adam precisó que la compra de ese material estaba supeditada, sin embargo, a una condición única e importante. El fabricante no podía tratar con un simple particular, sino sólo con el representante acreditado de una nación soberana. Como el estado judío no tendría existencia oficial antes de unos seis meses, Avriel debería presentar cartas credenciales de otro país.

El enviado de Ben Gurión reflexionó un instante. Descolgó el teléfono y pidió que le llevaran una carpeta guardada en un cajón de su antiguo despacho de la calle Ponthieu. Esta carpeta contenía ocho hojas de papel con membrete de la legación de Etiopía en París. Una sonrisa de complicidad iluminó el rostro de su visitante. Eran exactamente los documentos necesarios para la transacción. Se sacó entonces dos sobres del bolsillo y alargó uno a Avriel. El rumano había pensado en todo: se trataba de dos billetes de avión para la ciudad donde se encontraba la fábrica de armas que había representado en otro tiempo.

Mientras Avriel celebraba su suerte, a más de dos mil kilómetros de distancia otro viajero también se felicitaba por el éxito de su misión en Europa. El capitán sirio Aziz Kerine salía del gran inmueble moderno de Praga donde acababa de cerrar un trato muy satisfactorio. Allí, en la sede social de la sociedad Zbrojovka Brno, en el número 20 de la avenida Belchrido, había firmado un primer encargo de diez mil fusiles Mauser de tipo E-18 y cien ametralladoras MG-34. Incluso había organizado su transporte hasta Damasco. En el momento en que empezaba a cenar, el judío Ehud

Avriel volvía a colocar el cepillo de dientes, la Biblia y el ejemplar de *Fausto* en su cartera. Él también tenía una cita a la mañana siguiente en el número 20 de la avenida Belchrido de Praga.

* * *

A Ben Gurión le asistían todas las razones para estar satisfecho. Su enviado especial a Checoslovaquia compró en menos de una hora los diez mil fusiles, el millón de cartuchos, las ametralladoras y las metralletas solicitadas. Gracias al papel de cartas con membrete de la legación de Etiopía, obtuvo sin complicación todas las autorizaciones de exportación y tránsito internacional necesarias. Ahora había que encontrar un barco listo para forzar el bloqueo británico a fin de mandarlo todo a Palestina. La mayoría de seguros marítimos estaban suscritos en Londres y eran raras las compañías dispuestas a cubrir barcos con destino a Haifa. Para no poner en peligro sus preciosas compras, Avriel tendría que almacenar armas y municiones en Europa hasta el nacimiento oficial del Estado de Israel. La cuestión era saber si este estado sobreviviría el tiempo suficiente para poder utilizarlas. La impaciencia de Ben Gurión se manifestaba mediante un bombardeo incesante de telegramas exigiendo a Avriel la expedición inmediata de los primeros fusiles. Después de varias semanas de pesquisas, éste acabó descubriendo en el puerto yugoslavo de Rijeka un barco de cabotaje, el *Nora*, dispuesto a embarcar una parte de las armas. Para que su llegada no atrajera la curiosidad de los aduaneros británicos, tuvo la idea de recubrirlas bajo cien toneladas de cebollas más o menos estropeadas. Esperaba que el mal olor del cargamento mantuviera a distancia a los funcionarios de Su Majestad.

Esas armas ligeras permitieron a las fuerzas de la Haganah resistir los ataques de los árabes palestinos. Pero ¿qué podían hacer contra los tanques, los cañones, la aviación de los ejércitos árabes regulares cuya intervención estaba prevista por Ben Gurión el día en que los ingleses abandonaran Palestina? Avriel recibió una nueva avalancha de telegramas que esta vez le acuciaban a comprar material pesado, tanques, cañones e incluso aviones. Pero ¿con qué dinero?

Hacía falta muchísimo, por lo menos veinticinco o treinta millones de dólares para empezar. ¿Dónde encontrar sumas semejantes?

* * *

Ehud Avriel me condujo una mañana en su viejo Fiat a casa de la mujer que había llevado a cabo la hazaña de recaudar ese dinero. Vivía en un modesto apartamento de dos habitaciones en un barrio popular del oeste de Jerusalén. Dos grandes coches erizados de antenas y llenos de guardaespaldas de paisano montaban guardia en la calle indicando la importancia de este personaje. La joven y ardiente militante que, en

la conferencia de Évian treinta años antes, había expresado el deseo de que, antes de morirse, le gustaría que su pueblo no tuviera nunca más necesidad «de muestras de simpatía» era hoy primera ministra de Israel. Golda Meir llevaba alegremente sus setenta años. Nos acogió en su cocina de paredes tapizadas con una colección de cacerolas brillantes como soles.

—*Breakfast is ready*! —anunció con la voz estentórea y autoritaria que tan bien conocían los periodistas.

Había dispuesto ante cada uno de nosotros un bol de café y un plato lleno de fragmentos de buñuelos. No había ningún sirviente a la vista: el día del *sabbat* la *mamma* de Israel reinaba sola en su dominio privado. La idea de evadirse, junto con su viejo cómplice, en la narración de las proezas del pasado le encantaba tanto que olvidaba apagar la colilla de un cigarrillo antes de encender otro. Avriel participaba activamente de este fumadero, lo cual me obligaba a tomar notas a ciegas en el centro de una nube de humo.

Cincuenta millones de dólares para la mensajera de Jerusalén

—Encontrar dinero para comprar las armas de nuestra supervivencia era una obligación vital —empezó, fijando la mirada en el fondo de mis ojos—. Una tarde de enero de 1948 fui convocada con todos los dirigentes de la agencia judía para oír un informe de nuestro tesorero Eliezer Kaplan, que acababa de llegar con las manos casi vacías de un viaje a Estados Unidos adonde había ido a recaudar fondos. La comunidad judía norteamericana, que había sido durante tanto tiempo el principal sostén del movimiento sionista, empezaba a cansarse de nuestros llamamientos. Kaplan declaró que no debíamos esperar recibir de Estados Unidos más de cinco millones de dólares durante los meses siguientes. Este informe fue como una puñalada para nosotros. Sabíamos que para equipar un ejército capaz de resistir a los tanques, a los cañones, a los aviones de los ejércitos árabes regulares hacía falta, como mínimo, cinco o seis veces la suma prevista por nuestro tesorero. Ben Gurión anunció que saldría inmediatamente hacia Estados Unidos a fin de convencer a los norteamericanos de la gravedad de la situación.

»Entonces recordé los días en que postulaba por las calles de Denver para la causa sionista. Pedí la palabra y me ofrecí a Ben Gurión para viajar a Estados Unidos en su lugar.

—¿Cuál fue su reacción? —pregunté.

Golda Meir se echó a reír.

—¡Se puso rojo como un tomate! Detestaba ser interrumpido. Dijo que la cuestión era vital y que era él quien tenía que resolverla. Apoyada por varios de mis colegas, pedí que se procediera a una votación y dos días después fui yo quien emprendió el viaje.

»Esta marcha fue tan precipitada que ni siquiera tuve tiempo de venir a Jerusalén para coger una maleta con algo de ropa. Desembarqué en Nueva York con un frío polar y por todo equipaje un vestido ligero y el bolso de mano. Llegaba a América para intentar reunir millones de dólares y sólo llevaba un billete de diez dólares en la cartera. Un empleado de aduanas me preguntó con asombro cómo pensaba vivir en Estados Unidos con tan poco dinero. Le contesté: Mi familia está aquí. Y dos días después me encontraba temblando de emoción, ante la élite de esta familia en el estrado del salón de baile de un gran hotel de Chicago.

—¿Quién era aquella gente?

—Estaban presentes la mayoría de los grandes financieros de la comunidad judía norteamericana. Habían venido de los cuarenta y ocho Estados para examinar el programa de ayuda económica y social que debían aportar a los judíos necesitados de Europa y América. Lo más asombroso es que su reunión y mi presencia eran una pura coincidencia.

—Debía de sentirse muy intimidada —observé.

—Horriblemente —confirmó Golda Meir, mordiendo un buñuelo—. Hacía varios años que no volvía a Estados Unidos y en mis viajes precedentes sólo había tenido por interlocutores a sionistas fervientes que compartían en general el mismo ideal socialista que yo. Esta gente de Chicago representaba, por el contrario, a un vasto abanico de la opinión judía norteamericana. Mis amigos de Nueva York me habían exhortado a renunciar a esta confrontación porque la mayor parte de los delegados eran indiferentes, o incluso hostiles, a la causa que representaba. Ya estaban acosados por demandas de fondos para sus obras norteamericanas, para sus hospitales, sus sinagogas, sus centros culturales, etc. —Golda Meir se detuvo para lanzar a Avriel una mirada maliciosa—. Como ya nos había dicho nuestro tesorero Kaplan, toda esta gente estaba cansada de solicitudes extranjeras y, en particular, de los llamamientos de los judíos de Palestina. Pero yo me había obstinado y aunque el orden del día de la reunión ya había sido establecido, anuncié mi llegada a Chicago. Esperé tranquila la llamada de mi nombre y subí al estrado.

—¿Tenía algunas notas?

—Ninguna. Sólo quería dejar hablar a mi corazón…

* * *

Larry y yo habíamos encontrado la transcripción del discurso pronunciado por Golda Meir aquella tarde de enero de 1948 ante aquella platea de judíos hostiles a los

valores que ella defendía. Fue una patética muestra de valentía.

«¡Amigos míos! Deben creerme si les digo que no he venido a Estados Unidos con la única intención de impedir que setecientos mil judíos sean borrados de la superficie del globo —exclamó Golda—. Durante estos últimos años, los judíos han perdido seis millones de los suyos y sería, por nuestra parte, una gran presunción recordar a los judíos del mundo entero que algunos centenares de miles de sus hermanos están hoy en peligro de muerte. Pero si estos setecientos mil judíos desaparecen, no cabe duda de que durante siglos no volverá a haber pueblo judío ni nación judía y será el fin de todas nuestras esperanzas. Dentro de pocos meses, un estado judío nacerá en Palestina. Luchamos para que salga a la luz. Sabemos que debemos pagar por ello y derramar nuestra sangre. Los mejores de entre nosotros caerán, eso es seguro. Pero es igualmente seguro que nuestra moral, cualquiera que sea el número de nuestros invasores, no flaqueará».

Después de revelar a sus oyentes que los invasores atacarían con artillería y carros blindados, exclamó:

«Contra semejantes armas, nuestro valor, tarde o temprano, no tendrá más razón de ser, ya que habremos dejado de existir. A menos que hayamos podido comprar a tiempo las armas pesadas que nos permitan afrontar los cañones árabes. Tal es el motivo de mi presencia aquí: he venido a pedir a los judíos de América treinta millones de dólares para comprar estas armas.

»Sabed, amigos míos, que vivimos un presente muy breve —concluyó—. Cuando digo que necesitamos inmediatamente esta suma, no me refiero a dentro de un mes o de dos. ¡Es ahora mismo! No os toca a vosotros decidir si debemos o no continuar el combate. Lucharemos. La comunidad judía de Palestina no izará la bandera blanca ante el Gran Mufti de Jerusalén. Pero sí os toca a vosotros decidir quién se alzará con la victoria, nosotros o el Mufti».

* * *

La emoción sentida por Golda Meir al desplomarse en su silla después de esta dura confrontación era perceptible a veinte años de distancia. Meneó varias veces la cabeza y miró fijamente a Avriel. Sus pequeños ojos negros estaban húmedos.

—Estaba exhausta. Un denso silencio se había abatido sobre el auditorio y por un instante creí haber fracasado. Después, todos los asistentes se levantaron y estalló una tempestad de aplausos. El estrado fue tomado al asalto por los primeros delegados que venían a anunciar el importe de las sumas que se comprometían a ofrecer. Antes del fin de la reunión, se había recaudado más de un millón de dólares. Por primera vez en la historia de las colectas de fondos sionistas, este dinero estaba disponible inmediatamente. Los delegados telefoneaban a sus banqueros y suscribían créditos a su nombre por las cantidades que estimaban poder recoger más tarde en sus

comunidades. Antes del fin de aquella increíble tarde, pude telegrafiar a Ben Gurión que estaba segura de reunir los treinta millones de dólares que necesitábamos.

»Sorprendidos por este triunfo, los dirigentes sionistas norteamericanos me presionaron para que recorriese toda América. Acompañada por Henry Morgenthau, el antiguo secretario de Finanzas de Roosevelt, y por un grupo de financieros, emprendí un peregrinaje de ciudad en ciudad. Renovando mi alegato, tuve la suerte de despertar en todas partes el mismo entusiasmo espontáneo que en Chicago. En cada etapa, la comunidad judía respondía a mi llamamiento con igual generosidad. Cada noche enviaba un telegrama a Tel-Aviv comunicando la totalidad de las sumas recogidas durante el día.

—¿No tuvo un solo momento de desánimo durante el viaje? —le pregunté.

—Sí, uno. Fue en Palm Beach, Florida. Ante la elegante asamblea de comensales reunidos delante del estrado, mirando las joyas y los abrigos de piel, viendo el reflejo de la luna en el mar detrás de los ventanales del comedor, pensé de pronto en los soldados de la Haganah temblando en el frío de las colinas de Judea. Mis ojos se llenaron de lágrimas. Me dije que esta gente no tenía el menor deseo de oír hablar de la guerra y de la muerte en Palestina. Me equivocaba. Antes de terminar la velada, impresionados por lo que les había dicho, los elegantes comensales de Palm Beach habían ofrecido un millón y medio de dólares, lo bastante para comprar un abrigo a cada soldado de la Haganah.

* * *

Llegada a Nueva York con un billete de diez dólares, Golda Meir se marchó cinco semanas después con cincuenta millones. Esta suma representaba diez veces más de lo que había esperado obtener el tesorero Kaplan y casi el doble de lo que Ben Gurión se había fijado como objetivo. Superaba las ganancias ingresadas durante todo el año 1947 por Arabia Saudita, el mayor productor de petróleo de Oriente Medio. Ben Gurión fue a recibir a la mensajera de Jerusalén a su regreso al aeropuerto de Lydda. Nadie mejor que él podía apreciar la amplitud del éxito que acababa de conseguir y su importancia para la causa sionista.

—El día en que se escriba la Historia —le declaró solemnemente—, se dirá que fue una mujer quien permitió que el estado judío viera la luz.

* * *

Al día siguiente de cada una de las etapas americanas de Golda Meir, una pequeña hoja de papel rosa con el membrete de la Zivnostenka Banka llegaba al cliente de la habitación 121 del hotel Alcron de Praga. Anunciaba la transferencia de la suma recaudada en la manifestación de la víspera. Ehud Avriel ya podía adquirir los

tanques, los cañones, los aviones que reclamaba Ben Gurión.

A fin de transportar ese material, Avriel logró convencer a sus amigos checos de que pusieran a su disposición un aeródromo próximo a la pequeña ciudad de Zatec, en la región de los Sudetes recientemente liberada de sus ocupantes alemanes. El modesto terreno y sus escasos hangares no tardaron en convertirse en una auténtica base aérea que albergaba aviones de todos los orígenes y tamaños. Los emisarios de la Haganah los habían comprado en los almacenes de material militar sobrante de la segunda guerra mundial dispersos por toda Europa y América. Uno de estos aparatos, un viejo DC4, transportaría el primer caza Messerschmidt 109 comprado por Avriel con los dólares recaudados por Golda Meir. Este aparato y otros adquiridos después eran esperados con impaciencia: cada noche, la aviación egipcia bombardeaba Tel-Aviv sin encontrar la menor oposición. Una bomba caída en la terminal de autocares acababa de matar a cuarenta y una personas. Se necesitaron varias horas de esfuerzo para hacer entrar el fuselaje del Messerschmidt en la panza del DC4. Después llenaron las bodegas de bombas y cintas de ametralladora a fin de que este primer caza pintado con escarapelas de la estrella de David entrase en acción desde su llegada.

Avriel se había convertido en el mejor cliente de las fábricas de armamento checoslovacas.

* * *

En la primavera de 1949, un armisticio concluido en la isla de Rodas bajo la égida de las Naciones Unidas entre Israel, Egipto, Jordania, Líbano y Siria, puso fin al conflicto que los israelíes llamaron su guerra de independencia. La joven nación había sobrevivido al asalto conjunto de cuatro ejércitos árabes y pagado muy cara su victoria. Alrededor de seis mil de sus ciudadanos habían dado la vida por el nacimiento del nuevo Estado. El hombre discreto que tanto había contribuido a esta victoria había vuelto a Israel seis meses antes. Ninguna delegación gubernamental, ninguna fanfarria, ninguna guardia de honor estaban presentes en el aeródromo de Lydda, rebautizado Lod, para recibirle. Ehud Avriel tomó un *sherout*, un taxi colectivo, hasta la Alta Galilea. Volvía a su *kibbutz* de Neot Mordechai donde le esperaba su mujer Hannah y sus dos hijas en su casita prefabricada con sus jacarandás en flor. Aquella noche toda la comunidad reunida en el refectorio ofreció una fiesta a su héroe. Después, conforme a la costumbre, le propusieron una nueva ocupación en el seno del *kibbutz*. El hombre que había comprado material para equipar a todo un ejército se encargaría de vigilar el mantenimiento de los fusiles destinados a la defensa de la comunidad.

Esta vuelta al redil sólo era provisional. El Estado de Israel todavía necesitaba los servicios de Ehud Avriel. El país que le había vendido las armas para la supervivencia

de los judíos, Checoslovaquia, no tardó en verle de nuevo en calidad de embajador, un puesto estratégico que le permitió asistir al primer ataque soviético contra un Estado europeo. Cinco años después le tocó el tumo al Knesset, el Parlamento israelí, de acoger como diputado a aquel a quien tantos judíos debían el hecho de haber encontrado una patria. Pero la jaula dorada de una asamblea no podía convenir a un hombre más habituado a los desafíos de la sombra que a los efectos oratorios de una sala de audiencias. Avriel volvió a aparecer en Ghana y después en el Congo, en Liberia, en Roma y en Chicago. Este último puesto era, a mediados de los años setenta, más importante que una cartera de ministro en el gobierno de Jerusalén.

El Medio Oeste de Estados Unidos bullía, en efecto, de jóveneS judíos que volvían de Vietnam y a quienes era preciso convencer de que emigraran a Israel. Sería su última cruzada.

Una noche de abril de 1980, cuando se encontraba con mi mujer y conmigo bajo el techo del Gran Pino para pasar unos días de descanso, después de cenar sufrió una crisis cardíaca. Llamé enseguida a un cardiólogo y pasé la noche a su cabecera. A la mañana siguiente ya se había recuperado. Cinco meses después, durante una conferencia que pronunciaba en Jerusalén sobre la diáspora judía americana, le sobrevino un infarto fulminante. Murió en pocos minutos.

Desde entonces voy regularmente con mi mujer a visitarle al pequeño cementerio de su *kibbutz* de la Alta Galilea. Reposa a la sombra de un soto de grandes eucaliptos. Tal vez plantó él mismo estos árboles en 1937 para secar los pantanos infestados de malaria en torno a los primeros barracones donde se alojaron los primeros colonos. La estela de su tumba lleva, en letras hebreas y romanas, su nombre, la fecha de su nacimiento y la de su muerte. Ninguna inscripción recuerda que bajo esa piedra musgosa yace una de las figuras más nobles del Estado de Israel.

6

«*Han asesinado a* Preferido»

Una generosa tregua propuesta por sus hijos había puesto fin a la guerra de fronteras que me había declarado uno de mis vecinos. Yo había echado raíces en mi parcela de península tropeziense. Había construido una pequeña casa provenzal en el mismo lugar donde estaba la cabaña de plancha del vendedor. Para pagar esta construcción, había arrancado al administrador de *Paris Match* un anticipo de varios meses de sueldo.

Construida frente al gran pino, la casa sólo constaba aquel primer invierno de tres habitaciones pequeñas. Larry y yo las llenamos con los novecientos kilos de la documentación de *¿Arde París?* Después, con la ayuda de dos secretarias encargadas además de los quehaceres domésticos, compras y comidas, comenzamos a escribir nuestro primer relato histórico. La casa sería objeto más adelante de diversas ampliaciones gracias al éxito de cada uno de nuestros libros. Un día tendría un comedor —*… O llevarás luto por mí*—, el salón —*Oh, Jerusalén*—, el dormitorio con terraza —*Esta noche, la libertad*—, e incluso la piscina —*El quinto jinete*—.

Como tantas zonas rurales francesas, la península de Saint-Tropez era todavía, a principios de los años sesenta, verdaderamente tercermundista. Tuve que prosternarme hasta el suelo ante el responsable local de la EDF[7] para obtener una línea eléctrica que alimentara mi casa.

—Sólo puedo concederle un único kilovatio —me advirtió el funcionario al entregarme el contrato para la firma.

—¿Un solo kilovatio?

—Lo cual quiere decir que deberá desenchufar el frigorífico y apagar todas las luces cuando mire la televisión —me explicó.

La línea telefónica, obtenida igualmente tras muchos esfuerzos, se extendía de pino en pino para llegar a un aparato sin esfera como en las películas de antes de la guerra. Para obtener un número había que llamar a una operadora por medio de una manivela. El menor soplo de mistral bastaba para arrancar aquellos hilos precarios, condenándonos a un aislamiento cuya duración sólo limitaban nuestras súplicas. Como el aparato se encontraba sobre su escritorio, solía ser Larry quien respondía cuando sonaba el timbre agridulce de esta instalación improvisada. Los parásitos de la línea y su francés a veces vacilante le impedían casi siempre entender bien lo que decían sus interlocutores. Una mañana le vi llegar a mi habitación con la cara descompuesta.

—No tenemos otro remedio que tratar de recuperar nuestros empleos en *Match* y

Newsweek —declaró, abatido.

Acababa de garabatear al dictado de una operadora el texto de un telegrama enviado por nuestro editor Robert Laffont después de su lectura del primer tercio del manuscrito de *¿Arde París?* Corto y lapidario, el telegrama decía: «LIBRO MUY LAMENTABLE - SALUDOS ROBERT».

Después de una noche de insomnio, el cartero nos trajo el original del mensaje. Corrí a buscar una botella de champaña para celebrar la buena noticia. «LIBRO FORMIDABLE» era lo que había telegrafiado Robert Laffont[8].

* * *

Nuestra estudiosa y espartana comunidad se incrementó aquel invierno con un nuevo miembro, *Crin Blanca*, un pequeño y fogoso caballo árabe que compré con un carricoche a un circo ambulante. Era un animal malicioso e incluso cómico, marcado por su vida de saltimbanqui. Cuando le acariciaba el pecho, se sentaba sobre sus cuartos traseros emitiendo relinchos frenéticos para reclamar una recompensa. Al final, sus extravagancias me obligaron a separarme de él. Lo regalé a la hija de Antoine Navaro, el viñador vecino, que ya jugaba un gran papel en nuestra vida. Era nuestro primer lector. Cada sábado, cuando volvía del mercado nos traía un garrafón de su rosado y nosotros le entregábamos a cambio las páginas que habíamos escrito durante la semana. El lunes a la hora del aperitivo regresaba, se sentaba majestuosamente bajo el gran pino y nos hacía partícipes de sus observaciones. El ojo crítico de aquel campesino loco por la lectura era insustituible.

La marcha de *Crin Blanca* dejó un gran vacío. Las páginas locales de *Nice Matin* me informaron un día de que el matadero municipal de Draguignan estaba a punto de sacrificar un lote de caballos procedentes de España. Me precipité allí y descubrí entre los condenados a una soberbia yegua alazana con el muslo marcado por una E rematada por una corona, el hierro de la remonta real española. La salvé de la pistola del verdugo y la compré al precio de la carne de carnicería. En honor del gran pino del que iba a ser compañera, la bauticé *Piña* y me la llevé a casa.

Mis esfuerzos para ensillarla resultaron infructuosos. Rechazaba el contacto con la correa. Cuando acercaba el pie al estribo, exhalaba un grito y saltaba hacia un lado. Por mucho que intentara tranquilizarla, murmurándole mil palabras cariñosas, atiborrándola de zanahorias frescas, retrocedía ante mis avances y bajaba las orejas, intentando morderme. Una mañana, en el colmo del desánimo, resolví devolverla al matadero. ¿Acaso intuyó mi decisión? Porque entonces se produjo un milagro. Ella, que se encabritaba cada vez que intentaba acercarme, ofreció bruscamente a mi monta la espalda inmóvil de una estatua. Este cambio mágico marcó el comienzo de una maravillosa historia de amor que debía durar más de veinticinco años. Aquella

mañana, apenas le rocé los flancos, mi andaluza se lanzó al trote y después al galope, sobrevolando como una gacela las desigualdades del terreno. Me hallaba en un sillón volante. Por desgracia, era un jinete muy poco experimentado para gozar plenamente de este animal que sabía bailar, piafar, cambiar de mano, retroceder como una estrella de los concursos de doma. Nuestra complicidad se construyó sobre otras bases. Cada mañana, antes de escribir la primera línea de la jornada, me evadía al galope por las colinas de encima de la casa. Era el instante mágico en que el campo inmóvil, casi silencioso, recibía el don del día. El cielo se iluminaba dulcemente con un tinte rosado. Entonces, de improviso, el disco rojo salía del mar en el horizonte. Los dos respirábamos a pleno pulmón el aire tonificante de la naturaleza. Yo vivía con éxtasis aquellos suntuosos momentos del otoño. Mientras por doquier esta estación es sinónimo de decadencia, de tristeza, de tonos grises, aquí estallaba como una renovación. El cabrilleo de los pinos piñoneros, las antorchas verde oscuro de los cipreses, el reflejo plateado de los olivos se acentuaban más que en pleno verano. Empleando los caminos de los descortezadores de alcornoque o de los cazadores de jabalíes, las sendas de los corderos, los pasos de las aguas, *Piña* y yo explorábamos un rincón de naturaleza diferente. Me era difícil creer que apenas a cuatro kilómetros del hormiguero estival de Saint-Tropez se extendiera una naturaleza tan salvaje que mi caballo y yo perdimos alguna vez nuestro camino. Al azar de estas exploraciones descubrí los pintorescos pueblos que, de colina en colina, ceñían la península con un collar de fortalezas. Las altas casas apiñadas detrás de las murallas de Ramatuelle, de Gassin y Grimaud son testigos de que esta península había sido una tierra llena de todos los peligros.

Los campesinos quemaban en las viñas haces de sarmientos que difundían por el campo un suave olor a incienso. Las únicas aves que osaban aparecer en esta estación de caza eran las urracas. Ahítas tras el otoño de bayas y uvas, con su plumaje blanco y negro parecían monjas regordetas. Mis paseos solían terminar en las ruinas de un antiguo molino de aceite situado justo encima de Saint-Tropez. Desde este observatorio se me ofrecía uno de los más bellos espectáculos del mundo: la gran mancha del pueblo más abajo y, en su centro, el campanario barnizado de la iglesia, el pequeño puerto con sus mástiles entremezclados y, más lejos, tornasoladas por la luz del otoño, las aguas tranquilas de la bahía salpicada de velas blancas. En la otra orilla divisaba el rompecabezas rojo y blanco de las casas de Sainte-Maxime y, detrás, dibujando en el horizonte una línea blanquecina, el cabrilleo de la nieve sobre las primeras estribaciones de los Alpes.

Poder contemplar estas maravillas a caballo multiplicaba mi felicidad. *Piña* participaba de mi emoción. Ella, que era siempre tan nerviosa, se inmovilizaba en una actitud de escultura ecuestre, dejando que me recogiera en una acción de gracias siempre renovada. Después volvíamos al paso, con las riendas sueltas, embriagados

de alegría tanto el uno como la otra. Ella descendía entonces hacia la casa con la agilidad de un musmón de las cumbres alpinas. Y yo cerraba los ojos, rezando para que nuestro paseo no terminase nunca.

* * *

Larry me sugirió que hiciera parir a la yegua. La idea me entusiasmó. Quería encontrarle como padre al semental español o portugués más hermoso de la región. Llamé a todos los criaderos y remontas que conocía, pero sin resultado. Aquí me proponían un Quarter Horse americano, allí un Appaloosa, allí un Lipizzan, o un árabe o un caballo de silla francés. Entonces un amigo jinete me habló de un caballo portugués que había visto cerca de Fréjus, en una dehesa a orillas del canal de Reyran, detrás de los almacenes Leclerc. Creía que se trataba de un caballo perteneciente a uno de los empleados. Salté a mi coche.

Era uno de esos días melancólicos del equinoccio en que la bruma, la lluvia y el frío despojan a la península y la costa de toda su magia. Me arrastraba detrás de una hilera de camiones, echando pestes contra el humo negro de sus motores diesel mal ajustados y los salpicones de lodo, renegando contra nuestros editores, que reclamaban nuestros capítulos aun antes de que estuvieran escritos, maldiciendo al mundo entero. Mi llegada al almacén Leclerc no habría podido caer peor. Acababa de producirse una catástrofe en el depósito principal. Bajo el efecto de no sé qué seísmo interior, una montaña de botes de confitura se había derrumbado sobre una montaña de rollos de papel higiénico. El resultado era alucinante. El inmenso almacén chorreaba como un río de confitura y papel rosa mezclados. Con botas hasta los muslos, los empleados pateaban en aquel magma intentando evacuarlo a escobazos. Uno de ellos era un hombre bajo de piel aceitunada, delgado y seco como un banderillero español. Se llamaba Raymond Andreni. Él era el propietario del caballo. Me presenté y le expuse el motivo de mi visita. Emitió un largo silbido modulado.

—¿Quiere una monta de mi *Preferido*? —repitió en un tono de extrema reverencia, como si le hubiese pedido al Centauro de la mitología que me hiciera el honor de fecundar a mi humilde yegua.

—Si *Preferido* es en efecto el caballo portugués del que me han hablado, eso es exactamente lo que he venido a pedirle —contesté tímidamente.

Las mejillas aceitunadas del hombrecillo se tiñeron de púrpura.

—*Preferido* no ha concedido jamás sus favores —declaró—, y necesito referencias de su yegua.

Le conté mi historia de amor con *Piña*. Pareció conmovido.

—Bueno —dijo—, pero antes debe usted conocer a mi caballo.

Me indicó que le siguiera. Ahogando mi depresión en el océano de fango pegajoso y rosado que se extendía a nuestro alrededor, me acoplé a su paso.

Llegamos ante una puerta que daba a un canal estrecho. A la izquierda, apoyada contra el almacén, había una pequeña cabaña de tablas desajustadas y aspecto muy inestable. No tenía ventana y un trozo de alambre viejo servía de cerradura de su única puerta. Andreani lo desenroscó para hacer girar el batiente. Lo que vi entonces en la sombra permanecerá grabado para siempre en mi vista.

¡Un monstruo de la prehistoria! Una masa de músculos y huesos impresionante por su poderío y belleza. Su pelaje bayo oscuro era tan brillante que reflejaba el menor rayo de luz. Unas espesas crines envolvían su cuello de toro. Trenzadas en largas haces, las crines de la cola descendían hasta el suelo en volutas majestuosas. Lo más sorprendente era la placidez aparente de esta fuerza mitológica cuyo menor estremecimiento habría podido convertir en astillas la jaula de tablas que la encerraba. Su dueño parecía mantener con el caballo una asombrosa complicidad. A una serie de silbidos, respondió con un relincho atronador. Andreani se deslizó en el interior, pasó por debajo de su vientre para acariciarle las dos enormes bolsas que pendían entre sus muslos. Después dio la vuelta al animal, palmoteándolo amorosamente por doquier antes de posar los labios sobre su hocico. El semental recibió el homenaje con un placer goloso. Y esto no fue más que el comienzo de mis sorpresas.

El empleado del almacén Leclerc tenía en la sangre otro virus además del comercio de gran distribución. Me condujo a lo largo del canal hasta una vieja caravana. Era donde vivía. Me pidió que tuviera paciencia unos instantes y desapareció en el interior. Unos minutos después volvió a salir, metamorfoseado. Creí ser víctima de una alucinación. Había cambiado su mono azul de faena por una camisa blanca de puños bordados, un chaleco, una chaqueta corta muy ajustada y un par de pantalones grises rayados sobre botas andaluzas armadas de espuelas. Un ancho sombrero de bordes redondos y con barboquejo, como los de los vaqueros de toros salvajes, completaba su atuendo.

Entonces inició una larga y minuciosa limpieza del caballo, que se dejaba hacer en una inmovilidad voluptuosa, permitiendo a Andreani pasar una y otra vez bajo su vientre para almohazarlo y cepillarlo hasta en las partes más íntimas. Después le puso sobre el lomo una silla andaluza adornada con incrustaciones. El contacto con la correa hizo temblar de impaciencia a *Preferido*. Antes de montarlo a horcajadas, Andreani condujo a su caballo a pie al otro lado del almacén. Yo los seguí. Descubrí entonces sobre el terraplén entre el canal y el almacén un decorado completamente surrealista: un pequeño ruedo hecho con traviesas de ferrocarril fijadas en el suelo. Cerca estaba aparcado un viejo Peugeot 403. Andreani se sacó una casete del bolsillo y la introdujo en el reproductor del salpicadero. Enseguida estallaron los acentos endiablados de un pasodoble. Atraídos por la música, decenas de pilluelos acudían ya de las casas de alrededor para venir a encaramarse sobre las traviesas del ferrocarril.

No eran todavía «las cinco de la tarde», pero la juventud del barrio sabía que cada tarde el rejoneador del almacén Leclerc ofrecía un espectáculo poco común.

Armado con una corta pica, Andreani montó su semental e hizo una entrada majestuosa en la arena de su ruedo improvisado. A una señal suya, un espectador abrió la puerta de una jaula de plancha que servía de toril. Entonces vi aparecer un toro del tamaño de un novillo, tan negro como los miuras de los grandes espacios andaluces. La fiera se lanzó enseguida hacia el caballo y su jinete. El ruedo era tan pequeño que creí inevitable el choque. Pero con un golpe de espuela, el jinete había arrancado su montura del contacto con los cuernos. Excitados por el duelo, la música y los gritos, toro y caballo se perseguían ahora en un galope circular cada vez más cerrado. Andreani frenaba, aceleraba, cambiaba de trayectoria, obligando al caballo a acrobáticas piruetas en los límites del equilibrio. Era fabuloso. Con los ollares dilatados, y el pecho, el cuello y los flancos chorreando espuma, *Preferido* liberaba su fuerza salvaje en elegantes arabescos que entusiasmaban a la joven concurrencia. El juego continuó hasta el último *tremolo* del pasodoble. Exhaustos, hombre, caballo y toro se inmovilizaron. El jinete y su montura salieron del círculo en varios cortos y graciosos pases. Sólo había faltado Goya para inmortalizar estos pocos minutos de magia.

* * *

Me apresuré a llevar a *Piña* junto a aquel caballo mítico. Pero el brusco cambio de ambiente la traumatizó tanto que durante varios días se dejó literalmente morir de hambre. Rechazó todos los avances de su enamorado con resabiadas coces que cortaron profundamente el pecho del semental. Fue preciso desherrarla y trabar sus cuartos traseros en cada presentación. Por suerte, el caballo no le guardó rencor por ese mal humor. Paciente, renovó sus tentativas. *Piña* acabó por dejarse seducir y pude llevármela a casa. Once meses después me dio una potranca, de un delicado color ceniza. En honor de su fenómeno padre, la bauticé *Preferida*.

La elección de este nombre resultó ser un acierto trágico.

Unos días después del nacimiento, oí de improviso una voz que sollozaba por teléfono. Era Raymond Andreani. Me llamaba para anunciarme que *Preferido* había sido asesinado. Tenía la costumbre de dejarlo libre las tardes y noches de verano en un pequeño parque habilitado cerca de su caravana, a lo largo del canal. Una mañana le encontró con las patas tiesas, como entumecido. En el primer momento pensó en una congestión o una infosura. Llamó a un veterinario y no abandonó a su caballo ni un minuto, cuidándolo como a un niño, con ayuda de perfusiones, cataplasmas, inyecciones de antibióticos y lavativas. Los análisis de sangre, de saliva y de orina no revelaron ninguna patología concreta. *Preferido* se moría por una causa desconocida. Su dueño se instaló un catre en la cabaña. La agonía duró cuatro días y cuatro noches.

Por la mañana del cuarto día, el poderoso caballo, que se burlaba de los cuernos de un toro bravo, se acostó sobre el flanco y exhaló el último suspiro. Loco de dolor, Andreani decidió hacerle practicar la autopsia. Se descubrió que el animal había muerto por una bala de rifle del 22 alojada en el bazo. El orificio de entrada del proyectil era tan pequeño que había pasado desapercibido. Las pocas gotas de sangre seca que tenía en el pelaje en ese lugar podían tomarse por una banal picadura de tábano.

—Dominique, han asesinado a *Preferido* —repetía, llorando, el pobre Raymond.

Enseguida le ofrecí la joven potrilla nacida de los amores de su amado caballo. En ella encontraría lo que había querido tan apasionadamente en él. Raymond rechazó mi proposición. Ningún otro caballo podría sustituir jamás al animal que ofrecía cada tarde la emoción de la fiesta a un puñado de chiquillos maravillados de un pequeño puerto de Provenza.

7

Don Quijote y veinticinco piratas contra los tiranos

Quinientos periodistas del mundo entero habían invadido los hoteles del puerto brasileño de Recife como una nube de saltamontes. Incluso China había enviado a reporteros y fotógrafos. La causa de esta formidable movilización mediática era un hecho distinto de lo que el mundo había conocido nunca: el secuestro en alta mar de un paquebote portugués, el *Santa Maria,* con sus seiscientos treinta pasajeros y trescientos noventa tripulantes.

El autor de esta increíble hazaña, el capitán Henrique Galvão, de 67 años, era un antiguo militar y administrador de las colonias africanas de Portugal. Por este acto de piratería, el oficial y su pequeña banda de revolucionarios portugueses y españoles de boinas negras querían atraer la atención del mundo hacia las tiranías fascistas que aún sometían a sus dos países. Habían esperado poder conducir su navío a Angola, para fomentar allí un levantamiento a fin de acabar con las dictaduras de Lisboa y Madrid. Su tentativa había fracasado. Rodeado de una jauría de barcos de guerra norteamericanos, el *Santa Maria* navegaba frente a las costas brasileñas en espera de desembarcar a sus rehenes. Nadie sabía dónde y cuándo se operaría esta liberación, ni cómo terminaría la aventura del capitán y de sus compañeros. Todas las policías de Brasil estaban en pie de guerra y corría el rumor de que un comando de la siniestra PIDE, la policía política portuguesa, había llegado de Lisboa para liquidar a Galvão en cuanto bajara a tierra.

Yo formaba parte de la horda de periodistas que se había abatido sobre Recife para cubrir este acontecimiento espectacular. La misión que me había confiado el redactor en jefe de *Paris Match* era de una extrema sencillez. Todos los redactores en jefe de todas las otras revistas habían confiado la misma a sus enviados especiales: realizar un reportaje fotográfico a bordo del barco y obtener del jefe de los piratas el relato exclusivo de su extravagante aventura. Un buen mozo alto y rubio, cargado de cámaras fotográficas, me esperaba en el aeropuerto. Veterano de la guerra de Indochina y de media docena de otros conflictos y revoluciones, especialista en misiones muy difíciles, Charles Bonnay, veintiocho años, era un fotógrafo estrella de nuestra profesión. Su sola presencia indicaba que yo no llegaba a Brasil para un viaje de recreo.

—¿Sabes dónde se encuentra ese maldito capitán con su barco? —pregunté ingenuamente.

Charles lanzó una carcajada. La blancura de sus dientes brillaba en su rostro

bronceado.

—En alguna parte de alta mar. A cien o ciento cincuenta millas de aquí. La marina norteamericana se niega a facilitar la menor información. Tendremos que encontrarlo por nuestra cuenta.

Esta audaz sugerencia nos condujo al puerto de Recife para intentar alquilar un barco de pesca. El yate de Aristóteles Onassis nos habría costado menos dinero que el viejo langostero a bordo del cual pasamos el día entero vomitando la primera papilla en una marejada de cuatro metros de altura sin divisar ningún signo del paquebote pirata. Una mañana, en el colmo de la impaciencia, Charles me cogió del brazo.

—Consígueme un paracaídas. Buscaremos el barco por avión y saltaré sobre él.

—¿Un paracaídas? —repetí, incrédulo.

Sabía que Bonnay había participado en operaciones aerotransportadas en Tonquín y en Egipto durante la expedición de Suez, pero la idea de lanzarlo desde el cielo al puente de un buque se me antojó totalmente loca.

—¿Y los tiburones? —pregunté con inquietud—. La zona está infestada.

Bonnay rechazó la objeción con desprecio.

—No pueden ser peores que los viets.

Localizar al *Santa Maria* en avión y subir a bordo en alta mar era, sin duda, nuestra mejor posibilidad de vencer a los fotógrafos de la competencia. Partimos, pues, en busca de un paracaídas. Así que nos encaminamos a la base aérea local. Un coronel bajo con galones nos recibió efusivamente. Era el comandante de la base. Nuestra petición pareció divertirle muchísimo.

—Voy a prestarle mi paracaídas personal —declaró a Charles—. ¿Cuánto pesa usted?

—¡Noventa kilos! —contestó mi camarada, que olvidaba los kilos ganados desde su llegada en los bares brasileños.

—¿Noventa kilos? Es una contrariedad. Yo sólo peso sesenta y cinco kilos y el velamen de mi paracaídas corresponde a este peso. Correría el peligro de caer un poco deprisa.

—No tiene importancia —replicó Charles—. El agua amortiguará la caída.

Nos llevamos el paracaídas del pequeño coronel y partimos a la búsqueda del aeroclub de Recife para alquilar un avión. Por el camino, obligué a Charles a detenerse ante una droguería, donde compré un gran cuchillo de cocina.

—Por lo menos, podrás cortar las correas del paracaídas si caes en el agua —dije, ofreciéndole el instrumento.

—Piensas en todo —se asombró mi camarada.

—Espera, tengo otra cosa.

Se trataba de un gran sobre de celofán que contenía un polvo rosado muy fino.

—¿Qué es esto? —inquirió Charles, intrigado—. ¿Caballo?

—No, polvo antitiburones. Lo repartes por el agua a tu alrededor y los bichitos se largan a toda velocidad. El tipo me ha jurado que era radical durante cinco o seis minutos. Justo el tiempo de salir del agua, porque después los tiburones vuelven con más ferocidad aún.

El fotógrafo asintió con una leve sonrisa sarcástica.

Los enviados de *Life*, del *New York Times*, del *Washington Post*, del *Asahi* de Tokio y de varias otras grandes revistas ya habían saqueado los mejores aviones del aeroclub. Sólo quedaba un viejo Piper deslucido. Su piloto, un negro atlético que se parecía a Cassius Clay, nos aseguró que era capaz de cruzar el Atlántico de un golpe de ala. Exigió quinientos dólares, pagaderos por adelantado, por dos horas de exploración a lo largo del litoral.

Charles se colocó el arnés de su paracaídas, fijó las correas y se sujetó en torno a la pierna derecha el maletín estanco que contenía su material fotográfico. Lo miré con inquietud: su peso aceleraría aún más la caída de mi camarada.

El mar era de un azul casi negro, irisado aquí y allí por regueros de espuma blanca. Aparte de un petrolero de escaso tonelaje y algunos cargueros, no se veía ni la sombra de un paquebote en el horizonte. Pronto estuvimos completamente solos sobre la inmensidad, sin ningún punto de referencia. La tierra había desaparecido. Yo espiaba nerviosamente el ronroneo del motor. Transcurrió una hora. El piloto anunció que daba media vuelta. Enseguida, el avión inició un viraje hacia la derecha. Entonces Charles exhaló un grito.

—¡Mira!

El *Santa Maria* estaba allí, como una monumental catedral, con su gran chimenea amarilla estriada de rayas verdes y rojas. A varios centenares de metros lo escoltaba un destructor de la Marina estadounidense. Charles indicó al piloto que perdiera altitud y diera vueltas en torno al paquebote. Distinguí a unos pasajeros haciéndonos grandes señales. El barco había sido rebautizado. Su nuevo nombre estaba pintado con enormes letras rojas en la cubierta corrida del puente superior. Se llamaba *Santa Libertade*.

Charles examinó atentamente el estado del mar. Era liso como un espejo, lo cual indicaba una ausencia casi total de viento. Si saltaba en vertical sobre el buque, habría incluso buenas posibilidades de aterrizar directamente sobre el puente superior. Hizo una seña al grueso negro para que tirase un poco de la palanca, ya que el avión debía volar a la altura suficiente para dar tiempo de abrirse al paracaídas. La flema de mi camarada me maravilló. La idea de caer en el mar infestado de tiburones no parecía ocurrírsele siquiera.

Los puentes y las crujías del paquebote se habían llenado de gente. Algunos agitaban banderas y pancartas. Una de éstas decía: «Libremos de los fascistas a España y Portugal». Cierta efervescencia parecía reinar igualmente a bordo del

destructor estadounidense.

—OK, amigo. ¡Hasta la vista en Recife! ¡Pon a enfriar el champaña!

Con estas palabras, Charles saltó al vacío. Exhalé un suspiro de alivio a la vista de la corola blanca que se abrió casi en el acto, justo en la vertical del buque. El descenso me pareció terriblemente rápido. ¿Y si se caía dentro de la chimenea? Vi a Charles tirar de sus tirantes y tuve la impresión de que la caída se lentificaba un poco. Pero quizá sólo era una ilusión. Me clavé las uñas en las palmas. Me pareció que los últimos metros pasaron a la velocidad del rayo. Abajo, la gente agitaba los brazos con creciente frenesí. Unos segundos más y mi camarada se aplastaría sobre el puente. Una visión de pesadilla. De improviso, la corola blanca desapareció de mi vista. Exploré con la mirada las estructuras del buque y después el mar que lo rodeaba. Por fin volví a encontrarla, flotando sobre las olas entre el *Santa Maria* y el navío de guerra norteamericano. ¡Uf!

Lo que vi entonces desde lo alto de mi pequeño cacharro se grabaría para siempre en mi memoria. La velocidad de la caída y el peso del maletín habían arrastrado a Charles a varios metros de profundidad. Excelente nadador, reapareció en la superficie al cabo de pocos segundos. Pero el peso del paracaídas mojado amenazaba con arrastrarle hacia el fondo del mar. Los pasajeros le animaban a gritos. El capitán Galvão había hecho bajar inmediatamente una lancha al mar. El comandante del destructor norteamericano le había imitado y las dos embarcaciones navegaban velozmente en socorro del náufrago. Uno de los marineros americanos se mantenía de pie en la proa de su chalupa con un fusil apuntando al mar, listo para disparar contra el primer tiburón que mostrara intención de acercarse. Yo seguía con el corazón palpitante la carrera de los dos barcos en dirección a Charles. Se habría dicho que disputaban una competición. Pero la lucha era desigual. Los bíceps de los marineros portugueses no podían rivalizar con el potente motor de la lancha de la Navy. Imaginé la rabia, la frustración, el desespero de mi camarada al ver aproximarse hacia él a esos salvadores con gorras blancas a punto de quitarle su exclusiva por pocos segundos. Le vi incluso dar un puntapié a su lancha para apartarla. Era inaudito. Más tarde supe que había gritado a los americanos: «*Go away*! ¡Largaos!»

El destructor había bajado al agua una segunda lancha equipada con ganchos y bicheros. A pesar de su valentía, Charles iba a ser capturado como un vulgar pez espada. Esquivando sus puñetazos e incluso su cuchillo de cocina, cuatro marineros lograron por fin cogerle e izarle a bordo de su embarcación. Fue transferido en el acto al buque de guerra. Le dieron ropa seca. Después, tras haber confiscado sus aparatos, el comandante mandó encerrar al enviado especial de *Paris Match* en la cárcel de a bordo.

* * *

Los americanos no liberaron a mi infortunado compañero. No hasta la llegada del paquebote pirata al puerto de Recife al cabo de tres días. Yo estaba completamente decidido a vengarme. Llevaba dos mil dólares escondidos en billetes pequeños que me proponía ofrecer al capitán Galvão a cambio del relato exclusivo de su captura del *Santa Maria*. Pero atracado en el muelle, el paquebote era de un acceso aún más difícil que en alta mar. Después del desembarco de los pasajeros y la tripulación, decenas de policías brasileños lo habían rodeado de un cordón infranqueable. El jefe de los piratas se había quedado a bordo con sus hombres. Corría el rumor de que tenía intención de llevar el barco a alta mar para barrenarlo y perecer con él. Centenares de periodistas impacientes se apiñaban contra las barreras de seguridad, dispuestos a todo para subir a bordo y entrevistar y fotografiar al héroe de esta aventura rocambolesca.

—Sería preciso agenciarse un disfraz —declaró Charles, siempre adelantándose con una idea.

Apenas había pronunciado estas palabras cuando un furgón de bomberos se paró a nuestro lado. Dos chaquetas de cuero y rutilantes cascos pendían de una ventana. Intercambiamos una mirada de complicidad y apenas diez segundos nos bastaron para endosarnos ese providencial atuendo. Franquear los controles y subir por la escala real dejó de tener dificultad alguna. ¿Quién osaría impedir hacer su ronda a unos bomberos? Aunque sus botas de bomberos fueran unos mocasines de Gucci…

Encontramos al «capitán pirata» en el bar de las primeras clases sorbiendo tranquilamente un whisky con soda con su jefe de estado mayor. Los «corsarios» que le rodeaban parecían más pañoleros mal afeitados que héroes de una cruzada revolucionaria. En cambio, Galvão nos impresionó por su prestancia. Alto y flaco, con el rostro iluminado por una mirada de un azul acerado bajo tupidas cejas, tenía el aire de un condotiero del Renacimiento. Sus cabellos apenas grises, peinados hacia atrás con elegancia, le hacían parecer más joven de lo que era. Lo que más llamaba la atención era la mezcla de autoridad y distinción que denotaban su frente alta, su mentón enérgico y sus finos labios. A Velázquez o Philippe de Champaigne les habría complacido pintar a este personaje viril y romántico al mismo tiempo. Su vida había sido una sucesión de aventuras inspiradas por pasiones diversas.

* * *

Nacido en esas orillas del Tajo que a tantos exploradores habían procreado, Henrique Galvão abrazó a los veinte años la carrera de las armas. Pero la vida militar se le antojó muy pronto demasiado asfixiante a este carácter impetuoso devorado por ideas libertarias. Creyendo combatir por una causa justa y pura, diez años más tarde participó en un golpe militar que barrió una república decadente y corrompida para llevar al poder a un oscuro pero íntegro profesor de economía de la Universidad de

Coimbra llamado Antonio Oliveira Salazar. Su recompensa fue un puesto de gobernador de una provincia de Angola, a la sazón la perla del imperio colonial africano de Portugal. Seis años de una sinecura dorada que habían hecho del joven oficial un temible fusil de caza —se decía que había matado un centenar de elefantes y por lo menos ciento cincuenta leones— y uno de los escritores portugueses más prolíficos. Aprovechando las largas veladas, había devorado centenares de obras literarias y aprendido el francés, el español, el inglés y una media docena de otras lenguas y llenado su memoria con miles de versos de Virgilio, Byron, Goethe y Hugo. Manejando la pluma con tanto acierto como la carabina, había probado todos los géneros, produciendo tanto novelas como relatos, obras de teatro e incluso dramas en verso. Pero sobre todo la experiencia africana había permitido al joven oficial enamorado de la justicia y la libertad descubrir las infamias de un sistema colonial esclavista y corrompido. Oficialmente, Portugal no tenía imperio sino sólo provincias de ultramar. Estas provincias representaban veinte veces el tamaño de la metrópoli. Eran los territorios del África negra más vastos poseídos jamás por el hombre blanco. Sus gigantescas plantaciones de café y de algodón en manos de un puñado de colonos, sus minas de diamantes, cobre y manganeso, sus recursos en marfil, en pieles, en maderas preciosas proporcionaban a varios privilegiados de la metrópoli riquezas que ninguna otra nación colonial obtenía de su imperio. A las críticas, los portugueses respondían que sus provincias de ultramar no practicaban ninguna segregación entre comunidades negras y blancas. Los matrimonios interraciales no estaban prohibidos, y ningún hotel negaba una habitación a un africano a causa del color de su piel. Con la condición de hablar portugués, vestir a la europea y pagar impuestos, todo africano podía incluso reivindicar la calidad de *assimilado* y gozar de los mismos privilegios que los blancos venidos de la metrópoli. Tales eran por lo menos los principios, ya que la realidad, como debía de advertir Galvão, era bien diferente. Menos de uno entre cien negros de Angola y Mozambique era considerado oficialmente un *assimilado* y tratado como tal. Los noventa y nueve restantes sufrían condiciones de vida y de trabajo próximas a la esclavitud. El analfabetismo afectaba a la casi totalidad de la población indígena. No existía ni una sola escuela superior en toda el África portuguesa. Ascendido a inspector de la administración colonial, Galvão no había cesado de denunciar estas carencias. Pero sus informes acusadores eran regularmente enterrados por un poder que no apreciaba mucho las críticas.

Desanimado, recurrió directamente a los diputados del Parlamento de Lisboa. Sus revelaciones sobre las complicidades de la administración colonial con los traficantes de esclavos causaron sensación. El poder se vengó duramente. Retirado forzosamente, Galvão tuvo que abandonar África. La sanción reforzó su voluntad de combatir con todas sus fuerzas la dictadura de aquel a quien había contribuido a llevar al poder. Inició una carrera de justiciero y revolucionario. Pero la PIDE, la

policía política de Salazar, vigilaba estrechamente a los opositores del régimen. En el curso de un registro en casa del ex gobernador, sus agentes descubrieron en el fondo de un jarrón chino un documento que exponía minuciosamente el mecanismo de un golpe destinado a destituir al jefe del Estado. El texto estaba escrito a mano por el propio Galvão. Aunque pretendió que se trataba de una obra de teatro cuya acción se desarrollaba en un país imaginario, el pretexto era demasiado perfecto para no impedir definitivamente a su autor el ejercicio de cualquier actividad molesta. Henrique Galvão fue encerrado en un calabozo de la prisión fortaleza de Caixas. Pretextando locura, consiguió ser trasladado a un hospital psiquiátrico. Burlando la vigilancia de sus guardianes, recibió allí a muchos amigos y simpatizantes políticos, sin olvidar a varias mujeres hermosas sensibles al encanto de este revolucionario tan distinguido.

Dieciocho meses después se escapó apoderándose de la bata blanca de un médico. Disfrazado después de repartidor, fue a llamar a la puerta de la embajada de Argentina para pedir asilo político. El dictador Salazar dejó escapar a aquel incorregible adversario. «¡Que vaya a hacerse olvidar lo más lejos posible!», declaró.

Era conocer mal al personaje. Apenas llegado al otro lado del Atlántico, Galvão dirigió al dictador de Portugal una carta abierta reproducida por numerosas publicaciones internacionales.

«Me he evadido de tus garras, mi querido Salazar —decía—, de tus odios feroces, de tu Gestapo todopoderosa, de tus jueces y tribunales especiales, de tus tiranuelos enriquecidos, de tus mercenarios idólatras, de tu ejército de ocupación, de tus prisiones y campos de concentración, de tu feria de favores, de tus discursos sin respuestas y de tus mentiras magistrales».

A continuación Galvão interpelaba a Salazar sobre el balance de un régimen que, afirmaba, había «reducido a un pueblo sencillo y amable a la miseria moral y material de los pueblos de los países totalitarios». Denunciaba el nivel de vida más bajo de Europa, una administración corrupta, un ejército sin valor moral ni espíritu militar, un gobierno de mediocres, una política colonial feudal.

«Tenemos la ilusión de vivir en paz —concluía—, pero esta paz, como la de Rusia y sus satélites, es la paz de los rebaños y de los cementerios».

El autor de esta requisitoria no se hacía ilusiones. Sabía que haría falta mucho más que una carta abierta para romper el silencio en torno a la dictadura y arengar a los portugueses y al resto del mundo a la movilización. Sólo una operación espectacular podría acabar con la tiranía. La captura del *Santa Maria* y de sus seiscientos pasajeros fue el instrumento de esta esperanza.

El pirata secuestrado

La repentina irrupción de dos periodistas disfrazados de bomberos en el bar de su buque pareció divertir al capitán pirata y sus compañeros. Después de aceptar un whisky, expliqué en francés a Henrique Galvão el objeto de nuestra presencia y me saqué del bolsillo un fajo de billetes.

—Capitán, ¿me permite ofrecerle estos dos mil dólares a cambio del relato exclusivo de su captura del *Santa Maria*? —le dije.

—De acuerdo —dijo en francés—. Le concederé la exclusiva de mi testimonio, pero me gustaría que pudiéramos hacerlo en otro lugar. Aquí nos arriesgamos a que nos molesten.

La idea de poder escamotear en mi provecho al hombre perseguido por toda la prensa, buscado por todas las policías de Brasil y Portugal, se me antojó completamente delirante.

—Puedo ofrecerle la hospitalidad de mi modesta habitación de hotel —dije enseguida.

—No necesitamos nada más —accedió el portugués.

Entonces conduje al capitán al puente para que Charles pudiera borrar, mediante una espectacular serie de fotografías, su fallida intentona de subir a bordo en alta mar. Después, gracias a la complicidad de los piratas, abandonamos discretamente el barco ocultos en un bote con toldo. Una hora más tarde, un taxi nos dejó frente a mi hotel. Como todas las habitaciones de los grandes hoteles de Recife habían sido tomadas al asalto, yo había tenido que alojarme más lejos, a unos veinte kilómetros del centro, en un establecimiento de segunda categoría que llevaba el bonito nombre de *Boa Viagem* —Buen Viaje—. No me podía llegar a creer que hubiera conseguido secuestrar a uno de los piratas más célebres de la historia.

Sin embargo, la partida aún no estaba ganada. En primer lugar, porque estaba casi ciego. Un insecto me había picado en el ojo derecho, provocando una infección muy dolorosa. Galvão se apoderó del frasco de colirio y me cuidó él mismo. Diez veces en el curso de la noche renovó estos cuidados sin los cuales me habría resultado difícil recoger su relato. Pero esta dolencia pasajera me preocupaba menos que un misterioso vaivén de pasos por el pasillo. Estos pasos se detenían cada dos o tres minutos ante la puerta de mi habitación. Entonces, en el rayo de luz que se filtraba del exterior aparecían las puntas de unos zapatos negros. Tenía la impresión de que una oreja se pegaba contra el tabique para escucharnos. ¿Se trataba de un agente de la policía política de Salazar? Mi habitación era muy propicia para una de esas discretas ejecuciones a las que tan acostumbrados están los servicios secretos. Bastaba derribar la puerta de un golpe de hombro y disparar con una pistola equipada con un silenciador. Como a los asesinos no les gustan los testigos, mi liquidación estaba prácticamente asegurada.

Participé mi inquietud a mi invitado, pero sólo obtuve un encogimiento de hombros indiferente. «Haciéndome asesinar, Salazar pondría a Brasil en un grave aprieto. Le creo demasiado inteligente para esta metedura de pata».

La voz cálida y aterciopelada del capitán portugués tenía un tono tan persuasivo que acabé por olvidar el peligro. Hablaba un francés pulido que embellecía a su gusto con subjuntivos y expresiones raras y refinadas. Su dicha de poder expresarse en la lengua de sus ídolos, Voltaire y Hugo, estallaba en cada frase.

* * *

—Era un hombre solo, sin un céntimo, sin apoyo político, sin relaciones, sin amigos —empezó—. Argentina me había concedido asilo político, prohibiéndome toda actividad contra el régimen de Lisboa. No podía ir a Brasil, donde Salazar me había hecho declarar «persona non grata». Por consejo de dos compatriotas exiliados, al final fui a instalarme en Caracas, Venezuela, donde encontré algunos portugueses de buena voluntad dispuestos a sumarse a mi combate, y un pequeño grupo de republicanos españoles que habían huido de su país después de la guerra civil. Les propuse la creación de un Movimiento Ibérico de Liberación que sería una réplica del pacto que Salazar había concertado con Franco. Pero ¿para hacer qué? Europa estaba lejos y la opinión mundial se desinteresaba totalmente de nuestra causa. Soñaba con la acción. Pero ¿qué acción? Pronto me quedé sin dinero para pagar el alquiler. Me acogieron unos amigos. Encontré un pequeño trabajo de administrativo en una sociedad inmobiliaria. Ganaba mil bolívares al mes, dos veces menos que lo que costaba una metralleta de ocasión.

»Una mañana en que me sentía particularmente torturado por las dudas, me fijé en varias líneas perdidas en medio del *Diario de Caracas*, el principal rotativo de Venezuela. Este entrefilete anunciaba que el paquebote portugués *Santa Maria* había arribado al puerto de La Guaira, la escala que hacía todos los meses con ocasión de su crucero entre Lisboa, Venezuela, Curaçao y Miami. De repente, se inflamó mi imaginación. Si pudiéramos apoderamos de este buque y conducirlo hasta África para reclutar allí un ejército de liberación, podríamos derrocar a Salazar y a Franco. El mundo entero se pondría en alerta. Los movimientos de oposición portugueses y españoles se verían obligados a entrar en acción. En suma, sería un formidable electrochoque capaz de reanimar la confianza de mis compatriotas en una próxima liberación. Decidí, pues, apoderarme del *Santa Maria*…

»Envié a mis hombres en busca de todas las informaciones posibles. Se disfrazaron de descargadores de muelle y subieron a bordo del *Santa Maria* durante la escala siguiente. Estudiaron cada uno de los puntos que nos interesaban: ¿cuáles eran los recursos de combustible del buque? ¿Dónde se aprovisionaban de víveres, de agua dulce, de fuel-oil? ¿Cuál era el número aproximado de pasajeros en cada viaje?

¿Cuáles eran las opiniones políticas de la tripulación? ¿Había agentes de policía secreta a bordo? ¿Disponían de un plan para hacer frente a una amenaza del exterior? ¿Existían puertas blindadas para impedir el acceso a la pasarela? Mientras tanto, yo, haciéndome pasar por un honorable abuelo deseoso de ofrecer un crucero marítimo a mis nietos, fui a procurarme a la sede local de la compañía de navegación todos los folletos y planos disponibles. La compañía había cometido incluso la imprudencia de mandar hacer una monumental maqueta del *Santa Maria*, que había expuesto en medio del vestíbulo de la agencia de viajes Hulton, en pleno centro de Caracas. Con los ojos disimulados detrás de gruesas lentes negras y la cabeza oculta bajo una colección de sombreros, de formas y colores siempre diferentes, examiné día tras día esta representación del *Santa Maria* para impregnarme de la configuración de la estructura hasta el más ínfimo detalle. Esas horas de observación minuciosa ante la réplica del buque serán siempre uno de mis recuerdos más emocionantes».

Cuatro viejos fusiles para la piratería del siglo

—Por fin, un día subí a bordo —continuó Galvão—. Con mis alpargatas y mi camiseta de flores, tenía el aspecto de un perfecto turista. Pude pasearme de una punta a otra del buque durante dos horas sin que nadie notara mi presencia. Subí hasta el puente de mando. Estaba desierto. Durante unos segundos, incluso empuñé el timón. Después bajé al puente de más abajo y vislumbré al comandante en su camarote, discutiendo con uno de sus oficiales.

»El buque tenía ocho puentes. Era suficiente ocupar las dos estructuras superiores, es decir, el puente de la timonera y de la cabina de radio y el de los camarotes de los oficiales, para hacerse con el mando total del navío. Sólo dos escaleras accedían a las estructuras sensibles. Dos hombres armados colocados al pie de cada una de ellas impedirían cualquier contraataque. Abandoné el *Santa Maria* convencido de que su captura sería un juego de niños.

»En cambio, para reunir, equipar y armar el comando de la operación Dulcinea —cien hombres por lo menos— necesitaba al menos treinta mil dólares. Ahora bien, la miserable hucha que acumulaba desde hacía meses no representaba ni un tercio de esa suma. Me vi obligado a reducir nuestros efectivos a veinticinco hombres solamente. Nuestro armamento era ridículo. Comprendía una metralleta Thompson que nos había costado trescientos dólares, una pistola ametralladora muy usada que debía de haber petardeado en todas las revoluciones de América del Sur; cuatro fusiles viejos; seis revólveres y apenas el mismo número de granadas.

»El problema crucial lo constituyó la compra de los billetes del viaje. Un pasaje

de tercera clase de Venezuela hasta Lisboa costaba ochocientos bolívares, casi doscientos dólares. Tres días antes del día D, nos faltaban seiscientos dólares para comprar los tres últimos billetes. Tuve que aplazar la operación Dulcinea hasta el mes siguiente.

»Por fin llegó el día de la operación. Uno solo de entre nosotros debía subir a bordo sin billete. Era yo. Mi nombre era demasiado conocido. Su sola mención en una lista de pasajeros podía alertar a las autoridades y hacer fracasar la operación. Para estar seguro de que nadie me reconociera, decidí camuflarme con un bigote falso y no subir a bordo hasta la escala de Curaçao, unos minutos antes de que el *Santa Maria* levase anclas con rumbo a Miami. Tomé, pues, un avión hacia la pequeña isla holandesa a fin de esperar allí el paso del buque.

»En cuanto a mis compañeros, debían embarcar en La Guaira, Venezuela. Habían desmontado sus armas y habían repartido las piezas en diversas maletas, identificadas por una pequeña cruz blanca. Habíamos comprado la complicidad de un aduanero. Este signo evitaría que fuesen registradas.

»En Curaçao me instalé en una modesta pensión cerca del muelle. Sólo poseía quince florines, lo justo para pagar la habitación. Desde la ventana veía el canal por donde llegaría el *Santa Maria* a las ocho de la mañana siguiente. No dormí en toda la noche. ¿Habrían podido embarcar mis hombres? ¿Estaría a bordo las maletas con las armas? ¿Habrían subido a bordo en el último momento agentes de Salazar? ¿Nos encontraríamos súbitamente con un servicio de seguridad reforzado?

»A la mañana siguiente, un poco antes de las ocho, vi desde la ventana abrirse el puente basculante que permite a los barcos acceder al muelle. El *Santa Maria* estaba allí, mágico y maravilloso como la Dulcinea de don Quijote. Fue a atracar muy lejos y tuve que esperar más de una hora a que mi adjunto, el comandante Jorge Sotomayor, nuestro especialista en materia de navegación, pudiera bajar a tierra para asegurarme de que el embarco se había desarrollado a la perfección. Sotomayor era un antiguo oficial de la marina republicana española cubierto de condecoraciones. Durante la guerra civil, al mando de su destructor, había hundido el crucero franquista *Baleares*. Fue a él a quien confié la responsabilidad de conducir el *Santa Maria* hasta las costas de África.

»A las seis de la tarde, cuatro horas antes de la salida hacia Miami, tocado con el mismo sombrero de paja de ala ancha que llevaba el día de mi evasión del hospital psiquiátrico de Lisboa, subí con Sotomayor a bordo del paquebote. Llevaba una tarjeta de visitante, expedida por el representante local de la compañía. Cuando vi que nadie me había reconocido, no dudé más: el *Santa Maria* era mío».

Indiferente por completo al inquietante vaivén de los pasos por el pasillo ante mi habitación, el capitán Henrique Galvão revivía su aventura como una obra de teatro de la que era el primer actor.

—Un compañero me condujo a uno de los camarotes de tercera clase que habíamos reservado. Hacía un calor espantoso porque el sistema de ventilación no funcionaba. No tenía ojo de buey y estaba en medio del puente inferior, justo encima de la sala de máquinas. Desde este cuarto ciego no era posible asistir a la salida. Pero de repente sentí una formidable vibración sacudir el navío. Daban comienzo las maniobras de desatraque. Me invadió de pronto una serenidad absoluta. Habíamos superado lo más duro. Cambié mi indumentaria de turista por una camisa y un pantalón de tela caqui, más conforme con mi imagen de «libertador». Después enfilé a paso rápido la crujía hasta el puente de las terceras clases donde me esperaban mis hombres.

«Eran las nueve de la noche. Había fijado la hora H de la toma del barco a la una treinta de la madrugada, cuando la mayoría de pasajeros y oficiales, fatigados por dos escalas casi seguidas, ya se habrían ido a acostar. Todos debíamos reunirnos unos minutos antes de la hora H detrás del puente principal. Había dividido mis fuerzas en dos grupos de asalto. El primero, bajo la dirección de Jorge Sotomayor, ocuparía la pasarela, la timonería y la cabina de radio. El segundo debía apoderarse de la cubierta inferior y neutralizar a los oficiales en sus camarotes. Era en esta cubierta donde esperábamos la resistencia más viva, por lo que había decidido tomar el mando del grupo encargado de esta fase de la operación. Una vez alcanzados estos dos objetivos, el resto de los hombres iría a apostarse en la entrada de las diferentes escaleras para abortar cualquier intento de contraataque por parte de la tripulación.

»Hacia la medianoche mandé proceder a la distribución de las armas. Rojo y Fernández, dos veteranos de la guerra civil española, recibieron las dos metralletas. Los otros se repartieron los fusiles, los revólveres y las granadas. Los más jóvenes, menos experimentados, tuvieron que contentarse con algunos machetes, cuchillos y garrotes.

»A la una y veintiocho de la madrugada llegué al puente principal, nuestro lugar de reunión. Mis veinticinco compañeros estaban allí, con sus armas. Era una noche magnífica, digna de lo que íbamos a llevar a cabo. Deseé buena suerte en voz baja a cada uno. El más joven del grupo, apenas de dieciocho años, era hijo de un maestro comunista de Porto. Me pidió que le bendijera. Iba armado con uno de esos machetes con los que los *seringueros* brasileños recolectan el látex de los *Hevea*. Todos nos pusimos nuestros brazales verdes y rojos, los colores de Portugal. Los oficiales se colocaron sus charreteras. Nos tocamos con nuestras boinas negras. Consulté mi reloj y dije: “¡Adelante!”»

Cuarenta y cinco minutos para adueñarse de un palacio flotante

En su camarote con artesonado y decorado con maderas preciosas de África, el comandante Mario Simoes Maya, de cuarenta y seis años, dormía con los puños cerrados. A causa de los aprovisionamientos de fuel-oil, agua dulce y víveres, y del embarco de numerosos pasajeros, la escala de Curaçao era siempre la más fatigosa del recorrido. El mecánico jefe, el comisario y la mayor parte de los oficiales de su estado mayor dormían asimismo en sus camarotes con aire acondicionado.

Justo encima, en el puente de mando, el oficial de guardia, el teniente José Nascimento Costa, de veintisiete años, hijo de un campesino del Algarve, escrutaba las tinieblas. Costa era el más feliz de los hombres. Aquella mañana la radio de a bordo le había enviado un despacho. Su mujer Lourdes acababa de traer al mundo un niño de ocho libras llamado Antonio. El marinero timonel José Antonio Lopes de Souza, de veinticuatro años, estaba detrás de él, sosteniendo la caña.

En aquel momento un grupo de hombres armados, surgiendo de la escalera de estribor, se echaron sobre ellos. Sonaron varios disparos, mientras se desencadenaba una lucha brutal. Herido en la cabeza y en el pecho, el teniente Costa rodó por el suelo. No conocería nunca a su hijo. A su lado, el marinero timonel De Souza yacía en un charco de sangre. El ataque fue fulgurante. Hubo un muerto y un herido grave, pero el puente de mando del *Santa Maria* estaba en manos de los revolucionarios. Tomando los mandos del puesto de navegación el adjunto de Galvão, comandante Sotomayor, empuñó la caña e hizo dar al buque un giro de 90º a la derecha para lanzar sus treinta y cinco mil toneladas en dirección a las costas de África. La cabina de radio estaba igualmente en manos de los piratas: ninguna llamada de socorro alertaría al mundo.

Los disparos despertaron al comandante Maya. Persuadido de que noctámbulos achispados se divertían con petardos, dio media vuelta sobre la almohada y concilio otra vez el sueño. Pero un golpe en su puerta le hizo saltar de la cama.

* * *

—Habíamos necesitado menos de cuarenta y cinco minutos para adueñarnos del *Santa Maria* y de su estado mayor, de los trescientos noventa miembros de su tripulación y de los seiscientos treinta pasajeros dormidos en sus camarotes o en los puentes. Aquel palacio flotante era el primer pedazo de mi patria liberada. Escrutando la noche, pensé en Byron partiendo hacia Grecia para liberar al país de Homero del yugo de los turcos.

* * *

Ninguno de los seiscientos treinta pasajeros, ningún miembro de la tripulación, salvo los oficiales del puente superior, habían oído los disparos. Al salir de su camarote para ir a desayunar, Boy y Gladys Boulton, dos norteamericanos originarios de Nueva Orleans, se fijaron en unas inscripciones pintadas en el suelo del puente trasero. Su buque había cambiado de nombre durante la noche. Ahora se llamaba *Santa Libertade*. Cuando todo el mundo se hubo sentado en los comedores de las distintas clases, un golpe de gong resonó por los altavoces del sistema de sonorización de a bordo. Una voz anunció:

«Les habla el comandante Henrique Galvão, jefe del Directorio Revolucionario Ibérico de Liberación.

»Señores pasajeros y miembros de la tripulación, les anuncio que se encuentran ahora en una parcela del Portugal liberado de la dictadura fascista de Salazar —declaró—. No nos rendiremos a nadie, pero les garantizamos su seguridad e incluso su comodidad. Lo haremos todo para permitirles abandonar el buque lo antes posible. Hasta entonces, no les pedimos que nos ayuden, sino que se ayuden a ustedes mismos observando la más estricta calma».

Los pasajeros se miraron pasmados. Era inverosímil, increíble, impensable: ¡en pleno siglo XX, estaban en manos de piratas!

El nuevo dueño del *Santa Maria* dio entonces órdenes para que el crucero prosiguiera con normalidad. Incluso mandó organizar una fiesta de gala de la que él y su estado mayor serían los invitados de honor. Se aseguró de que el programa de diversiones cotidianas continuara como de costumbre: aperitivos con música antes de las comidas, concursos de tiro de pichón en el puente A, carreras de caballitos y campeonatos de bridge bajo la veranda del puente principal y veladas con baile en torno a la piscina. Para un gran número de pasajeras, la irrupción improvisada de aquellos jóvenes revolucionarios, guapos y atléticos, de una corrección irreprochable, fue una sorpresa más bien excitante, puesto que eran en su mayoría excelentes bailarines. En cuanto a la cocina de a bordo, siguió ofreciendo la misma riqueza de menús. Sólo hubo un cambio en la carta presentada a los pasajeros: ya no se encontraban a bordo del *Santa Maria* con rumbo a Miami, sino «a bordo del *Santa Libertade* con rumbo a la libertad».

Un secreto que se desvela por causa de un inocente

«Una vez resueltos los diferentes problemas de seguridad, de intendencia y la organización de la vida de los pasajeros, sólo tuve una obsesión: ir lo más lejos posible antes de que el mundo averiguase lo que habíamos hecho —continuó

Henrique Galvão—. Para ello nos hacían falta cuatro días de secreto. Como debíamos contar tres días de navegación entre Curaçao y Miami, decidí ganar el cuarto telegrafiando a Miami que una avería de las máquinas nos había obligado a reducir la velocidad. Después ordené un silencio total de la radio.

»Acabábamos de doblar las islas de la Martinica y de Santa Lucía, cuando el médico de a bordo vino a decirme que el marinero timonel herido durante la toma del buque moriría si no era operado con urgencia. Tenía una bala en el hígado y otra en el intestino delgado. Reuní enseguida a mis oficiales. ¿Era o no preciso desembarcar al herido y correr el riesgo de ser descubiertos? Sabía que, desde un punto de vista estrictamente militar, nada me obligaba a ello. Al salvar una vida, ponía a otras mil en peligro. Mis oficiales me presionaron para que continuáramos nuestra ruta. Pero en el fondo de mi alma yo sentía que no tenía derecho a dejar morir a aquel inocente. Al resistirse a nuestro ataque, había sido el único, con el oficial de guardia, en mostrar cierto valor. Di, pues, la orden de dar media vuelta y detenernos a dos millas de las costas de la isla de Santa Lucía para bajar un bote al agua con tres marineros y un enfermero a fin de conducir a tierra al herido. También hice llevar en el bote el cadáver del oficial muerto la víspera. Con el envío de esta embarcación, sabía que revelaba el secreto de la operación Dulcinea».

* * *

El conde de Oxford and Asquith, de cincuenta y siete años, administrador de la pequeña isla británica de Santa Lucía, iniciaba todos sus días paseando sus gemelos sobre la admirable perspectiva de la bahía que se abría al océano. Aquella mañana, una aparición insólita le intrigó. Interrogó a su secretario.

—¡Un buque portugués! —masculló.

El conde vio cómo el gran paquebote blanco venido del norte se acercaba muy lentamente, viraba de bordo y se inmovilizaba en alta mar. Vio que bajaban una chalupa y que varias personas se instalaban en ella. Vio el navío alejarse enseguida, mientras la embarcación se dirigía hacia tierra.

Comprendió que sucedía algo anormal en esta parcela de Inglaterra. Sin perder más tiempo, se dirigió a paso rápido hacia el muelle. La chalupa acababa de atracar.

A bordo de la chalupa iban cinco hombres: un oficial herido, un enfermero y tres marineros. Había también un muerto envuelto en una sábana blanca. Como no entendía una sola palabra de portugués, el inglés envió a buscar a un habitante que pudiera servir de intérprete. Así se enteró de la noticia que iba a atraer todas las miradas del mundo hacia el mapa del Atlántico.

—*Piracy*! —exclamó, antes de precipitarse en coche a casa de su amigo el comodoro Shand, responsable de la marina del sector.

La *Rothesay*, la fragata de Su Majestad anclada en el puerto, recibió la orden de

zarpar inmediatamente y lanzarse en pos del paquebote. Bajo un cielo rojo de tormenta, la caza de los piratas dio comienzo en aguas del Caribe, como en los viejos tiempos. Alertada por radio, la marina norteamericana desvió a los destructores *Damato* y *Wilson* e hizo despegar de Puerto Rico dos aviones patrulla. Pero los secuestradores del *Santa Maria* llevaban una ventaja sustancial y la extensión de su zona de huida hacía difícil su localización. Su buque sólo era un punto minúsculo en el centro de un espacio marítimo seis veces mayor que Francia.

La increíble noticia se extendió como un reguero de pólvora. Los periódicos de Lisboa pusieron el grito en el cielo. «Os pirataes!» (¡Los piratas!), titularon con letras mayúsculas. En la capital portuguesa de las sonrisas impenetrables, la leyenda de Galvão, el niño malcriado de los años treinta y cuarenta, volvió a todos los labios. Loco de cólera, Salazar puso a sus fuerzas armadas en estado de alerta y lanzó al Atlántico todo lo que podía hacer flotar de la marina portuguesa. El general Franco se sumó a la persecución con varios destructores. Henrique Galvão podía estar orgulloso: había movilizado contra su *Potemkin* fuerzas dignas de la Armada Invencible.

¡Llámela Libertade!

—Había convenido con mi adjunto Sotomayor en hacer navegar el *Santa Maria* en zigzag a fin de desviar a eventuales perseguidores —siguió contándome el capitán —. A partir del tercer día mandé racionar el agua dulce y reducir la abundancia de los menús servidos en la primera y segunda clases. Autoricé que todos los niños que viajaban en tercera clase vinieran a hacer sus comidas con los niños de las clases superiores. Aparte de esto, la vida a bordo siguió siendo perfectamente normal. Hasta que al tercer día nuestra radio recibió el primer mensaje. Provenía de la cadena de televisión norteamericana NBC. Acepté conversar por radioteléfono con uno de sus periodistas. Este primer contacto desencadenó una avalancha de llamadas. Todos los medios del mundo querían entrevistarme. Me ofrecían puentes de plata para conocer nuestra posición. Las cadenas de televisión querían mandamos cámaras con paracaídas. Era la locura. Pero, curiosamente, no habíamos sido localizados. Nuestro incógnito se prolongó incluso hasta el quinto día, cuando un carguero danés cruzó nuestra ruta. Estábamos a medio camino de las costas de África. El carguero señaló nuestra posición. Nuestra huida había terminado.

»Dos horas más tarde, un avión norteamericano se nos acercó a ras de mástiles. Su piloto me hizo saber por radio que las autoridades norteamericanas me ordenaban conducir al *Santa Libertade* a San Juan de Puerto Rico. Repliqué agriamente que no

aceptaba ninguna orden de ninguna autoridad, pero propuse recibir en mi buque a un emisario a fin de decidir la suerte de los cuarenta y dos pasajeros de nacionalidad norteamericana que se encontraban a bordo del navío.

»La vivacidad de mi reacción pareció sorprender al oficial del avión. Me anunció que el comandante en jefe de la flota estadounidense del Atlántico se mantendría en contacto incesante conmigo.

»Pero no por ello dejamos de seguir nuestro rumbo hacia África. Pese al racionamiento de agua potable, el ambiente a bordo continuaba siendo excelente. Una pasajera de tercera clase trajo al mundo una niña en la enfermería de a bordo. Me precipité para brindar con ella por este nacimiento. "¿Cómo piensa llamarla?", pregunté. La joven titubeó. "Llámela Libertade", sugerí.

»Aquel día excitante acabó con una noticia muy mala: Salazar y Franco se asociaron para pedir a los ingleses y norteamericanos que nos interceptaran el paso por todos los medios. Dos contratorpederos norteamericanos que patrullaban en alta mar frente a Costa de Marfil se desviaron para venir a nuestro encuentro. Ya no teníamos ninguna posibilidad de llegar a África. El comandante en jefe norteamericano de la flota del Atlántico me propuso evacuar a los pasajeros. Le respondí que no deseaba otra cosa con la condición de que se hiciera en un puerto neutral donde obtuviera la seguridad de los pasajeros, del buque y de nosotros mismos. Propuse el puerto de Recife.

»Mandé organizar aquella noche una cena de despedida en los diferentes comedores de a bordo. Ordené que se decorasen las mesas con pequeñas banderas de Portugal libre y de la República española. Mientras la orquesta tocaba *Ce n'est qu'un au-revoir, mes frères,* el *Santa Libertade* ancló a tres millas del canal que conducía al puerto de Recife.

»Al final de la cena me encontré bruscamente rodeado de una marea de gente. Por un instante creí que querían lanzarme por la borda, pero me equivocaba. Los pasajeros del *Santa Libertade* reclamaban mi autógrafo en el menú en recuerdo del crucero más memorable de su vida.

* * *

Al día siguiente, con centenares de colegas periodistas y fotógrafos y millares de habitantes venidos de toda la ciudad para ver, como dos siglos y medio antes, la llegada del corsario, asistí al atraque espectacular del gran paquebote blanco que durante doce días había monopolizado la actualidad mundial. Lentamente, se acercó al muelle en medio de un enjambre de remolcadores que hacían sonar sus sirenas. Detrás de él, una impresionante nube tempestuosa de un negro malva se elevaba del mar como una inmensa aureola. De puentes, crujías y ojos de buey brotaba un guirigay de gritos, risas, canciones y llantos en el calor tropical y el nerviosismo de la

inminente tormenta. En el muelle, doscientos fusileros de la marina se esforzaban a duras penas en contener a la multitud. Cuando por fin el buque se inmovilizó, fue la locura. Los niños pasaban de brazo en brazo. Una lluvia de sacos, fardos y maletas cayó desde todas partes. La gente se empujaba para agarrarse a las escalas y lanzarse a los puentes, tropezando unos con otros en un desorden y una cacofonía indescriptibles.

Desde lo alto del puente superior, tocado con su legendaria boina negra, el capitán Henrique Galvão asistía, impasible, al final de su sueño.

* * *

—El almirante brasileño me había prometido poner a mi disposición un remolcador para permitirme volver a las aguas internacionales después del desembarco de los pasajeros y la tripulación —siguió contando el oficial—. Había tomado una decisión. Si la epopeya del *Santa Libertade* se detenía aquí porque habíamos preferido salvar una vida humana, los restos de un naufragio recordarían para siempre la memoria de ese gran buque y del puñado de hombres ansiosos de libertad que lo habían traído hasta aquí. Había decidido hundir el *Santa Libertade* después de haber hecho evacuar a todos mis hombres.

»Una vez terminado el desembarco, el almirante brasileño vino a anunciarme que las autoridades de su país no podían poner a mi disposición un remolcador para que partiésemos. Me habían traicionado. No obstante, el almirante me ofreció, para mis hombres y para mí, la hospitalidad de Brasil y una salida honorable.

»Comenzó entonces una larga última noche a bordo del gran paquebote vacío. Ante testigos hicimos la cuenta de los cuarenta mil dólares que contenía la caja fuerte del barco y la mandé sellar. Para nuestra última cena aportamos en común nuestros talentos culinarios, y mis hombres se fueron a acostar tranquilamente por primera vez en muchos días. Subí después al puente de mando. Hacía una noche tan magnífica como aquella durante la cual nos habíamos adueñado del buque. Ante mí, Recife brillaba con todas sus luces y pensé en todos los sucesos que se habían desarrollado en aquellos últimos días. Estaba contento de lo que habíamos logrado y melancólico de que nuestra aventura se hubiese interrumpido aquí. Me sentía más decidido que nunca a atraer la atención del mundo hacia nuestra causa. Tenía la certeza de que un día, yo u otros como yo conseguiríamos terminar lo que habíamos iniciado para liberar de sus tiranos a Portugal y España.

»Para mí y algunos otros, el *Santa Maria* se llamaría para siempre *Santa Libertade*.

»Tal es el relato de esta aventura».

* * *

Eran casi las cinco de la mañana. La oscuridad envolvía aún el océano ante la ventana de mi habitación de hotel. Había llenado por lo menos cuarenta pliegos de una escritura apretada. El capitán Galvão debía de haber fumado tres paquetes de cigarrillos. También había vaciado el frasco de colirio en mi ojo infectado. Sus rasgos no acusaban ninguna fatiga, sólo un vago cansancio que atribuí a su tristeza. Yo estaba hambriento.

—Vamos a comer algo —dije después de agradecerle su apasionante relato—. Hay tabernas abiertas toda la noche a lo largo de la playa.

La idea le encantó. Examiné el rayo de luz bajo la puerta. Los zapatos negros parecían haber desaparecido. Giré con precaución la llave en la cerradura y salí al rellano. El pasillo estaba vacío. De puntillas, como conspiradores, caminamos hasta el ascensor. Abajo, el vestíbulo estaba desierto.

—¡Los policías de Salazar tienen horarios de empleados de banca! Se han ido a dormir —rio a carcajadas el capitán.

En el paseo marítimo no había ni un alma. Hacía un momento que caminábamos cuando oí el ronroneo de un motor a nuestras espaldas. Me volví. Una gran limusina negra americana nos seguía a marcha lenta con todas las luces apagadas, circulando por el centro de la calzada. Busqué en vano una callejuela o un pasaje por los que pudiéramos escapar. Pero en un lado estaba la playa y el mar, y en el otro, casas con las persianas bajadas.

—Capitán, nos siguen —dije con inquietud.

Había visto demasiadas películas americanas para no imaginar cómo iba a acabarse esta vigilancia. Ya veía los cañones de las metralletas apoyados en los bordes de las portezuelas. La calma de mi compañero acrecentaba mi temor. «Es un inconsciente —pensé—. Con su boina negra y sus charreteras cubiertas de estrellas y galones, se cree todavía en el puente de mando de su buque. Nos matarán como conejos». Por suerte, vislumbré a unas decenas de metros la aureola azulada del neón de la taberna a donde quería llegar. Cogí del brazo al capitán y aceleré el paso. El automóvil aún nos seguía. Unos metros más y quizá estaríamos a cubierto. La taberna tenía una puerta a media altura con dos batientes, como los salones del *Far-West*. La iluminación era tan escasa que apenas se distinguían las caras. Un tocadiscos automático tocaba un aire de samba. El lugar apestaba a cerveza y a vino de palma, pero se decía que servían los mejores cangrejos y langostas a la parrilla de Brasil. Unas chicas en minifalda, con mejillas que chorreaban maquillaje, hacían beber a los clientes. Avisté en el fondo del local una mesa desocupada con dos sillas contra la pared. Si nuestros perseguidores irrumpían en la sala, por lo menos los veríamos entrar. ¿Acaso no era la regla de oro observada por los gángsters cuando se sentaban

en un restaurante: tener siempre la puerta a la vista?

Henrique Galvão parecía hallarse en estado beatífico. Se habría dicho que era un joven oficial pervirtiéndose en los burdeles de su guarnición. Mientras el cocinero hacía asar a la parrilla nuestras langostas, fui al bar a telefonear a su adjunto Sotomayor para que acudiera urgentemente y se ocupara de la seguridad de su jefe. Tras varios intentos, logré hablar con el español y le advertí de la presencia del misterioso automóvil. Aproveché para despertar a Charles y le sugerí que nos reuniéramos. Aliviado, volví a nuestra mesa. Mi silla estaba ocupada por una bonita prostituta de ojos verdes y almendrados. Por lo visto no había reconocido al célebre capitán. Examinaba las líneas de su mano izquierda.

—Me dice que tengo una voluntad capaz de cambiar el curso del Amazonas —tradujo, riendo, Galvão— y me ve…

No oí la continuación. El capitán Jorge Sotomayor y dos de sus hombres armados acababan de interrumpir en la taberna. Exhalé un *¡Uf!* de alivio que hizo sobresaltar a la chica; entonces llamé al tabernero.

—¡Deprisa, champaña para todo el mundo y tres langostas más!

* * *

Como había prometido el indomable capitán portugués, el fin de la aventura del *Santa Libertade* no puso fin a su cruzada para liberar a su país de la dictadura. Se refugió en Marruecos.

Siempre ansioso de impresionar a la opinión con acciones espectaculares, unos meses más tarde hizo desviar hacia Lisboa el avión Casablanca-Madrid con objeto de lanzar miles de octavillas sobre la capital portuguesa. Fue detenido en el acto por las autoridades marroquíes y expulsado del país. En febrero de 1962, un tribunal especial portugués le condenó en rebeldía a veintidós años de prisión por apoderarse del *Santa Maria*.

Con prohibición de residencia en varios países y perseguido por diferentes procesos de extradición entablados por el gobierno portugués, Henrique Galvão volvió a buscar refugio en Brasil. Pero a su llegada a Río le esperaba la policía. Por orden del nuevo presidente del país, fue obligado a residir en Belo Horizonte, con prohibición de dedicarse a cualquier actividad política. Tras varios meses de este purgatorio fue autorizado a instalarse en São Paulo, donde su esposa María y su hija adoptiva Lourdes se reunieron con él. Y allí, el 25 de junio de 1970, falleció a la edad de setenta y cinco años, sosteniendo hasta el último instante con sus cartas y mensajes a quienes luchaban por la liberación de Portugal.

Su muerte precedió en un mes y dos días a la de su viejo enemigo Salazar, y en cinco años y cinco meses a la del general Franco. Con la desaparición de los dos dictadores se realizó al fin, en todo el territorio de la península ibérica, el sueño de

libertad y democracia al que el valiente capitán había consagrado su vida.

8

«Abuela, ¿cómo es Francia?»

Dominique, haz la maleta. ¡Te marchas a Argelia! De Gaulle se va a pasar dos días a Cabilia. Según mis informaciones, unos tipos de la OAS[9] o, por el contrario, del FLN[10] van a intentar liquidarlo. Durante todo el viaje irás pegado a él como una lapa. Llévate una cámara fotográfica. Si pasa algo, te será más útil que una estilográfica.

Como siempre, mi redactor jefe se expresaba sin mostrar ningún estado de ánimo. Para él, los dramas, las tragedias, las catástrofes sólo eran una ocasión de impresionar a los lectores de la revista con imágenes espectaculares. Hay que decir que él mismo había salido airoso de la peor de las pruebas. Aunque no hablase nunca de ello, era un superviviente de los campos nazis. Joven de la Resistencia cazado a los diecinueve años por la Gestapo, había pasado dos años cavando un túnel bajo las montañas de Checoslovaquia. Todos sus camaradas de comando habían muerto por las privaciones, el agotamiento o bajo los garrotazos de las SS. Él había sobrevivido. Mi redactor jefe era un héroe. A los treinta y cuatro años llevaba el botón de comendador de la Legión de Honor. Podía enviamos adonde quisiera. Sus órdenes no se discutían.

Así fue como me encontré en la gran plaza de Tizi-Ouzou, una pequeña ciudad de Cabilia, a un centenar de kilómetros de Argel, al lado del general De Gaulle que intentaba abrirse paso en medio de la baraúnda humana que le sumergía. Sus declaraciones sobre la independencia de Argelia habían atraído en masa a los musulmanes de la región. Su legendario quepis dominaba la multitud. Los tejados, las terrazas, los árboles rebosaban de racimos humanos que escandían su nombre. Solemne, digno, visiblemente emocionado, estrechaba incansablemente las innumerables manos que se tendían hacia él. Matarle en medio de esta muchedumbre era un juego de niños. Los remolinos habían dispersado a su escolta hacia las cuatro esquinas de la plaza. Se podía disparar desde una terraza, deslizarse hasta él para apuñalarle, ametrallarle a quemarropa. Con el dedo crispado sobre el disparador de mi Leica, movía las rodillas, las caderas, los hombros, los codos para seguir junto a él lo más cerca posible.

En medio de todo este gentío, no pude por menos de pensar en una escena casi idéntica que me había contado un antiguo oficial alemán durante la investigación que Larry y yo habíamos llevado a cabo para nuestro libro *¿Arde París?* Era el día de la liberación de París. El capitán de corbeta de la Kriegsmarine, Harry Leithold, defendía el Ministerio de Marina en la plaza de la Concordia. De improviso, vio desembocar en la plaza un gran coche negro descapotado. Sentado en el asiento

posterior se encontraba un general francés tocado con un quepis. Empuñó su fusil. Cuando iba a apretar el gatillo, decenas de civiles surgieron de las aceras y rodearon el vehículo aclamando a su pasajero. Sorprendido, el alemán depuso el arma. Unas horas después fue hecho prisionero. Dos años más tarde, reconoció en la foto de una revista al general francés que había tenido aquel día en su punto de mira. Era De Gaulle.

Ahora, dieciocho años más tarde, en esta plaza de Cabilia a donde me había enviado *Paris Match*, otro tirador tenía quizá al mismo hombre en su punto de mira. Conforme a las órdenes, yo hacía lo imposible por permanecer «pegado a él como una lapa». Estaba incluso tan cerca que en un momento dado un movimiento del gentío me proyectó frente a él. Entonces tuve el reflejo de alargarle la mano. De Gaulle me la estrechó como estrechaba todas las manos.

Fort National, otra localidad de Cabilia, constituía la segunda etapa de este viaje triunfal. La misma acogida entusiasta y el mismo baño de multitudes, las mismas ojeadas inquietas hacia las terrazas de donde podía salir el disparo fatal que tanto preocupaba a mi redactor jefe. Entonces un empujón me proyectó por segunda vez ante él. Me disculpé. Demasiado tarde. Ya me había cogido la mano antes de adelantarse para estrechar otras. Dos horas después llegamos a Michelet, la última etapa de la visita a Cabilia. Con el dedo aún crispado sobre el disparador de mi cámara, estaba más que nunca listo para cualquier eventualidad. Hubo de pronto un remolino entre la multitud. Una fuerza irresistible me empujó por tercera vez ante la silueta imperiosa del jefe de Francia. De nuevo alargó la mano hacia la mía. Pero detuvo el gesto en seco y me lanzó una mirada furiosa:

«¿Otra vez usted? ¡Ah, no!»

* * *

Los informadores de mi redactor jefe se habían equivocado. Ningún asesino tuvo intención de suprimir al presidente de la República durante su visita a Argelia. Pero era sólo un aplazamiento: en la sombra, los asesinos, muchos asesinos, se preparaban. Varios meses después de este viaje, ocho millones de argelinos votaron por la independencia. A los ojos del millón de franceses de origen para los cuales Argelia era parte integrante de Francia, este voto fue una tragedia. Presionados por el FLN para que optaran «entre la maleta y el ataúd», aterrorizados además por los fanáticos europeos de la OAS, los franceses de Argelia tuvieron que huir, abandonando, en su mayor parte, todo cuanto poseían. Una mañana de junio de 1962 asistí, para *Paris Match*, en un muelle del puerto de Argel, a la avalancha de mil quinientos de ellos hacia un buque con rumbo a Francia.

* * *

Trágico espectáculo. Tras las alambradas que interceptan la entrada de la rue Figeac, vislumbro muy por encima de la multitud la cabeza de una niña muy pequeña tocada con un sombrero blanco. Está encaramada sobre los hombros de su padre, un gigante barbudo. Se llama Nathalie Tisson. Tiene seis años. Zarandeada, empujada por los remolinos de la muchedumbre, llora. Son millares los que a su alrededor intentan precipitarse hacia el estrecho paso guardado por miembros de la CRS[11]. Son millares los que han bajado hasta el puerto con la esperanza de subir a bordo del gran buque blanco llegado de Marsella cuya chimenea negra y roja se distingue a trescientos metros de distancia. Un comandante de la CRS repite sin cesar: «Las mujeres y los niños primero». Un hombre grita: «¡Tengo cuatro hijos!» «¡Yo tengo seis!», replica una mujer. Después se oye llamar: «¡René! ¡René! ¿Dónde estás?» Otra se lamenta: «Llegamos de Tizi-Ouzou. Nos han ametrallado por la carretera. ¡Es la segunda vez que intentamos embarcar! ¡Señor, se lo suplico, déjenos pasar, ya no podremos volver!»

Sobre los hombros de su padre, Nathalie es la viva imagen de la angustia. Encorvada entre el barullo, su madre arrastra dos enormes maletas. Los Tisson eran maestros. El padre de Nathalie logra adelantar unos centímetros. A su lado, un señor anciano tocado con un sombrero de fieltro negro, con el botón de la Legión de Honor en el ojal, dice: «El jueves pasado, más de dos mil personas no pudieron embarcar». La observación provoca un rictus de zozobra en los rostros de quienes la han oído. Una muchacha, medio ahogada por las correas de una mochila, comenta entonces con violencia: «En París prefieren que reventemos todos aquí a vernos llegar». Bruscas oleadas agitan entonces a la multitud. Se oyen llamadas: «¡Jacqueline! ¡Jacqueline! ¡No me pierdas de vista!» En el grupo que acaba de pasar están los Tisson y el anciano de la Legión de Honor. Apenas este último ha franqueado la bocana, se vuelve y, con el rostro iluminado por una alegría repentina, se pone a gritar, con las manos haciendo de megáfono: «¡Viva De Gaulle! ¡Por fin ahora podré gritar libremente Viva De Gaulle!» Abrumada por la tristeza y la fatiga, la multitud que le rodea no puede reaccionar. El muelle de Fort-de-France parece un zoológico. Un zoológico cuyos animales son seres humanos a la espera de que las autoridades verifiquen sus permisos de viaje. Centenares de maletas cubren el suelo. Son de cartón hervido, de madera, de molesquín y están toscamente atadas con cordeles o correas. Contienen los únicos bienes que se han podido llevar los mil quinientos candidatos al viaje de esta jornada de éxodo.

Sentada sobre su maleta, una anciana señora bajo un sombrero negro con velo espera a que un CRS grite su número. Pero los números no se han distribuido por

orden; a veces los últimos en llegar pasan antes que los otros. Coge de la mano a una niña abrazada a su muñeca. Es todo lo que embarcará esta mañana de la familia Guilloud. Los demás se han quedado al otro lado de la alambrada. Los Guilloud estaban instalados en Boufarik desde 1830, desde que el primer barco de colonización desembarcó a un Guilloud en tierras de Argelia. «Abuela —pregunta la pequeña Jossette—, ¿cómo es Francia?»

Detrás de las vallas de madera del recinto reservado a los pasajeros de cuarta clase, todos se empujan mutuamente. Una mujer suplica: «Déjenos sentar». Otra abofetea a su hijo pequeño porque se columpia en el tensor de una tienda. Cada cinco minutos, un capitán de la marina armado con un altavoz lanza palabras tranquilizadoras: «Señoras, señores, no se pongan nerviosos. Ahora tienen la seguridad de embarcar. ¡Preséntense a los diferentes servicios de control para las formalidades de embarco!» Apoyada en el brazo de un marinero, la anciana señora Marceau, viuda del antiguo jefe de guardianes de la prisión de Argel, intenta juntar sus maletas. Había jurado no abandonar nunca su Argelia, pero su hija la ha obligado a partir. En Francia nadie espera a la señora Marceau excepto sus dos hijos muertos en la guerra de 1939-1945, que reposan en algún lugar cercano a Reims.

Las diez y media. El alférez Couillaud consulta su reloj y dice: «¡Ya!» Lavoine, André y Suznik, del cuarto equipo de submarinistas antiminas, saltan al agua negra. Durante veinte minutos, los tres hombres equipados con escafandras autónomas y antorchas eléctricas van a inspeccionar centímetro a centímetro el casco del *Ville-de-Marseille* para asegurarse de que los saboteadores de la OAS no han puesto ninguna carga de plástico. En el autocar que va y viene entre el muelle de Fort-de-France y el embarcadero, donde continúan las formalidades de la partida, una mujer hace punto. Delante de ella, otra hace un ovillo con su pañuelo: «Mis alfombras… he dejado todas mis alfombras…», gime. En el pasillo, un hombre con gorra y en mangas de camisa, sentado en cuclillas sobre una caja metálica, se lía tranquilamente un cigarrillo. Es Dédé, el chófer del garaje Majestic de la calle Thiers. Se ha marchado llevándose la caja de herramientas.

En las entradas del buque hay un gran embotellamiento. Un padre da un grito: «¡Martine!» Jupin, el segundo de a bordo del *Ville-de-Marseille*, se ha precipitado. Atrapa *in extremis* a la pequeña Martine que estaba a punto de caer al agua. Ante la pancarta «4.ª clase», una mujer joven de cabellos rubios se seca las gafas oscuras. Tiene la cara abotargada por las lágrimas. Confía al marinero que la ayuda a llevar sus dos maletas:

«Entre Orléansville y Argel cunde el pánico. Toman los trenes al asalto. Todo el mundo huye. Ya no hay tropas en el *bled*…».

En los brazos de una niña de largas trenzas, un gran gato lanza lúgubres maullidos. Su hermanito llora: se ha pillado el pie en un raíl. Un marinero acude a

liberarlo. Un helicóptero describe círculos sobre el *Ville-de-Marseille*. A bordo, un capitán de marina vigila el embarco con los prismáticos. Los submarinistas antiminas no han encontrado cargas explosivas en el casco, pero siempre es posible un tiro de mortero o de lanzacohetes sobre el buque desde las alturas de la ciudad. Y allí arriba, bloques de edificios blancos en los islotes de verdor forman el barrio de Belcourt, una ciudadela de la OAS.

Las once y media. Los Tisson llegan a la pasarela del buque. Nathalie aún está sobre los hombros de su padre, cubierto de grandes gotas de sudor. Al lado de los Tisson, un hombre bajo y rechoncho tocado con un quepis verde espera pacientemente su tumo leyendo un periódico. Es el guarda forestal de Gardimaou. Acaba de hacer una confidencia a los Tisson. Les ha dicho:

«Yo me voy porque el subprefecto de Saint-Arnaud ha anunciado a las poblaciones musulmanas que pueden dejar pacer sus rebaños en *mi* bosque. Hace poco que repoblé cincuenta hectáreas. Dentro de un año, aquello será un desierto…»

Sostenida por un CRS y un marinero, la señora Marceau penetra en el buque. Como todos los pasajeros, será en el interior donde pagará los seis mil trescientos francos antiguos de su pasaje en 4.ª clase hacia el exilio. Detrás de la señora Marceau, una mujer con la cabeza descubierta sujeta la correa de un pastor alemán al que llama *Darling*. Parece desamparada. Dice tímidamente al CRS que controla las tarjetas de embarque:

«Señor, voy al centro anticanceroso de Villejuif, ¿qué debo hacer?»

1.524, 1.525, 1.526… Un quincallero de Cherchell, su mujer y su hijo y yo somos los cuatro últimos pasajeros en subir al buque que parte esta mañana. El señor Mossi manosea nerviosamente una llave: la del flamante Simca Aronde que ha abandonado detrás de las alambradas de la calle Figeac.

Es mediodía. El buque está lleno. El embarco ha durado cinco horas. De improviso, un camión militar cubierto con una lona desemboca en el muelle como una tromba. Un civil de cabellos al cepillo salta a tierra y parlamenta con los CRS. Estos últimos pasajeros no estaban previstos. Se trata de cinco familias de *harkis*[12] a las que el hombre de paisano, antiguo oficial de los asuntos indígenas, ha ido a buscar a su aduar de Cabilia para sustraerlas a las venganzas de los guerrilleros del FLN. Abren un portalón. Con ojos despavoridos y aspecto de animales acorralados, una veintena de hombres, mujeres y niños entran precipitadamente en los flancos del navío salvador.

Dos toques de sirena. Arrastrado por dos remolcadores, el *Ville-de-Marseille* gira sobre sí mismo. En el muelle, el chófer de boina roja del camión que ha traído a los *harkis* arranca lentamente y, de pronto, su bocina empieza a sonar con furia: «ti-ti-ti-taa-taa», el grito de llamada de la Argelia francesa. En uno de los remolcadores, dos marineros responden desplegando una bandera tricolor marcada con las tres letras

OAS. De la popa a la proa, en el lado de babor, la muchedumbre se ha apiñado en filas cerradas para mirar por última vez Argel. Cálida y luminosa, deslumbrante de blancura, una de las postales más bellas del mundo desfila lentamente ante nuestros ojos. Por unos instantes, el sol centellea en el parabrisas de un coche que circula por la carretera de cornisa.

Agarrada a la batayola en la cual tantos soldados han grabado: «¡Licencia!», una mujer solloza: «Marcel, Marcel…» Está desamparada. Marcel es su marido. Un modesto funcionario del gobierno general cuya sede se levanta allí, justo enfrente, con su importante rectángulo de cristal y hormigón, como un buque de alta borda anclado en el corazón de la ciudad. El marido de esta mujer desapareció hace tres días. Secuestrado por la OAS o el FLN, no lo sabe. Ayer, la *fatma*[13] fue a decirle que había recibido la orden de degollar a sus tres hijos. Entonces la pobre mujer enloqueció. Llenó el pequeño apartamento de provisiones para el regreso de Marcel y huyó con los niños. Sus gritos son desgarradores. «¡Marcel! ¡Mi pobre Marcel!…»

En el extremo posterior del buque, bajo el pabellón tricolor que ondea suavemente, un muchacho llora. Tal vez tiene quince años, pero las lágrimas que resbalan por su cara desfigurada le dan el aspecto de un viejo. A través de las lágrimas, mira la Casbah con su maraña de casas y callejuelas en la ladera de la colina. Reconoce a la derecha, entre los árboles, las paredes ocres de su liceo, el liceo Bugeaud, donde ya no hay ni alumnos ni profesores. Más lejos, al final de la calle Mizon, aquel gran inmueble un poco torcido era su casa. Y a la derecha, casi al borde del agua, justo al lado del recinto del hospital Maillot, bajo una losa blanca entre otras losas blancas del cementerio de Saint-Eugène, están su papá y su mamá. Murieron los dos en un atentado, hace ya cuatro años.

Una niña se ha acercado al muchacho que llora. Con un gesto maternal, posa una mano sobre su hombro. Su padre era contable en una tienda de granos y su madre telefonista del hotel Aletti, el palacio argelino de los días felices. Están a bordo con sus seis hijos. Pero nadie en Francia espera a la familia Simonneau.

Apoyados en la barandilla del puente superior, los Tisson muestran a su hija Nathalie las cúpulas de Nuestra Señora de África que se alejan en un resplandor rosado. Detrás de ellos, desplomada sobre las jarcias, y con la cara semicubierta por un pañuelo blanco, la anciana señora Guilloud solloza bajo su sombrero negro. En su puente, el comandante Latil menea tristemente la cabeza: «Pobre gente», suspira y luego añade: «Hoy estoy al mando del *Éxodo*». Hasta tan sólo ayer se bailaba en el *Ville-de-Marseille*, había empujones en el gran salón de las primeras clases para jugar a la loto o a las carreras de caballitos. El buque de Francia era para los franceses de Argelia el primer día de vacaciones. Esta noche no habrá carreras de caballitos ni cine ni baile en el puente. Se ha dado contraorden a los músicos.

Vuelvo a encontrarme a bordo con un joven abogado en cuya compañía hice el

viaje de ida. Ha corrido hasta el Palacio de Justicia de Argel donde debía defender una causa, pero en el Palacio de Justicia de Argel ya no hay demandante, ni escribano forense, ni turno de causas y pleitos. Cuando el juez le llama, el joven abogado oye anunciar a alguien que su cliente ha sido asesinado la víspera. Sólo le queda regresar a bordo. Está trastornado.

En la lejanía, Argel ya no es más que una mancha blanquecina sobre el azul del mar. Abrumado por ese día terrible, cada uno se ha hecho más o menos un hueco entre el fárrago de maletas, paquetes y fardos. Unos niños juegan al escondite en las crujías. Una musulmana amamanta a su bebé. Un anciano enciende su transistor. Enseguida, una voz ronca invade la entrecubierta B: De Gaulle habla en Burdeos. Una mujer se precipita para arrancar el transistor de manos del anciano y girar el botón.

Por la tarde, el mar se agita y el bello sol de Argel cede su lugar a una bruma grisácea. En el entrepuente A, una mujer se desmaya por segunda vez desde la mañana. Es cardíaca. Todo el mundo la conoce: la señora Marti tenía una tienda de ultramarinos en Bab-el-Oued. Desde la salida no ha dejado de contar su vida y sus desgracias a sus vecinos. Saben que su marido ha desaparecido. Cuando se desploma contra el ojo de buey, un hombre bajo y bigotudo se acerca a toda prisa:

«Soy médico —dice—, ¡déjenme hacer!»

El doctor Lauta, el médico de a bordo, acude a su vez con una jeringa. El doctor Lauta está por doquier, distribuyendo tabletas de nautamina, poniendo inyecciones, aliviando las innumerables angustias de esta lastimosa carga. En el viaje precedente, una mujer dio a luz con su ayuda.

Los dos médicos transportan hasta el puente a la gruesa señora Marti y le inyectan una solución de alcanfor. Al atardecer los encuentro juntos ante una cerveza en el bar de las primeras clases. El médico de Argelia contempla su vaso con aire soñador. Con voz monocorde dice a su colega de la metrópoli:

«Me he marchado en un cuarto de hora. Fue ayer… sí, sólo ayer. Un árabe fue a avisarme. “No salgas de tu casa —me dijo—, te preparan un mal golpe.” Atranqué la puerta y dije a mi mujer: “Haz deprisa una maleta, nos vamos.” Hemos salido por la parte posterior y abandonado el pueblo a la carrera. En la primera curva nos ha detenido una banda de musulmanes armados con hocinos, cuchillos y hachas. Creíamos que iban a degollarnos. Un antiguo paciente me ha reconocido y ha dicho: “¡Es el *toubib*, dejadle pasar!” Los más jóvenes han proferido amenazas y hemos podido seguir».

A la mañana siguiente, con los ojos pesados por la fatiga, los pasajeros del *Ville-de-Marseille* reúnen su equipaje y suben al puente. Un muchacho pregunta: «Papá, ¿a qué hora termina el toque de queda?» A la vista de las costas de Francia, leo en muchos rostros una expresión de inquietud. Ha sustituido a la angustia de ayer. El

adolescente del liceo Bugeaud se ha secado las lágrimas, pero su mirada continúa siendo grave. De pie en el puente de proa, los Tisson, los Rossi, los Simonneau y tantos otros se preguntan qué suerte les espera. Apoyada en la barandilla de babor del puente A, la anciana señora Guilloud mira acercarse a Marsella. Menea dulcemente la cabeza y dice: «Volveré».

* * *

En el muelle de Marsella no había fanfarrias ni altavoces ni banderolas de bienvenida, ninguna delegación oficial o local, ningún equipo de asistencia médica y social con excepción de una pequeña unidad de la Cruz Roja completamente desbordada. Ninguna distribución de alimentos, de bebidas, de leche para los niños había sido prevista. La municipalidad de la gran ciudad no había enviado mozos de cuerda ni apelado a voluntarios para ayudar a los de más edad o más débiles a bajar del buque sus maletas o sus fardos. Ningún transporte colectivo estaba disponible para acompañar a los recién llegados hasta la estación o el aeropuerto. Tampoco se había habilitado ningún centro de acogida y de tránsito para los más necesitados. Los 1.526 repatriados del *Ville-de-Marseille* llegaron al suelo de Francia en medio de las más completa indiferencia. Pronto serían un millón los que hicieran este mismo viaje, en casi las mismas circunstancias.

Mientras me abría camino a través del lastimoso rebaño, sentí resbalar por mis mejillas lágrimas de vergüenza. De repente mis treinta años me pesaron como siglos. Mi viaje con estos náufragos terminó con el descubrimiento de que mi país, siempre tan dispuesto a exaltar los valores de la humanidad, podía fallar en la generosidad más elemental.

9

Un kamikaze en Tierra Santa

El hombre no había dudado en atravesar el Atlántico en su jet privado para venir a reunirse con nosotros en París. Larry y yo éramos, afirmó, sus «autores preferidos» y precisamente tenía una idea que proponernos sobre un libro. Blandiendo su pitillera de oro, espetó con una voz teñida de un fuerte acento germánico:

—Imaginemos que Gadafi consigue hacer fabricar una bomba H de este tamaño o incluso un poco más grande, que la introduce en Nueva York y envía una carta al presidente de Estados Unidos para anunciarle que la hará estallar si Israel no se retira en cuarenta y ocho horas de la parte oriental de Jerusalén y de los territorios árabes ocupados en 1967.

Nuestro interlocutor fingió espiar nuestra reacción y nos envolvió con una sonrisa seductora.

—Son ustedes mis dos escritores preferidos, los únicos que pueden contar qué ocurriría si semejante carta llegase una buena mañana a la Casa Blanca. ¡Ya tienen el tema de su próximo libro!

Charlie Bluhdorn, de cincuenta y cuatro años, era el presidente de Gulf & Western, un conglomerado de varias decenas de sociedades cotizado en cuatro mil millones de dólares en Wall Street. En el seno de su imperio, este magnate apreciaba muy en particular a dos sociedades que trataba como a sus amantes. Una era la Paramount, que acababa de batir récords de taquilla con las películas *El Padrino* y *Love Story*. La otra era Simon & Schuster, una gran editorial neoyorquina que después de *¿Arde París?* había publicado todos nuestros libros en Estados Unidos. El escenario de este cincuentón que manejaba cada día millones de dólares con el azúcar, el cinc, la pasta de papel o las piezas de automóviles, nos pareció formidable. Nos ofrecía la ocasión de lanzamos a una de aquellas investigaciones que tanto nos gustaban. La sorprendente reflexión de Charlie Bluhdom desembocaría, cuatro años después, en uno de nuestros libros preferidos, *El quinto jinete*.

Para nuestro dúo, la empresa era nueva. Todos nuestros libros a cuatro manos eran relatos históricos basados en hechos reales. Este argumento nos ofrecía, además, la posibilidad de servimos de una realidad histórica para desarrollar una hipótesis original. ¿Era verosímil que Gadafi pudiera disponer de una bomba termonuclear? ¿Era realista imaginar que lograra introducirla secretamente en Nueva York para hacerla explotar allí? ¿Era posible neutralizarla antes de que fuera demasiado tarde? ¿Se podía evacuar una ciudad como Nueva York? ¿Obligar a los israelíes a abandonar

territorios árabes ocupados? Tantas preguntas para las que habríamos de aportar respuestas exactas y detalladas, verdaderas respuestas de historiadores. Empezando por ésta: ¿era la idea de un chantaje nuclear en el corazón de Manhattan una elucubración o, por el contrario, una eventualidad completamente real?

Un responsable del FBI que Larry había conocido en otro tiempo en la Universidad de Yale nos daría la respuesta. El presidente Gerald Ford había conocido esta prueba en 1974, y ya a propósito del conflicto en Oriente Próximo. Unos palestinos le habían amenazado con hacer explotar una bomba atómica en pleno corazón de Boston si once de sus camaradas no eran liberados de las prisiones israelíes. Durante varias horas, Gerald Ford había contemplado la evacuación de la mayor parte de la ciudad de Massachusetts. Los autores del chantaje fueron arrestados a tiempo y su amenaza resultó ser un farol, pero con posterioridad cincuenta casos similares pondrían en ebullición al FBI. A trescientos metros de la Casa Blanca, en la esquina de Pennsylvania Avenue y la Calle 10, la sexta planta del edificio fortaleza de la central americana albergaba un departamento de urgencia nuclear, creado justamente en 1974 cuando el FBI confirió al chantaje atómico una prioridad absoluta hasta entonces sólo otorgada a algunos sucesos extremos como el asesinato del presidente.

Esta revelación nos puso sobre las huellas de una de las organizaciones más secretas del Estado norteamericano, un nutrido grupo de sabios y técnicos mantenidos en alerta día y noche por el centro de operaciones de urgencia del Departamento de Energía. Este centro estaba instalado en un blocao subterráneo de Maryland, a cuarenta kilómetros de Washington. Era uno de los numerosos puestos de mando secretos desde los cuales América podía ser gobernada en caso de conflicto nuclear. La organización en cuestión era conocida oficialmente con el nombre de NEST, las cuatro iniciales de *Nuclear Explosives Search Teams*, o brigadas de búsqueda de explosivos nucleares. Gracias a sus detectores de neutrones y de rayos gamma ultrasensibles, así como a sus técnicas altamente sofisticadas, los equipos NEST podían en principio detectar la presencia de cualquier ingenio nuclear. Seis veces, a espaldas de la población, habían cercado las calles de una ciudad americana a la caza de una bomba.

Larry Collins logró descubrir en una casita de adobe de Nuevo México al creador de estos equipos. Aquel gigante de dos metros y cara curtida, botas y sombrero de vaquero, camisa a cuadros y un amuleto navajo alrededor del cuello, parecía salido directamente de un anuncio de cigarrillos Marlboro. Bill Booth, de cincuenta y dos años, era físico atómico. Gracias a él pudimos reconstruir con un realismo impresionante la búsqueda por los equipos NEST de una bomba H imaginaria escondida en el centro de Manhattan. Nuestro verdadero desafío de escritores consistía en persuadir a nuestros lectores de la verosimilitud de este argumento.

Convencerles de que esta bomba podía encontrarse perfectamente aquí, en Nueva York, lista para desintegrar a seis millones de personas, y demostrarles que un jefe de Estado árabe como Gadafi podía, gracias a su petróleo, procurársela o bien hacerla fabricar en cualquier otra parte de su inmenso desierto para enviarla después a casa del Satanás americano, aliado de los judíos. A diferencia de Israel, India y África del Sur, que habían continuado sus programas de armamento nuclear bajo el amparo de un secreto total, Gadafi no había intentado en absoluto disimular su determinación de equipar a su país con el arma atómica. Sin embargo, Occidente se había burlado siempre de sus ambiciones presentándolo como un aventurero iluminado incapaz de llevar a cabo semejante empresa.

¡Imprudente Occidente! Nuestra investigación nos reveló que esta empresa había estado a punto de ser un éxito.

* * *

¿Quién era exactamente aquel hombre a quien habíamos decidido atribuir tan diabólicas intenciones? Las amistades de Collins en los arcanos de la CIA y la reputación de seriedad de que gozaban nuestros libros nos aportaron un día una respuesta inesperada. Se trataba de un opúsculo de dieciocho páginas y cubierta blanca marcada con el timbre azul pálido de la CIA y el sello «CONFIDENCIAL». Se titulaba: «Estudio de la personalidad y del comportamiento político de Muammar al-Gadafi».

Este estudio formaba parte de un programa secreto emprendido por la central americana a finales de los años cincuenta. Tenía por objeto aclarar los detalles más íntimos de la personalidad y el carácter de cierto número de responsables políticos mundiales. El propósito era prever sus reacciones en casos de crisis o de conflictos. Castro, Nasser, De Gaulle, Jruschov, Brézhnev, Mao Zedong, el Sha de Irán, Jomeini y muchos jefes de Estado habían sido pasados por el tamiz de los expertos. Especialmente los estudios de las personalidades de Castro y Jruschov habían aportado una ayuda decisiva a John Kennedy durante la crisis de los misiles de Cuba en noviembre de 1962. Cada perfil era el fruto de un esfuerzo financiero y técnico considerable. Todo lo concerniente al sujeto era examinado: lo que había influido en su vida, los choques importantes que había recibido, cómo había arrostrado las situaciones extremas, qué particulares mecanismos de defensa había utilizado. Diversos especialistas habían recorrido el mundo para verificar un detalle, explorar una faceta de un carácter. ¿Fulano se masturbaba, bebía, salpimentaba sus alimentos, iba a la iglesia? ¿Cómo reaccionaba en períodos de tensión? ¿Sufría un complejo de Edipo? ¿Le gustaban los muchachos? ¿Las chichas? ¿Ambos? ¿Cuáles eran sus fantasmas sexuales? ¿El tamaño de su verga? ¿Tenía tendencias sádicas,

masoquistas? Incluso se había introducido clandestinamente en Cuba a un agente de la CIA para interrogar a una prostituta con la que Castro había tenido relaciones cuando era estudiante.

El opúsculo consagrado a Gadafi mostraba en su cubierta el retrato de un hombre de mirada inquietante que parecía estar siempre dispuesto a morder.

Nos consumía la idea de conocer a este personaje fascinante. Siempre habíamos obtenido las más cautivadoras informaciones en el curso de un cara a cara con los protagonistas de nuestros relatos. Los jefes de gobierno o de Estado implicados en los sucesos tratados por nosotros nos habían concedido largas entrevistas. Eisenhower, Ben Gurión, Golda Meir, Indira Gandhi, Mountbatten habían contestado con detalle a nuestras preguntas.

Como nos parecía imposible revelar a Gadafi lo que nos animaba a conocerle, decidimos enviar a Trípoli en nuestro lugar a un joven etnólogo franco-español de gran talento con la misión de recoger todas las precisiones necesarias para nuestro relato. Xavier Moro se enamoró del país y de sus habitantes. Volvió con un tesoro de informaciones. Por una de ellas nos enteramos de que el joven dictador abandonaba cada atardecer los apartamentos de su residencia oficial de Bab Azzira, en las afueras de la capital, para pasar la noche bajo una tienda de beduino levantada en un patio cercano al pequeño rebaño de camellas que le proporcionaban su única bebida cotidiana[14].

¡Más vale dejar enfriar la olla!

La mayor ciudad de América, la capital de Estados Unidos, la catedral de los rascacielos, el templo mundial de las finanzas, del arte y de los placeres, la ciudad piloto del Occidente triunfante tomada como rehén por un dictador árabe que reinaba sobre un desierto poblado por apenas tres millones de habitantes. Nuestra investigación nos reveló que en un argumento semejante, la primera preocupación de las autoridades responsables sería entablar un diálogo con el coronel Gadafi para disuadirle de cumplir su funesta amenaza. Dialogar con terroristas es siempre una empresa difícil y peligrosa. Una sola palabra, una sola frase mal interpretada pueden provocar una catástrofe. Descubrimos que para conjurar este riesgo, la CIA y el FBI contrataron a varios psiquiatras especializados en la psicología de los secuestradores de rehenes y de los terroristas en general. Nos enteramos de que el experto número uno en este terreno era un oscuro médico holandés de cincuenta y seis años que vivía en La Haya. Todas las policías internacionales reconocían unánimemente a Henrick Loden como una especie de «Doctor Terrorismo». Hijo de un inspector de las

prisiones de Amsterdam, Loden, durante su infancia, había acompañado a menudo a su padre en sus visitas a los detenidos. Este contacto con la población carcelaria despertó en él un interés precoz por la mentalidad criminal. Guiando a los turistas a lo largo de los canales y por los museos de su ciudad natal para pagar sus estudios de medicina, consiguió el título de psiquiatra especialista en criminología. Fue él quien resolvió algunos de los casos más espectaculares de toma de rehenes sucedidos en Holanda en mitad de los años setenta, en especial el secuestro del embajador de Francia en La Haya por palestinos, el de una coral que había acudido a cantar el oficio de Navidad en una prisión y el ataque a dos trenes de viajeros por terroristas de las Molucas. El doctor Loden era un hombre bajo y fornido de mejillas sonrosadas que hacía pensar en un burgomaestre pintado por Franz Hals. Habitaba en La Haya en una de esas casas estrechas, adosadas unas a otras. Fue allí donde me recibió.

—He estudiado su argumento y el informe de la CIA sobre Gadafi —me declaró con fuerte acento holandés—. Su coronel, tras el envío de su carta al presidente de Estados Unidos, se encontraría probablemente en estado de erección psíquica, es decir, en pleno delirio paranoico. Ve sus objetivos al alcance de la mano: liquidar a Israel, convertirse en líder indiscutible de los árabes, dictar la ley en el mercado mundial del petróleo. Entablar negociaciones con él ahora sería un error fatal. ¡Más vale dejar enfriar la olla antes de levantar la tapadera!

Loden llenó mi taza de café.

—Verá, en una situación de esta índole, los primeros momentos son siempre los más peligrosos. Al principio, el cociente de ansiedad de un terrorista es muy elevado. Suele encontrarse en un estado de histerismo que puede llevarle a cometer lo irreparable. Es preciso darle oxígeno, ayudarle a recuperar el aliento, dejarle expresar sus opiniones y quejas. Por eso lo primero que habría que hacer sería establecer con él una comunicación radiada o telefónica. Es absolutamente preciso oír su voz. Es esencial.

—La voz de un hombre —me explicó entonces el médico— es para mí una apertura indispensable a su psiquismo, el elemento que me permite captar su carácter, la modulación de sus emociones y eventualmente predecir su comportamiento.

En todos los casos de rehenes, el doctor Loden grababa cada conversación con los terroristas y después escuchaba la cinta una y otra vez, espiando el más íntimo cambio en el timbre, la elocución y el vocabulario.

—¿Quién debe hablarle? —inquirí—. El presidente, supongo…

—¡De ninguna manera! —protestó vivamente el psiquiatra—. El presidente es el único que puede concederle lo que reclama… o por lo menos, así lo cree él. Es, pues, la última persona con quien debe ponerse en contacto. —Loden bebió un sorbo de café—. El objetivo es ganar tiempo, el tiempo necesario para que la policía descubra la bomba. ¿Cómo dar largas al asunto y obtener una regresión del ultimátum si deja

que la autoridad suprema inicie de entrada las negociaciones?

Yo estaba cada vez más subyugado.

—Por eso siempre preconizo interponer un negociador entre el terrorista y la autoridad. Si el terrorista formula una exigencia urgente, el negociador puede entonces objetar que debe informar a quienes tienen el poder de concederle lo que pide. El tiempo trabaja siempre a favor de la autoridad. A medida que pasan las horas, los terroristas se muestran cada vez menos seguros de sí mismos, cada vez más vulnerables. ¡Esperemos que tal sería el caso de su guión!

—¿Qué clase de personaje debe ser este negociador? —pregunté.

—Alguien maduro, sereno, que sepa escucharle, sacarle de eventuales silencios. Una especie de padre, en suma, como lo fuera Nasser para él en su juventud. En una palabra, alguien que le inspire confianza. Su táctica consistiría en hacerle comprender esto: «Simpatizo con usted y con sus objetivos. Quiero ayudarle a conseguirlos». Hay que empezar diciéndole que tiene razón. Que sus quejas contra Israel no sólo son legítimas, sino que Estados Unidos está dispuesto a ayudarle a encontrar una solución razonable.

—¡De acuerdo, doctor, pero todo esto presupone que Gadafi quiere hablar con este negociador! —observé.

—Hablaría. El excelente estudio de la CIA que me ha hecho leer lo demuestra claramente. El pobre beduino del desierto ridiculizado por sus condiscípulos quiere convertirse en el héroe de todos los árabes imponiendo su voluntad al hombre más poderoso del mundo, el presidente de Estados Unidos. Créame, hablaría.

»Es evidente que el deseo de Gadafi de llegar a ser el justiciero de sus hermanos árabes es la razón fundamental de su acción. De todos modos, otro imperativo le impulsa también a actuar: el desprecio con que le mira Occidente. Sabe que los americanos, los ingleses, los franceses y hasta los rusos, le toman por un loco. Quiere obligar a este Occidente a respetarle, a tener en cuenta su voluntad, a permitirle realizar su grandioso sueño. Y para probar que no es tan loco como creen, está dispuesto a ir hasta el final, a aniquilarlo todo.

Me fascinaba el modo como este holandés se tomaba en serio el juego de nuestro guión.

—¿Qué podría impulsar a un hombre como Gadafi a cometer semejante chantaje? ¿La locura del poder?

El psiquiatra cerró un segundo los ojos.

—Personalmente, compartiría la opinión expresada en el informe de la CIA. No está loco del todo.

—Entonces, ¿por qué organizaría una maquinación tan demencial?

—De acuerdo con lo que he leído, el rasgo dominante de su personalidad es el gusto por la soledad. Era un solitario de niño, en la escuela, y después en la academia

militar en Inglaterra. Como jefe de Estado, lo sigue siendo. Ahora bien, la soledad es temible. Cuanto más se encierra un hombre en sí mismo, tanto más peligroso puede llegar a ser. Los terroristas son en general individuos aislados, marginados, excluidos, que se agrupan en tomo a un ideal, una causa. Incómodos consigo mismos, se sienten obligados a actuar. La violencia es su modo de afirmarse ante el mundo. A medida que Gadafi siente crecer su aislamiento frente a las otras naciones árabes, que se ahonda la sima que le separa de la comunidad mundial, esta necesidad de actuar, de probar al mundo que existe puede hacerse irresistible. Se ha convertido en el paladín de los palestinos. Está convencido de la legitimidad de su causa. Gracias a su secuestro de Nueva York, se tomaría por Dios Padre ¡y estaría dispuesto, más allá de toda noción del Bien y del Mal, a administrar la justicia por su cuenta!

—Si el hombre es megalómano hasta este punto, ¿por qué perder todo este tiempo en intentar hablar con él? —observé.

—No hay que intentar razonar con él. Al contrario, habría que intentar convencerle de la necesidad de concederle una demora, tal como yo intento siempre convencer a un terrorista de la necesidad de liberar a sus rehenes. A menudo, con el tiempo, el mundo irreal donde evoluciona el terrorista se derrumba a su alrededor. La realidad le sumerge y sus mecanismos de defensa se vienen abajo. En ese momento, un terrorista está dispuesto a morir, a suicidarse de un modo espectacular. El riesgo de que haga perecer con él a sus rehenes es en tal caso inmenso. En semejantes circunstancias yo no daría gran cosa por la vida de sus neoyorkinos. En cambio, también puede presentarse la ocasión bendita de poder coger al terrorista de la mano —un modo de hablar— y alejarlo del peligro. Entonces hay que intentar convencerle de que es un héroe, un héroe que ha sido obligado a someterse honorablemente a fuerzas superiores.

—¿Y usted cree que se podría manipular a Gadafi de esta manera?

—Es una esperanza. Nada más. Pero la situación no ofrecería otras alternativas. Está claro que tendría que habérselas con una personalidad enferma de psicosis de poder, de una paranoia ligera pero en absoluto invalidante. A este tipo de individuo suele costarle dominar las situaciones complicadas. Hay que enfrentarle con toda una variedad de problemas anexos, tratar de desviar su atención bombardeándolo con una serie de preguntas de orden técnico y poco importantes sobre los medios de satisfacer sus exigencias. ¿Conoce mi teoría de «pollo o hamburguesa»?

Asentí. La idea del psiquiatra era distraer el espíritu de los terroristas de su preocupación principal, obligándolos a contestar a una oleada ininterrumpida de preguntas y de problemas sin relación alguna con la situación. El ejemplo que daba invariablemente era el modo de responder a un terrorista que reclama comida. «¿Qué desea? ¿Pollo o hamburguesa? ¿Ala o muslo? ¿Muy hecho o casi crudo? ¿Con mostaza o ketchup? ¿Con o sin pan? ¿Hervido o a la parrilla? ¿Con qué condimentos?

¿Pepinillos? ¿Desea su carne con cebolla? ¿Cruda o frita?» El médico holandés había añadido numerosos perfeccionamientos a esta técnica de base. Se aseguraba, por ejemplo, de que la comida se enviara siempre en platos verdaderos, con cubiertos y vasos verdaderos. Esta precaución, afirmaba, introducía sutilmente un elemento de urbanidad en las relaciones de la policía con los terroristas. Introducía asimismo una noción de fragilidad que obligaba a los terroristas a tener cuidado. Un plato de porcelana, un vaso de cristal se pueden romper. Del mismo modo, la vida de un rehén es frágil. Además, siempre que era posible pedía a los terroristas que lavaran la vajilla antes de devolverla. Esto les llevaba poco a poco a ejecutar órdenes. Desviar a un secuestrador de sus obsesiones mediante semejante avalancha de preguntas permitía con frecuencia tranquilizarlo, ponerlo de nuevo en contacto con la realidad y hacerlo, en general, más maleable.

El doctor Loden exhaló un largo suspiro antes de concluir:

—Lo malo es que Gadafi no sería un terrorista como los demás.

Unos sanguinarios cazadores de mariposas

Más de ocho mil embarcaciones desembarcan cada año su carga en el puerto de Nueva York. Controlar eficazmente estas mercancías es una tarea imposible. Introducir un contenedor que transportase un ingenio nuclear en un muelle de Brooklyn o de Jersey City sería, pues, un juego de niños. Encontrarle luego un escondite también lo sería. Los sótanos de Manhattan rebosan de almacenes o garajes por alquilar. Pero una vez colocada la bomba, ¿cómo la haría explotar Gadafi? ¿Por una señal radiada desde su cuartel general de Trípoli? ¿Desde un escondite en su desierto? ¿Desde un buque en alta mar? ¿O confiaría la detonación a alguien, por ejemplo a un kamikaze que pulsara el detonador en el instante convenido? Nuestra investigación nos mostró que no tendría ninguna dificultad en encontrar a un voluntario para una misión suicida de esa clase. En aquella época los campos de entrenamiento para la guerra contra Israel estaban a rebosar de fanáticos dispuestos a dar sus vidas. En el Líbano esos campos contaban incluso con numerosos extranjeros. Los más resueltos pertenecían a un grupúsculo japonés de extrema izquierda que se titulaba «Fracción del Ejército Rojo». El 30 de mayo de 1972, tres de sus miembros se habían hecho tristemente célebres matando con granadas y metralletas un centenar de pasajeros de un avión de Air France que acababa de aterrizar en Lod, el aeropuerto internacional de Israel. Dos de los terroristas japoneses habían perecido en la matanza, pero el tercero, un estudiante de botánica de veinticuatro años llamado Kozo Okamoto, había sido capturado vivo.

¿Por qué este joven japonés nacido en una honorable familia burguesa había cruzado medio mundo para convertirse en un asesino al servicio de una causa totalmente ajena a la historia de su país, a su cultura, a sus preocupaciones? ¿Por qué él o cualquier otro de sus compañeros habrían pulsado sin vacilar la bomba H de Gadafi oculta en el corazón de Nueva York?

El asunto iba a conducirme hasta el corazón del edificio mejor guardado de Israel, la prisión de alta seguridad de Ramleh, donde el Estado hebreo encierra a sus más peligrosos enemigos. Desde hacía ocho años, Kozo Okamoto purgaba en ella una pena de cadena perpetua en la misma celda que había albergado al organizador de la solución final, el dirigente nazi Adolf Eichmann. Excepto la ocasional visita de un funcionario de la embajada japonesa en Tel-Aviv, el terrorista vivía en un aislamiento absoluto. Ningún periodista ni ningún historiador habían podido nunca reconstruir con él su itinerario.

No obstante, interpuse una demanda de visita a las autoridades israelíes. Confiando en mi suerte, me preparé febrilmente para el encuentro. Hice traducir al japonés una lista de preguntas y me las aprendí de memoria. Después, con la esperanza de establecer entre nosotros una corriente de simpatía, escribí a sus padres para comunicarles mi eventual visita a Ramleh, y me respondieron enviándome mensajes de aliento y afecto con el encargo de que los transmitiera a su hijo. Por último, en una tienda de especialidades orientales de Tel-Aviv, encontré una gran variedad de golosinas chinas y japonesas susceptibles de amenizar el régimen carcelario del japonés durante algunos días. Sólo me faltaba la autorización milagrosa.

Estaba a punto de regresar a Francia cuando una llamada telefónica me invitó a presentarme a la puerta de la prisión. Corrí al primer estanco para comprar un paquete de Pall Mall —sabía que eran los cigarrillos preferidos de Okamoto— y me precipité a Ramleh. Era la primera vez que volvía a una cárcel después de mis encuentros con Caryl Chessman en el bloque de condenados a muerte de la penitenciaría de San Quintín, exactamente veinte años antes. Después de un minucioso registro, el guardián jefe en persona me hizo el honor de escoltarme a través de los numerosos patios superpoblados de prisioneros palestinos hacia el bloque de alta seguridad donde Israel alojaba a sus huéspedes VIP. No tuve tiempo de darme cuenta cuando mi guía ya me había empujado al interior de una vasta celda cuya cerradura sonó a mis espaldas como la de una jaula de leones a la entrada del domador.

Descubrí entonces al fondo de la habitación una inmóvil y minúscula silueta en cuclillas al borde de un catre de campaña. Parecía un gorrión disecado. Al acercarme, me fijé en sus manos. Los dedos se prolongaban en unas uñas largas y curvadas como garras. Dije buenos días en japonés. Sorprendido, Okamoto se levantó y volvió la cabeza hacia mí. Él me saludó a su vez, inclinándose ceremoniosamente a la japonesa

con un ligero silbido.

—Voy a buscarles café —anunció entonces el guardián jefe. Se me acercó y añadió en voz baja—: ¡Tenga cuidado! Este engendro conoce una llave de karate con la que puede matarle en un suspiro.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, echó el cerrojo a la puerta de barrotes al salir. Me encontraba solo con el japonés. Había vuelto modosamente a su lugar al borde del jergón. Fui a sentarme a su lado. De cerca, sus uñas parecían auténticos puñales pequeños. Observándole, pensé con horror en todos los inocentes a quienes su encarcelamiento aún podía causar la muerte, en todos aquellos que podían ser tomados como rehenes en un avión, una escuela, una iglesia para que este muchacho al parecer insignificante recuperase la libertad. Se me antojaba tan endeble, tan frágil e incluso tan inofensivo que no podía imaginar que tuviera la fuerza de matar a alguien, aunque fuese con una llave secreta de karate.

Me escuchó abriendo de par en par los pequeños ojos incrédulos pero agradecidos. Era un buen augurio. Entonces vi a la muerte abalanzarse sobre mí. El brazo derecho de Okamoto se elevó en el aire como un sable. En un instante comprendí que iba a bajarlo para caer como una cuchilla sobre mi nuca o mi garganta. No tuve tiempo de iniciar el menor retroceso cuando ya el brazo blandía el aire en mi dirección. Pero no sentí ningún impacto. El japonés no quería matarme. Como un ave de presa, había agarrado el paquete de Pall Mall que asomaba por el bolsillo de mi camisa. Lo abrió con un golpe de uña y encendió tranquilamente un cigarrillo. El guardián jefe volvió entonces con dos tazas y una cafetera que desprendía un reconfortante aroma de café. Después se alejó de nuevo, dejándonos bajo la discreta vigilancia del guardia del pasillo.

—Kozo, si sus jefes le hubieran dado un día la orden de pulsar el detonador de una bomba H destinada a asesinar a seis millones de habitantes de Nueva York para obligar a los israelíes a abandonar Jerusalén Este y los territorios árabes ocupados en 1967, ¿habría obedecido esta orden?

El japonés emitió una serie de pequeños gruñidos. Se puso rígido.

—Soy un soldado. Los soldados ejecutan las órdenes.

—¡Pero usted es japonés! El conflicto entre judíos y árabes no le concierne. Ni a usted, ni a su país.

Un fulgor de desaprobación atravesó sus minúsculos ojos.

—Yo soy un militante revolucionario. Y la revolución no tiene fronteras.

¡Un militante revolucionario! Por más que había buscado en el pasado del japonés, no había logrado descubrir cómo ese muchacho de carácter tímido y reservado —según decían—, educado en los principios y las tradiciones de una familia burguesa y apasionado por sus estudios de botánica, había podido enrolarse en las filas de una organización de izquierdistas desesperados como la Fracción del

Ejército Rojo Japonés. ¿Era suficiente el ejemplo de un hermano mayor, por más que fuera objeto de su admiración, para explicar dicho enrolamiento? ¿Y si hubiera otra razón más secreta?

Planteé la pregunta abiertamente. Ello me valió una serie de carraspeos y una sonrisa embarazada. Después, echando la cabeza hacia atrás, con los ojos completamente cerrados, terminó por decir:

—Quizá se deba a mi mala suerte en el amor…

Le insté a que se explicara.

—Al principio amé a una vecina de nuestra casa —dijo, tristemente—, pero huyó la mañana de nuestros esponsales. Después, en la universidad, me enamoré profundamente de una estudiante. Tenía la misma pasión que yo: las flores y las plantas… Pero nuestro idilio se acabó con un fracaso total. —Exhaló un largo suspiro. Esta vez sus pequeños ojos estaban abiertos de par en par—. La Fracción del Ejército Rojo me pareció una amante menos exigente.

Aproveché la ocasión para preguntarle si esa organización continuaba encarnando su ideal político. La pregunta le suscitó una risa sarcástica.

—¡Naturalmente! —dijo con una rabia repentina.

—¿Piensa alguna vez en la tragedia del aeropuerto?

—Pienso en ella todos los días.

—¿Y qué siente, ocho años después, sobre lo ocurrido aquella tarde?

Dibujó más círculos de humo con su Pall Mall. Después, con una voz muy lenta, dijo:

—Como militante revolucionario, mi deber era ejecutar las órdenes y aceptar hacer la guerra. Pero lo triste es que la guerra afecta también a las mujeres y los niños.

Entonces le pregunté su punto de vista, no como militante, sino como simple ser humano. Permaneció silencioso mucho rato. Vi su nuez de Adán subir y bajar nerviosamente por su garganta, señal de una intensa emoción. Por fin contestó:

—Discúlpeme, pero las palabras no pueden traducir siempre los sentimientos.

—Kozo —dije familiarmente, señalando las paredes y los barrotes—, si algún día sale de la cárcel, ¿qué será lo primero que hará?

El japonés esbozó una ancha sonrisa. La pregunta le había tocado un punto sensible.

—Daré la vuelta al mundo para expresar mi pesar al pueblo judío y al pueblo puertorriqueño —dijo gravemente.

La respuesta me dolió. Merecía una explicación. Comenzaba una aterradora investigación.

* * *

La mística revolucionaria que había precipitado al estudiante Kozo Okamoto a la nebulosa del terrorismo palestino había nacido de las grandes luchas surgidas en los campus nipones a fines de los años sesenta. Convencidos de que sus manifestaciones serían impotentes para cambiar a la sociedad japonesa, cierto número de jóvenes militantes comunistas decidieron pasar a la acción directa. Considerándose promotores de una justicia absoluta, eligieron la violencia como argumento de un debate que se hundía y se agruparon bajo el nombre de «Fracción del Ejército Rojo Japonés». Aunque esta «Fracción» contaba con una mayoría de estudiantes, también la formaban médicos, ingenieros y directivos del mundo de la industria.

Uno de los jefes de este avatar terrorista del movimiento estudiantil era una enigmática mujer joven de rostro enmarcado por largos cabellos lisos. Fusako Shinegobu era hija de un abogado de extrema derecha. No la desanimaba ninguna tarea al servicio de la causa. Cuando era estudiante de la Universidad Meiji de Tokio, no había vacilado en trabajar de noche como camarera en los cabarets de *topless* para alimentar la caja del movimiento. «Cada caricia de un cliente es un bol de arroz más para los camaradas», solía decir. Fusako había sido detenida varias veces en el curso de acciones violentas, como el día de los motines que ensangrentaron Tokio en mayo de 1969. Dos años después, la joven y ocho de sus camaradas proclamaron el nacimiento oficial de la «Fracción del Ejército Rojo Japonés» con ocasión de un audaz acto de piratería aérea, el desvío a Pyong Yang, la capital de Corea del Norte, de los trescientos pasajeros de un Boeing 747 de la Japan Airlines.

La hazaña inflamó la imaginación de millones de japoneses persuadidos de que sólo las acciones radicales podían obligar al gobierno ultraconservador y corrompido de la época a presentar su dimisión y cambiar las estructuras rígidas y arcaicas de la sociedad japonesa. Saludados como héroes por gran parte de la opinión, los nueve piratas entraron de la noche a la mañana en la mitología romántica de los samurais.

Los fundadores del movimiento debían de recordar la lección de Pyong Yang. Como la revolución aún no era posible en Japón, había que obrar en el campo de batalla internacional y luchar en él para purgar de su corrupción no solamente al archipiélago sino al mundo entero. Así la revolución sería mundial antes de ser japonesa.

El mensaje no tardaría en llegar a oídos del médico árabe cristiano que dirigía en Damasco el Frente Patriótico de Liberación de Palestina (FPLP), uno de los movimientos más extremistas y fanáticos de la resistencia palestina. El ofrecimiento del grupúsculo japonés proporcionó al doctor Georges Habache una ocasión inesperada de internacionalizar su acción terrorista contra el Estado hebreo. Despachó a Pyong Yang a su brazo derecho, Bassam Tawfig Sherif, con la misión de incorporar a su causa a los miembros de la Fracción del Ejército Rojo.

La joven Fusako y sus camaradas no se hicieron de rogar mucho para aceptar la

invitación del emisario palestino. Tomaron un avión con destino al Líbano. Fue casi un viaje de novios para la terrorista japonesa, que acababa de casarse en Pyong Yang con uno de sus compañeros, el estudiante de electrónica Tekishi Okudeira. Desde su llegada a la capital libanesa, su primera preocupación fue organizar la cooperación de su grupo con el FPLP. Los corresponsales de prensa enviados a Beirut encontraron una mañana en su correo un manifiesto escrito a máquina en una hoja de papel, sin membrete ni señas. Muchos de ellos lo echaron a la papelera. Algunos, más sagaces, lo clasificaron en su expediente relativo al terrorismo del Próximo Oriente. «La Fracción del Ejército Rojo Japonés desea consolidar con el FPLP la alianza revolucionaria contra los imperialistas del mundo —decía el documento—. Se compromete a intensificar y acelerar la violencia internacional revolucionaria en cooperación con el movimiento terrorista palestino para vencer al enemigo israelí. Acusamos al gobierno japonés de pretender ser neutral en el conflicto del Próximo Oriente, mientras ayuda en secreto a los israelíes contra los árabes».

La joven japonesa obtuvo una subvención para realizar una película sobre la resistencia palestina y la acción del FPLP: *El Ejército Rojo Japonés y el FPLP. Declaración de guerra al mundo*. Este sorprendente reportaje fue exhibido en Japón ante numerosos grupos de extrema izquierda, sobre todo en las universidades. Una de las proyecciones tuvo lugar en una sala del departamento de agronomía de la facultad de Kagoshima, en el sur de la isla de Kyiushu. Entre los espectadores se encontraba un muchacho de veintidós años con cabellos cortados al cepillo, de aspecto frágil y tímido y rasgos casi femeninos, cuya única pasión conocida era la caza de mariposas.

Kozo Okamoto era el menor de cinco hijos de un maestro de escuela jubilado de la pequeña ciudad de Kagoshima. El Ejército Rojo y su ideología revolucionaria no le eran desconocidos: su hermano mayor, Takeshi, formaba parte del comando de los piratas de Pyong Yang. Profesaba una admiración sin límites hacia ese hermano mayor, que le había escrito para exhortarle a unirse a las filas del movimiento. Pero vengar a los palestinos y luchar para eliminar a Israel le parecían objetivos muy alejados de sus preocupaciones de futuro ingeniero forestal en su Japón natal. Guardaba, además, el recuerdo vibrante de una película que exaltaba la tesis inversa. En esa historia, las víctimas eran los judíos. Sin agua ni alimentos, apiñados a centenares en las bodegas y en los puentes de un viejo barco llamado *Éxodo,* un puñado de supervivientes de las cámaras de gas nazis habían luchado por la libertad en el intento de llegar a la tierra de la cual el FPLP pretendía ahora expulsarles. Sin embargo, los reiterados llamamientos de su hermano no le dejaron insensible. Como muchos jóvenes japoneses deseosos de escapar de la americanización forzada de la sociedad nipona, Kozo Okamoto se había vuelto hacia los mitos familiares de su país. Había devorado las obras que preconizaban el culto del guerrero, el suicidio al servicio de un ideal, y ciertos actos de rebelión presentes en la reciente historia del

país. Le había marcado sobre todo el mensaje de un joven intelectual cuyo suicidio espectacular con el sable había trastornado dos años antes a millones de sus compatriotas. Aunque políticamente en las antípodas de los izquierdistas de la Fracción del Ejército Rojo, el escritor de la derecha Yukio Mishima defendía, también él, esa virtud suprema que los japoneses llaman *makoto* y que significa «sinceridad», «autenticidad», «integridad». Sus libros denunciaban la corrupción, el vacío espiritual, la obsesión de la prosperidad económica, el olvido del *makoto* y de las otras virtudes enraizadas en el alma japonesa. *El mar de la fertilidad*, su tetralogía final, resumía su pensamiento. «Saber y no actuar es insuficiente —escribía— y para actuar no es necesaria ninguna garantía de éxito. Basta tener el alma de un *heishi*, el alma de un guerrero». Antes de suicidarse, el escritor había lanzado un llamamiento a los oficiales y soldados desengañados del ejército del nuevo Japón. «El país de nuestros antepasados se encuentra hoy en día precipitado a un abismo espiritual —les había gritado—. Ha repudiado sus valores fundamentales y perdido su espíritu nacional. Y hemos asistido con los brazos cruzados a la profanación de nuestras tradiciones por los propios japoneses».

Como tantos de sus compatriotas, Kozo Okamoto se sintió trastornado por esta patética despedida. Y ahora, dos años después, su hermano mayor le daba la oportunidad de probar que él también tenía un alma de *heishi*. ¿Cómo declinar semejante invitación? Firmó su militancia en las filas del movimiento. A principios de febrero de 1972, recibió la visita de un agente del FPLP que le remitió varios centenares de dólares y un billete de avión a Beirut, vía Vancouver, Montreal, Nueva York, París y Roma. ¿Para qué misión? No lo sabría hasta haber llegado a su destino.

* * *

Kozo Okamoto despegó de Tokio el 29 de febrero de 1972. En París, visitó Notre-Dame antes de dejarse guiar por las callejas del Barrio Latino, por el perfume nostálgico de las gambas al jengibre de los restaurantes japoneses. En Roma hizo una visita al Foro y luego fue a saborear, en la vía Appia, los encantos de una prostituta africana. Tantas debilidades terrenales, si se hubieran conocido, habrían podido valer al aprendiz de samurai una liquidación prematura apenas llegado a su destino. Los dirigentes de la Fracción del Ejército Rojo japonés no bromeaban con la virtud. Purgas sangrientas acababan de producirse justamente en el seno de un grupo de militantes que erraban por el frío siberiano de las montañas del Japón central. Acusados de tibieza y desviacionismo, catorce de ellos habían sido torturados y ejecutados, ciertas mujeres jóvenes por el solo hecho de haberse maquillado, de haber llevado pendientes o flirteado con un compañero. El descubrimiento de sus cadáveres mutilados había horrorizado a la opinión japonesa y apartado a muchos simpatizantes del ideal revolucionario de la Fracción del Ejército Rojo.

Fusako fue en persona a recibir a Okamoto al aeródromo de Beirut. Había tomado el mando de la célula operacional que la Fracción había instalado en la capital libanesa. Guió al viajero hacia un minibús donde esperaban otros dos japoneses. Uno, el estudiante de electrónica Okudeira Takeshi, no era otro que el marido de Fusako. El otro, Yasuda Yakushi, seguía cursos de arquitectura en la Universidad de Kyoto. Los tres habían sido designados por la misma unidad de entrenamiento y el mismo comando de acción. Su destino era un vasto recinto rodeado de alambradas a varios kilómetros de Baalbeck. Se trataba del campo de entrenamiento militar árabe más importante del Próximo y Medio Oriente donde los enemigos de Israel de todas las nacionalidades y de todos los orígenes iban a aprender las técnicas más modernas de la guerrilla y del terrorismo. Mandaba el campo una de las figuras del FPLP, el terrorista Abu Hija, que contaba en su palmarés con el atentado de Zurich contra un avión de El Al. Su equipo comprendía instructores rusos, checos y argelinos, especialistas en armas y destrucciones con explosivos. Como un estudio cinematográfico de Hollywood el campo estaba dividido en varios sectores donde se habían construido vías férreas, puentes, casas, arcas de agua, transformadores, en fin, todo lo que podía convertirse en un objetivo de destrucción. El punto clave de las instalaciones estaba resguardado bajo un vasto hangar. Era el puesto de pilotaje y la carlinga de un Boeing 727 reproducidos hasta la última esfera y el último botón.

Ni los samurais del Japón feudal ni los pilotos de la segunda guerra mundial sufrieron jamás el programa intensivo de ejercicios físicos y militares que esperaba a los voluntarios japoneses. Cuatro horas de gimnasia al día, operaciones de entrenamiento en comando y de sabotaje bajo fuego real, sesiones de manipulación de armas automáticas y lanzamiento de granadas, cursos repetidos de adoctrinamiento: en pocas semanas los alumnos de Abu Hija se convertían en implacables máquinas de matar. Pero no por ello descuidaron los tres japoneses su culto a los valores de su patria. Cada tarde, después de haber descargado su última ráfaga contra un maniquí decorado con una estrella de David, recuperaban su alma de poeta y su amor por la naturaleza. Cambiaban sus kaláshnikovs por un tallo de bambú y salían a cazar mariposas por el campo abrasado por el calor. A falta de redes, anudaban el *keffieh* a cuadros que les servía de tocado a la punta del bambú. Después, cuando la noche envolvía la llanura, se sentaban en una piedra para descifrar la bóveda celeste y sus miríadas de estrellas. Eran, me diría Okamoto, «verdaderos momentos de éxtasis durante los cuales cada uno de nosotros podía meditar como un poeta *haku* sobre el carácter efímero de la vida de las mariposas».

Una noche que contemplaban el cielo con una concentración particular, un recuerdo de infancia cruzó la mente del japonés. En su país, los padres tenían la costumbre de decir a los hijos que cuando murieran partirían hacia el cielo para convertirse en una estrella. Recordó que su madre le había prometido que él sería una

estrella de la constelación de Orión.

—Debemos convertirnos los tres en estrellas de Orión —dijo de repente a sus camaradas.

La idea les encantó. No obstante, Okudeira, el marido de Fusako, se inquietó.

—¿Crees que los que vamos a matar se convertirán también en estrellas? —preguntó.

—Claro —respondió Okamoto—. Muchos de ellos, en todo caso. Tranquilízate: habrá muchas estrellas en el cielo, y la guerra revolucionaria traerá sin cesar otras nuevas.

* * *

Al cabo de ochenta días de entrenamiento frenético, los tres japoneses fueron por fin informados sobre la naturaleza de su misión. Se trataba de un acto de terrorismo puro, que tenía como único objeto matar y sembrar el terror. El comando iría primero a Frankfurt, donde miembros de la banda Baader les proporcionarían pasaportes nuevos con identidades falsas. Después se trasladarían a Roma para recibir, camufladas en bolsas de deporte, las metralletas, municiones y granadas necesarias para su misión. Entonces sólo tendrían que coger el primer avión comercial con destino a Lod, el aeropuerto internacional de Israel próximo a Tel-Aviv. A la llegada recuperarían las bolsas de la cinta transportadora en la sala de equipajes. Tomarían las armas y abrirían fuego sobre los pasajeros. Era una operación suicida en la más pura tradición japonesa. Los kamikazes no debían caer vivos en manos de los israelíes bajo ningún pretexto. Perecerían con sus víctimas disparándose a la cabeza la última ráfaga. La orden venía de la propia Fusako. En su locura revolucionaria, la joven no vacilaba en sacrificar al hombre con quien acababa de casarse.

* * *

El trío despegó de Beirut el 22 mayo con destino a Frankfurt, donde les esperaba un agente de la banda Baader con los nuevos pasaportes. Kozo Okamoto se llamaría de ahora en adelante Daisuke Namba. Abandonaron Frankfurt a bordo del *Simplon Express*, que les desembarcó en Roma a la una de la madrugada del viernes 26 de mayo. Un taxi los condujo al Anglo-American Hotel, no lejos de la Piazza di Spagna, donde su contacto local les había reservado dos habitaciones.

* * *

Un Mercedes negro desprovisto de placas diplomáticas por razones de seguridad se presentó aquel mismo 26 de mayo a las diez de la mañana ante el portal principal de

la entrada del Ministerio francés de Asuntos Exteriores en el Quai d'Orsay de París. A bordo iba el embajador de Israel en Francia. Antiguo miembro de los servicios secretos del Mossad, Asher Ben Natan cultivaba el arte de la información como una religión. Tenía una cita con Hervé Alphand, secretario general del ministerio, para una comunicación urgente. Su gobierno deseaba en efecto pedir a las autoridades francesas un refuerzo drástico de las medidas de seguridad en todos los vuelos de Air France con destino a Israel.

—Tenemos serias razones para creer que la guerrilla palestina está a punto de llevar a cabo una acción espectacular contra Israel —declaró el embajador.

Explicó que, para ejecutar esta acción, «la organización terrorista bajo sospecha se preparaba para introducir clandestinamente en Israel armas y explosivos en los equipajes que viajaban en la bodega de los aparatos con destino al Estado hebreo».

Alphand se apresuró a tranquilizar a su visitante. Estaba en condiciones de decirle que, en lo que concernía a Francia, los temores de Israel no estaban justificados. Se abstuvo de dar cualquier explicación que motivase esta seguridad. Y, sin embargo, estaba bien fundada. Alphand sabía que su gobierno había recibido, en señal de reconocimiento por su política pro-árabe, la garantía solemne de que el terrorismo palestino no utilizaría los aviones de Air France en su combate contra Israel.

* * *

En cuanto las oficinas de Roma abrieron aquel mismo 26 de mayo, los tres japoneses se dirigieron a la agencia de la American Express para cambiar en liras el paquete de dólares que llevaban encima desde Beirut y comprar billetes de avión para Tel-Aviv. El primer vuelo disponible era el de Air France del martes 30 de mayo a las 20.05 horas.

Poco después recibieron la orden de instalarse en la pensión Scaligera, en la vía Nazionale, «para recibir allí los paquetes que les esperaban». El establecimiento estaba ocupado casi exclusivamente por clientes árabes. Incluso los menús del desayuno estaban redactados en la lengua de Mahoma. En cuanto hubieron tomado posesión de la habitación, llamaron a la puerta. Un mensajero les llevó tres bolsas de deporte con cierre de cremallera. Cada una contenía una metralleta checa V-258 del calibre 7.62, una treintena de cargadores y veinte granadas F1 soviéticas del tamaño de una mandarina, colocadas en una caja. Lo suficiente para una matanza.

El martes 30 de mayo, poco antes de las diecisiete horas, subieron a un taxi en dirección al aeropuerto de Fiumicino. Las formalidades de facturación para el vuelo 132 de Air France Roma-Tel-Aviv sólo duraron unos instantes. La azafata no prestó ninguna atención particular a los equipajes de estos tres pasajeros de aire deportivo que se dirigían a una competición. Las bolsas desaparecieron en la cinta transportadora, provistas de su etiqueta con iniciales del aeródromo internacional de

Israel. Los tres hombres pasaron enseguida sin problemas bajo el arco magnético del pasillo n.º 9, presentaron sus flamantes pasaportes en la ventanilla de la policía de fronteras y fueron a sentarse en la sala de embarque n.º 44. En Fiumicino, Air France hacía embarcar a sus pasajeros por una sociedad italiana especializada en esta clase de servicio. No controlaba nunca el contenido de los equipajes de la bodega a menos que una compañía lo solicitara.

Air France no había presentado ninguna solicitud de este género para su vuelo AF-132 de aquel 30 de mayo. Esta negligencia era tanto más sorprendente cuanto que, dos días antes, una pasajera libanesa de un vuelo de la compañía a Beirut había sido interceptada por un pórtico detector en posesión de dos revólveres de gran calibre, uno oculto bajo la axila y el otro sujeto a su muslo. Adujo que llevaba estas armas a su padre para permitirle defenderse de los lobos que infestaban la montaña libanesa donde vivía. La policía sospecharía más tarde que fue encargada de probar la sensibilidad del pórtico.

El ordenador había asignado a los tres japoneses asientos en la misma fila del fondo del Boeing 727. Poco después del despegue, Okamoto se sumió en una profunda meditación. Pensaba en su muerte tan próxima. Trataba de imaginarla y pensaba en el refinado ceremonial que acompañaba a la de los samurais del antiguo Japón. A fines del siglo pasado, gran número de estos caballeros se habían suicidado de un sablazo en el vientre para señalar su oposición a la occidentalización del país. En recuerdo de la tempestad que, en el año 1281, había hecho naufragar los navíos del invasor mongol, salvando así a Japón de una catástrofe, estos defensores de la ortodoxia habían dado a su movimiento el romántico nombre de «Viento Divino». Para poner fin a esta hecatombe de suicidios, el gobierno de la época tuvo que prohibir la posesión de sables. Pero los sacrificios de los caballeros del Viento Divino habían consagrado para siempre el mito del suicidio en la imaginería japonesa. Al final de la segunda guerra mundial, cuando ya se acercaba el espectro de la derrota, este mito condujo a millares de jóvenes pilotos a ofrecer a su vez su vida. En este avión que le llevaba hacia un destino parecido, Okamoto se sintió heredero de los caballeros del Viento Divino. En Japonés, este concepto poético se llamaba *kamikaze*.

La llegada de la azafata con las bandejas de la comida trasladó al japonés a una realidad más prosaica. Vaciló. ¿Convenía, en semejante circunstancia, rebajarse a consumir un alimento terrestre? ¿Qué opinaba sobre la cuestión el código de la moral samurai? Okamoto recordó que, un día, un caballero de Kyushu, su isla natal, se había interrogado sobre este punto antes del suicidio. Respondiendo de modo afirmativo, había desayunado copiosamente, con riesgo de ofrecer, cuando se abriera el vientre, el repugnante espectáculo de sus entrañas vomitando la comida.

«Los tres hicimos acopio de valor y compartimos este último alimento —me confesaría Okamoto— e incluso lo regamos con una cerveza».

Esta bebida no tardó en hacer sentir su efecto en la vejiga del joven japonés. Se levantó y se dirigió a los lavabos del fondo del avión. Mientras orinaba acudió a su memoria una extraña anécdota. Se trataba de un episodio de la guerra ruso-japonesa de 1905. Durante la decisiva batalla naval que enfrentó a las dos flotas enemigas, el comandante en jefe japonés, almirante Togo, dirigía las operaciones desde el puente del *Mikasa*, su crucero de mando. En un momento de gran peligro, el ayudante del almirante quiso constatar el estado moral de su jefe. Deslizó furtivamente la mano entre sus piernas y se dio cuenta con alivio de que sus testículos colgaban del modo más normal del mundo. El almirante estaba, pues, perfectamente sereno. Tranquilizado, el oficial se apresuró a volver a su puesto. Okamoto notó con vergüenza que sus testículos no colgaban como los del almirante. La emoción los había encogido y endurecido como pequeñas nueces a punto de explotar.

El viaje infernal de los sesenta y ocho peregrinos de Puerto Rico

Las luces de Tel-Aviv aparecieron pronto bajo las alas. Los pasajeros volvieron a sus asientos invitados por la azafata, que se expresaba en tres lenguas. Okamoto reconoció el inglés y pensó que una de las otras dos lenguas debía de ser el francés a causa de la nacionalidad de la compañía. Pero ¿y la tercera? Por cortesía hacia los sesenta y ocho puertorriqueños hispano-parlantes que ocupaban aquella tarde la clase turista, la azafata había repetido igualmente las consignas del aterrizaje en castellano. Estos pasajeros llegaban directamente de la isla norteamericana del Caribe para una visita de diez días a los principales santuarios de Tierra Santa. Eran plantadores de caña de azúcar y de tabaco, comerciantes, funcionarios, empleados, estudiantes, jubilados. El de más edad tenía setenta y dos años; el más joven, catorce. Su guía era un atlético profesor de instituto de veintiocho años, que animaba a la comunidad bautista de la isla. José Muñoz ya había hecho un peregrinaje a Jerusalén y había jurado hacer descubrir los Santos Lugares a su joven esposa Nilda y a sus amigos. Un mismo culto a Jesús el Mesías, una misma sed de conocer los decorados de su vida terrenal, una misma impaciencia de pisar el suelo de Tierra Santa les unía.

El avión sobrevoló los naranjales que bordeaban la costa y describió un ancho círculo para poner rumbo al norte. Con los rostros pegados a la ventanilla, José Vega, de treinta y seis años, y su joven esposa Vastiliza escrutaron apasionadamente la oscuridad sembrada de luces. José era el pastor de la iglesia metodista de Arecibo, la segunda ciudad de Puerto Rico. Bajo su alzacuellos, en el bolsillo izquierdo de la camisa, llevaba el pequeño misal que leía cada día desde los doce años. ¿No era en

este rincón de Palestina donde san Pedro había curado a Eneas, el paralítico? ¿Aquí, donde san Pablo había descansado en el camino de Jerusalén? ¿Aquí, donde había nacido san Jorge y donde reposaban sus restos de mártir? ¿Aquí, en fin, donde los sabios de Israel habían instalado en otros tiempos sus yeshivas, donde habían acampado las legiones romanas, donde los cruzados de Ricardo Corazón de León se habían reagrupado antes de subir al asalto de Judea? Unos asientos más allá, Juan Padilla, de treinta años, y su esposa Carmen, ambos miembros de la Iglesia de los discípulos de Cristo, escudriñaban también las tinieblas. Apasionados de la historia bíblica, se dijeron que el avión pasaba seguramente por encima del valle del Soreq, donde había nacido Dalila y donde las raposas de Sansón habían incendiado con sus colas inflamadas las cosechas de los filisteos. Juan Larroy, un barbudo agente de seguros de veintiocho años, se preguntaba si el aeropuerto de Lod habría sido construido en la planicie donde Josué había detenido al sol. Pero no eran los espejismos del país de la Biblia lo que motivaba su presencia esta tarde en el avión. Juan estaba secretamente enamorado y el objeto de su pasión, una deslumbrante muchacha de ojos verdes, estaba sentada a su lado. Se llamaba Carmen Crespo. Este viaje a Tierra Santa era un regalo de sus padres. Carmen acababa de cumplir veinte años. Cuando Juan Larroy se enteró de la noticia, corrió a inscribirse a su vez. Sería en Jerusalén donde le declararía su amor.

Aplausos, gritos de alegría, hurras saludaron el aterrizaje. Después, todos los peregrinos entonaron el famoso himno a la gloria de Jerusalén, *Ciudad de Dios*. Desde la apertura de las puertas, un maravilloso olor de azahar invadió la cabina. La noche era perfumada. La institutriz Matilde Guzmán se detuvo en la pasarela para respirar a fondo. «Era como llegar al paraíso terrenal», diría la estudiante Sonia Ortiz. El propio Kozo Okamoto se maravilló. Ochenta días de un entrenamiento inhumano no habían embotado su amor por la naturaleza. Llenó sus pulmones. Después, empujado por Okudeira, el marido de la bonita Fusako, bajó a toda marcha los escalones de la pasarela posterior. Los tres japoneses alcanzaron los primeros el vestíbulo de llegadas y se presentaron al control de la policía. Antes de dirigirse hacia la cinta transportadora para esperar sus bolsas, fueron a encerrarse en los lavabos para cumplir la orden que habían recibido en Beirut. Arrancaron las dos páginas de su pasaporte que llevaban su nombre y su fotografía y las rompieron cuidadosamente en varias decenas de pequeños fragmentos que echaron a la taza antes de accionar la descarga de agua. Aunque falsa, su identidad debía permanecer desconocida para los israelíes, ocurriera lo que ocurriese.

Eran las 22.25 horas. Nadie se fijó en los tres asiáticos que, apostados en el otro extremo de la cinta, vigilaban la llegada de las maletas. La espera fue breve. Las primeras maletas en salir fueron las de los pasajeros embarcados en Roma. Las tres bolsas llenas de armas que pertenecían a los japoneses se siguieron en fila india.

Okamoto y sus camaradas se apoderaron de ellas. Cumpliendo como autómatas los gestos tantas veces repetidos en el campo de Baalbeck, deslizaron la cremallera, agarraron las metralletas, metieron los cargadores y se llenaron los bolsillos de granadas. Los extraños movimientos llamaron la atención de varios pasajeros. El ingeniero Medina se dijo que aquellos muchachos querían gastar una broma. El científico Aaron Kamir, del Instituto Weizman de Rehovot, pensó en actores de cine venidos a rodar una película. Vastiliza Vega, esposa del pastor metodista, comprendió que las metralletas no eran de juguete. «¡Van a matarnos!», gritó. Fueron sus últimas palabras. Uno de los terroristas había saltado a la armadura de la cinta transportadora y abierto fuego casi a quemarropa. Herida en plena cabeza, la joven puertorriqueña se desplomó. La bala que habría debido alojarse en el corazón de su marido y matarle al mismo tiempo que a ella, fue milagrosamente desviada por el pequeño misal que no abandonaba nunca el bolsillo izquierdo de su camisa.

En pocos segundos, aquello fue el infierno. Los japoneses lanzaron las granadas por encima de las cabezas, apuntaron las ráfagas sobre los grupos que esperaban las maletas, se ensañaron con los cuerpos que caían como los muñecos de un juego de feria. Los gritos y los gemidos, el fragor de las explosiones, el olor de la pólvora y el azufre…, la sala de equipajes ofreció en menos de un minuto una visión apocalíptica. Juan Larroy, el agente de seguros puertorriqueño, no llevaría nunca a su amada a Jerusalén para declararle su amor: Carmen había sido despedazada por la primera ráfaga. La estudiante Sonia Ortiz debería de haber corrido la misma suerte. Pero al salir del control de la policía, su coquetería femenina la indujo a ir a repasarse el peinado en los lavabos. Cuando oyó los disparos y las explosiones, se dijo con asombro: «Vaya, nos acogen con petardos de bienvenida, como en San Juan». Fue entonces cuando varias pasajeras, chillando y cubiertas de sangre, irrumpieron en el lavabo en busca de refugio. Convencidas de ser perseguidas por los asesinos, algunas se pusieron en cuclillas detrás de la puerta, mientras otras se arrodillaban para rezar. Pero Dios parecía haber abandonado la sala de llegada del aeropuerto de Lod. Olga Navedo, de veintidós años, estaba tomando la foto de un grupo de amigos cuando sonaron los primeros disparos. Tuvo el reflejo de tirarse al suelo boca abajo. Unos cuerpos cayeron sobre ella, sirviéndole de escudo. Cascotes de granada la habían herido en los pies y en los tobillos que tenía al descubierto. Cuando pudo separarse, empezó a arrastrarse hacia la salida al fondo de la sala. De repente, un objeto insólito atrajo su mirada. Era un pie dentro de un zapato: el pie de su tía Luz, que yacía a su lado en un charco de sangre.

Cristina Matos, que había venido a Tierra Santa para cumplir la promesa hecha a su marido, muerto tres meses antes, de enterrar la urna de sus cenizas en el monte de los Olivos, tuvo el reflejo de protegerse la cara con el bolso. Al cabo de un momento sintió un líquido caliente en los dedos y vio que sangraba en abundancia. La bala que

habría debido alojarse en su cabeza le había atravesado la mano antes de ser detenida por su polvera.

Los japoneses saltaban de un lado a otro de la sala disparando con frenesí. Se habría dicho que intentaban autodestruirse al mismo tiempo que sus víctimas. Una lluvia de balas alcanzó a Yasuda, el estudiante de arquitectura de Kyoto, quien se había adelantado imprudentemente a sus compañeros. Exhaló un rugido antes de caer hacia adelante, herido de muerte. Como enloquecido, el marido de Fusako dejó su metralleta y se sacó dos granadas de los bolsillos para vengar a su camarada. A fin de apuntar mejor, saltó sobre el borde de la cinta transportadora, pero una súbita sacudida del mecanismo le hizo perder el equilibrio. Al tratar de recobrarlo, dejó escapar uno de los proyectiles, que le explotó en plena cara, arrancándole la cabeza. Sólo quedaba Okamoto. Sorteando los cadáveres de sus camaradas, se lanzó hacia la pared de cristal tras la cual esperaban las familias y los amigos horrorizados de los pasajeros. Vació dos cargadores. El cristal se estrelló en una constelación de impactos. La gente se desplomaba, gritando. El japonés volvió entonces a su punto de partida, sacó de la bolsa una provisión de granadas que embutió en sus bolsillos, saltó a la cinta transportadora y salió por el hueco bajo el cual llegaban los equipajes. Vislumbrando sobre la pista un avión que se alineaba sobre el macadam abrió fuego en dirección a la carlinga y lanzó dos granadas hacia los motores.

Desde su escondrijo detrás de un contenedor, un mecánico de la compañía El Al, Nahum Zaiton, había asistido al ataque. Cuando el terrorista llegó a su altura, se abalanzó sobre él y le hizo rodar por el suelo. Policías y soldados acudieron en ese instante de todas partes. Uno de ellos se precipitó sobre Okamoto para arrancarle la metralleta, pero éste tuvo tiempo de girar el cañón contra su pecho y apretar el gatillo. La metralleta hizo un clic; el cargador estaba vacío. Entonces quiso quitar el pasador de una granada, pero la intervención fulgurante del otro policía se lo impidió. El guerrero *heishi* había perdido. No entraría en el paraíso de los caballeros del Viento Divino. No había conseguido suicidarse. La matanza había durado menos de tres minutos. Se encontrarían ciento treinta y ocho casquillos en el suelo. Georges Habache y la viuda Fusako podían felicitarse: habían herido a Israel en pleno corazón. La masacre había hecho veintiséis muertos y setenta y dos heridos, algunos de mucha gravedad. A unos se les amputarían las dos piernas, otros quedarían desfigurados; otros quedarían ciegos para siempre.

* * *

Como principal aeropuerto internacional civil del país, Lod era objeto de una vigilancia permanente. En pocos minutos, importantes fuerzas de seguridad habían acordonado todo el sector y ocupado los objetivos sensibles como la torre de control, el depósito de carburantes y la central de telecomunicaciones. Prevenido al instante,

el general Rehavan Zeevi, un coloso de cuarenta y seis años, había llegado al lugar con gran rapidez. Zeevi mandaba la región militar del centro de Israel de la que dependía el aeropuerto, pero era más conocido en el ejército por el apodo de «Gandhi» a causa de la colección de poemas que le había inspirado el ideal de la no violencia del Mahatma. La visión apocalíptica que le esperaba aquella noche era la bestial negación de este ideal.

La maraña de muertos y moribundos, los gemidos y gritos de socorro de los vivos, voceados en todas las lenguas, el insoportable olor de la sangre y la carne quemada, las nubes esparcidas de humo procedente de las explosiones, las maletas destrozadas, todos los ingredientes del horror estaban reunidos en esta sala del aeropuerto israelí. Ignorando que dos de los asesinos habían muerto y el tercero había sido capturado, el puertorriqueño Alejandro Rivera intentó a toda costa huir de este matadero donde estaba seguro de perecer. Su esposa y él se habían ocultado detrás del distribuidor automático de bebidas. Aprovechando la pantalla de humo provocado por una granada que explotó ante su escondite. Alejandro agarró a su mujer y corrió hacia la salida. Llegados al exterior milagrosamente indemnes, los Rivera se metieron directamente en un taxi.

—¡Hotel Saint-Georges de Jerusalén, rápido! —gritó Alejandro.

A la vista de los policías israelíes que intentaban proteger al último terrorista de la multitud furiosa, otro pasajero puertorriqueño creyó que iba a ser linchado. Con sus ojos de un negro azabache, sus pómulos salientes, sus ojos oblicuos, este hijo de indios del Caribe tenía un tipo netamente asiático. Ante la aparición de los primeros soldados israelíes, Regina Filiciano, una institutriz jubilada de San Juan, fue presa del pánico. Pensó que eran otros terroristas venidos a liquidar a los supervivientes. Decidida a arriesgarse a todo para salvar su vida huyó hacia la salida. «Mis viejas piernas me llevaban como las de un caballo alado», diría después. Mientras corría, un salmo le vino a la memoria. «Son diez mil los que caerán a tu derecha, y a ti no te pasará nada», repitió con fervor.

* * *

El ejército había tomado el mando e interrumpido temporalmente el tráfico aéreo. El general Zeevi, alias «Gandhi», tenía prisa. Sabía que era responsable de la vida de millares de pasajeros que debían llegar al aeropuerto de Lod o despegar hacia otros destinos en las próximas horas. La matanza de la sala de equipajes podía ser sólo el preludio de otras acciones más vastas y más mortíferas. Era absolutamente preciso hacer hablar al único superviviente del comando. Sólo así podrían evitarse otras tragedias. Pero el frágil muchacho de ojos bajos que llevaron al general israelí no correspondía en absoluto a su imagen de un terrorista. Se había encerrado en un mutismo sepulcral y el único documento encontrado en su persona, un pasaporte

japonés, ya no incluía estado civil ni fotografía. Zeevi hizo despertar al embajador de Japón en Tel-Aviv para que enviara urgentemente a un intérprete. Después mandó conducir a Okamoto a la sala de equipajes donde médicos y enfermeros se afanaban en tomo a los heridos. De pronto, el japonés tropezó con el cuerpo sin cabeza de su camarada Okudeira. La horrible visión le hizo tambalear y se desplomó, gimiendo. Un poco más lejos reconoció el cuerpo de Yasuda, con el pecho destrozado por las balas de sus propios camaradas. Los tres llevaban el mismo cinturón de hebilla dorada, lo cual confirmó a Zeevi que pertenecían al mismo comando.

De vuelta en la oficina que servía de puesto de mando al general, Okamoto no volvió a mostrar signos de emoción. Con la cabeza baja, los ojos cerrados y el rostro inmóvil en una total ausencia de expresión, el terrorista permaneció obstinadamente mudo. Transcurrieron varias horas. El tráfico aéreo se había reanudado. Exceptuando las huellas de los impactos en paredes y puertas de cristal, la sala de equipajes había recuperado su aspecto normal. El general y sus oficiales seguían interrogando a su prisionero. El intérprete hacía lo que podía. Pero ni las súplicas ni las amenazas lograron hacer salir un sonido de sus labios. De improviso, tras seis horas de su letargo, Okamoto dijo por señas que deseaba un lápiz y un trozo de papel. «Pido que me lleven al exterior para ser ejecutado o bien que me permitan suicidarme», escribió con aplicación. El general vio en esto una ocasión de proponerle un trato. Hizo salir a sus oficiales y se quedó solo con él y el intérprete. Desenfundó el enorme colt que pendía de su cinturón y lo puso ante él sobre la mesa. Con lentitud calculada para subrayar la importancia de su gesto, abrió la recámara del cargador y empezó a sacar las balas una por una. Cuando la pequeña funda metálica estuvo completamente vacía, la recargó con un solo proyectil. Luego introdujo el cargador en su lugar y blandió el revólver bajo los ojos del japonés, que había seguido con atención fascinada cada una de sus manipulaciones.

—A cambio de una confesión completa y cierta, te ofrezco este revólver y la bala que contiene para suicidarte —anunció.

«Este trato hizo el efecto de una varita mágica», diría después el general Zeevi. Okamoto salió instantáneamente de su apatía. Seguro de haber traicionado a sus ídolos del Viento Divino escapando a la muerte, se sintió aliviado al poder reunirse con ellos y morir como un guerrero *heishi*. Zeevi exigió que Okamoto empezara su confesión escrita con el compromiso solemne de no utilizar el arma facilitada contra nadie que no fuese él mismo. Traducidas de modo simultáneo, las respuestas del japonés calmaron los temores del general. Ninguna otra acción terrorista contra el aeropuerto estaba en curso de ejecución, ni siquiera de preparación aquella noche. Zeevi pudo tranquilizar en seguida a la primera ministra Golda Meir, que había acudido inmediatamente, y a su ministro de Transportes Shimon Peres, que esperaba con ella en una sala contigua después de haber visitado a los heridos en los diferentes

hospitales.

La confesión ocupó pronto nueve largos párrafos. Daba valiosas indicaciones, sobre todo acerca de los motivos que habían impulsado a los tres japoneses a convertirse en kamikazes al servicio de los palestinos. Pero no revelaba ningún indicio sobre la organización de la tragedia. Zeevi descubrió además varias contradicciones flagrantes en el relato del terrorista, lo cual le ahorraba tener que cumplir el trato hecho con él. El kamikaze de Lod no iría a reunirse con los caballeros del Viento Divino gracias a la bala ofrecida por el general israelí. Cuando Okamoto hubo terminado, Zeevi enfundó su colt y entregó a su prisionero a los policías.

«Un crimen que aún no tenía nombre»

Salvo en Egipto y Siria, donde fue aplaudida por los responsables políticos y por numerosos diarios, la matanza del aeropuerto israelí sumió al mundo en un gran estupor. El hecho de que ciudadanos de un país sin ningún vínculo con el conflicto palestino-israelí hubieran venido del fondo de Asia para abatir a turistas originarios de otra parte del mundo, que tampoco estaba vinculada al drama de Oriente Próximo, hacía la tragedia de Lod particularmente odiosa. Una de las primeras reacciones japonesas vino del padre de Okamoto. En una carta al embajador de Israel en Tokio, el antiguo maestro de escuela explicaba su consternación ante el acto de su hijo. «Durante cuarenta años he creído que me había consagrado lealmente a la educación de nuestra juventud —escribió—. Veo que me he equivocado. Les ruego que castiguen sin tardanza a mi hijo infligiéndole la muerte».

Pero, como es natural, fue en el propio Israel donde la indignación llegó al punto álgido. Todo el Knesset en pie observó un minuto de silencio en honor de los «muertos inocentes». Con la voz entrecortada por la cólera, Golda Meir acusó «a los árabes, cuya falta de valor les obliga a reclutar extranjeros para llevar a cabo sus sórdidas acciones». Reclamó un inmediato boicot aéreo internacional al Líbano y fustigó sin miramientos a este «Estado que secunda y anima la preparación de tales crímenes».

Israel encerró a Kozo Okamoto en la celda de máxima seguridad especialmente habilitada en la prisión de Ramleh para el criminal más célebre juzgado en su territorio, uno de los arquitectos del genocidio judío, Adolf Eichmann. Fue encadenado y despojado de cualquier prenda de ropa y de cualquier objeto susceptible de ayudarle a poner fin a su vida. Unidades del ejército fueron a reforzar la protección de la prisión. El país estaba resuelto a aprovechar la emoción general para juzgar con gran rapidez al coautor de la abominable matanza. La cuestión del

castigo que merecía dividía a la opinión. Un importante sector de la población consideraba que el japonés merecía la muerte. La pena capital existía en Israel. Su campo de aplicación estaba regido por la ley sobre los crímenes nazis y por una orden de excepción instituida bajo el mandato británico para reprimir los crímenes de terrorismo. El castigo supremo podía, pues, requerirse contra el japonés. Aparte de la sentencia de muerte de Eichmann, sólo otras tres habían sido pronunciadas después del nacimiento del Estado, las tres contra terroristas árabes. Pero por motivos de seguridad, estas penas capitales habían sido conmutadas por sendas cadenas perpetuas. El riesgo de fabricar mártires o provocar represalias parecía en efecto demasiado grande.

El proceso se abrió el 12 de julio de 1972 bajo la luz cegadora de los proyectores de televisión, en medio de excepcionales medidas de seguridad. Ni la implacable acta de acusación leída por el coronel que presidía el tribunal, ni la desgarradora enumeración de los nombres de los veintiséis muertos de la noche fatal, ni la descripción por un superviviente de las mutilaciones permanentes a numerosos heridos, ni la exposición de las pruebas acusatorias (metralletas, cascos de granada, etc.) provocaron la sombra de una emoción visible en el rostro del japonés. Toda esta agitación no le concernía. Su actitud era tan ausente que el policía al que estaba esposado debía sacudirle continuamente el brazo para obligarle a seguir los debates. Pero este aspecto era engañoso. Ya que la muerte le había hecho el ultraje de no querer saber nada de él, se vengaría convirtiendo su proceso en una provechosa operación de propaganda. Desde la primera audiencia, su defensor de oficio comprendió que no obtendría ninguna cooperación de él. Considerando que sólo un demente podía perpetrar semejante crimen múltiple, el abogado Max Kritzman advirtió al tribunal que alegaría locura, lo cual hizo salir a Okamoto de su ficticio letargo para saltar como un verdadero diablo. Con los puños cerrados y la mirada brillante, exclamó:

«¡Estoy perfectamente en mi sano juicio! Asumo en mi nombre y en el de mis camaradas la plena responsabilidad de los sucesos ocurridos en el aeropuerto. Me niego a la pretensión de mi defensor de hacerme sufrir un examen psiquiátrico».

Kritzman buscó otro medio de salvar la cabeza de su cliente. Como la investigación no había podido encontrar un documento que atestara su edad exacta, aseguró a los jueces que el aspecto particularmente juvenil del acusado probaba que tenía sin duda menos de veintiún años, lo cual justificaba su juicio por un tribunal de menores. El japonés reaccionó con violencia.

«¡Tengo veinticuatro años! ¡Nací el 25 de febrero de 1948!», exclamó con una voz tan entrecortada como las ráfagas de su metralleta en la tarde trágica. El abogado israelí insistió sin embargo en su imposible misión.

«Mi cliente es un personaje extraño con conceptos extraños —alegó—. Una

condena a muerte haría de él un mártir. Colgarle no serviría ni a Israel ni al mundo. Hoy tenemos la ocasión de mostrar nuestra generosidad y nuestra magnanimidad».

Ante el furor de gran parte de la opinión israelí y la estupefacción de los observadores, sobre todo de los diplomáticos y corresponsales de prensa japoneses, la acusación se colocó de golpe en el mismo terreno de la magnanimidad.

«La perversión moral del acusado y de sus comanditarios nos autoriza a apoyarnos sobre nuestra propia fuerza para abstenemos, incluso en este caso horrible, de reclamar todo el rigor de la ley», declaró el coronel fiscal en su requisitoria, antes de concluir: «Sé, señores jueces, que lo que les pido rebasa todas las posibilidades de la generosidad humana. Sería inconcebible repetir otra vez esta benignidad. Pero esperamos que no habrá otra vez».

Las declaraciones belicosas del acusado también inclinarían, paradójicamente, al tribunal hacia un veredicto de clemencia. A un juez que le preguntó por qué habían realizado este ataque «soldados japoneses» y no terroristas árabes, Okamoto respondió:

«Nuestra acción en pro de los árabes no es más que un pretexto para permitir a nuestra organización propulsarse a la escena internacional. Mañana, la Fracción del Ejército Rojo Japonés extenderá la guerra revolucionaria al mundo entero».

A otro juez que estaba indignado por los veintiséis muertos de Lod, el japonés explicó tranquilamente que «la guerra implica siempre matanzas y destrucciones». En su declaración final hizo varias veces referencia a Vietnam, «cuyo pueblo lloraba por el mundo», y a los Panteras Negras americanos, «que trazaban la ruta de la revolución mundial». Curiosamente, durante los noventa minutos que duró esta declaración cuidadosamente preparada, no dedicó ni un solo minuto al conflicto árabe-israelí por el cual él y sus camaradas habían aceptado hacer, sin embargo, el sacrificio de su vida.

Kozo Okamoto escapó a la suerte de Adolf Eichmann. Fue condenado a cadena perpetua. Sus jueces consideraron que, a diferencia del jefe nazi, no había expresado impulsos destructores contra los judíos como pueblo, sino contra la sociedad humana en general, en una empresa que proyectaba cambiar las estructuras sociales del mundo. En un país tan organizado como Japón, explicó el presidente del tribunal, semejantes fanáticos tenían pocas posibilidades de realizar sus ambiciones y por ello se habían vuelto hacia organizaciones políticas y militares extranjeras susceptibles de facilitarles el trampolín necesario para su objetivo de «extender —según las propias palabras del acusado— la guerra revolucionaria al mundo entero». No se trataba de un genocidio, es decir, de la eliminación de un pueblo, sino de un crimen nuevo y más vasto al que aún no habían dado un nombre.

El japonés escuchó los considerandos del tribunal de pie y en posición de firmes, sin demostrar la menor emoción, salvo cuando se anunció el veredicto. Al descubrir

de pronto que le robaban la muerte que merecía a sus propios ojos, profirió un grito de animal herido y se tiró al suelo sollozando.

* * *

El encarcelamiento de Kozo Okamoto tras los muros de la prisión de alta seguridad de Ramleh no hizo desaparecer el nombre del terrorista japonés de los titulares de actualidad. Por el contrario, se convirtió rápidamente en todo el Oriente Próximo en una especie de mártir fetiche de la lucha árabe-israelí. Sobre los cuerpos de fedayines muertos cuando intentaban infiltrarse en Israel se encontraron octavillas exigiendo su liberación inmediata.

* * *

Los militantes de la Fracción del Ejército Rojo Japonés instalados en Beirut continuaron desplegando una gran actividad. Fusako Shinegobu, la pasionaria del movimiento que no había vacilado en sacrificar a su joven esposo en el atentado de Lod, reveló en una carta dirigida al *Asahi Shimbun*, el diario más importante del Japón, que un comando japonés preparaba una espectacular acción terrorista para arrancar a su compatriota de sus carceleros israelíes. Por su parte, la dirección de IATA, la organización internacional del transporte aéreo, recibió varios mensajes anunciando represalias en numerosos aeropuertos del mundo en caso de que los israelíes se negaran a liberar a su prisionero.

Mantenido en la ignorancia de la agitación que suscitaba, el prisionero pasaba días solitarios pero estudiosos en la espaciosa celda de Adolf Eichmann. Desde su encarcelamiento, había pedido libros para aprender el hebreo e iniciar estudios de inglés, así como obras sobre la religión judía. Aunque sus progresos en la lengua de los profetas y en la de Shakespeare fueron durante mucho tiempo más bien tímidos, su interés apasionado por el estudio del judaísmo no tardaría en causar un vivo temor en sus guardianes. Éstos encontraron una mañana a su prisionero sangrando abundantemente de una parte íntima de su cuerpo. Okamoto había intentado realizar el acto simbólico que, por la sangre derramada, consagraba la alianza del pueblo judío con el dios Jehová. Armado con sus alicates para uñas, había intentado circuncidarse, pero había logrado solamente causarse una herida. Le transportaron a la enfermería donde sufrió, esta vez de manos de un médico judío, una circuncisión en toda regla.

En 1976, la fortaleza de Ramleh acogió entre sus muros a otro detenido notable. Condenado a doce años de prisión por haber introducido clandestinamente armas en el maletero de su Mercedes diplomático, monseñor Hilarion Capucci, arzobispo de Jerusalén, fue encarcelado en una celda contigua a la del japonés. Esta cohabitación

inesperada ofreció al kamikaze circunciso ocasión de descubrir los ritos de otra religión nacida en esta tierra de Palestina tan fecunda en espiritualidad y tan próxima a Dios. El prelado contribuyó así a desarrollar los conocimientos de inglés de su joven vecino y le animó a trabajar en uno de los talleres de la prisión. Los dedos que habían disparado ráfagas mortíferas empezaron entonces a tejer redes de camuflaje para el ejército israelí. La elección de esta ocupación no fue sin duda accidental, ya que el arte del disimulo era una de las virtudes cardinales de los héroes del teatro Kabuki a quienes él admiraba tanto. De todos modos, una voz puso un rápido fin a la experiencia. El prisionero declaró una mañana a sus guardianes que durante la noche el Mesías le había ordenado abandonar todo trabajo manual para consagrarse al estudio exclusivo de los salmos que cantaban sus alabanzas.

* * *

El 20 de mayo de 1985, casi trece años después de ser condenado a cadena perpetua, Kozo Okamoto fue sacado bruscamente de la celda en donde lo había conocido. Sus guardianes le hicieron subir a un autocar aparcado en el patio de la prisión. El vehículo ya estaba lleno de numerosos prisioneros árabes. Organizado por el canciller austríaco Bruno Kreisley al término de mil doscientas horas de negociaciones secretas, el intercambio de tres soldados israelíes en manos del ejército sirio por unos cuatro mil seiscientos palestinos y libaneses detenidos por Israel acababa de comenzar. El nombre de Kozo Okamoto figuraba, naturalmente, a la cabeza de las listas presentadas por los responsables del Frente Patriótico de Liberación de Palestina, uno de los principales miembros de la negociación. Menos de media hora después de haber abandonado la prisión donde esperaba permanecer hasta el fin de sus días, el japonés atravesó, impasible, la sala del aeropuerto que una tarde de mayo de 1972 había transformado con sus cómplices en un matadero humano. Le colocaron a bordo de un avión con destino a Ginebra, donde fue transferido a un Boeing 747 especial enviado por el dictador libio Muammar al-Gadafi. Miles de libios entusiastas esperaban, agitando ramas de olivo, al superviviente de la masacre de Lod y a sus 394 camaradas árabes a su llegada a Trípoli. Ahmed Jibril, jefe de la rama operativa del FPLP y principal organizador de la acción terrorista árabe en el mundo, abrazó al antiguo estudiante de botánica ante los objetivos de las cámaras de televisión del mundo entero.

La liberación de Kozo Okamoto valió al gobierno israelí las protestas afligidas del ministro de Asuntos Exteriores japonés Shintaro Abe. En nombre de su gobierno lamentó un gesto que, según él, no haría más que animar al terrorismo internacional. Interesados en mantener sus buenas relaciones con Tokio, los israelíes se disculparon: la puesta en libertad de su prisionero era la condición *sine qua non* de la liberación de sus tres soldados detenidos por los sirios.

Los responsables de la Fracción del Ejército Rojo instalados en Beirut decidieron alejar al japonés, al menos provisionalmente.

Temían una acción contra él por parte de los servicios secretos de Jerusalén. Solicitaron la hospitabilidad de China y de Corea del Norte, pero ninguno de estos dos países aceptó ofrecer asilo al antiguo terrorista. En cuanto a Japón, hizo saber con firmeza que Kozo Okamoto sería inmediatamente arrestado y enviado ante un tribunal especial si se presentaba en su territorio. A falta de algo mejor, fue finalmente en Damasco, que ya servía de refugio a varios importantes criminales de guerra nazis y a muchos terroristas de todas clases, donde acabó escondiéndose el coautor de la matanza de Lod. Vivió allí en un olvido relativo durante varios años. Después volvió al Líbano a fin de jubilarse en apariencia definitivamente.

Alertado por los servicios secretos israelíes sobre su presencia en el país del cedro, el gobierno japonés presionó enseguida al Líbano para que detuviera a aquel molesto refugiado, así como a unos cuantos ex terroristas de la Fracción del Ejército Rojo Japonés todavía fugitivos en la región. Tokio no vaciló en «comprar» estos arrestos. Con ocasión de una visita a la capital nipona, un alto responsable de uno de los servicios de información de Beirut se dejó convencer, a cambio de dinero contante y sonante, para echar el guante a Okamoto y cuatro de sus antiguos camaradas y entregarlos sin dilación a la justicia. El proceso se inició en Beirut el 9 de junio de 1997. Una treintena de organizaciones libanesas y palestinas, entre ellas el Hetzbollah y la rama libanesa del partido Baaz, en el poder en Damasco, protestaron contra el procesamiento de estos militantes «de la justa causa palestina». No menos de ciento treinta y seis abogados sirios y libaneses se presentaron como candidatos para asegurar su defensa. En un comunicado, el colectivo de defensores calificó a Okamoto de «héroe árabe» y de «estratega que ha comprendido la unicidad de la lucha contra Israel». En espera de una sentencia que amenazaba con demorarse durante meses, Okamoto y sus camaradas anunciaron que se quitarían la vida si el Líbano decidía extraditarlos a Japón.

A finales de mayo, con ocasión del vigésimo quinto aniversario de su matanza en el aeropuerto de Tel-Aviv, el antiguo estudiante de botánica, convertido en un terrorista jubilado de cabellos blancos, se hizo llevar flores y pasteles a su celda.

ESTE CONDENADO A MUERTE SERÁ EJECUTADO DENTRO DE TRES DÍAS



Mis entrevistas con el condenado Caryl Chessman en el pasillo de la muerte de la penitenciaría californiana de San Quintín fueron la experiencia más turbadora de mis primeros años de periodista. Chessman había sido condenado a la pena capital por robo, secuestro y vejaciones sexuales, tres crímenes punibles con esta sentencia si se cometían simultáneamente. Siempre había proclamado su inocencia y conseguido aplazar su ejecución durante doce años. Logré verle seis veces en los últimos catorce días de su interminable lucha para escapar de la cámara de gas. En esta foto le enseño un telegrama de mi redactor jefe en el que se anuncia que cien mil franceses han firmado una petición de indulto.

UNA ZAMBULLIDA EN LA HISTORIA CON EL COMANDANTE DEL *GROSS PARIS* Y EL TORERO MÁS CÉLEBRE DE ESPAÑA





Mi encuentro con el periodista americano Larry Collins (*segunda fotografía, a la izquierda*) dio origen a una excitante y fructífera colaboración literaria. Nuestro primer libro, *¿Arde París?*, reconstituye los sucesos dramáticos de la liberación de París. Entre los mil doscientos testigos interrogados estaba el general Dietrich von Choltitz (*primera fotografía*, en compañía de su esposa Uberta y sus dos hijas), a quien Hitler encargó defender París y, posteriormente, destruirlo.


ENITEZ EL CORDOBES



Un nuevo libro, … *O llevarás luto por mi*, nos condujo a España tras las huellas de El Cordobés, el célebre diestro nacido durante los horrores de la guerra civil y convertido ahora en millonario. Su audacia y su valor (*primera fotografía*) y sus terribles heridas (*segunda fotografía*, tras una serie de cornadas mortales en la plaza de Madrid) hicieron de él el ídolo de una España nueva sedienta de libertad.

ENTREVISTAS CONMOVEDORAS CON LOS FUNDADORES DEL ESTADO DE ISRAEL



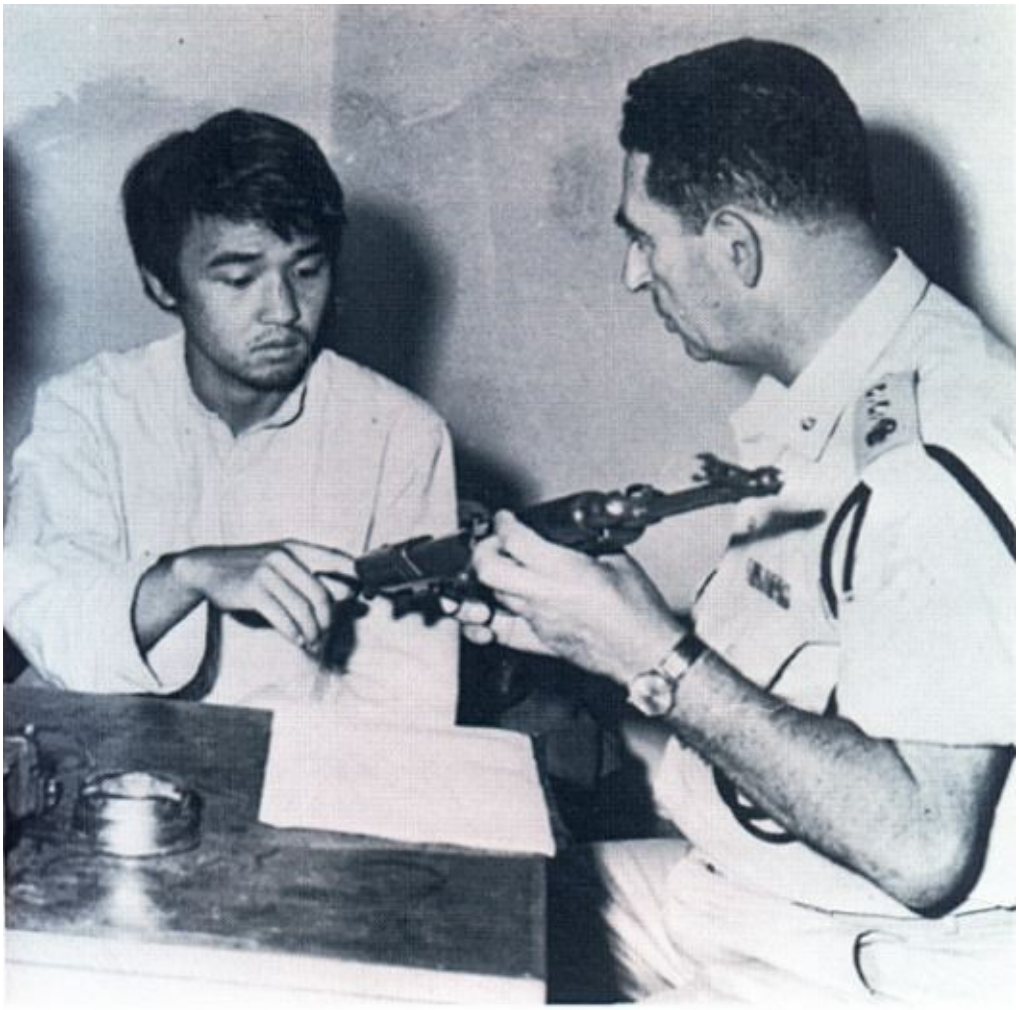


La investigación para nuestro libro Oh, Jerusalén nos llevó a Israel y a todo el Oriente Medio. Con Ehud Avriel (*izquierda*) reconstituí la fantástica epopeya de la compra de armas que permitió en 1948 al Estado judío sobrevivir a los primeros ataques de los ejércitos árabes. Golda Meir (*derecha, foto: U.S.I.S*), entonces primera ministra, nos contó cómo recaudó en Estados Unidos los treinta millones de dólares necesarios para financiar estas adquisiciones de armamento.



A las cuatro de la tarde, el 14 de mayo de 1948, bajo un gran retrato de Theodor Herzl en un museo de Tel-Aviv, David Ben Gurion proclama el nacimiento de Estado de Israel.

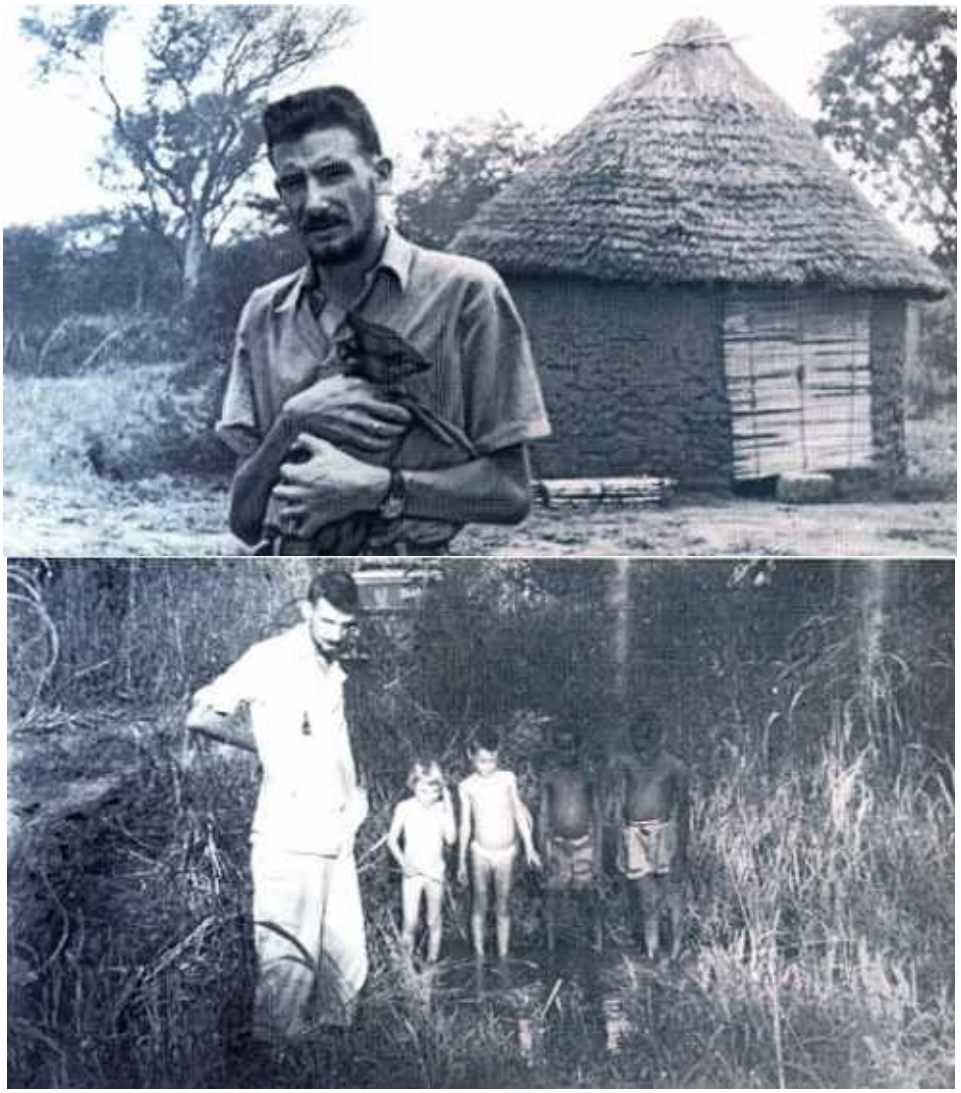
UN JAPONÉS VENIDO DEL FIN DEL MUNDO PARA SEMBRAR EL TERROR EN TIERRA SANTA



Kozo Okamoto, de veintitrés años, estudiante de botánica en la Universidad de Kagoshima, se incorporó a las filas de la Fracción del Ejército Rojo Japonés «para purgar el archipiélago, y después el mundo entero, de su podedrumbre». Como la revolución aún no era posible en Japón, había que exportarla. La causa palestina facilitaba un campo de acción ideal. Desde su llegada al Líbano, Okamoto fue sometido a un entrenamiento terrorista intensivo. El 30 de mayo de 1972, en compañía de dos camaradas, el japonés ametralló a un grupo de peregrinos llegados de Puerto Rico en la sala de equipajes del aeródromo de Tel-Aviv. Hubo veintiséis muertos y ochenta heridos, algunos de ellos muy graves. Único superviviente del comando, Okamoto fue interrogado por el general israelí Zeevi (*en la foto*), que le ofreció, a cambio de una confesión completa, la posibilidad de suicidarse a continuación. Como no aceptó el trato, el japonés fue juzgado y condenado a cadena perpetua. Yo recibí la autorización excepcional de interrogarle en su celda. Este encuentro me causó uno de los mayores espantos de mi vida. (*Foto: Roth/ Gamma*)

DOS IDEALISTAS: UNO QUERÍA PROTEGER A LOS ANIMALES SALVAJES; EL OTRO, PONER FIN A LA TIRANÍA

Mi entrevista en una selva africana con Raphaël Matta, el «san Francisco de los elefantes», y la mantenida con el capitán portugués Enrique Galvao en la cubierta del *Santa María*, el paquebote que acababa de secuestrar con sus seiscientos treinta pasajeros, fueron dos impactos inolvidables.



Matta era el guardián jefe de la reserva de fauna de Bouna, en el norte de Costa de Marfil. A su llegada censó cuarenta mil antílopes, cuatrocientos hipopótamos, un centenar de elefantes y unos sesenta leones. Dos años después, la mitad de esta población animal había desaparecido de su reserva, exterminada por los cazadores furtivos indígenas y blancos. A fin de salvar a los supervivientes, Matta (en la *primera fotografía* con una cría de gacela y en la *segunda*, en plena selva con sus hijos) decidió echarse al monte y defenderlos con las armas en la mano.

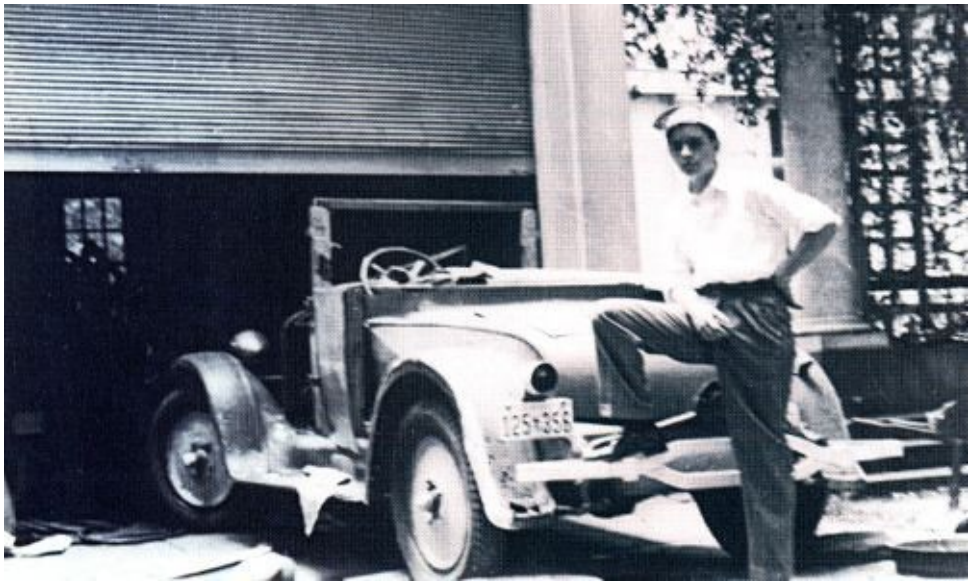


Para protestar contra la tiranía de los dictadores Salazar y Franco y alertar al mundo, el capitán Henrique Galvão se apoderó, con un comando de veinticinco revolucionarios, del florón de la flota comercial portuguesa. Acorralado por buques de guerra norteamericanos, ingleses, españoles y portugueses, el paquebote no pudo llegar a Angola. La aventura se terminó en el puerto de Recife donde yo «secuestré» a mi vez a este capitán pirata para recoger su relato exclusivo. En el recuadro, el fotógrafo, Charles Bonnay, que había saltado en paracaídas sobre el barco, y yo mismo en el puente del *Santa Maria*.

LOS BONITOS Y VIEJOS COCHES QUE ME HAN PROPULSADO POR LA GRAN RUTA DE LAS AVENTURAS



El regalo de mi sexto cumpleaños fue un Torpedo de pedales que me dio la primera sensación mágica de tener un volante entre las manos. Mis aventuras a bordo de este coche se limitaron a lanzarme a toda velocidad por el malecón de la playa de Châtelaillon, cerca de La Rochelle.



Mi madre me regaló a los catorce años un coche verdadero, un Nash descapotable de 1923. Pero debí esperar dos años para tener derecho a conducirlo. Con objeto de calmar mi impaciencia, restauraba cada día a la salida de la escuela un pedacito de mi automóvil. Cuando por fin pude obtener el permiso, salí a explorar Luisiana. Para pagar la gasolina, repintaba buzones a lo largo de mi ruta.



COMBAT

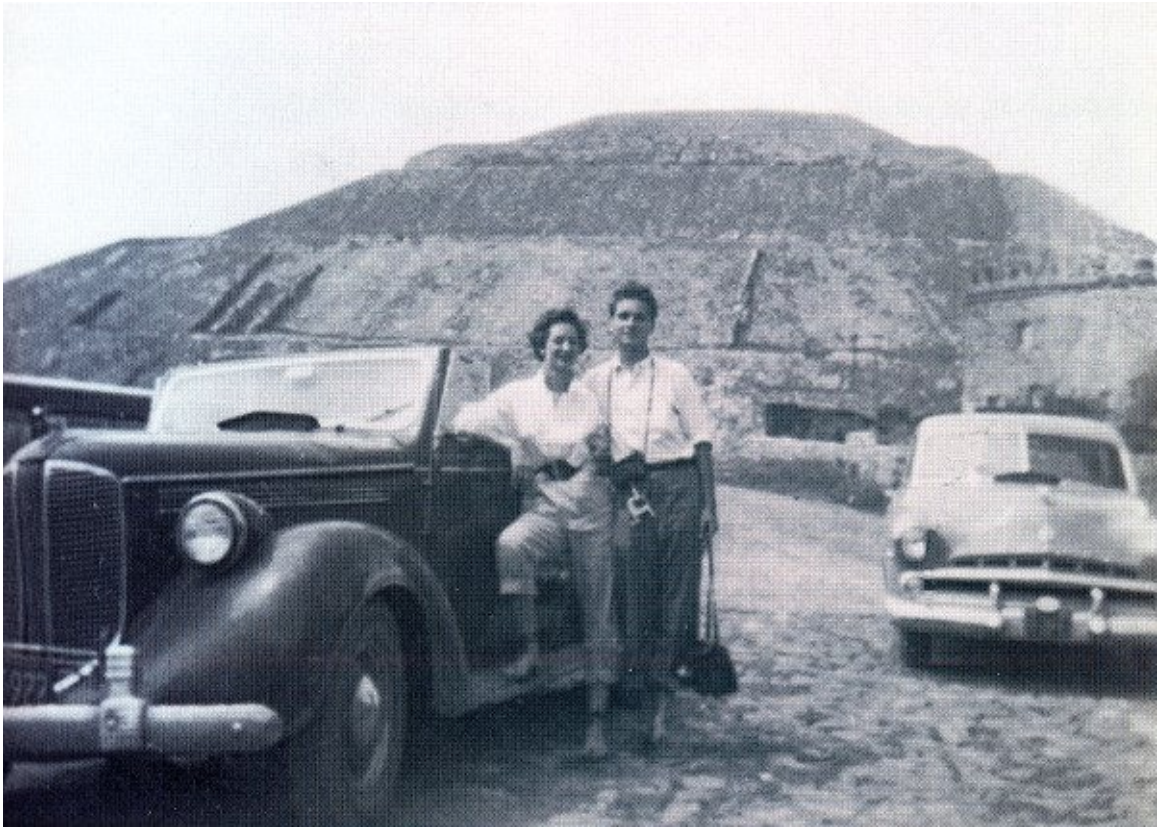
LE JOURNAL DE PARIS 1 F VENDREDI 31 AOUT

29.000 francs les 8.000 kilomètres

Dominique Lapierre, dont les lecteurs de COMBAT connaissent déjà les aventures sur le continent américain (« Un dollar les mille kilomètres »), a achevé hier matin le raid Paris-Ankara et retour. Il a parcouru, en compagnie de son coéquipier Dominique Frémy, près de 8.000 kilomètres à bord d'un antique « Amilcar », en réalisant la performance de ne dépenser que 29.000 francs au cours de son voyage

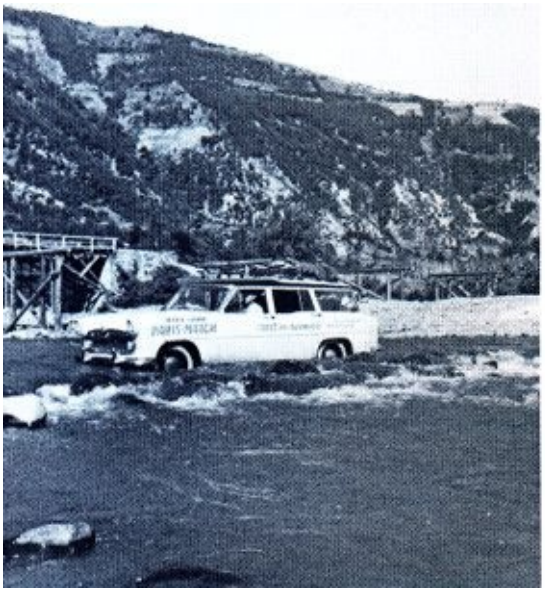
Voici les deux héros du raid photographiés à leur arrivée place de l'Etoile

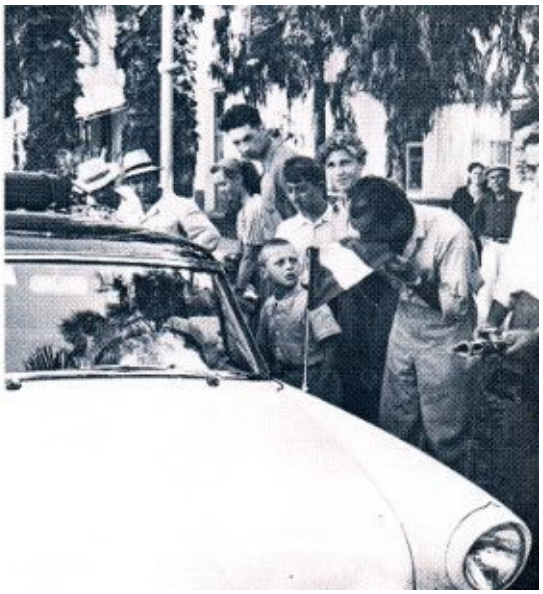
Encontré mi tercer coche en casa de un chatarrero de la región parisina. Era un Amílcar 6 CV de 1927. Al día siguiente de aprobar el bachillerato comencé, con mi camarada Dominique Frémy, una expedición de seis mil kilómetros, de París a Ankara. Íbamos tan cargados que debimos recorrer centenares de kilómetros con la marcha atrás, que era más potente que la primera velocidad.



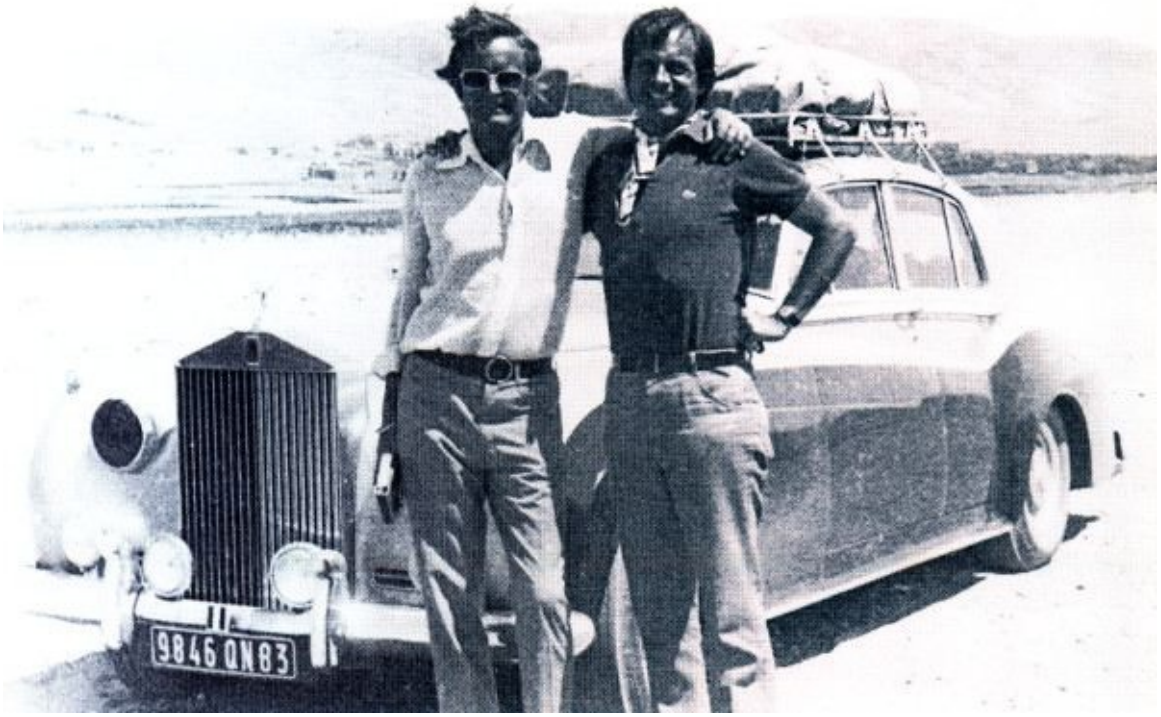
Cerca del colegio de Lafayette, en Pennsylvania, donde estudiaba, adquirí por treinta dólares, este Chrysler descapotable de 1938. La tarde de mi boda embarqué en él, con mi esposa, rumbo a una luna de miel de siete mil kilómetros a través de los Estados Unidos y México. Henos aquí ante la famosa pirámide del sol azteca, a cincuenta kilómetros de México D.F.

A TRAVÉS DE LA URSS EN SIMCA, Y DE BOMBAY A SAINT-TROPEZ EN ROLLS-ROYCE: CUARENTA MIL KILÓMETROS DE SUEÑOS, DE MIEDOS Y DE ALEGRÍAS





Las autoridades soviéticas entreabieron en 1956 el telón de acero para dejar entrar el Simca Marly que yo conducía con mi camarada fotógrafo Jean-Pierre Pedrazzini y nuestras mujeres. Era un estreno. Ningún coche particular con turistas extranjeros había podido todavía penetrar en la URSS y circular libremente. El estado de las carreteras, la detestable calidad de la gasolina, la ausencia de puentes (a la izquierda, en el Cáucaso) convirtieron nuestro viaje en una pesadilla. Pero la magnífica acogida del pueblo ruso hacía olvidar por doquier las dificultades de la ruta. A la derecha, el armenio Georges Manoukian besa nuestra bandera tricolor.



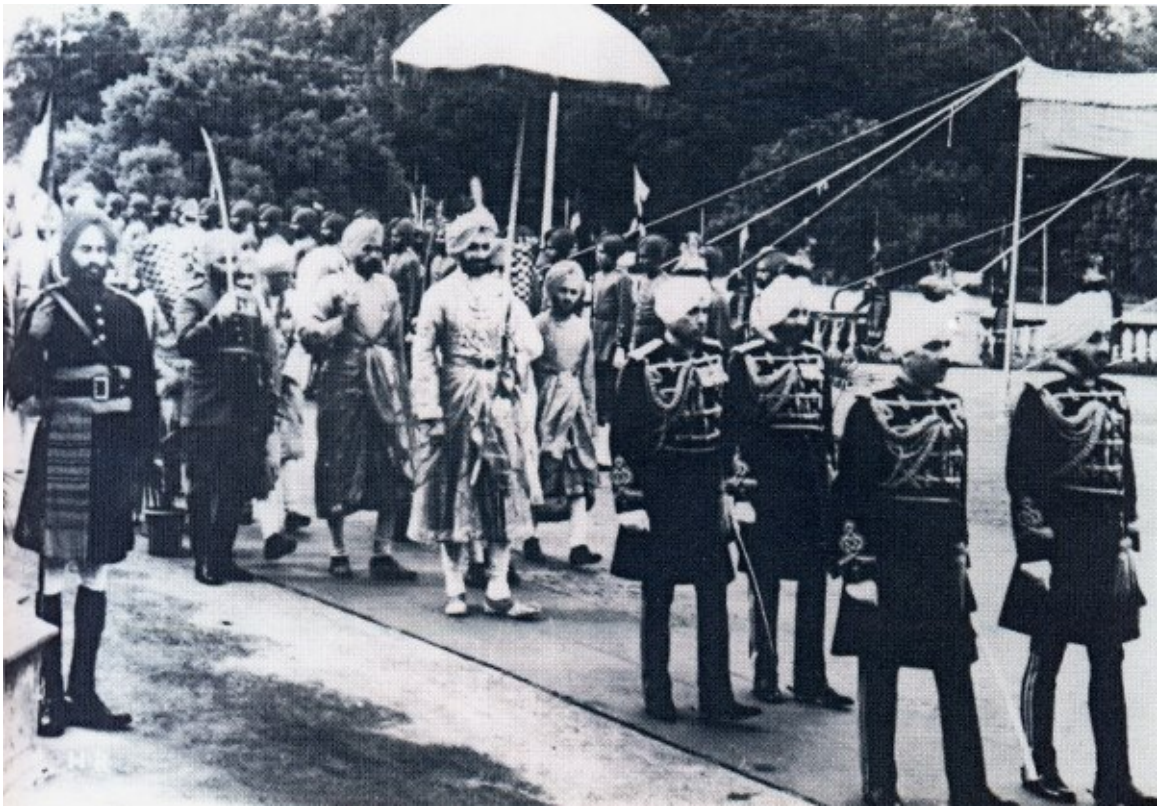
¡Un Rolls-Royce en el desierto de Afganistán! Fue el punto culminante de mi ruta de aventuras. El coche, que habíamos comprado al mayor vendedor de Rolls de ocasión del mundo, se comportó como un héroe del Crucero amarillo. Un solo pinchazo y millares de saludos admirativos a lo largo de los diez mil doscientos cuarenta y ocho kilómetros hasta la llegada al Gran Pino de Ramatuelle.

TRAS LAS HUELLAS DEL ALMA GRANDE DE LA INDIA, DEL ÚLTIMO VIRREY, DE LOS PRÍNCIPES DE LAS MIL Y UNA NOCHES



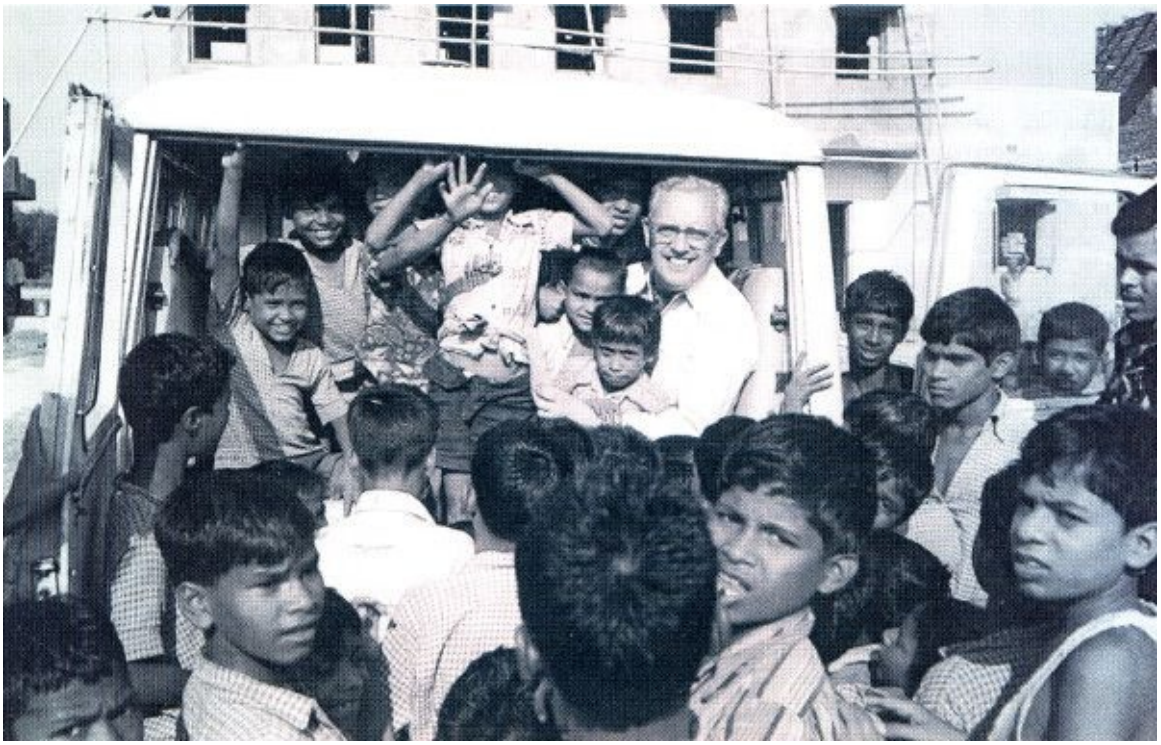


Reconstituir el final del mayor imperio colonial de todos los tiempos y contar el nacimiento a la libertad de cuatrocientos millones de hombres fue la aventura literaria que nos llevó a la India a Larry y a mí. Lord Mountbatten nos abrió sus archivos y vino incluso a Ramatuelle a aportarnos su testimonio (izquierda). Veintiocho años antes, el último virrey de la India y su esposa Edwina habían posado para una foto (a la derecha) con Gandhi, el viejo líder que obligó a los ingleses a marcharse.

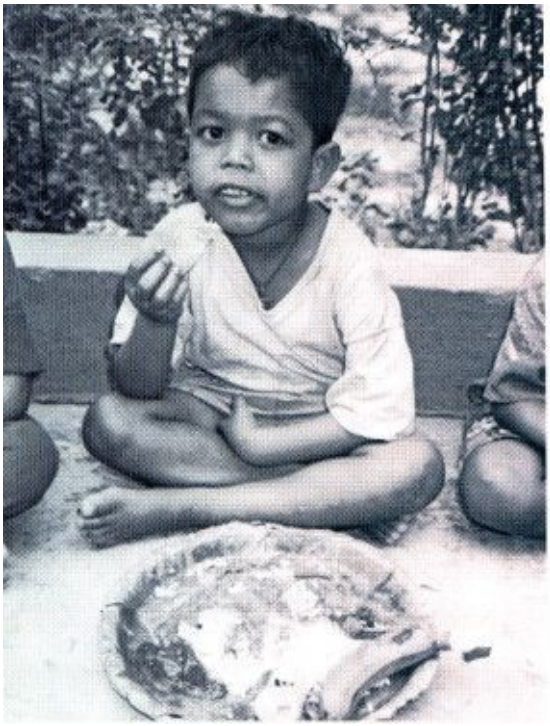


Con la marcha de los ingleses, los quinientos sesenta y cinco maharajas (en la imagen Bupinder Singh de Patiala) perdieron su mejor apoyo. Después de renunciar a su soberanía, depositaron sus Estados en la canasta de la independencia de la India.

MI ENCUENTRO EN CALCUTA CON NIÑOS LUZ DEL MUNDO Y SU SALVADOR VENIDO DE OCCIDENTE



Al permitirme conocer a niños que se encuentran entre los más desheredados del planeta y al apóstol que los salva, la India me hizo un regalo que cambiaría completamente mi vida. El inglés James Stevens recoge en los barrios de chabolas de Calcuta a niños leprosos que alberga en un vasto hogar llamado «Resurrección», donde son atendidos, vestidos, alimentados y escolarizados.





El contacto con este oasis de esperanza empieza con un plato de arroz, lentejas y pollo (a la *izquierda*). Madres leprosas acuden a diario (a la -*derecha*) a suplicar a James Stevens que acepte a sus hijos. Desde 1981, el hogar «Resurrección» sólo se sostiene con los fondos procedentes de mis derechos de autor y los donativos de los lectores.



La fotografía resume las extraordinarias victorias alcanzadas cada día por el equipo del hogar «Resurrección». Al lado del joven Kishore, de doce años, uno de los miembros más brillantes del hogar, su madre leprosa, a quien mi mujer Dominique estrecha en sus brazos. Esta mujer mutilada y prematuramente envejecida no tiene siquiera treinta años. A falta de cuidados precoces, su enfermedad se ha agravado con lesiones irreversibles. Tratada a tiempo, la lepra se cura en un año.



La hora de la comida es un momento sagrado del día. Antes de comer, los niños cantan un himno de acción de gracias. Una alimentación abundante, sana y rica en proteínas es la condición indispensable para su mejoría cuando llegan de la miseria de los barrios de chabolas.

SANTOS VENIDOS DE LEJOS PARA TRAER LA ESPERANZA





La Madre Teresa (*izquierda*, en su hospicio de Calcuta para los moribundos) y el enfermero suizo Gaston Grandjean (*derecha*, durante una consulta) —una muy célebre, el otro prácticamente desconocido— luchan desde hace años para ayudar a los más pobres en su desgracia y darles motivos para tener esperanza. En este barrio de chabolas que he bautizado la Ciudad de la Alegría, su cruzada ha suscitado millares de vocaciones indias que se entregan en la actualidad, desinteresadamente y con amor, al servicio de sus hermanos desheredados.



Una de mis grandes alegrías ha sido poder llevar a Gaston a Roma. El jefe de los católicos y el servidor más humilde de los pobres del Evangelio se reunieron para hablar de equidad y de justicia. *(Foto: Felici, Roma*)

LAS GUIRNALDAS DE CLAVELES AMARILLOS DE LA VIBRANTE HOSPITALIDAD INDIA

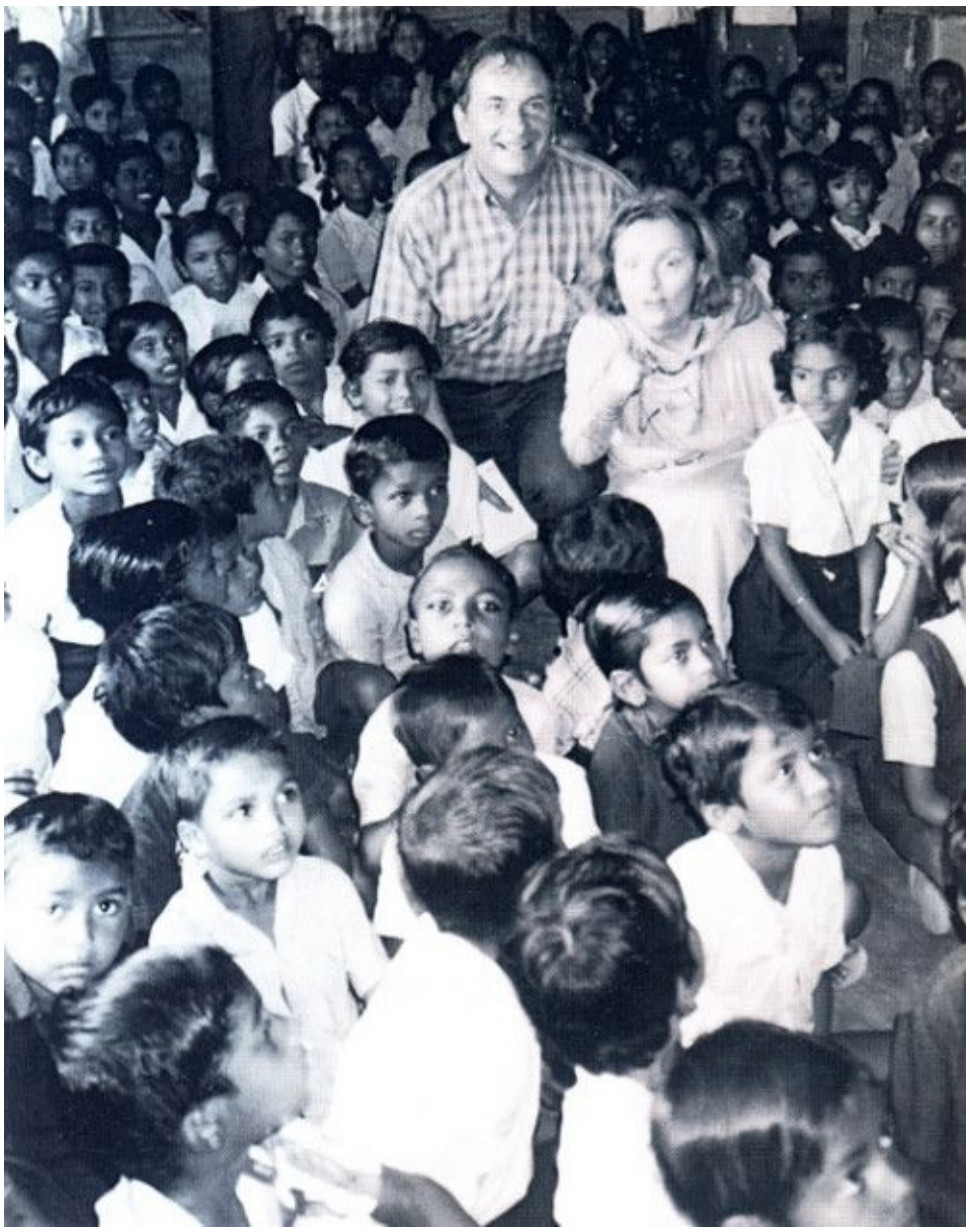


Cada vez que regreso a Calcuta se repite la misma acogida entusiasta de nuestros hermanos indios. Imposible escapar de ella: forma parte de las tradiciones de la hospitalidad india. Aquí, en Banghur, en el delta del Ganges, los tuberculosos curados por nuestros equipos sanitarios manifiestan su alegría.



La escuela y el dispensario de la Ciudad de la Alegría, ante los cuales nos fotografiaron, sólo existieron durante el rodaje de una película. Formaban parte del barrio de chabolas cinematográfico construido por el realizador de la *Ciudad de la Alegría* en las afueras de Calcuta.

UNA VICTORIA SOBRE EL MIEDO Y LA MISERIA



Entre niños originarios de pueblos muy pobres en la región de Belari, a ochenta kilómetros de Calcuta, son hoy en día cuidados, alimentados, vestidos y escolarizados gracias al apoyo que Dominique y yo hemos podido prestar a Shukesi, una joven y admirable enfermera que recibe cada día en su dispensario a más de seiscientos enfermos y accidentados. Estas sonrisas que iluminan la penuria del decorado con su belleza y felicidad son la prueba de que la maldición de un destino a priori desgraciado no es una fatalidad. Mañana, estos niños aprenderán un oficio. Podrán a su vez socorrer a su familia. Se trata, sin duda, de una gota de agua en el océano de las necesidades. Pero, como repite la Madre Teresa, «el océano está hecho de gotas de agua».

10

Una maldita batalla contra el cáncer

Señor Dominique Lapierre? El doctor desea hablarle.

Comprendí enseguida. La ayudante del doctor Philippe Vialatte no se expresaba nunca de manera tan formal. Esta meridional enamorada de la India tenía el don de introducir con algunas notas las conversaciones telefónicas de su jefe con sus pacientes. Su sola voz calmaba la inquietud, desdramatizaba por anticipado una situación. Su tono, esta mañana, me confirmaba lo que tanto temía.

Impulsada por alguna misteriosa intuición, mi mujer Dominique me había obligado a consultar a un médico. Mi estado general le preocupaba. Una ecografía abdominal practicada en la clínica de Saint-Tropez, así como un análisis de sangre específico habían revelado ligeras anomalías a nivel de una pequeña glándula situada bajo la vejiga cuya función, y a menudo incluso su existencia, ignora la mayoría de los hombres: la próstata.

Yo sólo había oído hablar de este órgano por la mayor de las casualidades. Un antiguo general británico del Ejército de las Indias a quien un buen día entrevisté para mi libro *Esta noche, la libertad*, me había contado que estuvo a punto de perecer bajo las balas de los guerreros pathanes a causa de su próstata. Como muchos oficiales ingleses que habían servido en las Indias, se había retirado a Cachemira. Cuando la guerra inflamó esta provincia al día siguiente de la Independencia de India y Pakistán había sido necesario evacuar con urgencia a todos aquellos ancianos caballeros británicos. Su huida se retrasó peligrosamente porque los autocares debían pararse muy a menudo para permitir a uno u otro de aquellos señores satisfacer una necesidad acuciante. La edad había dilatado su próstata hasta el punto de comprimirles la vejiga. Yo me había compadecido de esas miserias sin sospechar que un día me afectarían a mí.

El urólogo de Saint-Tropez quiso tranquilizarme. Todos los hombres que han franqueado la cincuentena están expuestos a molestias prostáticas. En la gran mayoría de los casos, un simple tratamiento con medicinas o una pequeña intervención quirúrgica bastan para resolver el problema. De todos modos, la próstata no es un órgano vital. Su única función es segregar un líquido blanquecino que diluye el esperma y facilita su eyaculación.

En París, un eminente especialista sacó muestras de varios fragmentos de tejido con la ayuda de agujas. A continuación volvimos a Ramatuelle para esperar el veredicto del laboratorio anatomo-patológico. Durante ocho días me sobresalté cada vez que oía el timbre del teléfono. Por fin se produjo la llamada esperada.

—Acabo de recibir el resultado del laboratorio —comenzó diciendo el facultativo —. No es bueno. En dos de las tres muestras aparece la presencia de un adenocarcinoma.

—¿De un adeno…?

—Un tumor canceroso.

—¡Coño!

—No obstante, se trata, al parecer, de un tumor primario —se apresuró a añadir —. No es una metástasis de otro tumor situado en otra parte. Además, está bien diferenciado y sólo es de grado 2 + 2, lo cual significa que es poco agresivo. Así pues, hay menos posibilidades de que difunda sus células cancerosas a otros órganos. Haremos análisis complementarios para confirmarlo.

—Doctor, ¿mi vida corre peligro?

Se hizo un silencio al otro extremo del hilo. Después volvió la voz tranquilizadora.

—No se preocupe, amigo, a la medicina no le faltan armas contra este tipo de cáncer.

Esta fórmula sólo me tranquilizó a medias.

—¿Piensa en la cirugía?

—En la cirugía, pero también en la radioterapia y en la quimioterapia. A primera vista, yo optaría más bien por la cirugía. Pero ya lo decidiremos después de los análisis siguientes.

El verbo en plural me reconfortó: el médico compartía mi prueba. Me precipité a la biblioteca para coger mi viejo *Larousse* médico y me lo llevé al gran pino de delante de la casa. Hacía treinta años que calmaba mis temores y mis cóleras bajo el amparo de este señor vegetal. Era mi amigo, mi protector. Hoy venía a confiarle mi rebelión. A mis cincuenta y ocho años me sentía joven, activo, lleno de proyectos. Hacía lustros que no había fumado un solo cigarrillo, no bebía, no cometía excesos. Llevaba una existencia sana, lejos de poluciones, ruidos y las presiones de la vida urbana. Era un marido, un padre, un amigo y un autor satisfecho. Estaba convencido de que todas mis células participaban de este equilibrio y esta felicidad. ¿Por qué algunas se habían rebelado súbitamente para hacer de mí un canceroso?

Busqué febrilmente la palabra *próstata* en el *Larousse*. El artículo consagrado a esta pequeña glándula no era muy tranquilizador. Su volumen se doblaba, se triplicaba incluso a partir de los sesenta. Su localización profunda en una zona sumamente vascularizada, en el cruce de las funciones urinarias y sexuales, su patología numerosa y variada, que iba de simples inflamaciones a tumores cancerosos, pasando por hipertrofias invalidantes como las que habían postrado a los viejos ingleses de Cachemira, convertían a la próstata en un órgano problemático. La evolución de todas estas miserias se acompañaba de hemorragias, abscesos,

retenciones, incontinencias, infecciones a menudo gravísimas. En caso de cáncer, el artículo subrayaba violentos dolores entre el ano y las partes genitales, a lo largo de los muslos y en el trayecto del nervio ciático. El artículo destacaba que era un cáncer grave por su riesgo de extensión local a la vejiga, al tejido celular de la pelvis, al recto, a los uréteres, y de extensión a distancia en forma de metástasis óseas, pulmonares, cerebrales y hepáticas. Ningún tratamiento me parecía anodino. Leí palabras que me pusieron la piel de gallina: «incontinencia», «impotencia», e incluso «castración». Porque, según explicaba el *Larousse*, al ser la próstata un órgano genital, era sensible a la acción de las hormonas masculinas. Bastaba suprimir estas últimas para reducir la actividad de la glándula y, al mismo tiempo, sus patologías. Estos tratamientos prolongaban la vida de los enfermos durante meses e incluso años. Pero a costa de dolorosos sacrificios.

Mi mujer, siempre tan atenta a mis temores, me recordó que el especialista parisién había indicado su preferencia por la ablación quirúrgica de mi tumor. Pero el *Larousse* no tenía calificativos bastante siniestros para describir esta opción. La operación —difícil y peligrosa— «exigía mucha experiencia en el desprendimiento de la parte inferior de la vejiga, y una hemostasis muy cuidada, a menudo difícil de realizar en sujetos cuyo panículo adiposo es demasiado importante». El tumor no debe «ser demasiado grande para que su extirpación no sea causa de desgarro de la vejiga, cuya reparación sería imposible». Después de otras consideraciones igualmente optimistas, la voluminosa obra concluía que no debían «pasarse por alto las consecuencias inmediatas y posteriores de esta intervención». Estas consecuencias distaban mucho de ser de color rosa: ¿qué hombre en la plenitud de la vida podía aceptar la eventualidad de no saborear nunca más los placeres del amor y de ver su función urinaria desembocar en una bolsa de plástico colgada de su cintura?

Mi rebelión se prolongó durante buena parte de aquel día fatal. Después prevaleció mi instinto de supervivencia. Ensillé a mi yegua *Piña* y partí al galope por las colinas. Esta sensible andaluza que había rescatado de los mataderos de Draguignan me ofrecía siempre la más feliz y benéfica de las complicidades. Hacía veinte años que era mi yoga cotidiano. A rienda suelta y a un trote corto, con los ojos perdidos en el verdor, había resuelto sobre sus lomos la mayor parte de mis problemas de escritura, encontrado la solución de mis dificultades personales, soñado con las aventuras más locas y agradecido incansablemente a Dios el maná de sus beneficios.

Era una de esas luminosas y transparentes tardes de septiembre. El tono rojizo de los viñedos vestía la península con una capa escarlata. Purificado de las humedades del estío, el aire vivo picaba la cara. Del monte bajo y de los matorrales se elevaba un olor de setas y espliego silvestre. Desde la cima de un pequeño altozano, divisé el espectáculo siempre mágico de la bahía de Saint-Tropez, con su pequeño puerto

mítico escondido al borde del agua bajo las murallas de la ciudadela, y su embrollo de barcos y tejas rojas. Excitado por aquella belleza, me puse a insultar a los sucios bichos que me roían. «¡No, no y no, no ganaréis! No, no iréis a pasearos a otra parte de mi cuerpo. Os inmovilizaré antes de extirparos y aniquilaros». Esta agresividad un poco infantil me alivió. Volví a casa serenado y completamente decidido a pelear.

* * *

Pese a lo matutino de la hora —las siete y media—, la sala de espera del servicio de medicina nuclear del gran hospital parisién ya estaba atestada. Por los menos había treinta personas en las sillas colocadas contra los tabiques de color verde pálido. El número de hombres y mujeres era aproximadamente igual. La mayoría había rebasado la cincuentena, pero también había personas más jóvenes. Todos estaban como yo enfermos de cáncer. El examen escintigráfico del esqueleto nos diría si teníamos una posibilidad de vencer nuestro mal. Me asombraba ver tan poca inquietud en los rostros, tanta calma en el comportamiento. Unos leían plácidamente el diario u hojeaban viejas revistas que cubrían las mesas, otros charlaban alegremente con el familiar o el amigo que los acompañaba. Una señora tejía un jersey. Una pareja de edad avanzada estaban cogidos de la mano. El hombre llevaba la Legión de Honor. Una joven regordeta en vaqueros y chaqueta de cuero escuchaba extasiada los acentos de rock con que su *walkman* le machacaba los oídos a través de la cabellera rizada. Un poco más lejos, con la espalda curvada y el cuello delgado sobresaliendo de la chaqueta negra adornada con una pequeña cruz, un cura leía su breviario. A su lado, un grueso negro con zapatillas deportivas se limaba las uñas mientras masticaba chicle. Una señora bajita y rechoncha tenía puesto un bolso de plástico negro sobre las rodillas. Me dirigió un pequeño saludo y abrió la cremallera. Vi aparecer la cabeza de un gato.

—No le gusta quedarse solo —se disculpó—. Desde que estoy enferma maúlla con desespero cada vez que salgo.

Le pasó la mano por la piel y el animal empezó a ronronear. Pronto, todos los asistentes habían vuelto la mirada hacia esta presencia insólita.

Este muestrario de humanidad doliente era un modelo de estoicismo tranquilo. Apareció una enfermera.

—¡Señor Perrin! —llamó.

El anciano que tenía tiernamente cogida la mano de su mujer se levantó. Pronto me tocó el turno. Antes de poder proceder a la escintigrafía de los huesos por rayos X había que inyectar a cada paciente un producto de contraste a base de yodo destinado a depositarse en las diferentes partes del esqueleto. En cuanto la aguja penetró en mi brazo, sentí una ola ardiente invadir mi cuerpo. Me devolvieron a la sala de espera. El examen propiamente dicho tendría lugar dentro de una hora. Me alegró reunirme con

mis compañeros de infortunio. El señor Perrin había cogido de nuevo la mano de su esposa. La señora del gato había acallado los maullidos desesperados de su animal. Los labios del sacerdote ya volvían a murmurar las santas letanías de este día que la liturgia calificaba de ordinario y que sin embargo lo era muy poco para el grupo de náufragos formado por nosotros.

La joven de la música rock, el señor Perrin, el grueso negro de zapatillas deportivas se fueron uno tras otro a someterse al examen. Antes de irse, la señora del gato me confió el bolso con el animal.

—Acaríciele —me pidió—, a usted también le trasmitirá buenas energías.

Obedecí con una sonrisa y sentí un bienestar inmediato al pasar la mano por la pequeña bola de piel. El gato tampoco debía de ser insensible, ya que se puso a lamerme los dedos con vigorosa lengua. Vi volver a su dueña con pesar. Este contacto me había calmado.

* * *

Una practicante que olía a tabaco frío me hizo acostar en calzoncillos sobre una mesa de radiología. Un vaivén de cámaras automáticas empezó enseguida por encima de mi cuerpo.

—¡No respire! ¡Respire! ¡Vuélvase!

Las órdenes secas, impersonales, me llegaban como la voz de un sintetizador en una película de ciencia ficción. Pantallas de control se encendían, se apagaban, tableteaban. La técnica oprimía botones, manejaba palancas, hacía deslizar las cámaras. Intenté leer una reacción en su cara.

—Le llamaremos dentro de una media hora —se contentó con decirme cuando me hube vestido.

Me precipité a la cafetería para tomar un café y una pasta. Otros enfermos de mi grupo habían tenido la misma idea. Espontáneamente, se habían sentado juntos. Dos horas esperando unidos un veredicto de vida o muerte crean forzosamente vínculos. La joven del *walkman* había ofrecido un *croissant* al sacerdote y la señora Perrin le había dado una punta de jamón al gato. Era asombroso, pero esta gente seguía haciendo alarde de una absoluta placidez. Temiendo que me pasara por alto la llamada de mi nombre, me levanté. Todos me siguieron. Los minutos que pasaron entonces serán siempre los más insoportables de mi vida. Llamaron a la joven del *walkman*, después al cura y por último al negro. En mi corazón dirigí un vibrante «buena suerte» a cada uno. Salían con mayor o menor rapidez de la consulta del médico. El cura tardó mucho, lo cual interpreté como una mala señal. Por fin oí llamar una voz: «¡Señor Lapierre!»

El radiólogo era un hombre bajo y canoso sentado detrás de un escritorio cubierto de clichés que mostraban un cuerpo humano. Cada uno llevaba la identidad de uno de

los pacientes venidos durante la mañana. Al mirar al médico clasificando las radiografías para encontrar la mía, me sentí como ante una cartomántica que me fuera a echar las cartas. Traté de descubrir en su rostro un signo, una emoción. Con calma el radiólogo me mostró mi escintigrafía.

—Mire, señor Lapierre, ¡todo es perfecto! Ni el más minúsculo punto negro. Ninguna metástasis ósea.

Tuve ganas de gritar, de arrancarle de su sillón, de estrecharle entre mis brazos, de besarle. Su nombre inscrito en la bata blanca permanecerá siempre grabado en mi memoria. Gracias para siempre jamás, señor Pérez, bendito sea para siempre. Entonces mi mirada recayó sobre otra radiografía de encima de la mesa. El dibujo que figuraba el cuerpo estaba invadido de puntos negros. Los había por doquier, alrededor de la pelvis, por toda la espalda, en el cuello, en los hombros. Incluso el cráneo estaba afectado. El doctor Pérez meneó tristemente la cabeza.

—Metástasis óseas generalizadas —dijo con un suspiro—. Una carnicería. Ninguna esperanza. Una mujer de cuarenta y ocho años.

Leí el nombre: «Antoinette Dupeyron». Después de nuevas efusiones, abandoné precipitadamente al doctor y su pequeña consulta. Tenía ganas de ir a respirar a pleno pulmón. Mientras enfilaba el pasillo hacia la salida, oí llamar a una enfermera: «¡Señora Dupeyron!» Me volví instintivamente hacia la sala de espera. Se había levantado la señora del gato.

* * *

Mi esposa Dominique me esperaba a la salida del hospital, más joven, más viva, más bonita que nunca con sus cabellos cortos al estilo chino y sus grandes ojos negros rebosantes de amor. Descifró inmediatamente la alegría que transfiguraba mi rostro y se echó en mis brazos. Devoré a besos sus labios, su cuello, sus mejillas mojadas de lágrimas. La gente se paró a miramos. Nos alejamos cogidos por la cintura. Estábamos en una comunión tan perfecta de corazón y pensamiento que las palabras eran inútiles. Teníamos ganas de reír, de cantar, de rezar. Y de dar gracias a Dios por la vibrante cadena de amigos que nos había rodeado con sus plegarias para este maravilloso nuevo comienzo, para esta dicha ininterrumpida. Respiré golosamente el olor de las hojas mojadas de los castaños. Los transeúntes, los coches, los escaparates, las palomas bailaban a nuestro alrededor como en una fiesta. Saboreé con éxtasis la confirmación de mi presencia entre los vivos. Esta mañana había sido la más dura de mi existencia. Me había hecho tocar con el dedo, más intensamente que todas las experiencias de guerra de mi carrera de periodista, la estrecha frontera que separa la vida y la muerte, la esperanza y la desesperación. Había tenido suerte.

El gran hospital parisino donde me habían diagnosticado el cáncer no había previsto nada para informar a sus enfermos y ayudarles a cuidarse. El servicio de

urología no disponía del menor folleto, del menor opúsculo susceptible de enterar a un hombre aquejado de cáncer de próstata sobre la naturaleza de su mal, sobre los medios de obtener su curación, sobre el apoyo que le podía prestar su entorno. Esta carencia me sorprendió y me indignó. Mi investigación en Estados Unidos para mi libro *Más grandes que el amor* me había enseñado qué formidables esfuerzos desplegaban los organismos de sanidad norteamericanos para informar a las víctimas del cáncer. Tanto si se trataba de la detección prematura de cada tipo de tumor y de los méritos respectivos de los diferentes tratamientos como de los medios de combatir los efectos secundarios de la quimioterapia, de la ayuda de los regímenes dietéticos, de las participaciones en los ensayos terapéuticos, de la gestión de las recaídas, del ambiente psicológico y de otras cien cuestiones pertinentes, todo, absolutamente todo lo que un enfermo y su familia podían querer saber y necesitaban saber estaba explicado en todos los folletos existentes sobre el cáncer. Aquí, nada.

El cáncer que yo padecía afecta, no obstante, a veinte mil franceses cada año. Es el más extendido en el hombre después del de pulmón. Con unos ocho mil muertos, hace más víctimas en nuestro país que los accidentes de carretera. Como tantos otros enfermos, sólo en la consulta de mi médico intentaría al principio saciar mi sed de información. No olvidaré jamás su extrema humanidad, su facultad de escuchar, su infinita paciencia al responder a todas mis preguntas, su capacidad, sobre todo, de hacer suya mi angustia para orientarme hacia la solución terapéutica que ofrecería, en mi caso, la mejor posibilidad de curación. ¿Cuántos enfermos la han tenido, esta posibilidad? Sabía que en ciertos centros la elección del tratamiento dependía del día en que uno se presentaba. El lunes era la quimioterapia, el martes la radioterapia, el miércoles la cirugía, el jueves otra cosa. Este método permitía comparar los méritos respectivos de las diferentes terapias con respecto a futuros enfermos y establecer estadísticas. Pero ¡ay de aquel que se presentaba el día de un tratamiento menos eficaz que otro!

Yo podía elegir entre cuatro enfoques. Por sorprendente que parezca, al principio podía no hacer nada, olvidar de algún modo mi cáncer. A veces este tipo de tumor evoluciona muy lentamente. Incluso teniendo en cuenta mi edad todavía joven, tenía bastantes probabilidades de morirme de otra cosa. Bastaba poner el tumor bajo vigilancia y cerciorarme de que las células malignas permanecían muy tranquilas en el interior de mi próstata. No se trataba de un intento de curación, sino de un *«wait and see»*, «ya veremos». Su ventaja era ahorrar a un enfermo frágil las agresiones tal vez inútiles de un tratamiento de choque o radical. Su inconveniente era dejar el cáncer en su lugar y correr el riesgo de una escapada intempestiva de ciertas células enfermas a otros sitios del cuerpo.

—¿Muchos de sus pacientes osan correr este riesgo?

Mi médico se echó a reír a carcajadas con aire de pícaro.

—¡Todos aquellos para quienes la vida sin relaciones sexuales ya no sería vida!

La respuesta no era una humorada. Expresaba bien el drama particular del cáncer que me había atacado. Lo sabía desde mi lectura del *Larousse* médico bajo el pino piñonero. La próstata está situada en el mismo centro de una de las funciones más sagradas del hombre. Alrededor del pequeño capullo de este órgano genital gravitan los testículos, las glándulas seminales, los canales de eyaculación y, motores de todo este equipo, los nervios erectores. ¿Se podía cuidar, y menos extirpar, sin lesionar definitivamente estos accesorios indispensables de la virilidad?

Las tres terapias susceptibles de salvar mi vida implicaban un riesgo importante de castración. En lo relativo a la quimioterapia, este riesgo era incluso automático: la administración de hormonas que permitan controlar el tumor conduce fatalmente a una castración química. En mi caso no estaba justificado, por suerte, este tratamiento bárbaro, reservado sólo a pacientes cuyo cáncer ha rebasado el marco de la próstata e invadido otros órganos. Los otros dos tratamientos no eran tampoco un camino de rosas. La radioterapia destruía ciertamente un máximo de células cancerosas, pero olvidaba otras y causaba a menudo graves estragos en los órganos vecinos, como la vejiga y los famosos nervios erectores. ¿Cuántos hombres se habían vuelto incontinentes e impotentes para toda la vida por culpa de los rayos? Quedaba la cirugía. Fue esta última opción la que me recomendó firmemente mi médico. La ausencia de metástasis y la extensión limitada de mi tumor me convertían en un candidato ideal para la intervención que en la jerga de los urólogos se denominaba una «prostatectomía total». Tras la extirpación por el bisturí de los sesenta gramos de mi próstata infestada de células cancerosas, estaría curado. Era, me aseguró, «optar por la vida». ¡La Vida! La Vida con una V mayúscula. Sí, cien veces sí, mil veces sí, doctor.

—Me es imposible garantizarle al cien por cien la preservación de su sexualidad —me confesó el médico gravemente—. Esto depende de muchos factores que difieren según el enfermo. Especialmente del tamaño de la próstata, del espesor del tejido adiposo que la envuelve… Cuanto más haya aumentado el volumen de la glándula a partir de la enfermedad, tanto más difícil puede resultar la extirpación. También depende del análisis de los ganglios durante la intervención. Si están afectados, hay que cortar más. Y en este caso no hay que vacilar en sacrificar los nervios erectores. En el propio interés del paciente.

Yo le escuchaba mirando sus manos. Imaginaba que un cirujano debía tener los dedos largos y flexibles como los de un pianista. Las manos de mi cirujano eran todo lo contrario. Eran más bien las manos sólidas de un leñador. Inspiraban confianza.

La prostatectomía total con preservación de las funciones sexuales y urinarias era una operación muy nueva. Sólo la habían practicado una pequeña minoría de urólogos.

—Doctor, ¿me permite preguntarle cuántas operaciones de este tipo ha hecho hasta ahora?

—Unas cuarenta —contestó, nada molesto por mi curiosidad.

—¿Todas con preservación de los nervios erectores?

—No, en absoluto. La preservación sólo ha sido posible en dieciséis o diecisiete pacientes.

—¡Dieciséis o diecisiete! —repetí, derrumbado por la modestia de semejante balance—. ¿Cuánto tiempo dura la intervención? —pregunté con inquietud.

—Entre tres y tres horas y media. Con un postoperatorio generalmente muy benigno. Un día y una noche en la sala de recuperación y a la mañana siguiente ya se paseará por el pasillo.

* * *

Su fino bigote negro y sus ojos minúsculos y chispeantes le prestaban un falso aire de Groucho Marx. El profesor Sam Broder, cuarenta y un años, era una de las mayores eminencias americanas de la lucha contra el cáncer. Le había conocido unos meses antes en su laboratorio cercano a Washington donde experimentaba con sustancias antivirales contra virus vivientes del sida. Estas manipulaciones eran tan peligrosas que me había hecho firmar un papel de descargo eximiéndole de toda responsabilidad «para el caso de que el virus VIH llegara a contaminarme en el curso de mi visita». Una simpatía recíproca e inmediata prolongó aquella misma tarde nuestro encuentro en su bonita casa de las afueras de Washington. Allí, en compañía de su encantadora esposa abogada y ante una botella de su *gewürztraminer* preferido, pude reconstituir para *Más grandes que el amor* su largo y rudo combate contra el cáncer y el sida. Su valor personal en la manipulación de los retrovirus VIH acabó por sacudir la apatía de los laboratorios farmacéuticos. Gracias a ese diablo de hombre bajito, los primeros medicamentos contra la plaga habían salido a la luz. El gobierno norteamericano acababa de recompensarle nombrándole director del Instituto Nacional del Cáncer. Marqué su número de teléfono. Cuando descolgó el aparato, le expliqué lo que me sucedía. Le dije:

—Sam, tengo dos preguntas. *Primo*, ¿quién es el mayor especialista norteamericano de las ablaciones totales de la próstata? *Deuxio*, ¿puede recomendarme que acepte operarme?

—*No problem*, *boy*! *Cheer up*! ¡Ánimo! Le volveré a llamar dentro de diez minutos.

Exactamente diez minutos más tarde, Broder estaba de nuevo al otro extremo del hilo. El mayor especialista norteamericano, me dijo, era un cirujano del John Hopkins Hospital de Baltimore llamado Patrick Walsh. Había perfeccionado una operación que garantizaba, en el ochenta por ciento de los hombres de menos de sesenta años, la

conservación de los nervios erectores. Estaba dispuesto a operarme. Pero mi desplazamiento hasta Baltimore no le parecía justificado porque precisamente tenía en Francia dos discípulos excepcionales que habían realizado por lo menos tantas intervenciones como él utilizando su técnica de preservación de los nervios erectores. Se llamaban Pierre Léandri y Georges Rossignol. Tenían una ventaja única: operaban juntos a cuatro manos.

—Uno es diestro y el otro zurdo —pregonó Broder—, lo cual les permite extirpar una próstata en poco más de una hora. ¡Un récord!

¡En poco más de una hora! Era un tiempo casi tres veces menor que el necesitado por mi cirujano parisién. Le llamé enseguida.

—Doctor, ¿conoce a Léandri y Rossignol?

—¡Desde luego! Fui a Tolosa a verles operar. ¡Un par de ases! Los mejores del mundo con Walsh —respondió sin vacilar—. Vienen de toda Europa e incluso de América y Asia para asistir a sus simposios y seguir sus intervenciones en directo. Ya verá: el más simpático es el que tiene los párpados caídos, pero ambos son notables.

Me dio el nombre de la clínica. La idea de estos «duetistas del bisturí», como algunas veces se les llamaba, me pareció de las más seductoras. ¿Acaso no había experimentado yo mismo la aportación inestimable de trabajar a dúo?

Aquella misma tarde llamé a la clínica Saint-Jean-Languedoc. Ante mi asombro, la telefonista me pasó directamente al doctor Pierre Léandri.

—Querido señor Lapierre, mañana sábado estaré en casa toda la tarde. Éste es mi número personal. Telefonéeme a las quince treinta, hablaremos todo el tiempo que quiera. Mientras tanto, no se inquiete en absoluto. Su caso es completamente banal. No tiene por qué preocuparse.

Salí de la cabina como sobre una nube.

Al día siguiente, cuando llamé al domicilio del doctor Léandri, una niña descolgó el aparato y me dijo con un delicioso acento del Mediodía:

—Le paso a mi papá.

Hablamos durante una hora y media. La voz era plácida, confiada, tranquilizadora en su ritmo y sus entonaciones.

—Sí, a su edad, la cirugía es la opción que le garantiza casi el ciento por ciento de curación… No, no corre ningún peligro de encontrarse con una vejiga artificial colgada de la cintura… Sí, tiene todas las posibilidades de conservar su función sexual… No, no viene de unos días para la operación…

* * *

La clínica Saint-Jean-Languedoc, en el extremo noroeste de Tolosa, se me antojó una especie de Hilton cuyo personal perteneciera a cualquier pensión familiar de provincias. Una bonita recepcionista rubia me condujo directamente al despacho de

Pierre Léandri. Ni él ni su colega Rossignol habían subido aún al quirófano. Un único motivo decorativo adornaba la pequeña habitación de paredes tapizadas con papel beige: el diploma de la American Urology Association otorgado a Léandri «por servicios prestados a su especialidad». Los Estados Unidos estaban también presentes en el despacho con un montón del *Journal of Urology* y una serie de folletos ilustrados del John Hopkins Hospital de Baltimore que daban cuenta de los resultados operatorios del profesor Walsh después de quinientas prostatectomías totales. Sobre una mesa había un opúsculo en inglés en el cual Léandri y Rossignol describían su nueva técnica de sutura automática en las sustituciones de vejiga cancerosa.

Los dos hombres que entraron entonces en el pequeño despacho llamaban la atención por su aire más bien tímido y modesto. Con sus mechones rubios ensortijados y su cara redonda y muy sonrosada, Georges Rossignol, de cuarenta y cuatro años, parecía un angelote de Rubens. Los ojos tristes bajo pesados párpados daban por el contrario a Pierre Léandri, también de cuarenta y cuatro años, un aspecto de perro apaleado. Hablaban de manera tan sencilla y cordial que cualquier angustia era exorcizada al instante. Este primer encuentro se prolongaría durante casi tres días, el tiempo suficiente para que me olvidara del cáncer y volviera a ser un periodista inmerso en la trama de una prodigiosa «success story».

Ningún hada se había inclinado sobre la cuna de Georges Rossignol, nacido en la familia numerosa de un pequeño funcionario de policía de Albi. Sin los alientos del buen médico del barrio, el joven Georges no habría soñado nunca con una carrera de medicina. Los estudios eran demasiado onerosos y demasiado largos. Un providencial empleo de chófer repartidor resolvió la cuestión. Estudiando de noche y cubriendo las rutas de día, Rossignol aprueba exámenes y oposiciones y consigue el Internado. Sus obligaciones militares le envían a Chad, a la sazón asolado por la guerra. Allí descubre la patología del frente en los cuerpos acribillados de balas y cascotes de obuses. De regreso a Francia, un período de prácticas con un urólogo de El Havre le permite hacer otro descubrimiento: la urología no es solamente una cirugía de fontanero. Nuevas técnicas permiten ahora actos inconcebibles, como el trasplante de riñón. Puesto que los órganos como el riñón, la vejiga y la próstata son atacados a menudo por tumores malignos, la urología se ha convertido también en un medio de investigación importante en cancerología. Esta disciplina que mezclaba íntimamente cirugía e investigación había seducido al joven albigense.

Pierre Léandri había tenido principios más fáciles. Hijo de un médico *pied-noir* de Argelia, se educó en un ambiente médico y se orientó con naturalidad hacia los estudios de medicina.

La cirugía le atrajo de entrada «a causa de los resultados inmediatos que permite obtener». Como Rossignol, realizó sus primeras intervenciones durante el servicio militar. En Guadalupe, donde le destinan, tiene la ocasión única de poder hacer frente

a todas las urgencias quirúrgicas, incluso las más complejas, como las intervenciones de los politraumatizados: fractura abierta del muslo, rotura del bazo, hundimiento de la caja torácica.

Una feliz casualidad reunió un día a los dos aprendices de cirujano en tomo a una misma mesa de operaciones del centro hospitalario-universitario de Tolosa. Intentan abrirse camino juntos por el laberinto de las oposiciones universitarias. Pero las plazas de urología son poco numerosas y codiciadas, y la dura ley del mandarinato oficial difícil de eludir. En este primer encuentro, Léandri se queda pasmado ante la pericia quirúrgica de Rossignol, por la soltura y la seguridad de sus gestos, su modo de ir a lo esencial. Este descubrimiento le da una idea. Ya que una carrera hospitalario-universitaria les parece prohibida a ambos, ¿por qué no unir sus talentos para formar en el terreno privado un equipo de especialistas de muy alto nivel? La casualidad quiere que precisamente un cirujano urólogo de Tolosa esté buscando un socio para la clínica que acaba de crear y que quiere convertir en un centro urológico de vanguardia. Léandri aprovecha enseguida esta oportunidad con la idea de atraer a su lado en cuanto sea posible a su amigo Rossignol. Ambos están más convencidos que nunca de que una cirugía a cuatro manos puede revolucionar el pronóstico de ciertas afecciones gravísimas de su especialidad. Una de estas afecciones es el cáncer de vejiga.

La ablación total de una vejiga atacada por un tumor maligno se juzga a la sazón tan mutiladora que la mayoría de urólogos prefieren tratar de reducir y neutralizar el cáncer recurriendo a una quimioterapia o a una resección por las vías naturales. En la mayoría de casos, estos tratamientos sólo son paliativos, y las recaídas, con agravación, muy frecuentes. Cuando se confirma que sólo una cirugía radical podría tal vez salvar la vida del enfermo, es en general demasiado tarde. Pocos urólogos franceses se atreven a realizar tales operaciones. Los que las practican vacilan el mayor tiempo posible antes de proponerlas, conociendo la clase de mutilaciones que pueden acarrear. Pero cualquier retraso disminuye las posibilidades de salvar al enfermo.

Un día de 1978, Léandri lee en el *Journal Français d'Urologie* una comunicación en la cual un cirujano llamado Maurice Camey explica cómo extirpa las vejigas afectadas de tumores cancerosos y las reemplaza por órganos nuevos cortados de un trozo de intestino grueso. Gracias a esta técnica, restablece en sus pacientes un circuito urinario normal que les asegura una continencia totalmente satisfactoria tanto de día como de noche. En ciertos casos logra incluso conservar la función sexual. Es una revolución. Este cirujano genial es reconocido hace tiempo en Estados Unidos. En Francia, donde revoluciona los dogmas en vigor en el *establishment* urológico parisino, se le considera un hombre original y un poco chiflado. Predica en el desierto desde hace veinte años. Este ostracismo tiene otro motivo. La operación llevada a

cabo por Maurice Camey es tan delicada y tan difícil que él es el único capaz de realizarla con éxito. Los raros colegas que la han intentado sólo han conseguido catástrofes. Y en cirugía, cualquier técnica nueva debe poder reproducirse para que sea juzgada válida.

Léandri y Rossignol deciden afrontar el desafío. Ahora los dos trabajan juntos en la clínica Saint-Jean-Languedoc de Tolosa. Se precipitan a París y asisten a una intervención de Camey: diez horas de un espectacular número de acrobacia que podría salvar cada año varios centenares de vidas. Entusiasmados, ambos amigos están convencidos de haber encontrado en esta operación la justificación perfecta de su asociación. La naturaleza ya la ha previsto haciéndolos complementarios: uno es diestro, el otro zurdo.

La primera ablación de vejiga que intentan los «duetistas» es en un fotógrafo tolosano de cincuenta y ocho años. Aunque haya durado ocho horas, la intervención confirma enseguida la supremacía de su ballet a cuatro manos.

—El hecho de que tengamos la misma edad y el mismo nivel médico nos protegía de todas las vejaciones personales —me dirá Rossignol—. Nos considerábamos en plano *de igualdad*, lo cual nos permitía dirigir por turno la operación, censurarnos mutuamente en cada instante, tomar el relevo cuando el otro vacilaba o sentía un momento de fatiga. Un cirujano no puede operar y ver operar al mismo tiempo. Sentíamos de repente que cada uno se convertía en el espejo crítico del otro.

En algunas intervenciones hacen disminuir la duración de la operación de Camey de diez horas a seis, después a cuatro y por último a dos horas y media. Un récord duramente conseguido.

Como los trasplantes de vejiga implican automáticamente la ablación de la próstata, los «duetistas» de Tolosa empiezan a extirpar próstatas afectadas de cáncer. Su primer paciente es un jubilado de Correos de la ciudad de Auch. Su operación dura tres horas y media y necesita la transfusión de tres frascos de sangre. El hombre recupera una función urinaria normal, pero la operación le priva para siempre de su sexualidad. Pasarán dos años antes de que un artículo en la revista *American Journal of Urology* revele, en 1985, a los dos tolosanos que un cirujano de Baltimore ha puesto a punto una técnica de ablación total de la próstata que salvaguarda la función sexual. En este documento profusamente ilustrado con láminas en colores, el profesor Patrick Walsh explica cómo ha logrado modificar sus planes de disección para evitar el roce con los minúsculos haces de nervios erectores prácticamente invisibles que rodean la glándula prostática. El artículo provoca un clamor de indignación en los medios de la urología tradicional, no sólo en Francia sino también en Estados Unidos, donde numerosos especialistas, y no de los menores, acusan al autor de conducta irresponsable.

Léandri y Rossignol comprenden instantáneamente que este progreso acaba con

el último argumento de los detractores de la ablación de próstata. Si se puede, casi con seguridad, preservar la virilidad de los enfermos, la cirugía se convierte en la mejor indicación terapéutica para todos aquellos que han tenido la suerte, como yo, de beneficiarse de una detección precoz de su cáncer. Rossignol se precipita a Nueva York para ver a Walsh, que presenta en un congreso una película de quince minutos sobre su técnica. Este gran americano de origen irlandés, apenas de más edad que él, le llena de entusiasmo. Le invita inmediatamente a ir a operar a Tolosa ante un nutrido auditorio de colegas europeos especialmente convidados para la ocasión.

Pero Léandri y Rossignol no esperan la visita del maestro americano para ensayar su técnica. En septiembre de 1985, operan a un agente de policía de Tolosa.

—Un hombre supermotivado —me contará Rossignol—, que vino a vernos diciendo: «Estoy dispuesto a que me operen, pero con la condición de poder continuar haciendo el amor como antes».

La operación fue coronada por el éxito, aunque el policía necesitó más de un año de paciencia para recuperar las erecciones normales.

La técnica de los dos cirujanos se afina muy deprisa, hasta el punto de hacer bajar la duración de sus intervenciones de tres horas a menos de una hora y cuarto.

* * *

¡Casi una fiesta! La maravillosa y desbordante imaginación amorosa de mi mujer Dominique consigue la proeza de transformar en un dulce paréntesis el suceso más bien siniestro que representa la ablación de un tumor canceroso. Tres semanas después de mi encuentro con los cirujanos de Tolosa, llenó nuestro coche de libros, objetos familiares y todos los accesorios susceptibles de asegurar mi comodidad en la clínica y me llevó en una loca carrera automovilística de Ramatuelle a Tolosa. Había informado sobre el trayecto a todos nuestros amigos más queridos y nuestro viaje se transformó en una calurosa sucesión de etapas gastronómicas. Conservo un recuerdo glorioso de esta cabalgata a través de los luminosos pinares de Provenza, el océano color de sangre de los viñedos del Languedoc, la alfombra dorada de los campos de girasoles que cubre las ricas llanuras del Rosellón. ¡Qué bella, opulenta y pacífica me pareció Francia! Saboreaba la aparición mágica de cada pueblo, la armonía de valles y prados, con la glotonería de alguien que se preguntaba si volvería a ver aquellas maravillas. Ciertamente, estaba sereno, confiado, seguro de vencer, pero ¿cómo evitar pensar en algunos instantes que este viaje encantador tenía por destino… una mesa de operaciones? Me sentía tan bien, tan joven, tan fuerte… Era la paradoja de este cáncer. Me roía solapadamente sin infligirme, en todo caso al principio, el menor sufrimiento, la menor incapacidad. Hasta el punto que acababa preguntándome si mi dolencia era real y si estaba verdaderamente justificado que fuese a correr todos estos riesgos a causa de algunas células rebeldes.

Durante mi estancia en la clínica esperaba recibir varias visitas, pero no la de la mujer joven y vivaracha que fue la primera en llamar a la puerta de la habitación 229. No era médico ni analista ni enfermera. El pequeño historial que me traía no contenía ningún formulario de seguridad social, ningún resultado analítico, en suma, ningún papel relativo a mi salud o a mi próxima operación. No obstante, su contenido formaba parte de los tratamientos específicos del establecimiento para mantener la moral de sus enfermos y acelerar su curación. Se trataba de los diferentes menús que tendría el placer de degustar durante mi estancia. La lectura de ciertas especialidades propuestas me sobresaltó, como los «raviolis de *foie gras* con salsa de trufas» o las «chuletas de ternera con costra de setas». A la visitante le divirtió mi sorpresa.

—¡Qué quiere, señor mío, ha elegido hacerse operar en el sudoeste, y en el sudoeste cuidamos primero a nuestros enfermos con las cosas buenas de nuestra tierra!

La explicación era característica de una calidad de vida provinciana que ninguna gran capital puede ofrecer. Iba a descubrir que la mayoría de médicos, enfermeras y empleados encargados de ocuparse de mí vivían en el campo de los alrededores, sólo a pocos minutos de trayecto de su lugar de trabajo. Muchos venían en bicicleta, o incluso a pie. El buen humor y la disponibilidad de cada uno eran el reflejo de estas felices condiciones de vida.

* * *

Uno de mis vecinos era un inglés de cabellos teñidos cuya jovialidad y pintoresca manera de hablar el francés hacía las delicias de las enfermeras. Jim Conrad, de sesenta y ocho años, era un antiguo mayor del ejército británico que se había retirado a la Costa Azul después de servir en los cuatro confines del Imperio durante casi medio siglo.

Me enteré de que incluso había residido en la India durante la guerra como ayudante de campo del gobernador general del sector de Calcuta. Semejante pasado me hizo correr a su puerta para conocerle. La aparición del Mesías no habría podido causar más efecto al simpático ocupante de la habitación 228. En cuanto dije mi nombre, su rostro pareció transfigurarse por una iluminación.

—*You are… you are the author of this so famous…* (Usted es el autor del célebre…) —balbuceó, temblando de emoción.

Sin terminar la frase, tiró de una caja de libros colocada bajo la cama y extrajo de ella un viejo ejemplar en inglés de *Esta noche, la libertad*. Blandiendo la obra como un trofeo, repitió, maravillado:

—Es mi biblia, sí, este libro es mi biblia.

Entonces el mayor Conrad me hizo sentar, sacó dos copas que llenó de coñac hasta el mismo borde y se embarcó en una evocación inextinguible de sus años en la

India. Había conocido a Mountbatten, a Nehru e incluso al Mahatma Gandhi a quien había escoltado durante los tumultos de la Independencia a través de Calcuta en llamas. Mi vecino guardaba de este pasado varios pequeños álbumes de fotos que no le abandonaban nunca. Tuve derecho a hojearlos página por página: Jim con el caballo ganador de la Queen's Cup de Calcuta, Jim ante el Taj Mahal, Jim en medio de un grupo de soldados gurkhas en el paso de Kyber, Jim bailando el fox-trot con una encantadora lady en el Gymkhana Club de Lahore. Se había casado con esta inglesa después de la independencia de India, pero se habían divorciado cuando él manifestó la intención de retirarse a la Costa Azul.

—Había vivido demasiadas aventuras al sol para acabar mi vida en las brumas galesas de mi mujer —dijo con una carcajada.

Se había instalado a los pies de Grasse y había puesto un anuncio en la columna matrimonial de un diario de la localidad. Georgette, una antigua repostera que acababa de perder a su marido, mordió el anzuelo. «Fue un flechazo». Georgette desembarcó con su maleta en casa de Jim. Para celebrar el primer aniversario de su idilio, decidió llevarla a dar la vuelta al mundo. Tenían que haberse ido hacía dos meses. Pero varios días antes de la salida, Jim descubrió trazas de sangre en su orina. El urólogo de Grasse exigió análisis. El nivel de sus antígenos prostáticos era treinta veces más elevado de lo normal. El médico tomó la sabia decisión de enviar al inglés a Tolosa, donde Léandri y Rossignol diagnosticaron un tumor de próstata. Al día siguiente le abrían el vientre para extirparle la pequeña glándula. Veinticuatro horas después, el antiguo oficial del ejército de India deambulaba como un jovencito por el pasillo de la planta con sus frascos en la mano. Dentro de una semana Georgette vendría a buscarle para llevarle de nuevo a Grasse y, un mes después, despegarían hacia Estambul, primera etapa de su luna de miel alrededor del mundo. Por desgracia, antes de abandonar la clínica Jim Conrad se enteró de una noticia desconsoladora. Los análisis anatomopatológicos de los tejidos cortados por los cirujanos en el curso de la operación habían revelado que sus ganglios y vesículas seminales estaban igualmente invadidos por células malignas, prueba de que el tumor había rebasado su foco original para contaminar los órganos vecinos. El único modo de frenar esta diseminación era practicar una castración radical. Este acto quirúrgico, que lleva el nombre de pulpectomía, consistía en hacer una incisión en los testículos del enfermo para extraerles la pulpa, es decir, la sustancia que produce las hormonas masculinas, culpables, en este caso, de favorecer la proliferación del cáncer. Los cirujanos habían reemplazado enseguida la pulpa por una bola de silicona y cerrado los testículos. La estética se había preservado. Pero el simpático inglés que me trataba con tanta cordialidad no podría honrar nunca más a su dulcinea pastelera.

* * *

Me operaron una luminosa mañana de otoño. Unas horas antes, el cartero de la clínica me trajo una carta recubierta de sellos con la efigie del Mahatma Gandhi. Procedía de Calcuta. Tuve la sorpresa de encontrar en el interior una carta escrita a mano por la Madre Teresa. Al cabo de unos días los periódicos informaban de que la santa de los pobres luchaba contra la muerte en una clínica de la capital de Bengala donde un cardiólogo llegado de Roma acababa de implantarle un estimulador en su corazón desfalleciente. «Estimado Dominique Lapierre —me escribía con su gran caligrafía redondeada—, parece que el Señor haya querido ofrecernos la gracia de compartir juntos su pasión. Pido a todas mis hermanas y a todos nuestros pobres que recen por el éxito de su operación y su restablecimiento». No sabía cómo la Madre Teresa había podido enterarse de la prueba que me esperaba aquel día en Tolosa. Muy conmovido, pegué la pequeña hoja de papel al cristal de la ventana de mi habitación. Cuando vinieron a buscarme para bajarme al quirófano, la leí otra vez y, seguro de que las plegarias de mis hermanos y hermanas indios iban a inspirar las manos de los cirujanos, me acosté sereno en la camilla. Una pulsera de plástico con mi nombre me rodeaba la muñeca derecha. En el reverso de la etiqueta, Dominique había inscrito: «Te quiero. Hasta muy pronto». Los dos enfermeros me colocaron sobre la mesa de operaciones y descubrí encima de mí las caras enmascaradas de los cirujanos. El anestesista me cogió el brazo y sentí hundirse en mi piel la punta de una aguja. Y entonces ocurrió algo extraordinario. Una voz estalló en mis orejas. Grave, potente, inspirada, cantaba las estrofas de un cántico. Era la voz de Ranjit, el joven tetrapléjico de nuestro hogar de Jalpaiguri, al pie del Himalaya. Ranjit había sido fulminado al nacer por la poliomielitis. Vivía tendido sobre una camilla. Nunca podría andar. Sus padres lo habían abandonado. Un sacerdote francés lo recogió un día en un arroyo de Calcuta. Aunque era hindú, asistía cada domingo a la misa de su bienhechor con sus camaradas, todos igualmente inválidos. Este hogar era un islote de compasión y amor en el centro de la peor miseria, Dominique y yo nos habíamos hecho cargo de su existencia. Ranjit, aquel domingo de nuestro encuentro, cantó con una fe que parecía una acción de gracias. Que acentos de semejante vigor pudieran brotar de aquel miserable pecho raquítico, de piel apergaminada, se antojaba algo irreal. Desde entones, aquella voz no había dejado de sonar en mi interior. Y he aquí que antes de dormirme en el instante más crítico de mi vida, me aportaba la oración esperanzada de un pequeño hermano indio, más fuerte que su desgracia.

* * *

Cuatro días después de la intervención, una mujer joven y exuberante de abundante cabellera rizada irrumpió en mi habitación para ofrecerme un sorprendente regalo. La doctora Lucienne Gabay-Torbiera era uno de los dos anatomopatólogos de la clínica. Había realizado análisis durante toda la operación para verificar los límites del tumor

y cerciorarse de que los tejidos que bordeaban la próstata no estaban infiltrados de células cancerosas. Los análisis exhaustivos que acababa de terminar confirmaban en todos los puntos los primeros resultados.

—¡Ya no tiene cáncer! ¡Está curado! —pregonó estrechando mis dos manos entre las suyas.

La estreché entre mis brazos y la besé. Rossignol y Léandri aparecieron entonces, acompañados por su deliciosa instrumentista de origen armenio. También entró Jim Conrad, blandiendo en el aire una botella de coñac. Era una fiesta. La patóloga de cabellos rizados sacó entonces de su bolso una foto en color.

—He pensado que querría conservar esta imagen —dijo con un guiño.

Visto en su totalidad, el documento parecía representar una especie de chal indio con centenares de pequeños motivos decorativos. Pero al examinarlos de cerca, uno se apercibía de que estos motivos eran de tamaños y formas diferentes según aparecieran a la izquierda o la derecha de la imagen. A la izquierda era, bien delimitado, un bonito tejido de figuras rosa pálido en forma de naranjas o de peras. Después, de improviso, como separadas por una brutal frontera, las células se convertían en una acumulación horrible, anárquica, inconsistente, de pequeñas canicas negras y bastoncillos entremezclados. Permanecí estupefacto ante aquella visión. Me enfrentaba a una pregunta fundamental sobre la aventura que acababa de vivir. ¿Qué impacto emocional, qué traumatismo físico había podido producirse en mí para que un día se desencadenara en alguna parte de mi cuerpo un desbarajuste celular de semejante gravedad?

Lamento no haber podido responder todavía a esta pregunta capital. Pero al menos tuve la dicha de enterarme, un día de octubre de 1994, cinco años después de mi operación, de que estaba dentro de las estadísticas de los enfermos que han vencido al cáncer[15].

11

«¿Qué importa, bello elefante de África, si mi sangre riega tu tierra?»

La mordedura de una cobra no habría causado más efecto. Raphaël corre en todos los sentidos, escupiendo palabras ininteligibles, cogiéndose la cara con las manos, temblando de fiebre. Acaba plantándose delante de mí. Sus ojos negros me fulminan con un destello tan intenso que retrocedo un paso. Frota nerviosamente la corta barba que enmarca su rostro de asceta. Parece un monje pintado por Zurbarán.

—Si lo que dices es exacto —exclama con voz doliente que contrasta con su excitación—, habrá que llamarlo el *Rhinoceros lapierrensis*.

Raphaël Matta, de treinta y cinco años, vigilante jefe de la reserva de animales salvajes de Bouna —un millón de hectáreas en el norte de Costa de Marfil—, se inmoviliza bruscamente ante la idea de la improbable hipótesis. ¿Rinocerontes en la reserva? Es imposible. Hace un siglo, tal vez dos, que este animal ha desaparecido por completo de esta parte de África. Para comprobarlo, ha hurgado en la memoria de los ancianos de los pueblos, buscado en los dialectos vernaculares una palabra, una raíz de palabra, una expresión que evoque esta especie. Ha batido la selva hasta en sus rincones más secretos y jamás ha encontrado el menor signo que indique la presencia del mítico mastodonte. Y ahora resulta que un periodista irrumpe en plena noche en su campamento para llevarle una noticia de una índole capaz de hacerle perder la razón. Me trastorna infligir semejante traumatismo a este hombre que me ha acogido como a un hermano en el corazón de su reino. Pero estoy tan convencido de la certeza de mi observación que me atrevo a insistir.

—Te aseguro que el animal que he divisado esta tarde entre la maleza, cerca del río Comoé, tenía un grueso cuerno en la frente.

—¿A qué distancia estabas? —inquiere Raphaël, tuteándome bajo el impacto de la emoción.

—A unos cincuenta metros.

—¿En qué posición se encontraba el animal?

—Completamente de perfil.

—¿Qué tamaño tenía?

—El de un hipopótamo.

Raphaël se saca nerviosamente del bolsillo un cuaderno y un lápiz.

—Dibújame lo que has visto —ordena.

Aunque soy una nulidad en dibujo, obedezco lo mejor que puedo. Insisto, naturalmente, en la excrecencia puntiaguda como un puñal que me ha impresionado

tanto. Raphaël levanta el farol para iluminar mejor mis trazos a lápiz. Unas cachipollas se queman las alas contra el globo.

Al resplandor, veo a dos niños y a Christiane, su mujer, que duermen bajo el velo de un mosquitero. El campamento es un curioso Cafarnaum lleno de objetos heterogéneos. Hay utensilios de cocina, un hornillo de butano, latas de conserva, una máquina de escribir, carpetas dispersas, una carabina, un estante cubierto de libros. En la esquina de una mesa de jardín hay unos vasos, una botella de whisky y un título sorprendente en este decorado: *Vida de Platón*.

Raphaël manosea febrilmente mi croquis. Suda con profusión. Le siento dividido entre sus certezas y unas ganas locas de creer que le digo la verdad.

—¿Eres capaz de encontrar el lugar donde has visto tu rino? —gruñe.

¿Qué decir? No tengo ninguna experiencia de la sabana. Todos los árboles, todos los arbustos, todos los claros me parecen confundirse en un mismo embrollo vegetal. Sólo sé que he visto a «mi rino» a la izquierda de la pista, a varios metros de un pasaje abierto por los hipopótamos hasta el río. ¡Pobre Raphaël! Son indicaciones muy exiguas.

—¡Pues vamos! —exclama, atrapando su farol portátil.

Me agarra del brazo y me lleva hasta su viejo jeep. Al motor le falta un cilindro. Sus hipidos acentúan la noche en un concierto extraño que hace enmudecer a los pájaros. Bajamos hacia el río. Escruto las tinieblas para tratar de encontrar el pasillo de los hipopótamos. Las largas manos de Raphaël sacuden el volante con tal nerviosismo que el jeep amenaza con caer al barranco en cualquier momento. Una manada de gacelas aparece en nuestros faros y después los ojos fosforescentes de una familia de chacales. Recorremos tres o cuatro kilómetros (¿cómo saberlo exactamente?) y, de improviso, Raphaël se detiene. El río está aquí, tornasolado por el reflejo de la luna. Se oyen los ronquidos de un grupo de hipopótamos que retozan a pocos metros.

—¿Lo reconoces? —me interroga Raphaël, saltando del jeep.

¡Vaya pregunta insensata! En pleno día ya habría sido difícil. ¡Pero de noche! Y además… ¿cómo decirlo? Esta naturaleza oscura, susurrante de animales, el riesgo de pisar un escorpión o una serpiente, de pasar bajo una pantera encaramada en un árbol, de tropezar cara a cara con un búfalo o un león… No sé gran cosa de la jungla aparte de que un animal sorprendido es siempre peligroso. Intento, de todos modos, hacer un buen papel. Sí, aquí está el pasaje de los hipopótamos que me ha llamado la atención. Excitado como un perro de presa, Raphaël se mete por todas partes. Ni un centímetro cuadrado escapa al halo oscilante de su lámpara. Su experiencia de rastreador le permite identificar con seguridad la huella de una hiena, de un antílope, de una fiera. Una fauna misteriosa, invisible, agazapada entre los matorrales, protesta ruidosamente contra nuestra presencia. La noche empieza a resonar con los gruñidos

furiosos de una horda de monos y después con los gruñidos de una manada de hipopótamos.

Raphaël sigue imperturbable ante esta explosión sonora. Una herida de guerra le dejó casi sordo.

—¿Dónde están las huellas de tu rinoceronte? ¡Dios mío! ¿Dónde están? —vocifera.

Yo las busco con un ardor tan desesperado como el suyo. De repente, exhala un grito.

—¡Están aquí!

Pero su exaltación sólo dura unos segundos. El tiempo de comprender que son en realidad las de un ilócero adulto, una especie de jabalí muy grande cuyas defensas, vistas de perfil en la penumbra de la espesura, pueden crear la ilusión de un cuerno de rinoceronte.

Había entrado con mal pie en el gran libro de la jungla. El *Rhinoceros lapierrensis* no existía.

* * *

«El san Francisco de los elefantes», «el Ángel de la sabana», un iluminado, un misántropo, un maníaco de la protección de los animales, el hombre que yo había descubierto en el fondo de esta reserva en el curso de un reportaje sobre África para *Paris Match*, coleccionaba los epítetos más contradictorios. Pero una cosa era segura: el Morel de *Las raíces del cielo* existía en carne y hueso. Como el personaje de la novela de Romain Gary, defendía con una fe inquebrantable a un puñado de elefantes amenazados de extinción por los cazadores furtivos negros y blancos en las ciénagas y los bosques de la reserva.

No obstante, el sorprendente destino de Raphaël comienza en la banalidad más anodina de una cómoda situación en el negocio de importación y exportación. Christiane, su encantadora y joven esposa, una rubia de ojos verdes, viste, en Christian Dior, a la flor y nata de la elegancia internacional. Le ha dado dos hijos, Martine y Germinal. La familia Matta parece destinada a llevar una existencia confortable y sin problemas. Un pequeño anuncio en una revista agrícola lo trastornará todo. El gobierno de Costa de Marfil busca un vigilante para una reserva animal, en los confines del Alto Volta y Ghana. El salario propuesto es irrisorio: veintinueve mil francos antiguos mensuales y, por todo alojamiento, una simple cabaña indígena. A Raphaël se le hiela la sangre en las venas. Descuelga el teléfono y llama a Christiane a Dior.

—¡Querida, nos vamos a África!

Dos meses después, los Matta desembarcan en Abidján con dos maletas. En el dorso de su carta de aceptación, Raphaël ha inscrito una frase encontrada un día en un

libro del profesor Roger Heim: «La destrucción voluntaria de una jirafa africana o de un kagú de Nueva Caledonia, en la medida en que compromete la supervivencia misma de tales especies, es, en el plano filosófico y científico, quizá tan grave como el asesinato de un hombre y tan irreparable como la laceración de un cuadro de Rafael. Acaba para siempre con un fragmento del pasado».

Pero ¿quién ——aparte de algunos iluminados— se preocupa de este pasado? ¿A quién interesa saber que en los últimos dos mil años han desaparecido centenares de especies de mamíferos, que sólo el siglo XIX ha exterminado setenta; que en los últimos cincuenta años han desaparecido cuarenta; y que hoy en día hay otras seiscientas en todo el mundo en vías de desaparición? Cuando se presenta a su superior en Abidján, Raphaël sólo recibe, a guisa de ánimo, un único consejo:

—Sea comprensivo. Cierre los ojos, si es necesario. ¡Sobre todo, nada de conflictos!

Raphaël, Christiane y sus hijos suben a bordo de un viejo jeep de Aguas y Bosques y se lanzan a la pista de laterita roja de ochocientos kilómetros de longitud que asciende hasta la pequeña ciudad de Bouna. Por el camino intentan vislumbrar algún superviviente de los fabulosos rebaños de elefantes y búfalos que hace menos de un siglo poblaban todavía las inmensas llanuras y los bosques de Costa de Marfil. Pero el país está vacío.

Una vez llegados a su destino, toman posesión de la cabaña con tejado de bálago destinada a darles cobijo, una ruinosa choza de paja donde tienen su domicilio serpientes, escorpiones y murciélagos. Qué importa, su sueño adquiere forma. Antes de dormirse en su primera noche africana, van a contemplar sus dominios bajo las estrellas: un océano sin fin de árboles y arbustos donde sólo viven los escasos habitantes de una aldea fetichista; una extensión casi tan vasta como Córcega; un mundo inquietante y hostil que no cruza ninguna pista y donde todavía se esconden algunos supervivientes de la gran fauna de las primeras edades.

En virtud de la ley del gobierno que lo decretó «reserva integral», en este vasto territorio está prohibida la caza y la pesca, como también toda explotación agrícola, forestal o minera. Nadie puede penetrar, circular o acampar aquí sin una autorización escrita de la autoridad responsable. Apenas llegado, Matta descubre que su bella reserva está ocupada por campamentos de lobis, temibles cazadores que abastecen de cecina a todos los mercados de la región, incluidos los de la vecina Ghana y del Alto Volta. De día y de noche, tanto en la estación seca como bajo las trombas de agua del apocalipsis estacional, saquean la reserva. De noche adornan su frente con una lámpara de acetileno de gran reflector dorado. Los habitantes supersticiosos les han dado el sobrenombre de «los cíclopes del ojo de oro». Pero lo peor de todo es que los lobis son también electores. Deseando atraer sus votos, la administración colonial del sector ha distribuido generosamente permisos de caza. Unos ocho mil fusiles oficiales

y diez mil clandestinos circulan de mano en mano.

Los asesinos blancos no les van a la zaga. Cada fin de semana desembarcan de Abidján y otras capitales del África francesa, provistos de autorizaciones obtenidas en la propia oficina del gobernador. El coronel conservador de la caza de Costa de Marfil ha despilfarrado doce millones de francos —cuarenta años de salario del vigilante jefe— en la construcción de un suntuoso albergue turístico. Se trata oficialmente de ofrecer a las personalidades de paso, a los turistas, a los curiosos, el estremecimiento de una noche en la selva con rugidos de león garantizados o el desfile programado de una familia de elefantes a la hora del aperitivo. De hecho, el albergue sirve de campamento base a los trabuqueros del domingo.

* * *

Al día siguiente de su llegada, Raphaël Matta se interna en la reserva. Ha logrado el objetivo tan largamente madurado en su imaginación y por sus lecturas: ser el protector de los animales salvajes amenazados por la locura destructora de los hombres. Aquí todo está por hacer: balizar con paneles de prohibición los aproximadamente quinientos sesenta kilómetros de perímetro de la zona de protección, abrir pistas, construir atalayas y puestos de vigilancia, reclutar y motivar a un equipo de guardas. Muchas ambiciones que un presupuesto mísero amenaza con dejar en un mero proyecto. Pero debe ante todo ganar para su causa a los feroces cazadores furtivos lobis que detentan, por tradición, el derecho de matar animales. ¿Se pueden cambiar las costumbres de hombres de la edad de piedra que no salen nunca de su cabaña sin ir armados con un arco, un carcaj lleno de flechas envenenadas, un rompecabezas de pico afilado, un machete y un pequeño taburete de madera con tres patas que utilizan más como garrote que como asiento? ¿Se les puede convencer para que acepten la extravagante pretensión de los blancos de convertir su terreno de caza tradicional en una reserva prohibida a sus arcos y sus flechas? Matta se niega incluso a plantearse la cuestión. Tiene prisa. Cada día matan a sus animales.

Adopta sin esperar toda una serie de medidas impopulares: prohibición de cazar, de desbrozar, de cultivar, de encender hogueras. Prohibición de venir a la reserva a sacar agua, de cosechar la miel de las abejas salvajes, de arrancar plantas e incluso de llevarse ramas secas. Llega hasta decretar la expulsión de todos los habitantes que viven en el territorio protegido, lo cual les obliga a abandonar sus campos y las tumbas de sus antepasados. Los viejos del lugar no tardan en comparar al nuevo vigilante con los militares más crueles de la conquista colonial.

Para secundarle, Matta tiene la suerte de conocer un alto negro baulé que tiene fama de ser el mejor rastreador en mil kilómetros a la redonda. Remi Sogli es un antiguo ayudante del regimiento de tropas indígenas del ejército francés. Se convertirá en el guía, el cómplice, el compañero de aventura del pequeño hombre

blanco en su loca y peligrosa cruzada. Sogli recluta a una decena de guardas. A fin de darles cierta prestancia, Matta los toca con cascos coloniales y les compra, con su peculio, uniformes dignos de los que llevan sus colegas de Kenia y el Congo. Haciendo con su pequeña tropa diarias incursiones cada vez más profundas en la sabana, emprende la elaboración de un inventario de los animales confiados a su protección. El pacto tácito que ha concertado con las fieras de la selva le empuja a todas las audacias. Un día se acerca a menos de diez metros de una familia de elefantes para fotografiarlos. Otro, se atreve a arrancar de las fauces de un león un esqueleto de antílope. Por suerte, la fiera está ahíta y se aleja gruñendo. Se baña con sus hijos en el Comoé, el río que cruza la reserva, en medio de cocodrilos e hipopótamos. Nunca va armado.

—Si llevara un arma ante los animales, aun en el caso de que no la usara, el hechizo se rompería enseguida porque sería consciente de cometer una traición —me confiesa.

Al cabo de varias semanas envía un informe a la dirección de Aguas y Bosques de Abidján, exponiendo el resultado de sus largas y agotadoras expediciones. Ha censado cuarenta mil bóvidos de todas las especies, cuatrocientos hipopótamos, un centenar de elefantes, unos sesenta leones. Un patrimonio que se ha jurado salvaguardar hasta la última cría de elefante, aun al precio de su vida. Oteando el horizonte en cada instante con los gemelos, vive en un alerta constante. Al menor disparo que resuena en la inmensidad vegetal, a la menor humareda que asciende de un claro, en cuanto un buitre empieza a planear sobre las cimas, marcha hacia la guerra. Su resistencia a pesar de su delgadez, del paludismo que le mina, de la disentería amebiana que le retuerce el vientre y su prodigioso sentido de la orientación en esta jungla hostil iluminada por un sol vertical, conquistan la admiración de los negros que pronto apodan al pequeño francés «Kongo Massa, el Rey de la Selva». Un rey cuya piel, por razones políticas, tiene menos valor a los ojos de las autoridades que la de los electores salvajes y los saqueadores blancos del domingo. Un día que regresa de una agotadora caza del hombre en las ciénagas, encuentra una carta de Abidján en que se le advierte que «en las altas esferas nadie daría un duro por la reserva si hubiera que deplorar víctimas entre los cazadores furtivos».

Mas para «el diputado de los elefantes» la vida de un cazador furtivo o de un cazador blanco no pesa mucho al lado de la de un antílope, de una jirafa o de un hipopótamo. Espera con toda su alma el día en que un gobierno negro independiente suceda a la Administración colonial; su primera preocupación será entonces defender la riqueza única, pero frágil, que representa su fauna. «Los más viejos compañeros de nuestros sueños son asesinados —deplora día tras día— sin que ninguna campaña de opinión venga a socorrerlos». Sus incursiones contra los cazadores furtivos se

convierten en verdaderas expediciones de guerra. Pero sus medios son irrisorios. No dispone de ningún contacto radiofónico. Su único vehículo es un viejo camión que se ve obligado a abandonar al final de la última pista transitable. Cualquiera que no fuese este blanco iluminado se habría dado a la fuga. Con sus guardas, un cocinero y varios porteadores, todos antiguos cazadores furtivos a los cuales ha inculcado su mística, y escoltado por su fiel Sogli, persigue sin tregua al enemigo. Una vez establecido el contacto comienza la batalla. Para tales enfrentamientos, Matta no vacila en armarse con la carabina que se niega a llevar en presencia de los animales. Su pequeña tropa irrumpe en los campamentos de caza como jinetes en plena razzia, incendia las instalaciones, se apodera de la carne, el marfil, las armas; captura y encadena a los delincuentes. Ciertamente, las cosas no son siempre como se han previsto. La relación de fuerzas es a veces tan desfavorable que es mejor renunciar al ataque. Otras veces, después de tres días de persecución, hay que desandar lo andado porque la pista se pierde en un pantano infestado de cocodrilos. En otras ocasiones, Matta recibe un golpe de rompecabezas particularmente bien acertado. Pero devuelve golpe por golpe. Una noche apaga con la carabina varias lámparas frontales destinadas a atraer la caza. Otro día, sus guardas arrojan a una decena de lobis a las aguas del Camoé, llenas de hipopótamos y cocodrilos.

* * *

Frustrado por no haber podido enriquecer su santuario con un *Rhinoceros lapierrensis*, rogué a Raphaël que me permitiera acompañarle en una de sus incursiones de castigo contra los cazadores furtivos. Terrorífica aventura. Mientras avanzábamos por la orilla del río, el gran jefe de una banda de monos cinocéfalos encaramados a las rocas de nuestro alrededor saltó al suelo y se irguió a diez metros de nosotros, ladrando furiosamente. Asustado, me batí en retirada. No llevábamos armas. Aquel mono encolerizado era capaz de despedazarnos. Distinguí bajo su hocico unos colmillos largos como puñales. Matta me retuvo.

—¡Sobre todo, no te muevas! Ha venido solamente a marcar su territorio y afirmar su supremacía sexual. Hemos entrado en su terreno. Nos considera machos rivales.

Como no siento una especial atracción por las monas, di media vuelta. Pero el Rey de la Selva conoce el código de buenos modales de los animales. No era cuestión de marcharse sin presentar excusas. Emitió varios silbidos. El mono dejó de ladrar, y después, visiblemente calmado, respondió mediante una serie de gruñidos satisfechos. Al cabo de un momento, que me pareció una eternidad, giró sobre sí mismo con un movimiento de caderas y se alejó contoneándose para reunirse con los suyos sobre la roca.

Por todo alimento, Raphaël sólo había traído un salchichón, un paquete de

galletas, un kilo de azúcar y varios limones. Ni siquiera disponíamos de un filtro portátil para purificar el agua de la marisma, nuestra única bebida. La operación prometía ser difícil en la selva, convertida desde el inicio de la estación de lluvias en una cloaca impenetrable. ¡Qué importa! Matta nos guió con su irresistible entusiasmo. Entre el jefe y sus guardas se había establecido una sutil complicidad.

Después de tres días de marcha, la selva nos hizo un regalo inolvidable que borró de golpe el suplicio de los mosquitos y sanguijuelas, el agua infecta de los pantanos y el hambre que nos torturaba. En medio de la soberbia luz de un final de tormenta, nos ofreció el nacimiento de un elefante. Un rebaño de una veintena de cabezas se había agrupado en torno a la parturienta acostada sobre el flanco. El parto se prolongó durante dos horas en un concierto agudo de bramidos que hicieron retemblar el bosque como los grandes órganos las vidrieras de una catedral. En cuanto la cría de elefante salió del vientre de su madre, dos animales se acercaron para ayudarla a levantarse sobre las patas. Según Raphaël, se trataba del padre y de la comadrona del rebaño. Sosteniendo al recién nacido entre sus flancos, lo guiaron dulcemente hacia una pequeña playa un poco más abajo, a la orilla del río. Después de batir el agua con furiosos golpes de trompa para alejar a los cocodrilos, se dedicaron a duchar al bebé y lavarle para desprender los jirones de placenta que aún lo recubrían. A continuación condujeron a la cría hasta el rebaño. Su madre y las otras hembras agitaron las orejas y las trompas. Una última salva de bramidos sacudió el bosque y luego todo volvió a quedar en silencio. El cielo había hundido otra de sus raíces en la tierra de los hombres.

«¡Bella África —garabateó por la noche Matta en su cuaderno de ruta—, tu magia dilata todos los poros de mi piel en una embriaguez de felicidad y orgullo!»

* * *

—¡Un campamento de furtivos!

El grito de Cristóbal Colón vociferando «¡Tierra!» no fue sin duda más triunfal. Nos precipitamos. El lugar parecía, no obstante, abandonado. El infalible Sogli no tardó nada en interpretar todos los indicios. En realidad, el campamento había sido trasladado cerca del punto de caída de un gran animal de caza. Una hora a paso de carrera nos permitió llegar justo a tiempo. El cerco fue inmediato y el asalto suave, sin el menor intercambio de golpes. Botín: seis cazadores furtivos encadenados instantáneamente y transformados en porteadores, media tonelada de carne en parte ahumada, dos lámparas frontales, una carga de harina, un lote de arcos y flechas envenenadas y media docena de fusiles. Se trataba de cerbatanas de fabricación local hechas con un tubo de acero burdamente montado sobre una culata. Se cargaban por la boca con pólvora y pernos. Matta afirmaba que hacían tantas víctimas entre los cazadores como entre la caza. Un siniestro trofeo se ocultaba ese día bajo un montón

de ramas, a varias decenas de metros. Era el cadáver de un elefante macho de unos treinta años, armado con defensas de por lo menos cincuenta kilos cada una. La visión de esta joya abatida a tiros nos hizo tanto daño que no pudimos retener las lágrimas. Leí la rabia en la mirada febril del diputado de los elefantes, y una determinación aún más feroz de poner fin a este genocidio animal. Era una guerra a muerte la que debía librar. Una guerra santa digna del amor a África que ardía en su interior.

Tras una noche de pesadilla luchando contra los mosquitos y el tornado que destrozaba las dos viejas tiendas remendadas que el Señor Conservador de las Cazas se negaba a reemplazar, estábamos otra vez en pie de guerra. En el curso de dos horas, cuatro campamentos fueron incendiados y veinte lobis capturados con un botín considerable. Los cazadores furtivos huían por doquier a la llamada del tam-tam que les alertaba de nuestra presencia. Con cuatro terrones de azúcar y dos comprimidos de quinina y aspirina en el estómago por todo alimento, emprendimos por fin el camino de vuelta. Cuarenta y cinco kilómetros por el fango y la niebla, bajo las ráfagas tropicales, a través de pantanos donde pululan las sanguijuelas, una jungla llena de serpientes, de escorpiones, de tarántulas velludas como monos. Pese a los bramidos salvajes de sus elefantes y el rugido de sus leones, el África paradisíaca del Kongo Massa aquel día me pareció bastante próxima al infierno.

Matta triunfaba. El resultado de nuestra expedición batió récords: once campamentos destruidos, veintiún prisioneros, doce fusiles, seis lotes de armas blancas, ocho lámparas frontales, dos pares de defensas de marfil y tres mil novecientos treinta kilos de carne. Sin embargo, por muy optimista que fuera, el parte de victoria no podía esconder la angustiosa realidad.

—Los elefantes podrán respirar —suspiró el Kongo Massa mientras me acompañaba al taxi que me llevaría a Abidján—, pero ¿por cuánto tiempo? Es imposible emprender más operaciones antes de un mes: mi caja está vacía.

Cuando nos estrechamos fraternalmente la mano, añadió en voz baja:

—Estoy decidido a correr todos los riesgos para alertar a la opinión mundial.

Estas palabras sibilinas fueron las últimas que me dirigió mi amigo el diputado de los elefantes.

Raphaël Matta envió aquella tarde un nuevo informe a la dirección de Aguas y Bosques de Abidján. Con el corazón destrozado, pedía que se borraran de su inventario hecho dos años antes cuarenta elefantes, ciento cincuenta hipopótamos y cinco mil bóvidos salvajes cuya carne sanguinolenta había sido ahumada sobre las rejillas de madera de los claros de su reserva. Era la cuarta parte del efectivo minuciosamente censado a su llegada. Las cifras probaban que, a pesar de sus encarnizados esfuerzos, estaba perdiendo la batalla.

Arcos y flechas envenenados para abatir al Kongo Massa

Varias semanas después de mi visita, Costa de Marfil entró en campaña electoral. Matta me escribió que había recibido de sus jefes la orden de cesar toda actividad profesional y de cerrar los ojos a los actos de pillaje que se cometían en su reserva. Haciendo caso omiso de estas instrucciones, organizó, en un ambiente de guerrilla, operaciones contra los cazadores furtivos cuyo balance y amplitud sembraron la alarma incluso en el entorno del gobernador. «No tiene derecho a hacer correr tales riesgos a su personal», le telegrafió el director del servicio de Aguas y Bosques. Matta encontró ante su cabaña octavillas que invitaban a los electores a votar por la lista de plantadores de cacao porque ésta «haría volar la reserva». Otras proclamaban: «Les han robado su tierra, vénguense en los guardas interceptando sus camiones de avituallamiento». Pronto los hijos de Raphaël se vieron privados de los alimentos frescos y la leche enviada desde Abidján. Mientras tanto, los cazadores furtivos eran condenados a penas ridículas y sus armas vendidas en subastas públicas eran compradas de nuevo por otros cazadores. Matta intentó devolver golpe por golpe. ¿Un administrador en jefe presentaba un informe virulento contra la reserva? Él contraatacaba públicamente. «He sorprendido al firmante de este informe en flagrante delito de caza en el interior de la zona protegida». Desde la oficina de Correos de Bouna salían casi a diario cartas dirigidas a todos aquellos para quienes, en todo el mundo, el asesinato de una grulla coronada o de un elefante salvaje era un crimen irreparable. Apelaciones suplicantes, desesperadas, para que naciera al fin una autoridad internacional decidida a salvar lo que aún podía salvarse, una especie de parlamento mundial para la protección de la naturaleza. Pero a los gritos de alarma sólo respondían buenas palabras y telegramas de aliento.

En la selva, la matanza de elefantes continuaba. Christiane Matta, la pequeña Martine y su hermano Germinal, los lagartos que se ocultaban en la paja del techo de la cabaña, así como las docenas de cachipollas que remolineaban en tomo al velón eran los testigos cotidianos de la desesperación de Raphaël. No escondía sus lágrimas ante la incomprensión de los hombres. Esta desesperación pronto le impulsaría a tomar la decisión más dramática de su vida. Ya que se le negaban los plenos poderes que había pedido para garantizar la supervivencia de los elefantes, iría a su encuentro en la selva para defenderlos con las armas en la mano. Se convertiría en un *maquis* como el Morel de *Raíces del cielo*. En un ultimátum al director del servicio de Aguas y Bosques, escribió: «Todo el mundo sabe que hoy ya no es posible expulsarme de Bouna sin recurrir a las bayonetas y que las consecuencias de semejante acto serían imprevisibles. Soy todopoderoso porque mi fe mueve montañas y porque soy honrado. La reserva soy yo. ¡Ay de aquellos que intenten cerrarme el paso!»

La suerte estaba echada: se instalaría en el corazón de la reserva, la limpiaría de cazadores furtivos, incendiaría sus guaridas, los pueblos donde se fabricaban las armas, donde se reclutaba a los porteadores, rompería uno a uno los eslabones de la cadena del tráfico de carne y marfil. Tal vez le matarían, arrestarían o meterían en la cárcel. ¡Qué importaba! Su rebelión en nombre de los animales obtendría la audiencia deseada, la tribuna que le faltaba. Y qué importaba si esta tribuna debía ser el banco de los acusados de una Audiencia de lo criminal. El informe de su defensa estaba listo. Fruto de cinco años de luchas, humillaciones, de fracasos y escándalos diversos, constaba de doscientas cincuenta explosivas páginas. Premeditadamente o tal vez simplemente por ligereza, Matta hizo mecanografiar este informe a la propia esposa del comandante francés de la subdivisión local. Sólo ella poseía una máquina de escribir lo bastante potente para estampar varios ejemplares a la vez. Esta imprudencia sellaría prematuramente el destino del san Francisco de los elefantes. Porque las autoridades no iban a ignorar nada del extravagante proyecto que había puesto en marcha.

Recibí, al mismo tiempo que sus amigos más próximos, una carta anunciando la inminente puesta en marcha de su decisión. «He escondido en la selva dos camiones atiborrados de víveres, armas y municiones —nos decía—. Unos voluntarios han venido para ponerse a mi disposición a fin de defender con armas a los elefantes, sean cuales sean las consecuencias».

Algunos días después de las fiestas de Año Nuevo, estalló una reyerta entre los lobis de un pueblo situado al borde de la reserva y comerciantes de otra etnia, los diulas. El incidente se había producido en un contexto particularmente explosivo, ya que los lobis de la región estaban en plena efervescencia desde hacía dos meses a causa de la celebración del *dyoro*, la gran ceremonia iniciática que se repite cada siete años en su calendario tribal. En otros tiempos, para pasar oficialmente a adulto, rada joven lobi debía demostrar su virilidad y su valor matando a un hombre. La colonización francesa había puesto fin a esta costumbre. Hoy en día los jóvenes lobis se contentaban con matar un animal de la reserva. Pero cada noche, en la velada, se reunían en torno a los ancianos para escuchar relatos de las épocas legendarias en que ganaban los galones de adulto matando a flechazos al representante de una tribu rival.

Durante todo el período del *dyoro*, que duraba tres meses, el país lobi era una tierra de nadie donde era peligroso aventurarse. Ritos y ceremonias se desarrollaban en secreto. Muchachos y muchachas eran conducidos por los ancianos a la orilla del Comoé, el dios río, para un período de meditación de ocho días al término del cual cambiaban de estado civil. Un mechón de sus cabellos, que simbolizaba su identidad infantil, se enterraba en el limo del río. El hechicero los bautizaba con un nuevo nombre y los jóvenes iniciados regresaban a su pueblo entonando cánticos y lanzando flechas contra todos los miembros de otras tribus que encontraban por el camino.

Pero ninguna prohibición podía impedir a los comerciantes diula que fuesen a vender su mercancía aun a riesgo de recibir un doloroso castigo. Sabiendo que los lobis eran aficionados a las gafas de sol, los collares de perlas de cristal y los viejos uniformes militares, varios de ellos violaron los tabúes del *dyoro* y penetraron en casa de sus vecinos. El castigo que les valió su audacia excedió la violencia habitual. Fueron a quejarse al jefe del cantón indígena, el cual se dirigió al administrador francés responsable de la subdivisión. Éste hizo llamar a Raphaël Matta. ¿Habría vislumbrado de repente la ocasión de deshacerse del autor del informe explosivo escrito a máquina por su esposa? Aunque la misión iba más allá de sus atribuciones, Matta recibió el encargo de ir al pueblo de Timba Ouré a zanjar las diferencies entre diulas y lobis. El administrador no podía ignorar los peligros a que exponía a su compatriota, ya que los lobis habían amenazado muchas veces con ajustar las cuentas al «hechicero blanco» que los perseguía desde hacía cinco años.

Acompañado de su fiel Sogli y algunos guardas de caza diulas, Raphaël se presentó ante las primeras *soukhalas* de barro seco del pueblo de Timba Ouré. Inmediatamente, los guerreros lobis, armados con arcos y rompecabezas y con el carcaj lleno de flechas envenenadas al hombro, rodearon a los intrusos. Con algunas palabras traducidas por Sogli, Raphaël exhortó a los feroces guerreros a cesar en sus ataques contra los comerciantes diulas. Después, con su temeridad habitual, osó pedirles que depusieran los arcos y las flechas a sus pies en signo de reconciliación con sus vecinos. El requerimiento parecía una locura. El arco es la posesión más sagrada del cazador lobi, el atributo de su virilidad, la marca de su identidad. Está decorado y pintado de diferente manera según el clan, la edad y la posición jerárquica de su propietario en el seno de la tribu. Tanto si lo utiliza para matar una rata de cola larga o un elefante de seis toneladas, o para pescar a ciegas en el agua turbia de los pantanos, el lobi no se separa nunca de su arco. La propia muerte no hace más que estrechar su comunión con el arma. Durante los tres días que dura la exposición de su cadáver, el arco permanece sujeto al cuerpo del lobi.

Raphaël Matta lograría romper esta asociación mística que ni siquiera la muerte podía concluir. Impresionados por la exhortación del valiente pequeño hombre blanco, los lobis obedecieron. Depusieron las armas a sus pies. Pero Raphaël no tuvo tiempo de saborear su victoria. En lugar de quedarse quietos, los guardas diulas se precipitaron sobre los arcos y flechas de los lobis y se apoderaron de ellos, un sacrilegio del que los lobis hicieron responsable al francés.

—¡El Kongo Massa nos ha traicionado! —gritó uno de ellos—. ¡Entrega nuestras armas a los diulas!

Entonces todos se abalanzaron sobre el hombre blanco. Sogli vio a su jefe apuntar al aire con su carabina 5.5 y le oyó gritar:

—¡Primer aviso! ¡Segundo aviso!…

Para el mejor rastreador de África, estas formalidades eran bien inútiles. Los lobis eran salvajes. No hacían caso de los avisos. Era preciso huir a toda prisa. Sogli arrastró a su jefe hacia una veloz retirada, pero se extraviaron al buscar la senda por la que habían venido. Acosados por sus perseguidores, que llegaban de todas partes, saltaron a un pantano e intentaron ganar la otra orilla. Los lobis, que habían recuperado sus armas, acribillaron a flechazos a los fugitivos. Seis flechas acertaron a Raphaël, una en la espalda, que penetró hasta el pulmón, una en el brazo, una en el muslo y tres en las nalgas. El francés se desplomó. Los lobis se lanzaron sobre él y le asestaron varios golpes de rompecabezas. Uno de ellos se ensañó incluso con un hacha. Pero el veneno de las flechas ya había hecho efecto. Estaban en enero, sólo unas semanas después de la recolección de la planta venenosa con que los lobis untaban sus flechas y que resultaba siempre mortal cuando era fresca. El rey de la selva había alcanzado el paraíso de los elefantes.

* * *

Tres días después, el cuerpo de Raphaël Matta fue enterrado en la orilla del río Comoé, en el mismo lugar donde acostumbraba bañarse con sus hijos entre los animales de la sabana. En la pequeña estela que su mujer había hecho tallar estaban grabadas las palabras del epitafio hallado en su cartera el día de su muerte. Años atrás, solo en el corazón de su selva, había escrito:

«Bello elefante salvaje, acepta del más fiel de tus amigos los deseos más ardientes de quietud y prosperidad para ti mismo, para tus retoños y para todos los miembros de tu magnífica raza. ¿Y qué importa si mi sangre riega un día por tu gloria la prestigiosa tierra de África? Te lo mereces».

* * *

El proceso de los doce guerreros lobis acusados del asesinato del diputado de los elefantes tuvo lugar catorce meses después de esta tragedia, en la sede de la audiencia de lo criminal del palacio de Justicia de Abidján. El más joven tenía dieciséis años. Todos habían sido designados por el jefe del pueblo para que se entregaran a la policía y respondieran de un crimen que era de toda la tribu.

Sentada en la primera fila, Christiane Matta, vestida de negro, escuchó con dolorosa dignidad el relato del martirio de Raphaël. Puestas sobre la mesa delante de ella se encontraban las armas de otra época que le habían quitado a su marido: flechas envenenadas, torcidas, todavía manchadas de sangre y con jirones de su camisa; el rompecabezas con pico de águila que le había partido el cráneo; el hacha de sílex que le había abierto el pecho. Había rogado a su abogado que declarase ante el tribunal que Raphaël Matta se había presentado sin odio ante sus agresores. Los cuatro

jurados africanos sentados junto a los tres magistrados europeos se esforzaron en poner de relieve las costumbres, los ritos seculares y las supersticiones que figuraban en el origen de este drama. Aunque el fiscal europeo requiriese una sola pena de muerte, los jurados africanos concedieron dos. Ambos condenados acogieron la sentencia con una sonrisa. Sabían que con su muerte se convertirían a los ojos de los suyos en héroes más grandes que el Kongo Massa, su víctima. Después de tres años de reclusión, fueron indultados por el presidente de Costa de Marfil.

Los grandes ausentes del proceso de Abidján fueron aquellos por quienes Raphaël Matta había dado la vida: los elefantes. Me avergüenza decirlo, pero ni yo ni ninguno de sus amigos fuimos a hablar en su nombre. Sin embargo, los temores de Matta resultaron tristemente exactos. Después de su muerte los cazadores furtivos y los domingueros volvieron en masa a la reserva. Los rebaños que él se disponía a defender a punta de carabina fueron diezmados por los traficantes de marfil. El problema no era exclusivo de Costa de Marfil, sino que se extendía a toda África. Entre 1979 y 1989 fueron abatidos más de setecientos mil elefantes. En el curso del año 1985, sólo Japón compró cuatrocientas setenta y cinco toneladas de marfil.

Sin embargo, Raphaël Matta no murió en vano. En 1977, la Convención de Washington sobre el comercio internacional de las especies de la fauna y la flora salvajes amenazadas de extinción inscribió a los elefantes en la lista de especies protegidas. Ciento diez países ratificaron esta decisión. Por desgracia, ésta no se aplicó estrictamente en los países más implicados. Los permisos de tenencia de armas comprados fraudulentamente y la caza furtiva continuaron favoreciendo la exportación del oro blanco. Hubo que esperar al 17 de octubre de 1989, o sea, treinta años después del sacrificio de Raphaël Matta, para que el comercio de marfil fuese prohibido definitivamente. Se reglamentaron la caza y la matanza de elefantes. La mayoría de países de Europa, Estados Unidos y Japón interrumpieron sus compras de marfil.

Esta decisión permitió frenar la disminución del número de paquidermos, que había pasado de alrededor de dos millones y medio a menos de seiscientos mil en el curso de los veinte años precedentes. Después, el número de elefantes se estabilizó. No obstante, la última convención sobre el comercio internacional de especies amenazadas (CITES), celebrada en junio de 1997 en Harare, capital de Zimbabwe, ha asestado un nuevo golpe a la causa de los elefantes. Al cabo de diez días de virulentos debates, la convención votó un levantamiento parcial de la prohibición del comercio de marfil. Aunque contenga ciertas condiciones, la revisión del embargo supone una dolorosa derrota para los defensores de los animales.

«Debido a que el cierre del comercio es todavía reciente, la decisión tomada no permitirá que se pueda reconstituir la población de elefantes, ampliamente cazados furtivamente en el pasado a causa del marfil —declaró el ministro francés de Medio

Ambiente—. El voto que se acaba de emitir supone la reanudación del tráfico de marfil en toda África».

En realidad, el tráfico de marfil no había desaparecido del todo. Siempre ha existido un mercado clandestino de oro blanco. Cada año, solamente en la región de los seis países de África central que participan en el proyecto del Ecosistema Forestal, más de mil elefantes son muertos por los cazadores furtivos.

«La caza furtiva ha alcanzado proporciones alarmantes en Gabón, Camerún y África central», declaraba en noviembre de 1996 un responsable del proyecto, añadiendo que en el Congo la situación era catastrófica.

La desaparición de los elefantes no es, por desgracia, más que una de las innumerables tragedias animales que amenazan actualmente al planeta. De acuerdo con las últimas estimaciones, 5.205 especies conocidas corren el peligro de desaparecer antes del año 2050. Representan el 25% de los mamíferos del mundo, el 11% de las aves, el 20% de los reptiles, el 24% de los anfibios, el 34% de los peces…

12

Cien mil kilómetros de sueños por las grandes rutas del mundo

Era el espectáculo más bello que podía contemplar un niño amante de los coches bonitos. En cuanto el primer rayo de luz se filtró por debajo de la puerta, abandoné la habitación de puntillas y salí corriendo hacia el fondo del jardín. Quería ser el primero en ver, tocar, sentir las dos maravillas llegadas de París durante la noche. Pertenecían a mis tíos. Los dos eran americanos. El más bello era un cabriolé Hupmobile pintado en dos tonos de azul. A causa de la gracia realmente aérea de su línea, mi tío Pao lo había bautizado el *Celeste*. Dos grandes faros cromados encuadraban su reluciente calandra, coronada por una mascota de plata que representaba un pájaro a punto de levantar el vuelo. Bajo cada faro había la larga corneta rutilante de una bocina sonora. Su doble voz de trompeta era tan potente que podía reconocerla desde varios kilómetros a la redonda. Una elegante caja, empotrada en la aleta delantera derecha y pintada con los colores del automóvil, recubría la rueda de recambio. Bajo cada portezuela, un estribo permitía subir fácilmente a bordo. Me servía de pedestal para mis largas sesiones de admiración solitaria.

El *Celeste* era aún más bello por dentro que por fuera. Ante todo por el olor, un olor suave y penetrante de cuero flexible y fresco. Después, por la riqueza de un salpicadero que tenía, en medio de mil esferas y botones misteriosos, un aparato de radio y un cenicero. Las cifras inscritas en el velocímetro alcanzaban los 160, lo cual debía de representar una velocidad superior a la de los trenes expresos La Rochelle-Burdeos que, cuatro veces al día, pasaban como un relámpago por el fondo de nuestro jardín. Era sobre todo la parte trasera de este automóvil lo que lo convertía a mis ojos en un coche mágico. Un giro de muñeca permitía abrir una especie de trampa: entonces aparecía una banqueta y un respaldo donde se podían aposentar con facilidad dos personas. Un pequeño estribo sobre el parachoques y otro en lo alto de la aleta permitían acceder a este asiento al aire libre. Se llamaba un *spider*.

Un *spider* parecido equipaba el cabriolé Chevrolet verde pálido de mi otro tío. El domingo, los dos coches salían juntos para llevar a toda la familia al oficio religioso. Mis primos, mi hermana y yo teníamos derecho a acomodarnos en sus *spiders*. Era la más bella recompensa de nuestras vacaciones. Los dos coches atravesaban todo el pueblo por la calle principal hasta la iglesia. Nuestra pequeña caravana no pasaba desapercibida porque dos automóviles tan bonitos en fila india no eran un espectáculo habitual en las calles de Châtelaillon en 1937. El pequeño balneario al borde del Atlántico, a doce kilómetros al sur de La Rochelle, era una playa familiar. Mis

abuelos habían comprado allí una villa a principios de este siglo. Su comodidad era más bien escasa, pero los baños en la inmensa playa de arena fina y los festines de sardinas y mejillones asados a la parrilla bajo el cenador compensaban de la ausencia de cuarto de baño y los tabiques de ladrillo finos como una hoja de cartón que separaban las habitaciones. De todos modos, Châtelaillon era a mis ojos el paraíso sobre la tierra: aunque mi familia vivía en París, fue allí donde vine al mundo un domingo de vacaciones, en el dormitorio de mis padres.

Después de la misa volvíamos a ocupar orgullosamente nuestro sitio en el *spider* del Hupmobile y del Chevrolet bajo las miradas admirativas del grueso párroco Poupard y de los veraneantes. Los coches cruzaban de nuevo el pueblo y se detenían ante la pastelería del lado de Correos donde mi madre iba a comprar el tradicional *saint-honoré* dominical rebosante de nata. Mis primos, mi hermana y yo bajábamos rodando de nuestros *spiders* respectivos para ir, por invitación de nuestros tíos, a explorar el reino contiguo del vendedor de artículos de playa. El primer domingo de las vacaciones, los dos coches regresaban a la casa erizados de redes para camarones y sus maleteros llenos de cestas, alpargatas, cocodrilos de goma y balsas hinchables para nuestros juegos playeros. Después de haberlos aparcado cuidadosamente en el fondo del jardín, mis tíos cerraban con llave las puertas de sus coches. Era un momento más bien triste, porque me separaba toda una semana de un nuevo paseo en automóvil.

Mi vida de niño me ofrecía muy raras veces la excitación de subir a un coche. Mis padres no poseían ninguno, ni lo poseerían nunca. No sólo porque la paga de profesor de Ciencias de mi padre no hubiese permitido semejante compra, sino también, y sobre todo, porque la idea de sentarse ante un volante para pilotar un vehículo gracias a toda clase de pedales era para él tan inimaginable como gobernar un velero de regatas bajo los cuarenta rugientes[16]. Mi padre era un intelectual. Sus libros eran la única mecánica que excitaba su espíritu.

La guerra puso fin a mis paseos en *spider* a través de Châtelaillon. Mis tíos ocultaron cuidadosamente sus bellos coches americanos por miedo de que los militares franceses primero y después los invasores alemanes sintieran la tentación de adueñárselos.

Como todas las playas del litoral atlántico, Châtelaillon fue declarada «zona prohibida» desde el principio de la ocupación alemana. Caballos frisones, blocaos y campos de minas reemplazaron a las casetas de los veraneantes en las largas extensiones de arena fina de nuestras vacaciones. Mi madre empezó a buscar otro lugar para hacernos pasar el verano. Una conocida que tenía en Dormans, un pueblo grande a un centenar de kilómetros de París, a orillas del Mame, le mencionó a una familia que aceptaba niños a toda pensión durante el verano. Mi encuentro con esta familia iluminaría mi infancia.

Adrien y Emilienne Cazé ejercían la profesión de anticuarios-traperos. Vivían en una gran casa cuyas habitaciones desbordaban hasta el techo de muebles, objetos, ropa, vajillas y utensilios de cocina. En el granero estaban apilados somieres, colchones, camas, edredones, cubrecamas, sábanas y ropa blanca en general. El sótano era una verdadera cueva de Alí Babá llena de bicicletas, motos viejas, carretillas, herramientas agrícolas, baúles, etc. Cada objeto llevaba una etiqueta en la que constaba escrita con pluma o tiza una serie de letras. Cada letra correspondía a la palabra en clave que empleaba Adrien Cazé para recordar el precio que había pagado por sus compras. Necesité varios veranos para descubrir la palabra mágica. Era CATHERINUS. La C correspondía al número 1, la A al número 2 y así sucesivamente. En cuanto a la última letra, la S, representaba el 0. Era tan sencillo como infalible.

A Adrien Cazé le conocían a decenas de kilómetros a la redonda. En su casa se encontraba todo lo que ya no podía encontrarse en las tiendas que la penuria había vaciado de sus mercancías. Cada sábado me llevaba en bicicleta al hotel de Ventas de Épernay, y a veces más lejos, a Reims, Cháteau-Thierry e incluso Chalons-sur-Marne, para adquirir a granel una herencia, o arramblar con los objetos puestos a subasta. Sus compras podían oscilar entre una lavadora y un soberbio comedor de estilo Luis XVI de caoba moteada. Un día se enamoró de un objeto que no tenía mucho valor comercial en la época que atravesábamos. Aquella adquisición se convertiría en el refugio de mis penas y mis alegrías, en mi jardín secreto de niño. Era un Citroën Torpedo de cuatro puertas cuya edad se remontaba a muchos años antes de mi nacimiento. Las telarañas que estrellaban el menor de sus rincones denunciaban su prolongada inmovilidad. Sus moquetas, los adornos de sus asientos, el tapizado de sus puertas habían alimentado a generaciones de ratones. Todo lo que quedaba de la capota era un par de aros de madera donde colonias de gusanos habían establecido su domicilio. Pese a los estragos del tiempo, el coche aún tenía un aire altivo con sus aletas negras, sus parachoques de dos hojas, su larga carrocería pintada de azul oscuro con ribetes blancos, sus cromadas aberturas laterales a ambos lados del capó y sus bonitos faros a cada lado del parabrisas. El cuentakilómetros marcaba un total de kilómetros astronómico, más de dos veces la distancia de la Tierra a la Luna.

Por primera vez en mi corta vida tuve la dicha de sentarme detrás de un volante de verdad. ¡Qué importaba que los muelles del asiento despojados de su tapicería me desgarrasen dolorosamente las nalgas!, estaba embriagado. Como es natural, nada funcionaba. El gran botón de la bocina no desencadenaba ningún concierto sonoro, los de los faros del salpicadero ninguna luz, el pulsador del arranque ninguna puesta en marcha. El Torpedo de mi trapero-anticuario había perdido el aliento de la vida. Por mucho que me agachase para agitar los pedales, manosear las manecillas y jugar con el cambio de marchas, el motor permanecía tan inmóvil como una momia en su sarcófago. Esa negativa a reanimarse no me desalentaba en absoluto. Cada día iba

devotamente a instalarme en el mítico navío. Imaginaba locas carreras por las carreteras del mundo. Inventaba un ruido de motor entre mis labios y simulaba tremendas aceleraciones seguidas de bruscas moderaciones de velocidad, y, por fin, el chirrido desgarrador de los neumáticos frenando sobre el asfalto.

A menudo, Adrien Cazé confiaba la vigilancia de la tienda a su mujer, Emilienne, para reunirse conmigo. En la banqueta de nuestro mostrenco sumergido a medias bajo las mercancías que llenaban el garaje, parecíamos dos náufragos luchando en medio de las olas. El viejo y el niño que era yo compartíamos entonces la misma afición de aventura y sueños. De pronto, las paredes se derrumbaban, la oscuridad se tornaba luz, el espacio se abría ante nuestro capó conquistador. Adrien me enseñaba a cambiar las marchas, a maniobrar los pedales, a ceñirme al borde de curvas imaginarias. Aquellos viajes inmóviles en el caos de aquel garaje serán siempre mis más bellos recuerdos de evasión.

Vi llegar con desesperación el fin de aquellas vacaciones mágicas. El invierno siguiente fue uno de los más fríos que había conocido Francia desde hacía un siglo. Nuestro apartamento de la calle Jean Mermoz estaba situado en el último piso, justo debajo del tejado. Era un glaciar. La breve llamarada que hacía mi padre a la hora de cenar en la estufa del comedor creaba apenas la ilusión de un soplo de calor. Después del último bocado corríamos a acostamos. Infringiendo las instrucciones de mi madre, me había acostumbrado a deslizarme en la cama completamente vestido. Esta estratagema hacía menos penoso levantarse con el frío de la mañana siguiente. Me acurrucaba en el fondo del lecho y me tapaba la cabeza con las sábanas y mantas, dejando pasar por entre las almohadas justo el aire para respirar. Gracias a la diminuta lámpara de la mesilla, podía iluminar esa madriguera y sumergirme en el último libro que había pedido prestado en la biblioteca de mi escuela. Por supuesto, tales obras no tenían nada que ver con mi programa escolar. Siempre se trataba de aventuras, relatos de guerra o viajes, vidas de pioneros o exploradores. Aquellas veladas eran inolvidables momentos de felicidad. Bien calentito bajo las mantas, volvía las páginas cabalgando mil sueños, olvidado el frío que roía insidiosamente los corazones y los cuerpos, olvidados esos pequeños tirones de hambre que continuaban encogiéndome el estómago después de cada comida, olvidados esos silbidos furiosos de las patrullas de defensa pasiva contra una ventana que dejaba pasar un rayo de luz. Olvidados, en fin, esa morosidad ambiental, ese temor latente que también nos afectaban a nosotros los niños. Desde el fondo de mi cama, imploraba apasionadamente al dios de la guerra que desviara los aviones aliados del cielo de París y que ninguna alarma aérea me obligara a salir de mi refugio encantado.

Una de las obras que iluminaron en aquel invierno varias de mis veladas fue el relato de la fantástica carrera automovilística realizada un poco antes de la guerra por dos jefes exploradores llamados Guy de Larigaudie y Roger Drapier. Jamás ningún

coche, ni siquiera uno del Crucero Amarillo, había conseguido ir por tierra de París a Saigón, en Indochina, a través de los deltas del Ganges y del Brahmaputra y las montañas de Birmania. Lo que habían realizado aquellos dos muchachos, por propia iniciativa y sin ningún apoyo oficial, por el simple y bello placer de la aventura, por el solo gozo de la dificultad del triunfo, fue una hazaña comparable a la travesía del Atlántico por Lindbergh o a la bajada del Congo por Livingstone. Como un coche nuevo estaba más allá de sus medios financieros, habían hecho aquella excursión en un viejo cabriolé Ford descapotable cuyo cuentakilómetros marcaba ya los setenta mil. En homenaje a sus hermanos del movimiento de exploradores, lo llamaron *Jeannette*.

«¿Qué muchacho, qué adolescente no ha acariciado algún día en su imaginación el sueño de los grandes viajes? —preguntaba Larigaudie en el prefacio de su libro *La ruta de las aventuras: París-Saigón en automóvil*[17] antes de dar una inmediata respuesta—. Era hermoso que dos muchachos pudiesen realizar aquel magnífico deseo. Por eso emprendimos el viaje, y su éxito se debió justamente a que sentíamos concretados en nosotros los sueños de millares de chicos».

París, Constantinopla, Jerusalén, Damasco, los desiertos de Siria e Iraq, los altiplanos de Afganistán, la gran ruta de las Indias… Aquel glacial invierno viajé con Larigaudie y Drapier a bordo de su *Jeannette*. Oí gemir sus muelles por las horribles pistas turcas, sentí el viento gélido de las cimas del Hindu Kush quemar mis mejillas pálidas, dejé fluir por mi garganta el café amargo de los beduinos de Palmira, reté a un *sprint* al fogoso semental de un guerrero *pathan*, me endosé el esmoquin para cenar con el virrey de la India sobre el césped de su palacio de las *Mil y una noches* de Nueva Delhi. Yo, el pequeño colegial de primero de bachillerato del Instituto Sainte-Marie de Monceau, me evadía cada noche de la Francia ocupada para correr mundo en el maletero de un valiente Torpedo, aún más bello, más real, más salvaje que el de mi anticuario-trapero. Noche tras noche, mientras mis camaradas dormían como angelitos me lanzaba a bordo de un *Jeannette* cargado de bidones de agua y gasolina a través de los mil trescientos kilómetros del desierto de Siria. Franqueaba las altas mesetas afganas infestadas de salteadores, me internaba en las junglas de Orissa en persecución de animales salvajes, volvía a encontrarme en el infierno de la cordillera birmana.

«La pista es atroz —contaba Guy de Larigaudie—. El *Jeannette* sufre, se fatiga, adopta posiciones sorprendentes en ángulos inverosímiles. Toda la carrocería gime. El cárter tropieza sin cesar, arañado por las piedras. Es literalmente un surco de tierra labrada. Circulamos casi siempre con un neumático en equilibrio sobre el borde de un talud. Las ruedas resbalan y caemos otra vez sobre el puente trasero. Los codos metálicos que sostienen los estribos están torcidos. Se rompen las piezas de hierro soldadas a la carrocería que aguantan las tablas. El embrague sufre sacudidas

alarmantes. Las curvas con desprendimientos de rocas sobre abismos de quinientos o seiscientos metros cortados a pico se multiplican. Hay que hacer puentes de tablas para consolidar la arena que se derrumba.

»Sujetamos el coche a troncos de árbol en la falda de la montaña y pasamos con dos ruedas sobre el vacío. Estiramos, empujamos, remolcamos, conduciendo a veces de pie sobre el estribo para poder saltar a tiempo si el *Jeannette* se desliza hacia el abismo. Lo más agotador es tal vez vaciar continuamente el coche para aligerarlo y volver a cargarlo después del obstáculo para repetir la operación cien metros más allá.

»Medio desnudos bajo una temperatura de fuego, en medio de esta jungla alucinante, trabajamos como forzados con el corazón oprimido por la angustia y toda la voluntad en tensión.

»Se acerca la noche. Quisiéramos acampar. Pero la presencia de tigres y elefantes nos inquieta. Al pasar bajo un saliente de arena que se desploma, el coche patina. Sólo lo retienen las cuerdas de seguridad atadas a un árbol. Tratamos de avanzar pero la tierra se desmenuza bajo las palancas y el gato. Tras dos lloras de esfuerzos, la situación se ha vuelto más que crítica. Si los cables se rompen, el *Jeannette* está perdido.

»Una caravana de seis pequeñas carretas de bueyes, estrechas, ligeras, altas sobre las ruedas, construidas con una simple armadura de bambúes, aparece de pronto. Un tigre acaba de llevarse a uno de los conductores. Con ayuda de los otros cuatro y del jefe de la caravana, sacamos el coche. Hemos recorrido siete kilómetros en todo el día […].»

Larigaudie y Drapier se convirtieron en mis modelos, mis maestros, mis ídolos, y su *Jeannette* en el vehículo mítico de todos mis sueños. Los tres juntos habían roto las cadenas de la monotonía para conducir su afán de aventura hasta los confines de la tierra. Leí una y otra vez el relato de aquel París-Saigón hasta saber de memoria cada línea. Algunas de sus aventuras no dejaban de bailar en mi cabeza hasta el punto de que mis deberes escolares se resintieron. Dibujaba al *Jeannette* en todas las posturas en mis cuadernos y trazaba los itinerarios de mis futuros viajes. Porque aquel París-Saigón en automóvil me había enseñado el camino. Estaba seguro de que un día podría jugar también yo al volante de un coche el bello juego de mi vida sobre el mapamundi.

Un Rey Mago en el motor

Ese día llegó antes de lo que yo habría podido imaginar en mis sueños más locos. Varios meses después de la Liberación, mi padre fue nombrado cónsul general de

Francia en Nueva Orleans, Estados Unidos. Como no pudimos encontrar un buque directo al gran puerto del Mississippi, debimos pasar por Nueva York. Aquel rodeo me valió una de las emociones más fuertes de mi existencia. Tener catorce años y descubrir de pronto, después de cinco años de privaciones, de «black out», de miedo, el prodigioso espectáculo que había llenado de alegría y esperanza a tantos millones de hombres: la silueta drapeada de verde de la estatua de la Libertad, y después las torres iluminadas de Manhattan perforando la bruma. La llegada de nuestro minúsculo carguero coincidió con la del gigantesco paquebote *Queen Mary* que repatriaba a treinta mil soldados norteamericanos procedentes de Europa. Decenas de barcos bomba, todos con sirenas aulladoras, rodeaban al prestigioso navío con una corona mágica de surtidores de agua. Orquestas desenfrenadas tocaban aires de jazz y marchas militares en todos los puentes. Los hombres cantaban, gritaban, reían. Era delirante. Nuestra cáscara de nuez atracó unas horas después en un *pier* de la calle 57, entre el trágico armazón del *Normandía* incendiado y otro transporte de tropas. El rumor de Nueva York asaltó entonces nuestros oídos con un estrépito de bocinas, motores y actividades estridentes.

Un fraile dominico, amigo de mis padres, nos esperaba en el muelle con un taxi amarillo tan largo como un vagón. Me pareció que al buen clérigo le costó un poco reconocer a sus amigos de antes de la guerra. ¡Y con razón! Tras los rigores de la ocupación y veinticinco días de un océano furioso, nuestros semblantes estaban más bien pálidos. A falta de maletas, mi madre había metido una parte de nuestros efectos en cajas de cartón y fardos toscamente atados. Mi padre llevaba un gastado traje vuelto del revés y yo pantalones cortos de muchacho.

Y calzábamos zapatos con suelas de madera que hacían un ruido de zuecos. Pero ¡qué importaba! Nueva York estaba allí con su panorama impresionante de rascacielos pinchando la noche con un diluvio de estrellas. Al bajar del buque pensé en una frase de un libro de Scott Fitzgerald que una tía mía americana me había prestado durante la Ocupación. «Descubrir Nueva York era captar una loca imagen del misterio y la belleza del mundo». Esa loca imagen nos asaltó en la salida misma de los muelles. Los ruidos obsesionantes de las bocinas, de los motores, de los trenes elevados; los destellos de anuncios gigantes proclamando lo que había que ver, comer, beber, fumar; cómo había que asegurarse la salud, desplazarse, distraerse, vestir; los ríos de taxis amarillos, de coches, de camiones; los escaparates rebosantes de pavos, pollos, de cochinillos asándose en broquetas; los periódicos luminosos que se desenrollaban en mil colores sobre las fachadas… estaba aturullado, deslumbrado, ciego, borracho. La embriaguez se prolongó durante toda mi primera noche americana. El consulado de Francia en Nueva York nos instaló en un hotel que hacía esquina con Broadway y la calle 46. Lo único malo del establecimiento era que las ventanas de sus ocho primeros pisos estaban cubiertas por un cartel gigante de los

cigarrillos Camel. De la boca de un fumador salían anillos de vapor que imitaban los redondeles de humo de un cigarrillo. El efecto era espectacular. Nadie de la multitud compacta que se apiñaba alrededor de Times Square podía escapar de esa publicidad, pero ¿quién habría sospechado que detrás de aquel decorado se encontraba un joven francés que intentaba dormir en una habitación acribillada por una descarga ininterrumpida de relámpagos amarillos, rojos, azules y verdes?

Un torbellino de alimentos, compras, espectáculos. Nada detenía a nuestro infatigable cicerone dominico con hábito blanco. Estaba loco por Nueva York y se le había metido en la cabeza hacemos compartir su pasión.

Fue en Nueva York donde abandoné mi infancia: adiós a los pantalones cortos de mis juegos de canicas en los jardines de los Campos Elíseos. En Macy´s, los grandes almacenes de la calle 34 que habían servido de decorado a tantas películas, mi madre me compró mi primer traje de pantalón largo. América me acogía haciendo de mí un adulto. Y pronto confirmaría esta consagración inolvidable de una manera espectacular. Apenas desembarcamos en Nueva Orleans, me enteré de una noticia maravillosa: en Luisiana, bastaba haber cumplido catorce años para tener derecho a conducir un automóvil.

Tal como me temía, mi padre y mi madre se pusieron de acuerdo en prohibirme formalmente el uso de aquel derecho.

—Ya veremos cuando tengas dieciséis años —me anunció mi madre, deseosa de poner freno a mi pasión irracional por los coches.

Para hacerme tragar la amarga píldora, empleó un subterfugio verdaderamente diabólico: me regaló un coche. Pero no cualquier coche: un coche que no funcionaba. El motor del inenarrable cacharro que un día hizo remolcar hasta el garaje de nuestra residencia carecía de delco, un órgano eléctrico absolutamente esencial. Sospechaba que mi madre lo había hecho desmontar para estar segura de que su «regalo» no corría ningún peligro de fugarse con su hijo al volante. Se trataba de un cupé Nash, una marca muy apreciada por su velocidad por los traficantes de alcohol de la Prohibición. Era de una edad tan venerable como el Citroën Torpedo de mis vacaciones en la Champaña. Para mi madre era la garantía de que nunca podría encontrar la pieza que faltaba. Subestimaba mi testarudez. Cada tarde, al salir de la escuela, me iba a hacer el recorrido de los chatarreros de la ciudad con la esperanza de descubrir bajo los montones de chatarra un capó que se pareciera al de mi pobre Nash lisiado. ¡Pero Estados Unidos había fabricado durante treinta y cinco años tantos modelos de tantas marcas diferentes!

Escribí centenares de cartas a los desballestadores de coches de las principales poblaciones de Estados Unidos. Mientras tanto, iba varias veces al día a hablar con mi motor para tranquilizarlo, para decirle que pronto saldría de su letargo y se pondría a toser, después a ronronear y después a rugir como un animal que se

despierta. En mi imaginación ya oía la voz mágica que brotaría del largo capó y sentía vibrar los palastros impacientes. Me sentaba al volante, maniobraba los pedales, encendía y apagaba los faros, hacía gruñir la voz ronca de la bocina. A través del parabrisas veía desfilar los paisajes de Luisiana, con sus lagunas hirviendo de caimanes, sus largas avenidas de robles centenarios que conducían a las viejas mansiones de columnatas de las plantaciones de algodón, sus bosques de *derricks* bombeando el petróleo. Y más allá de Luisiana estaba Texas, Arizona, California. Y aún más allá, América entera, todo el continente americano que mis neumáticos usados iban a descubrir. Ya tenía en la cabeza el medio de financiar mi aventura americana. Llenaría el maletero con varios cubos de pintura y pintaría los buzones a todo lo largo de mi ruta. Con sólo diez buzones por día a dos dólares la unidad podría pagar mis gastos de gasolina y subsistencia. ¡Toda una fortuna!

Propuse a dos condiscípulos del colegio de jesuitas donde me habían matriculado mis padres que me ayudaran en los trabajos de restauración a cambio de un futuro pasaporte a la aventura a bordo del viejo Nash. Su entusiasmo galvanizó mi energía. El patio de la residencia del consulado general de Francia se convirtió cada tarde a la salida de clase, y los sábados y domingos, en un trepidante taller de reparación. Con la sierra para metales recortamos el techo del vehículo para transformarlo en cabriolé, deshuesamos las portezuelas para reparar las cremalleras de los cristales, rellenamos el suelo con placas de chapa para esconder los agujeros. Con objeto de financiar los pequeños gastos de esas chapuzas, decidí imitar a muchos muchachos norteamericanos de mi edad: encontrar un pequeño empleo. ¡El primer *job* de mi vida!

Tomé el tranvía de la avenida Saint-Charles y me apeé en la parte baja de la ciudad para ir a proponer al *New Orleans Item*, el principal diario vespertino, mi candidatura al empleo de «paper boy», de repartidor de periódicos. Fue aceptada y unos días después me asignaron un itinerario que contaba con ciento cincuenta suscriptores residentes en un recodo del Mississippi. La distribución empezaba a las tres de la tarde, justo a la salida del colegio. Primero había que presentarse en el almacén del sector, contar los diarios, enrollarlos como una especie de cucurucho para poder lanzarlos ante cada puerta desde la cesta de la bicicleta y hacer una señal en los nombres y direcciones de los clientes. El sábado, además de la distribución, había que cobrar el montante de las suscripciones. El *job* exigía método, rapidez y probidad. Y una buena dosis de habilidad porque muchas casas y calles a orillas del Mississippi no tenían números ni nombres. Me lancé a la aventura con tanto entusiasmo que el «French paper boy» fue pronto famoso en todo el barrio. A veces los suscriptores me detenían al pasar para ofrecerme una tableta de chocolate, un helado, un paquete de chicle. Una mamá negra me enseñó un cuadernillo de poemas que había escrito en francés. La cuota de amor de que gozaba Francia en Luisiana no

era una noción abstracta. Un día, el diario que lanzaba a los escalones o bajo las galerías con la precisión de un discóbolo de las Olimpiadas, publicó mi foto en primera plana. Cuando descubrió que era hijo del cónsul general de Francia, un periodista del *New Orleans Item* consagró un reportaje ditirámbico a mi cruzada para poner en marcha el viejo Nash a cuyo volante quería recorrer América.

El artículo me valió varias cartas de aliento y una tarde recibí en el almacén la visita de un negro alto vestido con un mono manchado de alquitrán que hablaba con la voz cascada de Louis Armstrong.

—Míster Dominique —me interpeló con un conmovedor aire de conmiseración —, me llamo Eddy y acabo de leer en el periódico la triste historia de su pobre Nash. Mi corazón de mecánico ha llorado. Por esto he venido a decirle que tal vez podría encontrar la manera de adaptar en su coche el delco de otra marca y así hacerlo funcionar.

Me quedé sin aliento. ¿Le había entendido bien? Un Baltasar en mono acababa de proponerme un regalo de Rey Mago aún más magnífico que el oro, el incienso y la mirra de la Epifanía: hacer latir de nuevo el corazón de mi Nash. Salté a los brazos de aquel bienhechor. Esperé a que mi padre se hubiera llevado a mi madre a un viaje consular a Texas para sacar a mi coche de su parálisis y hacerlo remolcar hasta el garaje de aquel mecánico caído del cielo.

Cada tarde, después de haber lanzado mi último periódico a mi último suscriptor, me precipitaba al garaje de Eddy, en el barrio negro, cerca del gran cementerio. Era un simple hangar que apestaba a aceite recién cambiado y rebosaba de piezas de segunda mano, bidones y neumáticos viejos. Varios cacharros casi tan viejos como mi Nash esperaban allí su resurrección. Eddy iba y venía de uno a otro con la seriedad de un cirujano que operase a varios enfermos a la vez. Un capó se animaba de repente con una furiosa detonación, después con un tosiqueo puntuado por fallos y al final con un estertor de moribundo. Eddy no conseguía siempre sus reanimaciones al primer intento. Aquel Sherlock Holmes de la mecánica había conseguido echar mano de una cabeza de delco casi parecida a la pieza que le faltaba a mi automóvil. Sin embargo, para poder introducirlo en el motor, tenía que cincelarle nuevas estrías, lo cual requería un minucioso trabajo de orfebre. Armado con una lima y un compás de corredera, puso manos a la obra cantando *gospels*. Tenía la impresión de vivir una escena de *La cabaña del Tío Tom*. Yo espiaba cada uno de sus gestos con una impaciencia febril. Mis padres llegarían pronto del viaje y constatarían la desaparición de mi coche. No osaba imaginar el seísmo que causaría mi desobediencia. Ya me habían amenazado con mandarme a Francia en el primer barco. Animaba a Eddy con todas las palabras inglesas que conocía, pero la modificación de la pieza resultaba más delicada de lo previsto. La sexta tarde tomé, con la muerte en el alma, la decisión más dolorosa de mi corta existencia: llevarme el coche a casa.

Mis padres llegaban al día siguiente y el Nash debía estar en el garaje para recibirles. Preparé el remolque atando una gruesa cuerda en tomo al parachoques. Era casi medianoche. Una tormenta tropical rayaba la oscuridad con ráfagas de relámpagos. Después el cielo descargó, derramando un diluvio de agua templada. En pocos minutos las calles se convirtieron en torrentes.

Un trueno más violento que los otros sumió el garaje y todo el barrio en las tinieblas. ¡No importaba! Mi Baltasar en mono se iluminó con una bombilla empalmada a una batería. De repente le oí gritar:

—¡Míster Dominique, *please push on the starter*! (¡Por favor, dele al arranque!)

Me apresuré a obedecer. A pesar de la oscuridad, mis dedos encontraron por instinto el botón que tan a menudo había activado en mis sueños inmóviles. El familiar gruñido del encendido hizo vibrar el volante. La batería estaba bien cargada y sentí en la intensidad de ese gruñido una voluntad cómplice de provocar el ronroneo tan esperado. A la luz de un relámpago vi la nuca reluciente de sudor de Eddy inclinada sobre el interior del capó. Aflojé la presión del dedo y conté hasta diez.

Las siluetas radiantes de Larigaudie y Drapier de pie sobre los estribos de su *Jeannette* vencedor pasaron ante mis ojos. Imploré su intercesión urgente ante el dios de la mecánica. Era preciso a toda costa que oyéramos esta noche la voz del Nash. Con el corazón palpitando cada vez con más fuerza, volví a pulsar el botón del encendido.

—¡Míster Dominique —gritó la voz tranquilizadora de Eddy—, *push also on the accelerator!* (¡Pise también el acelerador!)

Y ocurrió el milagro: un primer tosiqueo, después una ráfaga, después una música profunda, desgarradora, procedente de las entrañas del coche, puntuada por explosiones inesperadas causadas por agujeros en el tubo de escape. Una nube de aceite quemado se difundió pronto por todo el garaje, envolviéndonos al vehículo, a Eddy y a mí en un vapor asfixiante. Eddy había entonado un cántico de acción de gracias que trataba de un pastor que agradecía a Dios haber resucitado a una de sus ovejas despedazadas por un lobo. Después de muchas efusiones, salí del garaje y levanté el vuelo.

Canal Street, el gran bulevar de Nueva Orleans, no era ciertamente la cordillera birmana, pero pilotar el viejo Nash sin limpiaparabrisas y casi sin frenos en medio de un tráfico enloquecido por el diluvio exigía casi el mismo virtuosismo. Tras cuarenta y cinco minutos de navegación arriesgada, franqueé el portal de nuestra residencia en Broadway. Eran casi las cinco de la madrugada. Poco después, los dos faros de un taxi aparecieron en la avenida. Mis padres habían vuelto antes de lo previsto.

—¿Qué haces aquí a esta hora? —explotó mi madre que, sin esperar la respuesta, me dejó medio aturdido de un paraguazo.

Me tambaleé hasta la portezuela de mi coche para apagar el motor. En el súbito silencio, la cólera de mi madre se volvió más aterradora. Mi padre, que aborrecía las confrontaciones, se había eclipsado. Pero mi madre me hacía frente, colmándome de amenazas. No intenté defenderme. Era indefendible. Efectivamente, había abusado de su confianza. Me había regalado aquel juguete para adormecer provisionalmente mis ansias de aventura. Y yo me había enamorado del juguete hasta el punto de devolverle la vida.

Unas horas después vino un cerrajero a cerrar el portal de la avenida con una cadena doble y dos grandes candados. ¡Adiós a los grandes espacios, a las carreteras sin fin, a mis bellos sueños de libertad!

* * *

Mi purgatorio duró catorce meses. La mañana de mi decimosexto cumpleaños, mi madre bajó a desayunar conmigo.

—Hijo mío, te deseo un feliz cumpleaños —me dijo, alargándome el sobre que llevaba en la mano—. Creo que este regalo te complacerá.

Exhalé un grito de alegría al descubrir los dos documentos que contenía. Uno era el título de propiedad del Nash con un flamante número de matrícula a mi nombre, y el otro el certificado de la prima del seguro que mis padres me regalaban. En el sobre encontré también la llave del candado que cerraba el portal. Loco de alegría me precipité al teléfono para llamar a los dos camaradas que había incorporado a mi proyecto de ir a pintar buzones por las carreteras de Luisiana.

—¡Id rápido a comprar la pintura! —les grité—. ¡Mañana nos largamos!

A la mañana siguiente, con el lastre de bidones de diferentes colores en el maletero, el Nash salió majestuosamente de su prisión. Un nuevo artículo en el *New Orleans Item* prestó a nuestro viaje el resplandor de una aventura interplanetaria. Nuestra celebridad nos precedió por doquier. Nos esperaban ante los buzones, en el umbral de las puertas. En Lafayette, Saint-Martin, Pompon, Laffitte, en todos aquellos rincones de Luisiana de nombres pintorescos asociados al recuerdo de Francia, nos convertimos en forzados de la brocha. La gente no sólo nos hacía repintar sus buzones sino que nos invitaba a sus modestas casas de madera sobre pilotes, nos llevaba a pescar en las lagunas y nos cocía a fuego lento cacerolas de cangrejos rellenos, anguilas y sopas de *gombo*. Habríamos necesitado un año entero y muchos barriles de pintura para agotar todo el calor de la hospitalidad luisianesa.

Pero por desgracia un telegrama de mi madre vino a poner un fin prematuro a nuestro viaje. El Quai d’Orsay volvía a llamar a mi padre a París para confiarle una misión en la Administración Central.

Volví a Francia en el otoño de mis dieciséis años, encontrando de nuevo las restricciones, las calles sin luces, el estrecho confinamiento de nuestro apartamento

de la calle Jean Mermoz que los grandes espacios americanos me habían hecho olvidar. Volví a los bancos del liceo Condorcet, con la cabeza todavía llena de sueños, muy decidido a evadirme hacia nuevas aventuras al volante de cualquier otro viejo coche.

Las Termopilas en marcha atrás

Tuve que esperar tres años. Pero el nuevo flechazo que sufrí una tarde de domingo en casa de un chatarrero de coches de la antigua ruta de Orly justificaba un purgatorio tan largo. Lo que atrajo mi mirada fue la calandra: un hocico de animal de carreras de los años locos. Debía de haber tenido un aire fiero aquel bonito Torpedo Amílcar de seis caballos, con su carrocería de madera tapizada de lona de avión, sus asientos y banquetas de cuero rojo, su volante aristocráticamente colocado a la derecha, sus ruedas de radios fijos al cubo por una gran mariposa cromada como las de los Bugatti y los Bentley. Es cierto que de este lujo original sólo quedaban pálidos vestigios. Pero el motor rugía con una musiquilla rabiosa que resucitó al instante mi afán de aventuras. Al término de un regateo encarnizado, pude comprar el antiguo cacharro por la suma irrisoria de quinientos francos.

Esta suma correspondía exactamente al pago parcial anticipado que acababa de cobrar de las Éditions Grasset por mi primer libro. *Un dólar por cada mil kilómetros* era el relato del agitado periplo que había hecho en autoestop el verano anterior a través de Estados Unidos, México y Canadá. Con los treinta dólares de una beca Zellidja, había recorrido treinta mil kilómetros ganándome la vida como limpiacristales, conferenciante, jardinero, detective privado y bruñidor de sirena en un carguero[18].

El propio Bernard Grasset había seleccionado mi manuscrito que quiso prologar con su pluma: «No es a un nuevo Radiguet a quien pretendo revelar aquí —escribió —. Ni siquiera estoy seguro de que Dominique Lapierre se entregue de forma duradera a la escritura. Tenía algo que decir y ha sabido decirlo. Esto es todo».

El hombre bajo de la eterna boquilla, que se enorgullecía de haber publicado entre otras glorias las cuatro M más importantes de nuestras letras modernas —Malraux, Mauriac, Maurois y Montherlant—, fue el primer pasajero de mi Amílcar. Para complacer a aquel pintor dominguero, embutía su caballete, sus cajas de colores y sus telas en el asiento posterior y le llevaba a la colina de Meudon, su punto de vista preferido sobre los tejados de París. Las editoriales francesas estuvieron a punto de perder en una ocasión a uno de sus mayores capitanes. Al llegar a la porte Maillot, la portezuela de su lado se desprendió súbitamente de sus goznes. Los cinturones de

seguridad no existían en aquella época. Bernard Grasset soltó un grito, perdió la boquilla y a punto estuvo de caerse al vacío. Le atrapé *in extremis* por la manga.

La aventura le divirtió hasta el punto de hacer de mí su chófer titular. El Almícar nos llevó cada domingo de aquel invierno a las alturas de Meudon. Mientras mi editor se abandonaba a la embriaguez de sus pinceles, yo empollaba mis apuntes multicopiados de ciencias políticas. De vez en cuando su voz resonaba: «¡Pequeño, tengo algo que debes escuchar!» Entonces se sacaba del bolsillo un fajo de folios. Era el último capítulo del libro que estaba preparando sobre sus obligaciones conyugales. Porque aquel don Juan no había logrado nunca ser un marido satisfecho. Aprovechando las molestias que le habían causado sus actividades de editor bajo la ocupación, su última esposa intentaba echar el guante a la editorial. «¡Escucha esto, pequeño…!» Escribía tan bien como editaba los libros de sus autores. Era un regalo. La lectura solía proseguir hasta Chez-Alberto, el bistrot de la calle des Canettes frente al cual el Amílcar nos depositaba a cenar una *minestrone* y una costilla a la milanesa regadas con media botella de Brunello que el patrón, a quien conocía desde hacía veinticinco años, reservaba para él. Yo tenía dieciocho años. Autores veteranos venían a saludarle y me lanzaban al pasar una mirada de envidia, como diciendo: «¿Pero qué hace Bernard Grasset con este jovenzuelo?»

Sostenido por las buenas ideas de su editor, el jovenzuelo en cuestión se abría paso de modo honorable para ser el autor de un primer libro. Aquel invierno, *Un dólar por cada mil kilómetros* iba, con *La muerte del pequeño caballo*, de Hervé Bazin, a la cabeza de las ventas de las Éditions Grasset. Alemania, Holanda e Italia compraron los derechos de traducción. El diario *Combat* publicó el libro en folletín. *Le Monde* le concedió toda una media página. Después de encontrarme dotes de narrador, Grasset movilizó mis vacaciones de Navidad y Pascua para ciclos de conferencias a través de Francia, Suiza y Bélgica. Persuadido de que yo sabría mejor que cualquiera de sus representantes inspirar a la gente deseos de leer mi libro, hizo llenar el Amílcar de centenares de ejemplares que me encargó vender de conferencia en conferencia.

Yo soñaba para mi coche con aventuras más prestigiosas y lejanas que la de servir de camioneta de reparto de las Éditions Grasset. Propuse a Dominique Frémy, un compañero de ciencias políticas, un recorrido que nos llevaría de París a Ankara, o sea, más de siete mil kilómetros ida y vuelta[19].

Abandonamos la plaza de la Concordia apenas una hora después del último examen de fin de curso. Los muelles del antiguo Amílcar cedían bajo el peso de las latas de *cassoulet*, de jamón, de paté, maletines de medicamentos, sueros contra las serpientes, tabletas para purificar el agua, cremas contra el sol, los mosquitos, chinches, ácaros y de medallas milagrosas dedicadas a todos los santos del paraíso con las que nuestros padres habían llenado el infeliz vehículo. Habíamos podido

equiparlo con neumáticos nuevos, faros potentes, un carburador moderno, material de camping, un extintor de incendios e incluso una bengala de socorro. Para impedir que el radiador hirviera demasiado a menudo, tuvimos que circular de noche durante cientos de kilómetros. Pasando por Génova, Pisa, Roma, Nápoles, Brindisi, llegamos gallardamente a Atenas, después de largas paradas en ruta para visitar los museos, iglesias, palacios, emplazamientos arqueológicos. El venerable automóvil suscitaba por doquier una enorme curiosidad. Cada vez que cruzábamos una ciudad, una multitud de motos le dispensaban una escolta triunfal. Nuestras paradas provocaban aglomeraciones de las que nos costaba evadimos.

Frémy tuvo un día la astuta idea de explotar la fiebre de nuestros admiradores para sacar a flote nuestras finanzas. Después de haberlo aparcado en la plaza de la catedral de Nápoles, disimulamos el Almícar a la vista de los transeúntes detrás de la pantalla de nuestras tiendas de campaña. «*Cinquanta lire per ammirare la più bella machina del mondo!*», anunció Frémy con una labia de titiritero y un italiano digno de una película de Vittorio de Sica. Se formó inmediatamente una cola. Hasta el crepúsculo, la gente no dejó de desfilar en torno al antiguo coche, acariciando las lonas rotas de su carrocería, palpando el caucho de sus grandes ruedas, extasiándose ante sus bonitos faros de otra época. Esta fructífera operación nos permitió comprar en Brindisi billetes de transbordador para Grecia.

Acogidos, cuidados, mimados por los padres de las Escuelas Cristianas de Atenas, el Amílcar y su tripulación se prepararon durante una semana para los quinientos kilómetros más duros del viaje. Nadie nos había podido procurar el menor mapa de carreteras entre Salónica y Estambul. No existía ninguno. Desde el norte de Grecia a la frontera turca era *terra incognita*. Para favorecer el enfriamiento del radiador, habíamos decidido seguir circulando de noche. Al atardecer, antes de la salida, todos los buenos padres estaban allí. El padre superior, un gigante con sotana blanca, insistía en que nos llevásemos la gruesa cuerda que nos había preparado.

—No os imagináis las montañas que vais a atravesar. ¡Estaréis muy contentos de que os puedan remolcar!

Otro padre llegó con los brazos cargados de conservas:

—En nombre del buen Dios, llevaos estos víveres —suplicó—, porque los alimentos del país pueden seros fatales.

Teníamos la impresión de partir hacia la Luna. El padre superior vació un frasco de agua bendita sobre el capó y las aletas del coche y después nos dio su bendición:

—Señor, protege a nuestros viajeros. Que Tu estrella los conduzca a buen puerto.

Apenas habíamos salido de Atenas, cuando una cuesta particularmente empinada puso de rodillas a los seis caballos del infortunado Amílcar. Por más que cambiara a la primera velocidad, el coche resoplaba con un estertor impresionante. Frémy saltó a tierra y se apoyó detrás del maletero en un intento de ayudar al motor, pero el coche

iba demasiado cargado para trepar por semejante pendiente. Entonces una idea genial inspiró a mi compañero. No sé de dónde debió sacarla, él que no sabía distinguir entre el pedal del embrague y el del freno…

—¿Y si intentásemos subir la cuesta marcha atrás? —sugirió.

Por si acaso, giré en redondo. Fue un milagro: arranqué de un golpe de acelerador a nuestro valiente coche, que se puso a brincar como un corredor del Tour de Francia. Circulamos toda la noche bajo las estrellas, con la cabeza incómodamente vuelta hacia atrás, tratando de mantener el rumbo en el haz de una linterna. Al amanecer, después de una última curva, llegamos por fin a la cima. Me detuve ante un pequeño oratorio que marcaba el paso del puerto. Frémy encendió una cerilla para encontrar en el mapa nuestra posición. Me impacienté:

—Bueno, ¿dónde estamos?

El rostro de mi compañero parecía transfigurado.

—¡Adivínalo!

—¿En lo alto del Everest?

—¡No! ¡En la cumbre de las Termopilas!

Después de Salónica, viene lo desconocido. En el Automóvil Club de Atenas nos desaconsejaron con firmeza que nos aventurásemos hacia Turquía por la única pista existente que pasa al pie de las montañas de Bulgaria, por la orilla del mar. Es una zona insegura, infestada de guerrilleros comunistas. Grandes piedras puntiagudas incrementan el suplicio de neumáticos y ballestas. Nos acercamos a un puente guardado por dos malabares armados de fusiles, con el pecho cubierto por cartucheras como en las películas mexicanas. Examinan nuestros pasaportes con aire suspicaz y nos dejan continuar. Circulamos con faros, intentando seguir los carriles de las carretas de bueyes marcados en los arcenes. De pronto, las siluetas de tres civiles armados con fusiles se perfilan en nuestros haces luminosos. Sus rostros patibularios no son nada tranquilizadores. Nos apuntan.

¿Comunistas o gubernamentales? El que parece ser el jefe grita unas órdenes. Enseguida sus compañeros nos dan el alto. No es cuestión de obedecer. Apago los faros, piso a fondo el acelerador y cruzo el puente como una tromba, con riesgo de romperlo todo. En el mismo instante en que grito a Frémy: «¡Agáchate!», una lluvia de balas nos silba en los oídos. Pero ya estamos lejos. Enciendo de nuevo los faros, lo cual me evita por un pelo estrellar el coche contra una enorme roca. Extenuados, hacemos un alto varios kilómetros más allá y nos dormimos bajo un árbol.

Reemprendemos la marcha en cuanto amanece. La pista se interrumpe a la orilla de un río. No hay puente ni vado. Vaciamos por completo el coche para aligerarlo. Después, en calzoncillos, bajamos al río para atacar el declive con el zapapico y colocar grandes piedras en el lecho a fin de practicar un paso más o menos transitable. Al cabo de cuatro horas de esfuerzos, con las manos ensangrentadas y la

espalda quemada por un sol inclemente, me instalo ante el volante e inicio con precaución el descenso hacia el río. Para evitar que el Amílcar se embale, Frémy pone calces ante las ruedas cada veinte centímetros. El agua llega pronto hasta los cubos de las ruedas. Unos centímetros más y quizá éste sea el final de nuestro viaje: el motor se anegará. Alcanzamos el centro del río. El declive de la otra orilla es menos abrupto. Animo a Frémy, que chapotea con estoicismo en el cieno:

—¡Ya casi hemos ganado!

Apenas he gritado estas palabras, cuando una rueda trasera patina sobre una piedra. Desequilibrado, el Amílcar se zambulle de cabeza y se hunde bajo veinte centímetros de agua. El motor emite un último hipo y se para. Por suerte, veo a unos campesinos que trabajan en los campos de girasoles. Pido ayuda. Acude gente de todas partes. El espectáculo inesperado de nuestro pobre coche sumergido provoca una franca hilaridad. Bendigo la cuerda del buen padre de las Escuelas Cristianas de Atenas: una docena de hombres aceptan valientemente engancharse a ella mientras otros bajan por el río para empujar por detrás. Coordinados por mis «¡Vamos! ¡Arriba!», consiguen arrancar al Amílcar e izarlo sobre el declive. Desmonto enseguida la magneto y constato dolorosamente que el cárter está lleno de agua. Nuestro motor no volverá a funcionar hasta que encontremos un horno donde secar este órgano vital. Interrogo por signos a nuestros salvadores. Debo de ser un mimo bastante bueno porque me conducen directamente a casa del panadero del pueblo vecino. El hombre se halla justamente metiendo unas tortas en el horno. Contempla con sorpresa la pieza que le presento. Es evidente que el buen hombre aún no ha cocido jamás esta clase de accesorio. Un camión desemboca de repente en la plaza del pueblo. El chófer, un tipo grueso mal afeitado con un bigote a lo Pancho Villa, habla algunas palabras de italiano y comprendemos que va al pequeño pueblo de Comotini, a unos cuarenta kilómetros, donde hay un garaje con un mecánico. Acepta remolcarnos hasta allí.

Por esta pista llena de baches, la operación promete ser un número de acrobacia. Frémy se sienta al lado del chófer con la misión de impedir que vaya demasiado aprisa: en el extremo de la cuerda, el Amílcar corre el peligro de transformarse al menor incidente en un saco de boxeo incontrolable.

—Vigila mis faros —digo a mi compañero de equipo—. Si se encienden, haz que el chófer se detenga.

El camión se pone en marcha escupiendo una nube de humo que me ciega. Ya no distingo ni el capó del coche. Brutalmente tirante, la cuerda arrastra el Amílcar como si fuera de paja. Al poner la segunda marcha y acelerar enseguida, ese bruto de conductor provoca otra sacudida tan violenta que por segunda vez el coche está a punto de estrellarse contra la parte trasera del camión. Aplasto el pedal del freno para tratar de mantener la cuerda tensa, pero pronto el pedal deja de responder. El camión

adquiere velocidad. El coche rebota de piedra en piedra, se hunde en los baches, salta de un arcén a otro. Tengo la impresión de estar sobre una balsa zarandeada por olas gigantescas. Temo ver desintegrarse en cualquier momento al pobre Amílcar. Echo pestes contra Frémy y el maldito griego. El suplicio se agrava. Ya no consigo mantener el coche en el eje del camión. Ha debido de romperse un amortiguador, si es que los choques no han torcido el eje. Enciendo los faros. Es la señal de alarma convenida. Hago sonar la bocina, grito, pido socorro a Drapier y Larigaudie. Pero los torbellinos de polvo me deben de ocultar a la vista de Frémy y del griego. El camión prosigue su loca carrera. El Amílcar cruje, gime, choca. Yo continúo tocando desesperadamente la bocina, pero su voz se debilita y después acaba enmudeciendo por completo. Los acumuladores han entregado el alma y los faros con ellos. Una pequeña cuesta. El conductor retrocede brutalmente, y luego acelera. Saco la cabeza por el parabrisas y profiero gritos desesperados. Arrastrado por el mastodonte al que está encadenado, el Amílcar adopta ángulos aterradores. Va a volcar. Esta vez es el fin. El camión llega a un puente a cincuenta kilómetros por hora. Modera un poco la marcha y la inercia no me deja retener al coche. Ni siquiera funciona el freno de mano. Con las ruedas bloqueadas a la derecha, el ímpetu me arrastra hacia el río que hay debajo. Si no logro enderezar la dirección en las fracciones de segundo siguientes, habrá una catástrofe. Como en un relámpago, toda mi vida desfila ante mis ojos. Grito de nuevo, pero el polvo y la arena ahogan mi voz. El camión sigue su ruta. Tomo la decisión de saltar. Mi única posibilidad de salvar la piel es saltar del coche. Me arranco los dedos tirando de los dos enganches que unen la capota al parabrisas sin poder abrirlos. También es imposible abrir las portezuelas: están cerradas con alambres. Estoy vinculado al destino de mi coche. Juntos vamos a estrellarnos contra las rocas del río que fluye debajo. Vuelvo a afianzarme con todas mis fuerzas sobre los radios del volante, pero la dirección, bloqueada, ya no actúa sobre las ruedas. En este instante, la cuerda de remolque se afloja. Abandonado a su simple inercia, el Amílcar se lanza hacia el abismo. Y entonces, de repente, el camión adquiere velocidad, salvando *in extremis* al coche de la caída fatal. El Amílcar franquea el puente con las dos ruedas de la derecha en el vacío, arranca la tabla del parapeto y va a rebotar como una bala sobre la pista. Por fin, el camión se detiene. Acuden Frémy y el conductor. Ya no me quedan fuerzas para colmar de insultos a mi compañero de equipo y al griego. Me desplomo sobre el volante, sacudido por una incontenible crisis de lágrimas. Este incidente me destroza. Es indudable: no tengo el temple de los héroes del París-Saigón. En cualquier caso, todavía no.

* * *

El Amílcar sobrevivió a sus terribles heridas gracias a los fervientes cuidados del amable mecánico del pequeño pueblo de Comotini. Seca y limpia, la magneto hizo

funcionar de nuevo el valiente motor. Dos días después, la visión mágica de los primeros minaretes de Oriente apareció en nuestro parabrisas. Andrinópolis y después Estambul acogieron al superviviente de la pista infernal como a una princesa caída de las estrellas. Su foto tomada desde todos los ángulos fue exhibida a lo largo y a lo ancho de las primeras páginas de los periódicos, lo cual nos valió de la generosa hospitalidad turca una lluvia de invitaciones. Después, vía Éfeso, Bursa y Esmima, llegamos a Ankara, último destino de nuestro viaje. Impresionado por nuestro circuito, el presidente de la República turca nos ofreció volver a Francia con nuestro coche en un paquebote de la línea nacional. El regalo no podía ser más oportuno, porque en Ankara me esperaba un telegrama anunciándome que la dirección de las becas Fullbright, la organización fundada por un senador de Texas para promover los intercambios internacionales de estudiantes gracias al dinero obtenido con la venta de los excedentes militares de la guerra, me concedía una beca de estudios en el colegio Lafayette de Easton, cerca de Nueva York. Ya me habían reservado un camarote en el *Queen Mary*.

Caí en brazos de Frémy. Volver a Estados Unidos era la ocasión segura de reemprender muy pronto la ruta de las aventuras.

Luna de miel en un Chrysler Royal

El querido marqués de La Fayette podía saltar de alegría en su tumba. El colegio que la América agradecida había bautizado con su nombre era una pequeña joya. Construido sobre un altozano que dominaba la encantadora ciudad pennsylvaniana de Easton y su río Lee High, exhibía sus graciosos edificios de ladrillos rojos en torno a una vasta extensión de césped rodeada de arces y robles centenarios. Yo estaba entusiasmado. El Lafayette College estaba situado a sólo cien kilómetros de la deslumbrante ciudad que había descubierto a los catorce años: Nueva York.

Para evadirme de mi jaula dorada hacia ese espejismo me hacía falta un automóvil. Partí, pues, en busca de un digno heredero del Nash y del Amílcar en los garajes de coches de ocasión y en chatarreros de la región. Fue entonces cuando se me apareció, como un recuerdo de infancia resucitado. Me froté los ojos. Tenía el mismo capó largo y afilado del Hupmobile azul de mi tío de Châtelaillon, las mismas bocinas cromadas bajo los faros en forma de ojiva, el mismo *spider* con sus pequeños estribos para acceder a la banqueta posterior a cielo abierto. A pesar de los estragos del tiempo, su interior exhalaba el mismo olor a cuero, pintura y galalita que había enardecido mi imaginación infantil. Era un cabriolé Chrysler Royal del año 1938.

Vacié mi cartera entre las manos del comerciante atónito y subí por la colina del

colegio orgulloso como Fangio a la llegada de las Veinticuatro horas de Le Mans. Al día siguiente por la tarde me largué a Nueva York. Regresé al alba y volví a marcharme la misma tarde. Diez litros de gasolina costaban menos que una Coca-Cola. El Chrysler me trajo la libertad. Y pronto el amor. Su complicidad me ayudó en efecto a conquistar el corazón de una atractiva redactora del *Harpe's Bazaar*, la célebre revista de moda neoyorkina. Con la capota bajada a pesar del frío, nos llevó cada fin de semana a descubrir los admirables paisajes de Nueva Inglaterra, las orillas heladas del San Lorenzo con sus pintorescos pueblos franceses, los campos de batalla de la risueña Virginia, y otros cien decorados inolvidables del Este americano, todos tan propicios a la eclosión de una pasión amorosa.

La apoteosis de aquella complicidad automovilística se desarrolló una mañana del verano siguiente ante el porche monumental del New York City Hall, el ayuntamiento de Nueva York. Tal como exige la costumbre norteamericana, decoré para la ocasión el capó, el parabrisas y el *spider* del Chrysler con cintas y claveles blancos. Porque aquel día me casaba con Aliette, mi bonita redactora de moda. Varios días antes, envuelto en una toga negra y tocado con el ritual birrete negro de borlas, había subido al estrado del colegio Lafayette para recibir solemnemente de manos de su presidente el diploma de Bachelors of Arts.

Dominique Frémy, mi compañero de aventuras en el Amílcar, había cruzado el Atlántico en barcoestop para darme la sorpresa de ser testigo de mi boda. Fuera nos esperaba el heredero del Nash y el Amílcar para llevarnos —a él, a mi mujer y a mí— a una aventura que los héroes del París-Saigón no habían probablemente ni imaginado para su *Jeannette*: un viaje de novios para tres. Dirección: México D.F., a unos siete mil kilómetros de Nueva York. Larigaudie había escrito que con un esmoquin y unos pantalones cortos se puede ir a todas partes. Mi joven esposa recordaba la lección pero había calculado a su manera las proporciones respectivas. Me dio todo el trabajo del mundo amontonar en el *spider* sus maletas rebosantes de trajes de noche. En cuanto al esmoquin que llevaba yo, me interrogaba sobre su utilidad real. Tendríamos que viajar en plan duro, teniendo por toda fortuna sólo trescientos dólares, lo justo para apagar la sed del Chrysler, sobrevivir a base de bocadillos y dormir en modestos moteles de camioneros. Pero ¡qué importaba! ¡Teníamos veinte años y estábamos enamorados!

Un beso ruso sobre un banderín tricolor

—Señor mariscal, quisiéramos viajar en automóvil a través de la URSS en compañía de nuestras esposas. Como no hablamos su lengua, hemos propuesto a una

joven pareja de periodistas soviéticos que nos acompañen y nos sirvan de guías e intérpretes. Le pedimos que nos conceda las autorizaciones excepcionales necesarias.

La escena se desarrollaba cuatro años después una tarde de lebrero de 1956 bajo las arañas de estilo rococó de la gran sala de San Jorge del Kremlin, donde el todo Moscú festejaba al presidente de la República francesa, Vincent Auriol, y a su esposa. El personaje de perilla blanca a quien acababa de dirigirme me contempló con asombro.

—¿En automóvil?

Era el mariscal Nicolás Bulganin, presidente del Consejo de Ministros, la más alta autoridad de la Unión Soviética. A su lado se encontraban Vlacheslav Molotov, ministro de Asuntos Exteriores, el mariscal Vorochilov, y varios dignatarios más a quienes mi petición había sumido en un estupor similar.

Paris Match me había enviado a Moscú a cubrir la visita del presidente de la República francesa. Pero el ideal de Larigaudie y Drapier continuaba inflamando mis sueños. Mi trabajo de gran reportero del primer semanario europeo de actualidad colmaba mi sed de estar allí donde se hacía la historia. Por muy excitantes que fuesen mis reportajes, les faltaba ese perfume de aventura que habían sabido inventar los héroes del París-Saigón.

Un día, al regresar en coche de una investigación en provincias, me volví hacia el fotógrafo que me acompañaba.

—¿Te tentaría atravesar la URSS en coche con nuestras esposas durante las próximas vacaciones?

El muchacho a quien formulé la pregunta era uno de los fotógrafos estrella de *Paris Match* y mi compañero de trabajo preferido. A los veintinueve años, con su metro ochenta y siete, sus cabellos despeinados, su cara de arcángel y su inseparable Leica en torno al cuello, Jean-Pierre Pedrazzini encarnaba a la nueva generación de reporteros de choque nacida después de la segunda guerra mundial. Su valor, su generosidad, su modestia y su físico de galán joven le otorgaban un lugar aparte en la revista. Había tenido la suerte de hacer mi primer reportaje con él con ocasión de las elecciones británicas. Cuando el Viscount que nos llevaba a Londres aceleró sobre la pista de Orly, vi cómo su mano esbozaba el gesto que hacen los toreros cuando entran en el ruedo: el signo de la cruz. El joven que había arriesgado su vida en tantos reportajes peligrosos no se avergonzaba de su miedo.

La sorpresa del jefe supremo de la URSS y el aire escéptico de su séquito eran reacciones previsibles. Ningún extranjero había sido autorizado a surcar libremente las carreteras soviéticas al volante de su coche. Un dentista de Chicago que había intentado «forzar» la frontera soviético-finlandesa había visto su jeep prontamente embarcado sobre un vagón de mercancías y reexpedido a Finlandia. Todos los expertos consultados eran categóricos: jamás, en un país donde el mismo principio

del viaje individual estaba prohibido, dejarían entrar y circular en libertad a cuatro ciudadanos de un país capitalista. ¿Por qué los rusos accederían a mostrar la insuficiencia de su red de carreteras, de sus hoteles, la pobreza de sus campos? ¿Por qué favorecerían contactos con extranjeros que no harían más que sembrar ideas subversivas? ¿Por qué dejarían pasar a turistas por itinerarios que en cualquier momento desembocarían fatalmente en una zona prohibida?

El presidente Auriol, a quien nuestro proyecto había seducido, no dudó en hablar de ello a Nikita Jruschov en persona.

—¿Sabe qué quiere hacer este chico? —dijo, señalándome paternalmente, con el dedo—: ¡Pasearse por todo su país en coche! Si yo tuviera cincuenta años menos, me iría con él. Hay que darle permiso.

Espié con el corazón palpitante la reacción del primer secretario del partido comunista soviético. Meneó la cabeza mientras sus ojos se iluminaban con un extraño resplandor:

—Mi querido presidente, no es hora de hacerme semejantes proposiciones. ¡Me impedirá dormir!

Las vacaciones llegaron, pero ya nos habíamos despedido de la autorización tan esperada. Jean-Pierre y su joven esposa alquilaron un velero en el Mediterráneo, y mi mujer y yo una villa en la Costa del Sol española. Nuestros sueños de aventuras a través de las planicies infinitas de Ucrania, a lo largo de los meandros del Volga y en las playas de Crimea se habían esfumado. Entonces llegó un telegrama de Moscú: «LES CONCEDEMOS AUTORIZACIONES —decía—. ENTRARÁN EN LA URSS POR LA CIUDAD DE BREST-LITOVSK. PROPONEMOS ITINERARIO POR MINSK, MOSCÚ, JARKOV, KIEV, YALTA, KRASNODAR, ROSTOV, STALINGRADO, KAZÁN Y GORKI. COMUNIQUEN FECHA DE LLEGADA A BREST-LITOVSK». Me abalancé sobre un mapa. ¡Milagro! ¡Nos ofrecían un periplo de trece mil kilómetros que cubría casi toda la Rusia occidental!

Necesitábamos un coche a la altura de un recorrido tan largo. Al final nos enamoramos del *break* Marly de ocho cilindros fabricado por Simca. Aquel elegante modelo pintado en tonos paja y oro gustaría sin duda a los soviéticos. Hice inscribir en las alas el nombre de *Paris Match*, en las puertas, la mención «A través de la URSS en automóvil» y, en ruso, en las alas traseras: «Periodistas franceses». Abandonamos un París en fiestas: era el 14 de julio. Tres días después llegamos al puesto fronterizo soviético de Brest-Litovsk. Comenzaba la gran aventura. En el grupo de funcionarios de uniforme que nos esperaban se hallaba un gigante rubio de abundante cabellera.

—Me llamo Stanislav Ivánovithc Petújov —nos anunció en un francés impecable —. Soy periodista de la *Komsomólskaia Pravda*, el diario de las Juventudes comunistas. He sido designado para acompañarles. Mi mujer Vera se reunirá con nosotros en Moscú. Sean bienvenidos a la Unión Soviética.

Flanqueados por dos jeeps atiborrados de militares, hicimos nuestra entrada en esa pequeña ciudad donde, el 3 de marzo de 1918, los bolcheviques habían dado la vuelta a la historia del mundo firmando la paz con Alemania para tener las manos libres y hacer triunfar su revolución.

Al día siguiente, en la inmensa plaza de la estación de Minsk, tuvimos el primer contacto con el pueblo ruso. Un maremoto. Por decenas, las caras se achataron contra los cristales del Marly. Al principio nos observaron con asombro, un poco como a peces exóticos en un acuario. Un *mujik* barbudo salido directamente de una novela de Dostoyevski se decidió al fin a entablar conversación. Comprendí que se interesaba por la marca de nuestro modelo de coche y su precio de compra. Una *bábushka* metida en carnes, tocada con un pañuelo, preguntó a su vez si el coche nos pertenecía. Un adolescente, al descubrir en las alas la inscripción «Periodistas franceses», se plantó delante del parabrisas para recitarnos un poema de Victor Hugo. Después, acercándose a mi cristal, nos pidió en voz baja periódicos franceses. La presión subió de tal modo que Jean-Pierre tuvo que arrancar para alejamos, pero la marea humana se formó de nuevo. Para aquella gente que vivía desde hacía tanto tiempo aislada del resto del mundo, la aparición de aquel coche bicolor con cuatro «marcianos» a bordo era un espectáculo casi increíble. Encontraríamos la misma curiosidad, la misma admiración a lo largo de todo nuestro periplo. En cada parada nos asaltaban, rodeaban, sumergían. Algunos curiosos se deslizaban bajo el chasis para admirar la suspensión. Nos pedían a cada instante que levantáramos el capó para contemplar el motor. Otros metían la cabeza por los cristales para admirar el acondicionamiento interior. En Tiflis, Georgia, policías a caballo se vieron obligados a disparar a fin de apartar a la multitud entusiasta; en Jarkov, unos niños se llevaron las escobillas de los limpiaparabrisas como si fueran trofeos; en Kiev, un conductor de taxi nos suplicó que le lleváramos a dar un paseo. Consumimos decenas de litros de agua por el mero placer de mostrar cómo se deslizaban chorros de agua que limpian el parabrisas, accesorio desconocido en los coches soviéticos. En Yalta, una anciana señora llegó a implorarnos que deshincháramos un neumático «para respirar el aire de París». Radio Moscú había anunciado nuestra expedición y nos esperaban por doquier en un ambiente febril.

En Sujumi, un balneario a orillas del mar Negro, nos esperaba un encuentro singularmente emocionante. Un hombre de unos treinta años y cabellos rizados se abrió paso entre el gentío que asediaba el coche. Cuando llegó a nuestra antena de radio, le vi coger nuestro banderín tricolor, desplegarlo con respeto y llevárselo a los labios.

—Es absolutamente necesario que hable con ustedes —nos murmuró en un francés con sorprendente acento marsellés—. Iré a su hotel a las nueve de la noche. ¡A menos que el KGB no me haya arrestado mientras tanto!

A las nueve en punto llamaron a la puerta. Jean-Pierre había sacado nuestra única botella de *pastis*. Antes de sentarse, el desconocido inspeccionó minuciosamente hasta el mínimo rincón de la habitación, desplazó los muebles, descolgó los cuadros, siguió los hilos que se extendían a lo largo de los zócalos y examinó todos los objetos sospechosos. Tranquilizado al fin, se instaló en un sillón y encendió un cigarrillo. Le serví un *pastis* bien cumplido mientras Jean-Pierre ponía en marcha el magnetófono. No estábamos tranquilos del todo. ¿Y si era un provocador?

—Me llamo Georges Manoukian —empezó diciendo—. Era zapatero en Marsella. Mis padres son armenios, pero yo soy francés. —Extrajo un trozo de cartón del bolsillo de la camisa—. Miren: «République Française». Es mi documento de identidad. —Se acercó al micro—: Mamá, no puedo decirte quién soy, pero seguramente reconocerás mi voz. Es tu hijo quien te habla. Acuérdate: te debo dos mil francos que me prestaste en el Casino de Aix la noche de fin de año de 1945. Mamá, te lo suplico: ve a ver a todos los parientes y amigos de la calle de los Zapateros y diles que no hagan la tontería que hice yo al venir a este país.

—Y usted, ¿por qué hizo esa «tontería»? —preguntó oportunamente Jean-Pierre.

El armenio sonrió con viveza, enseñando todos sus dientes de oro.

—Éramos jóvenes, el barco era hermoso. Nos dijimos: vámonos a dar una vuelta por allí abajo y, si no nos gusta, volvemos. Éramos seis mil los que pensábamos así. La propaganda soviética, los parientes que nos animaban a partir, el gusto por la aventura… Cuando llegamos a Batum, nos metieron en vagones de ganado. Nos habían prometido un empleo, un buen salario, una casa, un coche y todo lo demás. De hecho, encontramos el infierno. No se debería decir: «¡Vete al diablo!», sino: «¡Vete a la Unión Soviética!» Tuve que robar para comer. Hasta el día en que, no pudiendo más, decidí evadirme. Una noche partí hacia Turquía llevando a la espalda un saco de patatas en el que había escondido doce gatos. Cuando llegué a la frontera y me husmearon los perros de los guardias, solté a los gatos. Los perros corrieron en todas direcciones en pos de los gatos y yo lo aproveché para saltar al río. Por desgracia, un centinela me vio y me atrapó. Me ofrecieron un viaje en un vagón jaula hasta el campo de Verkoyansk, un rincón de Siberia que pasa por ser el lugar más gélido de la tierra. Fui condenado a diez años de cárcel. Para abreviar mi pena, solicité formar parte del comando encargado de vaciar los pozos negros del campo. El trabajo era tan repugnante que un día de detención contaba por tres. A causa de la fetidez que nos impregnaba, nos encerraban en un barracón aparte. Permanecí tres años. A mi regreso a la Armenia soviética, unos amigos me ayudaron a comprar un documento de identidad en el cual no figuraba la mención de mi estancia en el gulag. Desde entonces vivo de pequeños trabajos aquí y allá, a la espera de obtener el derecho de volver a Francia.

¡Volver a Francia! Seis mil franceses armenios como Georges Manoukian

perseguían desesperadamente este sueño. A todo lo largo de nuestro recorrido encontraríamos a decenas que nos suplicarían que interviniéramos en su favor. Su caso era trágico. Todos los diplomáticos consultados en Moscú fueron categóricos: los soviéticos nunca dejarían marchar a enemigos tan fanáticos del «paraíso socialista». Dos semanas después, cuando pasamos de nuevo por Sujumi a la vuelta de Tiflis, una mujer con la cara medio oculta por los pliegues de un pañuelo se acercó al coche. Con algunas palabras murmuradas en inglés, nos informó de que la policía había arrestado a Georges Manoukian después de nuestra marcha.

* * *

Siete años más tarde, mientras me encontraba en mi casa de París, recibí una llamada telefónica de Marsella. La voz del otro extremo del hilo tenía un acento tan marcado que creí que se trataba de nuestro armenio de Sujumi. No era él, sino su hermano, que vivía en la calle de los Zapateros.

—Señor Lapierre, solicito su ayuda. Acaba de producirse un milagro: mi hermano Georges ha obtenido el visado de salida de la URSS, ¡pero ahora resulta que las autoridades francesas le niegan el visado de entrada en Francia! ¡Se lo suplico, haga algo! ¿Se acuerda? Mi hermano tuvo el valor de besar la bandera francesa de su coche delante de todo el mundo. Usted publicó la foto en *Paris Match*. A los soviéticos no les gustó demasiado. Le condenaron a ocho años de prisión más allá del círculo polar… —El hombre podía apenas contener su emoción—. Y ahora son los franceses los que no quieren saber nada de él.

Pedí enseguida una entrevista a un amigo de mi redactor jefe que desempeñaba altas funciones en el Servicio de inteligencia. Le llevé la foto de Georges Manoukian besando el banderín tricolor y defendí con vehemencia su causa. El policía permaneció frío como el mármol.

—Mi querido Dominique Lapierre, es usted de una ingenuidad sorprendente —contestó al fin—. Debería sospechar que si los rusos han liberado a «su» Manoukian es porque han hecho un trato con él: «su» Manoukian es ahora un espía del KGB.

La afirmación me dejó pasmado. Aquellos «polis» tenían una imaginación delirante. Cruzó mi memoria el recuerdo de aquel pobre tipo describiéndonos su intento de evasión con los gatos y sus tres años de pesadilla en el gulag vaciando letrinas.

—Puede ser que este hombre sea hoy un espía —dije—, pero le garantizo que después de pasar quince días entre su familia y sus amigos de la calle de los Zapateros de Marsella, el KGB podrá borrarle de sus listas. Lo ha pasado demasiado mal para servir de modo duradero al régimen de los verdugos.

Meneando la cabeza con aire escéptico, el policía me aseguró que estudiaría el caso.

Tres meses después, encontré una tarde un magnífico ramo de flores ante la puerta de mi apartamento parisino. En la tarjeta de visita sólo había tres palabras: «Gracias. Georges Manoukian».

* * *

Pasaron treinta años. Un día de 1993 tuve ganas de saber qué había sido del armenio de Sujumi. Mi mujer interrogó el Minitel. Encontró tres Georges Manoukian residentes en Marsella. Marqué el primer número. Nadie contestó. Marqué el segundo. Alguien descolgó. «Querría hablar con el señor Georges Manoukian…» Apenas había acabado de pronunciar Manoukian cuando estalló una voz en el auricular: «¡Apuesto algo a que es el señor Dominique Lapierre de *Paris Match*!».

Varios días después fui con una botella de champaña a saludar al superviviente del gulag al coquetón apartamento del número 10 del callejón del Gaz donde vivía jubilado. Brindamos por el emocionante recuerdo de nuestro encuentro en la Unión Soviética. Ya no tenía los dientes de oro, pero se mantenía igual que cuando le vimos abrirse paso entre la multitud para besar nuestro banderín. A su regreso a Francia había encontrado un empleo en París en la tienda de un zapatero artesano parisién. Pero llevaba Marsella en la sangre. Volvió a la ciudad con la que tanto había soñado en el campo de Siberia y abrió allí un tenderete de zapatero. Una carta de su esposa recibida a principios de 1996 me informó de que Georges Manoukian había muerto de un infarto mientras iba de compras. «Volver a verle fue la última gran alegría de su vida», concluía la pobre mujer.

Unos mecánicos directamente salidos de una novela de Tolstoi

Las trampas de las carreteras rusas amenazaban cada día con desintegrar nuestro pobre coche. Pero lo peor era el jugo infame y maloliente que debíamos suministrarle a guisa de carburante. Habríamos preferido emborracharlo con vodka. No obstante, todo había empezado muy bien para él. Pudimos saciarlo con un superlleno de octanos en la gasolinera del hotel Metropole en la plaza del teatro Bolshoi de Moscú, sin saber que era la única vez que podría deleitarse con semejante néctar: sólo existía un único surtidor que vendiera súper en toda la Unión Soviética. Por doquier, el pobre octanaje y las impurezas —arena, polvo de ladrillo machacado, laminillas de metal herrumbroso— hacían difícil la consumición de la gasolina por una mecánica occidental moderna. El resultado era atroz. Teníamos que filtrar el líquido que se nos

ofrecía a través de toda clase de tamices, en particular el clac de mi abuelo, la prodigiosa sonoridad de los ocho cilindros en V se acababa a cada instante en una vergonzosa explosión. Privado de una buena mitad de su potencia, nuestro coche se arrastraba a la velocidad de los carros de gitanos que encontrábamos por el camino. Diez, veinte veces por día teníamos que detenernos para limpiar el carburador y soplar en el chiclé. En Sotchi, un balneario del mar Negro reservado para los dignatarios de la «nomenklatura», el potente motor expiró en medio de un surtido de hipidos. ¿Qué hacer ahí, a tres mil kilómetros del primer concesionario de Simca, en ese país donde no estaba representada ninguna marca extranjera, donde no existía ningún taller para coches particulares? Según la opinión unánime, la única solución era conducir al infortunado al gran hospital local de motores, en este caso, la cochera de autobuses municipales, donde Slava, el periodista ruso que nos acompañaba, me aseguró que «encontraría para nuestro enfermo toda la ciencia de los técnicos soviéticos y la precisión de sus máquinas».

Los técnicos en cuestión tenían nombres de personajes de Tolstoi: Se llamaban Vladimir Alexándrovitch e Iván Nikoláyevitch. En la entrada de su taller, bajo una monumental banderola que proclamaba «Adelante hacia el comunismo», había un cuadro de honor. Me tranquilizó descubrir bajo las efigies de Karl Marx, Lenin y Stalin, las fotos de Vladimir e Iván. ¡El Marly estaba en buenas manos! Tanto más cuanto que el director de la cochera y su primer ingeniero, los dos con corbata y chaqueta, habían acudido en auxilio de los mecánicos con mono. Tras una minuciosa auscultación del motor mantuvieron un largo conciliábulo. Conclusión bastante alarmante: había que desmontar la culata a fin de ajustar los balancines y proceder a un esmerilado de las dieciséis válvulas. Aquellos rusos, que no habían tocado jamás una mecánica extranjera, ¿iban a ser capaces de semejante cirugía? Perdido en aquel rincón de la URSS, comprendí de pronto el carácter universal de la mecánica. Sin una palabra, con gestos precisos, casi instintivos, Vladimir e Iván empezaron a desmontar el motor. Ocho horas después, a medianoche, cuando el himno nacional soviético resonó en la pequeña radio del taller, acabaron de colocar en silencio el último perno. La reparación había terminado. Bajo las miradas ansiosas de los dos stajanovistas de facciones tensas, me senté al volante. Mis dedos temblorosos sintieron el metal helado de la llave del contacto. Vladimir e Iván espiaban mi mano como si fuese a enviar un *Sputnik* al espacio. ¡Habían trabajado tanto! Puse fin al «suspense» dando la vuelta a la llave. El motor se puso en marcha. Pero yo estaba demasiado acostumbrado a su música para no descubrir enseguida que a la orquesta le faltaba la mitad de los instrumentos. El formidable trabajo de los dos rusos no había servido de nada. Nuestros ocho cilindros no habían recuperado el alma. Me sequé una lágrima de rabia y cerré el contacto.

—Habrá que llamar a Boris —sugirió Vladimir, admirando la pequeña torre Eiffel

que Jean-Pierre le había regalado.

—¿Boris? ¿Quién es Boris?

—Es el señor ingeniero responsable de los carburadores —tradujo Slava, orgulloso de demostrarnos que su país era rico en especialistas.

El reloj de péndulo del taller indicaba la una de la madrugada.

—¿Es que se puede encontrar a este especialista a una hora semejante? —me inquieté.

—Sin ningún problema —intervino Iván—. Está de guardia en la otra cochera. Voy a avisarle.

Así vimos llegar a nuestro último recurso, un muchacho alto con gafas a quien este SOS nocturno no parecía haber sorprendido. Auscultó largo rato el ruido del motor, aceleró varias veces y pronunció su diagnóstico:

—La gasolina no circula correctamente por el carburador porque está atascado en alguna parte.

El «doctor» Boris desconectó los tubos y los vástagos y luego desmontó el carburador como quien extrae un corazón. Lo dejó con precaución sobre el banco, quitó la tapa y retiró los flotadores. En menos de un minuto, el órgano vital de nuestro pobre coche se encontró deshuesado en un centenar de piezas minúsculas. Me pregunté angustiado cómo podría Boris recomponer ese rompecabezas de metal. Entonces sometió a cada tornillo, cada chiclé, cada recoveco del depósito, cada entrada de carburante a la furiosa tempestad de un chorro de aire comprimido. Después volvió a montar el conjunto y puso de nuevo el carburador en su lugar. Antes de conectar otra vez el tuvo de entrada del carburante, tomó la precaución de instalar un pequeño dispositivo de filtración suplementaria destinado a impedir definitivamente el paso de las impurezas. Contacto. Rugido de motor. No podía creer lo que oía. Estreché a Boris entre mis brazos mientras Jean-Pierre abría una botella de vodka. El Marly estaba salvado. La noche se terminó con una vuelta a cien por hora por las calles desiertas de Sotchi, virajes a toda velocidad y aceleraciones de Gran Prix. Desperté sin rubor a toda la ciudad mientras saludaba a Drapier y Larigaudie con un diluvio de aleluyas. El hermoso sueño podía continuar.

* * *

Ningún incidente alteraba el buen humor de Slava, nuestro colega soviético. Desde nuestra llegada a su país, este compañero discreto, expresivo, de una paciencia evangélica con nuestras insaciables exigencias, tenía el puntillo de traducimos los grandes carteles de propaganda que tapizaban todo el paisaje. «Campesinos, aprended las ciencias». «Saludamos al mundo con nuestro trabajo excepcional». «¡El pueblo soviético lucha con todas sus fuerzas por la paz!» Más lejos, era una niña de largas trenzas rubias quien agitaba un pico, gritando: «Seamos los maestros de los buenos

cultivos». Y más allá, un hombre grueso que se parecía a Jruschov bajo un sombrero de paja, levantaba en brazos una enorme sandía gritando, risueño: «Cultivemos bien la URSS». Los había a centenares. Slava nos aseguró que todos estos carteles habían sido instalados por los propios campesinos y obreros «a fin de presionar a nuestros dirigentes».

Aquel muchacho era un puro producto del sistema, aunque sólo hacía tres años que era miembro del partido. Un día en que le contaba mi reportaje sobre la guerra de Corea, me animé a sondear sus conocimientos.

—Slava, ¿me puede explicar por qué los coreanos del Norte han invadido a sus vecinos del Sur? —le pregunté.

—Pero Dominique, ¿qué dice? Sabe muy bien que son los norteamericanos y los surcoreanos quienes han agredido al Norte.

De veintiocho años, nariz respingona y ojos verdes chispeantes como el champaña, su joven esposa Vera se nos había unido en Moscú. Daba clases de piano en un instituto de segunda enseñanza. Era la primera vez en su vida que conocía a los habitantes de un país capitalista y que salía a descubrir su propia patria. Un día en que acampamos en el Cáucaso, contempló largamente el barreño donde mi esposa lavaba mi camisa. El material del recipiente le pareció extraño. Vera Petújov no había visto nunca el plástico.

* * *

Las llanuras infinitas de Ucrania bajo la lluvia. Un impulso vagabundo me tienta de improviso a abandonar la carretera principal en dirección a los tejados rojos de un *koljós* que se divisa a varios kilómetros. ¿Cómo viven estos *mujiks* funcionarios? Intentaremos entrar en casa de uno de ellos e instalamos allí durante algunos días. En Minsk hemos hecho lo mismo con un ferroviario; en Moscú, con una vendedora de los grandes almacenes Gum; en Tiflis, con un cirujano del hospital central; en Gorki, con un obrero de las fábricas de automóviles Pobieda. Ningún extranjero se había infiltrado nunca de este modo en la intimidad del pueblo ruso. El coche nos sirve de pasaporte. ¿Quién querría cerrar su puerta a este mítico carruaje bicolor llegado de Occidente? Pero de pronto siento que el Marly patina bajo mis dedos como sobre el hielo. El camino está tan mojado que las ruedas ya no se adhieren. Por más que maniobre como un piloto de rally en las dunas del Sáhara, la gleba de Ucrania engoma y aspira el vehículo como una ventosa. Al final, el coche se hunde hasta el vientre. Jean-Pierre se apresura a inmortalizar la escena en una película. Encantado con la peripecia, Slava aplaude como un niño. Su diario de Juventudes comunistas no le ha preparado en absoluto para este tipo de aventuras. ¡Imaginémoslo! Un soviético naufragado en plena Ucrania a bordo de un coche matriculado en París y además ocupado por cuatro jóvenes capitalistas de ideas más que subversivas… ¡Un mundo!

Pero la euforia de nuestro compañero se desvanece bruscamente. Como nosotros, acaba de ver surgir de todas partes soldados que apuntan sus metralletas en nuestra dirección. Un oficial se precipita gritando hacia Jean-Pierre para apoderarse de su cámara fotográfica. Mi compañero le esquiva con una pirueta y el oficial cae de cabeza en el barro. Las mejillas sonrosadas de Slava se toman lívidas. Aunque sea uno de los privilegiados que poseen el carnet del partido, sabe que este pedazo de cartón no le ayudaría en absoluto en una confrontación con militares. Pero ¿por qué estos soldados de cráneo rapado persisten en amenazarnos? Slava intenta averiguarlo. Según el oficial cubierto de barro, estamos en el centro de una zona militar prohibida y hemos cometido el crimen de tomar fotografías. Los soldados nos empujan con la punta de sus armas hacia unos barracones protegidos con alambradas de púas. Nos encierran en una especie de cuchitril que apesta a grasa rancia. Por una ventanuca provista de barrotes, descubro el motivo de este zafarrancho: una serie de radares y varias piezas de artillería pesada ocultas a menos de cien metros bajo redes de camuflaje.

—Pichoncito mío, ¡has elegido muy bien el lugar para tomar fotos! —comenta con fingida seriedad la mujer de Jean-Pierre.

Fotos o no, ninguna agencia de viajes habría podido ofrecernos una experiencia semejante. Después de dos horas de inquieta espera, la puerta de nuestra celda se abre. Dos oficiales de la policía militar, reconocibles por sus brazales rojos, han llegado de Kiev. Nos hacen entrar en la habitación principal. Los dos militares, uno gordo y otro muy flaco, como en las películas, se instalan detrás de una mesa. Nuestro interrogatorio da comienzo inmediatamente. El informe que nos leerán empieza así:

«Nosotros, los abajo firmantes coronel Illysef, teniente mayor Trigu, teniente mayor Pietrov y soldado Bielli, declaramos haber visto el 13 de agosto de 1956 a las 16.05 h. un coche de color amarillo y negro acercarse a instalaciones militares y detenerse. Varias personas se apearon de este vehículo y tomaron fotos. Estas personas eran:

»1.º El *tovarich* Petújov, Stanislas, que se declara corresponsal de la *Komsomólskaya Pravda* y que ha presentado su documento de identidad.

»2.º El *tovarich* Lapierre, Dominique, que ha presentado un carnet de periodista francés, según el cual ha nacido en Châteaillon-Plage, Francia, el 30-07-1931.

»3.º El *tovarich* Pedrazzini, Jean-Pierre, sin documento de identidad,[20] que se declara asimismo periodista francés.

»4.º Las *tovarichi* Lapierre, Aliette, y Pedrazzini, Annie, que se declaran esposas de los ciudadanos antes citados».

Siguen seis páginas explicando que hemos fotografiado intencionadamente los objetivos militares de la zona donde nos hemos detenido. Negamos con energía esta

afirmación, pero el grueso coronel se muestra intratable. La discusión se eterniza. Para poner fin, Jean-Pierre abre con brusquedad su cámara, extrae la película incriminada y la alarga al oficial.

—¡Tome! ¡No tenemos ganas de ir a Siberia! —declara—. ¡Pueden ver por sí mismos si hay secretos militares en esta película!

Slava pasa esta vez de la palidez al carmín y traduce. El oficial menea la cabeza con una sonrisa.

—Se equivoca —objeta con calma—, Siberia es un país muy bello. —Y tras una pausa, añade—: Yo pasé allí siete años.

* * *

Afortunadamente, el asunto no pasó de ahí. Pudimos reemprender nuestra ruta. Después de quinientos kilómetros de pistas llenas de baches, torrentes vadeados y atascos diversos, el Marly llega al corazón del Cáucaso. Nuestro banderín tricolor flota en la copa de un joven roble entre nuestras tiendas. Somos los primeros extranjeros en acampar en este país sometido a implacables reglas policíacas. El telón de acero, la guerra fría, la revolución proletaria, el terror rojo y el gulag nos parecen de repente invenciones de película catastrófica. Jean-Pierre enciende un fuego sobre el cual nos cuece lentamente una suculenta pasta *alla carbonara*. Nuestras mujeres bajan al río a hacer la colada. Con su voz profunda, Slava entona viejas melodías rusas que Vera acompaña con la armónica. Nos bañamos en plena euforia. Pero esto no durará. La noticia que anuncia nuestro paso se difunde por toda la región. «Delegaciones» de montañeses y veraneantes surgen por doquier. Nos prodigan muestras de amistad, dicen que dejar a huéspedes tan distinguidos dormir bajo una tienda no es un modo conveniente de recibirlos, nos ofrecen pescado, miel, fruta. Sobre todo, admiran el coche. Distribuimos nuestras últimas torres Eiffel y nuestros pañuelos con el escudo de París. Un georgiano alto y mal afeitado me jura que seré su hermano hasta la muerte, me agarra el mentón con su gran mano callosa y me besa apasionadamente en la boca. Slava me garantiza que es una costumbre georgiana muy antigua. El coche se enriquece con nuevos mensajes de amistad trazados en el polvo que envuelve la carrocería. «Francia y la URSS son los dos mejores *tovarichi* de la tierra», afirma uno de ellos. «¡Viva Yves Montand y Edith Piaf!», proclama otra inscripción. «Los obreros de Jarkov saludan a los de Francia», «¡Paz en el mundo entero!»… Renunciamos a lavar el coche para poder llevar a Francia todos estos mensajes de un pueblo efusivo, sin saber que esta decisión nos puede valer una cuantiosa multa. En efecto, la ley soviética exige a todo conductor que mantenga su vehículo en un estado de perfecta limpieza.

A nuestro regreso a Moscú, la suciedad del Marly causa sensación. Los policías de tráfico nos dan caza. Unos silbidos nos intiman a detenernos. Los agentes salen de

su garita y pasan el índice por la carrocería con aire escandalizado. Como nos resulta difícil repetir en ruso la razón por la cual queremos conservar este polvo con sus inscripciones, pido a Slava que redacte sobre un trozo de cartón una declaración dirigida a los agentes de policía del Gran Moscú para decirles que «no hemos lavado nuestro coche para llevar a Francia un poco de la tierra rusa y de las innumerables muestras de amistad que la gente ha escrito en él».

* * *

Ha llegado el día de la gran partida. Slava está exultante: ha obtenido autorización para acompañarnos hasta Francia. Su periódico le ha confiado un gran Zim negro en cuyos flancos ha hecho pintar en francés: «Moscú-París. Periodista soviético». Por desgracia, Vera no hará el viaje. A fin de apagar cualquier veleidad que pudiera tener su marido de aprovechar la salida de la Unión Soviética para «elegir la libertad», las autoridades policiales la retienen como rehén. Nuestro colega encuentra muy natural que «la escuela de Vera necesite absolutamente su presencia para enseñar el piano a sus alumnos». Un cámara de la televisión soviética vendrá en lugar de la joven. Nos entristece tener que dejar a nuestra amiga rusa tras el telón de acero.

Una mañana de octubre, cargado de latas de caviar, de discos, de libros y de toda una colección de muñecas rusas y miniaturas del Kremlin esculpidas en madera, que nos habían regalado en Gorki, Rostov, Minsk, Yalta y en otros lugares, el Marly arranca en la plaza Roja bajo las miradas asombradas de los centenares de personas que hacen cola para entrar en el mausoleo de Lenin. Dirección: París. El invierno planea ya sobre la inmensidad rusa. Por doquier, los habitantes se han puesto las chaquetas enguatadas y calzado las botas de fieltro que constituyen el uniforme del frío. Dentro de tres o cuatro semanas, la carretera habrá desaparecido bajo el colchón blanco del General Invierno, vencedor de Napoleón y de Hitler.

Nuestra vuelta al redil es saludada por toda la redacción de *Paris Match* congregada en los Campos Elíseos. Numerosos representantes de la prensa, fotógrafos de agencia, cámaras de actualidades televisadas y de cine se encuentran también allí. Slava y su colega no creen lo que están viendo: los reciben como al zar, o al gran duque. Un equipo de *Match* los espera para conducirlos a través de Francia. El primer contacto de nuestro camarada con nuestro país se ha saldado, no obstante, con un pequeño fracaso. Queriendo a toda costa confraternizar con el policía que controlaba su pasaporte en la frontera, Slava le ofreció un cigarrillo ruso, uno de esos *papiros si* con una larga boquilla de cartón y muy poco tabaco. El francés examinó el cigarrillo con una mueca desdeñosa.

—En nuestro país, amigo, llamamos a esto una colilla.

Nos despedimos con emoción de nuestro Marly. Acaricio su gran volante de baquelita negra y hago rugir por última vez su motor, que me ha dado tantas alegrías

y algunas pesadillas. Me consuelo pensando en que después de éste habrá forzosamente otros coches en mi vida: he cumplido veinticinco años entre Karkov y Kiev. Pero conservaré siempre la nostalgia de la sonoridad profunda, generosa, que sólo puede ofrecer el matrimonio de ocho cilindros. Los representantes de Simca me invitan a hacerle recorrer la última etapa de su gran viaje hasta el escaparate de la tienda de exposición de la marca en la avenida de los Campos Elíseos, donde será ofrecido a las miradas curiosas de los parisienses como un espectro de otro planeta. Han preparado pancartas fotográficas que ilustran sus aventuras a lo largo de los trece mil kilómetros de nuestro periplo con el fin de encuadrar al orgulloso coche cubierto de inscripciones de amistad trazadas en el polvo acumulado a través de la inmensidad rusa.

La muerte de un arcángel

¡Ay!, la alegría de saborear nuestra hazaña nos fue negada por la Historia. Catorce días después de nuestro regreso, los patriotas húngaros se sublevaron en Budapest contra la dictadura comunista que aplastaba a su país. Lograron conquistar varios puntos neurálgicos de la capital. La insurrección ganó numerosos barrios antes de extenderse a otras regiones de Hungría. El mundo comunista estaba a punto de perder uno de sus baluartes. Los soviéticos decidieron intervenir. Cuando convoyes de tanques marcados con la Estrella Roja se ponían en marcha hacia Budapest, un Alfa Romeo blanco procedente de Viena forzaba el paso de la frontera húngara y se dirigía a gran velocidad hacia la capital en llamas. Al volante, con los cabellos al viento, embutido en su eterno McIntosh y con la Leica en torno al cuello, un muchacho alto cantaba a voz en grito. Jean-Pierre Pedrazzini no había dudado en responder a la llamada del redactor jefe de *Paris Match*. Había cerrado la maleta, besado a su mujer, hecho una breve incursión en la oficina donde yo clasificaba las fotos de nuestra calaverada en Rusia para gritarme: «¡Hasta pronto, amigo!», y corrido hacia Orly al volante de su Jaguar.

El 30 de octubre está en Budapest ante el Cuartel General del partido comunista en la plaza de la República. Los insurrectos asaltan el edificio. Aparecen tanques enarbolando sus banderas. La multitud los ovaciona y entona *La Marsellesa*. Pero de pronto estalla un grito horrorizado: las banderas rebeldes son una añagaza. De hecho, los carros blindados son conducidos por tanquistas soviéticos que disparan sobre la multitud. Jean-Pierre es alcanzado por tres ráfagas de metralleta en las piernas, la espalda y el vientre. Su camarada de reportaje, el húngaro Paul Mathias, le lleva en brazos hasta la ambulancia de la Cruz Roja. «¡Vigila las cámaras! ¿Tienes las

películas?», se inquieta Jean-Pierre con un castañeteo de dientes. La ambulancia llega al hospital. Horrendo espectáculo: centenares de heridos, de moribundos, están amontonados en los pasillos, los patios, incluso en los sótanos. No hay apósitos, ni medicamentos, ni anestésicos. El valor de Jean-Pierre, que sufre de un modo atroz, causa admiración en todos. Tiene una única preocupación: sus fotos. Cuando una enfermera va a administrarle una segunda inyección de acromicina, él la rechaza, sabiendo que este antibiótico es rarísimo:

—¡Guarde la ampolla! Otros la necesitan tanto como yo.

Cirujanos húngaros intentan cerrar las heridas que le han destrozado el vientre. Ya no tienen *catgut*, ni apósitos, ni antibióticos. Sólo una evacuación inmediata podría salvar tal vez a nuestro camarada. En cuanto se recibe el aviso, la dirección de *Paris Match* y toda la redacción se moviliza para enviar un avión sanitario a Budapest. Un reputado cirujano del hospital de los Inválidos, el doctor Dieckman, se ofrece voluntario para ir a buscar al herido. En el momento de despegar de Budapest, un tanque ruso se atraviesa en la pista. Llamo al embajador de Francia en Moscú, en casa del cual habíamos cenado todos apenas dos semanas antes, y le suplico que intervenga ante las más altas autoridades soviéticas para que hagan despejar la pista inmediatamente. Se avisa al embajador de la Unión Soviética en París, a la Presidencia de la República, al hotel Matignon, al Quai d'Orsay. En pocos instantes se establece una vibrante cadena de solidaridad para salvar a Jean-Pierre. Por fin el avión puede despegar. Será el último en abandonar la capital húngara cercada por el grueso de las fuerzas soviéticas. A las tres horas y treinta minutos de la madrugada del viernes 2 de noviembre aterriza en Le Bourget. Toda la revista espera al pie de la pasarela con el corazón palpitante. El rostro que veo apenas sobre la almohada de la camilla es un semblante demacrado, velado por la barba, lívido, con los ojos hundidos en las órbitas. Una enfermera sostiene un frasco de perfusión encima de los cabellos en desorden. Jean-Pierre parece inconsciente. Una ambulancia le lleva a una clínica de Neuilly, pero todas las eminencias médicas llamadas a su cabecera son unánimes: su estado de debilidad descarta cualquier intervención quirúrgica. Hay que esperar a que su organismo recupere algo de fuerza. Una cruel ironía quiere que su habitación, la número 35, sea la misma donde murió cuatro años antes el mariscal De Lattre de Tassigny. La impresionante fotografía del jefe del ejército francés con uniforme de gala en su lecho de muerte había sido una de las primeras exclusivas que Jean-Pierre había obtenido para *Paris Match.*

Mientras mi camarada agoniza, París estalla a favor de los húngaros sublevados. Los responsables de la tienda de exposición de Simca en los Campos Elíseos se apresuran a disimular el Marly bajo una lona y retiran todas las fotos de nuestro periplo por miedo a que les destrocen el escaparate a pedradas. Me precipito al hotel donde hemos instalado a Slava para cerciorarme de que su seguridad no corre peligro.

Encuentro al infeliz de rodillas en la acera, borrando frenéticamente a brochazos de las aletas de su Zim la mención «Moscú-París. Periodista soviético».

—Dominique, ¡quemarán nuestro coche y quizá nos matarán! —gime al escuchar el eco de los gritos de «¡Abajo la URSS! ¡Muerte a los comunistas!», que llega de los cercanos Campos Elíseos.

Le cuento la tragedia que aflige a Jean-Pierre. Parece tan trastornado que temo que se derrumbe.

—¡Balas soviéticas! —exclamo—. Qué ironía después de estos tres meses de amistad compartida entre nosotros.

Al oír estas palabras, los cristales de sus grandes gafas se empañan de lágrimas. Me coge las dos manos y las aprieta con todas sus fuerzas.

—Pobre Jean-Pierre —murmura tristemente—, pobre Jean-Pierre.

* * *

—¡Dominique, quiero ver mis fotos!

Entre crisis de delirio, la pregunta no deja de repetirse. Después de arrancar la página que le muestra sobre la camilla a la salida del avión, un verdadero muerto viviente, le llevo el número de *Paris Match* que contiene su reportaje. Será su última alegría. Su estado empeora rápidamente. Su nivel de urea sube a 1,40 gramos, señal de que todo su organismo se está envenenando. Aun así encuentra la fuerza para suplicar a sus enfermeras que llamen a Balzac 00 24, el número de teléfono de *Paris Match*.

—Diles que vengan a buscarme —suplica.

Intento tranquilizarlo. Es impresionante verlo con los ojos entornados de los que sólo se ve lo blanco. Las mejillas, la frente han adquirido un tinte ceroso. Espía los ruidos. Al menor paso en su habitación, entreabre los ojos y sus pupilas giran de un lado a otro con destellos de angustia. Al percibir a su hermana Marie-Charlotte, el ser sin duda más próximo a él, quiere incorporarse:

—¡Charlie, llévame! —le grita.

Después, de repente, me agarra por los hombros para atraerme hacia él con una fuerza extraordinaria.

—¡Ya, Dominique, esto se acaba! —gime—. ¡Esto se acaba!

Hacia la medianoche, una enfermera le pone una inyección de morfina, pero sigue delirando. Entonces le administran una dosis masiva de pentotal. A las tres de la madrugada, el pulso ya es difícil de percibir. Una hora más tarde la respiración se torna más jadeante e irregular. La enfermera le aplica a la cara una máscara de oxígeno. A las cuatro cuarenta deja de respirar. Su hermana deposita un beso sobre su frente y le cierra los ojos.

Miré a mi camarada muerto y comprendí que mi juventud había tocado a su fin.

* * *

Slava Petújov volvió precipitadamente a la URSS. El sangriento aplastamiento de la revolución húngara por los tanques de su país y la muerte de Jean-Pierre habían puesto un fin precoz a su sueño de descubrir la Francia cuya lengua hablaba con tanto amor. Cuando *Paris Match* publicó en tres números el mes de febrero siguiente, el gran reportaje de nuestro viaje por las carreteras rusas ilustrado con sorprendentes fotos de Jean-Pierre, Slava fue sancionado inmediatamente por la dirección de su periódico y por las autoridades policiales que le habían encargado vigilarnos durante el viaje. ¿Cómo había cometido la imprudencia de permitirnos tantas libertades? Intentó redimirse publicando, en la primera plana de su periódico *Komsomólskaya Pravda*, un artículo vitriólico denunciando mi modo de dar cuenta de nuestras aventuras y de nuestros encuentros con el pueblo ruso. Pero este panfleto patético contra «sus amigos franceses» no bastó para evitarle un implacable castigo. Fue despedido y desterrado a Siberia durante tres años.

En la actualidad, Slava vive en Moscú, medio paralizado como consecuencia de una operación de la columna vertebral. Se divorció de Vera hace unos diez años y se casó con su enfermera. Le telefoneo regularmente para evocar los días felices de nuestra juventud, cuando descubrimos juntos el universo prohibido de su país.

El espíritu del éxtasis

Era una de las joyas más bellas nacidas del genio del hombre del siglo XX. Desde que, a principios de siglo, dos caballeros británicos, un aristócrata piloto de carreras y un loco de la mecánica, unieron sus talentos para transmitir a la buena sociedad su pasión por los coches, los Rolls-Royce simbolizaban la perfección suprema en materia de automóviles. Carrozas preferidas de las testas coronadas, de emires, sultanes, maharajas, jefes de Estado, papas, estrellas de Hollywood, reyes de las finanzas, de la industria, del comercio, los Rolls-Royce habían ilustrado en una miríada de carrocerías y modelos la capacidad de sus creadores para hacer un mito de un automóvil. Este mito se alimentaba de leyendas. ¿No decían que los motores de los Rolls-Royce poseían tales perfecciones que sus capós estaban precintados a fin de que sólo los mecánicos de la marca tuvieran derecho a abrirlos para asegurar su mantenimiento? ¿Que todas las piezas estaban fabricadas y ajustadas a mano? ¿Que la producción de un solo coche exigía más de un mes de trabajo? ¿Que no existían dos verdaderamente idénticos? ¿Y que de los sesenta mil Rolls-Royce fabricados

desde el nacimiento de la marca, unos cincuenta mil, es decir ocho de cada diez, seguían circulando tres cuartos de siglo más tarde?

Semejante excelencia tenía evidentemente un precio. Los Rolls-Royce eran los coches más caros del mundo. El cupé ocho cilindros Corniche verde pálido de seis litros y medio de cilindrada que contemplé aquel día de octubre en un escaparate de Londres costaba la bagatela de cuarenta mil libras esterlinas, algo más de quinientos mil francos, el precio aquel año de veinticinco Peugeot 403. Lo más curioso era que la línea de ese coche, como la de todos los otros modelos expuestos, no tenía nada realmente excepcional. Los carroceros italianos de la posguerra nos habían acostumbrado a más originalidad y elegancia. Aquel Corniche, como todos los últimos modelos de Rolls-Royce, tenía un aspecto un poco macizo. ¿Era éste el secreto de su majestad? Creo más bien que el secreto tenía su origen en un accesorio que todos los modelos habían conservado religiosamente en todos los coches desde el nacimiento de la marca: la soberbia calandra cromada que hacía pensar en el frontón de un templo griego. Era en cierto modo el blasón del Rolls-Royce. Su altura había disminuido con el tiempo, pero siempre había conservado, plantada sobre el tapón del radiador, la misma mascota de una mujer alada, semidesnuda, levantando el vuelo. El artista que la esculpió le había dado el bello nombre de «Spirit of Ecstasy», «Espíritu del Éxtasis», pero después se la llamó, simplemente, The Flying Lady, «La dama voladora». Siempre me había asombrado el impudor de ese emblema en un gran automóvil de la puritana Inglaterra.

Una curiosidad glotona me atrajo hacia el interior de la tienda. Del mismo modo como se pueden tener ganas de rozar la superficie biselada de una piedra preciosa, de acariciar el hombro desnudo de una mujer bonita, sentí un deseo irreprimible de deslizar las manos por la carrocería y los cromados de aquel cupé Corniche. Esperé a que el vendedor estuviera conversando con un visitante para palpar suavemente las alas de la Flying Lady, para dejar resbalar los dedos a lo largo del drapeado de su velo hasta el tapón del radiador. Después acaricié lentamente el imponente triángulo cromado de la calandra adornada con el escudo que llevaba las iniciales enlazadas de Rolls y Royce y, debajo, como los tubos de un órgano celestial, la doble rejilla de las entradas de aire. Después mis manos vagaron a derecha e izquierda para rozar los faros dobles que parecían una máscara de baile sobre los ojos de una marquesa veneciana. Así di varias veces la vuelta al coche antes de atreverme a abrir una de las puertas para sentarme en el interior. ¡Qué emoción cuando la puerta se cerró, dejándome solo, casi acostado, boquiabierto ante la riqueza del habitáculo tapizado de piel y maderas preciosas! Sentí algo sobrenatural al tocar el pequeño volante de madera, al apretar el acelerador con el pie. Puse la palma de la mano sobre la bola de nudos de olmo de la palanca de cambio, manoseé las manecillas del acondicionamiento de aire automático, la de la radio de ocho altavoces, la del

regulador de velocidad. Incliné las dos tablillas de marquetería empotradas en el respaldo de los asientos delanteros, destinadas a los pasajeros instalados en la parte posterior. Ajusté mi sillón eléctrico en todas las posiciones imaginables, Bien arrellanado en aquel asiento envolvente, respirando a pleno pulmón el embriagador olor del cuero, contemplé a través del parabrisas el largo capó afilado en cuya punta se alzaba la graciosa Flying Lady. En sueños, adivinaba el silencio del motor, un silencio tan perfecto que justificaba la pretensión de que a bordo de un Rolls-Royce el único ruido que se oía era el tictac del reloj.

¡Era, en efecto, el espíritu del éxtasis! Lejos de dejarme acunar me sentí bruscamente dominado por el deseo de conducir aquella maravilla hasta el fin del mundo, de ofrecérmelo como regalo para mis cuarenta años, y para la nueva y gran investigación literaria que Larry y yo acabábamos de iniciar y que iba a llevarnos a la India. A la India, donde precisamente los Rolls-Royce habían conocido sus más bellos años…

¿Me había vuelto loco? ¿Tenía derecho a querer sacrificarlo todo por mi pasión por los coches que me había valido un paraguazo de mi madre a la edad de catorce años? Hice un breve cálculo. Si este Rolls-Royce costaba quinientos mil francos incluido el IVA británico, no valía más de unos cuatrocientos mil una vez deducido el IVA, ya que saldría hacia el extranjero. Cuatrocientos mil francos era el importe de mi parte del pago parcial recibido de nuestros editores por el nuevo libro que ya teníamos en el telar. Podía, pues, por un pelo, ofrecerme esta locura con ocasión de mi cuarenta aniversario. ¡*Happy Birthday*, Dominique!

Antes de arrancarme de las moquetas espesas como edredones para ir a anunciar la noticia al vendedor, tomé la precaución de ajustarme la corbata en uno de los cuatro espejos de cortesía y de desempolvarme el *blazer*. Por desgracia no poseía ni clac, ni paraguas en que fundar mi credibilidad. Ni talonario de cheques británico para entregar en el acto una cantidad a cuenta a fin de concretar mi impulso.

El vendedor me miró de arriba abajo con una cortesía condescendiente antes de dirigirme un «*Good afternoon, sir, what may I do for you*? ¿En qué puedo servirle?» tan poco caluroso como el de un revisor de ferrocarril a quien hubiera preguntado el horario de un tren. Era un tipo alto y delgado de unos cincuenta años y cara rubicunda. Llevaba una camisa blanca de cuello duro, un chaleco negro bajo una chaqueta igualmente negra y un pantalón gris a rayas. Tenía más aspecto de mayordomo de casa solariega que de vendedor de coches. Hay que decir que los coches que vendía no eran los del común de los mortales. La austeridad de su atavío marcaba precisamente la diferencia. Señalé el Corniche verde pálido del fondo de la tienda.

—Deseo comprar aquel coche —dije, adoptando mi acento más *british*.

El vendedor exhaló un «¡Oh, oh!» de asombro. La nuez le bailó a lo largo de la

garganta.

—¿Querría adquirir ese coche? —repitió, recalcando con fuerza cada sílaba, como si intentara convencerse de haber oído bien.

—Exacto —contesté.

Emitió de nuevo varios «¡Oh, oh!» turbados. Por lo visto era la primera vez que una persona de apariencia tan joven y desprovista de clac, de paraguas y de cuello duro venía a decirle que deseaba comprar uno de sus coches. Se frotó el mentón varias veces y después me dirigió una pregunta que, de momento, se me antojó ridícula.

—¿A qué país piensa llevar este coche?

Debía de haber descubierto una entonación extranjera bajo mi acento *british*.

—¡A la India!

Los ojos del vendedor se redondearon como bolas de billar. Si le hubiera contestado: *«The Moon*, la Luna», sin duda no se habría mostrado más sorprendido.

—¿La India? —repitió, pasmado.

Se produjo entonces un silencio denso. Bajó la cabeza como si le hubiera golpeado. Había introducido la confusión en su espíritu. No había conocido nunca a un cliente semejante. Venían a comprar sus coches para ir y venir de Londres y de algún castillo del Yorkshire o de los Highlands. ¡Y ahora un chiflado le hablaba de llevarse uno de sus coches a la India!

—¿Ha dicho la India? —Había en su voz un *tremolo* en el que creí discernir una pizca de nostalgia. Se lo confirmé con un movimiento de cabeza. Meneó la suya varias veces—. En ese caso, sir, debo llamar a consulta a nuestro Export Manager. Sólo él podrá cargar con la responsabilidad de acceder a su demanda.

Desapareció en una oficina contigua. A los pocos segundos le oí explicar por teléfono: «En la tienda hay un *gentleman* que desearía comprar un Corniche para llevarlo a… —se atragantó y prosiguió—: Para llevarlo a la India… creo, sir, que esta solicitud justificaría su intervención».

Al cabo de unos minutos vi llegar a un hombre bajo y rechoncho, con un corto bigote a lo Chaplin, igualmente vestido de negro. Una cadena de oro brillaba en el bolsillo de su chaleco. Me saludó con una sombra de desdén.

—Me dicen que ha expresado el deseo de comprar uno de nuestros coches para llevarlo a… —Tropezó como el vendedor con el nombre de la India, como si la idea de un Rolls-Royce en aquel país fuera sin duda alguna de lo más incongruente—. El problema, sir, es que ya no tenemos agencia en ese país —continuó—. Si fuera usted víctima de una dificultad mecánica, incluso insignificante, debería enviar su coche a… —Me indicó que le siguiera a una habitación contigua donde se hallaba, colgado de la pared, un mapa del mundo salpicado de puntos rojos que figuraban las agencias Rolls-Royce. Titubeó y buscó el punto rojo más próximo al subcontinente indio—.

Sir, tendría que enviar su coche a Kuwait.

A simple vista sobre el mapa, Kuwait debía de estar por lo menos a tres mil kilómetros de Nueva Delhi.

—Creía que un Rolls-Royce no sufría nunca averías —objeté con sorpresa.

—Es cierto, pero siempre puede ocurrir una desgracia —replicó el hombre de corta estatura, bajando los ojos—. Y además, también están las operaciones de mantenimiento.

—¿Quiere decir el cambio de aceite?

—El cambio de aceite, los engrasados, la presión de los neumáticos, en suma, toda clase de pequeños controles y ajustes.

Me costó mantener la seriedad.

—Me parece que cualquier garaje indio debería ser capaz de cambiar el aceite y hacer esas diversas operaciones de rutina. Por no hablar de la presión de los neumáticos: el aire de Nueva Delhi debe ser tan conveniente para los neumáticos de un Rolls-Royce como el aire de Londres, ¿no es verdad?

Los semblantes de mis dos interlocutores se congelaron ante esta última observación. Tanta impertinencia tratándose de un Rolls-Royce era indigna de un candidato a la compra de semejante vehículo. Leí todo esto en su mirada reprobatoria. El Export Manager encontró una puerta de salida.

—Sir —anunció—, voy a consultar con el responsable de nuestro servicio posventa. Sólo él podrá decirnos si es razonable introducir uno de nuestros coches en esa parte del mundo. ¿Podría tener la amabilidad de volver a pasar mañana hacia el mediodía?

Expliqué que debía tomar el tren dentro de una hora, el tren de Romsey, cerca de Southampton, donde tenía una cita con lord Louis Mountbatten para una entrevista que concernía a mi próximo libro.

—Así pues, me gustaría conocer hoy mismo la opinión del responsable del servicio de posventa —dije.

Ni el nombre del último virrey de la India, ni el hecho de haber mencionado mi calidad de escritor causaron el menor efecto en el hombre bajo y rechoncho y en su acólito de cuello duro. En la casa Rolls-Royce sólo se daban cuentas a Dios. Aun así, el Export Manager consintió en llamar al responsable de la posventa. Llegó un tercero en discordia vestido igualmente de negro. Era evidente que la llamada de su colega le había distraído de sus ocupaciones. Parecía de muy mal humor. El Export Manager le resumió la situación. Tal como yo me esperaba, puso mala cara al oír la palabra «India», hasta el punto de dejar caer sobre la nariz las gafas que llevaba sobre la frente. Los dos hombres se retiraron entonces a la oficina contigua, dejándome solo en compañía del vendedor.

Bastante divertido por la situación, que se estaba volviendo cómica, aproveché

para explorar el resto de la tienda. Aparte de «mi» bello cupé Corniche verde pálido, había un Silver Shadow de cuatro puertas pintado de ese famoso verde botella que los ingleses llaman orgullosamente el «British racing green». También estaba representado el flamante Phantom VI, parecido al que acababa de comprarse Su Majestad la reina, con su cilindrada de seis litros y medio y sus dos turbinas de climatización independientes que permitían refrigerar por separado la parte delantera y trasera del habitáculo. Aquel vagón costaba la bagatela de cien mil libras, más de un millón de francos. Volví a acariciar a la Flying Lady sobre la calandra de «mi» Corniche, más seguro que nunca de que él y yo estábamos destinados a una tórrida historia de amor de un extremo a otro de la tierra.

Los dos hombres de negro emergieron entonces de su deliberación a puerta cerrada. Se reunieron conmigo ante el objeto de mi concupiscencia.

—*We are really sorry, Sir* —declaró el Export Manager con la buena conciencia de un magistrado que envía a presidio a un condenado—. *We cannot sell you this motorcar*. Lo sentimos mucho, señor, pero no podemos venderle este coche.

Acusé el golpe con toda la dignidad de que fui capaz. Entonces, con rabia en el corazón, corrí a la estación Victoria para tomar el tren de Romsey. El objeto del desplazamiento era interrogar a lord Mountbatten sobre su primer descubrimiento de la India cuando, en 1921, en su calidad de joven ayuda de campo de su primo el príncipe de Gales, recorrió la joya de la corona imperial, jugando al polo con los maharajas, cazando los tigres y las panteras de sus bosques, cenando con uniforme de gala en las terrazas de sus palacios iluminados. Fue en el curso de este prodigioso viaje cuando el joven Louis conoció, durante una velada en casa del virrey, a la bella Edwina, que se convertiría en su esposa. Había contado en su diario íntimo los momentos culminantes de aquel fabuloso descubrimiento del Imperio de las Indias. Como hombre meticuloso y organizado, había reunido sus notas y reflexiones en un volumen encuadernado en piel roja que aceptó confiarme para que pudiera copiar los episodios más notables. De vuelta en París aquella noche, me sumí en esta excitante lectura. Cuál no fue mi estupefacción al descubrir, en la fecha del 21 de abril de 1921, el relato de una cacería de tigres en casa del maharaja de Mysore.

«Su Alteza ha hecho transformar en *break* de caza uno de sus numerosos Rolls-Royce para permitir a sus invitados disparar a las fieras desde la plataforma más cómoda que soñarse pueda —había escrito Mountbatten—. Este coche es una pura maravilla. Franquea las corrientes de agua, desciende y escala las riberas más abruptas sin que sea siquiera necesario cambiar de marcha, atraviesa la jungla burlándose de los obstáculos. ¡Ah, si el representante de Rolls-Royce se encontrase aquí! ¡Qué orgulloso estaría!…»

Esta descripción me colmó de felicidad. Como el *Jeannette* de Drapier y Larigaudie, como mi Amílcar y el Marly por las carreteras infernales de Grecia y del

Cáucaso, un Rolls-Royce podía afrontar, pues, todos los desafíos y abrirse camino allí donde no lo había. ¡Bonita lección para los sepultureros de la tienda de Londres! Fotocopié aquella página inolvidable y la guardé religiosamente en mi cartera.

Cuando volví a pasar por la capital británica, me precipité a la tienda de exposición de Rolls-Royce. «Mi» Corniche verde pálido se encontraba en el mismo lugar del escaparate.

El vendedor de cuello duro me reconoció al instante. Le pedí que llamara al Export Manager. Cuando éste compareció, le alargué la página fotocopiada del fragmento del *Diario* del tío de la reina de Inglaterra.

—Este texto, señor, ha sido escrito por uno de sus más ilustres compatriotas —declaré, feliz de tomarme la revancha—. Permita que se lo regale. Léalo. Explica sin ninguna duda por qué no ha juzgado usted prudente venderme uno de sus coches.

Me temo, en efecto, que los Rolls-Royce de hoy no valen tanto como los de ayer.

* * *

Mis sinsabores con los representantes de una marca de la cual había sido durante toda su vida uno de los más fervientes usuarios escandalizó a Mountbatten.

—Ya que no están lo bastante seguros de sus automóviles como para dejarlos ir a la India, cómprese un modelo antiguo —me aconsejó—. Un viejo Silver Cloud, por ejemplo. Diríjase a Frank Dale & Stepsons, en Sloane Square. Es el vendedor de Rolls-Royce de ocasión más importante del mundo. Allí encontrará su felicidad.

Una puerta estrecha en una calle detrás de Sloane Square, en pleno corazón de Chelsea. Una sencilla placa de cobre: «Frank Dale & Stepsons». Toqué el timbre y entré, un poco asombrado por la banalidad del lugar, en una sala invadida de humo de tabaco. Sentado en un rincón, bajo la foto de un coche de carreras, un señor viejo con gafas leía el periódico dando caladas a un cigarrillo. Era Frank Dale, el propietario del garaje. Con su *blazer* y su corbata amarilla a rayas azules, tenía un aire muy British Empire. Me saludó amablemente y me indicó que le siguiera. La puerta que abrió me reveló un espectáculo que me cortó el aliento. Ningún museo del automóvil, ningún coleccionista de coches bonitos habría podido soñar con reunir en un mismo espacio tantas maravillas. Todos eran Rolls-Royce. Había un suntuoso Silver Phantom descapotable de cuatro puertas, de los años treinta, con enormes ruedas de radios; un Silver Ghost de 1929, «open tourer», con sus muelles envueltos en una funda de cuero, el parabrisas abatible y una caja de herramientas que parecía un joyero; un exquisito cabriolet azul celeste, con capota de alpaca crema mantenida semiabierta por dos aros cromados en forma de S como los de los landos de bebés de la aristocracia. Más allá, un inmenso capó de tono marfil iluminaba con imperial majestad aquella increíble reunión de obras maestras: el descapotable de cuatro puertas de la estrella norteamericana de los años treinta, Jean Harlow. Al parecer,

había escogido el color de la guarnicionería del tono exacto de sus cabellos rubios platino. La mayoría de modelos expuestos habían ganado premios de elegancia y copas de excelencia. Todos llevaban un nombre prestigioso. Se llamaban Ascot, Deauville, Regent, Brougham, Pullman…

Había también en el fondo del garaje algunos Silver Cloud de los años cincuenta que Mountbatten me había alabado. Me parecía que las almas de los antiguos propietarios seguían habitando en aquellos joyeros de cuero y maderas preciosas, dándoles una vida, una resonancia y un calor particulares.

—¿Por casualidad ha tenido alguna vez un Silver Cloud con conducción a la izquierda? —pregunté a mi guía con *blazer*.

—¡Prácticamente nunca, por desgracia! Y en cuanto encontramos uno, viaja al instante hacia Estados Unidos.

—Lord Mountbatten me ha aconsejado que busque un coche que esté equipado con un filtro de aire al baño de aceite —precisé entonces—. Por los numerosos desiertos y carreteras sin asfaltar terriblemente polvorientas de la India.

El propietario del garaje me miró con ojos muy abiertos. Ningún cliente le había hecho nunca partícipe de tales *desiderata*. Su sorpresa era comprensible. Un Rolls-Royce es un mundo aparte, una nave distanciada de todas las contingencias propias de los otros coches, donde el polvo, al igual que los ruidos y los olores del exterior, no tienen derecho a penetrar.

—Me temo que semejante filtro al baño de aceite no sea un accesorio habitual de nuestros modelos —contestó Frank Dale, visiblemente desolado de no poder satisfacer a aquel cliente un poco excéntrico. Añadió con humor:— Debido a nuestro clima, la prioridad de nuestros compradores tendería más bien hacia la fiabilidad de los limpiaparabrisas.

Como buen comerciante, me aseguró que de todos modos iniciaría la caza para tratar de descubrir la rareza que yo codiciaba. Prometí volver en mi próximo viaje a Londres. A falta de uno con conducción a la izquierda, siempre podría adquirir uno de los soberbios modelos disponibles.

Fue entonces cuando Drapier y Larigaudie decidieron darme una sorpresa. Apenas estuve de regreso en el hotel, sonó el teléfono en mi habitación. Me costó reconocer la voz del vendedor a quien acababa de dejar. Perdiendo hasta la última onza de su flema británica, gritó al aparato:

—¡Un milagro, señor Lapierre, un milagro! Acababa usted de abandonar el garaje cuando un médico inglés retirado en Francia nos ha traído su soberbio Silver Cloud. Dispone de conducción a la izquierda, está equipado con un filtro de aire al baño de aceite, está climatizado y, como broche final, lleva matrícula francesa. ¡Sí, señor Lapierre, un número 17 de la ciudad de La Rochelle! ¿Le interesa?

—*Of course*! —grité, tragándome la mitad del auricular—. ¡Claro que sí! Vengo a

buscarlo dentro de un minuto.

Permanecí un instante fulminado por esa extraordinaria coincidencia que se me antojó un estímulo del cielo: ¡La Rochelle! ¡La cuna de mis antepasados! ¡Châtelaillon, donde había nacido, sólo estaba a doce escasos kilómetros de las torres de La Rochelle!

* * *

El Silver Cloud del médico inglés era de un aristocrático color negro y gris. La distinción de su parte delantera y su potencia discreta hacían de él, en mi opinión de neófito, uno de los modelos más logrados de toda la historia de la marca. No me cansaba de la belleza de sus líneas hecha de sobriedad, elegancia y potencia viril. Tenía, además, el mérito de costar solamente cincuenta mil francos, apenas más que un Citroën DS nuevo. En previsión del largo exilio indio al que lo destinaba, pasé todo un día familiarizándome, en compañía de mi mujer, Dominique, con los diferentes elementos de aquella joya.

Dominique anotaba religiosamente en un cuaderno escolar las explicaciones del mecánico jefe del garaje. Dibujaba la forma de los pernos, de los tomillos, de las piezas que tal vez un día deberíamos sustituir en alguna parte de un desierto perdido en el centro de Rajastán o del Deccan. Este viaje iniciático por los secretos de mi automóvil fue la primera etapa de mi historia de amor con él. Antes de embarcarlo para la gran aventura añadí a su perfección un pequeño toque personal: dos matrículas que terminaban en 83, el número del Var, mi país de adopción. ¡No estaba poco orgulloso de hacer viajar aquel número fetiche por tierras tan remotas!

Un Rolls en el país de los maharajas

Tan meticulosamente envuelto en algodón como si fuera la *Venus de Milo*, encerrado en una caja, mi coche abandonó Marsella la víspera de Navidad. Tres meses después lo acogí en el puerto de Bombay. Su primera noche india tuvo por decorado uno de los majestuosos garajes del Royal Bombay Yacht Club, que la sazón alojaba a los Silver Phantom y los Silver Ghost de los altos dignatarios del Imperio. Bajo las miradas admirativas y las ovaciones de los paseantes, niños y vendedores ambulantes de la gran plaza vecina de la Puerta de la India, enfilé al día siguiente la ruta de Nueva Delhi donde me esperaba Larry. Aquella actitud me tranquilizó. En París, unos amigos se disgustaron de que yo quisiera circular por un país con tanta pobreza a bordo de un automóvil tan lujoso. Consciente del problema, por un

momento vacilé y luego interrogué a mis ángeles de la guarda. Una observación de Larigaudie en La *ruta de las aventuras* acalló mis escrúpulos. A bordo de su *Jeannette* superequipado, él se había hecho la misma pregunta.

«Con la condición de hacer partícipes a los demás del propio placer, no existe una empresa indecente», había escrito. En cuanto el largo capó del Rolls salió del centro de Bombay, comprendí que la India compartía mi placer. En cada parada me veía rodeado, sumergido, engullido por una multitud entusiasta. Para que me guiase hasta la capital india, a mil quinientos kilómetros de distancia, y para que me sirviera de intérprete en caso de necesidad, invité a un joven chófer del consulado de Francia en Bombay. Se llamaba Ashok y era hindú. Pilotar el carro celeste de Arjura no le habría inspirado más orgullo. Pero encontrar la salida de una megalópolis tentacular romo Bombay requería más conocimientos que los mitológicos. Tuve que pedir ayuda a un taxi para que nos escoltase hasta la gran carretera de Delhi.

¡Pobre Rolls! ¡A qué prueba te había condenado! Un recorrido de combatiente redoblado por un juego asesino. Durante centenares de kilómetros, la carretera era de un solo carril. Cada cruce con un vehículo que venía de frente se convertía en un duelo a muerte, una partida de ruleta rusa. Los camiones se negaban sistemáticamente a ceder el paso, por lo que debía lanzar las dos toneladas de mi coche hacia el arcén, con peligro de arrancar los neumáticos, para volver luego a la carretera. Al apercibir el Rolls, ciertos chóferes parecían víctimas de un ataque de locura. Soltaban el volante, aplaudían, desencadenaban el huracán de sus bocinas, realizaban maniobras acrobáticas. Vi camiones con una carga muy pesada caer a un barranco, chocar de frente a toda velocidad, coches volcar como tortas después de haberme adelantado imprudentemente. Por desgracia tuve que separarme de mi chófer al cabo de varios centenares de kilómetros. La India es un país donde se hablan setecientas cincuenta lenguas y dialectos. A medida que nos alejábamos de su región natal, el pobre Ashok ya no lograba hacerse entender. ¡No importaba! Casi siempre encontraba a un antiguo militar, un jubilado de alguna administración que farfullaba el inglés suficiente para informarme. La gentileza natural de los indios hacía el resto. Nunca me sentía perdido.

* * *

Atravesar los mil estrépitos de la India escuchando en el silencio enguatado de un Rolls-Royce la cítara endiablada de Ravi Shankar o las cantatas relajadas de Bach, ¡qué delicia! En seis meses, mi coche y yo recorrimos más de veinte mil kilómetros. Entrevistas, búsqueda de documentos, descripciones de situaciones y lugares históricos…, proseguía en cada etapa la investigación para el nuevo libro que había comenzado con Larry.

Un día, un picado imperceptible empezó a turbar el ronroneo habitualmente

inaudible del motor. El calor agobiante, la mala calidad de la gasolina, la ausencia de mantenimiento regular, ¿iban a dar la razón a los tres representantes de cuello duro de Londres? No pudiendo más, acabé telefoneando al propietario del otro único Rolls-Royce que circulaba en la India: el embajador de Gran Bretaña. Me tranquilizó con voz solícita.

—Hago mantener y reparar mi Silver Cloud en un garaje de Connaught Circus a mi entera satisfacción —afirmó—. Le aconsejo que lleve su Silver Cloud.

—¿Cómo se llama el garaje? —pregunté, muy excitado.

La respuesta me dejó atónito.

—The British Garage.

¡Condenada Albion! ¡Veinticinco años después de que la perla del Imperio te haya echado a la calle, el mejor garaje de Nueva Delhi seguía llamándose The British Garage!

Con una corbata a rayas y *blazer* como el viejo Frank Dale de Londres, el director indio del garaje era un coronel retirado. Escuchó mi explicación con una atención religiosa. Insistí en el hecho de que mi automóvil funcionaba perfectamente: el picado sólo era una molestia subjetiva y pasajera y no el indicio de un mal más profundo.

—Vamos a verificarlo —me dijo con la seriedad de un médico en presencia de un enfermo.

Todos los empleados del garaje se reunieron alrededor del coche para intercambiar comentarios apasionados. ¡En el British Garage, más que en ninguna otra parte, la aparición de un coche inglés tan bello era una fiesta! El director me rogó que abriera el capó y pusiera el motor en marcha. Escuchó largamente el ralentí y luego me indicó que pisara el acelerador. A media carrera, se hizo perceptible el picado insidioso. Se necesitaba un oído sagaz para descubrir aquel ínfimo ruido. Se enderezó y dio unas palmadas. A esta señal apareció un sikh venerable de barba gris, tocado con un turbante rojo escarlata, Era el mecánico jefe.

Enseguida me tranquilicé: los sikhs son los conductores de taxi, los camioneros, los pilotos de la India. El gurú Nanak, el santo fundador de su comunidad, les ha insuflado el genio de la mecánica. El viejo escuchó a su vez el aliento del Rolls-Royce. Asistí entonces a un ritual extraordinario como sólo podía inventar la India de las castas. Una vez terminado su examen, el sikh dio también unas palmadas. A esta señal, un joven mecánico de nacimiento «inferior», sin duda oriundo del sur romo indicaba su piel muy negra, trajo una bandeja con un destornillador, una pinza y una llave inglesa. El sikh cogió delicadamente el destornillador y metió su turbante escarlata en el motor. Esperé febrilmente el resultado de esta inmersión. Se estableció entonces una larga concertación con palabras ahogadas entre el director y su mecánico jefe. Hablaban en punjabi. Por la gravedad de los rostros, comprendí que su

diagnóstico no era muy optimista. Al final, el director se volvió hacia mí:

—Señor Lapierre, nos gustaría retener su coche para someterlo a un examen más profundo —anunció.

—¿Un examen más profundo? —repetí, con un pánico repentino.

Era lo que más temía. ¿No corría el riesgo de recuperar mi coche enfermo de por vida cuando sólo sufría una indisposición pasajera?

—¿Cuánto tiempo desearía retener el coche? —me inquieté.

—Digamos… una semanita —contestó el director después de haber consultado a su mecánico jefe.

Viví aquellos ocho días en la más terrible ansiedad. Partí hacia Cachemira con la esperanza de exorcizar la imagen de mi Silver Cloud deshuesado sobre un banco de garaje. Pero ni las magias de mis paseos en barca por el lago Dal de Srinagar, ni el embriagador descubrimiento de los jardines de Shalimar, ni el de los tesoros de la artesanía local pudieron distraer mis pensamientos del British Garage. Al octavo día, con el corazón palpitante, volví a ver por fin mi automóvil, y me pareció más bello y resplandeciente que cuando lo había dejado. Tenía el cristal bajado y la llave puesta en el contacto del salpicadero. Sin darme tiempo de instalarme al volante, alargué la mano para poner el motor en marcha. No se produjo el menor estremecimiento bajo el capó. Repetí la operación. En vano. Mi Rolls seguía inanimado. Loco de angustia, corrí a la oficina del director.

—¿Qué le ha hecho a mi automóvil? —grité, con la mirada turbia de lágrimas.

Sin contestar, el hombre se ajustó la corbata y se levantó. Cuando estuvimos delante del coche, me rogó que abriera el capó.

—¡Oh! —exclamé, estupefacto.

El motor que suponía muerto funcionaba, sin la menor duda, pero en un silencio tal que ya no se oía. En cuanto al picado, un toque de acelerador me confirmó que había desaparecido entre los dedos mágicos del sikh del turbante escarlata. El viejo indio había sido el mecánico de los Rolls-Royce del último virrey del Imperio de las Indias.

Nueva Delhi - Saint-Tropez; el mágico paseo de la Flying Lady

El remate de mis sueños infantiles. Treinta y cinco años después de Drapier y Larigaudie iba a lanzarme a mi vez a *La ruta de las aventuras* de mis ídolos, por lo menos en una parte de su recorrido. ¡Me parecía tan cercano el tiempo de mis diez años cuando devoraba el relato de su expedición, oculto bajo las mantas del lecho de

mi gélida habitación de la calle Jean Mermoz! Acababa de cumplir cuarenta años. Había llenado el maletero del Silver Cloud con toda la documentación que Larry y yo habíamos acumulado. Nueva Delhi - Saint-Tropez: unos diez mil kilómetros sobre los mapas, la cuarta parte de la vuelta al mundo. Nuestra llegada a la frontera indo-pakistaní fue un acontecimiento. Desde el último conflicto entre los dos países, sólo se abría dos días por semana y sólo durante algunas horas. Mala suerte: llegamos el día que no tocaba. Pero ¿qué frontera se mantendría cerrada delante del capó de un Rolls-Royce? El mayor indio Palam Sing y el comandante pakistaní Habib Ullah aceptaron entenderse para dejamos pasar. Descorchamos nuestra última botella de champaña en honor de esta fraternización inesperada.

¡Qué excitación circular por aquella Great Trunk Road que, desde el paso de Khyber hasta Calcuta, unificaba en otro tiempo con una tira de asfalto de dos mil kilómetros todo el norte del Imperio de las Indias! Imaginé al *Jeannette* de mis lecturas deslizándose como nosotros entre la oleada de camiones, autobuses, carretas y rickshaws tiradas por bicicletas… En Lahore, el cochero de una *tonga* nos pasó tan cerca que el cubo de su rueda rozó el tapacubos de mi rueda delantera derecha. Me juré que nunca haría desabollar aquella ligera marca dejada en la carne de mi automóvil por un carricoche del fin del mundo.

Peshawar, en las puertas de Afganistán. El gobernador de la región nos invitó a cenar. Pensé con deleite en el relato que hizo Larigaudie de su paso por esta misma ciudad.

«En Peshawar, cenamos en casa de sir Georges Cunningham, gobernador de la North West Province of India —escribió—. Un Rolls-Royce largo y silencioso, casi untuoso, conducido por dos chóferes caídos del carro encantado de las *Mil y una noches*, nos transporta al palacio. Con una breve palmada sobre las culatas, la guardia nos presenta armas.

»Césped inglés, tenis, piscina, árboles tropicales al borde de las avenidas arenosas, mosaicos floridos de los macizos, pabellones deslumbrantes de blancura, edificios y jardines aplastan con todo el poderío de Inglaterra a la ciudad indígena dispersa por los alrededores como un juego de construcción hecho con cajas de cerillas.

»Una vez franqueada la puerta, la India desaparece. De no ser por el deslizamiento silencioso de los criados con turbante, el salón y después el comedor parecen amueblados por un decorador de Oxford Street».

Nada había cambiado realmente desde la redacción de estas líneas. El simpático gobernador paquistaní diplomado en Cambridge parecía tan británico como su predecesor de antes de la independencia, su whisky procedía de las mismas Highlands, su guardia palmea las culatas y presenta armas con el mismo rigor que en tiempos del imperio. El histórico paso de Khyber, donde los buenos tiradores de las

tribus rebeldes suelen divertirse haciendo saltar con disparos de fusil los tapones del radiador de los coches, vio pasar al día siguiente nuestro majestuoso capó. Recito una plegaria a san Larigaudie para que los guerreros pathanes se abstengan de convertir en blanco a mi Flying Lady. Cortada en la falda de la montaña, salvando barrancos y gargantas con audaces obras de arte, bordeada en toda su longitud por una pista de caravanas, dominada por puestos militares que mandaban sobre cada tramo, la carretera cortaba una de las fronteras más peligrosas del mundo. Se me oprimió el corazón cuando aparecieron, grabados sobre una cara de la montaña, los blasones de todos los regimientos británicos que vinieron aquí a defender las puertas del Imperio.

Más allá de la última curva y de un puesto aduanero, un gran cartel proclamaba: «WELCOME TO AFGHANISTAN. KEEP TO THE RIGHT (Bienvenidos a Afganistán. Conduzcan por la derecha).»

En Kabul, la guardia personal del rey Zahir Sha rinde honores al Silver Cloud. El monarca ha accedido a recibirnos a Larry y a mí, para una larga entrevista sobre la atormentada situación que atraviesa su país. Dentro de seis semanas escasas, este hombre afable y cultivado, que se expresa en un francés atildado, será derrocado del poder por un golpe de Estado. Afganistán se sumirá entonces en uno de los más largos y terribles dramas de su historia.

Pasamos nuestra última noche afgana a la salida de la gran ciudad de Herat, en el único hotel antes de la frontera iraní. Al parecer, el establecimiento era una guarida de traficantes de droga. Desde que el sha de Irán hacía fusilar implacablemente a los intermediarios capturados por su policía, los traficantes buscaban nuevos medios de pasar su mercancía. Nos advirtieron de que una de sus astucias era utilizar los coches de los turistas disimulando mientras dormían paquetes de droga en los parachoques o bajo el chasis. Bastaba recuperarlos la noche siguiente en el garaje del único hotel de Mecched, primera etapa en Irán.

Alertado por este aviso, tomé la precaución de detenerme a varios kilómetros de la frontera para asegurarme de que no llevábamos nada sospechoso. Pasé la mano por el interior del parachoques delantero. Horror: mis dedos tocaron un saquito de celofán lleno de polvo fijado con esparadrapo. Lo mismo en el parachoques de atrás. Había otras bolsitas en el interior de las aletas y bajo el maletero. Larry, a quien un reportaje sobre la French Connection de Marsella había convertido en un experto, examinó nuestro botín y anunció: «Embalaje chino». El polvo blanco que querían que pasáramos venía, pues, de China, vía Pakistán y Afganistán. Larry estimó su valor en varios centenares de miles de dólares. Me apresuré a parar el minibús de los amigos franceses que nos acompañaban desde Lahore.

—Pierrot, ¡registra tu vehículo de arriba abajo! —dije a mi amigo Pierre Foucault —. ¡Nos han atiborrado de caballo!

Mientras Pierrot y sus amigos obedecían ayudados por sus compañeros de equipo,

examiné con atención uno de los saquitos puestos sobre el capó. La textura ligeramente granulosa del polvo me sorprendió. Creía que la heroína tenía el aspecto de un talco muy fino. Abrí uno de los paquetes y probé un poco de polvo. Sorpresa: ¡era sal! Todo el mundo se asombró, Larry el primero. Abrimos los otros sacos: sal, nada más que sal. Los pasajeros del minibús, con mi amigo Pierrot a la cabeza, estallaron en carcajadas y nos contaron que habían vaciado todas las reservas de sal del hotel para jugarnos esa mala pasada. Al final fue Larry quien dijo la última palabra:

—¡Pandilla de sinvergüenzas! ¡Pensar que podrían habernos hecho fusilar por cinco paquetes de sal!

* * *

Erguida sobre un promontorio, una fortaleza vigilaba el desierto: el puesto fronterizo con Irán. Gran señor, el jefe del puesto nos hizo entrar en una vasta sala abovedada donde divanes, asientos, paredes y suelos desaparecían en una profusión de alfombras. Unos sirvientes nos trajeron vasos y aguamaniles, y tomamos el té con varios afganos barbudos mientras sellaban nuestros pasaportes en una oficina contigua. Ninguna formalidad de salida, ninguna visita al coche, que los guardias vinieron a contemplar con un respeto casi religioso. Al otro lado, el jefe del puesto fronterizo iraní nos acogió con la misma deferencia cortés.

* * *

Al llegar al norte de Grecia, di un rodeo para ir a saludar en Comotini al mecánico que, veintidós años antes, resucitó al Amílcar después del dramático remolque que estuvo a punto de romperlo. ¡Bella fraternidad la de la mecánica! Caímos en brazos el uno del otro como dos hermanos que vuelven a encontrarse. La pista donde casi perdí la vida se había convertido en una soberbia carretera de tres carriles. En cuanto al río donde se ahogó mi desgraciado Torpedo, estaba franqueado ahora por una obra de ingeniería casi tan majestuosa como el Golden Gate Bridge.

A partir de ahí el viaje se tornó en un paseo. Nos entretuvimos en Atenas, Olimpia, Delfos, Corinto, Nápoles, Roma. Treinta y dos días, diecisiete horas y doce minutos, después de haber abandonado el Fuerte Rojo de Nueva Delhi, la pancarta «SAINT-TROPEZ» apareció por fin ante la Flying Lady. El contador anunciaba exactamente diez mil doscientos cuarenta y ocho kilómetros. Antes de recorrer los tres últimos kilómetros hasta el portal del Gran Pino, ofrecí a mi valiente tripulación una pausa y un *pastis* en el puerto de Saint-Tropez. Tenía la impresión de volver de una larga travesía como aquellas que hacían en otros tiempos los corsarios y navegantes originarios de esta pequeña población hasta las orillas de África y las

Indias. Mientras saboreaba este instante de felicidad, una de las vendedoras de pescado de la plaza de las Herbes dio respetuosamente la vuelta a mi nave. Pasmada por su longitud, levantó de pronto la cabeza y exclamó:

—¡Dios mío, con semejante vagón, hace falta un parquímetro delante y otro detrás!

* * *

Desde entonces, el bello automóvil comprado en el museo londinense de Frank Dale no ha dejado de compartir mi vida. Como una anciana pareja a quien el amor hubiese unido para toda la eternidad, hemos recorrido otros muchos miles de kilómetros a través de Francia y Europa. Hoy, él tiene treinta y ocho años, yo sesenta y seis. Gracias a Dios, ambos compartimos el privilegio de una espléndida salud. Puesto que nos comparo a los dos con una anciana pareja, creo que debo evocar un episodio que forma inevitablemente parte de la historia de todos los viejos matrimonios.

No hace demasiado tiempo, a finales del verano, mientras hojeaba una revista maravillosa especializada en coches antiguos y de colección[21], el corazón me dio un vuelco. La foto que tenía ante mi vista era la del cabriolé Chrysler Royal 1938 de mis veinte años, el coche de mi viaje de novios comprado por cien dólares a un chatarrero de Pennsylvania. Reconocí cada detalle: la calandra carnívora, el *spider* a guisa de maletero, el largo estribo, los cromados en forma de bigote sobre el capó. Sólo difería el color. Era negro. Se ofrecía en una subasta del oeste de Francia. Sin tardar ni un minuto llamé al subastador y le di una orden de compra. Ocho días después la voz de una secretaria me anunció que el coche me esperaba en un garaje de Vienne. Salté a un TGV y desembarqué en Poitiers con el corazón palpitante. ¡Era el mismo! Sí, no cabía duda, era el coche de mi juventud, de mi viaje por Estados Unidos y México, el potente descapotable de sonoridad sinfónica.

—¡Va a provocar atascos en la autopista! —me predijo en broma el hombre del garaje.

Una escala en la isla de Ré en casa de un tío muy querido, otra en la de unos amigos en el Gers, y a los tres días, el Chrysler me había llevado con mi mujer de vuelta a Ramatuelle, rodeado del pasmo admirativo de todos los automovilistas con quienes nos cruzamos.

El Rolls-Royce no está resentido conmigo. El Chrysler y el Silver Cloud se hallan hoy aparcados de lado como dos hermanos bajo las tejas rojas del albergue para coches del Gran Pino, construido justo enfrente de la habitación donde he instalado mi mesa de trabajo. Como el Cordobés, sólo tengo que levantar la vista para percibir al otro lado de la ventana esos dos símbolos de las alegrías de mi vida y sacar de esta imagen la inspiración de nuevos sueños.

13

Los últimos procónsules del fabuloso imperio de Victoria

Acababan de servir el postre, una soberbia tarta Tatin. De repente, mi anfitrión se quitó las gruesas gafas de concha y me observó con sus ojitos de miope.

—Y ahora, Dominique, ¿qué tema piensa abordar con Collins?

Este hombre de voz cálida había sido mi maestro y mi modelo en *Paris Match*. Desde hacía años, los artículos y reportajes de Raymond Cartier contaban cada semana los sucesos del mundo con un aliento y una riqueza de informaciones que apasionaban a millones de lectores. Cuando era un joven periodista tuve la suerte de trabajar durante dos años en Nueva York al lado de este gran profesional, tan hábil en revelar los secretos de la guerra fría o en desenmascarar las razones de las desavenencias entre rusos y chinos, como en analizar el mito de Brigitte Bardot. Había aplaudido el éxito de *¿Arde Paris?* y aprobado mi decisión de alejarme temporalmente de *Paris Match* para intentar una aventura literaria e histórica como las que tanto le gustaba vivir entre sus grandes reportajes de actualidad.

Larry y yo acabábamos de publicar *Oh, Jerusalén*. Esta monumental investigación sobre el nacimiento del Estado de Israel y los meses de escritura difícil nos habían dejado fuera de combate.

—Sabe muy bien, Raymond, que existen pocos temas a los cuales se desee consagrar cuatro años de la propia vida —respondí—. ¿Tiene usted acaso una idea que sugerirnos?

Cartier frunció el ceño y se me acercó como para hacerme una confidencia.

—Mi querido Dominique, cuando tenía su edad fui a un pueblo perdido en el norte de Bengala para entrevistar a un anciano endeble medio desnudo que había puesto de rodillas a uno de los imperios más poderosos de todos los tiempos. Se llamaba Mohandas Gandhi. ¿Por qué no relatar con Larry Collins la historia de este indio y de la caída del Imperio británico de las Indias cuya población representaba en aquella época una quinta parte de la humanidad? Esto ocurrió en 1947, hace menos de veinticinco años. Muchos actores de esta formidable página de la historia aún deben de estar vivos. Seguramente podría encontrarlos.

Cartier vio iluminarse mi mirada con un destello de curiosidad y prosiguió:

—El 15 de agosto de 1947 es probablemente una de las fechas más importantes de nuestro tiempo. El día en que la India y Pakistán proclaman su independencia. Aquel día, en Nueva Delhi y en Karachi, ante centenares de miles de hombres y mujeres de piel negra y pies descalzos, se derrumba el dominio del hombre blanco

sobre toda una parte del universo. Aquel día nace lo que se llamará el Tercer Mundo. A partir de ese 15 de agosto, el mundo ya no volverá a ser el mismo. Los autores de esta conmoción son todos personajes extraordinarios: primero el pequeño Mahatma a quien Churchill llamaba «*The half-naked fakir*», el faquir medio desnudo. Después, Nehru, el hombre de la rosa, un aristócrata brahmán de Cachemira, un puro producto de la educación británica pero que pasó un tercio de su vida en las prisiones inglesas. Después, un tal Mohammed Ali Jinnah, una especie de De Gaulle asiático, inflexible y arrogante, que consiguió dar Pakistán a la minoría musulmana de las Indias. Y por último lord Mountbatten, primo del rey Jorge VI, último virrey de las Indias que recibió la triste misión de liquidar la joya del imperio ensamblada por su bisabuela Victoria. Aquí tiene, Dominique, todos los ingredientes de una tragedia antigua con héroes fuera de lo común. ¡Si tuviera su edad, me lanzaría esta misma noche a investigar!

¡Querido Raymond!, nunca pude decirle que llamé a Larry apenas hube salido de su casa. Porque nos abandonó de repente poco después de aquella memorable cena.

Larry se encontraba en casa de sus padres en Connecticut. Quince días más tarde desayunábamos en Londres con lord Mountbatten, el último de los grandes actores de estos sucesos históricos que aún estaba vivo. Nuestro encuentro tuvo lugar en casa de nuestros amigos Geoffroy y Martine de Courcel, que entonces representaban a Francia en Gran Bretaña.

¡Qué personaje, en efecto! La juventud de su aspecto hacía olvidar de entrada sus setenta y dos años. Alto, delgado, flexible como un felino, con ojos azules chispeantes de malicia y curiosidad. Aquel hombre, nacido con el siglo que había vivido tantas vidas, no tenía nada de envarado, ni de afectado. Lo imaginaba galopando sobre su poni de polo, o embutido en su magnífico uniforme de primer lord del Almirantazgo constelado de placas, medallas y brillantes insignias, o bien luciendo su gorra con hojas de oro de comandante en jefe de las operaciones de guerra en Asia, o su guerrera adornada con estrellas y condecoraciones de virrey de las Indias.

Nuestro proyecto le encantó. Deploraba que sus compatriotas hubieran apreciado tan poco su éxito de descolonizador, que le reprocharan enconadamente el modo expeditivo con que había llevado a cabo su tarea. La acusación le parecía injusta e inmerecida. Al arrancar a su país del avispero indio sin haber derramado una gota de sangre británica, Mountbatten había ahorrado a Gran Bretaña una de esas guerras coloniales que Francia había convertido en su especialidad. Nuestro proyecto conquistó fácilmente su adhesión ya que, por casualidad, éramos los autores de uno de sus libros preferidos.

—He releído cuatro veces su *¿Arde París?* —nos confesó—. Así es como hay que relatar la historia.

En cuanto acabamos de desayunar nos embarcó en su Jaguar para llevarnos a su casa, el castillo de Broadlands, cerca del pueblo de Romsey, en el sur de Inglaterra. En esa magnífica mansión rodeada de robles centenarios vivía su retiro. Sobre su mesa de trabajo se amontonaban las cartas llegadas en su mayoría de la India o de Pakistán, correspondencias de desconocidos, amigos que le seguían siendo fieles o antiguos servidores a los cuales enviaba desde hacía veinticinco años un pequeño viático. Duna, su labrador negro, y el gato Mistou eran sus únicos compañeros en este interior cálido, lleno de muebles Victorianos, de alfombras mullidas y pesados cortinajes. Innumerables fotografías colocadas en marcos de plata —retratos de familia o de personalidades de este mundo, imágenes de guerra, de misiones, de viajes— recordaban cuán rica había sido su existencia. Uno de estos retratos era el de Isabel II afectuosamente dedicado «To my uncle Dickie»; una foto mostraba al endeble Mahatma Gandhi envuelto en su *dhoti*,[22] entre lord Louis y su esposa Edwina, a la sazón virrey y virreina de las Indias; en otra se podía ver a los jóvenes esposos Mountbatten en viaje de novios a Hollywood, rodeados de sus amigos Charlie Chaplin, Mary Pickford y Douglas Fairbanks. Pero la verdadera originalidad de esta casa estaba en sus sótanos, adonde nos llevó con un orgullo no disimulado. En este laberinto de túneles había reunido los documentos profesionales y los recuerdos privados, cuidadosamente conservados a lo largo de su vida. Para Larry y para mí, impacientes por poner en marcha la investigación sin duda más ambiciosa de nuestro dúo literario, se trataba de un verdadero tesoro. Estos documentos y estos recuerdos no narraban solamente las peripecias de una descolonización. Eran la historia de nuestro siglo.

Mountbatten abrió un cajón al azar. En él encontramos un paquete de cartas, todas amarilleadas por el tiempo. La primera, escrita a mano, estaba firmada por Nicolás II, zar de todas las Rusias, invitando a su joven sobrino Louis a pasar las vacaciones del verano de 1914, en compañía de sus primas imperiales, a bordo del yate familiar anclado en San Petersburgo. Cincuenta y ocho años después, los ojos azules que habían hecho palpitar tantos corazones femeninos brillaron imperceptiblemente a la vista de aquella reliquia.

—Entonces estaba locamente enamorado de la gran duquesa María —nos confesó —. Se parecía a un retrato de Gainsborough.

Bajo la carta encontramos una participación. En ella, «Victoria, reina de la Gran Bretaña, de Irlanda y de los Dominios, protectora de la Fe y emperatriz de las Indias», anunciaba el nacimiento de su «bisnieto Louis Francis Albert Victoria Nicholas de Battenberg».[23] Era el 25 de junio de 1900. El siglo tenía seis meses. Victoria reinaba sobre el mayor imperio colonial de todos los tiempos, una construcción grandiosa que el niño que acababa de nacer tendría que desmantelar medio siglo después.

Todas las cabezas coronadas que se inclinaron sobre su cuna pertenecían a su familia. Carlomagno era su antepasado directo; sus tíos y primos se llamaban Guillermo II, Alfonso XIII, Femando I de Rumanía, Gustavo VI de Suecia, Constantino I de Grecia, Haakon VII de Noruega, Alejandro I de Yugoslavia. Las crisis de Europa eran asuntos de familia.

De otro cajón, Mountbatten extrajo un paquete de viejos sobres cubiertos de una fina escritura a lápiz.

—¡Adivinen quién es el autor de estos garabatos! —exclamó, riendo—. ¡El propio Gandhi! En efecto, *the dear old man* observaba cada lunes un día de silencio. Utilizaba los sobres devueltos de su correo y una minúscula punta de lápiz para comunicarme lo que tenía que decirme. Por lo menos ese día yo no corría el riesgo de una declaración intempestiva del imprevisible Mahatma a la salida de mi despacho.

Ya estábamos en pleno centro de nuestro tema. El 21 de marzo de 1947, cuando pisó tierra india, Mountbatten aún no tenía cuarenta y siete años. El destino de casi cuatrocientos millones de hombres y la descolonización pacífica del más grande imperio colonial de la historia iban a depender de la confianza que se pudiera establecer entre el enviado de Londres y Gandhi.

¡Extraña pareja a la que todo parecía oponerse! Por un lado, un aristócrata inglés refinado, elegante, atlético, un gran señor de la guerra, un hombre colmado por la fortuna; por el otro, un viejo indio medio desnudo, apóstol de la no violencia, que vivía como un indigente. Por una milagrosa alquimia, el inglés y el indio se comprendieron. Cinco meses después de su llegada, el 15 de agosto de 1947, el último virrey de las Indias otorgó la independencia a trescientos millones de indios y a ochenta millones de paquistaníes. Cuando abandonará India, decenas de hombres y mujeres se lanzarán bajo las ruedas de su landó para impedir que se marche. Como uno de sus seis caballos de tiro se niega a avanzar, una voz exclamará entre la multitud: «Es una señal de Dios, debéis quedaros con nosotros».

* * *

Volvimos diecinueve veces a Broadlands y cada una de estas visitas fue un verdadero deleite. Mountbatten tenía una memoria fenomenal: recordaba el color de la rosa que llevaba Nehru en el ojal con ocasión de tal entrevista o la marca de los cigarrillos que Mohammed Ali Jinnah, el fundador de Pakistán, fumaba en cadena. Pero sobre todo teníamos la suerte de que cada recuerdo, cada suceso desarrollado durante las semanas cruciales que precedieron a la independencia de las Indias fueran consignados por escrito en los archivos meticulosamente clasificados en el fondo de los armarios del castillo de Broadlands. Mountbatten no había recibido ninguna visita, ni hecho un desplazamiento o participado en una manifestación, ni sostenido una conversación telefónica sin haber dictado enseguida un informe a uno de los

innumerables secretarios de su gabinete. Estos textos eran tan precisos, tan detallados, que podíamos reconstituir las situaciones como si las hubiéramos vivido nosotros mismos.

Como todos sus allegados, llamábamos al antiguo virrey «lord Louis». A veces nos reservaba curiosas sorpresas. Como el día en que se disculpó por haber invitado sin prevenimos a otro comensal a la comida que interrumpía nuestras sesiones de trabajo. Así tuvimos el placer de desayunar con el príncipe Carlos. Por el modo ditirámbico con que su tío abuelo le describió nuestras investigaciones, comprendimos que aportábamos a lord Louis una de sus últimas grandes alegrías, la de revivir con detalle los dieciséis meses que habían sido el punto culminante de su carrera. Se lo tomó en serio más allá de todas nuestras esperanzas. Un día nos confió documentos mantenidos en secreto durante veinticinco años y que podían, si eran revelados, perturbar gravemente las relaciones entre Gran Bretaña y sus antiguas posesiones. Llegó incluso a interceder ante su sobrina, Su Majestad, la reina, para que otorgara una derogación del embargo de cincuenta años que pesaba sobre ciertos papeles de Estado que juzgaba indispensables para nuestro trabajo.

El interés escrupuloso que demostraba por los menores detalles de nuestra investigación nos fascinó. Un día en que yo visitaba en Nueva Delhi el garaje que albergaba la suntuosa carroza en la cual había atravesado el 15 de agosto de 1947 la capital india en compañía de su esposa Edwina y del primer ministro Nehru, encontré en una de las linternas el nombre del constructor. Lo anoté en mi cuaderno. Seis meses más tarde, después de haber leído la escena en que describíamos esta carroza, lord Louis me indicó que se había deslizado un error en la ortografía del nombre en cuestión. Guardaba «el recuerdo de que se trataba de Parker y no de Barker». Verifiqué enseguida mis notas. Tenía razón. Yo había escrito «Parker». Nuestro secretario había cometido un error de transcripción.

A menudo, su humor sazonaba con escenas cómicas o conmovedoras la austera y estudiosa reconstitución de los hechos. Nos contó que la noche de la Independencia de las Indias, cuando la dominación británica estaba a punto de acabarse, se había retirado a la soledad de su despacho. «Todavía soy uno de los hombres más poderosos del mundo —pensó—. Desde este despacho, reino durante unos minutos todavía sobre un tercio de la humanidad». Nos dijo que este pensamiento le recordó un cuento de H. G. Wells, *El hombre que hacía milagros*, la historia de un inglés que posee la facultad, durante un solo día, de conseguir cualquier cosa. «Estoy aquí, viviendo los últimos minutos como virrey de las Indias —se dijo—. Debo realizar algo excepcional. Pero ¿qué?» De repente, tuvo una inspiración. «Voy a elevar a la esposa del nabab de Palampur al rango de Alteza».

Mountbatten y el nabab de Palampur, pequeño Estado del centro de la India, estaban unidos por una vieja amistad. En 1945, durante una visita a casa de este

amigo, lord Louis había recibido del residente británico acreditado ante el príncipe una petición muy particular. El nabab se había casado con una australiana a quien el virrey de la época negaba obstinadamente la concesión del título de Alteza con el pretexto de que no era de sangre india. Sin embargo, aquella extranjera se había convertido al Islam y gozaba de una popularidad real entre la población. El nabab estaba desesperado. Pero la intervención de Mountbatten no había servido de nada. Londres se oponía tercamente al matrimonio de los príncipes indios con extranjeras. La noche de la Independencia, aprovechando los últimos instantes de su autoridad suprema, lord Louis había elevado a la esposa australiana del nabab de Palampur a la dignidad de Alteza.

* * *

Treinta años después de este episodio, mientras dedicaba mis libros a la salida de una conferencia que acababa de pronunciar en Ginebra, se acercó a mí una mujer modestamente vestida. No llevaba ningún maquillaje en su rostro surcado de arrugas. Disimulaba las canas bajo un pañuelo. Puso sobre la mesa un ejemplar muy manoseado de *Esta noche, la libertad*, el libro que habíamos consagrado a la Independencia de las Indias, y me rogó tímidamente que se lo dedicara.

—¿A qué nombre? —pregunté.

Vaciló. Entonces, con algo de nostalgia en la mirada, contestó:

—A la begum de Palampur.

Después de la Independencia, ella y su marido habían abandonado la India para instalarse en Europa. El nabab había muerto en una situación de relativa precariedad. Aquella a quien Mountbatten elevara al rango de Alteza daba hoy clases «de inglés a los hijos de árabes ricos instalados a orillas del lago Leman».

* * *

Nunca dejábamos de comentar con lord Louis los resultados a menudo inesperados de nuestras pesquisas. Un día le llevamos el informe de nuestra entrevista con el médico indio que trataba en 1947 al fundador del Pakistán, Mohammed Ali Jinnah. Esta lectura le hizo palidecer de repente.

—¡Increíble! —exclamó, estupefacto—. Es increíble.

Cuando levantó la cabeza, su mirada azul, siempre tan tranquila, brillaba con una intensa emoción. Agitó nuestros pliegos en el aire varias veces.

—Si a la sazón hubiera sabido todo esto, el curso de la historia habría sido diferente. Yo habría retrasado unos meses la concesión de la independencia. No habría habido partición. Pakistán no habría existido. Las Indias habrían conservado su unidad. Se habrían evitado tres guerras…

Lord Louis estaba aturdido.

Este informe describía con detalle una radiografía pulmonar que habíamos descubierto en el consultorio del médico de Jinnah. El clisé confirmaba una tuberculosis avanzada. Mohammed Ali Jinnah, el inflexible líder musulmán que había anulado todos los esfuerzos de Mountbatten para preservar la unidad de las Indias en la primavera de 1947 sabía que sólo le quedaban unos meses de vida.

* * *

El examen de los recuerdos y archivos del principal actor británico de nuestra investigación nos acaparó durante más de un año. Antes de abandonar Inglaterra hacia la India y Pakistán, queríamos conocer a algunos antiguos administradores y militares de este prodigioso imperio sobre el cual había reinado lord Louis, esos *white Englishmen* de los que Rudyard Kipling decía que por un impenetrable designio de la Providencia habían recibido el encargo de «dominar a los pueblos pobres privados de leyes». Se trataba a la sazón de una élite minúscula: los dos mil funcionarios del Indian Civil Service y los diez mil oficiales que mandaban el ejército de las Indias. La autoridad de este puñado de hombres había gobernado y mantenido el orden en un país dos veces más poblado que toda Europa. Los espacios infinitos del continente indio habían ofrecido a aquellos ingleses lo que no podían darles sus estrechas riberas insulares: una arena sin límites donde saciar su sed de aventuras. Habían llegado, jóvenes y tímidos, a los muelles de Bombay. Cuarenta años después, se habían marchado con el rostro bronceado por el exceso de sol, con la voz cascada por el demasiado whisky, con el cuerpo marcado por las enfermedades tropicales, las zarpas de las panteras, las caídas del polo, las balas recibidas, pero orgullosos de haber vivido su parte del sueño en el último imperio romántico del mundo.

Para la mayoría, la aventura había empezado en la confusión teatral de la estación Victoria de Bombay. Allí, bajo las arcadas neogóticas, sufrieron su primer choque al contacto con el febril hormigueo de la población indígena, con el olor acre, omnipresente, de la orina y las especias, con la ardorosa humedad de la atmósfera. Descubrieron con asombro la complejidad del mundo indio ante las fuentes de la estación ferroviaria, donde grifos diferentes distribuían agua a los europeos, a los hindúes, a los musulmanes, a los parsis, a los cristianos y a los intocables. La vista de los coches verde oscuro del *Frontier Mail* o del *Hyderabad Express*, cuyas locomotoras llevaban el nombre de ilustres generales británicos, los había tranquilizado. Detrás de las cortinas de los compartimientos de primera clase les esperaba un universo familiar de banquetas con apoyacabezas bordados, botellas de champaña puestas a enfriar en cubos de plata; un universo donde los únicos indios que corrían el peligro de encontrar serían el revisor y los camareros del coche restaurante. En cuanto arribaban, los recién llegados aprendían la regla esencial: Gran

Bretaña reinaba en las Indias, pero los ingleses vivían aparte.

Los jóvenes administradores del Imperio habían conocido a menudo años duros. Destinados a puestos remotos, la mayor parte del tiempo apartados de la civilización, sin telégrafo ni electricidad, sin carreteras ni ferrocarriles, se habían encontrado aislados en medio de un mundo desconocido. A la edad de veinticuatro o veinticinco años se habían convertido con frecuencia en amos todopoderosos de territorios a veces más vastos que Córcega y más poblados que Bélgica. Habían inspeccionado su distrito a pie o a caballo, yendo de pueblo en pueblo a la cabeza de una caravana de servidores, mientras una cohorte de asnos o camellos transportaba su tienda-oficina, su tienda-dormitorio, su tienda-comedor, su tienda-cocina, su tienda-cuarto de baño, así como víveres para un mes. En cada etapa, la tienda-oficina se convertía en sala de audiencia de un tribunal. Dignamente instalados tras una mesa plegable, flanqueados por dos servidores que ahuyentaban las moscas a golpes de abanico, administraban la justicia en nombre de Su Majestad. A la puesta de sol, después de bañarse en una bañera de piel de cabra, vestían ceremoniosamente su esmoquin para una cena solitaria bajo el mosquitero de la tienda-comedor iluminada por un quinqué, mientras resonaban a su alrededor los ruidos de la jungla, a veces incluso los rugidos de un tigre. Al amanecer se marchaban a ejercer a otra parte «la autoridad soberana del hombre blanco».

Este duro aprendizaje preparaba a los servidores imperiales para el acceso a aquellos privilegiados islotes de verdor desde donde la aristocracia imperial reinaba en las Indias. Guetos dorados de los ingleses, los *cantonments* constituían verdaderos cuerpos extranjeros vinculados a las principales ciudades indias. Cada uno comprendía su jardín público, sus prados a la inglesa, su banco, su escuela, sus tiendas y su iglesia con el campanil de piedra, réplica de los campanarios de Dorset o de Surrey. El corazón de estos enclaves era la institución más británica del mundo: el Club. A la hora bendita en que el sol se desvanecía en el horizonte, los dignos representantes de Su Majestad se instalaban sobre el césped o bajo las frescas galerías de esos clubes para saborear su *sundowner*, el primer whisky de la velada que traían los servidores de túnica blanca. Cómodamente aposentados en sillones de cuero, se ensimismaban en la lectura del *Times* de Londres, cuya páginas, llegadas con un retraso de un mes o más, les ofrecían los ecos lejanos de los debates en los Comunes, los hechos y gestos de la familia real, los sucesos de la vida londinense y, sobre todo, el anuncio de los nacimientos, bodas y fallecimientos de sus compatriotas de quienes estaban separados por un cuarto de la superficie del globo.

Era la India romántica y pintoresca de los cuentos de Kipling. La India de los caballeros blancos con cascos de plumas instruyendo a sus escuadrones de jinetes con turbante; la India de los recaudadores de impuestos perdidos en las inmensidades tórridas del Deccan; la India de las suntuosas fiestas del Bengal Club de Calcuta; la

India de los partidos de polo en el polvo del desierto del Rajasthan y de las cacerías de tigres en Assam; la India de los oficiales en dolmán rojo, escalando las pendientes vertiginosas del paso de Khyber y persiguiendo a los feroces rebeldes pathanes en el horno del verano o la ventisca del invierno; la India de una casta de hombres seguros de su superioridad cenando con sus *memsahibs* sobre el césped de sus clubes.

Lord Louis escudriñó sus agendas de direcciones para ayudamos a encontrar algunos supervivientes de ese sueño imperial. También nos recomendó poner un anuncio en el *Times* de Londres, para invitar a ponerse en contacto con nosotros a antiguos miembros del Imperio que hubieran vivido experiencias excepcionales. La idea fue fructífera. Entonces recorrimos Gran Bretaña desde Suffolk a Surrey, desde Cornualles a Escocia, desde Kent al País de Gales, en busca de veteranos del Imperio de las Indias.

* * *

Un día, en Kent, llamé a la puerta del *cottage* donde vivía el antiguo coronel delegado por Mountbatten al lado de Mohammed Ali Jinnah, el fundador de Pakistán, para dirigir su gabinete militar al día siguiente de la Independencia. Se llamaba William Birnie. Alto, atlético, con las mejillas sonrosadas de un amante de la ginebra y el whisky, Birnie había vivido varios meses en la intimidad del líder musulmán. Constituía una fuente de información insustituible sobre uno de los principales actores del embrollo indio. Birnie había traído numerosos recuerdos de su estancia en las Indias, entre ellos una impresionante piel de tigre colocada en la entrada de su salón. Me detuve, subyugado, ante aquella fiera de aspecto feroz. Divertido por mi confusión, el coronel se quitó la chaqueta, el jersey y la camisa. En pocos segundos se quedó desnudo hasta la cintura. Descubrí entonces el profundo surco de una cicatriz que le cruzaba el pecho desde el hombro hasta el talle. El hombre señaló con la mano la cabeza del tigre y puso la otra sobre la cicatriz.

—*Yes, it's him*! ¡Sí, es él!

Una noche, cuando era un joven teniente de operaciones en las Provincias Centrales, tuvo la idea descabellada de matar uno de los numerosos tigres que merodeaban alrededor del campamento. Ató una cabra al pie de una higuera. Después sujetó con cordel una linterna al cañón de su fusil y permaneció al acecho en la espesura. Al cabo de varios minutos oyó un estrépito de ramas rotas y después unos balidos aterrorizados.

—Encendí la linterna. Un soberbio tigre había saltado sobre la infortunada cabra. Disparé al instante, pero en la semioscuridad no conseguí derribar al animal. En lugar de huir bajo el dolor del impacto, el *bastará*, el maldito animal, se abalanzó sobre mí sin darme tiempo a disparar por segunda vez. Por muy poco logré dar la vuelta al fusil y plantarle la culata en las fauces. Fue un cuerpo a cuerpo desesperado. Me

laceraba con sus zarpas y yo veía sus colmillos dispuestos a abrirme el cráneo. Mi fusil en sus fauces acabó por hacerle desistir. Interrumpió el combate y desapareció en la noche. Aproveché para encaramarme al árbol más cercano. Todo ello había sido realmente *uncomfortable*.

—¡Debió de sentir un gran alivio al encontrarse con vida subido a una rama!

—*Not at all*! ¡En absoluto! —protestó vivamente el inglés—. ¡Estaba furioso! ¡Imagínese que ese bastardo se había largado con mi fusil! ¡Un flamante Holland & Holland recién comprado por la suma astronómica de cincuenta libras!

Birnie y varios de sus camaradas se lanzaron al día siguiente a lomos de elefante en persecución del tigre. Lo encontraron al cabo de dos días. Birnie pudo rematarlo con una sola bala. Pero no volvió a ver su flamante y hermoso fusil.

* * *

Otro día me entrevisté con el último gobernador británico de Bengala, sir Frederick Burrows, en su modesto *cottage* de Sussex. Nada recordaba en este antiguo líder sindicalista que había sido, de 1945 a 1947, soberano de un territorio más poblado que Gran Bretaña e Irlanda juntas. Con sesenta y cinco millones de habitantes, Bengala se extendía a lo largo de más de mil kilómetros desde las junglas de las estribaciones del Himalaya a las desembocaduras del Ganges y del Brahmaputra. Calcuta, la capital de esta provincia, era la mayor ciudad británica después de Londres. Raj Bhavan, la residencia del gobernador, era un soberbio palacio de ciento treinta y siete habitaciones en medio de un parque de quince hectáreas. Se habían dado en él fiestas suntuosas. Las veladas de recepción, sir Frederick se sentaba en un trono de terciopelo púrpura realzado con dorados y rodeado de una cohorte de ayudas de campo y oficiales con uniforme de gala. Después de haber tenido hasta quinientos sirvientes luciendo el blasón imperial en su librea, el antiguo gobernador sólo empleaba ahora a una campesina de la vecindad para los quehaceres domésticos.

Ante mis ojos deslumbrados, hojeó sus álbumes de fotos, testigos de la etapa final de la dominación británica. No me ocultó su nostalgia ni su amargura. Si bien Inglaterra concedió la libertad a las poblaciones que gobernaba, no pudo impedir que se mataran entre ellas después de su marcha. Me contó con tristeza el fin de su propio reinado. Mientras lady Burrows y él cerraban las maletas en un ala del palacio, centenares de manifestantes desenfrenados invadían el resto del edificio, saqueaban la vajilla y la plata, arrancaban las cortinas y bailaban de alegría por salones, pasillos y escaleras. La ultima visión de su dormitorio quedó grabada en su memoria: decenas de pequeños hombres negros que no habían dormido nunca en otro sitio que sobre la tierra batida saltaban y rebotaban sobre los muelles de su cama como sobre un trampolín de feria. Los guardas tuvieron que abrir un pasillo a través del populacho para permitir al gobernador y a su esposa llegar al embarcadero donde les esperaba

una lancha motora. La confusión de la retirada impidió cualquier adiós. Los últimos representantes del imperio de Victoria abandonaron Calcuta a escondidas.

Sir Frederick había previsto amablemente una comida para interrumpir nuestra sesión de trabajo. La sirvió este mismo hombre que había tenido quinientos criados a su servicio. Después de comer se levantó y me preguntó, indicando nuestros platos y cubiertos:

—Señor Lapierre, ¿tendría inconveniente en proseguir nuestra conversación en la cocina mientras lavamos la vajilla?

* * *

El teniente coronel John Platt había sido el último oficial británico que abandonó el suelo de las Indias. Al embarcar en las chalupas amarradas ante la Puerta de las Indias de Bombay, aquella mañana del 28 de febrero de 1948, Platt y sus hombres habían puesto punto final a la aventura imperial británica. Veinticinco años después, convertido en general, me invitó a almorzar en el marco majestuoso del Army and Navy Club de Londres para evocar aquella partida histórica. Estaba al mando del primer batallón de la Somerset Light Infantry, un regimiento en el que ya se habían distinguido su padre y su abuelo, que desde 1842 no habían cesado de guerrear en las fronteras del Imperio de las Indias. El blasón del regimiento ostentaba por otra parte una corneta y una corona rematada por la inscripción «Jalalabad», lugar de una sangrienta victoria sobre las tribus afganas en el siglo pasado.

La partida se desarrolló en un ambiente de fiesta. Platt y sus hombres fueron de recepción en recepción, la última ofrecida por la nueva dirección india del Royal Bombay Yacht Club donde, hasta el día de la Independencia, ningún indio, aunque fuera un maharaja, había podido entrar. A la hora de las despedidas, los representantes del ejército indio ofrecieron al oficial inglés su nueva bandera nacional marcada con el torno de Gandhi, así como una maqueta en plata de la Gateway of India la Puerta de las Indias, que había sido el primer monumento avistado por tantos jóvenes ingleses al llegar de su remota isla. Platt recibió asimismo un documento en homenaje a la antigua camaradería de armas de los indios con sus antiguos colonizadores. Era la foto de un soldado indio recibiendo la Victoria Cross de manos de un general inglés. A cambio, Platt regaló una bandera británica en seda china y expresó el deseo de que fuera expuesta en la sala de honor de la nueva guarnición india de Bombay.

Al día siguiente, la Somerset Light Infantry, con uniforme caqui de pantalones cortos y medias polainas blancas, desfiló por la inmensa explanada de la Puerta de las Indias alrededor de la cual se habían amontonado decenas de miles de habitantes venidos de todos los barrios de Bombay, incluso de las chabolas de las afueras. Batallones de soldados sikhs y gurkas rendían honores. Una banda de la marina india

tocaba el *God save the King*. Fue realmente una partida «con fanfarria».

—Cuando mis hombres y yo llegamos bajo el arco de la Puerta de las Indias, oí elevarse un canto de la multitud aglomerada en la plaza y la escollera —continuó—. Aumentó rápidamente de volumen, brotando de miles de gargantas. Era el *Auld Lang Syne, el Canto de los adioses*. Entre los que cantaban dicha melodía, había viejos militantes del partido del Congreso con su gorro de cuartel blanco. ¡Tal vez algunos cráneos conservaban todavía las cicatrices de los golpes de porra asestados por nuestra policía! Había mujeres en sari, estudiantes con sus uniformes de colegiales, mendigos harapientos… Hasta los soldados de la guardia de honor unían sus voces a las de los demás. Se lo aseguro, era…

En la penumbra, vi brillar los ojos del general. No pudo concluir la frase y bebió su café en silencio. Me imaginaba la emoción de aquella escena final, oía aquel canto espontáneo en la explanada, emocionante promesa de un «hasta siempre» para los ingleses que partían. Toda una época finalizaba ante aquella Puerta de las Indias; otra comenzaba, la que había desencadenado el débil anciano de quien tanto nos había hablado Mountbatten: la era de la descolonización.

Un día de enero de 1915, al volver de África del Sur, Gandhi —el futuro libertador— había pasado bajo aquella misma Gateway of India. Llevaba bajo el brazo su manifiesto *Hind Swaraj (Autonomía de la India)*, el cual iba a convertirse en el breviario de la lucha por la independencia. Después de la partida de Platt y sus hombres, serían muchos los puertos del mundo colonial en donde se desarrollaría una ceremonia parecida a la de aquel 28 de febrero de 1948 en Bombay. Pero ninguna estaría bañada del fervor evocado por el general inglés. Las chalupas condujeron la Somerset Light Infantery a bordo del *Empress of Australia* fondeado en la ensenada. Uno de los baúles de su jefe contenía las pieles de los cuatro tigres que éste había matado en las junglas indias. Como todos los pasajeros a quienes invade la nostalgia, el inglés subió al puente para contemplar, por última vez el panorama de la grandiosa y luminosa ciudad de Bombay desplegada en círculo.

El contacto de una mano sobre el hombro lo sacó de su melancolía. Era el radiotelegrafista de a bordo, que le traía un telegrama: «GOOD BYE. GOOD LUCK. GOOD HUNTING» («Hasta siempre. Buena suerte. Buena caza»), decía el mensaje. Lo enviaba el Club de Cazadores de zorros de Bombay. Era el último saludo de la India a sus colonizadores.

* * *

En una casa de ladrillos rojos de Wiltshire encontré al antiguo capitán de Marina que había sido el jefe de los ayudas de campo de lord Mountbatten. A la edad de treinta y un años, Peter Howes había asistido en directo a la histórica partida de póquer que en

la primavera del año 1947 decidió el destino de las Indias.

En Delhi, los días del joven oficial empezaban a las seis de la mañana con un galope por la campiña en compañía de otros tres ayudas de campo.

—Lord Louis nos acompañaba a menudo —recordó—. Los indios con quienes nos cruzábamos se asombraban de ver a su nuevo virrey paseando sin escolta como cualquier *sahib*. Desde mi llegada imprimió un estilo nuevo y personal a las relaciones de Inglaterra con la élite local. Por primera vez, las cenas oficiales que se me encargó organizar contaban con más invitados indios que británicos. Y también por primera vez, en la mesa del virrey se sirvieron platos vegetarianos. Tras la partición del país, cuando centenares de miles de refugiados hambrientos afluyeron a la capital, Edwina redujo nuestras raciones. «La India se muere de hambre —nos declaró—, tenemos que dar ejemplo». A nosotros, que éramos jóvenes y deportistas, nos costó mucho soportar estas restricciones. Una vez caída la noche, nos evadíamos hacia los restaurantes de Connaught Place para llenar nuestros estómagos vacíos.

Mountbatten así lo quería: la dominación imperial debía terminarse en la apoteosis más pomposa y suntuosa que la India hubiera conocido jamás —me contaría Howes—. Procuró que la ceremonia de entronización superase en esplendor a las coronaciones de los soberanos británicos en Londres. Desplegados al pie de la escalinata monumental que ascendía hacia el Durbar Hall, la sala del trono situada en el centro del palacio, rendían honores destacamentos del ejército de las Indias, de la marina y de la aviación. Con las lanzas destellando al sol de la mañana, los jinetes de la guardia, con guerrera roja y oro, calzones blancos y botas negras, formaban una hilera de honor hasta la entrada.

—Yo me encontraba a la cabeza del cortejo, a unos treinta pasos delante de lord y lady Mountbatten. Mis camaradas y yo llevábamos el soberbio uniforme de gala de los ayudas de campo, guerrera escarlata con botones dorados, pantalón blanco y casco de plumas rojas. ¡Si mis camaradas de la marina hubiesen podido verme con este atuendo…! Cuando el cortejo entró en la sala débilmente iluminada, las trompetas entonaron una marcha en sordina. Unos instantes después, al entrar los Mountbatten, trompetas y luces explotaron triunfalmente bajo las bóvedas. Fue fantástico. Di gracias al cielo por tener la suerte de vivir momentos semejantes.

El joven capitán de marina vio entonces al virrey y a su esposa dirigirse lentamente hacia sus tronos coronados por un dosel de terciopelo carmesí. Toda la élite de las Indias estaba allí, bajo la cúpula de mármol blanco. Reconoció a los jueces del Tribunal Supremo con togas negras y pelucas de bucles; los altos funcionarios del Indian Civil Service, procónsules del Imperio, cuya palidez anglosajona contrastaba con los oscuros perfiles de sus jóvenes colegas indios; una delegación de maharajas resplandecientes de satén y joyas, y, sobre todo, Jawaharlal Nehru, el hombre de la rosa, con sus compañeros del partido del Congreso, todos

tocados con el pequeño gorro blanco, señal de reunión de los combatientes de la independencia.

El presidente del Tribunal Supremo se adelantó, y Howes oyó a Mountbatten pronunciar, con la mano derecha levantada, el juramento que le convertía en el último virrey de las Indias. El fragor de los cañones de la Royal Horse Artillery formados en el patio resonó entonces en la sala.

Howes se acordaba de algunas punzantes palabras que Mountbatten había dirigido a la asamblea de notables reunidos ante él. «No me hago ilusiones sobre la dificultad de mi tarea —declaró—. Necesito la buena voluntad de todos y pido a la India que me demuestre a partir de hoy esta buena voluntad. Eviten toda palabra y todo acto que pudiera aumentar el número de víctimas inocentes».

Unos guardias abrieron los batientes de la maciza puerta de teca. El joven capitán vislumbró entonces la perspectiva majestuosa de los estanques y los cuadros de césped que se extendían a lo lejos hacia el corazón de Nueva Delhi. El joven capitán se sintió invadido de pronto por una euforia salvaje. La ceremonia demostraba a sus ojos la perennidad de los vínculos entre Inglaterra y las Indias. Su optimismo no tardaría en ser barrido por la oleada de visitantes impacientes que cruzarían la sala de los ayudantes de campo para ir a discutir con el nuevo virrey sobre la urgencia de poner fin a la dominación de Gran Bretaña.

Un día uno de estos visitantes estuvo a punto de morir en sus brazos. El potente acondicionador de aire que Howes había hecho instalar en el despacho de Mountbatten para ayudarle a soportar el calor tropical había transformado al Mahatma Gandhi en una estalactita. Requerido para prestarle socorro, el capitán se llevó en brazos a toda prisa al frágil anciano para calentarle en el jardín. Faltó poco para que las críticas negociaciones entabladas entre India e Inglaterra no acabasen aquel día en tragedia.

El mayor divorcio de la historia

Al separarse, India y Pakistán habían tenido que repartirse el patrimonio común acumulado en el curso de los siglos. Su participación en este gigantesco reparto dejó al capitán Howes uno de sus recuerdos más emocionantes. Hubo que repartir los activos de los bancos; las locomotoras, los vagones restaurantes y los vagones de mercancías de los ferrocarriles; las máquinas de escribir, las mesas, las sillas, las escupideras, las escobas de las oficinas ministeriales; las polainas, los turbantes, las porras de las fuerzas de la policía. En Lahore, un responsable dividió en dos lotes los instrumentos de la banda municipal. Dio una trompeta a Pakistán, un par de címbalos

a India, una flauta a Pakistán, un tambor a India… Ciertos repartos, como el de las bibliotecas, fueron causa de furiosas disputas. Se fraccionaron colecciones completas de la *Enciclopedia Británica*, yendo los volúmenes pares a un Estado y los impares a otro. Se dividieron los diccionarios, heredando la India las letras de la A a la K y Pakistán el resto del alfabeto. Cuando sólo quedaba un único ejemplar de una obra, hubo que cortarlo por la mitad. Se vio así a hombres llegar a las manos para arrancarse *Alicia en el país de las maravillas* o *Cumbres borrascosas*. En otros lugares pudo verse a funcionarios respetables cambiando un tintero por un cántaro, un paragüero por una percha. Los musulmanes reclamaron la demolición del Taj Mahal y su transporte, piedra por piedra, a Pakistán, arguyendo que este mausoleo había sido edificado por un emperador mogol. Por su parte, brahmanes indios reivindicaron la posesión del Indo, cuyo curso recorría el centro de Pakistán, porque sus vedas sagrados habían sido escritos en sus orillas veinticinco siglos antes.

Ni la India ni Pakistán desdeñaron reclamar los símbolos más llamativos del colonialismo. El suntuoso tren blanco y oro de los virreyes fue asignado a la India. En compensación, Pakistán recibió el Rolls-Royce oficial del comandante en jefe del ejército de las Indias y el del gobernador del Punjab. La más asombrosa de estas reparticiones se desarrolló en el patio de las caballerizas del palacio del virrey. Estaban en juego doce carrozas. Con sus adornos sobrecargados de oro y plata, sus arneses centelleantes, sus lujosos almohadones, simbolizaban la pompa y la majestad que habían fascinado a los súbditos indios del Imperio al tiempo que suscitaban su rebelión. Seis carruajes estaban decorados con oro; los otros seis, con plata. No era cuestión de desparejarlos. Así pues, se decidió que uno de los dominios recibiera los troncos dorados y el otro los carruajes decorados con plata.

—Lord Mountbatten me confió la tarea de determinar a los beneficiarios —me contó con orgullo el antiguo ayuda de campo—. ¡Difícil misión! A falta de una idea mejor, decidí jugar el asunto a cara o cruz. Convoqué, pues, al patio de las caballerizas a los dos futuros comandantes de las guardias presidenciales de la India y Pakistán. Les pedí que eligieran cara o cruz y lancé una moneda al aire. «Cara», gritó el indio. Cuando la moneda rebotó sobre el empedrado del patio, nos precipitamos. El indio dio rienda suelta a su alegría. ¡El azar acababa de asignar las carrozas doradas del imperio de Victoria a los jefes de la futura India socialista! Siguió después la distribución de los arneses, fustas, botas, pelucas y uniformes de los cocheros. Pronto quedó sólo un accesorio: la trompa del postillón real de la que existía un único ejemplar.

»Enseñé el objeto a los dos oficiales y les dije: “No se puede dividir esta trompa en dos, así que he encontrado una solución equitativa. Me la quedo yo”.

Entonces vi levantarse al antiguo capitán con aire malicioso. Dio la vuelta al salón y se detuvo ante la chimenea. Un formidable trompetazo hizo vibrar los

cristales de las ventanas de la casa. Howes agitó triunfalmente el instrumento.

—Nunca pierdo una ocasión de tocar esta trompa: me recuerda los días más memorables de mi existencia.

* * *

Armado con una tijera de podar, cortaba uno de los magníficos rosales que se extendían delante de su propiedad, un antiguo priorato adosado a las ruinas de una iglesia gótica de Warwickshire, no lejos de Birmingham. De talla mediana, labios delgados, escasos cabellos grises cuidadosamente pegados a las sienes y gafas redondas de metal caladas sobre una nariz fina, sir Cyril Radcliffe tenía un aire frío y reservado que no invitaba mucho a las confidencias. Entre todos los antiguos de la epopeya india, fue el único que se mostró algo reticente a recibirnos. De hecho, sir Cyril no era, hablando con propiedad, un veterano de la aventura imperial. Su relación con las Indias había sido incluso lo más opuesto a una epopeya. La mano que cortaba con delicadeza el rosal «Dorothy Perkins» de hojas relucientes había cortado veinticinco años antes a golpes de tijera el mapa del subcontinente indio. Con la seguridad de un escalpelo de cirujano, esta vivisección había creado dos Estados separados, el Pakistán y la India, lo que había afectado las vidas de casi cien millones de personas.

El hombre en quien había recaído esta terrible tarea lo ignoraba todo sobre las Indias: no había puesto nunca los pies allí. Fue curiosamente a causa de esta ignorancia que este abogado de renombre de cuarenta y cinco años había sido apartado de los legajos de su bufete londinense.

—La convocatoria procedía del lord Canciller de Gran Bretaña —recordó—. Me explicó que el plan de partición de las Indias dejaba en suspenso el problema capital de las líneas divisorias entre las provincias de Punjab y de Bengala. Sabiendo que ellos nunca llegarían a un acuerdo sobre el trazado de nuevas fronteras, Jinnah y Nehru habían decidido confiar esta responsabilidad a una comisión de amojonamiento indo-paquistaní. Para presidir esta comisión querían a un jurista británico que no tuviera ninguna experiencia de las Indias, lo cual ofrecía una garantía de imparcialidad. El lord Canciller pensaba que yo era el hombre para aquella situación.

—Fue un honor considerable —observó Larry.

Sir Cyril se envaró en su sillón.

—Dividir aquellas dos grandes provincias era el último encargo que deseaba recibir. Si bien lo ignoraba todo de las Indias, tenía la experiencia suficiente para saber que esta misión sería implacable.

—El hecho de que en aquel crítico instante de su historia común dos adversarios tan encarnizados como Nehru y Jinnah decidieran elegir a un inglés fue un homenaje

a Gran Bretaña —insistí—. ¿Acaso podía usted negarse?

Sir Cyril suspiró a guisa de respuesta y luego nos contó que una hora después de su entrevista con el lord Canciller, un alto funcionario del secretariado de Estado para asuntos indios fue a desplegar ante él un mapa geográfico a fin de enseñarle las provincias que debería dividir.

—Conocía vagamente la situación de ambas en el norte del país, una al oeste y otra al este. Vi el dedo del funcionario seguir el curso del Indo, rozar la barrera del Himalaya, descender hasta Nueva Delhi, subir hacia el Ganges, bordear las orillas del golfo de Bengala… La vista de aquellas dos inmensas provincias que debería cortar en dos, me causó vértigo.

Sir Cyril había llegado varios días después bajo el calor sofocante de Nueva Delhi. Mountbatten había puesto a su disposición un *bungalow* en el recinto mismo de su palacio. Enclaustrado detrás de los postigos, empezó enseguida a trazar sobre el mapa del estado mayor de los Royal Engineers las fronteras que iban a separar a aquellas inmensas poblaciones. Privado de todo contacto con los lugares y las gentes que estaba disecando, no podía prever las consecuencias de su cirugía sobre aquellas tierras hormigueantes de vida.

—Sabía que el agua es por doquier el símbolo de la vida, que quien controla el agua controla la vida —nos explicó—. Y ahora me veía obligado a cortar sobre un mapa canales de irrigación, canalizaciones, esclusas, cisternas. Mutilaba arrozales y campos de trigo sin haberlos visto nunca. No había visitado uno solo de los pueblos a través de los cuales pasaría mi frontera, ni tenía idea de los dramas que causaría entre los pobres campesinos súbitamente desposeídos de sus campos, de sus pozos, de sus caminos. El material de que disponía era totalmente inadecuado.

Me faltaban mapas a una escala muy grande y las informaciones obtenidas de los otros resultaban a veces erróneas. Me di cuenta, por ejemplo, de que los cinco ríos del Punjab tenían una molesta tendencia a fluir a varios kilómetros del lecho que les habían asignado los servicios hidrográficos oficiales. Las estadísticas demográficas que debían constituir mi referencia de base eran inexactas. Habían sido falsificadas por unos y por otros para fundamentar sus pretensiones antagonistas.

Había algo de surrealista en el hecho de escuchar este relato en el decorado cómodo y apacible de esta casa inglesa. Observaba a este hombre tan correcto, tan respetable y me costaba imaginar que hubiera podido ser el ordenador meticuloso de semejante tragedia.

—De las dos provincias, Bengala y Punjab, ¿cuál es la que le planteó menos problemas? —inquirió Larry, deseoso de encontrar algún recuerdo refrescante en esta sombría evocación.

—Bengala, sin duda alguna. Sólo vacilé sobre la suerte de Calcuta. Jinnah había reivindicado su posesión, lo cual me parecía justificado desde el punto de vista

económico. Pero la gran mayoría hindú de su población representó finalmente a mis ojos un factor más importante que cualquier otra consideración. Una vez establecido este principio, el resto fue relativamente sencillo. Mi frontera sólo era una línea trazada a lápiz sobre un pedazo de papel. En el laberinto de ciénagas y llanuras medio inundadas de Bengala no existía ninguna barrera natural que pudiera servir de frontera.

—¿Y el Punjab? —inquirí.

El solo nombre de esta provincia hizo temblar las cejas del jurista. Se secó la frente con el pañuelo.

—Toda la región era un mosaico de comunidades religiosas mezcladas unas con otras. Delimitar una frontera que respetase la integridad de estas comunidades era imposible. Tuve que cortar por lo sano.

Sir Cyril recordaba a la perfección el calor tórrido de aqueja las semanas de verano, una humedad cruel, sofocante, aniquiladora. Las tres habitaciones de su *bungalow* estaban cubiertas de mapas, documentos, informes mecanografiados sobre centenares de impalpables hojas de papel de arroz. Cuando trabajaba en mangas de camisa, las hojas se adherían a sus brazos húmedos, dejándole extraños estigmas en la piel: la huella de un lugar que significaba tal vez la esperanza de centenares de miles de seres humanos. Un ventilador suspendido del techo agitaba el aire sobrecalentado. Entonces las hojas empezaban a remolinear por la habitación, tormenta simbólica que presagiaba el triste destino que esperaba a los pueblos del Punjab.

—Supe desde el principio que un baño de sangre seguiría a la promulgación de mi plan de partición. Las matanzas ya habían empezado en los pueblos que estaba dividiendo. No tenía ningún contacto con el exterior. Si me aventuraba a una recepción o una cena, me hallaba rodeado al instante por un montón de gente que me asaltaba con sus súplicas.

La partición de sir Cyril Radcliffe llegó al despacho de lord Mountbatten el 13 de agosto de 1947 a mediodía, o sea treinta y seis horas antes de la proclamación oficial de la independencia de los dos Estados nacidos de la partición del Imperio de las Indias. Temiendo que los dos países impugnaran con violencia el arbitraje del jurista londinense, el virrey ordenó que sus conclusiones se mantuvieran en secreto hasta el día siguiente de las fiestas de la Independencia. Lord Louis hizo guardar en su caja fuerte los dos sobres amarillos de sir Cyril destinados a Jinnah y Nehru. Durante las setenta y dos horas siguientes, mientras el país se abandonaba al jolgorio, el trazado de sus nuevas fronteras permaneció en la caja de caudales como los malos espíritus encerrados en la caja de Pandora. India y Pakistán iban a nacer sin que sus dirigentes conocieran los componentes fundamentales de sus naciones, el número de sus ciudadanos y los límites de sus territorios.

* * *

Sobre el papel, el resultado podía sin duda parecer aceptable. En la realidad, fue un desastre. En Bengala, la línea de partición condenaría a cada una de las dos partes a la ruina económica. Mientras que el ochenta y cinco por ciento del yute mundial crecía allí, no había ni una sola planta transformadora en la zona asignada a Pakistán. En cambio, la parte india se encontraba sin ninguna plantación de yute pero con más de cien fábricas y el único puerto de exportación, Calcuta. En el Punjab, la frontera partía en dos las tierras y las poblaciones de una de las comunidades más militantes y más unidas de las Indias, los sikhs. Empujados por la desesperación, éstos se convertirían durante toda una generación en los principales responsables de una trágica inestabilidad que pondría en peligro la unidad nacional.

* * *

Como era de temer, Jinnah y Nehru explotaron de cólera cuando tuvieron conocimiento del plan de partición establecido por el enviado de Londres. No obstante, los dos líderes habían prometido aceptar sus decisiones y hacerlas aplicar. Si bien su cólera mutua probaba la perfecta imparcialidad de sir Cyril Radcliffe, la condena de su trabajo fue para él una dolorosa desautorización. Descorazonado, respondió con la única actitud que creía conveniente: rechazó las dos mil libras esterlinas de sus honorarios.

El avión especial que le llevó unos días después de regreso a Inglaterra sobrevoló el Punjab que acababa de repartir. Bajo sus alas se desarrollaba la mayor emigración de la historia de la humanidad. Decenas de columnas de refugiados huían por los senderos, a lo largo de los canales, a través de los campos, hacia el asfalto abrasador de la Great Trunk Road. Pueblos musulmanes que habían saludado con entusiasmo el nacimiento de Pakistán se encontraron de nuevo en la India. En otras partes, zonas pobladas por hindúes o sikhs se vieron incorporadas al Pakistán. Decenas, centenares de miles de personas sólo deberían la vida a una evasión desesperada hacia una u otra de dos nuevas naciones.

No tardarían en aparecer ciertas aberraciones. Las compuertas de algunos canales de irrigación tenían su fuente de alimentación en un país y su red de distribución en otro. A veces la frontera atravesaba el centro de una pequeña aldea. Incluso se daba el caso de que partía en dos una casa, dejando la puerta de entrada en el lado indio y la ventana trasera abierta a Pakistán. Pero sobre todo, las tijeras de sir Cyril habían dejado a cinco millones de hindúes y de sikhs en la mitad paquistaní del Punjab y a otros tantos musulmanes en la parte india. Una locura asesina se apoderaría de estas masas desesperadas.

—Como lo había previsto, la India del Norte iba a sumergirse en un baño de sangre —nos diría con voz apenada el responsable involuntario de aquel espantoso desastre.

* * *

Un día de julio de 1979, al ver a lord Mountbatten apearse del coche ante la escalinata de su castillo Victoriano de Broadlands, pensé en la imagen que Charles de Gaulle había utilizado en las últimas páginas de sus *Memorias*. ¿Podía el «naufragio de la vejez» afectar a este gigante? Acababa de celebrar su setenta y nueve cumpleaños. Ceñido y calzado con su uniforme de coronel del regimiento de la Guardia de la Reina, el pecho cubierto de condecoraciones, el porte altivo, el paso triunfante, se parecía a su foto de virrey marchando hacia el trono de las Indias treinta y dos años antes.

Habíamos abordado más de una vez el tema de la muerte, en el curso de nuestras entrevistas. El asesinato de Gandhi, en particular, le fascinaba: por su trágica muerte, el líder indio había obtenido lo que no había logrado mientras vivió, la reconciliación de las comunidades de la India. Este resultado, pensaba, había dado a su muerte una dimensión y una significación que el destino concede raramente. Aunque en realidad nunca lo hubiera formulado explícitamente, nos había dado a entender que su deseo era finalizar también el último capítulo de su vida con una victoria.

Como cada verano, se preparaba para pasar las vacaciones familiares en su castillo de Irlanda. Hacía treinta y cinco años que permanecía fiel a un rincón de la gran isla que tanto amaba: el pueblo de Mullaghmore en la costa de Sugo. Allí, con los suyos, rodeado del afecto de todos, se sentía totalmente seguro.

La víspera de su marcha, Larry habló con él por teléfono.

—Lord Louis, vigile cuando esté allí —le recomendó—, porque usted es un blanco especialmente tentador para los fanáticos del IRA.

—Mi querido Larry —respondió vivamente Mountbatten—, su advertencia demuestra hasta qué punto desconoce usted la situación. Los irlandeses saben muy bien lo que pienso sobre la cuestión irlandesa. No corro ningún peligro.

Todos los días, o casi todos, el antiguo virrey de las Indias llevaba a sus familiares a pescar en alta mar a bordo de la *Shadow V*, una sólida barca de motor. Aquella tarde del 27 de agosto eran siete a bordo. En torno a lord Louis, que llevaba el timón, se encontraban su hija Pamela y el marido de ésta, John Braboume, sus gemelos Nicholas y Timothy, de catorce años, lady Brabourne, abuela de los niños y un joven marinero irlandés.

Unos instantes después de haber respondido a los alegres saludos de la tripulación que salía del puerto, los habitantes de Mullaghmore oyeron una explosión. La *Shadow V* acababa de explotar. Enseguida salieron barcos de pesca en socorro de los

náufragos. Volvieron con tres cuerpos espantosamente mutilados: el de Mountbatten, el de su nieto Nicholas y el del joven marinero irlandés. Las otras víctimas fueron llevadas al hospital en estado desesperado. La prensa británica marcó la tónica del dolor y la cólera de toda Inglaterra al tratar a los terroristas irlandeses de «canallas asesinos».

Mientras la India izaba las banderas a media asta y decretaba un duelo nacional de nueve días, Gran Bretaña ofreció al descolonizador de su imperio funerales nacionales en Westminster. Al contrario de su esposa Edwina, que había pedido ser sumergida en alta mar, lord Louis fue inhumado cerca de su castillo de Broadlands. Dieciocho años después, a principios de 1997, Thomas McMahon, el terrorista que había colocado la bomba a bordo de la *Shadow V*, salió de la prisión en la que purgaba una condena de cadena perpetua.

El asesinato de Louis Mountbatten no tuvo, por desgracia, las consecuencias beneficiosas que había tenido el de Gandhi. Con frecuencia, en el curso de nuestras entrevistas, lord Louis se había asombrado de que en Occidente se pudiera culpar con tanta facilidad a los hindúes y musulmanes de la India de las esporádicas llamaradas de violencia entre sus comunidades, «cuando en Irlanda del Norte, un pueblo del mismo origen y que venera al mismo Dios, se destripa continuamente». Casi veinte años después de su muerte, su sacrificio y el de todas las víctimas de este conflicto fratricida aún no han logrado pacificar los corazones del pueblo irlandés como la muerte de Gandhi pacificó los del pueblo de la India.

14

La cita de un viejo profeta con las tres balas de un fanático

Tres siglos y setenta y tres años después de que un tal William Hawkins, capitán del galeón *Hector*, hubiera desembarcado en tierra de las Indias para emprender la aventura colonial británica, el equipo franco-americano de Lapierre y Collins llegaba a Nueva Delhi para investigar sobre el fin de aquella aventura. Larry había llevado consigo a su mujer e hijos. Una amiga nos había encontrado dos casas medianeras en un barrio nuevo en la extremidad de Shanti Path, la majestuosa avenida que atravesaba el centro del enclave de las embajadas. Ante el portal me esperaban, en fila como una guardia de honor, los seis criados que había contratado para mi servicio. Me asombró su número. Ignoraba todavía que cada tarea doméstica requiere en la India una casta muy particular. Mi personal incluía a un *bearer*, es decir, una especie de mayordomo-jefe de comedor, un cocinero, un *dhobi* encargado de la ropa blanca, un *sweeper* encargado de la limpieza, un *mali* para el cuidado del jardín y por último un *chowkidar* para guardar la casa. Me inquietaba el coste de una servidumbre tan numerosa. Pero me tranquilizaron. La totalidad de los salarios representaba menos de quinientos francos al mes. Sólo tenía que procurarles además el té y el azúcar. En cuanto al pago de eventuales gravámenes sociales, mi pregunta suscitó sorpresa. La India socialista aún no había hecho suya esta obligación que hace tan onerosos los empleos en Occidente. Sí debía, en cambio, cumplir una formalidad indispensable: procurar uniformes de trabajo a mi personal. El *bearer* me señaló a un hombre de cráneo rapado que esperaba en la acera, aposentado ante una máquina de coser Singer. Era un sastre, dispuesto a confeccionar inmediatamente uniformes a medida a cada uno de mis servidores.

Aquel *bearer* parecía muy listo.

—*Sir, I am Roman Catholic and my name is Dominic* —me anunció.

Pronto me enteraría de que este modo de indicar antes que nada la propia religión es una costumbre típicamente india. Precede a todas las demás formas de identificación. El cocinero era musulmán, una suerte si quería escapar de menús exclusivamente vegetarianos. Los responsables de la ropa blanca y del jardín eran hindúes, pero de castas muy bajas. El guardián también era hindú. En cuanto al encargado de la limpieza, al que llamaban el *sweeper*, un hombre canijo y muy negro de piel, no tenía casta, es decir, era un «intocable». Realizaba, en efecto, las faenas que los indios consideraban más viles, ya que una de ellas comprendía la limpieza de los sanitarios.

A pesar de sus religiones y sus «nacimientos» diferentes, mis seis domésticos cohabitaban armoniosamente en los dos cuartos para la servidumbre habilitados en la parte posterior de la casa. Al cabo de unos días tuve la sorpresa de descubrir que, de hecho, albergaba a un pueblo de una buena cincuentena de personas. Un empleo y una vivienda representan tal ganga en la India, que cada uno de mis servidores había hecho venir de las cuatro puntas del país a mujeres, niños, abuelos, tíos, tías y primos.

Pero en esta capital cosmopolita, la llegada de dos sahibs, una *memsahib* y su progenitura a un mismo barrio era un acontecimiento. No tardaría en descubrir que una de las particularidades de la vida en la India es la total ausencia de intimidad. Apenas habíamos tomado posesión de nuestras residencias cuando las campanillas de nuestros dos portales empezaron a tintinear. La primera visita fue la del lechero acompañado de su rebaño de búfalas, que venía a proponernos leche «ordeñada ante nuestros ojos». Después apareció un exhibidor de osos, después uno de monos, después un encantador de cobras con sus mangostas. Todos insistían en realizar sus números ante los maravillados hijos de Larry. Después fue un desfile ininterrumpido de vendedores ambulantes que ofrecían alfombras, telas, saris, objetos de madera, de piedra, de cristal, de cartón piedra, de cestería, en suma, los innumerables productos del rico artesanado de todas las provincias indias. También vinieron vendedores de perros, pájaros y peces de colores. Sin hablar del limpiador de orejas, de diversos peluqueros, de un mago, de un astrólogo, de un quiromántico, de un grupo de músicos y de monjes cantores con únicas marrones y la frente tornasolada con polvos multicolores. Para rematar esta continua oleada, vimos llegar a un espléndido elefante y su cornaca enturbantado que quería a toda costa pasear por el barrio a estos maharajas venidos de Occidente.

* * *

Nueva Delhi se convirtió en el campamento base de nuestras investigaciones indias. Una llamada telefónica me informó una larde de que la hija única y bien amada del Pandit Nehru, el hombre que había sido el primer jefe de la India independiente aceptaba evocar conmigo las horas gloriosas y trágicas del verano de 1947. Veinticinco años después de su padre, el destino había puesto sobre sus frágiles hombros un peso extraordinario: gobernar la democracia más poblada del mundo. Desde su monumental despacho de Raj Path, la avenida imperial abierta por los ingleses en el corazón de la capital, esta mujer de cincuenta y seis años reinaba de forma exclusiva sobre setecientos millones de personas, casi una quinta parte de la humanidad. Cada mañana, antes de ir a ejercer sus abrumadoras funciones, recibía en el jardín, lleno de rosas y buganvillas, de su residencia de Safderjard Road al pequeño pueblo de la India venido de todo el país a buscar junto a su gran sacerdotisa un *darshan*, una comunión visual con la mujer que encamaba la autoridad. Fue allí

donde me recibió.

Llegado con anticipación, observé con asombro el espectáculo de esta mujer de tez muy clara andando a pasos cortos entre los velos de su sari de un grupo a otro, encontrando aquí campesinas de piel muy negra, oriundas del extremo sur; allí, una delegación de obreros del ferrocarril de Bengala en *dhoti* de algodón crudo; más lejos, una clase de jóvenes colegialas de largas trenzas; más lejos aún, un grupo de barrenderos intocables, descalzos, venidos de su lejana provincia del Bihar. A cada grupo la «madre de la nación» le decía algunas palabras, leía las peticiones que le alargaban, respondía con alguna promesa, prestaba graciosamente al ritual de la foto recuerdo. Como on tiempos de los emperadores mogoles, la India profunda accedía así cotidianamente durante el espacio de un sueño, a las fuentes del poder.

Indira se aficionó al juego de mi curiosidad. A nuestra primera entrevista se sumaron muchas otras. Todas tuvieron por marco el salón que se abría al jardín. Una sola decoración adornaba la estancia: un gran retrato de Jawaharlal Nehru con su sonrisa encantadora y una rosa en el ojal, tocado con el gorro blanco de los militantes del Congreso. Busqué en vano un rasgo físico común entre el padre y la hija, pero su parecido era sin duda más interior que aparente. Miré sus dedos largos y finos y pensé en las cartas apasionadas que le había mandado al fondo de sus calabozos. Desde Oxford, donde estudiaba, le había escrito: «Padre, le quiero, beso sus manos. Sufro con usted. Lucho con usted. Le admiro mucho». Una vez obtenidos sus diplomas, se había vuelto a reunir con su héroe y ya no lo abandonó más. Juntos habían afrontado las últimas batallas contra la potencia colonial británica, surcando incansablemente el país, arengando a las multitudes de los campos y los barrios populares bajo el sol inclemente de los tornados del monzón. Por donde pasaran acudía el pueblo, aunque la mayor parte no comprendía nada de lo que decían. ¡Qué importaba! Se contentaban con divisar el gorro blanco de Jawaharlal por encima del mar de cabezas.

A los veintiún años, Indira se había reunido con su padre en los escaños del Congreso, el partido todopoderoso de la Independencia del que se había convertido en presidente. Una primera ascensión en la jerarquía política que había celebrado en la cárcel, adonde los ingleses la mandaron a su vez acusada de subversión. Aquella experiencia había fortalecido todavía más sus vínculos.

El 15 de agosto de 1947, la India rompió sus cadenas. Nehru tenía cincuenta y siete años; Indira, treinta. Día de triunfo para el padre y la hija, más unidos que nunca en una misma lucha por el advenimiento de una India liberada de sus supersticiones y torpores, de una India moderna más justa y más fraternal. Nehru acababa de perder a su esposa, víctima de un cáncer. Indira se había instalado a su lado, en la residencia colonial de York Road, desde donde intentaba dirigir un país amenazado por un estallido. Además de las matanzas que hacían fluir ríos de sangre en el norte,

Cachemira, tierra de sus antepasados, estaba a punto de caer en manos de las tribus pathanas. Algunos maharajas amenazaban con restablecer la soberanía de sus reinos. Indira no abandonaba a su padre, velando por su salud, aportándole consejos.

Indira Gandhi me relató aquellos días trágicos que permanecían grabados en su memoria con una precisión alucinante.

—El atardecer del 14 de agosto, acabábamos de sentarnos a la mesa mi padre y yo cuando sonó el teléfono en la habitación contigua —me contó—. Apenas faltaban unas horas para que mi padre proclamara por radio la independencia de la India. La comunicación era tan mala que le oí gritar para hacerse repetir lo que le decían. Volvió con la cara descompuesta. Incapaz de hablar, ocultó el rostro entre las manos y permaneció silencioso un largo momento. Cuando levantó de nuevo la cabeza, tenía los ojos llenos de lágrimas. Me dijo que la llamada procedía de la ciudad de Lahore, asignada a Pakistán por la partición. Habían cortado el agua en los barrios hindúes y sikhs de la ciudad vieja. El verano era abrasador. La gente, torturada por la sed, enloquecía. Las mujeres y los niños que osaban salir a mendigar un cubo de agua eran asesinados en el acto por musulmanes. Los incendios ya asolaban calles enteras. Mi padre estaba trastornado. Le oí formular preguntas con voz apenas audible: «¿Cómo voy a poder hablar esta noche al país? ¿Cómo puedo pretender que mi corazón se alegra de la Independencia cuando sé que Lahore, nuestra bella Lahore, está en llamas?»

Indira había intentado calmar a su amado padre. Le ayudó a preparar su discurso. Sabía que dejaría hablar a su corazón.

—Pero la llamada telefónica había malogrado irremediablemente aquel momento triunfal —añadió—. A pesar de que las palabras salían espontáneamente de sus labios, su espíritu no podía apartarse de la visión de Lahore incendiada.

No obstante, pocos discursos históricos alcanzaron una grandeza semejante, una nobleza tal.

«Hace muchos años que concertamos una cita con el destino, y ha llegado la hora de cumplir nuestra promesa —declaró Nehru—. A medianoche en punto, cuando los hombres duerman, la India se despertará a la vida y a la libertad. El instante está aquí, un instante raramente ofrecido por la Historia, cuando un pueblo sale del pasado para entrar en el porvenir, cuando una época se termina, cuando el alma de una nación, largo tiempo ahogada, encuentra de nuevo su expresión. […] la India se ha encontrado por fin a sí misma. […] No es hora para críticas mezquinas y destructivas, ni para el rencor o las acusaciones. Debemos construir la noble morada de la India libre, acogedora para todos sus hijos».

—Apenas mi padre se apartó del micro —recordó Indira—, el reloj sobre la tribuna del Parlamento dio las doce en punto. Después el lamento de una caracola cruzó el hemiciclo, saludando el nacimiento de la segunda nación más poblada del

mundo, y el fin de la era colonial.

* * *

El principal artífice de aquella victoria histórica no participaba de aquella noche de regocijo. Rezaba, ayunaba e hilaba con su torno en el otro extremo de la India, en el corazón de la ciudad de Calcuta, amenazada por una carnicería entre hindúes y musulmanes. Para conjurar esta pesadilla, Mountbatten había despachado a la capital de Bengala al único ejército de que disponía, el «alma santa» con la cual había negociado la descolonización de las Indias. Estaba convencido de que sólo la presencia de Gandhi podía evitar una guerra civil, calmar las pasiones, hacer entrar en razón a los habitantes de la ciudad más violenta de la India.

Generada por el hambre, la miseria, los odios religiosos, la violencia era una maldición endémica en la aglomeración fétida y hormigueante de los barrios de chabolas. Cuatro años antes de la independencia, un hambre espantosa había causado centenares de miles de muertos en aquella aglomeración que, sin duda, constituía uno de los mayores desastres urbanos del planeta. La gente se arrastraba hasta los cubos de basura para buscar algo con que sobrevivir, las madres mataban a los hijos que no podían alimentar; los hombres comían perros y los perros devoraban a los ancianos. El virus del odio religioso había dado a esta violencia una nueva dimensión. Un año antes de la independencia, matanzas intercomunitarias habían dejado en las calles más de veinticinco mil cadáveres horrorosamente mutilados. Desde entonces, hindúes y musulmanes se observaban en un ambiente de desconfianza y terror. Cada día aportaba su cosecha de víctimas. Armados con cuchillos, revólveres, metralletas, cócteles Molotov, ganchos de hierro —llamados «dientes de tigre» porque permitían arrancar los ojos—, las bandas de ambas comunidades se preparaban, aquel mes de agosto de 1947, para sumergir a la ciudad en el baño de sangre que obsesionaba a Mountbatten.

Gandhi se había instalado el 13 de agosto en una vieja casa de balaustradas que su último propietario había abandonado a las ratas, las serpientes y las cucarachas. Habían barrido con urgencia las inmundicias que la ensuciaban y reparado la comodidad que había llamado la atención del Mahatma: los retretes, una rareza en los barrios populares de Calcuta. Fue aquí, en esta casa rodeada de fetidez, miseria y barro, donde acometió la imposible misión que le había asignado el último virrey.

* * *

Mientras Larry volaba hacia Madrás, Bangalore y Bombay para entrevistar a importantes actores de los sucesos de 1947, yo tomé el tren de Calcuta tras las huellas de Gandhi. Aparte de sus piernas, el ferrocarril había sido el único medio de

locomoción utilizado por el libertador de las Indias en sus incesantes desplazamientos a través del país. Siempre había exigido viajar en tercera clase, con los intocables, los leprosos, los campesinos. Estos trayectos en compañía de los más desheredados habían ayudado al Mahatma durante toda su vida a identificarse con las fuerzas profundas de la nación.

—¡Si supieran lo que costaron esos caprichos de Gandhi al Tesoro británico! —nos reveló Mountbatten—. Teníamos tanto miedo de que fuera asesinado, que todos los viajeros de sus vagones de tercera clase, intocables, mendigos, leprosos eran inspectores de policía disfrazados.

Para impregnarme más del recuerdo del Mahatma me senté también en un vagón de tercera clase. ¡Dura pero rica experiencia! Compartí mi austera banqueta de madera con tres soberbias criaturas vestidas con saris de muselina de colores vivos y la cara maquillada con polvos escarlatas y pasta de sándalo. Sus voces muy graves no me dejaron ninguna duda: mis compañeros de viaje eran eunucos. Se dirigían al gran peregrinaje anual que agrupa en la región de Benarés a trescientos mil miembros de su comunidad. ¡Qué aventura viajar durante dos días a cuarenta kilómetros por hora a través de las inmensidades quemadas por el sol de la llanura indo-gangética, bajo el calor sofocante, las proyecciones de hollín, los gritos, los llantos, los olores de incienso, curry, orina, en medio de un prodigioso festival de colores, de sonrisas, de vitalidad, de dignidad!… Gandhi tenía mucha razón: el mejor modo de conocer y amar a un pueblo es tomar un vagón de tercera clase.

El enorme espacio de la estación de Howrah, frente a Calcuta, donde el Mahatma había desembarcado veinticinco años antes, seguía siendo un gigantesco campamento de refugiados que ocupaba los muelles, los vestíbulos, las salas de espera, las aceras. Como la partición en 1947, la guerra de 1971 entre India y Pakistán catapultaba hacia Calcuta a millones de personas que huían del terror y las matanzas. Fui proyectado hacia un patio de los milagros donde, bajo los neones macilentos, mujeres de senos vacíos despiojaban a niños de vientre hinchado; chiquillos andrajosos rebuscaban entre la basura algún alimento; leprosos se arrastraban sobre tablas de ruedas agitando su escudilla; hordas de perros sarnosos dormían enroscados sobre sí mismos. Como contrapunto, se producían escenas trepidantes de vida. Una nube de culis con túnicas rojas correteaban en todos los sentidos, llevando sobre la cabeza pirámides de fardos y maletas; vendedores de betel, de frutas, de cigarrillos se deslizaban entre la multitud; una oleada de coches y taxis se abrían paso a bocinazos para dejar a los viajeros ante la puerta de sus vagones; colas interminables se empujaban en torno a las ventanillas. Estaba embriagado de espectáculos y aturdido por la ensordecedora cacofonía de altavoces, gritos, llamadas, silbidos de las locomotoras.

Me asombró una visión insólita. ¿Por qué había en aquel vestíbulo de estación

tantas básculas automáticas? Gentes que sólo tenían piel y huesos se apiñaban ante estas máquinas. ¿Por qué gastaban veinte preciosas *paisa* para conocer el miserable peso de su esqueleto? Al final pude descubrir el verdadero motivo de aquel hacinamiento: en el reverso de la indicación del peso, ¡cada billete daba también el horóscopo! En Calcuta, sólo las básculas automáticas se atreven a garantizar la promesa de un *karma* mejor.

Con los últimos hombres-caballo del planeta

Había logrado alojarme en el Bengal Club. Hasta el fin del Imperio, una placa en la puerta de este templo de la supremacía del hombre blanco anunciaba que la entrada en el Club estaba prohibida «a los perros y a los indios». Sin rencor, los burgueses prósperos de la ciudad habían tomado el relevo de sus colonizadores. Habían dejado los retratos de sus antiguos amos en las paredes de sus salones y fumadores. Servidores descalzos, vestidos con las mismas libreas y tocados con los mismos turbantes del pasado, continuaban sirviendo en la vajilla con las armas de la Compañía de las Indias la insípida *Mulligalawny soup* y el cordero a la menta importados de las brumas inglesas bajo los trópicos de Bengala. Cada mañana, a las cuatro y media en punto, el viejo *bearer* musulmán destinado a mi habitación, y que había pasado la noche en el pasillo, listo a saltar a la menor llamada, me traía el tradicional *early morning tea* muy negro, muy caliente y muy azucarado con el que comienzan todos los días en la India. Este rico brebaje me propulsaba hacia los cercanos jardines del Victoria Memorial para un paseo matinal. Allí encontraba centenares de comerciantes barrigudos en *dhoti*, matronas metidas en carnes, envueltas en saris multicolores, estudiantes con pantalones y camisas blancas, retirados con el legendario casquete blanco del combate por la independencia. Todos venían a desentumecer las piernas en espera del acontecimiento primordial que gobierna la vida de tantos indios: la salida del sol.

Para desplazarme por esa ciudad perpetuamente paralizada por atascos de pesadilla, utilizaba para circular, sobre todo por las callejuelas angostas de los barrios de chabolas que Gandhi había pacificado en 1947, un medio de transporte que todas las ciudades del ex mundo colonial habían desterrado hacía tiempo: una riksha. En Calcuta hay todavía cincuenta mil hombres-caballo enganchados a carricoches para transportar personas y mercancías. Transportan diariamente a más viajeros que los taxis de Nueva York, París y Londres juntas. Trabé amistad con uno de ellos. Hasari Pal era oriundo del Bihar, una provincia muy pobre del nordeste. A los treinta y cinco años, había alcanzado una edad récord en esta profesión en que raramente se rebasan

los treinta, con los pulmones devorados por la tuberculosis. Como muchos campesinos indios, Hasari Pal había tenido que vender su único campo a fin de asegurar a su hija una dote sin la cual no habría podido casarse. Privado de todo recurso, se había marchado a la ciudad-espejismo de Calcuta. Un tirador de riksha oriundo de un pueblo vecino al suyo le alojó en el cobertizo que compartía con otros seis biharis de la misma región. Más tarde, este tirador lo hizo contratar por su patrón. Después de haber pagado el alquiler de su carricoche y abonado los diferentes diezmos debidos a los intermediarios, policías y otros parásitos, a Hasari le quedaban menos de dos mil quinientas pesetas mensuales para alimentarse y enviar un giro a su familia, que seguía en el pueblo.

Un día pedí permiso a aquel forzado para engancharme a su cochecillo. Atónito de que un *sahib* quisiera, aunque fuera provisionalmente, cambiar de encarnación hasta ese punto, se apresuró a complacerme. Me enseñó las marcas de sus palmas sobre los varales, allí donde había desaparecido la pintura.

—Ya ves, gran hermano, lo importante que es encontrar el equilibrio de la riksha en función del peso que acarreas. Para ello tienes que poner las manos en el lugar apropiado.

Siguiendo sus consejos, me coloqué entre los varales y me apuntalé para tratar de poner el artefacto en movimiento. Se necesitaba la fuerza de un búfalo, porque incluso en vacío pesaba fácilmente ochenta kilos. Los músculos se me tensaron, a punto de romperse. Se me hincharon las mejillas. Me sentí propulsado hacia adelante, empujado por el peso del carricoche, que parecía avanzar solo. Era una sensación increíble. Para aminorar el paso o detenerse hacía falta una fuerza todavía mayor que para ponerse en marcha.

Mi insensata iniciativa provocó una aglomeración. Que un bengalí recuerde, jamás se había visto a un hombre-caballo de piel blanca correr por las calles de Calcuta. Hasari estaba exultante. El oprimido, el aplastado, el burro de carga, el esclavo humillado durante tantos miles de kilómetros había tomado asiento como pasajero en la estrecha banqueta de molesquín rojo. Un enjambre de chiquillos nos escoltaban riendo. Hasari debía de creerse en el carro mitológico de Arjuna tirado a través del cosmos por sus asnos alados. ¡Pobre Hasari! Sabía muy bien que en la jungla del tráfico él sólo es un paria comparado con los chóferes de los vehículos de motor, en particular los del autobús y los camiones que encontraban un placer sádico en rozar siempre a las rikshas, en asfixiarlas con sus gases de escape, en aterrorizarlas con sus bocinazos. Salí de la aventura molido, pero desbordante de admiración por el valor de aquellas víctimas de un *karma* miserable.

El Evangelio de la Gran Alma

Mi buena estrella de investigador velaba por mí, incluso en el infierno de Calcuta. Encontré de nuevo a dos compañeros íntimos del Mahatma. No le habían abandonado durante todos los días dramáticos de agosto de 1947, cuando su sola presencia había impedido que la ciudad se precipitara en el horror. Ranjit Gupta era uno de los oficiales de policía encargados de su seguridad; el escritor bengalí Nirmal Bose le había servido de secretario. Ambos se convirtieron en mis sherpas, guiándome paso a paso y hora tras hora hacia la intimidad del salvador de la capital de Bengala.

Gandhi había tomado contacto con el pueblo de Calcuta mediante una sencilla reunión de plegaria en el patio de su residencia. Estas reuniones eran el vector de su mensaje a la India en su larga marcha hacia la libertad. En su transcurso hablaba tanto de los valores nutritivos del arroz completo como de la maldición de la bomba atómica, la importancia de evacuar con regularidad, las bellezas del Gita, las ventajas de la continencia sexual, las injusticias del imperialismo y los beneficios de la no violencia. Repetidas de boca en boca, a través de todo un continente, estas alocuciones cotidianas habían sido las bases de su movimiento, el evangelio del Mahatma y de la «Gran Alma» de la India.

Ahora, en el patio de aquella casa destartalada en el centro de la ciudad del odio, se disponía a tomar la palabra para una última reunión de plegaria de la era colonial. Durante todo el día había recibido a delegaciones de hindúes y musulmanes y les había explicado la naturaleza del contrato de no violencia que pensaba proponer en Calcuta. La presencia en la reunión de varios millares de personas indicaba que había sido escuchado.

«Mañana seremos liberados del yugo de Gran Bretaña —declaró—. Pero a partir de esta medianoche, la India se encontrará dividida. Mañana será un día de fiesta, pero también un día de duelo».

Advirtió a sus fieles que la Independencia cargaría sobre los hombros de cada uno de ellos graves responsabilidades.

«Si Calcuta consigue recuperar la razón y salvaguardar la fraternidad, puede ser que la India entera se salve. Pero si las llamas de un combate fratricida envuelven al país, ¿cómo podrá sobrevivir nuestra libertad recién adquirida?»

La llamada del anciano profeta se propagó enseguida por toda la ciudad. En las junglas humanas de Kelganda Road, en el barrio de los muelles alrededor de la estación de Sealdah, los jefes de bandas hindúes y musulmanes enfundaron de nuevo sus puñales para colgar banderas indias de los faroles y ventanas. Los jeques abrieron sus mezquitas a los adoradores de Kali, la diosa de la destrucción y patrona de la ciudad para los hindúes; éstos invitaron a sus vecinos musulmanes a entrar en sus templos. Enemigos de siempre se abrazaban en plena calle. Los niños de las dos comunidades intercambiaban juguetes y golosinas.

Durante todo el día de la Independencia, hindúes y musulmanes siguieron convergiendo hacia la residencia del Mahatma. Cada media hora se veía obligado a interrumpir su meditación y su trabajo en la rueca para dejarse ver ante el gentío. No había preparado ningún mensaje de felicitación para el pueblo al que había conducido a la libertad. Aquel día, en el que ochenta millones de indios abandonaban la India, por causa de la partición, para fundar otra nación, era para él un día de intenso sufrimiento.

A un grupo de responsables políticos venidos a pedir su bendición, se contentó con decirles:

«Desconfiad del poder, porque el poder corrompe. No caigáis en sus trampas. No olvidéis que vuestra misión es servir a los pobres de los pueblos de la India».

* * *

Al día siguiente eran más de treinta mil las personas que se apiñaban ante el estrado de su reunión de plegaria. Los días siguientes fueron cien mil, después doscientos mil, después quinientos mil, hindúes y musulmanes mezclados en un mismo océano fraternal, cantando eslóganes de unidad y solidaridad, intercambiando cigarrillos, dulces, caramelos, rociándose con agua de rosas. El 29 de agosto fueron cerca de un millón los que se amontonaron en la inmensa explanada del Maidan para escuchar a su profeta.

Era demasiado hermoso. De pronto, la mañana del 31 de agosto, tras dieciséis días de calma inesperada, el virus del odio religioso inflamó de nuevo a Calcuta. Como en otros lugares, la infección se había extendido, propagada por el relato de las atrocidades cometidas en el Punjab. Un vago rumor sobre un joven hindú muerto a palos por musulmanes en un tranvía bastó para prender otra vez fuego a la pólvora. Incendios, asesinatos, saqueos reavivaron la guerra civil.

El viejo profeta estaba trastornado: «el milagro de Calcuta» sólo había sido un espejismo. Bajo el impacto, rechazó todo alimento y se encerró en el silencio.

«Rezo por la luz. Busco en lo más hondo de mi ser», dijo simplemente.

Unas horas más tarde anunció que iba a hacer una huelga de hambre hasta que Calcuta recobrara la razón.

¡Una huelga de hambre! Era el arma más paradójica que podía esgrimirse en esta ciudad donde morir de hambre era el sino cotidiano de tantos infelices. Pero toda la vida de Gandhi había estado jalonada de victorias conseguidas gracias a sus ayunos públicos. Esta vez declaró que perseveraría en su sacrificio hasta la muerte. Para salvar a millones de inocentes, ofrecía la propia vida.

Miles de personas se precipitaron hacia su residencia.

«O bien reina de nuevo la paz en Calcuta o moriré», repetía incansablemente a sus representantes.

Sus fuerzas decayeron con rapidez. Al amanecer del tercer día, su voz era sólo un murmullo imperceptible y su pulso era tan débil que sus íntimos temían un desenlace fatal. Mientras se propagaba el anuncio de su próximo fin, la angustia y el remordimiento se apoderaron de Calcuta.

Hindúes, sikhs y musulmanes notables redactaron una declaración común en la que prometían solemnemente luchar hasta la muerte para impedir que el odio religioso renaciera en la ciudad. Comitivas de musulmanes e hindúes mezclados se repartieron por los barrios más violentos para restaurar en ellos el orden y la calma. La prueba definitiva de que un viento nuevo soplaba sobre Calcuta apareció a mediodía de aquella tercera jornada cuando veintisiete jefes de banda de los barrios del centro se presentaron en la puerta del libertador de la India. Con la cabeza baja y la voz vibrante de remordimiento, reconocieron sus crímenes, pidieron perdón a Gandhi y le suplicaron que renunciara a su ayuno. Unas horas después, uno de los más célebres bandidos fue a confesar sus actos sanguinarios, antes de declarar al Mahatma: «Estamos dispuestos a sometemos con alegría a cualquier castigo que elijáis con tal de que pongáis fin a vuestro sacrificio». Para probar su sinceridad, sus acólitos y él mismo abrieron los faldones de sus *dhoti* y echaron a los pies del anciano una lluvia de cuchillos, puñales, «dientes de tigre», sables, pistolas, algunos de ellos todavía rojos de sangre.

A las 21.15 horas del 4 de septiembre de 1947, después de setenta y tres horas de prueba, Gandhi puso fin a su huelga de hambre bebiendo algunos sorbos de zumo de naranja. Con anterioridad había dirigido una advertencia a los representantes de las diversas comunidades que se agolpaban a su cabecera.

«Calcuta tiene la llave de la paz en la totalidad de la India —declaró—. El menor incidente aquí es capaz de engendrar en otros lugares repercusiones incalculables. Aun en el caso de que el mundo llegara a inflamarse, vosotros debéis lograr que Calcuta permanezca fuera de las llamas».

El mensaje sería escuchado. Esta vez, el «milagro de Calcuta» duraría. La ciudad más reacia y sanguinaria de las Indias sería fiel a su juramento y al viejo profeta que había querido ofrecer su vida por ella.

* * *

Gandhi pudo volver a Nueva Delhi. Para asegurar mejor su protección, Nehru lo instaló en casa del industrial Birla, que poseía una elegante mansión escondida entre rosales trepadores, en el centro de un barrio residencial. Ese lugar es uno de los santuarios más conmovedores que conozco. Todo allí ha sido religiosamente conservado. Todo significa poca cosa: la Gran Alma de la India no poseía casi nada. Junto al angosto *charpoy* que le servía de lecho y de sillón, se ve su pequeña escupidera y su torno de madera, emblema del mensaje que enviaba a las multitudes

de la India. Sobre una mesilla de noche se hallan sus gafas de montura de acero, su dentadura postiza, su reloj de bolsillo Ingelsol de ocho chelines, cuyo robo un día le había hecho llorar, y los pocos libros que reflejaban el eclecticismo del profeta de la reconciliación: el *Bhagavad-Gita* hindú, un Corán, las *Prácticas y preceptos de Jesús*, y una selección de pensamientos judíos. Está también la estatuilla fetiche que representa tres monos tapándose con las manos orejas, ojos y boca, lo cual simbolizaba para Gandhi los secretos de la sabiduría: «No escuches el mal, no veas el mal, no digas el mal». La habitación de paredes desnudas se abre al jardín por una puerta cristalera. En la avenida que conduce al césped llaman la atención las huellas de pasos en cemento coloreado: las ultimas pisadas del Mahatma. Los pasos se detienen treinta metros más allá, en el más alto de los tres escalones, ante una estela adornada con flores que se renuevan cada día. Es aquí donde el apóstol de la no violencia encontró a su asesino, el 30 de enero de 1948, a las diecisiete horas y siete minutos.

La situación que Gandhi encontró en Nueva Delhi era peor que la que había conocido en Calcuta. Mientras esperaban su evacuación hacia la tierra prometida de Pakistán, los habitantes de confesión musulmana habían sido concentrados en los cuarteles y fuertes. Morían a centenares, de hambre, de insolación, de fiebre tifoidea, de cólera. Como no se atrevían a salir de sus refugios, echaban a sus muertos a los chacales por encima de las murallas. Ciertas calles de la ciudad vieja eran teatro de espantosas carnicerías. La magnitud de las matanzas destrozó todavía más el corazón del anciano sabio. Superando su extrema debilidad, iba a visitar a los refugiados para tratar de apaciguarlos, predicando los valores que le habían inspirado siempre: el amor, la no violencia, la verdad, una fe inquebrantable en un Dios universal. Pero hablar de perdón y de fraternidad a hombres que habían visto matar a sus hijos, violar a sus esposas, asesinar a sus padres, a seres que habían tocado el fondo de la desesperación, había llegado a ser una apuesta imposible.

* * *

Volví varios días seguidos a la habitación de Birla House donde Gandhi había sufrido y rogado por la salvación de la India durante los últimos ciento cuarenta y un días de su vida. Para impregnarme del ambiente que reinaba a su alrededor durante aquellos meses trágicos del otoño de 1947 y el invierno de 1948, llevé conmigo numerosas fotografías de la época. Mostraban al viejo líder acostado en su lecho de cuerdas trenzadas, con el vientre cubierto por una cataplasma de arcilla. Arrodillado a su cabecera se veía a Nehru, el heredero espiritual, con el rostro sombrío. En una de las imágenes reconocí la cabellera desgreñada de Pyarelal Nayar, el infatigable secretario que durante cuarenta años consignó en sus grandes cuadernos los menores hechos, pensamientos o palabras del Mahatma. En otro documento aparecían Manu y Abha,

sus sobrinas nietas, con sus trenzas y sus gafas de montura de acero. Ellas no abandonaban nunca a su santo maestro. Dormían cerca de él, le daban masajes, rezaban con él, le preparaban cataplasmas, le administraban lavativas, le cuidaban cuando tenía diarreas y comían con él en la misma escudilla de mendigo.

El círculo que rodeaba al anciano incluía también a una sonriente joven de cabellos cortos. Sushila Nayar, de treinta y dos años, vigilaba las funciones vitales del cuerpo medio desnudo acostado frente a ella. Era el médico personal del Mahatma. Aceptó volver al angustioso decorado de su habitación para evocar ante Larry y yo el día trágico en que la Gran Alma había firmado su sentencia de muerte.

—*Bapu*[24] decidió utilizar una vez más el arma que le había permitido salvar a Calcuta —nos contó—. El 12 de enero de 1948 anunció que iniciaría una huelga de hambre hasta la muerte para que cesara la violencia y para que el gobierno respetara sus obligaciones con Pakistán.

»Aquella noche tomó su última cena: dos *chapati*, una manzana, leche de cabra y tres cuartos de pomelo. Cuando hubo terminado, nos llevó al jardín para mantener una breve reunión de plegaria. Parecía muy alegre, muy confiado. Había recuperado el optimismo. Clausuró la pequeña ceremonia entonando el cántico cristiano que siempre le emocionaba desde que lo había oído en Sudáfrica. Cantamos todos juntos *Tu cruz, Señor, es mi felicidad*. Entonces Bapu fue a su habitación, se acostó en su *charpoy* y se adormeció. Su último gran desafío había comenzado.

Cenizas en las aguas del Indo

La presencia en la capital de centenares de periodistas indios y extranjeros dio a la nueva apuesta del Mahatma una resonancia todavía mayor que su ayuno de Calcuta. Parte de la población la recibió como una provocación. La situación en Nueva Delhi era explosiva. La ciudad estaba invadida de refugiados hindúes que difundían su odio contra los musulmanes y clamaban venganza. Se adueñaron de las mezquitas y casas de los musulmanes después de haber degollado a sus ocupantes. ¡Y ahora Gandhi les amenazaba con su propia muerte para obligar a hindúes, musulmanes y sikhs a reconciliarse! ¡Y agravaba este chantaje forzando a la India a pagar las sumas debidas a Pakistán!

Su actitud suscitó una revuelta inmediata en el seno de un pequeño grupo de extremistas residentes en Poona, una ciudad del centro de la India. Pertenecían al partido nacionalista Hindu Mahasabha, la «Gran Agrupación Hindú». Reunidos en torno al periodista Nathuram Godsé, director del periódico *Hindu Rashtra (La Nación Hindú)*, aquellos fanáticos acariciaban el sueño de reconstruir un gran imperio hindú

desde las fuentes del Indo a las del Brahmaputra, desde las nieves del Himalaya a las playas del cabo Cormorin. Su gurú, Vîr Savarkar, un teórico de la supremacía racial hindú y partidario de la acción violenta, profesaba un odio implacable a los musulmanes.

Con los ojos clavados en el teleimpresor de su periódico, Nathuram Godsé y sus compañeros palidecieron al enterarse de la nueva huelga de hambre de Gandhi y las condiciones que ponía para interrumpirla. Godsé había proclamado muchas veces en público la liberación que representaría para la India la desaparición del hombre que predicaba el entendimiento entre hindúes y musulmanes. Con aire grave, se volvió hacia sus compañeros y les dijo:

—Debemos eliminar a Gandhi.

Dieciséis días después, el 30 de enero de 1948, Nathuram Godsé pasó de las palabras a los actos al matar a quemarropa con tres balas de revólver a la Gran Alma de la India, que se disponía a celebrar su reunión de plegaria.

—La luz se ha apagado sobre nuestras vidas y ya no hay más que tinieblas —exclamó Nehru con palabras que traducían el dolor de la nación.

«El Mahatma Gandhi ha sido asesinado por su propio pueblo, para cuya redención ha vivido —tituló a toda plana el diario *Hindustan Standard*—. Esta segunda crucifixión en la historia del mundo se ha producido un viernes, el mismo día en que se dio muerte a Jesús hace 1915 años. ¡Padre!, perdónanos».

Nathuram Godsé fue arrestado allí mismo, en el lugar del crimen, con el revólver en la mano. No opuso ninguna resistencia. La captura de sus cómplices se produjo después.

Logramos acceder a los informes redactados por los responsables de la policía encargados de investigar lo que se llamó «el crimen del siglo». Sin embargo, no colmaron nuestra curiosidad. ¿Cómo Gandhi, que estaba protegido de día y de noche por decenas de inspectores, había podido ser asesinado con tanta facilidad? ¿Por qué unos fanáticos fichados en los registros de la policía criminal de Poona no habían sido arrestados cuando no hacían ningún misterio de sus intenciones? ¿Por qué los policías de Nueva Delhi, que estaban al corriente de un complot, y que incluso poseían la identidad de los conjurados, no habían comunicado sus informaciones a sus colegas de Poona y de Bombay? ¿Se trataba de simples negligencias o de una voluntad deliberada de dejar eliminar al Mahatma? En 1960, doce años después de los hechos, se constituyó una comisión de investigación oficial para aclarar el extraño comportamiento de la policía de la época. Por desgracia, la mayor parte de los responsables encausados ya habían fallecido. La comisión se contentó con la conclusión de que la seguridad del Mahatma Gandhi no había sido asegurada debidamente y que la investigación policial no se había llevado «con el ardor que reclamaba un crimen contra su vida».

* * *

El asesino del Mahatma, Nathuram Godsé, y su cómplice principal, Narayan Apte, fueron ahorcados. Los otros cuatro conjurados fueron condenados a cadena perpetua. Un día de marzo de 1972, un recuadro de la primera plana del *Times of India* nos sobresaltó a Larry y a mí. Los cuatro conjurados acababan de beneficiarse de un indulto por buena conducta. Esta clemencia providencial nos ofrecía la posibilidad de mantener varios encuentros espectaculares.

Larry se precipitó tras las huellas de Vishnu Karkaré, que acababa de hacerse cargo nuevamente de la dirección de la Deccan Guest House, su posada de Almedragar, en el Mahrashtra. Por mi parte, me lancé en persecución de Gopal Godsé, el propio hermano del asesino. Al final le encontré en el tercer piso de una vieja casa de las afueras de Poona. Era un cincuentón más bien distinguido, de cabellos blancos peinados con esmero, que llevaba con elegancia una larga camisola blanca. Consciente de ser un personaje histórico, se mostró amable, incluso expresivo, totalmente dispuesto a contestar sin reservas mis preguntas. Adornaba la galería donde me acogió un mapa gigante de la India que englobaba el territorio de Pakistán. Una cinta de bombillas eléctricas que figuraba el curso del Indo serpenteaba en la parte superior del mapa, mientras que una gran foto del asesino decorada con una guirnalda de flores colgaba en el centro. No había ningún remordimiento, ningún pesar en las respuestas precisas y detalladas que me dio Gopal Godsé. Me sorprendió oírle pronunciar el nombre de Gandhi con reverencia, añadiendo el sufijo *ji* que, en hindi, presta una connotación afectuosa a un patronímico. «Gandhiji» por aquí, «Gandhiji» por allá, yo no daba crédito a mis oídos. ¿El ideal de la no violencia de Gandhiji?

—*My dear friend*, mi querido amigo, recuerde que las mujeres hindúes se hacían quemar vivas para escapar de la infamia de ser violadas por los musulmanes, y Gandhiji les decía que la víctima es el vencedor. —Después de veinticinco años de prisión, la cólera de Gopal Godsé seguía intacta—. La no violencia de Gandhiji echó a los hindúes bajo las garras de sus enemigos. Los refugiados hindúes morían de hambre y Gandhiji exaltaba su sacrificio tomando la defensa de sus opresores musulmanes. ¿Hasta cuándo podíamos tolerar aquello? Dígame, ¿hasta cuándo, *my dear friend*?

Godsé me invitó a la ceremonia que conmemoraba, cada 15 de noviembre, la ejecución de su hermano. Había colocado sobre un pedestal ante el gran mapa de la India una pequeña urna plateada que contenía las cenizas de Nathuram. La víspera de su ejecución, éste había pedido, en efecto, que sus cenizas «fueran conservadas hasta el día en que pudieran ser esparcidas en las aguas del Indo, fluyendo a través de un país unido por fin bajo la dominación hindú». Todos los miembros de la familia del

asesino incluyendo a mujeres y niños, así como a algunos discípulos de Vîr Savarkar, el gurú hindú que había inspirado a su hermano y sus compañeros, estaban presentes. La melopea lancinante de un sitar, acompañada por el martilleo de una tabla, llenó pronto la estancia. A una señal del dueño de la casa, los participantes alzaron el puño derecho y juraron, ante la urna funeraria y la foto del asesino, reconquistar «la parte amputada de nuestra madre patria», es decir, Pakistán, y reunificar a la India bajo la dominación hindú. Con un calculado sentido de la puesta en escena, Godsé abrió entonces un arca de la que sacó varias prendas de ropa.

—He aquí la camisa que llevaba Nathuram el día en que mató a Gandhiji — anunció, exhibiendo una túnica caqui manchada de sangre, recuerdo de los golpes de porra recibidos de la policía durante el arresto.

Después enseñó el pantalón y las sandalias. Todos fueron a inclinarse respetuosamente ante estas reliquias. Después Godsé leyó el testamento de su hermano. Mientras el sitar y la tabla reanudaban su melopea, los participantes fueron a prosternarse uno tras otro ante las cenizas, con una vela en la mano. Cada uno dio varias vueltas a la urna antes de levantar la candela hacia la serpiente luminosa que simbolizaba el río Indo. A coro, repitieron su promesa de reconquistar la tierra perdida de la India.

* * *

El ex terrorista Madanlal Pahwa, de cuarenta y nueve años, se había instalado en Bombay. Era él quien había intentado matar a Gandhi una primera vez haciendo explotar una bomba de fabricación casera al pie de su estrado de oración. Tras dos días de un acoso incesante, acabé por descubrirlo en un barrio periférico habitado por hindúes refugiados de Pakistán. Imposible no reconocerle: tenía la misma cabellera negra y espesa separada por una raya al lado, y el mismo bigote fino que en las fotos antropométricas tomadas por la policía veinticinco años antes. Madanlal era el único de los conjurados que había sido expulsado de su casa por la partición. Después de perderlo todo y conocer los sufrimientos del éxodo, tomó el mando de un comando de hindúes fanáticos y asesinó a centenares de refugiados musulmanes en los trenes que se dirigían a Pakistán. Le habían detenido después de su frustrada tentativa de asesinato. Al cabo de dos días de violentos interrogatorios, había dado los nombres de todos sus cómplices. La policía de Nueva Delhi sabía, pues, dos semanas antes del asesinato, que un grupo de terroristas se encontraba en la capital para matar a Gandhi. Conocía incluso la descripción detallada de cada uno de ellos.

Al principio, Madanlal me acogió con desconfianza. Mi interés por sus nuevas actividades acabó por ablandarle. Se había readaptado a un inesperado comercio: los juguetes. El artículo del que estaba más orgulloso era un cohete de aire comprimido que se elevaba un centenar de metros antes de bajar suspendido en un paracaídas. Me

ofreció nombrarme su representante on objeto de «hacer la competencia a los japoneses en los mercados europeos».

También en Bombay encontré al personaje más inquietante de esta sarta de asesinos, el antiguo traficante de armas Digambar Badgé, que había facilitado el revólver del crimen. Con su larga barba, parecía más un santón que un revolucionario. Badgé se había dedicado después de salir de la prisión a una actividad insólita. Tras haber pasado años vendiendo ingenios destinados a causar la muerte, ahora fabricaba un accesorio que permitía protegerse de ésta. Con ayuda de su anciano padre, «tejía» cotas de malla como las de los caballeros de la Edad Media. Estos chalecos a prueba de balas eran muy apreciados por asesinos a sueldo, piquetes y políticos de todas las tendencias. Su cuaderno de pedidos estaba completo para los dos próximos años.

—¿Tiene clientes franceses? —le pregunté.

Adoptó un aire malicioso.

—Todavía no. Pero nuestro encuentro podría llenar esta laguna, ¿no es verdad?

¡Malditos asesinos! La solicitud de su acogida me dio una idea. ¿Por qué no llevarlos a todos a Nueva Delhi para hacerles imitar los gestos de su crimen delante de una cámara? Sopesé el peligro. La propia policía india había tenido que renunciar a cualquier reconstrucción durante la instrucción del proceso por miedo a sanguinarias reacciones de venganza. Fui a Poona a proponer este viaje a Gopal Godsé. ¿Me trataría de provocador y me echaría fuera? En cuanto le hube expuesto mi proyecto, vi la cabeza de Godsé oscilar de izquierda a derecha con un aire de beatitud.

—*It's a very good idea*. Es una idea excelente. —Entonces, de repente, frunció el ceño—. *But only if we can take our families along*. Pero sólo si podemos llevar a nuestras familias.

Compré en Bombay billetes para todo el mundo y ocho días después nos encontramos de nuevo en el andén de la estación Victoria de Bombay, ante el Frontier Mail que salía hacia Nueva Delhi. Tenía la impresión de salir de excursión con una familia que acabara de conocer. Me llamaban «*Dear friend*» o «Míster Dominique» mientras me hacían saborear las innumerables golosinas, pastas y vituallas traídas en cestas. Godsé, Karkaré y Madanlal me afirmaron que era el mismo tren que tomaron veinticinco años antes para ira a asesinar a Gandhi. A fin de disminuir el riesgo de hacemos detener a todos juntos, Nathuram había tomado el avión.

—Nos reunimos todos en Delhi en el jardín del templo dedicado a la diosa Lakshmi —nos recordó Godsé con orgullo.

Tras veintiocho horas de viaje, les conduje a ese mismo jardín. Había contratado a un cámara y a un técnico de sonido. Por prudencia no les había revelado la identidad de las personas que me acompañaban.

Godsé arrastró a Karkaré hacia el inmenso santuario pintado de rosa y le enseñó la campana suspendida encima de la puerta.

—¿Te acuerdas? La hicimos sonar antes de recogernos frente a la divinidad.

Las esposas escuchaban henchidas de admiración y orgullo las explicaciones de sus maridos. Se diría que eran un escuadrón de antiguos combatientes volviendo al campo de batalla donde habían ganado la cruz de guerra. Detrás del santuario había un bosquecillo.

—Es allí donde Nathuram probó su revólver —me explicó Karkaré—. Por suerte no había nadie. Como no sabíamos si Gandhiji estaría sentado o de pie cuando Nathuram le disparase, repetimos el acto en las dos posiciones. Escogimos un árbol. Uno de nosotros se puso en cuclillas contra el tronco para dar una idea de la silueta de Gandhi sentado. La dibujamos con un trozo de yeso. Nathuram retrocedió unos doce metros antes de hacer fuego cinco veces. ¡Todas las balas habían dado en el blanco!

Godsé nos llevó después a la fonda de la estación central donde la víspera del asesinato tomaron todos juntos una cena «pantagruélica».

Tal como habían hecho los asesinos aquel día de enero de 1948, a continuación tomamos coches de caballos para ir a Birla House, la residencia de Gandhi. Oleadas de visitantes deambulaban en silencio por las habitaciones y el jardín. Los muros de esta casa están cubiertos de fotografías que muestran al Mahatma en todas las épocas de su vida. Los peregrinos se recogían con especial respeto en su dormitorio, tomaban la avenida que conduce a la pequeña estela elevada en el lugar donde fue asesinado, meditaban en la gran extensión de césped donde Gandhi había mantenido sus últimas reuniones de plegaria. ¿No corría el peligro de profanar este lugar sagrado trayendo a los personajes que le habían mancillado tan odiosamente?

Me estaba formulando seriamente la pregunta cuando oí una voz pronunciar mi nombre. Me volví y reconocí al conservador del lugar, un brahmán distinguido a quien apasionaba nuestro trabajo de historiadores.

—*Dear Mr. Lapierre*, ¡veo que hoy ha venido acompañado! exclamó amablemente—. ¡Viene incluso con cineastas! ¿Podría presentarme a sus amigos?

Regueros de sudor frío me recorrieron la espalda.

—Con mucho gusto —dije, intentando ocultar mi confusión—. Permítame presentarle al señor y la señora Gopal Godsé, señor y señora Vishnú…

A medida que desgranaba los nombres de mis compañeros, vi descomponerse el rostro del conservador. ¿Se encontraría mal? Dominando su sorpresa, me dirigió una sonrisa un poco forzada, antes de decir:

—Míster Lapierre, ¿quiere acompañarme con sus amigos a mi despacho?

Entramos en la vasta habitación de la planta baja donde Larry y yo habíamos evocado a menudo con él las últimas horas de la vida de Gandhi. Un servidor trajo más sillas y tomamos asiento ante su mesa de trabajo. ¿Qué iba a hacer? ¿Descolgar

el teléfono y llamar a la policía? ¿Echar a aquellos visitantes indeseables? El conservador se desplomó en su sillón, anonadado por lo imprevisto de la situación. Su silencio duró varios minutos. Al final se enderezó, sus ojos se animaron. Yo esperaba lo peor.

—*What will you have to drink? Tea or Kampa-Cola?*[25] —preguntó.

* * *

Unos momentos después estaba con los asesinos en el lugar exacto donde se hallaba Nathuram Godsé el 30 de enero de 1948 a las diecisiete horas y siete minutos, cuando mató a Gandhi. La cámara enfocaba un primer plano de su hermano.

—El jardín estaba atestado de gente —dijo Gopal Godsé—. Gandhiji llevaba un retraso de varios minutos. De pronto, vimos que la gente se apartaba. Llegaba el cortejo. Gandhiji iba a la cabeza, con las dos manos apoyadas en sus sobrinas nietas. Nathuram se había colocado en el pasillo que conducía al estrado de plegaria. Era una posición ideal. Le vi sacar el revólver del bolsillo.

Nuestra presencia había atraído hacia nosotros a la multitud de peregrinos. Entre ellos había muchos sikhs reconocibles por sus turbantes. ¿Cuál sería su reacción cuando se enterasen de la identidad del hombre al que filmaba la cámara?

Gopal Godsé proseguía imperturbable:

—Nathuram disimuló como pudo el revólver entre las palmas juntas y se inclinó respetuosamente ante Gandhiji, y le dijo: *«Namaste Bapu*. Salud, padre». Después apartó a una de las muchachas para no herirla y disparó: una vez, dos veces, tres veces. Gandhi balbució «*He Ram*! ¡Oh, Dios mío!» y cayó lentamente sobre la hierba. Era el fin.

Tras estas palabras, vi a un sikh alto, de rostro feroz, rebuscar febrilmente entre los pliegues de su cintura. Estaba seguro: buscaba el puñal que llevan los miembros de su comunidad. Ya imaginaba la hoja destellando al sol. Iba a degollar a los tres criminales y acaso a los cámaras y también a mí. Así vengaría a los centenares de millones de indios a quienes la pérdida de su Gran Alma había dejado inconsolables.

Me equivocaba. Hacía demasiado tiempo que Gandhi había muerto. Lo que el feroz sikh buscaba en los pliegues de su cintura no era el puñal de la venganza. Alargó a Godsé un trozo de papel y un bolígrafo. Quería su autógrafo.

Coleccionistas de mujeres, de Rolls y de elefantes

Los arquitectos de la independencia, Gandhi y Nehru a la cabeza, no les habían

hecho sitio en la India nueva. Sin embargo, los 565 maharajas hindúes y los nababs musulmanes reinaban como soberanos hereditarios y absolutos sobre un tercio del territorio indio y aproximadamente sobre cien millones de sus habitantes.

Príncipes como el nizam de Hyderabad y el maharaja de Cachemira gobernaban Estados tan vastos y poblados como las grandes naciones de Europa. La cofradía principesca contaba con algunos de los hombres más ricos del mundo, así como con monarcas de rentas más modestas que las de un comerciante del bazar de Bombay. Los expertos habían calculado, no obstante, que cada uno de ellos poseía una media de 11 títulos; 5,8 mujeres; 12,6 hijos; 9,2 elefantes; 2,8 vagones de ferrocarril privados; 3,4 Rolls-Royce y un palmarés de 22,9 tigres *abatidos*.

Ricos o menos ricos, los maharajas indios formaban en todo caso una aristocracia fuera de lo común. Según Rudyard Kipling, «estos hombres habían sido creados por la Providencia para proveer al mundo de decorados pintorescos, historias de tigres y espectáculos grandiosos». Los relatos de sus vicios y sus virtudes, sus extravagancias y sus prodigalidades, sus caprichos y sus excentricidades habían enriquecido el folclore de la humanidad y maravillado al mundo sediento de exotismo y de sueños. Antes de ser barridos por el viento de la historia, estos aristócratas originales, por lo menos los más afortunados de entre ellos, habían atravesado la existencia sobre la alfombra voladora de un cuento oriental. Sus pasiones eran la caza, el polo, los palacios, las mujeres, las joyas y los automóviles. Entre estos últimos, sus preferidos eran, naturalmente, los reyes de los coches, los Rolls-Royce.

Larry Collins decretó que esta pasión que yo compartía por los Rolls-Royce me cualificaba sin la menor duda para una investigación sobre los maharajas. En 1947, usando su influencia y su carisma con estos hombres, muchos de los cuales eran amigos suyos, Mountbatten había conseguido que renunciaran voluntariamente a su soberanía y colocaran sus Estados en la cesta de la independencia india. La búsqueda de los actores de este harakiri colectivo fue una aventura excitante.

* * *

El maharaja sikh Yadavindra Singh, último príncipe reinante del estado de Patiala, al noroeste de la India, ocupaba todavía con varios servidores uno de los palacios de pináculos construido por sus antepasados. Sus garajes, que albergaban en 1947 una escudería de veintisiete Rolls-Royce, sólo alojaban hoy un Ambassador de fabricación local y un antiguo Dion-Bouton francés que llevaba el número fetiche de «Patiala 1». Porque esa reliquia que databa de 1898 había sido el primer coche importado en la India. Este gigante de dos metros, aficionado al cricket y al polo, se había amoldado a la nueva India al día siguiente de la Independencia convirtiéndose en uno de sus diplomáticos más respetados. Al entrar en el extravagante apartamento donde me ofreció hospitalidad, llamó mi atención una hoja de papel puesta sobre la

mesilla de noche de mi cama. Me invitaba a señalar con un trazo la casilla correspondiente a los diferentes modos de transporte que se me proponían durante mi estancia. ¿Deseaba circular en calesa? ¿En automóvil? ¿En silla de manos? ¿A caballo? ¿O a lomos de un elefante?

Yadavindra Singh había subido al trono del estado de Patiala a la muerte de su padre, en julio de 1938. Su coronación había dado lugar a siete días y siete noches de fiestas y celebraciones. La mayoría de sus pares habían acudido desde los cuatro puntos cardinales del país, y el representante del Imperio británico había prendido en su turbante la piedra preciosa que consagraba la fidelidad del joven príncipe a la Corona. Hay que decir que el joven príncipe de Patiala sucedía a uno de los personajes más destacados de esta casta pródiga, por lo demás, en figuras de leyenda.

Con su estatura colosal, sus ciento treinta kilos, su bigote de puntas curvadas hacia arriba como los cuernos de un toro bravo, su espléndida barba negra esmeradamente enrollada y atada en la nuca al modo de los sikhs, sus labios sensuales y la arrogancia de su mirada, su padre, Bhupinder Singh, llamado «el Magnífico», séptimo maharaja de Patiala, parecía salido de un grabado mogol. Para el mundo de entreguerras, sir Bhupinder había encamado todo el esplendor de los maharajas de las Indias. Su apetito era tal, que necesitaba diariamente unos veinte kilos de comida. Engullía de buena gana dos o tres pollos a la hora del té. Adoraba el polo. Galopando a la cabeza de sus «Tigres de Patiala», había ganado en todos los campos del globo trofeos que llenaban las vitrinas de su palacio. Para permitir estas proezas, sus cuadras albergaban quinientos de los más bellos especímenes de la raza equina.

Desde su más tierna adolescencia, Bhupinder había dado muestras de las más vivas aptitudes para el ejercicio de otra diversión igualmente digna de un príncipe: el amor. Los cuidados que dedicaba al desarrollo de su harén habían eclipsado incluso su pasión por la caza y el polo. Seleccionaba él mismo sus nuevas pensionistas en función de sus atractivos y de sus dotes amorosas. En el cénit de su gloria, el harén real de Patiala llegó a contar trescientas sesenta y cinco esposas y concubinas, una para cada día del año.

Durante los veranos tórridos del Punjab, muchas de ellas se instalaban cada tarde al borde de la piscina, jóvenes bellezas de pechos desnudos junto a las cuales el príncipe acudía a retozar. Sacos de nieve triturada traídos del Himalaya por un ejército de culis refrescaban el agua. Los techos y las paredes de los apartamentos privados estaban decorados con escenas inspiradas en bajorrelieves eróticos de los templos por los cuales las Indias eran famosas, un verdadero catálogo de exhibiciones amorosas propias para agotar el espíritu más imaginativo y el cuerpo más atlético. Una gran hamaca de seda permitía a Su Alteza buscar entre cielo y tierra la embriaguez de los placeres sugeridos por los jugueteos de los personajes de su techo.

A fin de satisfacer sus insaciables deseos, el inventivo soberano había decidido renovar con regularidad los encantos de sus mujeres. Abrió su palacio a toda una corte de perfumistas, joyeros, peluqueros, esteticistas y modistos. Los más grandes maestros de la cirugía plástica fueron invitados a modelar los rasgos de sus favoritas a gusto de sus caprichos y según los cánones de las revistas de moda que se hacía mandar de Londres y París. A fin de estimular sus ardores, convirtió un ala de su palacio en un laboratorio que elaboraba perfumes, lociones, cosméticos y filtros afrodisíacos.

Pero ningún hombre, aunque fuera un sikh dotado tan generosamente por la naturaleza como Bhupinder Singh, «el Magnífico», podía colmar los apetitos de trescientas sesenta y cinco bellezas que se aburrían detrás de las celosías de su harén. Sus alquimistas tenían que rivalizar en imaginación. Elaboraron sabias decocciones a base de oro, perlas, especias, plata, hierbas, hierro… Durante algún tiempo, la poción más eficaz fue una mezcla de zanahorias y sesos de gorriones. Cuando el efecto de estos preparados empezó a debilitarse, sir Bhupinder Singh hizo venir especialistas de Francia, país que consideraba experto en materia de amor. Por desgracia, un tratamiento de radio resultó de un rendimiento tan efímero como las pociones mágicas. Sir Bhupinder «el Magnífico» murió a los cuarenta y cinco años… de agotamiento.

* * *

Una de las primeras decisiones de su sucesor fue cerrar el harén paterno. Yadavindra pertenecía a una nueva generación de príncipes de menos colorido, menos extravagantes, menos fabulosos que sus antepasados, pero cada vez más conscientes de la precariedad de sus privilegios y de la necesidad de reformar las costumbres de sus reinos.

De hecho, la India de los maharajas y los nababs tenía también otra cara que a veces hacía olvidar los excesos y las excentricidades de algunos príncipes. El maharaja de Kapurthala, cuyo palacio con aires de un pequeño Versalles conservaba un cenicero del hotel Negresco de Niza, había dotado a su principado de carreteras, vías férreas, escuelas, hospitales e incluso instituciones democráticas que lo convertían en un Estado moderno y liberal que podían envidiarle las provincias directamente administradas por los ingleses. El maharaja de Baroda había prohibido la poligamia y combatido a favor de los intocables tan encarnizadamente como Gandhi. El maharaja de Bikaner había transformado ciertas partes de su desierto del Rajasthan en un verdadero oasis de jardines, lagos artificiales y ciudades florecientes puestos a disposición de sus súbditos. El principado musulmán de Bhopal había concedido a las mujeres una libertad sin parangón en todo el Oriente. El estado de Mysore poseía la universidad de ciencias más prestigiosa de Asia. Heredero de uno

de los más grandes astrónomos de la Historia, un sabio que había traducido los principios de la geometría de Euclides al sánscrito, el maharaja de Jaipur había hecho del observatorio de su capital un centro de estudios de renombre internacional.

Los príncipes indios habían sido los instrumentos más celosos de Inglaterra en su dominación de las Indias. Habían aceptado la soberanía feudal del rey emperador, representado por el virrey, dejándole el control de sus asuntos exteriores y de su defensa a cambio de su soberanía interior. No habían regateado ni su dinero ni su sangre en el curso de las dos guerras mundiales. Habían reclutado, equipado y entrenado a cuerpos expedicionarios que se habían distinguido en todos los frentes bajo la bandera de la Union Jack. El maharaja de Bikaner, que era general del ejército británico y miembro del gabinete de guerra, había lanzado a sus camelleros al asalto de las trincheras alemanas de la Gran Guerra. Los lanceros de Jodhpur habían arrebatado Haifa a los turcos el 23 de septiembre de 1917. En 1943, bajo el mando de su joven maharaja, comandante de los Lifeguards, los cipayos de la ciudad rosa de Jaipur habían limpiado las laderas del Montecassino y abierto la ruta de Roma a los ejércitos aliados. En recompensa por su valor a la cabeza de su batallón, el maharaja de Bundi había recibido la Military Cross en plena jungla birmana.

Los ingleses habían testimoniado su reconocimiento a estos fieles y pródigos vasallos cubriéndoles con una lluvia de honores y condecoraciones. Los maharajas de Gwalior, de Cooch Behar y de Patiala recibieron el insigne privilegio de escoltar a caballo, en calidad de ayudas de campo honorarios, a la carroza real de Eduardo VII durante las fiestas de su coronación. Oxford y Cambridge otorgaron pergaminos honoríficos a toda una serie de príncipes. Los pechos de los soberanos más meritorios fueron adornados con brillantes placas de órdenes nuevas creadas para la ocasión: la orden de la Estrella de las Indias y la orden del Imperio de las Indias.

Pero la potencia soberana supo sobre todo testimoniar su gratitud con la sutil gradación de una forma ingeniosa e inédita de recompensas. El número de cañonazos que saludaban a un monarca indio indicaba el lugar que ocupaba en la jerarquía principesca. El virrey tenía el poder de incrementar el número de salvas en reconocimiento de servicios excepcionales, o de reducirlo en señal de castigo. Cinco soberanos —los de Hyderabad, Cachemira, Mysore, Gwalior y Baroda— tenían derecho al honor supremo de veintiuna salvas. Después seguían los Estados de diecinueve, diecisiete, quince, trece, once y nueve cañonazos. Para cuatrocientos veinticinco humildes rajás y nababs que reinaban sobre pequeños principados casi olvidados por los mapas, no había ningún saludo. Habían sido los príncipes abandonados de las Indias, los hombres para los cuales no retumbaba el cañón.

Pero retumbase o no el cañón en aquel verano de 1947, todos los maharajas y nababs de las Indias se encontraron en la misma situación de un adiós irreversible a una época desaparecida.

15

Hombres, mujeres y niños luces del mundo

Tras dos años de felicidad pasados recorriéndola, sentía la necesidad de dar las gracias a la India. El éxito de *Esta noche, la libertad* me proporcionaba los medios para hacerlo. Decidí donar una parte de mis derechos de autor a una obra india que cuidara a niños leprosos. Como es lógico, me dirigí a Calcuta, que contaba con varios miles de víctimas de la lepra.

En compañía de mi mujer fui a llamar a la puerta de un vasto caserón gris, en pleno centro de la ciudad. Eran las cinco y media de la madrugada. Calcuta empezaba a despertarse. En el umbral, una placa de madera anunciaba: «MOTHER TERESA». Seguro que la santa de Calcuta encontraría una institución a la que mi contribución pudiera prestar ayuda. Una joven hermana india con sari blanco orlado de un ribete azul nos abrió la puerta. Un anciano de aspecto famélico intentó deslizarse con nosotros por el resquicio, pero la religiosa lo apartó con dulzura, indicándole en bengalí el centro de socorro más próximo. Después nos guió hasta la capilla, en el primer piso, una espaciosa sala donde un centenar de jóvenes novicias recitaban salmos ahogados por el estrépito de los tranvías y camiones que circulaban por la avenida. Por toda decoración, pendía de la pared, detrás del altar, un sencillo crucifijo de madera coronado por la inscripción «TENGO SED».

Reconocí la legendaria silueta arrodillada sobre un viejo y remendado saco de yute, muy encorvada. Sus labios musitaban una oración ininterrumpida. Una vez terminada la misa, la Madre Teresa se reunió con nosotros en el locutorio. La fatiga de una vida de privaciones, de viajes agotadores por todo el mundo, de noches insomnes no había empañado el brillo de su mirada tan llena de fe y de amor. Le expuse la razón de nuestro viaje a Calcuta.

—*Mother*, sé bien que lo que traemos sólo es una gota de agua en el océano de las necesidades…

—Pero si esta gota de agua no viniera a desembocar en el océano, éste la echaría de menos. Es Dios quien les envía —me atajó con una ternura divertida.

Fichero viviente de todas las miserias de la ciudad, la religiosa no tuvo que reflexionar demasiado para saber que necesitaba *ayuda* financiera urgente.

Aquella misma tarde, un europeo de unos cuarenta años, vestido con una camisa india y unos pantalones de algodón, se presentó de su parte en nuestro hotel. En doce años, James Stevens había arrebatado a la miseria y a la muerte a más de mil niños leprosos de los barrios de chabolas de Calcuta. Aquel próspero comerciante de

camisas y corbatas había vendido todos sus bienes y renunciado a su cómoda existencia en Inglaterra para consagrar su vida a salvar a niños condenados a un total aniquilamiento. El hogar que había fundado en las afueras de Calcuta se llamaba «Udayan», palabra hindi que significa «Resurrección».

La jovialidad y el buen color de nuestro visitante sólo eran una fachada que escondía el drama que le tocaba vivir: estaba en vísperas de tener que cerrar su establecimiento y devolver a la miseria a los ciento cincuenta niños a quienes daba cobijo. Había agotado todos sus recursos personales, y no había podido encontrar ayuda financiera para proseguir su obra. Un islote de luz en el centro del infierno se hallaba a punto de desaparecer.

En tiempo de los ingleses, Barrackpore era un coquetón suburbio residencial. Algunos oasis de verdor, que albergaban antiguas residencias, vestigios del esplendor imperial del pasado, subsistían aún en medio del bullicio industrial. Fue en el gran salón artesonado de una vieja casa de columnas, decrépita tras lustros de monzones, donde a la mañana siguiente nos acogieron el inglés James Stevens y sus pequeños pensionistas.

Llegamos en el momento más importante del día: el de la comida del mediodía. Los ciento cincuenta niños estaban sentados en el suelo con las piernas recogidas. Con las manos juntas y los ojos cerrados, intensamente recogidos, cantaban con voces agudas. Ante cada cabeza morena había una hoja de banano que contenía arroz, un poco de carne y puré de lentejas. Una ración equilibrada de alimentos sanos desconocida aún hoy por cuatrocientos millones de indios. Stevens también cantaba la acción de gracias. Una plegaria del gran poeta bengalí amigo de Gandhi, Rabindranath Tagore, que proclamaba: «Todo lo que no se da, se pierde». Al final del cántico, James recitó una corta invocación en bengalí. Ciento cincuenta pequeñas manos se abatieron entonces sobre el alimento para mezclar los diversos componentes en una primera bolita llevada inmediatamente a la boca y engullida. Aparte del ruido de la masticación, el silencio era total. Cada rostro estaba concentrado en un acto sagrado, cada bocado separado con expresión grave, cada gesto realizado con dignidad.

James nos llevó después a los dormitorios que servían igualmente de aulas para clases, judo, yoga y gimnasia. Una imagen de Jesús, otra de Visnú y un sura del Corán decoraban cada habitación. Un ala de la casa contenía los talleres donde los niños aprendían a ser sastres, mecánicos, electricistas, oficios que les garantizaban un trabajo a la salida del centro, y de este modo poder sacar de la miseria a su familia. En la India, encontrar un solo empleo representa salvar a veinte personas. En las paredes de la enfermería, pequeños carteles denunciaban los prejuicios relativos a la lepra. No, la lepra no es una fatalidad. No, no es forzosamente contagiosa. No, no es hereditaria. No, no es una enfermedad vergonzosa. Sí, puede tratarse. Sí, puede

curarse.

Tres veces por semana, un médico indio venía de Calcuta para administrar a los pensionistas los cuidados apropiados. Un niño de cada cinco llegaba al hogar afectado por los primeros síntomas, en general una despigmentación de la piel en diversos lugares del cuerpo. A esta edad, las mutilaciones eran raras. Un tratamiento enérgico a base de sulfona solía hacer desaparecer los primeros signos en menos de un año. Pero la lepra sólo era una de las numerosas afecciones que atacaban a aquellos niños procedentes de cuartos sin higiene, de infectos patios donde disputaban el alimento a las cucarachas y las ratas. Padecían carencias nutricionales, lo cual conllevaba una retahíla de enfermedades: raquitismo, tuberculosis pulmonar y ósea, malaria, amebiasis. Algunos estaban incluso afectados de xeroftalmía, una ceguera nocturna debida a la falta de vitamina A.

James Stevens inició sus salvamentos a bordo de una vieja camioneta prestada por la Madre Teresa, el 21 de julio de 1969. Se internó en el barrio de chabolas de Pilkhana, situado cerca de la gran estación de Howrah. La colonia de leprosos estaba confinada en el extremo del suburbio. Los primeros contactos fueron difíciles. El inglés sólo conocía unas pocas palabras de bengalí y de hindi. Tuvo que convencer por signos a los padres para que le confiaran a sus hijos a fin de poderlos curar, alimentar, vestir y enseñarles a leer y escribir.

—No olvidaré nunca aquel primer día —nos contó—. Los padres me miraban con desconfianza, como si quisiera robar a sus hijos para llevármelos como esclavos a un país extranjero. Viniendo de parte de hombres y mujeres tan desvalidos, aquella resistencia era patética.

En el fondo de una choza donde se hacinaban varias familias, James descubrió a un niño harapiento de unos diez años. Vivía con su madre, una pobre viuda sin dedos y con la cara roída por la lepra. El propio niño ya tenía numerosas manchas en el cuerpo. El inglés hizo comprender a la desdichada que deseaba ocuparse de su hijo y cuidarlo. Ella se encogió de hombros. Parecía decir: «¡Nunca se quedará con usted!» James Stevens supo por los vecinos que el niño era un auténtico salvaje y que a veces desaparecía durante meses. Pero ante la sorpresa general aceptó marcharse con el inglés y así fue el primer pensionista del hogar Resurrección. Se llamaba Budi Ram. En pocos meses aprendió a leer y escribir y se convirtió en uno de los alumnos más dotados del taller de mecánica de automóviles. Era tan hábil que su benefactor le envió a perfeccionar su aprendizaje al Punjab en una reputada escuela técnica. A su salida, fue contratado por la empresa de tractores Escort para supervisar la ejecución de un importante contrato en Nepal. Con sus primeros ahorros compró un trozo de tierra en el campo cercano a Calcuta e hizo construir una casa para instalar en ella a su madre. Ésta no iría nunca más a agitar su platillo en los andenes de la estación vecina.

No lejos de allí, Stevens amansó a otro pequeño salvaje. Laxman Singh tenía ocho años, vivía solo y se alimentaba de los detritos del muladar. El inglés tardó semanas en conocer su historia. Tenía cuatro o cinco años cuando sus padres le llevaron con sus hermanos y hermanas a la fiesta de la diosa Durga, la patrona hindú de Calcuta. En medio del tropel, fue separado súbitamente de los suyos. No volvería a verlos más. Al reparar en el niño perdido, un transeúnte se lo llevó a su casa para convertirlo en su criado y le obligó a realizar todas las faenas más duras de la casa. Laxman acabó por huir. Sobrevivió gracias a pequeños hurtos y empleos de poca monta en los bares y los *teastalls* de la inmensa ciudad. Cuando James le recogió, tenía una mancha de lepra en la mejilla izquierda. Hinchado por los gusanos, su vientre parecía un globo. Tenía también úlceras en la córnea. ¿Era posible curarle? El médico del hogar hizo lo imposible para lograrlo. Laxman Singh sería después uno de los mejores mecánicos de Air India.

La primera noche, Stevens se llevó a nueve niños y dos niñas entre cuatro y diez años. Seis de ellos presentaban ya los estigmas de la terrible enfermedad. Los hizo sentar en círculo en el suelo del salón y les distribuyó comida. Él mismo había cocido el arroz, las lentejas y un poco de pescado. Los niños observaron aquel festín con miradas de estupefacción. Nunca habían visto platos tan llenos. El inglés se sentó con ellos en el suelo y empezó a comer. Domesticar a aquellos supervivientes del infierno fue difícil. Lo peor llegó con la noche. Al principio, aquellos seres amedrentados se negaban a dormir, y, cuando por fin los rendía el sueño, era para sumirlos en horribles pesadillas. Sus gritos de espanto se alternaban con fragmentos de frases reveladoras de las espantosas visiones que poblaban sus sueños. Intervenían tigres, genios malignos y *bhut*, fantasmas. James iba de uno a otro, secando sus frentes sudorosas. Recordando que había sido tenor en una compañía de aficionados a la ópera, les cantaba arias de *Rigoletto* y la *Traviata* y melodías de su Yorkshire natal y así los niños se apaciguaban.

A medida que pasaban los días, la vida se fue organizando. Pronto el hogar contó con una treintena de pensionistas. Chand, un chico de once años encontrado en los muelles, padecía tuberculosis ganglionar y se arrastraba sobre una tabla de ruedas. Unos meses de alimentación muy vitaminada y de cuidados médicos intensivos produjeron una mejoría espectacular. Se puso freno a la lepra y la tuberculosis fue atajada. Niños que a su llegada alcanzaban la mitad del peso normal para su edad recuperaron un crecimiento equilibrado. Chand pudo volver a andar, primero con muletas y más tarde sin ninguna ayuda. Otro niño fue operado a corazón abierto. James dio su sangre para las transfusiones. Unos éxitos que no tardaron en manifestarse en un signo revelador: los supervivientes del hogar Resurrección aprendieron a reír otra vez.

La generosidad del «gran hermano» rubio fue pronto conocida en todas las

colonias de leprosos. Su camioneta era asaltada en cuanto aparecía en las callejuelas. Al finalizar el año, el hogar contaba con cincuenta jóvenes pensionistas, hindúes, musulmanes y cristianos. Stevens nos describió la primera Navidad.

—Entre todos habían decorado la casa y confeccionado un magnífico pesebre. Un árbol de Ashoka servía de abeto. Me disfracé de papá Noel y di un regalo a cada uno. Habíamos preparado un verdadero banquete. Por primera vez en su vida, comieron lo que sus padres demasiado pobres no habían podido ofrecerles nunca: un curry de pollo con verduras y una naranja.

Entonces dio comienzo una nueva etapa. James abrió una escuela mixta, una para los niños de lengua bengalí y otra para los que hablaban hindi. Todos volvían a encontrarse después de la clase en los cursos de canto, de yoga, de artesanía y en los trabajos de mantenimiento de la casa y del jardín. Para los mayores, James creó talleres de aprendizaje a fin de enseñar un oficio a cada uno. Nos presentó a Sultan Ali, el hijo de un tirador de riksha que, a sus once años, ya era un campeón de la máquina de coser. Se había curado casi por completo de la lepra. Como muchos musulmanes, quería llegar a ser sastre. Esta orientación manual era también útil para los que no podían seguir una enseñanza escolar normal porque la alimentación deficiente durante su infancia había deteriorado su desarrollo cerebral.

En 1972, James Stevens echó raíces definitivas en esta India a la cual ya había entregado su corazón. Se casó con Lallita, una profesora cristiana oriunda del Punjab. Con su hijo Ashwani, compartían la existencia de los niños del hogar, durmiendo como ellos sobre una estera extendida cada noche en el suelo, compartiendo sus comidas, sus alegrías, sus penas y rogando con ellos a las divinidades hindúes, a Alá el Misericordioso y a Jesús.

En 1979, una donación de la organización suiza Hermanos de nuestros Hermanos permitió a James comprar un terreno de dos hectáreas en pleno campo y construir en él un *bungalow* para los niños y dos cabañas destinadas a alojar la escuela y el dispensario. En este espacio protegido de la contaminación urbana, pensaba crear una pequeña explotación agrícola a fin de satisfacer las necesidades del hogar en hortalizas, huevos, volatería e incluso pescado, gracias a un vivero piscícola. Por desgracia, sus recursos se habían agotado y las organizaciones benéficas que le habían sostenido se habían comprometido en otros lugares. Incansablemente, James buscó otras fuentes de financiación. Pero fue en vano. Tuvo que pedir dinero prestado a intereses escandalosos para alimentar a sus pensionistas.

James nos reveló que no tenía más remedio que cerrar el hogar y devolver a todos los niños al horror de sus tugurios.

Trastornada por la noticia, mi mujer sacó del bolso el paquete de dólares que habíamos llevado.

—Este primer auxilio le permitirá pagar sus deudas —dije, antes de añadir, sin

reflexionar demasiado—: Haremos lo imposible para que no tenga que cerrar nunca el hogar Resurrección.

Este compromiso iba a cambiar nuestras vidas.

* * *

De regreso a Francia, fundé una asociación al amparo de la Ley 1901[26] cuyo fin inicial fue el de sostener económicamente la admirable obra de aquel inglés anónimo. Con objeto de darla a conocer, conté la historia del hogar Resurrección en un artículo de la revista *La Vida*. Al final de mi relato, lancé un llamamiento a los lectores:

«Si mil de entre nosotros enviamos cada año trescientos francos —el precio de una buena comida en un restaurante— podremos salvar a ciento cincuenta niños de la miseria de los barrios de chabolas».

Unos días más tarde, nuestra portera llamó a la puerta.

—El cartero acaba de descargar cinco sacas de Correos en la portería. Todas son para usted. ¿Qué debo hacer?

Tuvimos que subirlas sin ascensor hasta nuestra casa, en el cuarto piso. Algunos parientes y amigos acudieron a nuestras llamadas de socorro para ayudarnos a abrir aquel maremoto de sobres que contenían mensajes de aliento acompañados casi siempre de un talón bancario o postal.

«Hoy nuestra pequeña Marie cumple un mes —escribía una pareja—. Este nacimiento es un llamamiento a la vida y queríamos que fuese un día de dicha y solidaridad. Nuestros amigos y nuestra familia han sustituido el tradicional regalo de bienvenida a Marie por un óbolo para la acción de James Stevens en Calcuta. He aquí la totalidad de nuestros donativos. Sabemos que es una gota de agua, pero es un signo de vida».

Una pareja de Evreux confiaba en que el bautismo de su hijo Simon fuese para ellos la ocasión de reflexionar sobre la situación de otros niños que no habían tenido la suerte de nacer en un país rico. «Así que hemos pedido a nuestras familias, a nuestros amigos, a nuestra comunidad cristiana que el regalo de bautismo de Simon sea el de participar con un donativo para los niños del Tercer Mundo y en especial para los del hogar Resurrección de James Stevens».

Madeleine Marie, de Sainte-Colombe, enviaba el producto de la colecta hecha entre los padres y amigos venidos a velar a su marido después de su muerte. «Jean-Marie era guía de alta montaña —escribía—. El 13 de septiembre de 1981 fue arrollado por un alud en el macizo del Mont-Blanc. Era un hombre bueno y abnegado que se desvelaba por los demás. Que los niños de James Stevens sepan que no serán abandonados».

Un corresponsal adjuntaba a su óbolo una fotografía de tres niños de piel oscura

radiantes de felicidad. «Nos sentimos implicados —decía— porque hemos adoptado a dos niños indios de Pondicherry y a una niña de Guatemala. Nos hacen tan dichosos que desearíamos que todos los niños del mundo pudiesen conocer un futuro feliz. Continúe su acción con mucho ánimo. Estamos a su lado».

Una abuela había mandado todos sus ahorros.

Una madre inconsolable que acababa de perder a su hijita deseaba que el dinero que habría gastado en ella «sirva para ayudar a otros niños a crecer y aprender a sonreír».

«He sacado todo el dinero de mi hucha para dárselo a los niños de Calcuta —escribía por su parte Laurent, un muchacho de doce años—. No es mucho, pero me acordaré de ellos en cuanto pueda hacer otro envío».

Se contaban por centenares los niños que, como Laurent, habían roto su hucha. A veces era toda una clase la que mandaba el producto de su colecta. Marie-Josée Hayes, de diecinueve años, enviaba la mitad de su primer sueldo y su madre adjuntaba un cheque en recuerdo de su hijo Jean-Louis, «muerto hace cinco años en un accidente de moto cuando iba a participar en una reunión de ayuda mutua. Soñaba con un mundo más justo, más fraternal. Seguiré ayudándole en su nombre».

«Sólo soy una asistenta —escribía otra mujer—, pero trabajaré con alegría algunas horas extra para los niños de su señor James».

Los pobres se privaban de lo mínimo, las personas de edad compartían sus ahorros, un anónimo había metido en un sobre un paquete de bonos del Tesoro, un caballero dos billetes de quinientos francos con una nota en la que rogaba a James Stevens que aceptara «un poco de lo que nos sobra a fin de hacer vivir a todos sus niños».

Un sobre contenía un cheque con esta explicación: «Acabo de cobrar la suma de cuarenta y cuatro mil francos de mi compañía de seguros como indemnización de un robo. Se la mando para James y sus niños».

Otras personas se ofrecían a apadrinar un niño, otras a ir a Calcuta a trabajar desinteresadamente en el hogar Resurrección.

«Tenemos entre nueve y diez años —decían en una carta colectiva los alumnos de una escuela— y hablamos mucho de los que son menos favorecidos que nosotros. Dígales a los niños de Calcuta que les queremos y ayudaremos con todas nuestras fuerzas. Diga sobre todo al señor Stevens que no pierda nunca los ánimos».

La asociación que acababa de fundar se encontraba sostenida de repente por tres mil donantes cuyas fichas llenaron pronto varias cajas de zapatos. Sólo me quedaba enviar a nuestro amigo James el telegrama más hermoso de mi vida: «Hogar Resurrección salvado. Puedes acoger a cincuenta niños más. Llegamos enseguida».

Una kermesse en casa de los leprosos

Cincuenta cabezas morenas bajo una banderola que proclamaba en grandes letras rojas: «WELCOME TO OUR FRENCH BROTHER AND SISTER», nos esperaban en el aeropuerto de Calcuta. El calor del homenaje se prolongó en el hogar donde los niños habían organizado un programa de bailes, juegos y competiciones deportivas. James había invitado a los padres a sumarse a la fiesta. Ninguna presencia podía hacernos sentir más intensamente los vínculos que nos unían para siempre a nuestra familia india. Aquellos padres y madres que rodeaban a su progenitura desbordante de vida ya no tenían pies, ni dedos, ni nariz, pero eran muy dignos y estaban muy orgullosos de sus hijos.

Para ayudarnos a comprender la joya que representaba el hogar Resurrección, James se ofreció a acompañamos a la colonia de leprosos donde había recogido a sus primeros pensionistas y a donde tenía que llevar a dos niños, Raju y Mohan, para que vieran a sus padres. Por fuera, nada la diferenciaba del barrio de chabolas de la periferia donde estaba implantada. Era, no obstante, un gueto de una especie singular. Ningún habitante de buena salud entraba jamás en él. Hacinados en número de diez o doce por habitación, los seiscientos leprosos vivían allí en una segregación total. Una visión dantesca de rostros desfigurados, de pies y manos reducidos a muñones, de heridas a veces purulentas y cubiertas de moscas. Bajo cobertizos improvisados, en el suelo o sobre esteras, unos seres lacerados se dedicaban a sus tareas cotidianas. El espectáculo era poco en comparación con la fetidez: un hedor compuesto de podredumbre, alcohol e incienso que revolvía el estómago. No obstante, como tan a menudo sucede en este país, lo sublime lindaba con lo insoportable: en medio de los detritos y las deyecciones, los niños jugaban a canicas riendo a carcajadas.

Nuestra llegada conmocionó a la colonia. Una multitud de cojos, ciegos, mancos y seres de una sola pierna acudió para tener un *darshan*, «una comunión visual», con el gran hermano James y sus amigos. Nos sonreían y sus sonrisas no tenían nada de forzado ni implorante. Algunos juntaban sus manos atrofiadas para aplaudir. Otros se empujaban para acercarse y tocarnos. Raju nos presentó a su madre, una mujer menuda atrozmente mutilada. Ya no tenía dedos y su cara roída parecía una máscara de momia. Pero su sonrisa radiante hacía olvidar su desgracia. Dominique fue hacia ella y la estrechó entre sus brazos. El gesto era dos veces sorprendente. No sólo transgredía el habitual comedimiento de los indios sino que se dirigía sobre todo a un ser «maldito», a un paria entre los parias.

Nuestra visita se trocó en una kermesse. Un grupo de músicos nos dieron una

alborada de flautas y tamboriles. Ante la puerta de una choza, un anciano casi ciego empujó hacia mí a un niño de tres años que acababa de adoptar. El hombre mendigaba ante el templo de Kali cuando, una mañana, el muchacho raquítico se refugió a su lado como un perro perdido sin amo. A pesar de estar enfermo y carecer de todo, había tomado al niño bajo su protección. Un poco más lejos, nos deslumbró el espectáculo de una niña que daba masaje con sus dedos aún intactos al cuerpo descarnado de su hermano pequeño. En un patio, cuatro hombres en cuclillas sobre una estera jugaban a los naipes. Las cartas revoloteaban entre los muñones antes de caer al suelo en un concierto de exclamaciones y risas. ¿Cómo podía surgir tanta vitalidad, tanta alegría de vivir en medio de semejante abyección? Esta gente era la vida. La VIDA con mayúsculas. La vida que palpita, que remolinea, que vibra como vibraba por doquier en Calcuta. Numerosos habitantes de esta colonia de leprosos venían de Bengala, de Bihar, de Orissa, del sur. La mayoría no habían recibido nunca cuidados.

James era festejado como el gran hermano enviado del cielo. Unas jovencitas le pasaban guirnaldas de claveles alrededor del cuello. Las familias de los pensionistas del hogar habían decorado la entrada de sus chozas con un parterre de *rangoli*, esos magníficos dibujos geométricos trazados en el suelo con harina de arroz y polvos de colores. La aparición del bienhechor dio lugar a una escena patética. Una joven con sari amarillo soltó sus muletas para echarse a sus pies y quitar el polvo de sus sandalias antes de llevarse la mano a la frente y al corazón. James se inclinó para ayudarla a levantarse mientras Dominique le devolvía las muletas. La pierna derecha de la pobre mujer estaba amputada hasta la rodilla. Su rostro intacto era de una belleza tan pura como la de una madona de Rafael. Un muchachito esquelético se agarraba a los pliegues de su sari.

—¡*Dadah*! ¡gran hermano, tómale, te lo ruego, tómale, por el amor de Dios! —imploró la leprosa en bengalí.

Explicó a James que su marido la había abandonado y que no tenía nada para dar de comer a sus hijos. Nosotros estábamos trastornados. Yo deseaba gritar a nuestro amigo inglés que accediera a la petición de aquella madre, que ya encontraríamos los pocos centenares de francos necesarios para el cuidado de su hijo, que en Francia y en otras partes había familias que compartirían sus bienes superfluos para arrancar al muchacho de su trágico destino. Pero no me atrevía a intervenir. Era James quien vivía en Calcuta, no yo. Era él quien afrontaba todos los días la miseria de sus habitantes. El *suspense* se prolongaba. Me daba cuenta de que James estaba destrozado. Varias decenas de leprosos formaban un círculo a nuestro alrededor. Los efluvios nauseabundos y el calor hacían el aire irrespirable. Dominique estaba lívida.

James tomó al niño en sus brazos y le habló con dulzura. El rostro de la madre se iluminó con una sonrisa deslumbrante. ¡Qué bella era aquella mujer!

—*Thank you, dadah* —dijo, saludando con las dos manos juntas, que primero se llevó a la frente y después ante su corazón.

Pensé en esta frase de la Madre Teresa: «Salvar a un niño es salvar al mundo».

El reino de miseria del «gran hermano» blanco

Con sus callejas rectilíneas, sus casas bajas construidas en torno a un pequeño patio, sus tejados de tejas planas, el resto del barrio de chabolas se parecía a una ciudad obrera. Según las estadísticas municipales, representaba una de las concentraciones humanas más densas del planeta: setenta mil personas apiñadas en un espacio apenas más extenso que tres campos de fútbol, un ambiente tan contaminado que nuestros ojos y nuestras gargantas acusaron el ardor de una comezón inmediata; chabolas sin agua, sin electricidad, sin ventanas; callejones bordeados de cloacas al aire libre. Imaginé el lugar agobiado por la hoguera del verano, inundado por el diluvio del monzón, con las callejas y las chozas transformadas en lagos de lodo y excrementos. Imaginé la hediondez, las enfermedades, las epidemias debidas a la presencia de centenares de búfalas en los establos sórdidos y propagadas por hordas de ratas, ciempiés y otros bichos. James Stevens nos dijo que en él la esperanza de vida no alcanzaba los cuarenta años. Nueve de cada diez personas disponían de menos de una rupia por día (ochenta céntimos) para hacer cocer un poco de arroz. Los habitantes del barrio eran casi todos campesinos expulsados de sus tierras por una de las plagas climáticas —sequía, ciclones, inundaciones— tan frecuentes en esa región del mundo. No cabía ninguna duda: aquel lugar era la antesala del infierno.

James nos condujo a través de las callejuelas bulliciosas hasta el fondo de un patio. Allí, en un cuchitril de dos metros por uno y medio, sin agua ni electricidad, vivía un suizo de cuarenta años. Su extrema palidez, su delgadez y su larga camisa india le prestaban un parecido con cualquier vagabundo de la ruta de Katmandú. Se llamaba Gaston Grandjean.

—Lo siento, amigos, pero aquí no se reciben turistas —exclamó al vernos.

¡Pobre Gaston! ¿Cómo podía sospechar que la llegada de aquellos dos extranjeros iba a trastocar su existencia?

Desde hacía doce años, el enfermero Gaston Grandjean y los trabajadores sociales indios formados por él al servicio de los más desheredados recorrían sin descanso aquel barrio superpoblado. La insalubridad, la desnutrición, las supersticiones, la falta de higiene no daban tregua a aquel otro «gran hermano blanco». Sin embargo, había necesitado varios mees para hacerse aceptar. La gente se preguntaba qué podía

impulsar al ciudadano de un país rico a venir a compartir su extrema pobreza. Circulaba el rumor de que estaba fichado por la policía, a la vez como espía de la CIA, como topo maoísta y como misionero militante encargado de convertir a cuenta de Jesucristo.

En realidad, nadie sabía cómo este hijo de obreros del Valais había ido a parar a aquel suburbio indio. De adolescente quiso ser misionero, pero los Padres Blancos de Friburgo le habían disuadido a causa de su precaria salud. Entonces se fue a trabajar a las minas de carbón del norte de Francia con los inmigrantes magrebíes, turcos y yugoslavos, y después a una fundición de acero de la región parisina. Allí un encuentro orientó su necesidad de ayudar a los que sufren.

Fundada a fines del siglo pasado por un sacerdote de Lyon llamado Antoine Cheurier, la Fraternidad del Prado agrupa a religiosos y laicos que han hecho el voto de «reunirse con los más pobres y desheredados allí donde estén, vivir la misma vida que ellos y morir con ellos». Seducido por este ideal, el joven suizo se alistó en las filas del Prado. Estudió español y portugués con la esperanza de ser enviado a los barrios de *favellas* de Sudamérica. Pero fue a la India adonde le pidieron que fuera, después de recibir una sólida formación de enfermero.

Con el único equipaje de una bolsa que contenía un ejemplar de los Evangelios, una navaja de afeitar y un cepillo de dientes, desembarcó una mañana de invierno de 1972. Unos días más tarde se instaló en ese barrio de chabolas de Calcuta. La curación de una pequeña vecina casi ciega y su solidaridad despojada de proselitismo vencieron poco a poco la desconfianza de los habitantes. La reserva del suizo para con nosotros parecía ser más difícil de desarmar. Por suerte, un incidente acudió en nuestra ayuda. Gaston acababa de iniciar la consulta en su dispensario improvisado cuando llegó corriendo una niña.

—*Dadah*, ¡ven enseguida! Sunil se está muriendo.

El enfermero devolvió a su madre el bebé que acababa de examinar, cogió su bolsa de primeros auxilios, saltó a la calleja y, al vernos, preguntó:

—¿Tienen un coche?

Necesitamos más de una hora para llegar al barrio de chabolas donde vivía el moribundo. Aquel robusto muchacho de veinte años acostumbrado a tirar de pesadas cargas en el cajón de su bicicleta ya no era más que un espectro demacrado. Sólo se podía ver el blanco de sus ojos. Su madre, muy digna, lloraba dulcemente mientras le secaba la frente y las mejillas. El desdichado padecía una septicemia gaseosa. Sólo respiraba a sacudidas. Un flujo de baba le salía de la boca. Su fin parecía inminente. Los miembros de la familia estaban sin saber qué hacer. Gaston llenó una jeringa de coramina para ayudar al corazón, pero a duras penas pudo administrarle la inyección porque el pobre chico no tenía más que piel y huesos.

—Conocemos un dispensario al que acaba de llegar un médico alemán. Tal vez

si…

El suizo me interrumpió:

—¡Llévele! Nunca se sabe. Yo me ocupo de sus padres.

Dominique se instaló en la banqueta posterior y yo coloqué al moribundo en sus brazos. Los atascos de esta ciudad en estado de asfixia permanente nos obligaron a circular al paso durante kilómetros, cuando cada minuto, cada segundo contaba. La respiración de Sunil era cada vez más irregular. Dominique acariciaba sin cesar el rostro inmóvil como para insuflarle la propia vida. «Aguanta, aguanta, hermano», murmuraba incansablemente.

Nuestro chófer intentaba maniobras insensatas para avanzar algunas decenas de metros. Por fin apareció el pequeño templo con cuatro campaniles y a continuación el pasaje que conducía al dispensario. Salté del coche y crucé la corte de los milagros que sitiaba la sala de consultas. Un joven europeo rubio auscultaba a un niño de vientre hinchado.

—Doctor, hay un moribundo en nuestro coche. Se lo ruego, venga enseguida.

El médico alemán se levantó sin formular preguntas. Tomó a Sunil de los brazos de mi mujer y luego dijo con voz tranquila:

—Gracias, voy a ocuparme de él[27].

* * *

Aquel simple gesto de solidaridad nos valió la simpatía del enfermero suizo para con nosotros. Ya no éramos «turistas» venidos a tomar un baño de miseria exótica antes de volver a su confort habitual. Nos acogió con una sonrisa amistosa cuando volvimos para verle. Aquel día, un indio esquelético, tapado con un *dhoti* a cuadros azules y un chal de algodón alrededor del cuello, rezaba sentado con las piernas dobladas en la habitación ante una reproducción del Santo Sudario de Turín que adornaba una de las paredes. Era Krishna, el vecino más próximo de Gaston, un antiguo marinero oriundo del sur. Durante una escala había encallado en este barrio. Aunque hindú, venía con regularidad a recogerse ante aquella imagen de Cristo flagelado que tan bien expresaba el sufrimiento de los habitantes del suburbio. «*Ram*… *Ram*… *Ram*… Dios, Dios, Dios», repetía incansablemente entre los accesos de la tos cavernosa que sacudían su frágil esqueleto. Ocupaba el cuarto vecino con su mujer y sus cinco hijos. Estaba en la fase terminal de la tuberculosis. Gaston le había llevado tres veces a la sala de desahuciados de la Madre Teresa. Y por tres veces había salido de allí con la fuerza suficiente para volver a pie a su casa.

Convencido de la sinceridad de nuestros sentimientos hacia la India y de nuestra voluntad real de manifestarle nuestro reconocimiento ayudando a los más desvalidos, Gaston aceptó mostrarnos su reino de miseria. ¿Un pudridero, aquel reino? Más bien

un hormiguero de locura. Por doquier, ante cada choza, cada tenderete, en una sucesión de pequeños talleres, había gente atareada en vender, regatear, fabricar, remendar, reparar, clasificar, limpiar, clavar, encolar, perforar, llevar, tirar, empujar. Aquí, eran los niños ocupados en recortar láminas de latón para hacer utensilios; allí, adolescentes que fabricaban petardos envenenándose lentamente a fuerza de manipular sustancias tóxicas. Cerca del cuarto de Gaston, en el fondo de un local sin luz, unos hombres relucientes de sudor laminaban, soldaban, ajustaban piezas de hierro, entre un olor de aceite quemado y metal candente. Al lado, en un cobertizo sin ventilación, una decena de viejos sentados en cuclillas enrollaban *bidi*, los minúsculos cigarrillos indios.

—Casi todos tuberculosos —nos reveló Gaston—. Ya no tienen fuerza para maniobrar una prensa o tirar de una riksha, así que lían cigarrillos. Si no se detienen nunca, logran liar hasta mil trescientos cigarrillos diarios. Por mil *bidi*, reciben menos de doscientas cincuenta pesetas.

Un poco más lejos, cinco obreros ensanchaban con un pico la entrada del taller donde habían forjado una hélice de barco de por lo menos dos metros de envergadura. Arrastraron el mastodonte y lo deslizaron sobre un charabán. Tres culis se arquearon entonces en un esfuerzo desesperado para mover el artefacto. Al final las ruedas giraron. El amo del taller pareció aliviado por no tener que contratar a un cuarto culi para entregar la mercancía. Pero yo me estremecí al pensar en qué ocurriría con los tres desgraciados cuando llegaran al pie de la rampa del puente de Howrak.

¿Cuánto tiempo me haría falta para descubrir los lugares donde galeotes de todas las edades pasaban la vida fabricando resortes, piezas de camiones, pernos, tanques de aviones, e incluso engranajes de turbinas de una décima de micra? Sentía vértigo: una mano de obra de una destreza, de una habilidad inimaginables acoplaba, imitaba, reparaba cualquier pieza, cualquier máquina.

—Aquí nada va nunca al desguace —explicó Gaston—. Aquí todo renace siempre como por milagro.

Al cabo de dos horas de exploración, estábamos como borrachos. El barrio de chabolas era un laboratorio de supervivencia. Volvimos en los días siguientes para hacer nuevos descubrimientos y volver a encontramos con los seres que lo poblaban. Como Bandona, la radiante enfermera de Assam, de veintidós años y ojos rasgados, venida de las altiplanicies del Himalaya para aliviar las miserias y a quien los habitantes del suburbio habían apodado «Ángel de Misericordia». O aquel inocente que se paseaba desnudo administrando su bendición a los transeúntes. O Margareta, cubierta con su sari blanco de viuda, que recogía en su cuchitril a los huérfanos de sus vecinos diezmados por la enfermedad. O Ashish y Shanta Gosh, una joven pareja que pasaba su tiempo libre limpiando las llagas de los leprosos. O la adorable Padmini, que a sus ocho años se levantaba cada día al alba para contribuir a la supervivencia de

su familia.

Una mañana quisimos saber a dónde iba tan temprano y la seguimos. Escalaba el terraplén de las cercanas vías férreas para rebuscar entre los rieles los residuos de carbón caídos de las locomotoras durante la noche. Su madre vendía aquel miserable tesoro para comprar el escaso arroz que impedía a sus hijos morirse de hambre. Como todas las indias de su edad, Padmini se consagraba después a las faenas domésticas: iba a buscar el agua a la fuente, fregaba los utensilios de cocina, limpiaba la única habitación familiar, lavaba y despiojaba a sus hermanos y hermanas menores, zurcía sus harapos. Entre todas estas tareas, la más emocionante era la sesión diaria de masaje que administraba al más joven de la familia, el pequeño Santosh. Padmini se sentaba en el borde de la calleja y colocaba al niño acostado sobre sus muslos. Humedecía sus palmas con unas gotas de aceite de mostaza y empezaba a hacerle el masaje. Hábiles, flexibles, atentas, sus manos subían y bajaban a lo largo del flaco cuerpecito. Trabajando por tumo como olas, partían de los costados del bebé, atravesaban su pecho y subían hacia el hombro opuesto. Entre las miradas de la niña y del bebé pasaba como una llama: se habría dicho que se hablaban con los ojos. Padmini hacía girar luego a su hermanito hacia un lado, le extendía los brazos y los masajeaba delicadamente. Después le cogía las manos, que amasaba con los pulgares. El vientre, las piernas, los talones, la planta de los pies, la cabeza, la nuca, la cara, las ventanas de la nariz, la espalda, las nalgas eran sucesivamente acariciadas, vivificadas por los dedos flexibles y danzantes. Era un himno a la vida, un espectáculo de ternura y de amor cuya apoteosis era la sonrisa de beatitud de aquella niña india que sabía ser mamá mucho antes de tener la edad de ser madre.

Otro protegido de Gaston nos llevó al terreno de sus hazañas cotidianas: el vertedero de Calcuta. Nissar tenía nueve años y nunca había asistido a la escuela. Para ganarse la vida, trabajaba de trapero. Con decenas de otros niños y niñas, bajo un sol de fuego y en medio de un hedor insoportable, hurgaba con las manos desnudas en los montones de basura llevados por los camiones amarillos de la municipalidad, con la esperanza de encontrar residuos susceptibles de ser vendidos. Nissar y sus camaradas no vacilaban en trepar por los desperdicios para deslizarse detrás de las palas de los bulldozers a fin de ser los primeros en explorar el maná derramado. Cada uno tenía su especialidad. Nissar recogía los trozos de plástico, otros se ocupaban del vidrio, de la madera, del papel, del metal, de los trapos, de los tubos vacíos de dentífrico, de las pilas usadas, de la goma… Al final de la jornada, todos llevaban sus cestos a los revendedores que compraban su lastimosa cosecha por unas pocas rupias.

Entre todos los que saludaban a Gaston por el dédalo de callejas, el más ferviente era un gnomo con perilla. Apodado «Gunga» (el Mudo), rebosaba de vitalidad y alegría de vivir. Había llegado al barrio de chabolas después de una terrible

inundación en que había estado a punto de ahogarse. Cada tarde, una familia le ofrecía un cuenco de arroz y un rincón de techo para que pudiera dormir a cubierto. Gunga también se convirtió en nuestro amigo. Sus gritos de alegría en cuanto nos divisaba nos vinculaban cada día más a la humanidad desgarradora del suburbio.

En aquel mundo en apariencia tan sórdido acabaría encontrando más valor, más generosidad, más alegría, y finalmente quizá más felicidad que en nuestro rico Occidente. Gaston nos contó que poco después de su llegada se presentaron unos vecinos a verle en su habitación:

—Gran hermano —declaró uno de ellos—, querríamos reflexionar contigo sobre la posibilidad de hacer algo útil para los habitantes de nuestro barrio.

¿Algo útil? En un lugar donde hacían estragos la tuberculosis, la lepra, la disentería, donde todas las enfermedades carenciales reducían la esperanza de vida a uno de los niveles más bajos del mundo, todo estaba por hacer. Hacía falta un dispensario y una leprosería. Había que distribuir leche entre los niños raquíticos, instalar fuentes de agua potable, multiplicar las letrinas, expulsar a las vacas y las búfalas propagadoras de la tuberculosis…

—Os sugiero que hagáis un sondeo a vuestro alrededor, a fin de saber qué desea la gente por orden de prioridad —respondió Gaston.

Los resultados se dieron a conocer tres días después. Lo primero que querían los hombres y las mujeres del barrio de chabolas no era una mejora de sus condiciones de vida. El alimento del que tenían más hambre era ante todo de orden espiritual. Lo que deseaban ante todo era una escuela nocturna para que los niños que trabajaban de día en los talleres y los tenderetes de té aprendieran a leer y escribir.

Gaston invitó a las familias implicadas a buscar un local que pudiera servir de aula y propuso dedicar el pequeño óbolo que le habían dejado unos amigos de paso a la remuneración de dos profesores. Era sin duda la única escuela de esta índole que existía en el mundo. Demasiado exigua para acoger a más de una veintena de alumnos a la vez, permanecía abierta desde la noche hasta el alba.

Después de *¿Arde París?*, *…O llevarás luto por mí*, *Oh Jerusalén*, *Esta noche, la libertad*, relatos históricos que reconstituían el combate de millones de hombres por su libertad, sentí que debía relatar la batalla cotidiana de los setenta mil desconocidos del suburbio de chabolas. La saga de aquellos seres sin voz que habían tenido la mala suerte de nacer en esa desgraciada región del planeta, pero cuyo ánimo, amor, fe y dignidad eran ejemplos para todos los hombres de nuestro tiempo. Y en primer lugar para nosotros, los ricachones, que ya no sabíamos ver el valor de las cosas y que demasiadas veces olvidábamos apreciar nuestra felicidad.

Yo sabía que Larry Collins se había aficionado al género novelesco con *El quinto jinete* y que tenía en la cabeza la idea de un libro sobre un episodio de la segunda guerra mundial[28]. Siempre podríamos encontrarnos de nuevo a fin de investigar

juntos algún otro gran tema histórico. Mi mujer Dominique apoyó con entusiasmo este nuevo libro, tanto más cuanto que yo había decidido ofrecer la mitad de mis futuros derechos de autor al hogar Resurrección de James Stevens, y a acciones destinadas a mejorar las condiciones de vida de los habitantes de los suburbios de chabolas.

De regreso a París, me puse en contacto con los diferentes editores franceses y extranjeros de las obras que había escrito con Larry. Todos habrían preferido verme emprender de nuevo los caminos de una gran investigación histórica con mi socio americano. Todos salvo Robert Laffont, desde siempre cómplice tan fiel como incondicional, y mi agente literario norteamericano Morton Janklow. Éste, después de haber visto la sinopsis que yo le había enviado, me dijo convencido que ese testimonio podía ser «uno de los mayores éxitos de este fin de siglo». Esto nos animó, a Dominique y a mí, a volver hacer el equipaje y volar hacia Calcuta.

Tres estrellas en la *Guía Michelin*

A fin de sumergirme de una sola vez en la realidad, decidí pasar la primera noche de investigación con Gaston en pleno centro del barrio de chabolas. Me citó ante el cine de la Great Trunk Road. El edificio estaba asediado por una ruidosa multitud. Por media rupia, apenas cuarenta céntimos, la gente iba al cine a olvidar el hambre que le retorcía el vientre.

—Los inspectores de la *Guía Michelin* aún no nos han honrado con su visita, y se equivocan de medio a medio —me dijo con malicia Gaston, que quería presentarme su barrio bajo el aspecto más favorable. Se echó a reír—. ¡De modo que esta noche cenamos en el Maxim´s de la esquina!

—¡Para ser un fraile que se ha hecho apóstol de los pobres estás muy al corriente de todo! —me asombré—. ¡Conoces Maxim’s!

La decoración daba a nuestro diálogo un aire completamente surrealista. Estábamos sentados a la mesa uno frente a otro, bajo una bombilla ennegrecida por los excrementos de las moscas, en un local lleno de humo, amueblado con una docena de mesas todas ocupadas por obreros y culis. Un ventilador fatigado agitaba un aire tórrido que apestaba a fritura. Dominándolo todo desde el fondo de la sala sobre un taburete de madera, el barrigudo patrón con camiseta ceñida removía el contenido de una enorme olla donde se cocía a fuego lento el plato del día, un estofado de corteza de búfalo.

—Por una rupia tienes ahí dentro todas las proteínas del mundo —comentó el suizo quemándose los dedos para confeccionar una bola lo más consistente posible.

Era difícil saber con precisión qué comíamos, pero Gaston no escatimaba los elogios sobre las virtudes de aquella gelatina especiada que inflamaba el paladar. Yo me había preguntado a menudo qué impulsaba a los indios a abusar hasta este punto de los condimentos. Una noche lo comprendí en un figón de Madrás: el olor procedente de la cocina no dejaba lugar a dudas; la carne estaba estropeada, pero la habían sazonado con tantos pimientos, pimienta y curry que nadie se daba cuenta de lo que consumía. Desde siempre, las especias habían paliado en la India la ausencia de frigoríficos.

Después de semejante ágape, el recorrido a través del barrio hasta el cuarto de Gaston fue un paseo inolvidable. A cada paso, la gente saludaba alegremente al gran hermano de Occidente que compartía su condición. Algunos se contentaban con tocar sus ropas con respeto. Con los pies desnudos dentro de sandalias de tres rupias, y el talle ceñido por un taparrabos de algodón, él era quien sabía cuidarles, calmarles, aliviarles y curarles.

A cada instante, una puerta abierta en una pared de adobe me desvelaba en una semioscuridad el espectáculo de una treintena de niños en cuclillas alrededor de una lámpara de petróleo, declamando las letras del alfabeto y aprendiendo a contar bajo la dirección de un mullah con perilla o de un maestro hindú con casquete blanco. Desde la primera escuela creada por el enfermero suizo, se habían multiplicado las pequeñas aulas donde los niños se relevaban cada dos horas.

La habitación de Gaston tenía un aire de fiesta. En honor de mi llegada, Nirmala, la hija mayor del hindú Krishna, su vecino tuberculoso, había dibujado con yeso en la tierra batida una gran flor de loto y decorado con una guirnalda de pétalos de jazmín la imagen de la Virgen y el Niño colocada sobre el pequeño oratorio. También había encendido la vela al lado del libro abierto de los Evangelios. Aquella atención era algo habitual. En ninguna parte como en el suburbio había observado tanto respeto por las manifestaciones de Dios en la vida cotidiana. Todo en él respiraba una sorprendente espiritualidad.

Había observado que a cada llamada del muecín desde el minarete de la mezquita en el centro del barrio, las mujeres recitaban, desde el umbral de sus hogares, suras del Corán. A todas las horas del día se oía salmodiar en las callejuelas y los patios los *Om… Om… Om…* hindúes, invocaciones místicas que permiten entrar en contacto con Dios y aportan paz interior. El propio Gaston desgranaba regularmente aquellos *Om*, acompañándolos de vez en cuando con el nombre de Jesús.

—Para mí es una manera de unirme a la oración de los pobres que se acercan a Dios y le viven de forma permanente —me explicó.

Gaston dormía en el mismo suelo de tierra batida. Conservaba sus pocas posesiones —un poco de ropa interior, la brocha de afeitar y la navaja, y la Biblia de Jerusalén— en un baúl de hojalata donde las cucarachas habían logrado penetrar. En

verano, las cataratas del monzón que hacían desbordar las letrinas y las cloacas, y que transformaban el barrio en un lago de excrementos, le obligaban a refugiarse sobre un andamiaje de tablas colocadas sobre ladrillos. La ausencia de ventana le forzaba a dejar la puerta siempre abierta. Durante nueve meses del año, la temperatura del cuarto rebasaba los cuarenta grados centígrados con un nivel de humedad que alcanzaba casi el ciento por ciento.

Tuve suerte: estábamos en invierno. Un invierno que Gaston y los habitantes juzgaban glacial: por la noche, el termómetro descendía a diez grados. Temperatura catastrófica para aquella población descalza, sin prendas de abrigo, que se acostaba en el suelo sobre una estera en casas húmedas. En las esquinas de las callejas los habitantes quemaban los detritos para tratar de calentarse. Pero lo peor era la contaminación que la capa de aire frío hacía caer sobre el *slum*[29]. El espeso humo que desprendían las boñigas de vaca que servían para cocer los alimentos envolvía el barrio con un velo acre que quemaba los ojos y las gargantas. Entonces un ruido dominaba sobre todos los demás: el de los accesos de la tos que destrozaba los pulmones. Era impresionante.

El estruendo habitual volvía a reinar con la extinción de los hornos de boñigas de vaca. Constituía una ensordecedora cacofonía en la que se mezclaban las voces de las mujeres, siempre estridentes, los gritos de los niños, las disputas, los altercados entre los clientes de la venta clandestina de alcohol instalada por el «padrino» local en el fondo del patio, la sobrepuja de los altavoces, las sirenas de los trenes que pasaban a lo largo del suburbio, el estrépito de las máquinas de los talleres vecinos, las fanfarrias de una procesión, los ladridos de los perros, las llamadas de los vendedores ambulantes, de los exhibidores de osos y monos, de los encantadores de serpientes…

Gaston se había sentado en la posición del loto, con las piernas dobladas bajo los muslos, esa postura tan incómoda para los occidentales que no han practicado el yoga. Yo había puesto en marcha mi magnetófono para captar el concierto de ruidos que nos asaltaba. También nos llegaron gruesas voces masculinas de detrás de la habitación de enfrente. Intrigado, decidí averiguar. Sentadas en círculo, cuatro personas vestidas con saris multicolores jugaban a cartas a la luz de un quinqué. Llevaban las mejillas maquilladas con un polvo escarlata y al menor gesto sus muñecas hacían tintinear innumerables brazaletes.

—No sospechabas que ibas a pasar la noche en compañía de eunucos, ¿verdad? —comentó Gaston en tono malicioso.

—¿Eunucos aquí?

—¡Exactamente! ¡Ni siquiera en tu paraíso exótico de Saint-Tropez tendrías esta suerte!

—¿Por qué «esta suerte»?

—Porque los eunucos desempeñan un papel muy importante en la vida del

suburbio. Los hindúes les atribuyen poderes purificadores, entre otros el de borrar en los recién nacidos las faltas acumuladas en sus encamaciones precedentes. Las familias no dejan nunca de solicitar sus servicios cuando hay un nacimiento. Y cada vez se hacen pagar una pequeña fortuna.

Mi presencia había atraído la curiosidad de aquellos insólitos vecinos. Uno de ellos se levantó para darle a Gaston bastoncillos de incienso encendidos que éste colocó ante la imagen de la Virgen. Un olor suave y algo repugnante se extendió por la habitación. Con este gesto los eunucos rendían homenaje al hombre santo que vivía en el patio.

Con la cabeza y los hombros envueltos en un chal de lana marrón, los ojos cerrados y la cara dirigida hacia la imagen de Cristo en la pared, voluntariamente sordo a los ruidos exteriores, Gaston me ofreció compartir su acción de gracias «por la alegría que suponía encontramos juntos».

«Jesús, gracias por acoger a Dominique en este lugar de miseria donde sufren tantos de tus hijos —empezó en voz baja—. Gracias por haberle infundido el deseo de dar testimonio de lo que habrá visto y oído en medio de todos los inocentes martirizados de este barrio de chabolas que todos los días conmemoran aquí tu sacrificio en la cruz». En ese momento de la invocación, una rata de cola desmesurada hizo su aparición en el rincón del pequeño oratorio, justo delante de los bastoncillos de incienso dados por el eunuco. Su tranquilidad me asombró. Se habría dicho que había venido a participar en nuestra oración. Gaston, que ni siquiera había notado su presencia, continuó:

«Jesús, desde este suburbio, tú, la voz de los hombres sin voz, tú que sufres a través de ellos, permítenos que, esta noche, Dominique y yo, y todos cuantos nos rodean te digamos que te amamos».

Era medianoche. Las conversaciones y las disputas se habían calmado, así como la mayor parte de los llantos infantiles, los accesos de tos, los ladridos de los perros, los silbidos de las locomotoras. Un silencio frágil envolvió de repente todo el *slum* adormecido. Doblé mi camisa y mis vaqueros a guisa de almohada y me acosté sobre la estera que mi anfitrión había pedido prestada para protegerme de la humedad del suelo. A lo largo, su cuarto medía apenas un poco más que yo. Después de una última mirada a la imagen del Santo Sudario, Gaston sopló la vela y me lanzó un *good night, brother*! en el tono de un soldado veterano que se dirige a un recluta que pasa su primera noche en una trinchera de la línea de fuego.

El apelativo de *brother* me emocionó por partida doble. Primero porque procedía de alguien que había hecho de la fraternidad el ideal de su vida. Después, por la solidaridad que expresaba en la aventura de la noche que se iniciaba. Porque aquella noche constituiría para mí una auténtica aventura. Había dormido en incontables lugares insólitos o incluso peligrosos —bajo las estrellas en una selva africana

poblada por leones y elefantes, en un arrozal de Corea frente a las ametralladoras chinas, en océanos arbolados—, pero nunca en el gulag de sufrimiento de un barrio de chabolas del Tercer Mundo. ¿Tenía derecho a compartir el sueño de aquellos lapidados condenados a vivir en él hasta su último día, yo, que pasaría la noche siguiente en la confortable habitación de un hotel del barrio residencial? De pronto, aquella experiencia adquirió para mí un matiz un poco indecente.

Un incidente vino a poner fin a mis debates interiores. Mi compañero dormía ya cuando una zarabanda endiablada estalló sobre nuestras cabezas. Encendí una cerilla y descubrí un tropel de ratas que se perseguían por los bambúes de la estructura y bajaban por las paredes emitiendo gritos agudos. Me levanté de un salto y, pese a mi deseo de respetar el sueño de Gaston, empecé a perseguir a los intrusos a golpes de zapato. A medida que unos se escapaban, llegaban otros por los agujeros del techo. ¿Qué hacer ante semejante invasión? Acabé por renunciar. Por repugnante que fuera, en aquel lugar esa cohabitación formaba parte del orden de las cosas. Yo era sólo un visitante de paso: no tenía derecho a rebelarme. Me acosté de nuevo. Gaston seguía durmiendo como un bendito.

Casi enseguida noté algo que temblaba entre mis cabellos. Encendí otra cerilla, agité la cabeza y vi caer un enorme ciempiés muy peludo. Aunque era un ferviente admirador del Mahatma Gandhi y de sus principios de la no violencia, lo espachurré sin piedad. Hasta la mañana siguiente no conocí la identidad del animalito: una escolopendra, animal de veintiún pares de patas cuya picadura puede ser tan venenosa como la de un escorpión. Volví a acostarme por segunda vez. Con la esperanza de encontrar un poco de serenidad, desgrané un rosario de *om*. Pero noté un extraño vaivén en mis piernas. Volví a encender la vela por tercera vez y entonces vi las cucarachas. Las había por doquier, en las paredes, en las vigas, en torno a la imagen de la Virgen, sobre las páginas del Evangelio, en la ropa que me servía de almohada. ¿Qué hacer? Me dispuse a matarlas a golpes de suela. Pero ¿para qué? Volvían más, una y otra vez. Me acosté de nuevo. Al resplandor vacilante, casi fantasmagórico, de la llama apercibí, sobre una viga de bambú del armazón, un espectáculo digno del hipódromo de Longchamp. Un lagarto perseguía a una enorme cucaracha que huía a toda velocidad. Animé mentalmente al lagarto con toda mi alma. Cuando estaba a punto de ser atrapado, el insecto cometió una imprudencia fatal: se refugió bajo el vientre de una gorda tarántula cuyo cuerpo velludo constituía un soberbio escudo. Muy feliz con el regalo de esta presa inesperada, la araña agarró al intruso entre sus patas y le hundió en el cuerpo las dos ganzúas de que estaba dotado su abdomen. Entonces lo sorbió como un huevo. Unos minutos más tarde, el caparazón de la cucaracha me cayó encima. Al despertarme, descubrí por el suelo otros caparazones igualmente vacíos.

El martirio de los inocentes

Después de aquellos variados intermedios, acabé por adormecerme. Pero fue una tregua corta. Hacia la una de la madrugada me desperté con un sobresalto al oír los gemidos procedentes de una de las habitaciones del patio. Pronto su ritmo se aceleró hasta convertirse en un torrente de estertores. Gaston también se despertó.

—Es Sabia —suspiró—, el hijo de la musulmana de enfrente. El pobre muchacho se muere de una tuberculosis ósea entre atroces dolores. Lo he intentado todo para salvarlo… todo.

La explicación me hizo daño. Animó la rebeldía que inspiraban aquellos quejidos. Me había dejado deslumbrar por las engañosas sonrisas para convencerme de que aquellas gentes conseguían superar su desgracia con alegría. Los estertores de Sabia me abrieron los ojos: el barrio de chabolas era sin duda una concentración de malditos. ¿Cómo admitir la aparente resignación que pregonaba Gaston? Le interpelé vivamente.

—¿Cómo tu, un creyente, aceptas que Dios permita la agonía de este inocente en un lugar ya abrumado por tantos sufrimientos?

Gaston permaneció largo rato a la escucha de los gemidos.

—Por desgracia, no puedo darte una respuesta satisfactoria —acabó por decir—. Yo también he sido cobarde ante el sufrimiento de este niño. Al principio me tapaba las orejas para no oír sus estertores. Como Job, estaba a punto de estallar en cólera. Ni siquiera en las Escrituras he encontrado explicación para la idea de que Dios pueda dejar que suceda esto. Cómo decir a este niño que se retuerce de dolor: «¡Sé feliz, pobre, porque el reino de Dios es tuyo! ¡Sé feliz, tú que lloras hoy, porque mañana reirás! ¡Sé feliz, tú que tienes hambre, porque serás saciado!» Es imposible.

—¿Es todo lo que Jesús ha dicho a los hombres que sufren? —pregunté.

—En realidad, Jesús dijo pocas cosas a los hombres que sufren —reconoció Gaston.

Admitió asimismo que había necesitado varias noches para aceptar oír los gritos de Sabia. Y otras tantas para oírlos no sólo con las orejas sino con el corazón. Se había sentido dividido entre su fe de cristiano consagrado y su rebelión de hombre. «¿Tengo derecho a ser feliz, a cantar las alabanzas de Dios, cuando a mi lado sigue un suplicio intolerable como ése?», se había preguntado. A falta de alguien a quien poder confiar su dilema, recurrió a la plegaria. Cada noche, cuando el niño de su vecina volvía a gemir, hacía el vacío a su alrededor y empezaba a rezar. Un día, incapaz de aguantarlo más, fue a comprar una dosis de morfina al hospital de Howrah.

—Ya que su mal era incurable y que mis oraciones habían fracasado, Sabia debía

al menos acabar su vida sin sufrir.

La enfermedad del pequeño vecino conoció algunas semanas de alivio. Su madre, que ganaba algunas rupias confeccionando sacos de papel con periódicos viejos, repetía que Dios había salvado a su hijo.

—Yo no me atrevía a creer en un milagro —me confesó Gaston—. Y por desgracia estaba en lo cierto. La agonía ha vuelto hace tres noches.

Los gemidos cesaron: Sabia debía de haberse dormido. El frágil silencio del patio sólo duró unos instantes. De repente, una música atronadora brotó de un transistor en un cuarto cercano. Miré mi reloj de pulsera: eran las cuatro de la madrugada. El estrépito cubrió el ruido de los accesos de tos que volvían a empezar. Al otro lado del patio, un gallo se puso a cantar, y luego se oyeron rumores de cubos y los chillidos de los niños. El patio se despertaba.

Todos se ponían en marcha para ir a «hacer sus necesidades». Desde la víspera la letrina más cercana estaba desbordada. La gente chapoteaba sobre la mierda. Los poceros municipales estaban en huelga. Quienes no querían alejarse demasiado tenían que aliviarse en la alcantarilla al descubierto que fluía a lo largo de las habitaciones.

En cuanto a Gaston, frecuentaba una letrina instalada recientemente a tres callejas del patio. El edículo estaba rematado por una garita, lo cual aseguraba una relativa intimidad. A las cuatro y media de la mañana su acceso ya estaba bloqueado por varias decenas de personas. Todo el mundo saludó alegremente al gran hermano con su crucifijo colgado del cuello, pero la llegada de otro *sahib* en vaqueros y zapatillas deportivas suscitó una viva curiosidad, tanto mayor cuanto que, en mi ignorancia de las costumbres del país, había cometido un error contra el que mi compañero había omitido ponerme en guardia: me había traído algunas hojas de papel higiénico.

—Para estos indios, eres un bárbaro —me explicó Gaston, encantado de enseñarme—. ¿Cómo no ha de asombrar que quieras recoger con papel una suciedad expulsada por tu cuerpo para dejarla después a los demás?

Mostrándome la lata de conservas llena de agua que llevaba en la mano, un muchacho me hizo comprender que debía realizar una ablución íntima antes de limpiar el recipiente. Constaté, en efecto, que todos llevaban un recipiente con agua. Algunos poseían incluso varios, que empujaban con el pie a medida que la fila avanzaba.

—Hacen cola para otros —me indicó Gaston—. Es uno de los mil pequeños trabajos del *slum*.

Un hombre con la cabeza envuelta en un chal recorrió la fila como una flecha, con su lata en la mano. Parecía estar en un gran apuro. Todos se apartaron para dejarle pasar. Las crisis de disentería eran frecuentes, y sus manifestaciones urgentes y sin espera. Yo mismo fui objeto de un favor inesperado cuando un muchacho se plantó delante de mí y me hizo signo de ir directamente hasta la garita sin esperar a

que me tocase el turno. Me asombró aquel gesto. Gaston interrogó al chico, que enseguida indicó mi muñeca con el dedo:

—*Dadah* —respondió—, llevas reloj, ¡señal de que tienes prisa!

Tuve que salvar una marea de excrementos antes de llegar a la letrina. La peste era sobrecogedora. El hecho de que la gente conservara el buen humor en medio de tanta abyección me pareció sublime. Bromeaban, reían. Sobre todo los niños, que aportaban su frescura y la alegría de sus juegos a esta cloaca. Después de las peripecias de la noche, ese desatino acabó de dejarme KO.

Sin embargo, la primera experiencia de solidaridad sobre el terreno no se había terminado. A mi regreso, el patio se hallaba ya en plena actividad. Las madres llamaban a gritos a sus pequeños. Algunas niñas volvían de la fuente cargadas con cubos tan pesados que su columna vertebral se torcía por completo, otras limpiaban los utensilios de la cena de la víspera con ceniza, o encendían braseros cuyas volutas de humo cercaban enseguida el patio con una nube asfixiante.

Ante la habitación de Sabia, dos muchachos desembozaban con un trozo de bambú el desagüe obstruido, raspaban los arroyos, empujaban las deyecciones hacia la alcantarilla exterior. Una niña muy pequeña y desgreñada corría descalza por entre los montones de basura escarbada ruidosamente por una horda de perros sarnosos. Dondequiera que se mirase, había una explosión de vida. Era la hora del aseo. La gente, que había pasado la noche en grupos de diez o doce en un cuchitril infestado de ratas y parásitos, renacía a la luz como a la primera mañana del mundo.

Las mujeres conseguían lavarse por entero sin desvelar ni una parcela de su desnudez. Desde sus largos cabellos hasta las plantas de los pies, no olvidaban nada, ni siquiera el sari. Se dedicaban con el mayor esmero a untar de aceite, peinar y trenzar su cabellera antes de clavar en ella una flor fresca, encontrada Dios sabe dónde. Los muchachos se frotaban los dientes con bastoncillos de *margosa*[30] rebozados de cenizas, los ancianos se pulían la lengua con un hilo de yute, las madres despiojaban a sus niños antes de enjabonar vigorosamente sus pequeños cuerpos desnudos, incluso en el frío penetrante de aquella mañana de invierno.

Decidido a dejarme descubrir sin ayuda las sutilezas de las costumbres, Gaston no me había dicho nada de los ritos de un aseo hindú. Como lo había visto hacer a los hombres, me desnudé, conservando sólo los calzoncillos. Cogí mi recipiente lleno de agua y un poco de jabón de fabricación local prestado por Gaston, es decir, una bolita de arcilla y cenizas mezcladas, y fui a la callejuela a agacharme sobre los talones en la posición típicamente india tan difícil de mantener para mí. Me quité los zapatos, manchados de mierda, derramé un poco de agua sobre mis pies y ya empezaba a frotarme con fuerza los dedos gordos cuando el viejo hindú que regentaba la *teashop* de enfrente me interpeló, horrorizado.

—*Brother*, ¡no es así como debes lavarte! Debes comenzar por la cabeza. Los

pies quedan para el final, cuando ya has lavado todo el resto.

Estaba a punto de balbucir alguna excusa cuando apareció una niña. Reconocí a mi amiga, la exquisita Padmini, la que se levantaba a las cuatro para ir a buscar trozos de carbón a lo largo de las vías. El espectáculo de aquel sahib medio desnudo que se rociaba con agua la divirtió de tal modo que se echó a reír.

—¿Por qué te frotas tan fuerte, *dadah*? ¡Si ya eres muy blanco!

Seres modelos de humanidad

Gaston accede a llevarme en su ronda matutina. Primero acude a ver al joven Sabia cuyos gemidos han atormentado mi noche. Su madre nos acoge con una bella sonrisa. Manda a su hija mayor a buscar dos tazas de té a casa del viejo hindú de la callejuela y nos invita a entrar bajo su techo. Titubeo durante unos segundos en el umbral antes de sumergirme en la penumbra.

El pequeño musulmán yace sobre un colchón de trapos, con los brazos en cruz, la piel surcada de úlceras hormigueantes de moscas y las rodillas medio dobladas contra su torso descarnado. Gaston se acerca con una jeringa de morfina en la mano. El niño abre los ojos. Una chispa de alegría ilumina su mirada. Estoy trastornado. ¿Cómo puede sonreír de ese modo este ser martirizado?

—*Salam,* Sabia —murmura.

—*Alaikum Salam, dadah*! —contesta el niño con voz débil—. ¿Qué tienes en la mano, un pirulí?[31]

Entramos en otro patio. Una madre presenta al gran hermano un bebé raquítico de vientre hinchado como un balón. Tiene dos años pero sólo aparenta seis meses, es un pobre ser descarnado. «Cuarto grado de desnutrición», constata Gaston. Sufre tales carencias desde su nacimiento que las fontanelas aún no se le han cerrado. Tiene el cráneo deformado por falta de calcio y su facies dolicocéfala es impresionante. A este nivel de desnutrición, es posible que se hayan destruido una gran parte de sus neuronas.

—Aun en el caso de que llegáramos a salvarle ——masculla el enfermero suizo, mientras saca de su bolsa un sobre de harina vitaminada—, siempre será un deficiente cerebral.

Al enterarse de la presencia del gran hermano, acude una niña que lleva a su hermanita a caballo sobre su cadera. La pequeña ha sido víctima de una meningitis que Gaston ha logrado curar, pero ha quedado mentalmente retardada. El padre, un culi del Burra Bazzar, el Gran Mercado, la madre, todos los hermanos y hermanas rodean a la pequeña disminuida con tanto amor que Gaston nunca ha podido llevarla

a un hogar para niños discapacitados. Es soberbia. Gesticula, sonríe, balbucea. También ella es la vida con una V mayúscula.

Etapa siguiente: un pasillo oscuro entre dos cuchitriles, cerca de la mezquita. Acostada sobre un *charpoy*, una mujer muy joven escupe en una vasija enrojecida por manchas oscuras. Sus ojos arden de fiebre. Apenas respira. Tuberculosis terminal. Cada mañana, Gaston viene a ponerle una inyección. Le habla. La enferma contesta, pero una tos cavernosa interrumpe el diálogo. Dos niños medio desnudos juegan con canicas al borde de su cama de cuerda. Dos callejas más allá, Ashu, un chico de once años, espera la visita del gran hermano acurrucado sobre un saco de yute. Su familia es demasiado pobre para pagar un alquiler por poco que sea, de modo que ha ocupado una galería con el tejado hundido. Gaston ha salvado a Ashu de una meningitis tuberculosa. Estaba completamente paralizado. En tres años de tratamiento y rehabilitación, el gran hermano le ha enseñado a mover de nuevo los brazos. Cada semana paga el transporte en riksha hasta un centro especializado. Sueña con hacerle implantar un injerto en la cadera.

Como cada mañana, el peregrinaje del apóstol suizo se termina en casa de una cristiana leprosa y ciega. La pobre mujer está tan delgada que los huesos se le marcan bajo la piel completamente apergaminada. Detrás de ella, colgado de un clavo en la pared de adobe, pende un crucifijo, y encima de la puerta un nicho alberga una estatuilla de la Virgen completamente ennegrecida por el humo. ¿Qué edad puede tener esa mujer? Cuarenta años como máximo. Un sexto sentido la ha avisado de la llegada de Gaston. En cuanto le oye acercarse, se endereza con un esfuerzo. En un conmovedor gesto de coquetería, se alisa los cabellos con lo que le queda de manos. Después arregla el lugar a su lado, dando golpecitos al guiñapo de un almohadón, para acoger al gran hermano. Viuda de un empleado de la municipalidad de Calcuta, habla un poco de inglés. Sus cuatro nietos duermen sobre una estera gastada al pie de su *charpoy*.

—*Good morning, Brother*! —exclama, radiante.

—*Good morning, Grandma*! —responde Gaston, descalzándose—. Hoy he venido a verla con mi amigo Dominique, un escritor francés.

—*Good morning, brother Dominique*! —exclama enseguida la ciega.

La saludo a mi vez. Tiende hacia Gaston sus brazos huesudos, aproxima los muñones a su cara, los pasea por su cuello, sus mejillas, su frente. Se diría que intenta palpar la vida de su rostro. Hay más amor en el roce de esta carne herida que en todos los abrazos del mundo.

—*Brother*, me gustaría mucho que el buen Dios viniese a buscarme —dice entonces—. ¿A qué esperas para pedírselo?

—Si el buen Dios te retiene con nosotros, *Grandma*, es porque todavía te necesita aquí.

La leprosa junta sus muñones en un gesto de oración que no tiene nada de suplicante. Gaston le cuenta nuestra visita al joven Sabia.

—Dile que rezaré por él.

—Te he traído el cuerpo de Cristo —anuncia entonces el enfermero, sacándose del bolsillo una custodia que contiene una hostia consagrada.

Ella entreabre los labios y Gaston deposita la hostia sobre la punta de su lengua después de haber pronunciado las palabras de la Eucaristía.

—¡Amén! —murmura la anciana.

Veo fluir lágrimas de sus ojos vacíos. Una alegría intensa ilumina su rostro.

—*Thank you, dadah*! *Thank you, dadah*! —repite.

Los cuatro pequeños cuerpos dormidos no se han despertado. Cuando Gaston se levanta para irse, la leprosa eleva su rosario hacia él en un gesto de saludo y ofrenda.

—No olvides decir a todos los que sufren que ruego por ellos.

Aquella noche, Gaston Grandjean escribirá en su cuaderno:

«Esta mujer sabe que el sufrimiento no es inútil. Afirmo que Dios quiere utilizar su sufrimiento para ayudar a otros a soportar el suyo. —Unas líneas después, concluirá—: Por eso mi plegaria ante esta desdichada ya no puede ser dolorosa. Su sufrimiento es el mismo que el de Cristo en la Cruz: positivo, redentor. Ella es la esperanza. Cada vez salgo reanimado del cuartucho de mi hermana, la leprosa ciega. Este barrio de chabolas debería llamarse la “Ciudad de la Alegría”.»

* * *

¡La Ciudad de la Alegría! Antes incluso de haber escrito la primera palabra, supe que éste sería el título de mi relato. Pese a la maldición que parecía pesar sobre él, aquel barrio de chabolas era una catedral de alegría, de vitalidad, de esperanza. Para convencerse de ello, el patio de Gaston constituía un observatorio incomparable. Era sobre todo el reino de los niños. Su despreocupación, su alegría de vivir, sus sonrisas mágicas, sus caras oscuras de mirada maliciosa, prestaban el colorido de la belleza al tono gris del decorado. Gaston no dejaba de recordarlo: si los adultos abrigaban en ese lugar alguna esperanza, era gracias a los niños. «Sin ellos —decía—, el *slum* sólo sería un abismo de desesperación». Yo descubría día tras día hasta qué punto estos niños contribuían a la supervivencia colectiva. Por mucho que el artículo 24 de la Constitución india estipulara que «ningún niño puede ser puesto a trabajar en una fábrica o una mina ni ocupar cualquier otro empleo peligroso», los chiquillos de la Ciudad de la Alegría desempeñaban como los adultos las tareas más duras en una miríada de fábricas y talleres. Su docilidad, la habilidad de sus pequeñas manos y el salario escaso que les pagaban hacían que a menudo se les prefiriese a los adultos. Las pocas rupias que entregaban a sus padres representaban la diferencia entre el hambre absoluta y una frágil supervivencia de sus familias.

¡Qué actividad, qué desfile desde el alba hasta la noche! En todo momento, una campanilla, un gong, un silbato, una voz anunciaba la entrada de algún vendedor o titiritero ambulante. En el curso de pocos segundos, el miserable patio rodeado de cuartuchos se convertía en un teatro, en una feria. Me costaba censar a todos los actores de aquella increíble metamorfosis. La lista era interminable. Exhibidores de osos, domadores de monos, de cabras, de mangostas, de ratas, de loros, de escorpiones; encantadores de cobras y de víboras, recitadores de gestas, marionetistas, bardos, narradores, faquires, mimos, prestidigitadores, acróbatas… todos, mayores y pequeños, se transfiguraban con sus espectáculos. Pero más asombrosas todavía eran las fiestas y celebraciones que animaban a cada instante la vida del barrio. Tuve ocasión de asistir al ritual del afeitado de los cabellos de un recién nacido, al del primer alimento sólido dado por su padre a un bebé de seis meses, y también a la celebración de las primeras reglas de una muchacha. En el fondo de su miseria, los náufragos de ese barrio de chabolas habían sabido conservar su cultura, sus tradiciones, su gusto por la fiesta. La fiesta que, durante un día o una semana, los arrancaba de la realidad; la fiesta por la cual se endeudaban o se privaban de alimento; la fiesta que comunicaba la religión mejor que cualquier catecismo, que enardecía los corazones y los sentidos con la magia de los cantos y ceremonias. Acabé por perderme en aquellos perpetuos fuegos artificiales.

Un buen día encontré los talleres del barrio convertidos en monumentos desbordantes de flores. Los obreros de la Ciudad de la Alegría celebraban la fiesta de Vishwakarma, el dios de los artesanos. Los esclavos de la víspera ostentaban camisas rutilantes y *longhi* nuevos; sus esposas habían sacado los saris de ceremonia tan difícilmente preservados de la voracidad de las cucarachas en el arca familiar. Los niños resplandecían con sus trajes de pequeños príncipes. La alegre zarabanda de los cobres y los tambores reemplazaba el estruendo de las máquinas en torno a las cuales oficiaba el sacerdote brahmán, agitando una campana con una mano y llevando en la otra el fuego purificador, a fin de que todos los instrumentos de trabajo fueran consagrados. Cada taller lucía una estatua del dios suntuosamente decorado. Aquel pueblo privado de todo se abandonaba a la magia de la fiesta. Los obreros y sus familias corrían de taller en taller, se maravillaban ante las estatuas. Por doquier, los altavoces desgranaban aires populares, y el ruido de los petardos acompañaba las libaciones.

Pero de todas las fiestas que transfiguraban el barrio pobre, ninguna me pareció estar más en comunión con aquel lugar de miseria que la celebración del nacimiento de Jesús. Si existía un lugar donde vibraba el mensaje de Dios hecho hombre para salvar a la humanidad, era sin duda ese barrio de chabolas. Belén y la Ciudad de la Alegría eran una misma cosa. Los cristianos eran poco numerosos, pero guirnaldas de luciérnagas y banderolas adornaban sus viviendas recién enjalbegadas. Unos

altavoces difundían cánticos. Para todos, el símbolo más hermoso de esa noche mágica era la gigantesca estrella luminosa que se balanceaba en la punta de un bambú encima del cuarto de Gaston. Vecinos hindúes y musulmanes habían tenido la idea de izar este emblema en el cielo, como para decir a todos los habitantes del suburbio pobre: «No tengáis más miedo. No estáis solos. Esta noche en que ha nacido el Dios de los cristianos hay un salvador entre nosotros».

El «salvador» en cuestión nos había invitado, a Dominique y a mí, a compartir aquella noche con sus hermanos en la miseria. Con la cabeza y los hombros envueltos en un chal a causa del intenso frío, animaba una velada de oración ante una cincuentena de fieles reunidos en un patio donde vivían varias familias cristianas. Hablaba en bengalí. Mi pequeño magnetófono grababa sus palabras. «Como los pobres son los únicos que conocen la riqueza de la pobreza, pueden alzarse contra la miseria, contra la injusticia, contra el sufrimiento —decía—. Hermanos, si Cristo eligió nacer entre los pobres, fue porque quiso que los pobres enseñaran al mundo la buena nueva de su amor por la humanidad».

Observé los rostros vueltos hacia aquel gran hermano venido del otro confín de la tierra. Le escuchaban como debieron de hacerlo las multitudes congregadas alrededor de Jesús, y las atraídas por los predicadores de la Edad Media.

«Hermanos y hermanas —continuó—, sois vosotros quienes lleváis hoy la llama de la esperanza. Yo, vuestro hermano, os juro que llegará el día en que el tigre se sentará a la vera del niño o la cobra dormirá al lado de la paloma, en que todos los habitantes de todos los países se sentirán hermanos y hermanas»[32].

* * *

Era evidente: aquellos desdichados no sólo conseguían la proeza de seguir siendo hombres, sino que lograban superarse, convertirse en lo que Gaston llamaba «hombres modelos de humanidad». Me ofrecieron un bello ejemplo de ello la víspera de mi regreso a Francia después de dos años de investigación. Estaba con Gaston en su cuarto, sentado con las piernas cruzadas ante la imagen del Santo Sudario para nuestra oración de despedida, cuando el paso de una fanfarria por la calleja nos sobresaltó. Detrás de los músicos desfilaba una procesión de hombres, mujeres y niños engalanados con ropas de fiesta. Gaston no sabía qué divinidad o qué suceso honraba aquel día aquella manifestación, y fue a pedir información a su vecino Krishna. El tuberculoso pareció muy sorprendido de su ignorancia.

—¡Pero, vamos, gran hermano!, ¿no lo sabes? Hoy celebramos el nacimiento de la primavera.

¡El nacimiento de la primavera! En aquel barrio de chabolas donde yo no había visto nunca un solo árbol, una sola planta, una sola flor, un solo pájaro, una sola

mariposa…

* * *

Antes de dejar Calcuta, Dominique y yo fuimos testigos de un suceso que probaba que el éxodo de los millones de campesinos pobres hacia aquella ciudad espejismo no se debía tal vez a una fatalidad inexorable. Que este éxodo podía tal vez detenerse algún día. Que su curso podía incluso invertirse.

Dos jóvenes del suburbio, Ashish y Shanta Ghosh, vinieron a anunciar a Gaston que habían decidido volver a su pueblo. Ashish y Shanta eran hindúes. Bellos, sanos, llenos de luz, pasaban su tiempo libre curando las llagas de los leprosos. Bajo su velo de algodón rojo decorado con motivos florales, la joven mujer parecía una princesa mogol. Era la hija mayor de un campesino sin tierras de un pueblo aislado en el delta del Ganges. Para que su familia pudiera vivir, su padre iba a recoger miel silvestre al bosque de los Sundarbanes. Un día no regresó. Se lo había llevado uno de esos tigres devoradores de hombres que matan cada año en esa jungla a más de trescientos recolectores de miel. Shanta había conocido en la pequeña escuela primaria local al apuesto muchacho de cabellos ondulados que sería su marido. Ashish —la Esperanza —, de veintiséis años, era hijo de un jornalero agrícola.

El caso de esta pareja era casi único: se habían casado por amor. Este desafío a todas las tradiciones provocó tal escándalo que se vieron obligados a huir de su pueblo e ir a refugiarse a Calcuta. Después de haber pasado mucha hambre durante un año, Ashish había encontrado un empleo de monitor en un centro para niños discapacitados. Shanta se había convertido en maestra de una escuela de las afueras.

Tras el nacimiento de su primer hijo, descubrieron Eldorado: un cuarto en un patio hindú del barrio de chabolas. Dos sueldos fijos de doscientas rupias (dos veces mil novecientas pesetas) pueden parecer una miseria. En la Ciudad de la Alegría eran una fortuna.

Durante tres años, los jóvenes esposos economizaron rupia tras rupia para comprar una hectárea de tierra cerca de su pueblo. Hicieron cavar un estanque para criar peces y acondicionar una rudimentaria red de canales de irrigación a fin de obtener una segunda cosecha durante la estación seca. Pero sobre todo querían que su regreso aportase algo a los habitantes del pueblo. Ashish proyectaba crear una cooperativa para los campesinos. «Con agua, la tierra de Bengala puede dar por lo menos tres cosechas», me declaró un día. En cuanto a Shanta, quería abrir una escuela primaria y un taller de artesanía para las mujeres.

El anuncio de su marcha provocó una fiebre en los patios. Para casi todos los habitantes del suburbio, el gran sueño común de volver al pueblo parecía, al cabo de varios años, una utopía irrealizable. Que una joven pareja renunciase voluntariamente al lujo inaudito de dos salarios regulares para ir a plantar arroz rayaba en lo

incomprensible. Curiosamente, fue en el pueblo de los Ghosh donde las reacciones a sus proyectos fueron más hostiles. «Cuando la diosa Lakshmi ha puesto aceite en vuestra lámpara, es un crimen apagar la llama para irse a otra parte», decretaron, furiosos, los padres del muchacho, que llegaron a amenazarle con impedir por la fuerza su retomo al pueblo.

Una mañana al amanecer, los Ghosh amontonaron sus efectos en una riksha y se marcharon. Los acompañé con Gaston hasta la estación de autocares. En el instante de subir con los suyos al autocar, Ashish volvió hacia aquel que había compartido los sufrimientos de su familia en el barrio pobre.

—Gran Hermano —dijo con la voz entrecortada por la emoción—, sabes que somos hindúes, pero nos haría muy felices que nos impartieras la bendición de tu Jesús.

Reteniendo apenas las lágrimas, Gaston alzó la mano y dijo:

—Benditos seáis en la paz de Cristo, porque vosotros sois las luces del mundo.

* * *

Aquella larga, difícil y a veces dolorosa investigación sería una de las épocas más intensas de mi vida. Me obligó a adaptarme a situaciones que no había conocido nunca. Me hizo descubrir que la gente podía afrontar condiciones de vida inhumanas con una sonrisa; que se podían realizar trabajos de animales con sólo unas bolitas de arroz en la barriga; mantenerse limpio con menos de un litro de agua por día; encender fuego bajo el diluvio del monzón con una sola cerilla; crear una turbulencia de aire en tomo a la cara abanicándose mientras se duerme durante la hoguera del verano. Antes de ser adoptado por los flagelados del barrio de chabolas tuve que familiarizarme con sus costumbres, comprender sus temores y sus penas, conocer sus luchas y sus esperanzas, iniciarme poco a poco en todas las riquezas de su cultura. Por el camino descubrí el verdadero sentido de las palabras *valor, amor, dignidad, compasión, fe, esperanza…* Aprendí a agradecer a Dios el menor beneficio, a escuchar a los demás, a no tener miedo de la muerte, a no desesperar nunca. Se trata, sin ninguna duda, de una de las experiencias más enriquecedoras que pueda vivir un hombre.

Mi vida cambió, mi visión del mundo y mi sentido de los valores se transformaron. Intento no conceder tanta importancia a los pequeños problemas de cada día, como el de encontrar aparcamiento para el coche. El hecho de haberme codeado durante meses con personas que no disponen ni de un franco diario para sobrevivir me ha hecho descubrir el valor de las cosas más nimias. Ya no salgo de una habitación de hotel sin apagar la luz, utilizo hasta el fin un pedazo de jabón, evito tirar lo que aún puede servir o ser reciclado.

Esta experiencia única también me ha enseñado la belleza de compartir. Durante

dos años no me crucé con un solo mendigo en las callejuelas de la Ciudad de la Alegría. Entre toda la gente que encontré, nadie me tendió la mano ni reclamó la menor ayuda. Por el contrario, no hicieron otra cosa que damos. Una de mis preocupaciones fue precisamente evitar que hombres y mujeres privados de todo sacrificaran algún último recurso para acogernos según los ritos de la generosa hospitalidad india. Mi intérprete me indicó un día que una mujer a quien iba a entrevistar se había quitado el pequeño aro de oro que pendía de una aleta de su nariz y lo había llevado a casa del usurero a fin de poder comprar un poco de café, dulces y galletas con que agasajarnos. Para evitar este tipo de sacrificios, Dominique tuvo una idea típicamente india. Cada vez que entrábamos en un patio, hacía anunciar por nuestro intérprete que yo no podría aceptar nada de comer o beber porque era mi día de ayuno. Temía que se inquietaran al ver que me privaba de alimento con tanta frecuencia, pero me equivocaba. Habría debido pensar en el Mahatma Gandhi y en la mística de la práctica del ayuno en la India. Incluso los hambrientos de un barrio pobre ofrecían cada semana a los dioses un día de abstinencia voluntaria.

No era cuestión, en cambio, de marcharnos sin incluir en nuestro equipaje la montaña de regalos envueltos con esmero que habíamos recibido de nuestros hermanos y hermanas indios de la Ciudad de la Alegría. Dos grandes maletas suplementarias bastaron apenas para contener todos los testimonios de amor y generosidad.

* * *

Al abandonar la inhumana metrópoli con una veintena de cuadernos cubiertos de notas, centenares de horas de entrevistas grabadas y dos mil fotos, sabía que llevaba la documentación más sorprendente de toda mi carrera de escritor. En cuanto llegué, me instalé en el Gran Pino. Necesité varios días para habituarme de nuevo a la calma y la dulzura del ambiente paradisíaco del campo de Ramatuelle. Cada mañana, antes de empezar a escribir, para ayudarme a recordar el hormiguero de Calcuta, sus ruidos, sus olores, sus colores, me proyectaba decenas de fotos, escuchaba los casetes de vida trepidante que había grabado. Tañía el cascabel que me había dado antes de morir mi amigo Hasari Pal, el tirador de riksha, con el que anunciaba su presencia en el estrépito de la circulación de Calcuta. Aquel ruido simbolizaba para mí el heroísmo de los últimos hombres-caballo del planeta. Ese cascabel se convertiría en mi talismán. Nunca olvido deslizarlo en el fondo de mi bolsillo en el instante de salir de viaje.

Urgencias satisfechas en unos meses

Necesité más de un año para contar la epopeya por la supervivencia de los habitantes de la Ciudad de la Alegría. Aunque estuviera convencido del interés cautivador del relato, quedé muy sorprendido ante la entusiasta acogida de los lectores. Lejos de provocar rechazo, las aventuras de aquella pobre gente que se enfrentaba a la peor de las adversidades fueron recibidas como testimonios de amor, de valor y de esperanza.

«Este libro es un detonante que me ha revelado a las claras el triunfo del amor sobre el mal y el sufrimiento», me escribió una abogada parisiense. «Este libro es un canto al amor, un grito de alegría, una lección de ternura y esperanza para todos los hombres de nuestro tiempo», escribía por su parte un periodista, mientras otro afirmaba: «Los héroes de *La Ciudad de la Alegría* hacen renacer en nosotros el gusto hacia Dios y hacia todos los valores que tienden a desaparecer».

Recibí cerca de doscientas mil cartas. Muchos de los mensajes iban acompañados de una ayuda para nuestra acción humanitaria: un talón bancario, un giro postal y una vez hasta algunos bonos del Tesoro. En ocasiones también nos llegaba un pequeño paquete en el que encontrábamos un colgante, un anillo de oro o unos pendientes.

Una día llegó un sobre que contenía dos alianzas de oro fijadas sobre una hoja de papel. «Hemos llevado estos aros durante treinta años de felicidad —decía una nota anónima—. Véndalos. Serán más útiles para los habitantes de la Ciudad de la Alegría que en nuestros dedos». Este gesto inspiró a Dominique una idea muy ingeniosa. En lugar de venderlo, lo llevó a la India junto con las otras pequeñas joyas de oro que habíamos recibido. Un joyero local lo transformó todo en pendientes para orejas o incrustaciones para la nariz al gusto bengalí. Estos humildes adornos nos permitieron ofrecer una modesta dote a muchachas muy pobres conocidas de Gaston. Sin semejante viático, nunca habrían podido casarse.

* * *

Los derechos de autor me permitieron atender sin dilación a varias solicitudes urgentes de ayuda financiera. Un pequeño dispensario —creado en una zona especialmente desheredada del delta del Ganges, por un antiguo terrorista musulmán convertido por Gaston en favor de la ayuda humanitaria— carecía de todo. Los centenares de tuberculosos esqueléticos que lo asediaban a diario se marchaban casi todos sin haber recibido ni cuidados, ni medicamentos, ni socorro alimentario. No obstante, la erradicación de la tuberculosis había sido proclamada «causa nacional prioritaria» por el gobierno indio. Estudios epidemiológicos establecían que un tercio de los habitantes del país estaba afectado por ese azote, debido principalmente a la desnutrición y la falta de higiene. En los campos del delta del Ganges, la proporción

se elevaba a casi una persona de cada dos. La enfermedad atacaba primero al cabeza de familia y después a los hijos y a la madre. En ausencia de cualquier infraestructura médica, enriquecía a curanderos, brujos y farmacéuticos rurales que revendían las pociones y los sellos robados en los hospitales de Calcuta. Para comprar los medicamentos, los pacientes se veían obligados a empeñar sus cosechas y después a vender su vaca, sus campos, sus cabañas y finalmente arrastrarse a pie hasta Calcuta. Ningún hospital los aceptaba. Cuando la «fiebre roja» atacaba, suponía la muerte a corto plazo.

El dispensario del antiguo terrorista intentaba poner coto a aquella fatalidad. Pero le faltaba un médico con dedicación exclusiva, enfermeros, un laboratorio de patología, un microscopio, una instalación radiológica, una reserva de antibióticos. Necesitaba un edificio sólido capaz de resistir las agresiones del monzón, los ardores del sol, la codicia de los ladrones para quienes una simple caja de tabletas de aspirina representaba un regio botín. Pudimos satisfacer todas las urgencias en pocos meses. Fui personalmente a negociar la compra de un equipo radiológico a casa del representante de Siemens en Calcuta. La llegada de este aparato ultrasofisticado en plena campiña provocó un estupor comparable al de un OVNI caído del cielo. Pero para que funcionara, se precisaba electricidad, incluso mucha electricidad. Esa zona rural estaba aún desprovista de tal ventaja y fui a reclamar la instalación de una línea prioritaria al ministro de Energía de Bengala. Mis esfuerzos se perdieron en una ciénaga de obstáculos burocráticos tal que tuve que recurrir al arma utilizada por Gandhi contra los ingleses. Amenacé con convocar una conferencia de prensa para anunciar que el autor de *Esta noche, la libertad y La Ciudad de la Alegría* apoyaría su demanda humanitaria con una huelga de hambre ante la puerta de su oficina. Tres días después, una cuadrilla de obreros clavaban los primeros postes y tendían los cables. En diez días tendieron la línea. Pero entonces aún faltaba que las autoridades se dignaran alimentarla. Una nueva amenaza de huelga de hambre me permitió obtener los primeros kilovatios. Una victoria que Wohab, el antiguo terrorista, y Sabitri, la joven hindú que administraba el dispensario, decidieron celebrar realizando en el acto la primera radiografía. Aquella maravillosa imagen mostraba los huesos de sus cuatro manos estrechándose por las muñecas, símbolo de la unión sagrada que habían convertido en el logotipo de su comité de ayuda mutua. Después de diez años y veinte mil radiografías, mil doscientos pueblos de la región han visto vencida la enfermedad, y cien mil tuberculosos se han curado Quince toneladas de harina hipervitaminada han sido distribuidas, y se han cavado quinientos cuarenta y un pozos de agua potable y cerca de mil letrinas.

Con ocasión de la inauguración de las nuevas instalaciones del dispensario, Wohab y Sabitri plantaron una acacia joven en el patio. Al pie colocaron una placa con su nombre. La habían llamado «Dominiques' Tree», el árbol de los Dominique.

Desde entonces, la acacia se convirtió en un personaje de nuestra vida. Nos enviaba con regularidad una tarjeta postal. «Gran Hermano y Gran Hermana Dominique, me han regado bien —decía una de ellas—. He crecido de repente cuarenta centímetros. Pronto podré dar sombra a los enfermos. Volved pronto los dos. ¡Suspiro por vosotros!»

* * *

Un sacerdote francés, que albergaba a varios centenares de niños disminuidos de familias muy pobres en los hogares de las afueras de Calcuta y del norte de Bengala, solicitó también nuestra ayuda. Algunos de sus pensionistas, afectados por la polio y la tuberculosis ósea, no podrían desplazarse nunca de otro modo que sobre tablas de ruedas. Otros, mongólicos, espásticos, retrasados mentales, no serían nunca completamente autónomos. También había sordomudos, ciegos, autistas. Aquellos niños necesitaban ser cuidados por un personal numeroso y experimentado, lo cual doblaba el coste de su asistencia. Porque el padre François Laborde, el «monsieur Vincent» de los pequeños discapacitados de Calcuta, no se contentaba con recogerlos, vestirlos, alimentarlos y cuidarlos sino que, además, les ofrecía la ocasión de renacer a una vida casi normal. Es preciso haber visto la paciencia infinita con que las jóvenes *didi* con sari volvían a poner en movimiento las piernas y los brazos inertes de los pequeños disminuidos, reanimaban la inteligencia de los muchachos mongólicos, enseñaban a bordar a las niñas ciegas, iniciaban en la danza a niños sordos de nacimiento, para comprender la cantidad de amor y de esperanza que había en estos hogares. Asumí inmediatamente el cuidado de ciento veinticinco niños, así como la construcción de la primera escuela.

Por significativa que fuese, mi acción estaba lejos de ser la única. Aquella sociedad india de innumerables ramificaciones llevaba a cabo extraordinarios gestos de solidaridad. No cesaba de descubrir comités de ayuda mutua, asociaciones de auxilio, organizaciones de ayuda mutua y desarrollo, que emanaban de las iglesias, de los clubes, de los templos, de las sectas, de las cofradías, de los sindicatos, de las castas, de los equipos deportivos, de las escuelas, de las fábricas… Gaston las conocía tollas. Un día nos presentó a un joven musulmán que había nacido y crecido en su barrio. Mohammed Kamruddin, de veintiséis años, consagraba su vida a atender a las desgracias de su entorno. De día trabajaba como enfermero en un dispensario y de noche se cuidaba de las urgencias de callejuelas y patios. Aquel joven, que hablaba un inglés refinado, irradiaba una curiosidad y una cultura asombrosas en alguien que nunca había tenido otros horizontes que las alcantarillas abiertas y las fachadas ruinosas de su barrio. Gracias a obras médicas procuradas por Gaston, había logrado obtener el diploma de doctoren homeopatía. Su sueño era abrir un dispensario en un barrio todavía más pobre de las grandes afueras de Calcuta. Bullía

de otros proyectos. Todos acometían las raíces mismas de la miseria y del subdesarrollo: Kamruddin deseaba crear guarderías infantiles, escuelas primarias, centros de educación profesional, bibliotecas, talleres de artesanía. Quería organizar un sistema de préstamo de utensilios de cocina, vajilla y tiendas para las fiestas de las bodas, cavar pozos y letrinas, arreglar las alcantarillas. Quería edificar todo un pueblo destinado a alojar a familias aborígenes que vivían en chozas infames devastadas cada verano por el monzón.

Ayudamos al joven médico musulmán a realizar todos sus sueños. Podría construir su pueblo: cincuenta viviendas con fuentes y servicios, y dos grandes salas comunitarias destinadas a las ceremonias religiosas, a las reuniones educativas, a un taller de aprendizaje para muchachas y mujeres abandonadas o viudas. Crearía incluso un hogar para jóvenes discapacitados. Este pueblo se sumaría a los otros seiscientos cincuenta mil con que cuenta ese país-continente. Kamruddin lo bautizaría como «The Dominique & Dominique City of Joy Village».

Otros seres luminosos formados por Gaston recibieron también nuestra ayuda entusiasta. Shukesi, una intrépida enfermera bengalí, sabía tanto como todos los especialistas de los hospitales de Calcuta. El dispensario que animaba prácticamente sola en plena zona rural del sur del delta absorbía todas las desgracias de cuarenta kilómetros a la redonda. Con un poco de alcohol, unas pinzas, un bisturí y algunos medicamentos como únicos medios, cuidaba a más de seiscientos enfermos por día. El espectáculo de aquellos patéticos desfiles me obsesionará eternamente. Las madres llevaban a sus hijos cubiertos de furúnculos de abscesos, de ántrax, de alopecia, de sarna. La gastroenteritis y los parásitos afectaban a uno de cada tres niños. Lo más insoportable era el espectáculo de los bebés raquíticos con el vientre hinchado. Al año de vida, pesaban menos de tres kilos. También había urgencias: mordeduras de perros rabiosos y de serpientes, accidentes, cortes, quemaduras, crisis de locura, envenenamientos… Un día, una joven hindú enseñó a Shukesi una mancha clara en su bonito rostro. El pinchazo de un alfiler en el centro de la mancha bastó a la enfermera para diagnosticar la lepra. Muchos acudían porque un milagro era su única esperanza; cancerosos, cardíacos graves, locos, ciegos, mudos, paralíticos, deformes. Por suerte, a veces se presentaban ocasiones de sonreír. Un día se acercó un enfermo blandiendo una receta expedida hacía varios años en la cual Shukesi leyó que, sufriendo de un cáncer generalizado en fase terminal, debía tomar seis comprimidos de aspirina al día. Otro exhibía con veneración una radiografía pulmonar que revelaba cavernas grandes como el puño fechadas veinte años antes. La joven enfermera siempre tenía tiempo de escuchar, de tranquilizar, de ofrecer a cada uno el consuelo de su sonrisa. Ella misma había conocido el sufrimiento. Hija de campesinos pobres, había sido abandonada encinta por su marido, que se fugó una noche con la caja del dispensario y algunos adornos de oro que constituían su modesta dote.

Gracias a *La Ciudad de la Alegría* y a la solidaridad de sus lectores, también nuestra pequeña hermana india haría realidad todos sus sueños. Podría dar una oportunidad a un centenar de niños intocables construyéndoles una escuela y distribuyendo entre ellos dos comidas diarias ricas en proteínas y vitaminas. Edificaría un hogar para sesenta niños discapacitados físicos y psíquicos; lanzaría campañas de vacunación contra la viruela, el tétanos, la tuberculosis. Pronto, mil niños desnutridos podrían recibir cada semana un suplemento alimentario. Los más desvalidos, los de más edad, los lisiados, las viudas, en suma, todos los seres desamparados del sector encontrarían en ella un *socorro* financiero para poner en marcha una pequeña actividad: abrir una tienda, criar pollos, montar un taller de artesanía…

A todas estas cualidades, Shukesi sumaba la de *cordon-bleu*. Sus berenjenas fritas y su arroz al cardamomo serán siempre inolvidables recuerdos gastronómicos de nuestras visitas.

* * *

Entre todos los centros a los que tuve la alegría de poder aportar mi ayuda, se encontraba, por supuesto, la institución que había sido el detonante de nuestro compromiso humanitario. El hogar Resurrección del inglés James Stevens llegó a ser un verdadero pequeño campus. Se agrandó en varias hectáreas de tierras y cuatro pabellones donde los niños descubrieron el agua corriente, las duchas, la luz eléctrica… y un lujo inimaginable en sus colonias de leprosos: los ventiladores que refrescaban el horno de las noches de verano, donados por un comerciante de Calcuta. Gracias a las tierras recién adquiridas, James Stevens pudo realizar uno de los proyectos que más deseaba poner en práctica: que el hogar y sus doscientos cincuenta niños fueran casi autosuficientes en arroz, verduras, frutas, pescado, huevos, volatería. Una victoria simbólica sobre la ancestral maldición de la India: el hambre.

Una batalla cotidiana para defender el dinero de los pobres

Algunas decepciones, algunos fracasos y muchos sufrimientos se ocultaban, no obstante, tras el balance de nuestros éxitos.

Ayudar no es fácil. El envío de un cheque es un gesto infinitesimal en comparación con el trabajo de control que implica este apoyo financiero. No basta

con mandar dinero, sino que es preciso asegurarse de su empleo. La asociación «Action pour les enfants des lépreux de Calcutta», que había fundado después de nuestro encuentro con James Stevens, funciona sin que sus colaboradores cobren ningún salario. Nosotros mismos asumimos los gastos burocráticos para que mis derechos de autor y los donativos de los lectores sean íntegramente enviados a sus destinatarios. Desde hace quince años, dedicamos a este empeño una buena parte de nuestro tiempo.

Empezamos a ejercer nuestra vigilancia en cuanto enviamos los primeros fondos a la India. Los bancos, que no están acostumbrados a hacer regalos, gravaban con fuertes comisiones de cambio y otros gastos de gestión nuestras transferencias. Como la amenaza de una huelga de hambre no habría causado ningún efecto a sus directores, tuve que usar otros argumentos para hacer bajar el coste exorbitante de las operaciones bancarias. Casi siempre lo conseguí. Cada victoria permitía salvar a uno o más niños. En el otro extremo, en la India, nuestro combate se centraba en conseguir el mejor cambio. Según los bancos y el humor de sus responsables, un dólar representa un día treinta rupias, y otro, treinta y dos rupias o incluso más. Tratándose de cien mil dólares, ello equivale a poder arrancar de la miseria a muchos niños.

También había que vigilar que se abonaran inmediatamente nuestros envíos en la cuenta de los beneficiarios, lo cual era raramente el caso. En la India, como en todos los países pobres, cualquier entrada de dinero constituye la ocasión de una infinidad de pequeñas ganancias. Un día, una transferencia de doscientos mil francos desapareció entre París y Calcuta. Tras seis meses de pesquisas, me enteré de que la suma estaba retenida en un banco de Bombay. Di un rodeo hasta el gran puerto indio y me precipité en la sede del establecimiento en cuestión. Irrumpí directamente en el despacho del director. Por el frío polar que reinaba en la habitación, comprendí que había abierto la puerta apropiada. En la India, cuanto más refrigerado está un despacho, más elevado es el rango de su ocupante. Me presenté.

—Señor director, su banco retiene desde hace seis meses doscientos mil francos que pertenecen a los pobres de Calcuta —declaré, enseñando las telecopias que me había enviado mi banco de París—. Querría conocer las razones de esta retención.

El hombre se levantó del sillón. Su rostro expresaba una confusión extrema.

—I´ll pay interests. Mister Lapierre! I'll pay interests!

Tocó un timbre y entraron tres responsables con traje y corbata. El director les ordenó que se informaran con urgencia. Los tres hombres salieron y volvieron al cabo de cinco minutos.

—Sir —declaró el mayor de ellos—, el día en que llegó esta suma, el banco central no había fijado el cambio entre el franco francés y la rupia. Nuestro servicio de divisas ignoraba, pues, qué cambio aplicar.

Yo no daba crédito a mis oídos. El frío me inspiraba más ganas de estornudar que de reír, pero la escena era realmente cómica. Tuve derecho a un torrente de excusas.

—¿Cuánto interés va usted a dar a los pobres de Calcuta para reparar esta increíble negligencia? —pregunté.

—¡El doce por ciento! —soltó el director en un loco arranque de generosidad.

—¡No es suficiente!

—¡El quince por ciento!

—Todavía es insuficiente.

Los tres empleados y el director intercambiaron miradas estupefactas.

—Me resulta imposible pasar de ahí.

—Le pido al menos un diecisiete por ciento. El dinero que ustedes han retenido estaba destinado a los niños leprosos. Apelo a su generosidad.

—De acuerdo: el diecisiete por ciento.

* * *

Mucho más grave fue la súbita decisión del gobierno indio de prohibir la recepción de subsidios extranjeros. Con esta medida, el Gobierno Central esperaba privar a las organizaciones independentistas sikhs del Punjab y a los militantes musulmanes del centro del país de las contribuciones exteriores que permitían a los unos la compra de armas, y a los otros construir mezquitas. Para los beneficiarios de nuestras ayudas, era una tragedia. De la noche a la mañana se encontraron sin dinero para comprar comida para los niños de los hogares, para adquirir medicamentos, placas de radiología, ladrillos, cemento, tejas, madera para nuevas construcciones, encofrados de pozos y letrinas; para pagar los honorarios de los médicos, de los enfermeros, de los trabajadores sociales, de los maestros. Estábamos ahogados. Deprisa y corriendo tuve que pedir prestados varios miles de rupias a amigos indios y cambiar todas nuestras divisas personales para aportar una bocanada de oxígeno a nuestras organizaciones amenazadas de muerte. Nuestros equipos demostraron una generosidad ejemplar. Enfermeros, maestros, trabajadores sociales y todos los pequeños empleados de los centros aceptaron continuar su tarea sin cobrar su sueldo durante meses. Este heroísmo me impulsó a remover cielo y tierra. Hice antesala en los ministerios de Nueva Delhi con álbumes de fotos que mostraban a centenares de niños leprosos curados y escolarizados, a los tuberculosos bajo tratamiento, las distribuciones de alimentos, los pozos de agua potable cavados, los pueblos reconstruidos después del último ciclón. Rogué desesperadamente para que se concediera a estas acciones de ayuda mutua y de desarrollo el derecho de recibir con urgencia los fondos necesarios para su supervivencia. Un día conseguí forzar la puerta del ministro de Justicia. Por casualidad, era oriundo de Calcuta y había leído *La Ciudad de la Alegría*. ¡Bendito sea! Unos días más tarde, todos nuestros centros

recibieron como un monzón salvador el dinero esperado durante seis meses.

* * *

Tuve que aprender a hacer frente a toda clase de amenazas. Como la pretensión del partido comunista bengalí de hacer contratar por nuestro hogar Resurrección a una hornada de sus militantes. O aquella jarra de vino reclamada por dos inspectores fiscales encargados de examinar las cuentas de uno de nuestros dispensarios. O el secuestro, por parte de la organización que las recibió, de las bombas de agua por energía solar que yo destinaba a diez pueblos miserables privados de agua en la estación seca. O la decisión de las aduanas indias de tasar en el triple de su valor una camioneta Peugeot ofrecida a un religioso que cavaba pozos para los pobres en la región de Madrás.

La saga de esta camioneta es un buen ejemplo de las situaciones delirantes en que la burocracia india puede tener el genio de sumergirnos. Un día en que Dominique y yo hacíamos visitar Madrás a un grupo de amigos europeos y norteamericanos, pedí al padre jesuita Pierre Ceyrac que viniera a nuestro hotel a hablarnos de la India que nuestros privilegiados compañeros de viaje, que iban de un palacio de cinco estrellas a otro, no conocerían jamás, la de los pueblos donde él abría pozos, la India profunda cantada y venerada por el Mahatma Gandhi. Se me había metido una idea en la cabeza. Sabía que ese apóstol utilizaba para el transporte del material en la construcción de los pozos una vieja camioneta Peugeot con la que había tenido que recorrer diez veces la distancia de la Tierra a la Luna. Aquel montón de chatarra estaba a punto de expirar. Como Bertrand y Christiane Peugeot formaban parte de nuestro grupo, no dudaba de que, después de conocer al jesuita, su empresa nos haría un descuento importante en la compra de un vehículo nuevo.

El padre Ceyrac supo hablar de su India con palabras que provocaron lágrimas en cada uno de nosotros. Al final de la comida, me ofrecí a acompañarle hasta su camioneta y llevé conmigo a los Peugeot. El padre intentó disuadirnos de que saliéramos por causa del calor.

—He aparcado el coche muy lejos —se disculpó.

Insistimos y le seguimos pisándole los talones. Las suelas de nuestros zapatos se hundían en el asfalto fundido. La reverberación era tan cegadora que avanzábamos casi a ciegas. La temperatura superaba los cincuenta grados.

Por fin llegamos ante el cacharro del sacerdote. Éste se instaló al volante. El pobre coche ya no tenía cristales y las puertas se aguantaban con trozos de alambre. Nos hizo un amistoso signo de despedida y pulsó el arranque. Se oyó una especie de hipo, pero el motor se negó a ponerse en marcha. El padre insistió. En vano. Entonces vimos aparecer en la ventanilla su rostro chorreante de sudor.

—Debe de estar frío —declaró.

Tres meses después, un buque descargaba una flamante camioneta en un muelle de Bombay. Era blanca y llevaba el nombre del padre Ceyrac. Un regalo de sus amigos de Francia y comprada en condiciones excepcionales. ¡Poco duró la alegría! A causa de un formulario de importación incorrectamente rellenado, las aduanas indias se incautaron de ella. Corrí en vano de oficina en oficina pero ningún argumento consiguió ablandar a los aduaneros del puerto de Bombay. Pasaron tres años. No estaba seguro de si aún existía la camioneta. ¿Habría sido revendida a la chita callando a algún mafioso local, desguazada pieza por pieza? ¿O la habrían convertido en polvo los asaltos conjuntos del monzón y el sol tropical? Un día tuve ganas de saberlo. Tomé un taxi con Dominique para ir en su busca por los muelles de Bombay. ¡Parecía un decorado de Fritz Lang! Dársenas hasta el infinito. Almacenes capaces de albergar a la mitad de la población india. Una galaxia de depósitos hasta el final del horizonte. Barrios de chabolas por doquier. Un hormiguero insensato de pequeños bazares en medio de montañas de contenedores, cajas, sacos y fardos. Tras dos horas de exploración, agotados, negros de polvo, medio asfixiados por los humos, decidimos desandar lo andado. De repente, una placa de matrícula roja en un muelle, entre dos montones de banastas, atrajo mi atención. Nos precipitamos hacia ella Allí estaba, con los neumáticos desinchados, los parachoques mugrientos, los tapacubos oxidados. Allí estaba, sucia e irreconocible. ¡Pero estaba allí! Y al parecer, entera. Por suerte, el vigilante del almacén hablaba inglés con bastante corrección. Era un musulmán, se llamaba Said.

—Said, ¿ves este coche? Pues bien, pertenece a un hombre santo que ha dado su vida a los pobres de la India. Le permitirá transportar los materiales necesarios para cavar pozos en los pueblos de Tamil Nadu.

Said contemplaba la montaña de polvo y suciedad en un silencio a la vez timorato y respetuoso.

—Tú también eres un hombre santo —continué, posando el dedo sobre el pequeño Corán que pendía de su cuello—. De modo que vas a cuidar este coche como si fuera tu propia hermana. Vas a limpiarlo, lavarlo y darle brillo. Vas a recubrirlo con una lona, hinchar sus neumáticos y poner el motor en marcha. Vas a considerarlo como a alguien de tu familia. Y yo, durante este tiempo, me las arreglaré para hacerlo enviar al santo varón para quien está destinado.

—Puedes contar conmigo, *brother* —dijo Said, asintiendo con la cabeza—. Haré todo lo que me has dicho.

Le di mi nombre y mis señas, sin hacerme demasiadas ilusiones. Cuando estalló el monzón, me envió una postal: «Tranquilízate, *brother*, he tapado el coche con una lona. Está limpio y bello como la sortija de una *begum*. Esperando a que vengas a buscarlo».

Pasaron meses. Los aduaneros seguían inflexibles. Resolví dirigirme directamente

a las altas esferas y pedí una audiencia con el primer ministro, Rajiv Gandhi. Nos habíamos visto varias veces cuando yo iba a Safdarjung Road a entrevistar a su madre Indira para nuestro libro *Esta noche, la libertad*. Estaba convencido de que ese hombre cordial, abierto, tan atípico en el mundo político indio, aceptaría distraer algunos minutos de sus abrumadoras tareas para escucharme. Y así lo hizo.

—¡Esos burócratas deberían estar colgados! —concluyó—. Puede usted decir a su hombre santo que recibirá muy pronto su vehículo.

Tres días después, la camioneta del padre Ceyrac escapaba al fin de las garras de quienes la habían retenido durante tanto tiempo.

Un presidente entre los pobres y un pobre entre los ricos

Era invierno. Un invierno siniestro. Desde hacía cincuenta años no había caído tanta agua en el Mediodía francés. La península de Saint-Tropez era una esponja. Hacía un frío penetrante, húmedo. En suma, nuestra moral no estaba en su mejor momento. Dominique y yo acabábamos de tomar una decisión dolorosa. Nuestro compromiso humanitario con los barrios de chabolas de Calcuta y las zonas desheredadas del delta del Ganges necesitaba fondos cada vez más importantes. Mis derechos de autor, la generosidad de miles de lectores, y las conferencias que me invitaban a pronunciar por casi toda Europa y América ya no bastaban para equilibrar nuestros presupuestos de ayuda, que en ese momento representaban un total de más de veinte millones de francos anuales. Así que habíamos decidido poner en venta el Gran Pino e instalamos en la casa, más modesta y de un mantenimiento más fácil, que habíamos hecho edificar en la parte baja de la propiedad en previsión de nuestros años de vejez.

Abandonar el Gran Pino era una perspectiva triste. ¡Eran tantos los recuerdos que me vinculaban a cada rincón de aquella casa, construida poco a poco gracias a los derechos de autor de cada una mis obras…! Vaciar once habitaciones llenas de libros, documentos, muebles, objetos, recuerdos, traídos de tantos viajes, y trasladarlo todo a un espacio tres veces más restringido nos exigiría elecciones desgarradoras. Y además, ¿encontraríamos un comprador? La crisis inmobiliaria y la horrible estación eran poco propicias a las transacciones rápidas.

Entonces sonó el teléfono.

«Aquí el palacio del Elíseo, le paso al departamento de protocolo».

Mi interlocutor me informó de que el presidente de la República deseaba invitarnos a mi mujer y a mí a acompañarle en su próximo viaje oficial a la India. El

itinerario presidencial incluía una escala en Calcuta. Aprovechando la ocasión, el jefe del Estado deseaba conocer a alguno de los personajes descritos por mí en *La Ciudad de la Alegría*. ¿Podría yo organizar esos encuentros?

Diez días después enfilé con Dominique la impresionante alfombra roja que comunicaba el salón de honor del aeropuerto Charles de Gaulle con el Concorde que iba a llevar a la India al presidente de la República, su séquito y sus invitados. Antes de tomar asiento en su cabina especialmente decorada, François Mitterrand saludó a cada uno de sus invitados.

«¡Para usted es casi un regreso al hogar! —me dijo amablemente, y añadió con calor—: Volver a Calcuta con el autor de *La Ciudad de la Alegría* ¡eso sí que es una alegría!»

¿Volver a Calcuta? En efecto, cuando fue elegido primer secretario del partido socialista en el congreso de Épinay, en 1971, François Mitterrand quiso pasar dos semanas en un país en vías de desarrollo. Así fue como se convirtió en ayudante de enfermero en el dispensario de un sacerdote francés en Calcuta.

Este viaje de Estado a la India le daría ocasión, dieciocho años después, de ver otra vez la ciudad que tanto le había impresionado. El primer ministro Rajiv Gandhi prestó su Boeing 737 privado para este desplazamiento, pues la pista del aeropuerto de Calcuta era demasiado corta para acoger al Concorde presidencial. Tras dos horas de vuelo sobre las inmensidades apergaminadas del valle del Ganges, sobrevolamos los exuberantes campos bengalíes. Después, de pronto reconocí el campanario neogótico de la catedral de Saint-Paul, el enorme pastel de piedras del Victoria Memorial, el hipódromo, los autobuses rojos de dos pisos circulando en medio del parque del Maidan. Habíamos llegado a Calcuta.

Antes de posarse, el avión describió un círculo en torno a los edificios del viejo aeropuerto de Dum-Dum. Un mar de cabezas negras se movía alrededor de la sala de llegadas empavesada con una hilera de banderas. El gentío agitaba banderolas, blandía guirnaldas de flores. En el borde de la pista esperaba una soberbia fila de jinetes con turbante, los famosos lanceros bengalíes, glorificados por las películas de Hollywood, así como una banda militar con uniformes de gala. Todo el fasto de la India romántica estaba reunido en torno a oficiales en *dhoti* blanco y sus esposas en sari para recibir al jefe del país que otrora había disputado a Inglaterra la posesión de estas marchas imperiales. Después de la bienvenida oficial más bien reservada de Nueva Delhi, por fin las masas indias iban a ofrecer al presidente francés el baño de multitudes asiático que él esperaba.

¿Cómo describir mi turbación varios minutos después, a la salida de la terminal, cuando François Mitterrand descubrió que aquella muchedumbre no había venido por él, y que en las pancartas, las banderolas y los carteles que habíamos divisado desde el cielo ponía: «WELCOME DOMINIQUE & DOMINIQUE»? El comité de bienvenida se

componía de antiguos tuberculosos a quienes los derechos de autor de *La Ciudad de la Alegría* habían arrancado a una muerte prematura.

El presidente tuvo la elegancia de mostrarse buen perdedor. Antes de subir al coche, me murmuró al oído:

—En Calcuta es usted quien merece las ovaciones populares.

Abandoné el séquito presidencial para saltar a un taxi. Tenía una cita urgente. La Bellevue Clinic era el establecimiento hospitalario más moderno de Bengala. Y también el más caro. Sólo los comerciantes ricos, los jefes de empresa, los altos dignatarios del régimen comunista local podían ofrecerse el lujo de su escáner, de su bomba de cobalto, de sus quirófanos, de su personal cualificado y de sus habitaciones climatizadas. Pero por primera vez en su historia la clínica contaba aquel día con un indigente entre sus enfermos. La contaminación invernal y el exceso de trabajo habían podido con los pulmones de Gaston. Le habían encontrado sin conocimiento. Ningún hospital habría querido acoger a este sahib vestido como un pobre y cuyos bolsillos no contenían ni una moneda de diez paisas. Sólo la intervención inmediata de un médico amigo de James Stevens había podido lograr su admisión urgente en la Bellevue Clinic. El hecho de que hubiera perdido el conocimiento había permitido su hospitalización porque, de estar consciente, Gaston no habría aceptado nunca entrar en esta clínica para ricos donde el precio de un día de cuidados superaba lo que un tirador de riksha podía ganar al cabo de seis meses de carreras agotadoras. En el momento en que iba a abandonar París, una angustiada llamada telefónica de Calcuta me había advertido que la clínica exigía sin demora el pago de una importante cantidad a cuenta.

El director no estaba en su despacho. Su secretaria me informó de que se hallaba reunido con la propietaria del establecimiento en la habitación adyacente. ¡Era mi oportunidad! Me precipité hacia la puerta, llamé y, sin esperar contestación, entré en un vasto salón presidido por una dama opulenta vestida con un sari de muselina de color malva, detrás de una mesa escritorio. Me lanzó una mirada furiosa. Me disculpé y me presenté. Mi nombre asociado al título de mi libro *La Ciudad de la Alegría* me valieron una amplia sonrisa. Sin darle tiempo para asombrarse por mi intrusión, le cogí una mano cuyos dedos estaban adornados de sortijas y exclamé:

—Señora, su clínica tiene el privilegio de albergar entre sus enfermos a un santo, un hombre que ha abandonado todo para ofrecer su vida a los pobres de vuestro país, para aliviar sus miserias, para traerles su amor. Este apóstol se ha agotado en esta tarea. Le encontraron medio muerto hace tres días. Ningún hospital ha querido saber nada de él. Unos amigos han podido hacerle entrar aquí. Desde entonces sus médicos luchan por salvarlo. Pero hoy amenazan con su expulsión.

Conociendo la importancia de lo sagrado en la India, supliqué:

—Señora, vaya a ver a este enfermo a su habitación, tenga un *darshan* con este

hombre de Dios. Es tan grande como el Mahatma Gandhi, tan grande como todos los sabios de la India, su bendición le traerá felicidad…

¡Qué no habría dicho para salvar a Gaston!

—Siempre es una suerte poder contribuir a preservar una vida —proseguí—. Ésta le ha sido confiada por el destino para enriquecer su karma. Le ruego que le haga el regalo de su curación en su hermosa clínica.

Las palabras *destino* y *karma* parecieron impresionarla. La dama interrogó a su director en bengalí. Hubo un breve intercambio. Finalmente, se levantó del sillón y respondió a mi requerimiento con una palabra, una sola:

—*Granted*! ¡Concedido!

Desdeñando los ascensores demasiado lentos, subí a pie hasta el quinto piso y entré como una tromba en la habitación 519. Vestido con una camisa azul pálido, Gaston yacía en la cama, con la cabeza levantada por dos almohadas. Varios frascos de gota a gota, suspendidos de tubos en forma de horca, destilaban un soplo de vida en su cuerpo exangüe. Una máscara de oxígeno colgaba de la pared, preparada para una nueva crisis de ahogo. Estaba pálido, demacrado, exhausto. Sin embargo, mi llegada iluminó una sonrisa maliciosa en la comisura de sus labios.

—¡Gaston, te traigo el saludo del presidente de la República francesa! Te traigo sobre todo el saludo de la propietaria de esta clínica, que te regala tu curación. Puedes dejarte halagar, mimar, acariciar por las enfermeras, puedes tomar todas las medicinas que te den, comer todo lo que te sirvan, todo, lo oyes, TODO es regalo de la casa. Puedes estar tranquilo: no les quitas ni una sola rupia a los pobres.

Hizo un esfuerzo para hablar.

—Gracias… pero quiero salir de aquí e irme a un hospital para todo el mundo…

Le sacudió un espasmo. Contemplé el cuerpo inerte y me pregunté un instante si Gaston estaba muerto. Entonces oí el silbido irregular de su respiración. Una enfermera entró para atenderlo. Me retiré.

Mientras bajaba la escalera pensé en todas las discusiones que había mantenido con él acerca de su salud. Cuántas veces había intentado convencerle de que su vida era más importante que su muerte, que su desaparición crearía un vacío abismal para todos los desheredados cuya supervivencia dependía de su presencia y para todos aquellos que, de lejos, se esforzaban por sostener su acción. Y cada vez había tenido que oír que su vida estaba en manos de Dios y que su principal problema no era vivir, sino «poder mirar a la cara, y sin vergüenza, a los hombres que le rodeaban».

* * *

Aquella tarde, a las cinco, la mayoría de los héroes principales de *La Ciudad de la Alegría* vinieron a tomar el té con el presidente Mitterrand en la biblioteca del colegio

La Martinière. Fundada en el siglo XVIII por un aristócrata de Lyon, la institución formaba a la élite de la adolescencia bengalí. Entre los invitados se encontraban James Stevens y su esposa, así como François Laborde, el sacerdote francés con quien había trabajado como enfermero voluntario en 1971. Nosotros habíamos adoptado algunos de los hogares para niños discapacitados que había fundado. ¡Qué emoción ver reunidos en tomo a la misma mesa al presidente de Francia, a sus ministros y consejeros, y a aquellos hombres pobremente vestidos, delgados, pero animados por un ideal de amor y de solidaridad!

En el avión que nos llevó al día siguiente a Bombay, François Mitterrand, muy impresionado por los encuentros, me preguntó cómo podría Francia aportarles su ayuda. Enumeré enseguida algunas ideas. Después, en tono de broma, añadí:

—Y entretanto, señor presidente, muéstreles la estima de nuestro país. ¡Concédales la Legión de Honor![33]

* * *

Calcuta se había convertido en nuestra segunda patria. Con ocasión de una de nuestras frecuentes estancias, una sorpresa importante nos esperaba. El alcalde comunista, el señor M. K. K. Basu, y los doscientos cincuenta miembros de su consejo municipal tuvieron a bien recibimos en la sala de fiestas de su viejo Ayuntamiento, decorado con una inmensa banderola de bienvenida. En su discurso de acogida, el alcalde expresó «la gratitud de Calcuta» por el modo como yo había revelado al mundo «las virtudes de valor, vitalidad y esperanza de su población». En agradecimiento, los elegidos de la gran metrópoli habían decidido hacemos, a mi mujer y a mí, ciudadanos de honor y ofrecernos la medalla de oro de la ciudad. Muy emocionado, respondí que aceptábamos la medalla en nombre de todos los héroes de los barrios de chabolas, de todos los tiradores de riksha, de todos los seres llenos de luz que habíamos tenido la suerte de conocer en esta ciudad mágica. Era ante todo suya. Honraba a los hombres, mujeres y niños que demostraban diariamente al mundo que «aunque la adversidad sea grande —como decía el gran poeta bengalí Tagore— el hombre es aún más grande que la adversidad».

Pero la distinción más sorprendente que recibiría aquel día memorable fue el documento que mostraba el impacto que había ejercido mi libro sobre los administradores de la ciudad. El programa de desarrollo urbano de Calcuta, elaborado por ellos, se titulaba: «Calcuta, Ciudad de la Alegría - Proyectos para mañana». Entre las primeras acciones previstas para cambiar las condiciones de vida de la población figuraba la distribución cotidiana de diez litros de agua potable a cada uno de los tres millones de habitantes de los barrios pobres.

* * *

La ciudad entera quiso hacer suyo el apelativo de «Ciudad de la Alegría» que yo había tomado prestado de Gaston para describir los valores ejemplares de uno de sus barrios más sórdidos. A la salida del aeropuerto unas pancartas acogían a los visitantes con gigantescos «WELCOME TO THE CITY OF JOY». Fabricantes de pintura compraron páginas enteras de publicidad en los periódicos para anunciar que sus productos «iban a convertir la ciudad en una Ciudad de la Alegría»; ciudadanos descontentos interpelaron a sus elegidos con gritos de «¿Cuándo haréis de nuestra ciudad una auténtica Ciudad de la Alegría?» Incluso el gobierno marxista se apropió el apelativo para convertirlo en un eslógan. «Venid a invertir vuestros capitales a la Ciudad de la Alegría», proclamaba su propaganda oficial, deseosa de hacer olvidar la detestable reputación de la capital de Bengala en los medios comerciales internacionales.

«Bendito sea el amado de Dios»

Sin embargo, una sombra oscurecía nuestra historia de amor con la India. El hombre que nos había abierto las puertas de la Ciudad de la Alegría no conseguía obtener el que consideraba como el regalo más preciado que podía llegar a recibir algún día. Gaston se había desposado con el pueblo de la India. Se había identificado con sus alegrías, sus sufrimientos, sus temores, sus rebeliones. Luchaba con él, rezaba con él, esperaba y lloraba con él, como quizá ningún otro hombre venido de fuera lo había hecho jamás. El *dadah* era sin duda el hermano de los desafortunados de la ciudad. Por desgracia, esta evidencia no era reconocida por un pequeño puñado de funcionarios xenófobos y suspicaces del Ministerio del Interior de Bengala. Se negaban obstinadamente a conceder al «gran hermano suizo» la gratitud oficial del país, se negaban a aceptarlo en el seno de la familia india. Todos los pasos del enfermero encaminados a obtener la naturalización india eran rechazados sistemáticamente. Sin embargo, Gaston había cumplido escrupulosamente las obligaciones impuestas por la ley a un extranjero. Había aprendido a hablar y escribir con fluidez una lengua india, justificado su estancia con una residencia y un trabajo en el país desde hacía más de cinco años, regularizado su situación fiscal, publicado en la prensa su «aviso de petición de ciudadanía», obtenido el número necesario de padrinazgos y satisfecho con minuciosidad otras mil formalidades.

No obstante, tras las fachadas de ladrillos rojos del Writers' Building seguían

preguntándose qué podía impulsar al ciudadano de uno de los países más ricos del mundo a querer ser indio. Con sus convocaciones repetidas a la sede de la policía extranjera, interrogatorios humillantes y veladas amenazas de no renovarle el visado de residencia, las autoridades se empeñaban en hacerle la vida difícil al infortunado apóstol de los barrios pobres.

Convencido de que sólo una decisión procedente de Nueva Delhi podría poner fin a aquella injusticia, hice una gestión tras otra. Dominique redactó unos expedientes muy completos que yo envié devotamente a los responsables que encontré. Defendí con vigor ante cada uno de ellos el caso de nuestro amigo con ayuda de un pequeño discurso que nunca dejaba de conmover. Enseñé fotos, expliqué con detalle su trabajo al servicio de sus hermanos indios, enumeré las victorias conseguidas, cité testimonios algunos de los cuales hicieron brillar de emoción los ojos de los funcionarios más duros. Siempre terminaba mis demostraciones expresando mi convicción de que la «India sería sin duda más rica, más fraternal, más feliz, acogiendo en su seno a un ser de dotes tan excepcionales».

Esta incansable cruzada duró dos años. Por fin, un día, el cartero del barrio trajo a Gaston un sobre amarillo con el sello del Ministerio del Interior. Éste lo abrió con corazón palpitante.

—¡Dios mío! —se estremeció—, apuesto algo a que el gobierno me pone en la calle.

Recorrió angustiado el texto. De repente, su mirada recayó en unas palabras que tuvo que releer varias veces para captar su sentido. «The Government of India hereby grants the said Grandjean Gaston the certificate of…»

«Por la presente —decía el documento—, el gobierno de la República de la India concede al llamado “Grandjean” Gaston su certificado de naturalización y declara que después de haber prestado juramento de fidelidad en el plazo y según las reglas previstas por la ley, tendrá derecho a todos los privilegios, prerrogativas y derechos y estará sujeto a todos los deberes, obligaciones y responsabilidades de un ciudadano indio».

Gaston nos contaría que de pronto tuvo la impresión de que el corazón entero del barrio de chabolas latía en su pecho. Presa de vértigo, se apoyó en la pared de su habitación y cerró los ojos. Cuando los abrió, tomó en sus manos la pequeña cruz de metal que le colgaba del cuello. Contempló las dos fechas que su madre había hecho grabar, la de su nacimiento y la de su entrada en la Fraternidad del Prado. Con la mirada empañada por lágrimas de felicidad, miró entonces el pequeño espacio libre ante el nombre que había hecho grabar hacía varios años. Había elegido este nombre hacía mucho tiempo para que fuera su patronímico de ciudadano indio. Tanto en hindú como en bengalí, *Dayanand* significa «Bendito sea el amado de Dios». Este apelativo resumía perfectamente su comunión con el pueblo de los humildes, de los

pobres, de los afligidos de la India. Delante de este nombre que ahora era el suyo, haría grabar la fecha de su entrada definitiva en la gran familia de sus hermanos indios. Aquel día era la tercera fecha más importante de su vida.

El proverbio tenía razón. Siempre hay mil soles en el reverso de las nubes.

Epílogo

Gaston vivió eufóricamente sus primeros días de ciudadano indio. Sin embargo, antes de tener derecho al pasaporte verde grabado con los tres leones de Ashoka, emblema de su nueva patria, tuvo que satisfacer una formalidad que no le hacía presentir ninguna complicación. El reglamento indio obliga a todo ciudadano naturalizado a entregar un certificado de la embajada de su país de origen dando fe de que ha restituido su pasaporte. Gaston tomó, pues, el tren de Nueva Delhi. Su visita causó una viva emoción en las oficinas de la embajada suiza. Ningún ciudadano de la confederación había expresado nunca su voluntad de renunciar a su preciosa nacionalidad por la de un país del Tercer Mundo. El embajador en persona trató de convencer a este extraño compatriota de que conservara su pasaporte, por si un día lo necesitaba. Gaston respondió con una negativa categórica y obtuvo a la fuerza el certificado reclamado por las autoridades de su nueva patria.

* * *

El vínculo definitivo de Gaston con la India reforzó nuestro compromiso para con él. En julio de 1997, Dominique y yo tuvimos la alegría de poder ayudarle a realizar una acción humanitaria por la que sentíamos los tres un gran interés desde hacía varios años. Si hay un lugar en el mundo privado del menor auxilio médico, un lugar cuyos habitantes son tan pobres que ni siquiera pueden gastar los sesenta céntimos que cuesta un billete de transbordador para ir a consultar a un facultativo o un ensalmador en tierra firme, son sin duda alguna las cincuenta y siete islas del golfo de Bengala, en medio del delta del Ganges y del Brahmaputra. Estas islas densamente pobladas son siempre las primeras víctimas de los ciclones que devastan periódicamente esa región de la India. La tierra salina no da más que una sola y exigua cosecha de arroz por año. Para impedir que sus familiares mueran de hambre, numerosos campesinos se ven obligados a ir a recolectar miel silvestre en el inmenso bosque de mangles de los Sunderbanes que bordea la extremidad del delta, a lo largo de la frontera de Bangladesh. Esta zona, cubierta a diario por la marea, está habitada por una especie de tigres particularmente feroces. Cada año, unos trescientos recolectores de miel, como el padre de Shanta —la joven que conocimos en la Ciudad de la Alegría—, son devorados por los tigres comedores de hombres. Las fieras llevan una existencia semiacuática. Nadan, se alimentan de peces, atacan incluso a los cocodrilos y no vacilan en acercarse a las barcas para apoderarse de un pescador imprudente que duerma en el puente. Cuando descubren a un hombre en un sendero del bosque, le siguen durante días. Atacan siempre por detrás. A fin de intimidar a estos perseguidores, los campesinos recolectores de miel llevan en la nuca unas máscaras de aspecto humano equipadas con un sistema electrónico que hace destellar sus ojos. El Departamento Forestal ha colocado incluso en diversos puntos de esta reserva maniquíes conectados a potentes acumuladores eléctricos. Al menor contacto, el

animal recibe una descarga de tres mil voltios. Nadie ha podido explicar todavía la extrema ferocidad de esos tigres. Su gusto por la carne humana podría deberse al hecho de que se alimentan con frecuencia de despojos humanos procedentes de las piras funerarias instaladas a lo largo del Ganges. Como la madera cuesta mucho dinero, los habitantes de la región no siempre pueden incinerar por completo a sus muertos. Entonces lanzan sus restos al río. La corriente los arrastra hasta los linderos del bosque.

Además de los tigres, la tuberculosis, el cólera, el paludismo y todas las enfermedades de carencia causan estragos en estas islas desfavorecidas. Sólo un barco dispensario podría remediar la situación, desplazándose de isla en isla. Además de las intervenciones urgentes y el cuidado de los enfermos, permitiría lanzar campañas de vacunación y prevención de la tuberculosis, promover programas de educación y planificación familiar, higiene, etc. Este proyecto representaría una auténtica revolución sanitaria y social para la región. Para ser efectiva, la embarcación debería estar equipada de un aparato radiológico portátil y de un grupo electrógeno, un rudimentario quirófano y un frigorífico de paneles solares para conservar vacunas y medicamentos. El equipo debería contar con dos médicos, una docena de enfermeros y una tripulación competente.

El coste de semejante realización excedía con mucho nuestros recursos. ¿Cómo encontrar los quinientos mil francos necesarios? «Dios proveerá», suele repetir la Madre Teresa cada vez que surge una situación difícil o que reclama especial esfuerzo financiero. En el caso de nuestro barco dispensario, Dios envió como intermediarios a una joven pareja de holandeses propietarios de la sociedad Merison, uno de los mayores distribuidores mundiales de artículos para el hogar. Alexander y Suzanne van Meerwijk habían asistido a una de mis conferencias. Vinieron a Calcuta a visitar nuestros diferentes centros humanitarios. Les entusiasmó tanto el trabajo realizado que decidieron marcar de un modo muy especial el centenario de su empresa. En lugar de invertir en costosas celebraciones, nos emitieron un cheque de quinientos mil francos para permitirnos lanzar el barco dispensario que hoy lleva el nombre de «Merison - City of Joy Boat Dispensary».

* * *

La difícil decisión que habíamos tomado de vender el Gran Pino a fin de obtener los recursos necesarios para proseguir nuestra acción humanitaria en la India se concretó sin demasiado dolor. La proximidad geográfica de la casa más modesta donde pudimos instalarnos, y, sobre todo, la calidad de los compradores del Gran Pino facilitaron nuestra marcha. Desde hacía mucho tiempo aquella pareja de italianos daba muestras de sentir una gran compasión por los desheredados. Habían creado en Milán una fundación y un centro de tratamiento y rehabilitación para jóvenes

discapacitados físicos y psíquicos.[34]

* * *

Piña, la yegua española a cuyos lomos había alimentado durante tantos años mi meditación y mis sueños caracoleando por las agrestes colinas que dominan el golfo de Saint-Tropez, se durmió a la venerable edad de treinta y dos años. La había montado todavía la antevíspera de su muerte. Conservaba aquella impetuosidad que tanto me había seducido veinticinco años antes en el patio del matadero de Draguignan. Cuando sintió llegar el fin, se acostó de lado y me llamó con un concierto de relinchos. Nunca la había visto en otra posición que de pie, lista para morder, para asestar una coz, para salir al galope. Me arrodillé junto a ella y tomé entre mis manos sus ollares coronados por una mancha blanca para besarlos largo rato. Ella, siempre tan viva, se abandonó sin chistar a este abrazo. Brotaban lágrimas de sus grandes ojos tristes y brillantes, que tenían el mismo color alazán de su pelaje. Comprendí que me decía adiós. Rechazando lo evidente, la animé con la voz a ponerse en pie. Tuvo un sobresalto, consiguió levantar la cola y la cabeza y enderezar las rodillas. Sus ancas temblaron, pero no pudo levantar la grupa. Agotada, volvió a caer de lado. Parpadeó varias veces. Jadeó unos segundos y luego su respiración se detuvo. Era el fin. Mi maravillosa compañera había subido al paraíso de los animales, llevando consigo una de las partes más felices de mi vida.

Por suerte, la yegua blanca nacida de sus amores con *Preferido*, el semental asesinado, estaba en la caseta vecina, piafando de impaciencia. La ensillé enseguida y me fui al galope a ahogar mi pena en las colinas marcadas por los cascos de su inolvidable madre.

* * *

Antes de cerrar las páginas de este relato, me gustaría compartir con el lector tres emociones que, en el ocaso de mi vida, permanecen grabadas en mi corazón con una intensidad particular. Las tres me han sido ofrecidas por esta India que tanto me ha dado y enseñado.

Al día siguiente de la publicación de *Esta noche, la libertad*, recibí una invitación. Las niñas intocables de la escuela instalada en el ashram que el Mahatma Gandhi había fundado a orillas del río Sabarmati cuando inició su cruzada para echar a los ingleses, deseaban conocerme. Yo sentía una ternura muy especial por aquel lugar tan impregnado del recuerdo de la Gran Alma, donde había pasado tantos días estudiando los documentos relativos a los comienzos de su acción. Las colegialas nos esperaban ante el portal, a Dominique y a mí, con soberbias guirnaldas de claveles amarillos que nos pasaron en torno al cuello casi hasta asfixiarnos. Fue entonces

cuando descubrí el homenaje tal vez más emocionante que he recibido en mi vida de escritor. Las alumnas habían copiado con yeso en una pizarra el episodio de *Esta noche, la libertad* en que Larry y yo habíamos contado la última meditación de Gandhi la mañana de su muerte. Al final del texto, escrito con grandes letras muy separadas, habían añadido: «thank you».

Ningún «gracias» podrá igualar jamás a este *thank you* dado a un extranjero por las pequeñas intocables del profeta de la India. Entonces penetramos en el ashram. Bajo un vasto cobertizo, habían instalado un estrado de plegaria. El director de la escuela me invitó a acomodarme allí con mi esposa y algunos amigos extranjeros que nos acompañaban. Estaba tan conmovido que me costó decir a las jóvenes indias que aquella Gran Alma que ellas veneraban era también la nuestra, que el Mahatma pertenecía a todos los hombres de la Tierra, que mis amigos y yo nos sentíamos todos hijos de Gandhiji, igual que ellas, y que compartirlo nos unía con un vínculo excepcional. A medida que el director traducía mis palabras al gujerati, yo veía brillar los ojos con un fulgor cada vez más intenso. Invité entonces a las niñas a cantar el himno de Tagore que Gandhi había tarareado tan a menudo cuando salía a sus peregrinajes por la paz y la reconciliación de sus hermanos indios. «*Si no oyen tu llamada, camina solo, camina solo*», entonaron a pleno pulmón las voces infantiles.

* * *

Fue nuestra amiga Padmini, la niña que va cada día al amanecer a recoger los trozos de carbón de las vías férreas, quien me ofreció una segunda emoción inolvidable. *La Ciudad de la Alegría* acababa de aparecer en bengalí. Cada noche, los habitantes del barrio de chabolas se reunían en un patio alrededor de un mullah musulmán y de un maestro de escuela hindú para escuchar la lectura del relato que contaba su vida y su lucha contra la adversidad. Al enterarse de que habíamos vuelto de Francia, un grupo de habitantes quiso acogernos con una fiesta a la entrada de su barrio, «WELCOME HOME IN THE CITY OF JOY, BIENVENIDOS A LA CIUDAD DE LA ALEGRÍA», proclamaba una banderola blanca y roja colgada sobre las cabezas a un lado de la calle. Una niña se separó del grupo con un gran ramo de flores en la mano. Era Padmini. Estaba radiante.

—Gran hermano y gran hermana Dominique, aceptad estas flores —declaró, en nombre de todos, ofreciéndonos su ramillete—. Hoy, gracias a vosotros, ya no estamos solos.

* * *

Un día de 1985 me esperaba una sorpresa en Nueva York. La prensa anunciaba que la Madre Teresa y un pequeño grupo de hermanas indias de Calcuta acababan de llegar

a Manhattan para abrir un hogar destinado a socorrer y cuidar a moribundos atacados por el sida sin recursos ni familia. Esta vez era el Tercer Mundo el que acudía en ayuda del rico Occidente. Me precipité a las señas del hogar. La «santa de Calcuta» le había dado el hermoso nombre de «Don de amor». En el vestíbulo, pendía de la pared un gran cartel que proclamaba a los enfermos y a los visitantes de aquella antecámara de la muerte la idea que la Madre Teresa tenía de la vida. Había escrito aquel texto una noche de monzón, muchos años atrás, cuando cuidaba leprosos en un dispensario a orillas del Ganges. Recibí cada una de las afirmaciones del texto como la invitación más importante que puede oír un hombre hoy en día.

La vida es una oportunidad, aprovéchala.
La vida es una belleza, admírala.
La vida es beatitud, saboréala.
La vida es un sueño, hazlo realidad.
La vida es un reto, afróntalo.
La vida es un deber, cúmplelo.
La vida es un juego, juégalo.
La vida es preciosa, cuídala.
La vida es riqueza, consérvala.
La vida es amor, gózalo.
La vida es un misterio, desvélalo.
La vida es promesa, cúmplela.
La vida es tristeza, supérala.
La vida es un himno, cántalo.
La vida es un combate, acéptalo.
La vida es una tragedia, domínala.
La vida es una aventura, arróstrala.
La vida es felicidad, merécela.
La vida es la vida, defiéndela.

La Bastide, Ramatuelle
Agosto de 1997

Agradecimientos

Quiero expresar en primer lugar mi inmensa gratitud a mi mujer, Dominique, que compartió la mayor parte de las aventuras que se encuentran en este libro y que fue una colaboradora insustituible en la preparación de *Mil soles*.

Todo mi reconocimiento, igualmente, a Colette Modiano, a Paul y Manuela Andreota, y a Antoine Caro, que pasaron muchas horas corrigiendo mi manuscrito y me ayudaron con su aliento.

No habría escrito este libro sin la confianza entusiasta de mi amigo y agente literario Morton Janklow y la, tan antigua y fiel, de mis amigos editores. Mis más calurosas gracias a Robert Laffont, Bernard Fixot y Antoine Audouard en París; Mario Lacruz en Barcelona; Gianni Ferrari, Giancarlo Bonacina, Luigi Sponzilli, Roberta Melli y Joy Terekiev en Milán; Cynthia Cannell en Nueva York; también a mis amigas y traductoras Pilar Giralt, Elina Klersy, Kathryn Spink, autora esta última de notables obras sobre la Madre Teresa, el hermano Roger de Taizé y Jean Vanier.

Quiero igualmente expresar mi profunda gratitud a cuantos sostienen nuestro trabajo humanitario en la India. Son tantos que no podría mencionarlos a todos aquí. Pero que cada uno de ellos sepa que agradezco su generosa solidaridad desde lo más hondo de mi corazón.

Labores que hemos realizado en Calcuta y en las zonas rurales muy pobres del delta del Ganges

Gracias a mis derechos de autor, a mis honorarios de escritor, periodista y conferenciante, gracias a la generosidad de mis lectores y a la de los amigos de la asociación que fundamos en 1982, ha sido posible iniciar o continuar las siguientes acciones de ayuda en Calcuta y en su región.

1. Manutención completa y continuada de doscientos cincuenta niños leprosos acogidos en el hogar *Udayan*, «Resurrección»; construcción de una cuarta unidad para otros cincuenta niños; compra de una parcela de tierra para ampliar la granja destinada a hacer que el hogar sea cada vez más autosuficiente en alimentación.
2. Manutención completa y continuada de ciento veinticinco jóvenes disminuidos físicos de los hogares de Mohitnagar y Maria Basti.
3. Construcción y equipamiento del hogar de Backwabari para niños con incapacidad motriz grave.
4. Ampliación y equipamiento del hogar de Ekprantanagar, en un barrio pobre de Calcuta, que acoge a ciento cuarenta niños hijos de trabajadores temporeros de los hornos de ladrillos. El suministro de agua potable corriente ha transformado extraordinariamente las condiciones de vida de esta unidad.
5. Dotación de una escuela próxima a este hogar para educar, además de los ciento cuarenta acogidos, a trescientos cincuenta niños muy pobres del barrio vecino.
6. Reconstrucción de cien barracas para familias que lo perdieron todo en noviembre de 1988, cuando un ciclón asoló el delta del Ganges.
7. Total mantenimiento del dispensario de Bhangar (casi cien mil consultas al año). Instalación de un equipo de radiología en el dispensario principal y creación de una unidad móvil de radiología, vacunaciones, asistencia y ayuda alimentaria.
8. Creación de dos centros médicos en pueblos alejados del delta del Ganges que permitieron no sólo la atención médica y el tratamiento de la tuberculosis, sino también la adopción de medidas preventivas de detección y educación (equipo de oftalmología para operaciones de cataratas, vacunación a gran escala y campañas de planificación familiar).
9. Dotación de agua potable y letrinas en numerosos pueblos del delta del Ganges.
10. Mantenimiento total del centro rural de Belari, que recibe a más de noventa mil enfermos llegados de villorrios carentes de todo recurso médico.
11. Creación y total mantenimiento de una escuela y dos centros médicos (alopático

y homeopático) en dos barrios especialmente deprimidos de la gran zona suburbana de Calcuta.

12. Construcción de un poblado «Ciudad de la Alegría» para rehabilitar a familias aborígenes sin techo.
13. Construcción y total mantenimiento de un hogar en Palstunda, para niños abandonados de Bangladesh.
14. Donación de diez bombas de agua accionadas por energía solar a diez pueblos muy pobres de los estados de Bihar, Haryana, Rajasthan y Orissa, para permitir a su población producir su propio alimento incluso durante la estación seca.
15. Subvención de un taller para rehabilitación de leprosos en Orissa.
16. Envío de medicinas y de setenta mil comidas con alto contenido de proteínas a los niños leprosos del hogar *Udayan*.
17. Botadura de un barco-dispensario para llevar ayuda médica a los habitantes de las 57 islas del delta del Ganges.
18. Trabajos varios realizados en favor de los desheredados y leprosos del estado de Mysore y de los niños abandonados de Bombay, de Río de Janeiro, así como de los residentes de un pueblo de Guinea (África) y niños abandonados enfermos graves en un hospital de Lublin (Polonia).

Cómo podéis ayudamos a continuar nuestra acción de solidaridad con hombres, mujeres y niños que se encuentran entre los más desheredados del mundo

Falta de recursos suficientes, la asociación «Acción para los hijos de los leprosos de Calcuta» que fundamos en 1982 no consigue, hoy, financiar todas nuestras acciones prioritarias y urgentes.

Si no encontramos rápidamente nuevos apoyos nos veremos obligados a cerrar centros, dispensarios y escuelas que están a cargo de equipos admirables dedicados al servicio de los más desheredados.

Por otra parte no deja de atormentamos una gran inquietud. ¿Qué sucedería si mañana fuésemos víctimas de un accidente, o si la enfermedad nos impidiese atender a las necesidades de los distintos centros que financiamos?

No hay más que una manera de conjurar este peligro: transformar nuestra asociación en una fundación.

El capital de esta fundación deberá poder retirar cada año una renta capaz de financiar los diversos proyectos de las siete organizaciones humanitarias que sostenemos. Para generar los dos millones de francos necesarios anualmente se precisa un capital inicial de cincuenta millones de francos como mínimo.[35]

¿Cómo reunir semejante capital, si no es gracias a multitud de aportaciones individuales?

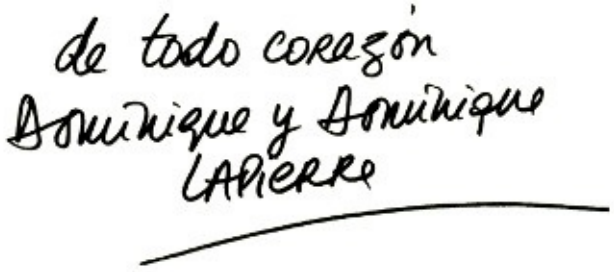
Cincuenta millones quiere decir cinco mil veces diez mil francos. Para algunos, hacer un donativo de diez mil francos para una causa prioritaria es relativamente fácil. Otros pocos pueden incluso dar más.

Pero es una suma demasiado importante para la gran mayoría de los amigos que ya nos han ayudado espontáneamente después de haber leído *La Ciudad de la Alegría* o de haber escuchado una de mis conferencias, y que a menudo renuevan fielmente su ayuda generosa.

Sin embargo, diez mil francos son también dos veces cinco mil francos, o cuatro veces dos mil quinientos francos, o cinco veces dos mil francos, o incluso cien veces cien francos.

Una suma tal puede ser reunida por la iniciativa de una sola persona que se dirija a otras. Fotocopiando este mensaje, hablando de él entre sus conocidos, agrupándose con miembros de su familia, de amigos o de colegas, estableciendo una cadena de compasión y de participación, cada uno puede contribuir a mantener viva esta obra que aporta un poco de justicia y de amor a los más pobres entre los pobres. Uno solo nada puede, pero juntos se puede todo.

Los donativos más modestos cuentan tanto como los más importantes. ¿No es la suma de gotas de agua lo que forma los océanos?



P.S. Recordamos que la asociación «Acción para los hijos de los leprosos de Calcuta» no tiene gastos de administración. La totalidad de los donativos recibidos se envía a los centros que se benefician de ellos.

«Todo lo que no se da se pierde»

Para ayudar a Dominique y Dominique Lapierre a reunir el capital de una fundación que permita asegurar el porvenir de su acción se pueden enviar cheques al nombre y dirección de la asociación:

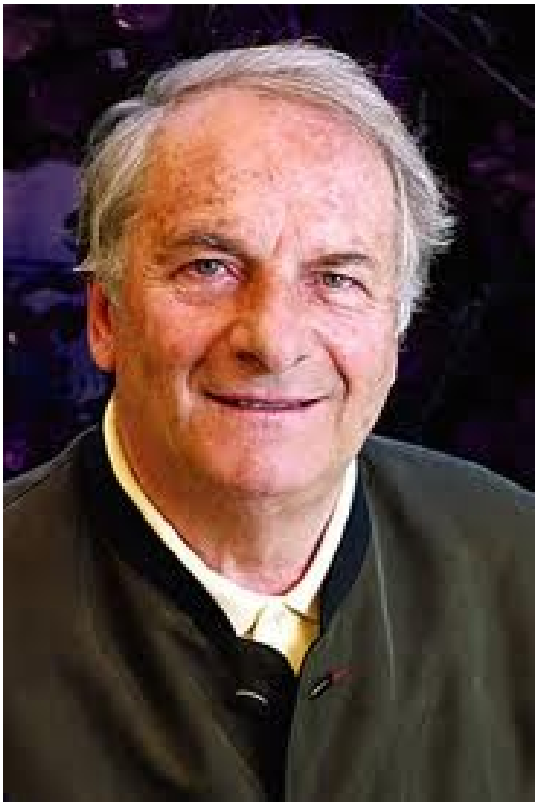
ACTION POUR LES ENFANTS DES LÉPREUX DE CALCUTTA
26, avenue Kléber, F-75116 Paris, France

O a través de:

Cuenta bancaria ref.: 30588 - 61081 - N.º 7303 001 0801 - 33
Barclays Bank - 24, avenue Kléber - F-75116 Paris - France

Al salvar a un niño, al darle la posibilidad de aprender a leer y escribir, al permitirle aprender un oficio, es el mundo de mañana lo que salvamos.

- Acoger, cuidar, alimentar, vestir, educar y dar un oficio a 10 niños leprosos o minusválidos cuesta entre 12.000 y 15.000 francos por año.
- Perforar diez pozos de agua potable en el delta del Ganges cuesta 15.000 francos.
- El tratamiento de 100 enfermos de tuberculosis cuesta 10.000 francos.



DOMINIQUE LAPIERRE (La Rochelle, Francia, 30 de julio de 1931), periodista y escritor. Conoció en su infancia la ocupación nazi de Francia y al terminar la guerra su familia se instaló en los Estados Unidos. El periodismo le atrajo siendo muy joven, con sólo diecisiete años y gracias a la obtención de una beca de la «Asociación Zellidja» (Organización francesa que ofrece becas a jóvenes entre 16 y 20 para proyectos de estudios autónomos) recorrió más de 30.000 kilómetros por las carreteras de Estados Unidos. Como resultado de esa experiencia escribió un reportaje para Le Monde y también el que fue su primer libro: *Un dólar cada mil kilómetros*.
Se licenció en Economía Política en 1952 en la universidad estadounidense de Lafayette gracias a otra beca, la «Fullbright». En esa universidad será nombrado «Doctor honoris causa» en 1982. Pero no en la disciplina de Economía, sino en la de Literatura.
El 5 de abril de 1980 se casa con Dominique Conchon, que llevaba muchos años de colaboración en la asociación literaria que su esposo mantenía con Larry Collins. Ella es parte activa de los proyectos humanitarios de su marido en su amada India.

Obras en solitario de Dominique Lapierre:

- *Un dólar cada mil kilómetros*, 1950
- *Chessman me dijo*, 1960
- *La ciudad de la Alegría*, 1985
- *Los héroes de La ciudad de la Alegría*, 1985
- *Más grandes que el amor*, 1990

- *Mil soles*, 1997
- *Luna de miel alrededor del mundo*, 2003
- *Un arco iris en la noche*, 2008
- *India mon amour*, 2012

(En colaboración con Javier Moro —su sobrino—, *Era medianoche en Bhopal*, 2001. Y con Jean-Pierre Pedrazzini, *Érase una vez la URSS*, 2005)

Obras escritas conjuntamente entre Dominique Lapierre y Larry Collins:

- *¿Arde París?*, 1965
- *O llevarás luto por mí*, 1968
- *¡Oh, Jerusalén!*, 1972
- *Esta noche, la libertad*, 1975
- *El quinto jinete*, 1980
- *¿Arde Nueva York?*, 2004

http://epubgratis.me/node/32354

Notas

[1] *Luna de miel alrededor del mundo*. Prefacio de André Maurois (Grasset, 1953). <<

[2] El gran cuartel general de las Fuerzas Aliadas en Europa. <<

[3] Diez años después, cuando ya era un importante reportero en *Paris Match*, oí de repente el famoso «han-han» en la calle Pierre Charron. Era el coronel de Gévaudan, que me interpelaba desde la acera de enfrente de la revista. Un reflejo instintivo me inmovilizó en posición de firmes. Crucé la calle para ir a saludarle. Iba de paisano, con su eterno monóculo sobre el ojo. Su actitud no había perdido nada de su altanería, pero esta vez la mirada estaba llena de malicia.
«Mi querido amigo, ¡hoy es usted el veterano! —anunció. Previendo mi sorpresa, pasó enseguida al tono de la confidencia—: He dejado el ejército y acabo de incorporarme a los servicios administrativos de *Paris Match*. Cuento con usted para informarme sobre el modo de redactar mis notas de gastos». <<

[4] Alexandra nació el 14 de noviembre de 1955. Fue llevada a la pila bautismal por su padrino Larry Collins. <<

[5] Veinte años más tarde, Larry explicaría esta anécdota en la radio norteamericana, asegurando a los oyentes que «el acto de bravura llevado a cabo aquel día por el joven parisién, Dominique Lapierre, permitió que los aliados pudieran entrar dos días antes en París». La exageración constituía un indicativo de la simpatía que profesaba Larry a un testigo de esas históricas jornadas de la liberación. <<

[6] Apocalipsis de san Juan. <<

[7] Électricité de France. *(N. de la t.)* <<

[8] En francés: «LIVRE FORT MINABLE» y «LIVRE FORMIDABLE». *(N. de la t.)* <<

[9] «Organización Armada Secreta», organización terrorista de los franceses de Argelia. <<

[10] «Frente de Liberación Nacional», partido argelino en lucha por la independencia. <<

[11] «Compañía Republicana de Seguridad», policía del Estado. <<

[12] Soldados argelinos que habían servido en el ejército francés. <<

[13] Criada argelina. <<

[14] Cuando se puso a la venta nuestro libro *El quinto jinete*, dos periodistas alemanes de la revista *Stern* se precipitaron a Trípoli para preguntar al coronel Gadafi su opinión sobre el guión del chantaje nuclear que le atribuían Lapierre y Collins. Gadafi aún no había sido informado de la aparición del libro.
—¿Qué tema desarrolla ese guión? —interrogó, visiblemente intrigado.
Los dos periodistas le contaron que tomaba como rehén a la ciudad de Nueva York, amenazando con hacer explotar en ella una bomba H si los Estados Unidos no obligaban a los israelíes a evacuar Jerusalén Este y los territorios ocupados.
Gadafi adoptó un aire misterioso antes de declarar:
—En todo caso, si eso sucediera algún día, sería culpa suya, puesto que la idea me la han dado ustedes. <<

[15] La alegría de esta victoria se vio ensombrecida por el proceso judicial que se abatió sobre mis dos cirujanos después de una demanda interpuesta por un comerciante de Tolosa. Acusados de haber operado a pacientes sin necesidad, Léandri y Rossignol siguen pendientes de juicio. El equipo cuyas proezas habían despertado la admiración de los urólogos de toda Europa se ha disuelto. La batalla contra el cáncer ha perdido su dúo a cuatro manos. <<

[16] Término de navegación. Llamados también *The Roaring Forties*, son vientos que soplan al sur del cabo de Hornos, entre los paralelos 40 y 50. *(N. de la t.)* <<

[17] Éditions Plon, 1939. <<

[18] Fundadas por el célebre arquitecto Jean Walter, las becas Zellidja ofrecían cada año a doscientos alumnos de instituto elegidos por sus compañeros y designados por sus profesores una suma módica para emprender durante el verano un estudio de su elección en Francia o en el extranjero. La condición era salir solo y presentar a la vuelta un detallado cuaderno de ruta y un informe sobre el tema escogido. Yo elegí «La civilización azteca en México». <<

[19] Dominique Frémy sería el autor del irreemplazable *Quid*. <<

[20] En la URSS, todos los extranjeros debían entregar el pasaporte en la recepción del hotel donde se alojaban durante su estancia en una ciudad. Jean-Pierre había dejado el suyo en nuestro hotel de Kiev. <<

[21] *La Vie Automovile*. <<

[22] Tela de algodón. <<

[23] El padre del joven Louis abandonará el nombre alemán de Battenberg por el de Mountbatten al inicio de la guerra de 1914-1918. <<

[24] Padre. <<

[25] ¿Qué desean beber? ¿Té o Kampa-Cola? <<

[26] Action pour les Enfants des Lépreux de Calcutta (véase «Todo lo que no se da se pierde»). <<

[27] No conocimos el epílogo de nuestra intentona de salvamento hasta varios meses después, con ocasión de otra visita a Bengala. De improviso, en un pequeño malecón entre dos arrozales, vimos aparecer una riksha tirada por una bicicleta y ésta conducida por un muchacho alto y atlético. Alguien nos dijo: «¡Es Sunil!» El chico saltó de la bicicleta y se precipitó hacia nosotros. Sus padres acudieron poco después. Estábamos conmovidos. Por primera vez en mi vida tuve la sensación de haber contribuido directamente a salvar una vida humana. <<

[28] Su libro se llamaría *Fortaleza*. Obtendría un gran éxito y sería adaptado para televisión. <<

[29] Palabra india que significa «suburbio». <<

[30] Árbol indio que destila un aceite amargo y cuyas pequeñas ramas tienen la propiedad de blanquear los dientes. *(N. de la t.)* <<

[31] Sabia moriría pocos días después de esta visita. Su cuerpo envuelto en una mortaja de terciopelo sería llevado al cementerio musulmán y seguido por todos los habitantes del patio, incluidos los hindúes. <<

[32] Gaston nos contará que al decir estas palabras pensó en una fotografía del pastor norteamericano Martin Luther King, meditando ante el pesebre de Navidad. En la leyenda de esta imagen publicada por una revista, Luther King explicaba que ante aquel pesebre tuvo la visión «de un inmenso banquete en las colinas de Virginia, donde los esclavos y los hijos de los esclavos se sentaban con sus amos para compartir una cena de paz y de amor». Aquella noche de Navidad, Gaston se sintió transportado por el mismo sueño. Estaba seguro de que un día los ricos y los pobres, los esclavos y los amos, los verdugos y las víctimas se sentarían juntos a la misma mesa. <<

[33] La sugerencia sería atendida. <<

[34] Fondazione Benedetta D’Intimo. <<

[35] Un franco francés equivale, aproximadamente, a veinticinco pesetas; también a dieciséis centavos de dólar norteamericano. *(N. de la t.)* <<